

ABADDÓN
EL EXTERMINADOR

ERNESTO

SABATO

VISITANOS PARA MÁS LIBROS:

<https://www.facebook.com/culturaylibros>

Y tenían por rey al Ángel del Abismo, cuyo nombre en hebreo es Abaddón, que significa El Exterminador.

APOCALIPSIS SEGÚN EL APÓSTOL SAN JUAN

Es posible que mañana muera, y en la tierra no quedará nadie que me haya comprendido por completo. Unos me considerarán peor y otros mejor de lo que soy. Algunos dirán que era una buena persona; otros, que era un canalla. Pero las dos opiniones serán igualmente equivocadas.

Mijail Iurevitch Lérmontov,
UN HÉROE DE NUESTRO TIEMPO

**ALGUNOS ACONTECIMIENTOS PRODUCIDOS EN LA CIUDAD DE BUENOS
AIRES EN LOS COMIENZOS DEL AÑO 1973**

EN LA TARDE DEL 5 DE ENERO,

de pie en el umbral del café de Guido y Junín, Bruno¹ vio venir a Sabato, y cuando ya se disponía a hablarle sintió que un hecho inexplicable se produciría: a pesar de mantener la mirada en su dirección, Sabato siguió de largo, como si no lo hubiese visto. Era la primera vez que ocurría algo así y, considerando el tipo de relación que los unía, debía excluir la idea de un acto deliberado, consecuencia de algún grave malentendido.

Lo siguió con ojos atentos y vio cómo cruzaba la peligrosa esquina sin cuidarse para nada de los automóviles, sin esas miradas a los costados y esas vacilaciones que caracterizan a una persona despierta y conciente de los peligros.

La timidez de Bruno era tan acentuada que en rarísimas ocasiones se atrevía a telefonar. Pero, después de un largo tiempo sin encontrarlo en La Biela ni en el Roussillon, y cuando supo por los mozos que en todo ese período no había reaparecido, se decidió a llamar a su casa. "No se siente bien", le respondieron con vaguedad. "No, no saldría por un tiempo." Bruno sabía que, en ocasiones durante meses, caía en lo que él llamaba "un pozo", pero nunca como hasta ese momento sintió que la expresión encerraba una temible verdad. Empezó a recordar algunos relatos que le había hecho sobre maleficios, sobre un tal Schneider, sobre desdoblamientos. Un gran desasosiego comenzó a apoderarse de su espíritu, como si en medio de un territorio desconocido cayera la noche y fuese necesario orientarse con la ayuda de pequeñas luces en lejanas chozas de gentes ignoradas, y por el resplandor de un incendio en remotos e inaccesibles lugares.

EN LA MADRUGADA DE ESA MISMA NOCHE

se producían, entre los innumerables hechos que suceden en una gigantesca ciudad, tres dignos de ser señalados, porque guardaban entre sí el vínculo que tienen siempre los personajes de un mismo drama, aunque a veces se desconozcan entre sí, y aunque uno de ellos sea un simple borracho.

¹ Personaje de SOBRE HÉROES Y TUMBAS. Para la cabal comprensión de ABADDÓN se recomienda leer previamente aquella novela. (N. del Ed.)

En el viejo Bar Chichín, de la calle Almirante Brown esquina Pinzón, su actual dueño, don Jesús Mourente, mientras se disponía a cerrar el negocio, le dijo al único parroquiano que quedaba en el mostrador:

—Dale, Loco, que hay que cerrar.

Natalicio Barragán apuró su copita de caña quemada y salió tambaleante. Ya en la calle, repitió el cotidiano milagro de atravesar con distraída placidez la avenida recorrida a esa hora de la noche por autos y colectivos enloquecidos. Y luego, como si caminara sobre la insegura cubierta de un barco en mar gruesa, bajó hacia la Dársena Sur por la calle Brandsen.

Al llegar a Pedro de Mendoza, las aguas del Riachuelo, en los lugares en que reflejaba la luz de los barcos, le parecieron teñidas de sangre. Algo le impulsó a levantar los ojos, hasta que vio por encima de los mástiles un monstruo rojizo que abarcaba el cielo hasta la desembocadura del Riachuelo, donde perdía su enorme cola escamada.

Se apoyó en la pared de zinc, cerró los párpados y descansó, agitado. Después de unos momentos de turbia reflexión, en que sus ideas trataban de abrirse paso en un cerebro lleno de desperdicios y yuyos, volvió a abrirlos. Y de nuevo, ahora más nítidamente, vio el dragón cubriendo el firmamento de la madrugada como una furiosa serpiente que llameaba en un abismo de tinta china.

Quedó aterrado.

Alguien, felizmente, se acercaba. Un marinero.

—Mire —le comentó con voz trémula.

—Qué —preguntó el hombre con esa bonhomía que la gente de buen corazón emplea con los borrachos.

-Allá.

El hombre dirigió la mirada en la dirección que le indicaba.

—Qué —repitió, observando con atención.

-Eso!

Después de escrutar un buen rato aquella región del cielo, el marinero se alejó, sonriendo con simpatía. El Loco lo siguió con sus ojos, luego volvió a apoyarse contra la pared de zinc, cerró sus párpados y meditó con temblorosa concentración. Cuando volvió a mirar, su terror se hizo más intenso: el monstruo ahora echaba fuego por las fauces de sus siete cabezas. Entonces cayó desmayado. Al despertar, tirado en la vereda, era de día. Los primeros obreros se dirigían a sus trabajos. Pesadamente, sin recordar en ese instante la visión, se encaminó al cuarto de su conventillo.² El segundo hecho se refiere al joven Nacho Izaguirre. Desde la os-

2 En notas al pie consideramos útiles algunas aclaraciones para lectores no argentinos. Al final de esta novela, en un Glosario, se explica el significado de palabras del argot de Buenos Aires. (*N. del Ed.*)

curidad que le favorecían los árboles de la Avenida del Libertador, vio detenerse un gran Chevy Sport, del que bajaron el señor Rubén Pérez Nassif, presidente de INMOBILIARIA PERENÁS, y su hermana Agustina Izaguirre. Eran cerca de las dos de la mañana. Entraron en una de las casas de departamentos. Nacho permaneció en su puesto de observación hasta las cuatro, aproximadamente, y luego se retiró hacia el lado de Belgrano, con toda probabilidad hacia su casa. Caminaba con las manos en los bolsillos de sus raídos blue-jeans, encorvado y cabizbajo.

Mientras tanto, en los sórdidos sótanos de una comisaría de suburbio, después de sufrir tortura durante varios días, reventado finalmente a golpes dentro de una bolsa, entre charcos de sangre y salivazos, moría Marcelo Carranza, de veintitrés años, acusado de formar parte de un grupo de guerrilleros.

TESTIGO, TESTIGO IMPOTENTE,

se decía Bruno, deteniéndose en aquel lugar de la Costanera Sur donde quince años atrás Martín le dijo "aquí estuvimos con Alejandra". Como si el mismo cielo cargado de nubes tormentosas y el mismo calor de verano lo hubieran conducido inconciente y sigilosamente hasta aquel sitio que nunca más había visitado desde entonces. Como si ciertos sentimientos quisieran resurgir desde alguna parte de su espíritu, en esa forma indirecta en que suelen hacerlo, a través de lugares que uno se siente inclinado a recorrer sin exacta y clara conciencia de lo que está en juego. Pero, cómo nada en nosotros puede resurgir como antes?, se condolía. Puesto que no somos lo que éramos entonces, porque nuevas moradas se levantaron sobre los escombros de las que fueron destruidas por el fuego y el combate, o, ya solitarias, sufrieron el paso del tiempo, y apenas si de los seres que las habitaron perduran el recuerdo confuso o la leyenda, finalmente apagados u olvidados por nuevas pasiones y desdichas: la trágica desventura de chicos como Nacho, el tormento y muerte de inocentes como Marcelo.

Apoiado en el parapeto, oyendo el rítmico golpeteo del río a sus espaldas, volvió a contemplar Buenos Aires a través de la bruma, la silueta de los rascacielos contra el cielo crepuscular.

Las gaviotas iban y venían, como siempre, con la atroz indiferencia de las fuerzas naturales. Y hasta era posible que en aquel tiempo en que Martín le hablaba allí de su amor por Alejandra, aquel niño que con su niñera pasó a su lado, fuese el propio Marcelo. Y ahora, mientras su cuerpo de muchacho desvalido y tímido, los restos de

su cuerpo, formaban parte de algún bloque de cemento o eran simple ceniza en algún horno eléctrico, idénticas gaviotas hacían en un cielo parecido las mismas y ancestrales evoluciones. Y así todo pasaba y todo era olvidado, mientras las aguas seguían golpeando rítmicamente las costas de la ciudad anónima.

Escribir al menos para eternizar algo: un amor, un acto de heroísmo como el de Marcelo, un éxtasis. Acceder a lo absoluto. O quizá (pensó con su característica duda, con aquel exceso de honradez que lo hacía vacilante y en definitiva ineficaz), quizá necesario para gente como él, incapaz de esos actos absolutos de la pasión y el heroísmo. Porque ni aquel chico que un día se prendió fuego en una plaza de Praga, ni Ernesto Guevara, ni Marcelo Carranza habían necesitado escribir. Por un momento pensó que acaso era el recurso de los impotentes. No tendrían razón los jóvenes que ahora repudiaban la literatura? No lo sabía, todo era muy complejo, porque si no habría que repudiar, como decía Sabato, la música y casi toda la poesía, ya que tampoco ayudaban a la revolución que esos jóvenes ansiaban. Además, ningún personaje verdadero era un simulacro levantado con palabras: estaban contruidos con sangre, con ilusiones y esperanzas y ansiedades verdaderas, y de una oscura manera parecían servir para que todos, en medio de esta vida confusa, pudiésemos encontrar un sentido a la existencia, o por lo menos su remota vislumbre.

Una vez más en su ya larga vida sentía esa necesidad de escribir, aunque no le era posible comprender por qué ahora le nacía de ese encuentro con Sabato en la esquina de Junín y Guido. Pero al mismo tiempo experimentaba su crónica impotencia frente a la inmensidad. El universo era tan vasto. Catástrofes y tragedias, amores y desencuentros, esperanzas y muertes, le daban la apariencia de lo inconmensurable. Sobre qué debería escribir? Cuáles de esos infinitos acontecimientos eran esenciales? Alguna vez le había dicho a Martín que podía haber cataclismos en tierras remotas y sin embargo nada significar para alguien: para ese chico, para Alejandra, para él mismo. Y de pronto, el simple canto de un pájaro, la mirada de un hombre que pasa, la llegada de una carta son hechos que existen de verdad, que para ese ser tienen una importancia que no tiene el cólera en la India. No, no era indiferencia ante el mundo, no era egoísmo, al menos de su parte: era algo más sutil. Qué extraña condición la del ser humano para que un hecho tan espantoso fuera verdad. Ahora mismo, se decía, niños inocentes mueren quemados en Vietnam por bombas de napalm: no era una infame ligereza escribir sobre algunos pocos seres de un rincón del mundo? Descorazonado, volvía a observar las gaviotas en el cielo. Pero no, se rectificaba. Cualquier historia de las esperanzas y desdichas de un solo hombre, de un simple muchacho desconocido, podía abarcar a la humanidad entera, y podía servir para encontrarle un sentido a la existencia, y hasta para consolar de alguna manera a esa madre vietnamita que

clama por su hijo quemado. Claro, era lo bastante honesto para saber (para temer) que lo que él pudiese escribir no sería capaz de alcanzar semejante valor. Pero ese milagro era posible, y otros podían lograr lo que él no se sentía capaz de conseguir. O sí, quién nunca podía saberlo. Escribir sobre ciertos adolescentes, los seres que más sufren en este mundo implacable, los más merecedores de algo que a la vez describiera su drama y el sentido de sus sufrimientos, si es que alguno tenían. Nacho, Agustina, Marcelo. Pero, qué sabía de ellos? Apenas si vislumbraba en medio de las sombras algunos significativos episodios de su propia vida, sus propios recuerdos de niño y adolescente, la melancólica ruta de sus afectos.

Pues, qué sabía realmente no ya de Marcelo Carranza o de Nacho Izaguirre sino del propio Sabato, uno de los seres que más cerca había estado siempre de su vida? Infinitamente mucho pero infinitamente poco. En ocasiones, lo sentía como si formara parte de su propio espíritu, podía imaginar casi en detalle lo que habría sentido frente a ciertos acontecimientos. Pero de repente le resultaba opaco, y gracias si a través de algún fugaz brillo de sus ojos le era dado sospechar lo que estaba sucediendo en el fondo de su alma; pero quedando en calidad de suposiciones, de esas arriesgadas suposiciones que con tanta suficiencia arrojamos sobre el secreto universo de los otros. Qué conocía, por ejemplo, de su real relación con aquel violento Nacho Izaguirre y sobre todo con su enigmática hermana? En cuanto a sus relaciones con Marcelo, sí, claro, sabía cómo apareció en su vida, por esa serie de episodios que parecen casuales pero que, como siempre repetía el propio Sabato, sólo lo eran en apariencia. Hasta el punto de poderse imaginar, finalmente, que la muerte de ese chico en la tortura, el feroz y rencoroso vómito (por decirlo de alguna manera) de Nacho sobre su hermana, y esa caída de Sabato estaban no sólo vinculados sino vinculados por algo tan poderoso como para constituir por sí mismo el secreto motivo de una de esas tragedias que resumen o son la metáfora de lo que puede suceder con la humanidad toda en un tiempo como este.

Una novela sobre esa búsqueda del absoluto, esa locura de adolescentes pero también de hombres que no quieren o no pueden dejar de serlo: seres que en medio del barro y el estiércol lanzan gritos de desesperación o mueren arrojando bombas en algún rincón del universo. Una historia sobre chicos como Marcelo y Nacho y sobre un artista que en recónditos reductos de su espíritu siente agitarse esas criaturas (en parte vislumbradas fuera de sí mismo, en parte agitadas en lo más profundo de su corazón) que demandan eternidad y absoluto. Para que el martirio de algunos no se pierda en el tumulto y en el caos sino que pueda alcanzar el corazón de otros hombres, para removerlos y salvarlos. Alguien tal vez como el propio Sabato frente a esa clase de implacables adolescentes, dominado no sólo por su propia ansiedad de absoluto sino también por los demonios que desde sus antros

siguen presionándolo, personajes que alguna vez salieron en sus libros, pero que se sienten traicionados por las torpezas o cobardías de su intermediario; y avergonzado él mismo, el propio Sabato, por sobrevivir a esos seres capaces de morir o matar por odio o amor o por su empeño de desentrañar la clave de la existencia. Y avergonzado no sólo por sobrevivirlos sino por hacerlo con ruindad, con tibias compensaciones. Con el asco y la tristeza del éxito.

Sí, si su amigo muriera, y si él, Bruno, pudiese escribir esa historia. Si no fuera como desdichadamente era: un débil, un abúlico, un hombre de puros y fracasados intentos.

Nuevamente volvió su mirada a las gaviotas sobre el cielo en decadencia. Las oscuras siluetas de los rascacielos en medio de cárdenos esplendores y catedrales de humo, y poco a poco entre los melancólicos violáceos que preparan la funeraria corte de la noche. Agonizaba la ciudad entera, alguien que en vida fue groseramente ruidoso pero que ahora moría en dramático silencio, solo, vuelto hacia sí mismo, pensativo. El silencio se hacía más grave a medida que avanzaba la noche, como se recibe siempre a los heraldos de las tinieblas.

Y así terminó un día más en Buenos Aires, algo irre recuperable para siempre, algo que lo acercaba un poco más a su propia muerte.

CONFESIONES, DIÁLOGOS Y ALGUNOS SUEÑOS ANTERIORES A LOS HECHOS REFERIDOS, PERO QUE PUEDEN SER SUS ANTECEDENTES, AUNQUE NO SIEMPRE CLAROS Y UNÍVOCOS. LA PARTE PRINCIPAL TRANSCURRE ENTRE COMIENZOS Y FINES DE 1972. NO OBSTANTE, TAMBIÉN FIGURAN EPISODIOS MÁS ANTIGUOS, OCURRIDOS EN LA PLATA, EN EL PARÍS DE PREGUERRA, EN ROJAS Y EN CAPITÁN OLMOS (PUEBLOS, ESTOS DOS, DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES)

ALGUNAS CONFIDENCIAS HECHAS A BRUNO

Publiqué la novela contra mi voluntad. Los hechos (no los hechos editoriales sino otros, más ambiguos) me confirmaron después aquel instintivo recelo. Durante años debí sufrir el maleficio. Años de tortura. Qué fuerzas obraron sobre mí, no se lo puedo explicar con exactitud; pero sin duda provenientes de ese territorio que gobiernan los Ciegos, y que durante estos diez años convirtieron mi existencia en un infierno, al que tuve que entregarme atado de pies y manos, cada día, al despertar, como en una pesadilla al revés, sentida y aguantada con la lucidez del que está plenamente despierto y con la desesperación del que sabe que nada puede hacer para evitarlo. Y, para colmo, teniendo que guardarse para sí mismo los horrores. Con razón, Madame Normand me escribió con pánico desde París, apenas leyó la traducción: "Que vous avez touché un sujet dangereux! J'espère, pour vous, que vous n'y toucherez jamais!"

Qué estúpido fui, qué débil.

En mayo de 1961 vino hasta mi casa Jacobo Muchnik a arrancarme (el verbo no es excesivo) el compromiso de los originales. Yo me aferraba a aquellas páginas, en buena parte escritas con temor, como si un instinto me estuviera advirtiendo los peligros a que me exponía con su publicación. Más aún, y eso usted lo sabe, infinidad de veces consideré que debería destruir el Informe sobre Ciegos, como en otras ocasiones quemé fragmentos y hasta libros enteros que lo prefiguraban. Por qué? Nunca lo he sabido. Siempre creí, y eso es lo que públicamente aduje, en cierta propensión autodestructiva, la misma que me ha llevado a quemar la mayor parte de todo lo que escribí a lo largo de mi vida. Le estoy hablando de ficciones.

Sólo publiqué dos novelas, de las cuales únicamente EL TÚNEL lo fue con toda decisión, ya sea porque en aquel tiempo aún mantenía bastante candor, o porque el instinto de conservación no era todavía suficientemente intenso, o, en fin, porque en ese libro no penetraba a fondo en el continente prohibido: apenas si un enigmático personaje (enigmático para mí, quiero decir) lo anunciaba de modo casi imperceptible, como alguien que en un café dice palabras acaso fundamentales, pero que se pierden en el ruido o entre otras al parecer más importantes.

Con todo, no le entregué aquel mismo día los originales. Día que recuerdo muy bien por lo que luego le diré sobre mi cumpleaños. Muchnik no logró llevarse la obra, pero se llevó mi compromiso, hecho delante de amigos que lo apoyaron, de entregársela un mes más tarde, cuando hubiese rehecho ciertas páginas. Era una manera de darme un respiro, una posibilidad de que la novela no entrase en la máquina editorial.

El 24 de junio Muchnik me telefoneó, recordándome la promesa. Me dio vergüenza desdeirme, o quizá mi conciencia luchaba contra mi instinto, considerándolo absurdo. Y aceptando la presión amistosa como un pretexto ante mí mismo, como si dijera "vean ustedes (ustedes? quiénes?) que yo no soy enteramente responsable", le respondí que iría ese mismo día para hacerle entrega de los originales. Apenas lo supo, M. me preguntó si había olvidado que era mi cumpleaños y que, como siempre, vendrían algunos amigos. Mi cumpleaños! Era lo único que faltaba para terminar de prevenirme! Pero no le comenté ni una palabra. Mi madre estaba enferma cuando nací, y recién me inscribieron un 3 de julio, como si no se decidieran. Nunca supe después con exactitud si mi nacimiento se había producido el 23 o el 24 de junio. Pero cuando un día en que yo la acosaba, me confesó que era el atardecer y que se estaban encendiendo las fogatas de San Juan.

—Pero entonces no hay duda: fue el 24, el día de San Juan —le decía.

Mamá meneaba la cabeza:

—En algunas partes también se encienden fogatas en la víspera.

Siempre me fastidió aquella incerteza, incerteza que me había impedido tener un horóscopo preciso. Y más de una vez volvía a interrogarla, porque tenía la sospecha de que me ocultaba algo. Cómo era posible que una madre no recuerde el día del nacimiento de su hijo?

La escrutaba en los ojos, pero ella se limitaba a contestar de modo dubitativo.

Pasaron algunos años después de su muerte cuando leyendo uno de esos libros de ocultismo supe que el 24 de junio era un día infausto, porque es uno de los días del año en que se reúnen las brujas. Conciente o inconcientemente mi madre trataba de negar esa fecha, aunque no podía negar lo del crepúsculo: hora temible. No fue el único hecho infausto vinculado a mi nacimiento. Acababa de morir mi hermano inmediatamente mayor, de dos años de edad. Me pusieron el mismo nombre! Durante toda la vida me obsesionó la muerte de ese chico que se llamaba como yo y que para colmo se recordaba con sagrado respeto, porque según mi madre y doña Eulogia Carranza, amiga de mi madre y allegada a don Pancho Sierra, "ese chico no podía vivir". Por qué? Siempre se me respondió con vaguedades, se me hablaba de su mirada, de su portentosa inteligencia. Al parecer, venía marcado con un signo aciago. Estaba bien, pero por qué entonces habían cometido la estupidez de ponerme el mismo nombre? Como si no hubiese bastado con el apellido, derivado de Saturno, Ángel de la soledad en la cábala, Espíritu del Mal para ciertos ocultistas, el Sabbath de los hechiceros.

—No —le mentí a M.—, no olvidé el cumpleaños. Volveré temprano.

Esa tarde sucedió algo que en cierta medida me tranquilizó. En el momento en que le entregaba las carpetas a Muchnik le dije que me reservaría la última para corregir algunos fragmentos. Se enojó, me dijo que era una tontería, que así me

pasaría la vida entera sin publicar nada, esterilizándome. De todos modos le pedí que me dejara corregir allí mismo algunas páginas. Entonces, en la mesa de uno de los correctores, abrí al azar la última carpeta en la parte en que el comandante Danel se dispone a descarnar el cadáver de Lavalle. Empecé a tachar adjetivos y adverbios. El adjetivo modifica al sustantivo y el adverbio modifica al adjetivo: modificación de una modificación —pensé entre melancólico e irónico recordando alguna remota clase de gramática de Henríquez Ureña—. Tanto trabajo en dar matiz a un caballo, a un árbol, a un muerto, para luego ir arrasando con esas determinaciones, para dejar esos caballos y árboles y muertos tan desoladamente desnudos, tan ásperos y duros, tan escuetos como si aquellos adjetivos y adverbios fueran vergonzosos disfraces para alterarlos o esconderlos. Hacía la tarea con descreimiento, tanto me daba esa página como cualquier otra: todas eran imperfectas y torpes; en cierta medida porque cuando escribo ficciones operan sobre mí fuerzas que me obligan a hacerlo y otras que me retienen o me hacen tropezar. De donde esas aristas, esas desigualdades, esos contrahechos fragmentos que cualquier lector refinado puede advertir.

Harto, cerré con desaliento la carpeta y se le entregué al corrector. Salí. Era un día frío y tristísimo. Lloviznaba. Disponía aún de cierto tiempo y se me ocurrió ir por Juan de Garay en dirección al Parque de los Patricios. No lo veía desde niño, cuando en 1924 llegué por primera vez a Buenos Aires desde mi pueblo. Y de repente recordé que aquella noche había dormido en una casa de la calle Pedro Echagüe, ese mismo Echagüe que aparecía en la Legión de Lavalle. No era portentoso que lo recordara en ese momento, cuando acababa de corregir una página sobre la Legión, cuando pasaba a pocos pasos de ese barrio que nunca más había visitado desde aquella remota infancia? Llegué al parque y decidí bajarme, para caminar entre los árboles. Cuando la llovizna se convirtió en una lluvia intensa me refugié en un quiosco de diarios y cigarrillos, y mientras esperaba que parase de llover observé al dueño, que tomaba mate en un jarrito enlozado. Era un hombre que en su juventud debía de haber sido poderoso.

—Tiempo feo —me dijo, señalando con el matecito.

Sus anchas espaldas habían ido encorvándose con los años. Su pelo era blanco, pero sus ojos eran infantiles. Sobre la ventanita, escrito con torpes manos caseras, se leía:

QIOSQO DE C. SALERNO

Apretujados en su interior había también un chico de unos ocho o nueve años y uno de esos perros callejeros color café con leche, con manchas blancas. Por devolverle de alguna manera su modesta observación amistosa, le pregunté si el chiquilín era

hijo o nieto suyo. —No, señor —me respondió—. Este chico é un amigo. Se llama Nacho. Me da una mano de vé en cuando. El niño parecía ser un hijo del Van Gogh de la oreja cortada, y me miraba con los mismos ojos enigmáticos y verdosos. Un niño que en cierto modo me recordaba a Martín, pero a un Martín rebelde y violento, alguien que un día podía volar un banco o un prostíbulo. La sombría gravedad de su expresión impresionaba aún más por tratarse de una criatura.

(Paralizar el tiempo en la infancia, pensaba Bruno. Los veía amontonados en alguna esquina, en esas conversaciones herméticas que para los grandes no tienen ningún sentido. A qué jugaban? No había más trompos, ni billarda, ni rescate. Dónde estaban las figuritas de cigarrillos Dólar? Y las de Bidoglio, Tesorieri o Mutis? En qué secreto paraíso de trompos y barriletes andaban ahora las figuritas del Genoa Football Club? Todo era distinto, pero acaso todo era igual en el fondo. Crecerían, tendrían ilusiones, se enamorarían, disputarían la existencia con ferocidad, sus mujeres engordarían y se volverían vulgares, ellos retornarían al café y a la antigua barra de amigos (ahora canosos, gordos y calvos, escépticos) y luego sus hijos también se casarían y por fin llegaría el momento de la muerte, el solitario instante en que se abandona esta tierra confusa: solos. Alguien (Pavese, quizá?) había dicho que era muy triste envejecer y conocer el mundo. Entre ellos, los viejos, habría uno quizá como él, como Bruno, y todo volvería a empezar: esa misma reflexión, esa idéntica melancolía, ese mirar a los niños que juegan en una vereda, candorosamente; a uno como Nacho, que ya grave y misteriosamente observa al extraño desde el fondo de un pequeño quiosco, como si una prematura y terrible experiencia ya lo hubiese arrancado de ese mundo infantil para observar con rencor el mundo de los grandes. Sí, sentía necesidad de paralizar el curso del tiempo. Detente! casi dijo con ingenuidad, tratando de instaurar una disparatada magia. Detente, oh tiempo! volvió casi a murmurar, como si la forma poética pudiera lograr lo que las simples palabras no pueden. Deja a esos niños para siempre ahí, en esa vereda, en ese universo hechizado! No permitas que los hombres y sus su-ciedades los lastimen, los quiebren. Paraliza aquí mismo la vida. Deja que para siempre subsistan las líneas punteadas de la Expedición al Alto Perú. Que jamás deje de ser immaculado, con su uniforme de parada, señalando con su índice enérgico hacia Chile, el general José de San Martín. Que nunca sepan que en aquel momento marchaba enfermo sobre una mula y no sobre un hermoso caballo blanco, cubierto con un simple poncho, encorvado y caviloso, enfermo. Permanezca para siempre aquel pueblo de 1810 frente al Cabildo, esperando bajo la llovizna la Libertad de los Pueblos. Sea aquella revolución pura y perfecta, sean eternos y sin manchas sus jefes, no haya jamás debilidades ni traiciones, no muera abandonado e insultado el general Belgrano, no fusile Lavalle a su antiguo camarada de armas ni reciba ayuda de extranjeros. No muera pobre y desilusionado en una remota

ciudad de Europa, mirando hacia América, apoyado en su bastón de enfermo, el general José de San Martín.)

Había amainado la lluvia, y aunque algo inexplicable me empujaba a hablar con aquel chiquilín, sin saber que un día reaparecería en mi vida (y de qué manera!), saludé y corrí hasta donde estaba mi coche. Me dirigí hacia el centro por la primera calle transversal. Manejaba tan distraído por la entrega del libro y por la impresión de la mirada de aquel niño que, sin comprender cómo, me encontré en una calle cortada. Ya era bastante oscuro y tuve que iluminar con los faros para ver el nombre. Quedé sobrecogido: ALEJANDRO DANIEL.

Durante un rato no atiné a hacer nada, jamás podía haber imaginado, el encontrarme con aquella figura secundaria de nuestro pasado, que existiera una pequeña calle con su nombre. Y aunque lo hubiese sabido, cómo atribuir al azar que me la encontrase en una ciudad de 50 kilómetros de diámetro y justamente después de haber corregido la parte de la novela en que Alejandro Daniel descarna a Lavalle? Cuando más tarde relaté el episodio a M., con su invencible optimismo, me aseguró que debía tomarlo como un portentoso signo favorable. Sus comentarios me tranquilizaron, al menos en aquel momento. Porque mucho más tarde pensé que ese signo podía haberlo sido en un sentido inverso al que ella imaginaba. Pero en aquel momento su interpretación me trajo sosiego, sosiego que fue convirtiéndose en euforia durante los meses que siguieron a la aparición del libro, primero en la Argentina y luego en Europa. Esa euforia me hizo olvidar las intuiciones que durante años me habían aconsejado el absoluto silencio. Lo menos que puede llamarse a esto es miopía. Nunca vemos lo suficientemente lejos, eso es todo.

Después fueron produciéndose, poco a poco, con insidiosa persistencia, los acontecimientos que habrían de perturbar estos últimos años de mi vida. Aunque a veces, la mayor parte, sería exagerado llamarlos así, pues apenas eran como esos casi imperceptibles pero inquietantes crujidos que oímos de noche, cuando estamos desvelados.

Nuevamente empecé a recluirme en mí mismo, y durante casi diez años no quise saber nada de ficciones. Hasta que sucedieron dos o tres hechos que empezaron a darme una débil esperanza, como pequeñísimas y vacilantes luces que un aviador solitario, que ha luchado con formidables tempestades, y cuando la nafta se le acaba, empieza a ver (o a creer que ve) a lo lejos, en medio de las tinieblas, y que pueden señalar la costa en que por fin ha de poder aterrizar.

Sí, pude aterrizar, aunque el lugar era inhóspito y desconocido, aunque las débiles luces que me condujeron y despertaron en mí una temblorosa esperanza podían pertenecer a un territorio de caníbales.

Así pude sentirme de nuevo entre los hombres y caminar, cuando ya creía que jamás podría volver a hacerlo.

Pero me pregunto por cuánto tiempo, en qué modo.

NO SABÍA BIEN CÓMO APARECIÓ GILBERTO,

quién lo trajo o recomendó. Necesitaban a alguien que arreglara una puerta. Pero, cómo había llegado? En momentos de sospecha, quiso más tarde averiguarlo, y resultó que nadie estaba seguro. Al principio no le gustó mucho a su mujer: daba vueltas, parecía muy lerdo, andaba por ahí. Su cara era enigmática, pero eso no tenía demasiada importancia, porque todas las personas aindiadas son así. Después empezó a trabajar, lenta pero eficazmente, con ese silencio socarrón de ciertos criollos. Por él vinieron luego los otros. Ahora comprendía que nada fue casual, que quién sabe por cuánto tiempo lo habían tenido en observación. Poco a poco aquel hombre fue entrando en su mundo. En conversaciones con su mujer sugirió que "ellos" sabían su situación y estaban dispuestos a prestarle ayuda, a combatir contra las "entidades" que lo mantenían inmovilizado. El señor Aronoff, explicó, estaba empeñado con toda su fuerza en que el señor Sabato avanzara con su libro. Quizá imaginaban que era una especie de obra maestra en favor del Bien, pensaba Sabato. Y ese pensamiento comenzó a hacerlo sentirse como un cuentero, como alguien que comete un fraude con provincianos. Pero, y si tenían razón? Después de todo eran videntes, le constaban algunas de sus pequeñas hazañas de barrio. Y si, aun sin saberlo, él se proponía defender el bien, ponerse del lado de las potencias luminosas? Se examinaba a sí mismo y no terminaba de comprender cómo eso era posible, desde qué punto de vista, en virtud de qué consideraciones su interior podría manifestarse en una obra beneficiosa. No obstante, o por eso mismo, le conmovía la solicitud de aquella gente. Y cuando Gilberto le preguntaba, con su característica discreción, "cómo andaba eso", le respondía que mejor, que comenzaba a sentir algo positivo, que con toda seguridad pronto podría volver al libro. Él asentía en silencio, con expresión entre modesta y sutil, y le aseguraba que ellos seguirían luchando, pero que "él debía ayudar".

Un día bajó al sótano, debía revisar una cañería, dijo. S. bajó con él, sin saber por qué. Miraba todo, parecía levantar un suavísimo censo, detuvo sus ojos largo tiempo en el piano abandonado y en el retrato de Jorge Federico. Cuando a los pocos días volvió, le hizo algunas preguntas a S., le pidió datos sobre "algo

sucedido en 1949", sobre un individuo así, y así, extranjero. Schneider, pensó Sabato.

—Ese retrato de su hijo —preguntó Gilberto.

Qué pasaba con ese retrato? Nada, simplemente quería saber quién lo había hecho. El señor Aronoff había dicho algo de Holanda. "Bob Gesinus!" pensó Sabato con asombro. Pero no, seguramente se equivocaban, Gesinus era el autor del cuadro, era holandés pero no podía ser "ese individuo así y así, ese extranjero" que dirigía aquellas potencias. Se equivocaban porque la imagen no era clara, porque tanto Bob como Schneider eran extranjeros, y de la misma época.

Sería sorprendente, pensó (sería pavoroso), que Bob pudiera ser agente de las potencias tenebrosas.

Pero por qué se empeñaron en hacer la sesión en el sótano? Bueno, es cierto que Valle lo había convertido casi en un departamentito. Don Federico Valle! Por primera vez se le ocurría su nombre en relación con todo eso: extranjero, hombre de edad. Pero no usaba jamás sombrero. O éste era un detalle equivocado de esa gente, a causa de la turbiedad que con frecuencia presentan esas visiones? Y sin embargo pensaba que aunque Valle no pudo haber sido un agente de las potencias negativas, resultaba significativa la inclinación que siempre había tenido por las cuevas y túneles, desde que trabajó con Méliés en un subsuelo de París, hasta que en Córdoba se construyó (se cavó) un refugio en la montaña que él mismo calificó de "cueva". Y más tarde, cuando le alquiló la casa de Santos Lugares, no se había reservado el sótano para vivir? De cualquier modo, Aronoff insistió en realizar la sesión allí, en el subsuelo. En el mismo lugar donde se guarda el piano que Jorge Federico tocaba cuando chico. Un piano cerrado, desde entonces, arruinado por la humedad. Y encima el retrato que Bob le hizo en 1949. Ahora advertía que era la fecha mencionada por Gilberto! Pero era absurdo, nada había habido en aquel tiempo que pudiera hacer pensar en Bob como en un miembro de la Secta, ni siquiera indirectamente.

Lo más tremendo fue cuando la rubia entró en trance y Aronoff le ordenó, con voz imperiosa, que le hiciera llegar un signo de aquel tiempo. La muchacha se resistía, lloriqueaba, se retorció las manos, sudaba, con palabras entrecortadas murmuraba que le era imposible. Pero el señor Aronoff le repetía la orden de modo imperativo, diciéndole que debía hacerle llegar un mensaje al señor Sabato con el piano, una prueba de que las fuerzas malignas se veían obligadas a comenzar su retroceso. Mientras la rubia seguía llorando y retorciéndose las manos, el hombre, enorme e imponente con su pierna cortada y su muleta, giró hacia las otras mujeres que seguían en distintas etapas de su trance, y también hacia el chico Daniel, que sufría convulsiones con los ojos extraviados, mientras gritaba que algo horrible se movía en su vientre. Sí, sí, le decía el señor Aronoff, extendiendo su mano derecha sobre

su cabeza, sí, sí, debes expulsarlo, debes expulsarlo. El chico se retorció, parecía que de un momento a otro iba a vomitar, hasta que efectivamente lo hizo, y hubo que limpiarlo y pasar un trapo por el piso. Mientras tanto, la rubia había abierto el piano y con los puños cerrados, torpemente, golpeaba el teclado, gimiendo que era imposible, que no podía. Pero el señor Aronoff volvió su brazo extendido sobre ella y con su voz grave y poderosa le repitió su orden de hacerle llegar un mensaje al señor Sabato. La señora Esther, entretanto, respiraba cada vez más profunda y ruidosamente, con su cara cubierta de sudor. Hable, hable! le ordenaba Aronoff. Usted está tomada por la Entidad que lucha contra el señor Sabato! Hable, diga lo que tenga que decir! Pero ella seguía agitándose y respirando en un ruidoso estertor, hasta que finalmente cayó en una frenética histeria y hubo que sujetarla entre dos para que no destruyera lo que estaba a su alcance. Apenas se calmó un poco, Aronoff volvió a repetir su orden a la rubia: Debes tocar el piano! le decía con su voz autoritaria, debes hacer llegar el mensaje que el señor Sabato necesita. Pero aunque la chica trataba desesperadamente de desentumecerlos, los dedos seguían agarrotados por una fuerza superior a su voluntad. Golpeaba el teclado, pero los sonidos que arrancaba eran torpes como los que obtiene un chiquito de corta edad. Hazlo! ordenaba Aronoff, quien (Sabato no pudo evitar el sorprenderse) construía sus frases como un español. Puedes y debes hacerlo! Debes hacer el esfuerzo que en nombre de Dios te pido y te ordeno! Sabato sentía pena por la muchacha, porque la veía gemir con sus ojos extraviados, sacudir la cabeza de un lado para el otro, e intentar abrir sus dedos agarrotados. Pero entonces vio cómo Betty se ponía de pie, con los brazos extendidos en la forma de alguien que ha de ser crucificado. Con el rostro dirigido hacia el techo y los ojos cerrados mascullaba palabras ininteligibles. Sí, sí, sí! exclamó Aronoff, dirigiendo su gran cuerpo hacia ella, reacomodando su muleta para colocar su mano derecha extendida hacia la frente de la mujer. Sí, Betty, sí! Eso es! Dime lo que tengas que decir! Haz saber al señor Sabato lo que necesita conocer! Pero ella seguía mascullando palabras incomprensibles.

Hasta que de pronto oyeron acordes en el piano y tanto Sabato como Aronoff se volvieron hacia la chica rubia, que, poco a poco, a medida que sus dedos comenzaban a soltarse, ejecutaba IN DER NACHT, de Schumann. Era una de las piezas que en aquel tiempo tocaba Jorge Federico! Sí, sí! gritó excitadísimo Aronoff. Toca, toca! Que el señor Sabato reciba ese mensaje de luz! E imponía su mano derecha, cargada de fluido, hacia la cabeza de Silvia, que a cada instante tocaba con mayor precisión, hasta llegar a hacerlo en una forma que no podía esperarse en un piano abandonado durante veinte años en un sótano húmedo.

Sabato cerró involuntariamente sus ojos y sintió que algo estremecía su cuerpo y lo hacía balancear. Tuvieron que sostenerlo para que no cayera.

REAPARECE SCHNEIDER?

Al otro día se levantó como si se hubiese bañado en un transparente río de montaña después de haber chapoteado durante siglos en un pantano plagado de serpientes. Tuvo la seguridad de que saldría adelante, escribió cartas que permanecían sin respuesta, le dijo a Forrester que aceptaría la invitación de la universidad norteamericana, cumplió con citas y reportajes postergados. Y sintió que apenas esas tareas secundarias fueran cumplidas podría acometer de nuevo la novela.

Salía de Radio Nacional y caminaba con euforia por la calle Ayacucho cuando le pareció que en la vereda de enfrente estaba el doctor Schneider, casi en la ochava de Las Heras. Pero entró rápidamente en el café que hay en esa esquina. Lo había visto? Lo había estado esperando? Era realmente él o alguien parecido? A esa distancia es fácil una equivocación, sobre todo cuando se es propenso a superponer imágenes obsesivas sobre maniqués, como tantas veces le sucedió.

Se acercó lentamente a la esquina, vacilando entre lo que quería y no quería hacer. Pero al llegar a pocos pasos, se detuvo y, dándose vuelta, se fue en sentido inverso. Casi huyó. Esa es la expresión. Si ese hombre había vuelto a Buenos Aires, o, por lo menos, si permanecía durante temporadas, cualesquiera fuesen sus viajes, y siendo conocido de personas que también él conocía, cómo jamás había noticias de él, siquiera indirectas?

Era posible, ahora, que su reaparición estuviera vinculada a la sesión del señor Aronoff y su gente? Parecía demasiado exagerado imaginarlo. Por otra parte, si durante tantos años había permanecido invisible, al menos para él, y de pronto se ponía a su alcance, quizá dejándose ver o entrever a propósito, no era como un signo deliberado? Como una advertencia?

Se hacía todas estas reflexiones, pero luego, pensándolo más, se decía que de ninguna manera podía estar seguro de que aquella persona corpulenta hubiese sido realmente Schneider.

Había una sola forma de averiguarlo. Venciendo su temor, volvió hacia el café, pero cuando estaba a punto de entrar vaciló, se detuvo y luego, cruzando la avenida, se quedó a observar amparado por un plátano. Allí permaneció cosa de una hora, hasta que vio llegar al Nene Costa, con su cuerpo cartilaginoso, como un bebé maligno que hubiera crecido como los hongos hasta adquirir un corpachón enorme y

fofo sin que sus huesos se hubiesen desarrollado al mismo tiempo, no terminando de adquirir las dimensiones adecuadas o, en caso positivo, como si esos huesos se hubieran mantenido al estado blando o casi cartilaginoso: siempre se tenía la impresión (no el temor, porque nadie lo quería) de que si no se apoyaba en algo, una pared o una silla, podía venirse abajo, como un flan demasiado alto para su consistencia y peso. Aunque peso —había reflexionado más de una vez— lo que se llama peso, seguramente no podía ser muy grande, por la calidad esponjosa de la materia que lo componía, por una excesiva cantidad de elemento líquido o gaseoso, tanto en sus poros como en sus intestinos, estómago, pulmones y, en general, en cada una de las cavidades o resquicios de que dispone el cuerpo humano. Esa impresión de enormidad gelatinosa se acentuaba por la cara de bebé. Como si a uno de esos chiquitos gordos y rubios, de piel blanquísima y ojos de un celeste acuoso, que se suele ver en las natividades de los pintores flamencos, se lo vistiera de hombre, con gran dificultad se lo pusiese de pie, y luego se lo observara a través de un colosal lente de aumento. En su opinión, sólo un detalle revelaría el grave error: la expresión de su cara. No era la de un bebé sino la de un perverso, ingenioso, enciclopédico y cínico anciano que hubiese pasado de la cuna a la vejez espiritual sin antes conocer la fe y la juventud, el entusiasmo y el candor. A menos que hubiera nacido ya con esos atributos finales, en virtud de vaya a saber qué teratológica transmigración, de modo que ya tomando el pecho de su madre la pudiera haber observado con aquellos mismos ojos de perverso y escéptico cinismo.

Lo vio llegar al café con su manera de caminar ligeramente de costado, con su cabeza rubia medio inclinada y mirando de soslayo, como si para él la realidad no estuviera nunca delante sino a la izquierda y un poco abajo. Cuando entró, instantáneamente, Sabato recordó su relación con Hedwig. Una de aquellas relaciones de Costa que, más o menos que sexuales, estaban determinadas por su infinito snobismo, tan poderoso y ferviente (quizá lo único ferviente en su espíritu) que hasta podía capacitarlo para el acto sexual; porque no era posible imaginar una mujer en la cama con aquella masa de materia lechosa. Aunque, meditaba, nunca se sabe, porque el corazón de los seres humanos es inagotablemente desconocido y el poder del espíritu sobre la carne, milagroso. Fuera como fuera, en esas relaciones con mujeres, que siempre concluían con la separación de los matrimonios, no podía ser el cuerpo lo que prevaleciese sino el espíritu; una perversidad, un sadismo, un diabolismo que, de cualquier modo, no podían caracterizarse sino como fenómenos espirituales. Pero si esos atributos podían atraer a una mujer sofisticada, era arduo concebir que pudieran atraer a Hedwig, que no era ni sofisticada ni frívola, y que no estaba para problemas personales. Quedaba una sola explicación: que fuese un simple recurso (pero, por favor, era

necesario poner este adjetivo entre comillas) del doctor Schneider. El snobismo de Costa, su germanofilia y su antisemitismo reforzaban o alentaban la enigmática relación.

CAVILACIONES, UN DIÁLOGO

Volvió a su casa en un estado de honda depresión. Pero no quiso dejarse vencer tan rápidamente y se propuso llevar a cabo el proyecto con la novela. Pero apenas abrió los cajones y empezó a hojear sus papeles se preguntó, con irónico escepticismo, *qué novela*. Revolvió aquellos centenares de páginas, bocetos, variantes de bocetos, variantes de variantes: todo contradictorio e incoherente como su propio espíritu. Decenas de personajes esperaban en aquellos recintos como esos reptiles que duermen catatónicamente durante las estaciones frías, con una imperceptible y sigilosa vida latente, prontos para atacar con su veneno en cuanto el calor los devuelve a la existencia plena.

Y como siempre que hacía esa inspección, terminó en la carpeta de aquella banda de Calsen Paz. Una vez más quedó absorto ante su rostro dostoiévskiano. Qué le promovía ese sujeto? Recordó momentos similares, entre similares escrutinios y desalientos, quince años atrás, cuando sintió que esa mirada de intelectual delincuente le despertaba ambiguos monstruos, que gruñían en la oscuridad y en el barro. Algo le murmuró entonces que era el negro heraldo de un monarca de las tinieblas. Y cuando llegó Fernando Vidal Olmos, aquel pequeño criminal de provincia, terminada al parecer su misión anunciadora, había vuelto a la carpeta de la que un día salió.

Y ahora qué? Contempló su cara de heladas pasiones y trató de comprender en qué sentido estaba vinculado con la novela que a tropiezos intentaba construir. A tropiezos, como siempre le sucedía: todo era confuso en su interior, se hacía y se deshacía, no le era posible nunca comprender qué quería ni adónde se dirigía. Los contornos de los personajes se perfilaban poco a poco, a medida que iban saliendo de la penumbra, cobraban nitidez y luego terminaban por esfumarse, volviendo al dominio de las sombras de donde habían emergido. Qué quería decir con sus ficciones? Casi diez años después de haber publicado HÉROES Y TUMBAS lo seguían interrogando estudiantes, señoras, empleados de ministerios, chicos que hacían tesis en Michigan o Florencia, mecanógrafas. Y oficiales de marina que al entrar al Círculo Naval veían ahora con intrigado recelo a ese Ciego con aspecto de caballero

inglés, cada vez más viejo y encorvado, vendiendo sus ballenitas, hasta desaparecer para siempre. Para siempre? Muerto? En qué reducto? Sí, también esos marinos querían saber qué había querido decir con ese Informe sobre Ciegos. Y cuando les respondía que no le era posible agregar algo más a lo que había escrito allí, se quedaban desconformes y lo miraban como a un mistificador. Porque, cómo el propio autor puede ignorar ciertas cosas? Era inútil que les explicara que algunas realidades sólo pueden expresarse con símbolos inexplicables, como el que sueña no comprende lo que sus pesadillas significan. Examinaba las carpetas y sentía la ridiculez de su minuciosidad: como la de un relojero loco que trabajara con meticulosa paciencia en un reloj que finalmente marcará las tres y doce minutos al mediodía. Estudiaba una vez más las noticias amarillentas, las fotos, las tortuosas declaraciones, las acusaciones mutuas: si fue el propio Calsen que clavó y revolvió la lezna en el corazón del chico amarrado, si fue Godas bajo sus órdenes, si aquella Dora Forte de 18 años era amante o no de Calsen, si éste era o no homosexual. Sea como fuere, Dora seducía al turquito Sale, se lo llevaba a Calsen, lo hacía ingresar en la banda y finalmente simulaban el secuestro (eso era lo que Sale creyó) para extorsionar al viejo. Y cuando más tarde lo atan y le meten un trapo en la boca, comprende recién que lo asesinarán de verdad. Con ojos alucinados mira la escena de pesadilla, mientras oye la seca orden de Calsen de iniciar la fosa en el terreno de atrás. Luego firma la carta que ya tenían preparada. Sabato se preguntó por qué esa carta no estaba ya firmada por el turquito, puesto que él creía que era un secuestro simulado; y por qué ahora la firmaba, si veía que de cualquier modo lo matarían. Pero tal vez los crímenes reales ofrecen siempre esas burdas incoherencias. Dos detalles que describen el irónico sadismo de Calsen: la carta la mantuvo oculta hasta ese momento detrás de una reproducción del *ÁNGELUS* de Millet, y el dinero debía ser entregado en el atrio de la iglesia de la Piedad. Qué tipo. Miró de nuevo su fotografía y, aunque su rostro duro nada tenía en común, pensó en el Nene Costa.

Mientras releía las declaraciones, todo empezaba a derivar en su mente: las fotos iban cambiando sus rasgos, lenta pero inevitablemente comenzaban a configurar otros rostros que lo obsesionaban, y particularmente el odiado rostro de R., que parecía juzgar como perverso perito los errores de aquellos criminales de pacotilla. R., siempre detrás, en la oscuridad. Y él siempre obsesionado con la idea de exorcizarlo, escribiendo una novela en que ese sujeto fuese el personaje principal. Ya en aquel París de 1938, cuando se le reapareció, cuando trastornó su vida. Con aquel abortado proyecto: *MEMORIAS DE UN DESCONOCIDO*. Nunca había tenido el coraje de hablarle de él a M., siempre le habló de un personaje así y así, una especie de anarquista reaccionario, alguien al que llamaría Patricio Duggan. Aquella ficción partía del crimen de Calsen, pero fue siendo alterada poco a poco hasta

llegar a ser irreconocible: ya Dora Forte no era una pobrecita belleza de barrio sino una chica sofisticada. Y Patricio era jefe de la banda, primero amante de la chica y después su hermano, quizá también su amante. Abortó. Años después, siempre bajo el acosamiento de R., escribió HÉROES Y TUMBAS, donde Patricio se convertía en Fernando Vidal Olmos, la chica primero en su hermana y luego en su hija natural, ya sin nada que ver con los Calsen ni con aquel crimen amarillento.

Y ahora, una vez más, comenzaba a internarse en el fétido laberinto de incestos y crímenes, laberinto que iba hundiéndose paulatinamente en el pantano del que creía haber salido por obra de los inocentes exorcismos de costureras y plomeros. Desde las tinieblas, veía cómo le hacían sarcásticas señas con sus garras, hasta que una vez más se iba ahogando en la confusión y el desaliento, en las culpables fantasías, en el secreto vicio de imaginar pasiones infernales.

Habían resurgido los conocidos monstruos, con la misma imprecisión de las pesadillas, pero también con su misma potencia, encabezados por la ambigua figura de costumbre, que desde la oscuridad lo observaba con sus ojos verdosos, con su mirada de nictálope, la expresión de una nocturna ave de rapiña. Hipnotizado por su reaparición, se fue adormeciendo en el seno de aquella ominosa familia, como bajo los efectos de una droga maligna. Y cuando horas más tarde volvió a la conciencia, ya no era más el hombre que días antes se había levantado con optimismo.

Comenzó a dar vueltas, quiso distraerse, hojeó una revista. Ahí estaba, para colmo, la cara de aquel bicho, con esa sonrisa de hombre franco que mira con los ojos muy abiertos, dispuesto a comprender y ayudar; mientras debajo, como el técnico en claves descifra el auténtico mensaje en una carta rosa, veía surgir los verdaderos rasgos de innoble y vieja puta, de mentirosa e hipócrita puta. Qué estaba declarando sobre el Premio Municipal?

Qué asco, qué tristeza. Se sintió avergonzado: al fin y al cabo también él pertenecía a esa abominable raza.

Se recostó y una vez más se entregó a la fantasía de siempre: abandonar la literatura y poner un tallercito en algún barrio desconocido de Buenos Aires. Barrio desconocido de Buenos Aires? Qué risa, por favor, qué callejón sin salida. Y para colmo malhumorado por haber hablado en la Alliance, por haber sufrido durante dos horas, y luego toda la noche, como si se hubiese desnudado en público para mostrar sus pústulas, y para mayor bochorno ante muchas personas frívolas.

De nuevo empezó a ver todo negro, y la novela, la famosa novela, le parecía inútil y deprimente. Qué sentido tenía escribir una ficción más? Las había hecho en dos momentos cruciales, o por lo menos eran las dos únicas que se había decidido a publicar, sin saber bien por qué. Pero ahora sentía que necesitaba algo distinto, algo que era como ficción a la segunda potencia. Sí, algo lo presionaba. Pero qué

era? Volvía entonces con descontento a esas páginas contradictorias, que no conformaban, que parecían no ser lo que necesitaba.

Y luego, ese desgarramiento entre su mundo conceptual y su mundo subterráneo. Había abandonado la ciencia para escribir ficciones, como una buena ama de casa que repentinamente resuelve entregarse a las drogas y la prostitución. Qué lo había llevado a imaginar esas historias? Y qué eran, verdaderamente?

Por lo general, las ficciones eran consideradas como una suerte de mistificación, como una tarea poco seria. El profesor Houssay, Premio Nobel, le retiró el saludo cuando se enteró de su decisión.

Sin haberlo advertido, se encontró bordeando el cementerio de la Recoleta. Lo subyugaban esos conventillos de la calle Vicente López, y sobre todo la idea de que R. pudiese vivir en algún cuartucho por ahí, en ese altillo medio tapado por ropa secándose.

Y Schneider, qué tenía que ver con la obra? Y quién era esa "Entidad" que le impedía llevarla a cabo?

Sospechaba que Schneider era una de las fuerzas que actuaba desde alguna parte, que seguía haciéndolo, a pesar de su desaparición durante años, como si hubiera sido obligado a retirarse por un tiempo. Pero acechando desde lejos, y ahora, al parecer, de nuevo en Buenos Aires.

La otra presencia, ya lo sabía.

Y de pronto comprendió que su preocupación por Sartre no era producto del azar sino de esas mismas fuerzas que lo hostigaban. No era el problema de la mirada, de los ojos? Los ojos. Víctor Brauner. Sus cuadros llenos de ojos. El ojo que Domínguez le arrancó.

Mientras seguía caminando hacia cualquier parte, desconfiaba de todo. Los espías eran lanzados en algún lugar de Inglaterra, hablando el inglés a la perfección, vistiendo y tartamudeando como egresados de Oxford.

Cómo distinguir al enemigo? Ese muchacho que vendía helados, por ejemplo: era necesario observarlo cuidadosamente. Le compró un helado de chocolate, se fue, o aparentó que se iba, para volverse hacia él de pronto y observarlo en los ojos. El chico se sorprendió. Pero esa sorpresa podía ser el resultado de su inocencia o de un sutil aprendizaje. Era una tarea infinita: ese sujeto con la escalera, aquella mecanógrafa o empleadita, ese chiquillo que jugaba o *simulaba* jugar. No emplean niños los regímenes totalitarios?

Se encontró frente al departamento de los Carranza, aunque no recordaba haberse propuesto ir allí.

Se hundió en el sofá, oyó algo sobre Pipina. Cómo, cómo? La conferencia en la Alianza. La Alianza y Pipina? Pero qué diablos era eso?

Beba se rió: pero no, idiota, se refería a Sartre.

Pero no le había estado hablando de Pipina?

No, hombre, de Sartre le hablaba.

Bueno, qué.

Que si había hablado mal.

Desalentado, se quitó los anteojos, se pasó la mano por la frente, se frotó los ojos. Después indagó defectos en el parquet, mientras Beba lo consideraba con sus ojitos inquisitoriales. Su madre, con ese aspecto que siempre tenía de haber salido un momento antes de la cama, con el pelo revuelto, meditaba sobre afluentes del Ganges, cefalópodos y pronombres.

Schneider, pensaba, mirando el piso.

—Cuándo llegó a Buenos Aires?

—Quién? —preguntó, sorprendida, Beba.

—Schneider.

—Schneider? Qué diablos te puede interesar ese charlatán después de tantos años?

—Pero cuándo llegó?

—En el momento de terminar la guerra. No sé.

—Y Hedwig?

—También.

—Pero me pregunto si se habrán conocido allá, en Hungría.

—Parece que se conocieron en un bar de Zürich.

Se irritó: parece, parece, siempre las mismas ambigüedades. Beba lo observaba con perplejidad. Aquel payaso, le decía Beba. Sólo le faltaba la víbora y uno de esos artefactos en la mano que sirven a la vez para enhebrar agujas, pelar papas y cortar vidrios. Y esas viejuchas que lo seguían.

Sí, era cierto, parecía un charlatán de feria. Y qué.

—Cómo y qué.

La rabia de la Beba era para Sabato el subproducto de su mentalidad cartesiana. Se peleaba con el Dr. Arrambide, pero en el fondo los dos tenían la misma mentalidad. No tenía ganas de explicar nada.

—Cómo, y qué —insistió la Beba.

Sabato la consideró con fatiga. Baudelaire, lo del diablo.

— Baudelaire?

Pero no explicó nada, sentía que era inútil. La peor fechoría: hacer creer que no existe. Schneider, era grotesco pero sombrío, ruidoso pero tenebrosamente secreto. Sus carcajadas ocultaban un espíritu sigiloso, como una caricaturesca y risible máscara un semblante duro, esquemático y reservado rostro del infierno. Como alguien que mientras prepara un calculado y frígido crimen cuenta chistes verdes a su futura víctima. Maruja preguntaba algo sobre celenterados de cinco letras. Lo imaginaba dirigiendo desde la oscuridad los hilos de aquella banda. Pero

qué estaba pensando? Patricio y los Christensen eran imaginarios; cómo ese hombre real podría dirigir o dominar algunas de sus fantasías? Gustavo Christensen. Volvía a pensar que el Nene Costa podía perfectamente ser Gustavo Christensen. Por qué no? Lo había imaginado flaco y el Nene era gordo y fofo. Por qué no?

—El Nene Costa —dijo.

Beba lo miró con ojos llameantes. Qué había con ese individuo?

—Lo vi. Entraba en un café de Las Heras y Ayacucho.

Y a ella qué le importaba? Bien sabía que ese sujeto no le interesaba lo más mínimo. Hacía años que le había hecho la cruz.

—Te digo.

—Lo más mínimo, ya sabés.

—Te digo porque me parece que entró a verlo a Schneider.

—Qué estás diciendo? Schneider está en el Brasil. No sé cuánto tiempo.

—A mí me pareció que entraba en ese café. Además, eran muy amigos.

—Quién.

—Con el Nene Costa, no?

Beba se rió: el Nene amigo de alguien!

—Quiero decirte que se veían mucho en aquel tiempo.

—Me pregunto quién habrá jodido a quién.

—No tienen por qué ser amigos. Pueden ser cómplices.

Beba lo miró con extrañeza, pero Sabato no agregó nada más sobre esas palabras.

Después de un tiempo, mirando el vaso, preguntó:

—Así que en tu opinión Schneider se fue al Brasil.

—Eso es lo que dijo Mabel. Todo el mundo lo supo. Se fue con Hedwig.

Siempre observando el vaso, Sabato le preguntó si Quique seguía viendo al Nene Costa.

—Me imagino. No veo cómo podría privarse de ese gusto. Una especie de tesoro.

—Y últimamente no te dijo nada sobre Schneider? Si ha vuelto del Brasil y lo ve al Nene, seguro que Quique lo sabría.

No, nunca le había dicho nada. Además, Quique sabía perfectamente que no le gustaba que le recordaran al Nene. Sabato quedó más angustiado que antes, porque todo eso le probaba que si aquel hombre había vuelto de Brasil o de donde fuese, ese retorno no era público sino reservado. Estaban entonces sus contactos con Costa vinculados al problema que lo ensombrecía? Parecía a primera vista absurdo imaginar al frívolo de Costa en una combinación de ese género, pero no resultaba descabellado en cuanto se pensaba en su vertiente demoníaca. Pero por qué se veían en un bar céntrico, en ese caso? Bien, él, Sabato, no iba nunca por ese café. Podía haber sido una casualidad. Una casualidad semejante? No, era

necesario descartarlo. Por el contrario, más bien debía pensar que Schneider de alguna manera sabía que él iría a Radio Nacional, esperó en la calle hasta que lo viese (o entrevistase) y luego entró. Pero para qué? Para atemorizarlo? De nuevo comenzaba su gran duda: quién perseguía a quién?

Trató de hacer memoria, pero todo le resultaba confuso. Sí, Mabel se lo había presentado a André Téleki, y Téleki le había presentado a Schneider. Acababa de salir EL TÚNEL, de modo que debía de ser por el 48. En aquel momento no le dio importancia a la pregunta que le hizo sobre Allende: por qué ciego? Parecía una cuestión inocente.

—Cornudo y ciego —había comentado con aquella risa grosera.

Qué pudo hacer en todos aquellos años, entre el 48 y el 62? No era significativo que reapareciese en el 62, en el momento de aparecer HÉROES Y TUMBAS? En una ciudad infinita pueden pasar años sin ver a un conocido. Por qué lo volvió a encontrar apenas publicada su nueva novela?

Trataba de recordar las palabras del reencuentro: sobre Fernando Vidal Olmos.

Qué, no respondía nada?

—Cómo?

Si había hablado mal de Sartre. Sí o no.

Beba, con su manía disyuntiva y su eterno whisky en la mano, con sus ojitos inquisitoriales y llameantes.

Mal de Sartre? Y quién le había venido con esa idiotez? No recordaba. Alguien.

Alguien, alguien! Siempre esos enemigos sin cara. Se pregunta por qué todavía hablaba en público.

Hablaba porque quería.

Por qué no se dejaba de decir macanas? Hablaba por debilidad, porque se lo pedía un amigo, porque no le gustaba parecer arrogante, porque son pobres muchachos de un ateneo José Ingenieros de Villa Soldati o de Mataderos, que no se puede humillar: esos muchachos que de día trabajan de electricistas y de noche descifran a Marx.

Vamos! La Alliance no estaba en Villa Soldati e iban miles de señoras gordas.

—Está bien. Hablé para señoras gordas, adivinaste. No he hecho otra cosa en mi vida. Ahora dejame tomar tranquilo el whisky, que para eso vine.

—No griten, dejen pensar. Río del Asia, cuatro letras.

—Así que lo único que te comentaron es que hablé mal de Sartre.

Se levantó, caminó por la sala, se acercó a la biblioteca, examinó los viejos sables de caballería, leyó distraído algunos títulos. Estaba furioso con todos y consigo mismo. Pensamientos acres o irónicos sobre mesas redondas, conferencias, canasta uruguaya, Punta del Este, Alliance Francaise, recuerdos de infancia, qué flaca estaba Beba últimamente, títulos de novela (A la sombra de las muchachas en flor!

cómo era posible?), ideas sobre el polvo y la encuadernación. Finalmente volvió a su sofá, donde se hundió como si pesara el doble o el triple.

Algo en el límite entre Kenya y Etiopía que pareciese un cebú pero que no era un cebú: siete letras.

— Hablaste mal, sí o no?

S. estalló. Beba, con severidad, le dijo que podía dar detalles, en lugar de gritar. No parecía un intelectual, parecía un loco.

—Pero quién es el cretino que te vino con ese cuento?

—No es ningún cretino.

—Recién me dijiste que no recordabas quién era.

—Sí, pero ahora me acordé.

—Y quién era?

—No tengo por qué decirlo. Después haces cuestiones.

—Claro, claro, para qué.

Volvió a sumirse en un silencio amargo. Sartre. Siempre lo había defendido, exactamente lo contrario. Qué significativo que siempre hubiera que defender a los tipos auténticos. Cuando la rebelión en Hungría, cuando los stalinistas lo acusaban de ser un pequeño burgués contrarrevolucionario al servicio del imperialismo yanqui. Después, contra los maccartistas, que lo acusaban de idiota útil al servicio del comunismo internacional. Y, por supuesto, también homosexual, ya se sabe, puesto que no pudieron descubrirle parentela judía.

—Pero decime, no te parece que en lugar de perder tanto tiempo en tus rabietas habría sido mejor que me explicaras lo que dijiste?

—Con qué objeto.

—Ah, te parece que no merezco saberlo.

—Si hubieras tenido tanto interés podías haber ido a la conferencia.

—Tengo a Pipina con diarrea.

—Bueno, basta.

—Cómo, basta? Me importa mucho ese problema.

—Ahora pretendés que te explique en cuatro palabras lo que allí analicé en dos horas. Y después hablás de frivolidad.

—No pretendo que me expliqués todo. Una idea. La idea fundamental. Y, además, deberías admitir que en mi cabeza tengo algo más que esas señoras gordas que pujaron por escucharte.

—Dale, estaba lleno de estudiantes.

—Si no recuerdo mal, un día me dijiste que toda filosofía es el desarrollo de una intuición central, hasta de una metáfora: panta rei, el río de Heráclito, la esfera de Parménides. Sí o no?

—Sí.

—Y ahora me salís con el cuento que tu teoría sobre Sartre necesita dos horas. Qué, es más importante que la filosofía de Parménides?

—Pucha digo.

—Eh?

—Ese reportaje de Sartre sobre LA NÁUSEA —explicó con cansancio.

—Reportaje? Qué reportaje?

Algo que había salido hacía tiempo atrás. Seguramente el resultado de su sentimiento de culpa.

—Sentimiento de culpa?

—Claro, hay chicos que se mueren de hambre por ahí. Y escribir esa novela, mientras tanto...

—Qué chico se está muriendo de hambre?

—Pero no, mamá. Bueno, y?

—Partí de esa idea.

—Y esa idea te parece mal.

—No empecés de nuevo.

—Entonces.

—Entonces, qué? Me podes decir cuándo una novela, no ya LA NÁUSEA, una novela cualquiera, la mejor novela del mundo, el QUIJOTE, el ULYSSES, el PROCESO, ha servido para evitar la muerte de un solo niño? Si no estuviera seguro de la honradez de Sartre, tendría que pensar que es la frase de un demagogo. Te digo más: de qué modo, cuándo, en qué forma una coral de Bach o un cuadro de Van Gogh sirvieron para que un chico no se muera de hambre. Tendremos que renegar de toda la literatura, de toda la música, de toda la pintura?

—Hace un tiempo, en una vista sobre la India, unos chiquilines se morían de hambre en la calle.

—Sí, mamá.

—La viste vos también?

—No, mamá.

—También leí un libro de un escritor francés, Jules Romains... no, esperá... Romain Rolland, puede ser? siempre confundo los apellidos, soy un caso... en fin algo sobre eso.

—Sobre qué, mamá.

—Sobre una criatura que se moría de hambre. Cómo se llama?

—Quién.

—Ese escritor.

—No lo sé, mamá. Son dos escritores. Y no leo a ninguno de los dos.

—Podrías leer un poco más, en lugar de discutir tanto y tomar tanto whisky. Y vos, Ernesto, tampoco lo sabés?

—No, Maruja.

—Entonces, te parece que Sartre está equivocado. Ya ves cómo el que me trajo el dato decía la verdad. Sí o no?

—Eso no es hablar mal, estúpida. Es casi defenderlo contra una debilidad. Defender al mejor Sartre, quiero decir.

—Así que el Sartre a quien le duele la muerte de un niño es un mal Sartre.

—Ése es un sofisma tamaño guardarropa. Con ese criterio, Beethoven era una mala persona porque en plena época de la Revolución Francesa hacía sonatas en lugar de marchas militares. No bajemos el nivel de la conversación.

—Bueno, volvamos a tu argumento. Querés decir que Sartre razona mal. Que no es capaz de rigor mental.

—No dije eso. No es que razone mal, es que se siente culpable.

—Culpable de qué.

—Esa mezcla de endemoniado y protestante.

—Y qué.

—Nada, quizá un indicio el apellido, ese Schweitzer. El otro indicio es la fealdad.

—La fealdad. Qué tiene que ver eso con el reportaje.

—Un chico feo, un sapo. Leíste LES MOTS?

—Sí, y qué.

—Se aterrorizaba cuando lo miraban.

—Y.

—Qué es lo que te pueden ver? El cuerpo. El infierno es la mirada de los otros. Mirarnos es petrificarnos, esclavizarnos. No son los temas de su filosofía y de su literatura?

—Qué arbitrario que sos. Me vas a reducir a esas cuatro palabras todo el pensamiento de Sartre.

—Hace un momento, si mal no recuerdo, me exigiste que lo hiciera.

Panta rei.

—Bueno, ahora me vas a hacer de un complejo psicológico la base de una filosofía. Si te agarran los bolches.

—La vergüenza no es una trivialidad, y sobre todo la vergüenza de un niño. Puede llegar a tener tremendo alcance existencial. Tengo vergüenza, por lo tanto existo. De ahí sale todo.

—Todo? Me parece que se te va la mano.

—Por qué? Lo esencial en la obra de un creador sale de alguna obsesión de su infancia. Pensá en su literatura. Alguno se deja ver desnudo?

—Suponés que no hago otra cosa que recordar personajes de Sartre, cómo se visten o desvisten. Hace un siglo que no lo leo.

—Te digo porque me has estado torturando. Uno quiere ver a los hombres desde arriba, así se siente omnipotente. Otra quiere observar a su amiga sin que ella pueda verla. Un tipo se regodea imaginándose invisible y uno de sus placeres es espiar por el ojo de una cerradura. Otro imagina el infierno como una mirada que lo penetra todo. En una obra, el infierno es la mirada de una mujer, una mirada que para colmo deben sufrir toda la eternidad.

—Bueno, basta. Adónde vamos a ir a parar. Pero la filosofía...

—Me parece que lees los libros a la ligera. O no leíste EL SER Y LA NADA.

—Cómo no, pero fue en el siglo XIX.

—Por eso te digo.

—Te digo qué.

—Que lees todo a la ligera. Si no recordarías la invisibilidad, el sobrevuelo, a cada rato. Páginas sobre el cuerpo, la mirada, la vergüenza.

Momento en que entró Quique y dijo Maruja cada día estás más mona, et tout et tout. Y luego, dirigiéndose a S. dijo "Buenas tardes, Maestro". Así que S. adujo que estaba en retardo y se fue.

Apenas salió, Beba se dirigió indignada contra Quique:

—Te advertí que no te metieras con él, por lo menos en mi presencia!

—No lo puedo evitar, mi amor. Desde que me hizo trabajar en esa novela, tanto para aliviar esa pesadez. Un plomo. Un repedante, un mamarracho. Un día que tenga tiempo te voy a contar unas historias que bueno bueno. Y todo ese potinaje, te aclaro, es superdocumentado.

—No veo por qué en lugar de hacer cosas desagradables no contaste algunos de tus chismes.

—En su presencia, decís?

—Claro.

—Sí, eh? Para que después aparezcan mis frases en su novela? En esa novela que hace ciento veinte años dice que está trabajando?

QUIQUE ESTABA SOMBRÍO

Prohibirle hablar mal de la gente era, en opinión de Beba, como prohibirle a Galileo emitir su célebre aforismo. Pero la llegada de Silvina con sus compañeras de la academia lo reanimó instantáneamente, cuando le dijeron que habían visto al chico Molina con moto y campera de cuero.

—Muy bien! Qué tanto cura con sotana! Curas con shorts, monjas en bikini. Y nada de misa en latín, habiendo una lengua tan popular como el mejicano de la televisión. Les prometo que el catolicismo va a ser tan popular como la quiniela, mismo en las clases desposeídas. Con estos curas leninistas, que en lugar de citarte a Santo Tomás se mandan unas frases fenómenos de Marx y Engels. Aprés tout, siempre el cristianismo buscó lo popular. Y si no, chicas, piensen en el bautismo con agua, que es lo más barato. A menos que se les dé por catequizar en el Sahara. Acuérdense de aquellos retardados que inventaron el bautismo con la sangre de un toro. Qué clase de culto podes propagar con semejante despilfarro, si tenés que liquidar un toro cada vez que hay que cristianar un chico. Un culto para superoligarcas romanos. Y aquí para bebés de los Anchorena, o por lo menos para tanitos enriquecidos como Bevilacqua.

—Qué pasa con Bevilacqua —preguntó Maruja, levantando la cabeza de las palabras cruzadas—. Compró un toro?

—Pero a un tirado como uno, qué otra tanga le queda que la Santa Iglesia Apostólica Romana? Al menos es una religión de supermarket, che.

—Bueno, pero contá de una vez eso del Losuar.

Quique abrió sus enormes brazos como aspas y los levantó al cielo, y elevando también sus ojos como en una invocación.

—Mujeres! —exclamó.

-Dale.

—Ustedes saben que como cronista de una publicación especializada (porque sabrán que ahora también soy uno de los pilares de RADIOLANDIA, uno de los cerebros electrónicos de esa interesante publicación hebdomadaria) me veo obligado a seguir el movimiento cinematográfico. Aunque, felizmente, no tengo que ir al Lorraine y toda la serie de biógrafos que ese vivanco ordeña con el cuento de la cultura, propagando una calamidad más en esta ciudad ya de por sí deteriorada por baches, cañerías rotas y veredas levantadas. Así que, luego del Lorraine se inventó el Loire, previo concurso entre los in de Buenos Aires. Concurso, dicho sea de paso, lleno de sutilezas, porque el nombre tenía que ser francés, faltaría más, y empezar con Lo. Qué delicadeza, no? En realidad, porque de ese modo están al lado en la cartelera de los diarios y el punto que no cae en la trampa del Lorraine, cae en la del Loire, antes de perderse en las taquillas enemigas, qué les parece. Así que todos los chicos habitués, sobre todo los que van a l'Alliance se rompieron el bocho repasando la historia, la geografía y la numismática de la Douce France, hasta que de tanto escarbar encontraron el brillante y curioso apelativo de Loire, verdadero tour de force aun para entendidos como yo, que jamás de los jamases habría dado con semejante hallazgo. Porque, quién va a ir a pensar justamente en algo tan a la vista? Como si dijéramos el Sena. Porque no hay becado que no haya

hecho los castillos de la Loire. Así que, como les decía, empezó la serie de los biógrafos con Lo, primero el Lorraine, luego el Loire y ahora, como si se les hubiesen quemado los papeles históricos y geográficos, con el Losuar, especie de centauro hecho con la cabeza del Lorraine y el cuerpo del Loire. Pero con ríos o centauros, lo cierto es que el vivo los tiene siempre superllenos, pasando por cuatromillonésima vez EL ACORAZADO POTEMKIM, ese acorazado marxista tan virtuoso, como dice el maldito de Charlie, que tira cañonazos que destruyen las guaridas de los chanchos burgueses pero que no matan ni un solo niño inocente. Y como el snobismo de los muchachos es infinito, hay cuerda para rato. Qué digo! Hay cuerda para siempre, porque cada día aparece una nueva onda. Primero, el neorrealismo italiano, donde los tanos gritan como en la feria franca y eso les parece el colmo del arte, hasta que comienzan a cansar los cortes de manga que en primerísimo plano hacen Sordi o de Sica, y entonces se vuelve de nuevo al cine francés, que siempre, hay que confesarlo, está en el fondo de nuestros corazones, y entonces nos volvemos a tragar todas esas cursilerías de Duvivier, que los entendidos de estos cines creen el colmo de la finura. Y cuando nos hartamos de los franchutes, ya que nadie se baña dos veces en el mismo río, entonces le metemos al cine sueco, que siempre es un éxito, porque a quién más a quién menos a todos nos gusta ver cómo en la pantalla se pirovan a una doncella, sobre todo si lo hace un bandolero, o un bandolero hermano de la doncella mejor que mejor, con los consabidos complejos y dramas metafísicos, como diría el maestro Sabato, que ese pirove naturalmente acarrea, de modo que los chicos creen que en Suecia están todo el santo día redándole a lo que te dije, y entre incesto y superaborto de joven soltera, cuando el fait accompli obliga como quien dice a echar mano a recursos heroicos, los chochamus sueñan con irse a esa patria de la joda y del viva la pepa, sin saber, pauvres enfants, que allá no hay sol ni para remedio, y que se pasa el año tiritando de frío al lado o encima o mejor dentro de una estufa, y que precisamente por eso, cuando sale el sol, que es el 27 de agosto por reloj, es fiesta nacional y everybody sale a la vereda a tomar un poco de solcito, el simpático y democrático rey incluso aprovechándose la jornada para ir al campo y Bergman filma un verano con Mónica, y se super-cometen toda clase de tropelías sexuales en la campiña, montañas, prados y hasta en los propios jardines del palacio real. Pero, claro, en ese único día de sol. Así que si el aborigen llega el 28 de agosto, ya está liquidado, y se congela propio en Pampa y la vía.

Silvina pidió un descanso. Cuando se hubo calmado, Quique prosiguió:

—Bueno, un día se me da por ir a uno de esos antros de la cultura, que ya desde la puerta te encajan música de Albinoni y en los intervalos los tipos leen a Marcuse, cosa de no perder ni un minuto, algo así como si te pasaras la vida comiendo vitaminas y respirando oxígeno puro, viste? Y al entrar, a quién no podía dejar de

encontrar ya que era una vista tristísima? A Coca Rivero. Para colmo hacía poco tiempo que la había ido a visitar. Y ustedes saben cómo es Coca, con esa biblioteca que tiene: algo como EL INFIERNO de Barbusse, LAS DESENCANTADAS de no sé quién, MUNDO SIN DIOS de vaya a saber qué anabaptista de Minneapolis, y como si toda esa funebrería fuese poco, en plus, LA MUJER FRÍGIDA de Steckel, que ves todo eso y salís rajando a tomar un poco de aire y sol. Y yo que me remorí por contarle algunos potins de su hermana, con esa librería me puse tan caído que estaba listo para Lázaro Costa. Así que, noblesse oblige, en lugar de mandarme los chimentos que llevaba sobre el nuevo affaire de Panucha, empecé, dale que dale, a hablar de entierros, divorcios, tumores, hepatitis y de lo cara que está la vida con las nuevas normas cambiarias. Cosa de ponerse a tono con el ambiente y alegrarle un poco el alma a Coca, para quien el único sol que existe es el sol negro de Nerval. Flagelante!

—Y qué hiciste cuanto te la encontraste en el Lorraine?

—Qué iba a hacer? Fuimos a tomar un café a La Paz, nos establecimos entre dos barbudos y tres chirusas del Di Tella, y empecé a desarrollar mi teodicea.

—Teodicea? —preguntó Silvina, dejando de reír para hacer la pregunta—. Una emperatriz romana?

—Callate, repavota. Limitate a escuchar y a pintar, que para eso tenés un talento fenómeno. Le expliqué que el mundo es una sinfonía, pero que Dios toca de oído. Pero, por qué ser monista? No, Silvina, especialista en monos no: otra cosa. Quién les dice, viste? que no hay varias explicaciones posibles. El Tipo es un jodón (atenti, linotipista, Tipo con mayúscula, que nunca se sabe, y por las dudas métale mayúscula, como aquel amigo de Baudelaire que iba a apagar el pucho sobre un ídolo africano y Baude le gritó cuidado! que a lo mejor es el verdadero). Bueno, como les decía, el Tipo es un chacotón y el mundo es como quien dice un mot pour rire, una joda de tamaño sideral, de un cuatrillón de años luz de largo por dos billones y medio de ancho. O también podría ser la obra de un mal músico, o que compone después de comer demasiado, como Rossini, que así le salían las cosas con los canelones que se mandaba después de haberlos inventado, y el tipo medio se duerme una siestita, una duermevela, como diría Guillermo de Torre. Homero a veces duerme, qué embromar. O también podría ser que el universo que conocemos sea apenas una fracción de todo lo creado, y que nos haya tocado lo peor, algo así como las sociales de un diario, y en otros lados les tocó la sección deportes o al menos la política, en lugar de estas cagadas, si se me permite el gros mot, que nos tocó en el reparto. O también podría ser que el Tipo durmiera y que sus pesadillas fuesen nuestra realidad, después de morfarse una tallarinada con mucho tuco casero: se te muere tu santa madre, que no ha hecho nunca el menor mal, todo el mundo se queja de cómo Dios puede permitir semejante barrabasada,

y resulta que el Tipo no es responsable porque en ese momento dormía, y la muerte de tu santa madre es una pesadilla subproducto de la comilona. En fin, basta la salud y ahora me voy porque tengo que ir a cumplir mis deberes profesionales.

—No, Quique, no! Contá más de Coca!

—Qué más quieren que les cuente de esa pobre querida? Así como los profesores de física nos sacaban la máquina electrostática para enseñarnos electricidad, el profesor Heidegger la tenía contratada a Coca para mostrarla cuando hablaba de la Angustia. Y Aquí si te la agarra Raskovsky se supermanda una obra de doce volúmenes con los traumas y complejos de Coquita. Y dicho sea de paso, siempre me he preguntado por qué tenemos tantos psicoanalistas, segundos en el ranking de USA. Flagelante! Debe de haber alguna *raison d'être*, como decía Leibniz. El medio millón de judíos del gran Buenos Aires? Sin embargo, aquí hay algo que no funca, viste? algo psicoanalítico antes de la llegada de los rusos de Odesa. Basta pensar en el asado criollo, un morfi genitourinario: tripa gorda, chinchulines, ubre, criadillas.

—Pero criadillas no son insectos?

—Ya te dije que te dediques a pintar. Un material como un trabajo práctico en la cátedra del Dr. Goldenberg. Para no hablaros del tango. Escuchadlo a Rivero cantando vivir con mama otra vez! Qué maravilla! Esa cruza de Freud con Sciammarella, de complejo con bandoneón! Edipo en dos por cuatro. Y tan verdadero! Y por eso tan bello, porque rien n'est beau que le vrai. De ahí la poderosa industria que se mandaron esos vivancos. Por eso soy partidario del comunismo, che. Toda esa plusvalía a manos de estos explotadores de la humanidad! Porque no me van a decir que en Rusia no hay re-angustiados. Pero allá el psicoanálisis está nacionalizado, hay un Ministerio de la Angustia, con un comisariado para el Edipo. Y aunque la centralización traiga la inevitable burocracia, como mantiene Álvaro, al menos, no te explotan. Y ya me imagino al entrar a la colimba al cabo gritando los que tengan complejo de Edipo paso al frente!! Y apenas los pelópidas dan el paso, marchen a hacer laborterapia en Siberia!!

Silvina volvió a descomponerse. Pido, dijo, no juego más. Así que Quique decidió irse, agregando que sobre ese tema pensaba mandar una comunicación a la Sociedad Psicoanalítica Argentina, que, según afirmó, era tan grande como la Sociedad Hebraica. Y casi con los mismos socios.

POCAS SOLEDADES COMO LA DEL ASCENSOR Y SU ESPEJO

(pensaba Bruno), ese silencioso, pero implacable confesor, ese fugaz confesionario del mundo desacralizado, el mundo del Plástico y la Computadora. Lo imaginaba a S. observando su cara con despiedad. Sobre ella —lenta pero inexorablemente— habían ido dejando su huella los sentimientos y las pasiones, los afectos y los rencores, la fe, la ilusión y los desencantos, las muertes que había vivido o presentado, los otoños que lo entristecieron o desalentaron, los amores que lo habían hechizado, los fantasmas que en sus sueños o en sus ficciones lo visitaron o acosaron. En esos ojos que lloraron por dolor, en esos ojos que se cerraron por el sueño pero también por el pudor o la astucia, en esos labios que se apretaban por empecinamiento pero también por crueldad, en esas cejas que se contraían por inquietud o extrañeza o que se levantaban en la interrogación y la duda, en esas venas que se hinchaban por rabia o sensualidad, se había ido delineando la móvil geografía que el alma termina por construir sobre la sutil y maleable carne del rostro. Revelándose así, según la fatalidad que le es propia (porque sólo puede existir encarnada) a través de esa materia que a la vez es su prisión y su única posibilidad de existencia.

Sí, ahí lo tenían: el rostro con que el alma de S. observaba (y sufría) el Universo, como un condenado a muerte por entre las rejas.

CAMINABA HACIA LA RECOLETA

para qué las discusiones y conferencias

todo era un formidable malentendido

ese imbécil, cómo se llamaba, explicando la religión con la plusvalía

a ver cómo explicaba que los obreros de New York apoyaran a Nixon contra los estudiantes rebeldes

Sartre desgarrado por las pasiones y los vicios

pero defendiendo la justicia social

Roquentin y sus chistes contra el Autodidacto y el humanismo socialista!

Se sentó en un banco.

Lo miraban. Un muchacho murmuró algo a su pareja, señalándolo con un gesto, que él creyó imperceptible, pero que S. percibió como los pájaros distinguen entre alguien que simplemente camina y otro que anda en su caza. Recordó con

melancolía el tiempo en que era como ese chico, en que podía ir a un parque a leer un libro, anónimamente, sin que nadie lo controlara o manoseara.

Sócrates y Sartre. Los dos feos, los dos odiando su cuerpo, sintiendo repugnancia por su carne, ansiando un mundo transparente y eterno. Quién puede inventar el platonismo sino alguien con tripas rellenas de mierda?

Creamos lo que no tenemos, lo que ansiosamente necesitamos. Bien, no todas eran señoras gordas, y no todas las señoras eran gordas, qué tanto embromar. Había estudiantes, muchos estudiantes, gente de verdad interesada.

Gente de verdad interesada? Vamos!

Había que decidirse, encerrarse en el famoso tallercito.

Pero no, pero no! Eso era una cobardía, una deserción ante los hijos de puta.

El negro de LA NÁUSEA, en aquel cuartito sucio, en el verano de New York. Para siempre salvado por la melodía eterna de su blues. La eternidad a través de la basura. Caminó hacia el cementerio. Una vez más leyó REQUIESCANT IN PACE, como se vuelve a mirar en una vidriera el objeto que nos fascina y que, a pesar de su precio, sabemos que un día tendremos que comprar. Bordeó el paredón por la calle Vicente López y se detuvo a atisbar el interior de un inquilinato: la ropa colgada, los perros de calle, los chiquilines roñosos. Muy típico de R., pensó. Vivir en un cuartucho de esos, allá arriba.

Los sueños de M.

Encerrado en un frasco de vidrio y buscando con sus manos un punto débil en aquella superficie transparente pero inexorable, se agitaba un homúnculo de unos veinte centímetros de altura, la reducción de un inglés de film norteamericano: flaco, con su saco de tweed y una de esas galeritas que sólo se siguen viendo en Inglaterra. Sus movimientos eran como de amenaza. Se movía de un lado a otro, con violencia, con rabia, pero de pronto permanecía quieto mirando hacia arriba, donde M. lo observaba. Y de pronto gritó algo, que naturalmente ella no pudo oír, porque todo se desenvolvía como en una película muda. Pero quedó aterrada por aquel terrible grito inaudible y por su expresión. Una expresión "pavorosa", explicó. Qué quería decir con esa palabra? Le hizo esta pregunta como quitándole importancia al sueño, con inquietud que trató de disimular.

No lo sabía, no se lo podía explicar. Lo único de que estaba segura era de su expresión pavorosa.

—Era ese personaje de que me hablaste. Patricio. Estoy convencida —agregó. Lo siguió mirando, como si esperase algo.

—Sí, sí, ya me ocuparé.

Pero dijo estas palabras sin convicción, porque no le era posible explicarle las fuerzas que lo maniataban. Ella conocía lo más externo: calumnias, chismes,

rumores equívocos, etc. Ignoraba que todo eso era promovido por una potencia sutilísima y por eso mismo más temible.

Así pasaban los meses. Hasta que M. le contó otro sueño: Ricardo debía operar a alguien. Se lo veía extendido en una camilla e iluminado por los proyectores del quirófano. Ricardo le quitó la manta y entonces se vio que estaba envuelto en un vendaje de momia. Hizo un corte en la polvorienta y antiquísima tela, y luego en la piel apergaminada, a lo largo del pecho y del vientre, sin que saliera una sola gota de sangre. En lugar de las entrañas, apareció un enorme gusano negro del tamaño de la cavidad abierta, más o menos de unos treinta centímetros de largo, que comenzó a moverse y a emitir pseudopodios que en seguida se transformaron en nerviosísimas extremidades. En pocos segundos, el gusano se metamorfoseó en un diablo negro en miniatura que saltó sobre la cara de M.

M. comentó que en su opinión eso tenía que ver con Patricio.

Sabato se quedó mirándola, perplejo, porque conocía sus condiciones de vidente. Quedó oscuramente alterado.

Estaba frente a LA BIELA.

Se sentó en un rincón apartado y empezó a hacer un censo, mientras imaginaba que lo observaban, que pretendían conocerlo (qué verbo tan arrogante y falaz), que seguían sus vicisitudes a través de reportajes (según esa fantasía del mundo moderno por la que se cree que un hombre puede ser revelado a través de una hora de conversación mal transcrita). Y todo eso no significaba nada. Debajo, como todos, vivía la vida de los sueños, los vicios secretos que pocos o nadie sospechaban. En el subsuelo, el grotesco tumulto, el facineroso hacinamiento. Arriba, se iba a la Embajada de Francia, donde cortésmente se emitían y recibían las mentiras y los lugares comunes que pueden y deben decirse en una embajada: con maneras afables, con comprensión y cortesía. Y gracias si además no se estaba ingenioso y brillante. Porque entonces, mientras al acostarse uno se quitaba los pantalones era inevitable recordar a Kierkegaard haciendo lo mismo y diciendo "subyugué a la concurrencia y al encontrarme solo, en mi cuarto, tuve ganas de pegarme un tiro".

Hasta que vio a los chicos.

UN PEDIDO DE CUENTAS

Se había sentado en un rincón, como siempre, y desde allí observaba a los dos ocupantes de esa mesita que da sobre la avenida Quintana. Le era posible ver bien a la chica, porque estaba de frente y porque la luz de la tarde le daba sobre la cara. Pero al muchacho lo veía de espaldas, aunque por los movimientos de su cabeza distinguía, fugazmente, su perfil.

Era la primera vez que los encontraba. De eso estaba seguro, porque la expresión de ella era inolvidable. Por qué? Al comienzo no acertaba a comprenderlo.

Su pelo era muy corto, de color bronce oscuro, de bronce sin lustrar. Los ojos a primera vista también parecían oscuros, pero luego se advertía que eran verdosos. La cara era huesuda, fuerte, con una mandíbula muy apretada y una de esas bocas que resultan salientes como consecuencia, seguramente, de una dentadura que avanza hacia adelante. En esa boca se sentía la obstinación de alguien que es capaz de guardar un secreto hasta en medio de la tortura. Tendría diecinueve años. No: veinte años. Casi no hablaba, limitándose a escuchar al chico, con una mirada profunda y remota, un poco como abstraída, que la hacía memorable. Qué había en su mirada? Pensó que quizá tuviera una ligera desviación en los ojos.

No, no la había visto nunca. Y no obstante tenía la sensación de estar viendo algo ya conocido. Habría encontrado alguna vez a una hermana? A la madre? La sensación del "ya visto", como siempre le sucedía, le provocaba desazón, una desazón acentuada por la certeza de que hablaban de él. Ese triste sentimiento que sólo los escritores pueden sufrir y que únicamente ellos pueden comprender, pensaba con amargura. Porque no basta ser conocido (como un actor o un político) para experimentar ese matiz de desazón: es imprescindible ser autor de ficciones, alguien que es enjuiciado no sólo por lo que son juzgadas las personas públicas sino por lo que los personajes de novela son o sugieren.

Sí, hablaban de él. O, mejor dicho, era evidente que el muchacho lo hacía. Hasta había llegado a mirarlo de reojo, momento en que pudo estudiar mejor el perfil de su cara: la misma boca de ella (abultada hacia delante), idéntico pelo de bronce sin limpiar, la misma nariz huesuda y un poco aguileña, idéntica boca grande de labios muy carnosos.

Eran hermanos, sin ninguna clase de duda. Y él tendría un año o dos menos que ella. Su expresión le había resultado sarcástica, y sus manos, muy huesudas y largas, se contraían con una fuerza desproporcionada: había algo inarmónico en todo él, sus movimientos eran abruptos, repentinos y torpes.

A medida que pasaba el tiempo aumentaba su desasosiego. Y estaba poniéndose de mal humor cuando al menos se le aclaró uno de los enigmas: Van Gogh con la oreja cortada. Se habían interpuesto la diferencia de sexo, edad, la venda, el gorro de pieles, la pipa. El mismo extravío en la mirada, la misma manera abstraídamente

sombria de observar la realidad. Ahora se explicaba aquella primera sensación de ojos negros, que en realidad eran verdosos.

El hallazgo lo sobresaltó redoblándose su ansiedad por lo que estaban discutiendo. Sentirían otros escritores lo que él experimentaba ante un desconocido que ha leído sus libros? Una mezcla de vergüenza, curiosidad y temor. A veces, como en ese momento, era un chico, un estudiante que lleva las insignias de sus tribulaciones y amarguras, y entonces trataba de imaginarse por qué leía sus libros, qué páginas podrían ayudarlo en sus ansiedades, y cuáles, por el contrario, sólo servirían para intensificarlas; qué fragmentos marcaría con ferocidad o alegría, como prueba de su rencor contra el universo, o como confirmación de una sospecha sobre el amor o la soledad. Pero otras veces era un hombre, una dueña de casa, una mujer de mundo. Lo que más le asombraba era esa variedad de seres que pueden leer el mismo libro, como si fueran muchos y hasta infinitos libros diferentes; un único texto que no obstante permite innumerables interpretaciones, distintas y hasta opuestas, sobre la vida y la muerte, sobre el sentido de la existencia. Porque de otro modo resultaba incomprendible que apasionase a un muchacho que piensa en la posibilidad de asaltar un banco y a un empresario que ha triunfado en los negocios. "Botella al mar", se ha dicho. Pero con un mensaje equívoco, que puede ser interpretado de tantas maneras que difícilmente el naufrago sea localizado. Más bien una vasta posesión, con su castillo bien visible, pero también complicadas dependencias para sirvientes y súbditos (en algunas de las cuales tal vez esté lo más importante), cuidados parques pero también enmarañados bosques con lagunas y pantanos, con temibles grutas. De modo que cada visitante se siente atraído por partes diferentes del vasto y complejo dominio, fascinado por las oscuras grutas y disgustado por los cuidados parques, o recorriendo con temeroso furor las grandes ciénagas pobladas de serpientes mientras otros escuchan frivolidades en los salones estucados.

En cierto momento, las cosas que decía el muchacho parecieron inquietar a su hermana, que en voz baja pareció recomendarle algo. Él, entonces, medio se incorporó, pero ella, agarrándolo de un brazo, lo forzó a sentarse de nuevo. Observó en ese gesto que ella también tenía manos fuertes y huesudas, y demostraba una notable fuerza en sus músculos. La discusión prosiguió, o mejor dicho él siguió argumentando y ella oponiéndose a algo que estaba en juego. Hasta que por fin el chico se levantó bruscamente y antes de que ella pudiera detenerlo se dirigió hacia donde estaba Sabato.

A menudo había asistido a las vacilaciones de un estudiante en un café que por fin se decidía a acercársele. Por esa larga experiencia, calculó que se produciría algo muy desagradable.

El chico era alto para su edad, más que lo normal, y sus movimientos le confirmaron la impresión producida mientras permanecía sentado: era áspero y violento, en toda su actitud se adivinaba el rencor. No sólo contra Sabato: contra la realidad entera.

Cuando estuvo frente a él, con una voz excesiva para su comentario, casi gritando, le dijo:

—Vimos una foto suya en esa revista GENTE.

La cara que puso al decir "esa revista" es la que ciertas personas ponen cuando tienen que pasar cerca de excrementos. Sabato lo miró como preguntándole qué significaba su observación.

—Y hace poco salió un reportaje —agregó como si lo acusara.

Aparentando no advertir el tono, Sabato admitió:

—Sí, efectivamente.

—Y ahora, en el último número, lo vi asistiendo a la inauguración de una boutique en el pasaje Alvear.

Sabato estaba al borde del estallido. No obstante, respondió haciendo un último esfuerzo para contenerse:

—Sí, la boutique de una pintora amiga.

—Amigas que tienen boutique —agregó con sorna el chico.

Entonces, Sabato explotó, levantándose:

—Y quién sos vos para juzgarme y para juzgar a mis amigos? -gritó.

—Yo? Tengo mucho más derecho de lo que una persona como usted puede imaginar.

Sin darse cuenta, Sabato se encontró dándole una bofetada que casi lo hace caer.

—Mocoso insolente! —gritó, mientras todo el mundo se interponía y alguien arrastraba de un brazo al chico hacia su mesa. También la hermana se había levantado, corriendo hacia el lugar del incidente. Y luego, ya en su mesa, Sabato advirtió que le hablaba a su hermano en voz baja pero severamente. Entonces, con aquella brusquedad que lo caracterizaba, el muchacho se levantó y salió del café corriendo. Sabato quedó deprimido y avergonzado. Todo el mundo lo observaba y algunas mujeres cuchicheaban por ahí. Pagó y se fue sin mirar a los costados.

Comenzó a caminar por la Recoleta, tratando de serenarse. Sentía una rabia infinita, pero lo curioso es que no se trataba tanto de una rabia contra aquel chico sino contra sí mismo y contra la realidad toda. La "realidad"! Qué realidad?Cuál de las muchas que hay? Quizá la peor, la más superficialmente humana: la de las boutiques y las revistas populares. Sintió asco contra él mismo, pero también indignación por aquella espectacular y fácil actitud del muchacho: el asco contra su propia persona parecía llegar hasta el mismo chico, entrar en él, ensuciarlo de

alguna manera que en ese momento no alcanzaba a comprender, para luego rebotar para golpearlo nuevamente a él, en plena cara, violenta y humillantemente. Se sentó en el banco circular que rodea las raíces del gran gomero.

El parque iba apagándose con las sombras del atardecer. Cerró los ojos y comenzaba a meditar sobre su vida entera cuando sintió una voz de mujer que lo llamaba con timidez. Al abrir los ojos la vio delante, en actitud vacilante y quizá culpable. Se levantó.

La chica lo miró unos instantes con aquella expresión del retrato de Van Gogh y por fin se animó a decirle:

—La actitud de Nacho no expresa toda la verdad.

Sabato se quedó mirándola y luego comentó con sorna:

—Caramba, menos mal.

Ella apretó la boca y por un segundo intuyó que su frase había sido desafortunada. Trató de atenuarla:

—Bueno, realmente, no quise decir tampoco eso. Ya ve, todos nos equivocamos, decimos palabras que no nos representan con exactitud... Quiero decir...

S. se sintió muy torpe, sobre todo porque ella seguía mirándolo con aquella expresión inescrutable. Se produjo una situación un poco ridícula, hasta que ella dijo:

—Bien, lamento mucho... yo... Nacho... Adiós!

Y se fue.

Pero de pronto se detuvo, vaciló y finalmente volvió para agregar:

—Señor Sabato —su voz era trémula—, quiero decir... mi hermano y yo... sus personajes... digo, Castel, Alejandra... Se detuvo y se quedaron mirándose un momento. Luego ella agregó, de modo siempre vacilante:

—No vaya a sacar una idea equivocada... Esos personajes absolutos... usted comprende... usted... esos reportajes... esa clase de revistas...

Se calló.

Y casi sin transición, como con seguridad habría hecho también su hermano, gritó "Es horrible!" y salió casi corriendo. Sabato quedó paralizado por su actitud, por sus palabras, por su sombría y áspera belleza. Luego, mecánicamente, empezó a caminar por el parque, tomando el sendero que bordea el paredón del Asilo.

EN EL CREPÚSCULO

—pensaba Bruno—, las estatuas lo contemplaban desde allá arriba con su intolerable melancolía, y con seguridad empezaba a dominarlo el mismo sentimiento de desamparo y de incomprensión que alguna vez había sentido Castel caminando por ese mismo sendero. Y, sin embargo, esos muchachos, que comprendían ese desamparo en aquel desdichado, no eran capaces de sospecharlo en él mismo; no terminaban de comprender que aquella soledad y aquel sentido del absoluto de alguna manera seguían refugiados en algún rincón de su propio ser, ocultándose o luchando contra otros seres, horribles o canallescros, que allí también vivían, pugnando por hacerse lugar, demandando piedad o comprensión, cualquiera hubiese sido su suerte en las novelas, mientras el corazón de S. seguía aguantando en esta turbia y superficial existencia que los torpes llaman "la realidad".

NACHO ENTRÓ EN SU CUARTO,

buscó la fotografía de Sabato en la embajada francesa, la recortó y la fijó con chinches en la pared, al lado de otras dos: una de Anouilh entrando en la iglesia de jacquet, del brazo de su hija con traje blanco de novia, con un cartelito escrito con un marcador colorado, como en las historietas, que decía EL HIJO DE PUTA DE CREÓN; otra de Flaubert, con un Nacho chiquitito al lado que le gritaba: PERO ELLA SE SUICIDÓ, ASQUEROSO!

Con el mismo marcador colorado, de uno de los espectadores que aparecía cerca de Sabato, dibujó un globito y dentro una sola palabra: CANALLITA! Una sola palabra, pero que le parecía doblemente significativa porque pertenecía al arsenal de ese caballero. Luego se retiró un poco, como para juzgar un cuadro en una exposición. Su boca apretada, con las comisuras hacia abajo, manifestaba a la vez desdén y amarga repugnancia. Finalmente escupió, se limpió la boca con el dorso de la mano, y tirándose en la cama se quedó pensativo, mirando el techo.

Cerca de la medianoche oyó los pasos de Agustina en el corredor y en seguida el ruido de la llave. Entonces se levantó y prendió la luz del techo.

—Apagá esa luz —dijo ella, entrando—. Sabés que me hace mal.

Le alarmó el tono, entre imperativo y angustiado. A la luz del velador no podía distinguir bien su expresión, aunque conocía aquella cara y le era posible recorrerla como una mula en la noche bordea precipicios sin caer al abismo. Vestida, Agustina se tiró en la cama, mirando a la pared. Nacho salió.

Mientras caminaba trató de tranquilizarse, diciéndose que aquella escena de LA BIELA la habría irritado, que juzgaría grotesca y espectacular su actitud con ese tipo, que se había cubierto de ridículo y que tal vez ella se sintió abochornada.

Pero, se preguntó de pronto (y ese fugaz pensamiento fue como la sospecha de un peligro en la oscuridad) si se habría sentido tan abochornada e irritada de haberse tratado de otro individuo. Caminó mucho tiempo por las calles apenas iluminadas que bordean la vía y luego volvió. Lejos de haberlo tranquilizado, el análisis de algunos detalles había terminado por desasosegarlo, sobre todo una palabra que ella dijo (que ella exclamó!) en aquel tiempo en que leían juntos su novela.

Cuando entró en el departamento, advirtió que Agustina se había dormido sin apagar la luz del velador, y vestida tal como estaba al llegar. Pero ahora estaba vuelta hacia la lámpara. Se sentó en el suelo, cerca de ella, y la observó. Su sueño era inquieto y de pronto murmuró algo frunciendo el ceño, mientras parecía tener dificultades para respirar. Con cuidado, con fervor y con miedo a lo desconocido, Nacho acercó su mano a la cara y con la punta de sus dedos acarició sus grandes labios carnosos. Ella tuvo un ligero estremecimiento, volvió a murmurar algo, luego se dio vuelta hacia la pared y prosiguió su solitario viaje nocturno.

Quería besarla. Pero a quién besaría? Su cuerpo estaba en esos momentos abandonado por su alma. Hacia qué remotos territorios?

*Oh, Electra! —dijo—. No te olvida ni Apolo,
rey de Crisia, fértil en rebaños,
ni el negro monarca del oscuro Aqueronte!*

EL DOCTOR LUDWIG SCHNEIDER

Creo haberle contado cómo me encontré por primera vez con este sujeto, al poco tiempo de publicado EL TÚNEL, hacia 1948. Sabe lo único que me preguntó? Sobre la ceguera de Allende. No habría dado ninguna importancia a esa pregunta si después de tantos años de no verlo, más o menos en el año 1962, imagínese, no se me hubiera cruzado de nuevo en el camino. Cruzado... Este lenguaje distraído que usamos en la vida corriente, usted sabe. Porque no creo que se cruzase en el sentido casual que se le da de ordinario a esa expresión. Ese individuo *me buscaba*. Comprende? Más, todavía: me seguía desde lejos, quién sabe desde cuánto tiempo. Cómo sé que me seguía? Es cosa de olfato, es un instinto que no me engaña jamás. Y me seguía desde que leyó mi primera novela, probablemente. Y sin

probablemente. Medite un poco en lo que me comentó en aquel entonces, a propósito de la descripción que Castel hace de los ciegos:

—Conque la piel fría, eh?

Lo dijo riéndose, claro. Pero después, con los años, esa risa cobraba un sentido siniestro. Le advierto que ese tipo se reía como podría bailar un lisiado.

Doce años después se me cruzaba de nuevo en el camino para comentarme algo. Para comentarme qué? Algo sobre Fernando Vidal Olmos. Se da cuenta? Pero antes quiero explicarle cómo lo conocí.

Los seres humanos que más lo quieren a uno pueden ser utilizados por las fuerzas malignas para embromarnos. Y si lo piensa un instante, resulta comprensible. Fue por Mabel, la hermana de Beba, que conocí al doctor Schneider. Y digo doctor porque así me lo presentaron, aunque jamás nadie pudo saber qué clase de doctorado detentaba ni dónde lo había obtenido. En realidad, no fue Mabel de manera directa, sino a través de uno de aquellos integrantes de lo que denominábamos la Legión Extranjera de Mabel: un conjunto de húngaros, checos, polacos, alemanes y serbios (o croatas: qué cosa, aquí uno no los puede distinguir y allá se degüellan por sus diferencias). En fin, toda esa clase de gente que fue cayendo sobre Buenos Aires como paracaidistas durante o en seguida de la segunda guerra. Aventureros, condes reales y apócrifos, actrices y baronesas que hacían espionaje (voluntaria o forzadamente), profesores rumanos, colaboracionistas o nazis, etc. Entre ellos había también excelentes personas, arrastradas por la vorágine. Pero esa misma mezcla de buena gente con aventureros era lo que hacía más peligrosa la situación.

Uno de aquellos tipos de la Legión Extranjera, que más tarde desapareció, dicen, en las selvas del Matto Grosso, fue el que se empeñó (ésa es la palabra) en que yo conociera al Dr. Schneider. Como le dije, mi novela acababa de salir, de modo que habrá sido por el 48. Y uno de los hechos que años más tarde, cuando salió HÉROES Y TUMBAS, me volvió inquietamente a la memoria, era que un extranjero sin preocupación por la literatura argentina le hubiese dicho al amigo de Mabel que "tenía sumo interés" en conocer al autor de EL TÚNEL.

Nos encontramos en el ZUR POST. Me pareció uno de esos individuos del Medio Oriente, que tanto pueden ser sefarditas como armenios o sirios. Era muy corpulento, cargado de hombros, hasta el punto de parecer medio jorobado. De anchísimas espaldas, con brazos poderosos y manos velludas, con pelos muy negros en el dorso. En rigor, con excepción de la cara afeitada, pero con una barba que empezaba a brotarle apenas pasada la máquina, de todos lados le salían pelos negros, gruesos y rizados. De las orejas, por ejemplo. Sus cejas eran enormes y casi juntas, cubriendo como un balcón lleno de yuyos sucios y oscuros grandes ojos avellanados. Sus labios eran lo que podía esperarse de ese conjunto: si no hubiesen

sido tan gruesos y sensuales se podría haber pensado en un fraude. Cuando se reía se descubrían unos dientes de color verdoso, seguramente como resultado de su permanente cigarro. La nariz era aguileña pero muy ancha. En fin, sólo le faltaba el toro alado. Un sátrapa oriental de aquellos de la historia de Malet. O un miembro del equipo de Karadagián,³ el Barón Armenio, o el Pirata Sirio, o el Judío Enmascarado.

Tomaba cerveza con avidez y con un placer proporcionado a sus labios, su enorme nariz y sus ojos de terciopelo lujurioso. Después de pasarse por los labios el dorso peludo de una de sus manazas, para limpiarse el resto de espuma del medio litro que acababa de tomarse de un trago, me hizo preguntas sobre EL TÚNEL. Por qué había hecho ciego al marido de María? Tenía eso algún significado especial? Sus misteriosos ojos negros me estudiaban desde más allá de la hirsuta pelambre de sus cejas, como acechantes fieras entre las lianas de la selva. Y eso de la piel fría? En aquel momento no le di importancia a las preguntas. Estaba tan lejos de la realidad! Después, con aquella risa que a una risa de alegría era como al amor el placer con una prostituta, comentó:

—Cornudo y ciego!

Debieron pasar muchos años para que yo volviese sobre esa aparente broma de mal gusto y para inferir que de esa manera quiso borrar cualquier inquietud que en mí pudiesen haber suscitado sus preguntas.

Olvidaba decirle que esa última exclamación me la hizo delante de la mujer que acababa de llegar: Hedwig Rosenberg. Observé con intrigada curiosidad sus rasgos, bellos pero gastados, como si contemplando la figura estampada en una moneda de oro que ha circulado durante una centuria tuviese la sensación, sin embargo, de lo que podía haber sido su primitivo esplendor. Y cuando Schneider, con su risotada grosera, dijo lo del cornudo ciego, pude advertir que ella se turbaba. Apenas se produjo ese desagradable incidente, el tipo me pidió que lo excusara por un momento, porque debía hablar con el húngaro por un asunto pendiente. Se fueron los dos a otra mesa, dejándome a solas con la mujer. Más tarde pensé que esa maniobra no había sido casual.

Le pregunté si hacía mucho tiempo que estaba en el país.

—Llegué en 1944. Me fugué de Hungría cuando la entrada de las tropas rusas.

Me sorprendí, aunque pensé que muchos judíos ricos huyeron por temor al comunismo, después de haber logrado ocultarse de los nazis.

—Le extraña? —me preguntó.

—Cuando la entrada de las tropas soviéticas?

—Sí.

3 Famosa troupe de catch en Buenos Aires. (N. del Ed.)

Me quedé mirándola.

—Creí que habría escapado antes —agregué.

—Cuándo?

—Al entrar el ejército hitlerista.

Fijó su mirada en la copa y después de un instante dijo:

—Nunca fuimos nazis, pero nos dejaron tranquilos.

Volví a expresar asombro.

—Qué, le parece extraño? No fuimos el único caso. Quizá pensó en utilizarnos.

—Utilizarlos? Quién?

—Hitler. Siempre buscó el apoyo de ciertas familias. Usted sabe.

—Apoyo en una familia judía?

Se puso colorada.

—Perdón, no quise ofenderla, para mí eso no es motivo de vergüenza —me apresuré a decir.

—Para mí tampoco. Pero no es eso.

Después de un momento de duda, agregó:

—Yo no soy judía.

En este momento volvió Schneider con el húngaro, que se despidió y se fue.

Schneider había oído las últimas palabras de la mujer, y con su risa vulgar me explicó que ella era la condesa Hedwig von Rosenberg.

Me quedé bastante molesto. A pesar de mi turbación pude observar un curioso fenómeno, que en encuentros posteriores fui ratificando: la cercanía de aquel individuo convertía a esa mujer en otra persona. Y aunque no llegaba a los extremos del hipneta en el escenario con el mago que la maneja, sentí que algo semejante sucedía en su espíritu. Después, en otras ocasiones, confirmé esa impresión, que no sólo resultaba desagradable sino que tenía algo de repugnante, quizá porque se asistía al subyugamiento de un ser de extrema delicadeza por un hombre vulgar hasta la punta de sus dedos. Cuál era el secreto de ese vínculo?

En muchos años más tarde, cuando en 1962 aquel hombre volvió a aparecer en mi camino, tuve oportunidad de confirmar y ahondar el fenómeno y hube de llegar a la conclusión de que entre ellos sólo podía haber la relación de mago a médium. Bastaba un signo silencioso de Schneider para que ella ejecutara lo que él quería. Lo curioso es que no presentaba ninguno de esos prestigiosos atributos que se suponen en los que tienen poderes mentales: ojos penetrantes, ceño fruncido, boca apretada. Mantenía invariablemente su grosera ironía, con sus gruesos labios entreabiertos. De amor, ni hablemos. Cualesquiera fuesen las relaciones entre ellos, era evidente que Schneider no quería a nadie. La palabra instrumento era la que mejor parecía caracterizar a Hedwig. Pero un instrumento lo es para algo, y yo me pregunté (a partir de aquel reencuentro en 1962) para qué empleaba Schneider a

la condesa. Me era imposible al comienzo imaginarlo. Obtener dinero de cierta gente? Más bien me inclinaba a pensar en el vínculo que puede haber entre el jefe de un servicio de espionaje y uno de esos agentes. Pero, qué clase de espionaje? A favor de qué país? No era concebible que en ese caso el jefe permitiese una tal pérdida de tiempo con una persona que, como yo, no podía en absoluto interesar desde el punto de vista de la guerra. Y era evidente que no sólo lo permitía sino que fomentaba sus relaciones conmigo. En aquel primer tiempo pensé mucho sobre el problema y me pareció que sólo había dos alternativas: o no había tal tarea de espionaje, sino algún retorcido vicio; o existía el espionaje, pero no era sobre la guerra sino a propósito de algo diferente, en cuyo caso era probable que yo estuviese siendo envuelto en una red sutil pero poderosa.

El segundo encuentro con Schneider se produjo en 1962, a los pocos meses de haber aparecido en las librerías HÉROES Y TUMBAS. Y fue a través de Hedwig. Tuve una enorme sorpresa, porque no la había vuelto a ver y suponía que, como muchos otros emigrados, habría vuelto a Europa. Sí, en efecto, me dijo, había estado unos años en New York, donde tenía primos. El encuentro se produjo en un café al que nunca voy, de modo que a primera vista debía considerarse obra de una casualidad. Pero más tarde reflexioné que esa casualidad era demasiado grande para que fuese posible: era evidente que me seguían. Al poco rato llegó Schneider, quien, como ya dije, me habló de mi novela. No me habló de entrada del Informe sobre Ciegos, sino después de haber comentado cosas diversas: lo de Lavalley, por ejemplo. Y luego, como si fuera algo curioso, me preguntó sobre Vidal Olmos.

—Parece que usted tiene una obsesión con los Ciegos —dijo riéndose groseramente.

—Vidal Olmos es un paranoico —le respondí—. No comentaré la ingenuidad de atribuirme a mí todo lo que ese hombre piensa y hace.

Volvió a reírse. La cara de Hedwig era la de un sonámbulo.

—Vamos, amigo Sabato —me reconvino—. Habrá leído usted también a Chestov, no?

—A Chestov?

Me quedé maravillado de que conociera a un autor tan poco leído.

—Sí, claro —admití, avergonzado.

Tomó un largo trago de cerveza y luego se secó la boca con el dorso de la mano.

Al levantar de nuevo sus ojos hacia mí me pareció que brillaban de modo que hasta ese momento nunca había visto. Pero fue un décimo de segundo, quizá, porque en seguida volvieron a ser risueños, bromistas, vulgares.

—Claro, claro —agregó, enigmáticamente.

Yo me sentí mal, aduje un compromiso, después de preguntarle la hora me levanté, con la promesa (que no pensaba cumplir) de volverme a encontrar con ellos. Al despedirme de Hedwig me pareció advertir en su expresión un dejo de súplica. Qué

podía suplicarme? Quizá cometí un error, pero fue por esa fugitiva expresión que volví a verla. Le pedí el teléfono.

—Eso, eso —comentó Schneider con un tono que me pareció sarcástico—, dale tu teléfono.

Apenas me separé corrí a una librería a consultar un Gotha: si me habían mentido sobre la real personalidad de Hedwig tendría que ponerme en guardia con mayor razón. En la segunda parte figuraba la familia: católicos, descendientes de Conrad ab dem Rosenberg, 1322. Seguía la lista de barones, condes, señoras de la Baja Austria, príncipes del Santo Imperio, etc. Entre los últimos descendientes, la condesa Hedwig-Marie-Henriette-Gabrielle von Rosenberg, nacida en Budapest en 1922.

Estas referencias me tranquilizaron pero sólo por un momento. Pues casi en seguida reflexioné que Schneider no podía ser tan tonto como para engañarme con algo fácilmente verificable. Sí, ella era de verdad la condesa Hedwig von Rosenberg. Pero qué probaba eso? De todos modos, cuando la encontré de nuevo lo primero que hice fue reprocharle que de entrada no me hubiese dado su identidad.

—Para qué? Qué importancia tenía? —argumentó.

Claro, no le podía confesar lo que para mí implicaba tener la seguridad absoluta sobre las personas que entraban en contacto conmigo.

—En cuanto a los judíos —agregó sonriendo—, es cierto que Rosenberg suele ser un apellido judío. Pero, además de eso, uno de mis parientes, el conde Erwin, a comienzos de siglo se casó con una norteamericana, Cathleen Wolff, separada de un señor Spotswood, los dos judíos.

Durante meses viví obsesionado con las hipótesis que me había formulado. Era temible saberme vigilado por un hombre como Schneider, y de alguna manera me parecía preferible la posibilidad del vicio. Drogas? Podía ser el jefe de una organización de ese género y la condesa un instrumento. Esta posibilidad era preferible. Pero el alivio era relativo, porque si se trataba de eso, para qué me buscaban? Schneider me inquietaba por lo que podía hacer conmigo durante el sueño o en sueños provocados. Creo en el desdoblamiento del cuerpo y del alma, porque de otro modo es imposible explicar las premoniciones (he escrito un ensayo sobre eso, usted lo conoce). También la reminiscencia. Hace unos años, en Belén, cuando se acercaba un anciano de barba blanca y albornoz, tuve la sensación confusa pero firme de que esa escena la había vivido alguna otra vez; y sin embargo nunca antes había estado allá. Durante la infancia he sentido de pronto que hablaba y me movía como si fuera otro. Hay individuos que tienen el poder de provocar el desdoblamiento, sobre todo en los que, como yo, somos propensos a sufrirlo de modo espontáneo. Al verlo a Schneider tuve la certeza de que tenía ese

poder. Es cierto que para un desprevenido parecía un charlatán de feria. Para mí, en cambio, eso era un motivo más de prevención.

Qué me llevó a pensar que tenía poderes de tal naturaleza? O que formaba parte de una peligrosa secta? Algunas palabras en apariencia inocuas, y, sobre todo, lo que callaba. También miradas, gestos fugitivos. Un día le pregunté repentinamente si conocía a Haushofer. Me miró extrañado, miró a Hedwig.

—Haushofer?

Pareció hacer memoria. Luego la interrogó a ella:

—No era aquel profesor de filosofía en Zürich? Hedwig también había puesto cara de sorpresa. Porque no lo conocían o porque los había tomado desprevenidos con algo fundamental?

Schneider me preguntó si se trataba de un profesor de filosofía.

—No —respondí—. Otra persona. Me pareció que usted o Hedwig lo mencionaron una vez.

Se miraron como compañeros de baraja y luego él agregó:

—Pues no lo creo. Ni siquiera me parece que aquel profesor de Zürich se llamaba Haushofer.

Le dije que no tenía importancia. Era por un tema que me interesaba sobre un general con ese nombre.

Se dio vuelta para llamar al mozo y pedir otra cerveza, mientras su amiga buscó algo en la cartera. Ninguno de los dos gestos me parecieron naturales.

El Dr. Arrambide pertenece al conjunto de personas que toman a Schneider en broma. Se propone llevarlo a una de las sesiones de espiritismo que organiza Memé Varela y sé que a mis espaldas se ríe de mí. Ese Descartes de bolsillo nunca comprenderá que para desenmascarar a esos agentes hay que ser un creyente como yo, no un escéptico como él (acabo de decir Descartes, pero debería haber dicho Anatole France de bolsillo: seguro que es uno de sus escritores favoritos). No para desenmascararlo como él acostumbra, claro, sino para desenmascararlo en sentido inverso, en el único y temible sentido: para probar que no es un mistificador de feria sino que verdaderamente está vinculado con las potencias tenebrosas.

El apellido podía ser falso, qué duda cabe. Además, y aunque fuera auténtico, no tenía por qué ser judío, por más aspecto que tuviese. Hay miles de suizos y alsacianos con ese nombre. Pero en el caso de que lo fuera, podía extrañar que un judío estuviera estrechamente relacionado con una condesa, hija de un general de los ejércitos hitleristas. No veo el inconveniente. Hay judíos más antisemitas que los propios alemanes puros, y en alguna forma es psicológicamente explicable. No se dice que Torquemada era judío? El propio Hitler tuvo un abuelo o abuela semita. Todo en Schneider era ambiguo, empezando porque nunca pude saber dónde vivía.

Cada vez que lo seguí terminé por perder su pista. En un tiempo pensé que vivía en Belgrano R. Otras veces inferí que debía ser por el lado de Olivos, como parecía indicarlo el colectivo 60 que tomaba en ocasiones.

Desde que comencé a sospechar de él, me puse a estudiar lo que pudiera encontrarse sobre logias y sectas secretas bajo el régimen nazi, sobre todo desde que advertí la reacción ante el nombre Haushofer. Los gestos de ambos, la mirada que se cruzaron, todo me hizo sospechar que no ignoraban de ningún modo quién había sido. Creo que ahí se pisó Schneider. Porque lo realmente astuto habría sido tomar el toro por las astas, responder que, por supuesto, conocía de nombre al general Haushofer, pero que nunca había tenido oportunidad de conocerlo. Porque, en qué cabeza cabe que un individuo como él pudiese ignorar por completo un personaje de semejante importancia? Fue ese traspié el que me alarmó más que nada y lo que me indujo a ahondar en esa dirección.

Haushofer pasó temporadas en el Asia, seguramente en contacto con sociedades secretas. Durante la guerra del 14 llamó por primera vez la atención con algunas predicciones que se cumplieron. Luego se dedicó a la geopolítica y al estudio de Schopenhauer e Ignacio de Loyola. Se sabe que por ese tiempo fundó una logia en Alemania, que introdujo el antiguo símbolo de la cruz gamada. Sea como sea, es curioso y llama la atención que varios de los que durante el régimen nazi se agruparon en logias ocultistas, empezando por el propio Hitler, mantuvieran contacto con gente que, como el general Haushofer, pertenecía a la Secta de la Mano Izquierda. Hitler fue vinculado a él, cuando todavía era un insignificante cabito, por un ex asistente de Haushofer llamado Rudolf Hess. Recuerde que Hess es uno de los personajes más herméticos del hitlerismo, que durante décadas de cárcel mantuvo el más férreo secreto sobre sus ideas, sus intenciones y su destino. Es, quizás, el hombre que más me impone de entre todos los jerarcas nazis, pues, mientras Goering pertenece al género payasesco de este Schneider, Hess pertenece a la especie trágica y estoica. Haushofer es otra de las piezas enigmáticas de aquel proceso demoníaco, y no he logrado sobre él sino algunos datos fragmentarios. Uno es el poema encontrado en un bolsillo de la chaqueta de Albrecht, su hijo, cuando fue ejecutado como consecuencia de su participación en el complot de los generales contra Hitler. Estaba escrito en momentos que seguramente precedieron a su ejecución, como lo manifestaba la letra agitada y desigual:

*El Destino había hablado por mi padre.
De él dependía una vez más
encerrar al Demonio en su mazmorra.
Mi padre rompió el Sello.
No sintió el aliento del Maligno*

y lo dejó libre por el mundo.

Cuando el general supo la muerte de su hijo se hizo el harakiri, después de matar a su mujer. Todos estos son hechos. Las interpretaciones posibles son varias y contradictorias. Las he examinado y creo poder resumirlas de este modo:

1. "De él dependía una vez más encerrar al Demonio en su mazmorra." Este verso es muy equívoco. Si Haushofer era un simple agente de las fuerzas del Mal no podía tener el poder de rechazar al Demonio, ni de encerrarlo: debía obedecerlo. El verso revela, sin embargo, que lo rechazó una o varias veces ("de él dependía una vez más"), lo que prueba que Haushofer poseía grandes poderes. Pero rechazar a quién? Pienso que el hijo no habla del verdadero Demonio sino de Hitler, que era uno de sus agentes.

2. Si se trataba del verdadero Demonio y Haushofer detentaba poderes como para rechazarlo y aun encerrarlo, resultaría evidente que no podía pertenecer a la Secta de la Mano Izquierda, sino a la de la Mano Derecha, o Camino del Bien. Esta hipótesis se viene abajo si pensamos que Haushofer tenía un agente como Hitler.

3. Sí es probable que haya sufrido un drama interior en sus últimos tiempos, que culminó con la ejecución de su hijo. Lo que significaría que no fue un puro agente del Mal sino un hombre de carne y hueso, falible, vacilante.

4. La otra posibilidad, que parece desprenderse del mismo verso (rechazo del Demonio) y de los versos siguientes ("No sintió el aliento del Maligno y dejó al Demonio libre por el mundo") podría ser la siguiente: Haushofer realmente pertenecía al Camino de la Derecha, descendía de los arios que lograron escapar de la explosión atómica perpetrada por los sectarios de las cavernas. Avisados a tiempo por alguna potencia positiva, escaparon hacia las regiones del norte europeo, mucho antes de la explosión o provistos de trajes de amianto y tanques de oxígeno. Los hombres de la Mano Izquierda, sin embargo, se vengaron perversamente de éstos acercándolos a Hitler y haciéndoles ver desde la perspectiva no del todo desagradable de la raza y la tradición. Los actos posteriores de Hitler les muestran el espantoso error y entonces sectarios como el hijo de Haushofer intentan matar a ese agente del Demonio, que el padre "había dejado libre por el mundo".

Es lícito preguntarse, sin embargo, por qué un iniciado y vidente como Haushofer, pudo ser infantilmente engañado en el momento en que Hess le trae a aquel cabito desconocido. Y cómo fue incapaz de ver la ruta que haría en su sangriento futuro. Me inclino pues a creer que Haushofer era de verdad un instrumento del Demonio y que Hitler era su médium, simple pero horrorosamente su médium. El ocultismo nos enseña que luego de haberse atraído mediante un pacto las fuerzas del Mal, los

miembros del grupo pueden actuar mediante un Mago, que a su vez lo hace a través de un médium. Fue Hitler el médium de esa secta tenebrosa?

Si el general Haushofer no era un Mago Negro, por qué valerse de semejante personaje como médium? No es creíble que no haya visto o previsto su carácter demoníaco. O que, una vez detectado, no haya podido controlarlo.

Una vez el poder hitlerista en colapso, los miembros de esta sociedad secreta se dispersaron por el mundo. No sólo la secta de Haushofer sino otras como la que encabezaba el Coronel Sieves. Órdenes vinculadas entre sí por alguna superjerarquía secreta, aunque también es posible que hayan librado luchas entre sí. Por qué el poder maligno ha de ser monista? Dispersados después de la guerra, muchos de ellos llegaron en submarinos a las costas patagónicas, como en el caso de Eichmann y de Mengele; pero no conocemos el de personas más misteriosas. Bien puede ser, pues, que Schneider sea uno de éstos, en cuyo caso la condesa podría ser su médium. Aunque su padre también fue ejecutado por los nazis, no olvidemos que el propio hijo de Haushofer lo fue. Como acabo de decirle, no hay que buscar coherencia en el poder diabólico, pues la coherencia es propia del conocimiento luminoso, y en particular de su máximo exponente, las matemáticas. El poder demoníaco es, a mi juicio, pluralista y ambiguo. Eso es lo más terrible, Bruno.

DE AQUEL AFFICHE

Marcelo sólo veía el nombre de su padre, que sin embargo no estaba con los resaltantes caracteres con que eran denunciados Krieger Vasena y los otros abogados del trust; apenas aparecía perdido entre muchos. Pero él sólo veía DR.

JUAN BAUTISTA CARRANZA PAZ.

Se encaminó hacia su casa, pero le era dificultoso: tenía que avanzar sobre una ciénaga, con una carga de plomo y estiércol, con fotografías de primera comunión y jirones de bandera argentina. Pensaba, mientras tanto, pero también como tanteando en la oscuridad, entre desperdicios y tachos de basura. Logró sin embargo formar una idea: quizá esa tarea difícilísima era nada más que la tarea de vivir. (Más tarde se preguntaría "nada más?") Hizo un descanso al llegar cerca de la plaza Grand Bourg. Se recostó sobre el césped, miró la casa del general San Martín, y volvió a ver aquella lámina escolar: sentado, viejo, pensativo, allá en Francia; de su cabeza salía un humito en que estaba el cruce de los Andes, las batallas.

Detrás del Automóvil Club y arriba había una atmósfera desfalleciente, algo que estaba por morir de un momento a otro. El día comenzaba a declinar, y era como la espera del fin del mundo, no catastrófico sino apacible. Pero total y planetario. Un conjunto de inminentes cadáveres, gente ansiosa en la clínica de un famoso cancerólogo, en receloso silencio recíproco, sin mayores esperanzas pero todavía vivos, aún con un soplo de existencia. Luego volvió a la difícil marcha. Cuando llegó a la casa, subió por el ascensor de servicio y entró a su cuarto por atrás. Sentado en el borde de su cama, oía el ruido de la reunión. Cuánto cumplía su madre? De pronto, sin saber por qué, pensó con ternura en ella, en sus palabras cruzadas, en aquella cabecita rellena de ríos del Asia Menor, celenterados de cuatro letras y amor por sus hijos, aunque fuera desatinado y distraído: acariciando a Beba como si fuera Silvina y a Silvina como si fuera Mabel. O esas confusiones de nombres y apellidos, de oficios.

Por qué pensaba en su madre y no en su padre? El cuarto estaba ya casi oscuro. En la pared apenas podía distinguirse la fotografía de Miguel Hernández en el frente, la mascarilla de Rilke, Trakl con su disparatado uniforme militar, el retrato de Machado, Guevara, medio desnudo, la cabeza caída hacia abajo, los ojos abiertos mirando a la humanidad, la Piedad de Miguel Ángel con el cuerpo de Cristo sobre el regazo de la Madre, su cabeza también caída hacia atrás.

Su mirada volvió a la mascarilla de Rilke, ese reaccionario, decía Araujo con desprecio. Era así? Su espíritu estaba siempre confuso, o al menos eso es lo que le increpaba Araujo. Era posible admirar a la vez a Miguel Hernández y a Rilke?

Miró distraídamente su biblioteca de chico: Julio Verne, Viaje al centro de la tierra, La casa de vapor, Veinte mil leguas de viaje submarino. Sintió un fuerte dolor en su pecho y tuvo que recostarse.

UN COCKTAIL

El Dr. Carranza miraba hacia la puerta, esperaba a Marcelo, con una mezcla de ansiedad y tristeza. Mientras Beba insistía en el diamante Hope:

—Dos millones.

—Y cómo se llamaba la mujer esa?

—McLean, Evelyn McLean. Son sordos?

—Así que la encontraron podrida en el baño.

—Sí, vecinos. Preocupados porque no salía en su auto.

—Muy norteamericano, eso de morir en el baño.

—Ningún signo de violencia ni píldoras de dormir ni martinis. Con una vida rigurosamente tranquila hasta tener el brillante. Y eso que al llegar a los Estados Unidos lo hizo bendecir.

—Bendecir qué, Beba? —preguntó el Dr. Arrambide, con su escepticismo a priori, mientras se servía un triple de jamón y lechuga.

—El brillante, hombre.

—Bendecir un brillante? Pero estaban todos locos?

—Cómo, locos? No sabía que era famoso por su mala suerte?

—Pero por qué, entonces, esa tarada lo había comprado?

—Vaya a saber, locura texana.

—Pero cómo? No habían quedado que era de la mejor sociedad de Washington?

—Sí, y qué. Una persona de Washington puede tener un ranch en Texas. Sí o no? O hay que repetirlo siempre dos veces como en los programas de TV?

—Bueno, estaba bien, bendecir al brillante. Esos curas, también!

—Ah, me olvidaba: lo había comprado porque según ella, la McLean, las cosas que a los otros traían mala suerte a ella la favorecían. Vieron esos que viven en el piso 13, adrede?

—Pero entonces —objetó el implacable Arrambide, sin dejar de comer sándwiches— por qué ese empeño en bendecirlo?

Qué tipo tan desagradable.

Se habló de bendiciones y maldiciones, de exorcismos.

—Está bien —insistió el Dr. Arrambide, con su estereotipada expresión de sorpresa, que parecía como si siempre estuviese asistiendo a fenómenos asombrosos—, pero qué le pasó a esa norteamericana histérica?

—Cómo, te parece poco morir así?

—Bueno, bueno, todos nos morimos, sin necesidad de brillantes malditos.

—Pero, no, idiota. Ella se murió *misteriosamente*.

—Misteriosamente? —preguntó el Dr. Arrambide, tomando otro sándwich.

—No te acabo de decir que la encontraron desnuda en el baño? Y sin muestras de envenenamiento?

—Así que según vos la gente se muere vestida y con veneno.

—Vamos, dejate de una vez de hacer chistes fáciles, que el asunto es famoso y extrañísimo. No es todo extrañísimo?

—Todo? Qué es *todo*?

—No había veneno, no había rastros de alcohol, ni de píldoras tranquilizantes, ni signos de violencia. Te parece poco? Además, el primer hijo, muerto en un accidente de auto, después de la compra del brillante.

—Cuánto tiempo después —preguntó fríamente el doctor.

—Cuánto? Ocho años después.

—Caramba, al parecer el maleficio actuaba con bastante dejadez. Y por qué atribuir ese accidente a la piedra? Aquí, en Buenos Aires, cada año mueren miles en accidentes de autos que no tienen el brillante Hope. Para no hablar de los pobres que ni siquiera tienen auto. Los que modestamente son atropellados por los autos de los demás.

Beba irradiaba furia. Eso no era todo!

—Qué más había?

—El marido fue internado en un sanatorio para enfermos mentales.

—Mira, Beba. Si mi mujer es capaz de gastar 2 millones de dólares en un brillante, que para colmo está enyettato, también a mí me llevan al manicomio. Además, si te venís a Vieytes un día verás siete mil sujetos que nunca tuvieron ese brillante Hope. Y dicho sea de paso: un nombre bastante curioso para una piedra que sólo produce choques y ataques de esquizofrenia.

—Te sigo contando. La otra hija murió con pastillas para dormir.

—Pero si esa clase de muerte es casi la muerte natural en los Estados Unidos. Tan difundido como el baseball.

Beba echaba chispas como las botellas de Leyden que han llegado al límite de su carga. Enumeró las calamidades, acarreadas antes por la piedra: el príncipe Kanitovitsky fue asesinado, el sultán Abdul Hamid perdió el trono y la favorita...

—Abdul cuánto? —Preguntó como si el nombre completo fuera decisivo: uno de sus chistes.

Hamid. Abdul Hamid.

—Perdió qué?

—El trono y la favorita.

—Vamos, no agregues calamidades como si fueran demostrativas. Con perder el trono bastaba. La turca lo dejó por eso.

Seguía la lista: la Zubayaba murió asesinada, Simón Montharides murió junto a la mujer y el hijo cuando se le desbocaron los caballos...

—Dónde has leído eso? Cómo te consta que era verdad?

—Había gente muy conocida en juego. Y además estaba lo de Tavernier.

—Tavernier? Quién era ese caballero?

—Todo el mundo lo sabe. El hombre que había sacado la piedra en 1612 del ojo de un ídolo indio. Todo el mundo lo sabe. Sí o no?

Él, Arrambide, formaba parte de todo el mundo y no tenía la menor idea. Ya podían ver cómo se fabricaban esas historias. En cuanto a Tavernier, jamás lo había oído mencionar. Cómo estaba tan segura de la existencia de ese caballero?

—Era un aventurero francés que conocían hasta las mucamas.

Lo que pasaba es que vos sólo leés libros de gastroenterología.

Y lo que pasó luego con Tavernier. Bárbaro.

-Qué.

—Devorado por una manada de perros hambrientos en las estepas rusas.

El Dr. Arrambide se quedó suspendido, con un pedazo de sándwich en la mano y la boca entreabierta, como una de esas instantáneas que publican las revistas semanales. No, eso era demasiado, perros hambrientos, estepas rusas, troikas, ídolos de la India.

MARCELO, DIJO SILVINA, Y SU CARA ERA UN RUEGO

Sí, sí, claro.

Entró en la sala torpemente. Se llevaba siempre cosas por delante, ese tipo de inhabilidad. Besó a su madre y después permaneció en un rincón de aquel tumulto sin saber qué hacer, con los ojos mirando hacia el suelo. Poco a poco, tratando de no llamar la atención se fue.

El Dr. Carranza sintió deseos de ir tras él, de alcanzarlo. Pero sólo pudo contemplarlo en silencio, con la garganta dolorida, a través del ruido y la gente. Y recordó el tiempo en que se levantaba de madrugada para estudiar con él las materias de su ingreso en la facultad.

Entonces también él se fue y se encerró en el dormitorio.

SIMPLEMENTE POR DEBILIDAD, PENSABA S.

irritado de antemano, deprimido, sintiéndose una vez más culpable de casi todo: de hacer cosas y de no hacerlas. Claro, le diría la Beba, hacerse el interesante, no ir a reuniones, mandarse la parte del tipo inaccesible. Así que de tiempo en tiempo había que ir. Y además, la pobre Maruja.

Miraba esos grupos, reunidos por Maruja de tan ingenua: reunir la gente que más se detestaba, por su perfecto y ecuánime candor.

—Es que no lo conocés —argüía.

Era inútil explicarle que se detestaba a ese individuo precisamente porque se lo conocía. Pero ella seguía creyendo que hay guerras a causa del desconocimiento, y era inútil mostrarle la insuperable ferocidad de las guerras civiles, las suegras, los hermanos Karamazov, así que tomaba su whisky en uno de los rincones, mientras el Dr. Arrambide miraba con su cara de invariable sorpresa (ojos muy abiertos, cejas levantadas, frente arrugada por grandes líneas horizontales), como si en ese mismo momento acabaran de anunciarle la entrega de un Premio Nobel a un enano. Y de pronto, sin saber por qué, se encontró en medio de una discusión, porque alguien dijo que la vida era una gran cosa y Margot, con su aire de mujer siempre apenada y sus cejas circunflejas, mencionaba en cambio el cáncer y los asaltos, las drogas, la leucemia y la muerte de Parodi.

—Pero la ciencia progresa siempre —objetó Arrambide—. Antes se morían centenares de miles en una peste, como la fiebre amarilla.

S. estaba esperando un momento propicio para irse sin herir a Maruja, pero no pudo con su temperamento y se encontró haciendo lo que había jurado jamás hacer: discutiendo con Arrambide. Claro, dijo, felizmente todo eso ya pasó y ahora en lugar del cólera se prefería la gripe asiática, el cáncer y los infartos. A lo cual el Dr. Arrambide iba a responder con una sonrisa irónica, cuando alguien comenzó un inventario de calamidades en campos de concentración. Se citaron ejemplos.

Una señora recordó que en EL TÚNEL se citaba el caso de un pianista que había sido obligado a comer una rata viva.

—Qué asquerosidad —exclamó una señora.

—Será asqueroso, pero es lo único bueno de esa novela —agregó la que había traído la cita, suponiendo que el autor estaba en otra parte. O suponiendo que estaba allí mismo.

Entonces intervino el individuo. A S. le pareció que lo habían presentado antes como profesor de algo en la facultad de filosofía.

—Leyeron un artículo de Gollancz en SUR?

—No me hable de Victoria —dijo la señora que había elogiado el único mérito de la novela.

—Pero si no hablo de Victoria —aclaró el profesor—. Estoy hablando de un artículo de Víctor Gollancz.

—Bueno, y qué hay con ese señor.

—Cuenta lo que pasaba en Corea con las bombas de Napalm.

—Bombas de qué?

—De Napalm.

—Las bombas de Napalm —comentó el Dr. Arrambide— no se han usado solamente en Corea. Ya se usan en todas partes.

—Bueno, y qué es lo que pasa? —preguntó la señora de la rata. Su tono no era nada alentador, y seguramente no estaba dispuesta a encontrar nada interesante en un artículo que de alguna manera estaba vinculado con Victoria.

—Cuenta que frente a ellos había una extraña figura, de pie, algo inclinada hacia delante, con las piernas abiertas y los brazos extendidos, para no tocarse los flancos. Algo así como cuando se empieza una de las clásicas figuras de la gimnasia sueca. No tenía ojos. Estaba a medio cubrir por harapos quemados. El cuerpo, que se veía en gran parte, estaba recubierto por una gruesa costra negra, salpicada de manchas amarillas. De pus.

—Qué horror! Qué desagradable! —exclamó la mujer de la rata.

—Y por qué estaba así, con los brazos abiertos y parados? —preguntó la dama que no tenía simpatía por Victoria Ocampo.

—Porque no podía tocar ninguna parte de su cuerpo. Se rompería en cualquier momento, por cualquier contacto.

—Qué es lo que se rompería? —preguntó incrédula.

—La piel. No comprende? Se forma una costra crujiente y muy frágil. La víctima no puede acostarse, ni sentarse. Tiene que permanecer siempre de pie y con los brazos cruzados.

—Pero qué espanto! —comentó la señora que siempre manifestaba horror.

Pero la de Victoria Ocampo comentó:

—Ni acostarse? Ni sentarse? Y se puede saber cómo hace cuando se cansa?

—Señora —respondió el profesor—, me parece que en este caso lo peor no es el cansancio.

Y luego prosiguió:

—La bomba está compuesta de petróleo gelatinoso. Al estallar, el petróleo se adhiere tan fuertemente al cuerpo, a la piel, que hombre y petróleo arden como algo indivisible. Bueno. Como les decía, Gollancz cita otro caso: vio dos enormes lagartos, horribles, que se arrastraban lentamente, lanzando gruñidos y quejas. Otros los seguían detrás. Durante unos instantes, Gollancz quedó paralizado por el asco y el terror. De dónde podían venir esos inmundos reptiles? Al aumentar un poco la luz, se aclaró el enigma: eran seres humanos desollados por el fuego y el calor, con los cuerpos magullados en las partes en que habían chocado con algo duro. Después de algunos instantes vio que por el camino, bordeando el río, se acercaba algo que parecía un desfile de pavos asados. Algunos pedían agua, con una voz apenas perceptible y ronca. Estaban desnudos y despellejados. La piel de las manos, arrancada desde las muñecas les colgaba de la punta de los dedos, detrás de las uñas, dada vuelta como un guante. En la penumbra le pareció ver, además, muchos niños en el patio, en la misma condición.

Se emitieron varias exclamaciones de horror. Algunas señoras se fueron a otra parte, visiblemente disgustadas por aquella demostración de mal gusto de ese individuo que, para colmo, parecía satisfecho de la impresión producida por su relato. Su satisfacción era apenas perceptible, pero cierta. S. lo observó con cuidado: había algo desagradable en él. Le intrigó su aspecto, y le preguntó a uno de los que tenía cerca, en voz baja, por el nombre de aquel sujeto.

—Creo que es un ingeniero Gatti, o Prati o algo por el estilo.

—Pero, cómo? No dicen que es profesor en la facultad de filosofía?

—No, no. Creo que es un ingeniero italiano.

Ahora se volvía a los campos alemanes de concentración.

—Habría que separar lo que es verdadero de lo que es propaganda aliada — comentó L., conocido por sus ideas nacionalistas.

—Mejor sería que lo admitiesen francamente —respondió la de la rata—. Al menos serían consecuentes con su doctrina.

—Lo que ha contado el señor —respondió L. señalando con un gesto de su cabeza al ingeniero o profesor— no sucedió en campos alemanes de concentración: fueron horrores producidos por bombas democráticas y norteamericanas. Y qué me cuenta, señora, de las torturas que cometieron los paracaidistas franceses en Argelia?

El diálogo se volvió confuso y violento. Hasta que alguien dijo:

—Bueno, barbarie. Barbarie ha habido siempre, desde que existen los hombres. Recuerden a Mahomet II, a Bayaceto, a los asirios, a los romanos. Mahomet II hacía aserrar vivos a los prisioneros. A lo largo. Y los miles de crucificados en la Vía Appia?, cuando la sublevación de Espartaco? Y las pirámides de cabezas que hacían los asirios? Y el tapizado de murallas enteras con pieles arrancadas a los prisioneros, en vida?

Se enumeraron algunas torturas. Por ejemplo, la clásica tortura china de sentar desnudo a la víctima sobre una olla de hierro; dentro hay una enorme rata hambrienta; luego se empieza a calentar la olla al fuego; la rata se abre paso a través del cuerpo. Hubo nuevas exclamaciones de espanto y varios dijeron que ya todo se estaba poniendo muy feo, pero nadie se movió, esta vez: evidentemente se esperaban nuevos ejemplos. Se hizo un censo. El ingeniero o profesor mencionó las torturas más conocidas: clavos debajo de las uñas, empalamiento, dislocamiento. Dirigiéndose al Dr. Arrambide, campeón de la Ciencia y del Progreso, S. agregó la picana eléctrica, tan celebrada en las comisarías argentinas. Sin hablar, por supuesto, de los amplificadores de radio que permiten los bailes en el Gran Buenos Aires y la unificación de los espíritus.

Lulú, que acababa de llegar al grupo y que había podido oír algunas de las últimas atrocidades, se enojó de veras.

—No veo por qué hay que fijarse nada más que en las cosas negras —protestó—. La vida tiene también momentos muy hermosos: los hijos, los amigos, la obra en común cuando se cree en un ideal, los momentos de ternura, de alegría y felicidad...

—Tal vez eso sea lo más perverso de la existencia —arguyó el ingeniero o profesor—. Quizá si perpetuamente viviéramos en lo horrible, en lo cruel, en lo espantoso, terminaríamos por habituarnos.

—Quiere decir usted que esos momentos de felicidad sólo existen para acentuar el horror de las guerras, las torturas, las pestes, las catástrofes?

El ingeniero sonrió y levantó las cejas en ese gesto que significa "evidentemente".

— Pero entonces la vida sería un verdadero infierno! —casi gritó Lulú.

—Y acaso usted lo pone en duda? —preguntó el ingeniero.

—El famoso valle de lágrimas.

—Ni más ni menos.

—No, no exactamente eso —agregó el ingeniero, como si hubiese sido mal interpretado.

—Cómo?

—Otra cosa —respondió misteriosamente el ingeniero, levantando una mano.

—Qué otra cosa? —Volvió a preguntar la mujer que se moría de curiosidad. Pero fue interrumpida por Lulú, que, invenciblemente, alegó:

—Puede que sea así, como dice el señor, aunque para mí la vida parece tener aspectos maravillosos.

—Pero si nadie niega que tenga aspectos maravillosos —interrumpió el ingeniero.

—Sí, sí, sí, lo que usted quiera. Pero aunque esta vida fuese enteramente horrible, que no lo es, siempre existirá el consuelo de un paraíso para los que sean capaces de sobrellevar la existencia terrestre con caridad, con fe, con esperanza. En los ojitos del ingeniero o profesor apareció un brillo irónico.

—Parece que usted lo pone en duda —comentó Lulú con amargura.

—Es que hay otra posibilidad, señora —respondió dulcemente el otro.

—Qué otra posibilidad?

—Que ya estemos muertos y condenados. Que éste sea el infierno al que estamos condenados por toda la eternidad.

—Pero si estamos vivos —intervino uno que no había abierto nunca la boca.

—Eso es lo que usted cree. Eso es lo que todos ustedes creen. Quiero decir: lo que todos ustedes creen en el caso de que mi hipótesis fuese correcta. Comprenden?

—No, no comprendemos nada. Por lo menos yo.

—Esa ilusión de estar vivos. Esa esperanza en la muerte. Aunque parezca una broma hablar de una esperanza en la muerte. Esa ilusión, esa esperanza también formaría parte de la infernal farsa.

—Parece que es bastante rebuscado imaginar que no estamos vivos —comentó el Dr. Arrambide—. Y las muertes, entonces? El negocio de pompas fúnebres?

En el rostro del ingeniero, que por su pedantería ya se empezaba a hacer antipático a todo el mundo, apareció un matiz de desdén.

—Ése es un argumento espectacular pero débil —replicó—. También en los sueños hay gente que muere y hay entierros. Y empresas de pompas fúnebres.

Hubo un silencio. El ingeniero prosiguió luego:

—Piensen que para alguien todopoderoso no costaría nada organizar una comedia como ésta, para que sigamos creyendo en la posibilidad de una muerte y, por lo tanto, de un descanso eterno. Qué le costaría aparentar muertes y entierros? Qué le costaría aparentar la muerte de un muerto? Hacer salir un cadáver por una puerta, por decirlo así, y hacerlo entrar por otra en otra dependencia del infierno, para recomenzar la comedia con un cadáver recién nacido? Con una cuna en lugar de un ataúd? Ya los hindúes, que eran un poco menos burdos que nosotros, algo habían sospechado, cuando sostenían que en cada existencia se purgan los pecados de la existencia anterior. Algo de eso. No exactamente. Pero los pobres le anduvieron bastante cerca.

—Bueno —comentó la persona que no era favorable a Victoria Ocampo—, pero aunque así fuera, qué más da si es realidad o ilusión? Al fin de cuentas, si no tenemos conciencia de todo eso, si no tenemos recuerdo de nuestra vida anterior, todo es como si de verdad nacióramos y muriéramos. Lo que mataría la esperanza sería la plena conciencia de esa infernal comedia. Es como si uno soñase un lindo sueño y no despertase jamás.

Hubo cierto alivio en la gente que se conforma con lo que en la filosofía se denomina realismo ingenuo. El ingeniero italiano o profesor recibió la mirada de malévolas satisfacción de los partidarios de esa acreditada doctrina filosófica.

El ingeniero comprendió que la reunión le era ya francamente hostil. Tosió, consultó su reloj y mostró signos de retirarse. Mientras se despedía, aún agregó, con una tenue mueca despectiva en su cara:

—Exacto, señora, muy exacto. Pero pudiese ser que el personaje que organiza este siniestro simulacro enviase de vez en cuando a alguien para despertar a la gente y hacerle comprender que estaban soñando. No sería eso posible?

TODA ESA NOCHE MARCELO CAMINÓ AL AZAR,

entró en cafés, volvió a calles indiferentes, se sentó en bancos de plazas silenciosas. Ya era de mañana cuando volvió a su cuarto y se echó a dormir. Cuando se despertó, a la tarde, pensó en Amancio. Mientras iba hacia su casa, reflexionó que su tío-abuelo quizá se sorprendería demasiado, haría preguntas, y él no sería capaz de responderle, no decirle la verdad, de entristecerlo. Pensó en aducir otros motivos: vivir más tranquilo, pensar un poco más en sí mismo, la gente, él sabía.

Subió con pensamientos contradictorios las viejas escaleras pensando, una vez más, cómo el pobre viejo podía haberse resignado a existir casi emparedado, en aquel fragmento delantero de una de esas casas de dos pisos que se hacían a fines de siglo, ahora divididas en sórdidos departamentos. Lo encontró lleno de bufandas, tricotas y abrigos. Hasta su raído sobretodo con cuello verdoso de terciopelo. Señalando hacia abajo, aseguró:

—Si para el viento, Marcelito, esta noche yela. Se van a helar los frutales.

Marcelo miró a través de la ventana, como si abajo, en la calle, estuvieran los frutales. Su cortesía era más fuerte que su lógica. Enigmáticamente, don Edelmiro Lagos dictaminó:

—El pampero es el pampero.

Con su traje negro, su cuello duro y alto, sus puños almidonados, parecía listo para la firma de una escritura en su escribanía (en 1915). Con la mano izquierda sobre la empuñadura de plata de su bastón, semejava un tótem indígena somnoliento, con los ojos semicerrados. Su cara terrosa era una gran superficie geográfica con montículos de pelos y lunares, entre anfractuosidades geológicas. Su famoso silencio era quebrado de vez en cuando por aquellos aforismos que, en opinión de don Amancio, lo hacían "hombre de consejo":

"Ni un extremo ni el otro: el justo medio."

"El tiempo lo borra todo."

"No hay que perder confianza en la Nación."

Sentencias que en realidad no se producían inesperadamente sino que eran precedidas por indicios casi imperceptibles, pero que no escapaban a alguien que lo siguiese de cerca. Era como si aquel oscuro tótem empezara de pronto a revelar alguna vida, que terminaba manifestándose en un ligerísimo temblor en las enormes manos y en su gran nariz. Después del aforismo volvía a su ceremonioso silencio. Con dificultades, don Amancio comenzó a incorporarse, pero Marcelo no se lo permitió. Las cosas para el mate, eso es lo que quería.

—Ando medio perjudicado de la rodilla —explicó, volviendo a sentarse.

Preparó el mate con parsimonia, mientras comentaba:

—Así es, Edelmiro. Nunca me he hallado en este clima.

Después de unos minutos de silencio expresó su asombro por lo que se había pagado por un campito en Punta del Indio. Un tal Fischer, le parecía.

El turquito Gosen se lo había dicho.

Don Edelmiro medio levantó los párpados, quizá intrigado.

—Ese turquito que supo tener tienda en la Magdalena.

Pero si era pura cañada. Iban a plantar no sabía qué árboles, unos árboles importados. Un negociación: así como lo oía. Un negociación.

Qué cosa.

Mirando hacia la calle, meneó la cabeza.

Así pasaron un silencio de diez o quince minutos. Sólo se oía el rumor del mate de plata, los sorbos. Después, don Amancio preguntó:

—Te acordás, Edelmiro, de aquel mocito Jacinto Insaurrealde?

Don Edelmiro volvió a entreabrir los ojos.

—Pero sí —insistió don Amancio—, aquel mocito paquetón.

Su amigo cerró los ojos, quizá buscando en sus recuerdos.

—Se está muriendo de cáncer. En el hígado, para peor.

Don Edelmiro Lagos medio abrió sus ojos, quedando así un instante, quizá habiendo ya recordado a Insaurrealde, quizá sorprendido. Aunque nada podía deducirse de aquel paisaje desértico y silencioso que era su rostro. Sin embargo, al cabo de un momento, comentó:

—El cáncer es el azote de la civilización.

Luego sacó del bolsillo de su chaleco el reloj Longines de tres tapas, que llevaba en el extremo de una cadena de oro, consultó la hora como si se tratara de un delicado documento de la escribanía, cerró el reloj, lo colocó de nuevo en el bolsillo, cuidadosamente, y se levantó para irse. Estaba oscureciendo.

—Abuelo Amancio —se encontró diciendo Marcelo, como si alguien lo hubiese empujado.

—Sí, mijo.

Sintió que una oleada de sangre llegaba hasta su cara, y comprendió que jamás podría hablarle de aquel cuartito desocupado del fondo.

Don Amancio esperaba sus palabras con solicitud y sorpresa, como si en una región famosa por la sequía empezaran a caer algunas gotas de lluvia.

—No... es decir... si va a helar, como dice...

El viejo se quedó mirándolo, intrigado, mientras casi mecánicamente le repetía "ya te dije, si para el pampero", mientras pensaba "qué le anda pasando a Marcelito".

Mientras Marcelo pensaba "Abuelo Amancio, con su sobretodo raído, con su pobreza digna y aseada, con su generosidad de hidalgo pobre, con su discreción".

Por delicadeza, don Amancio ya estaba cambiando de tema, y señalando con el índice LA PRENSA,⁴ le preguntó si había leído el editorial sobre la bomba atómica. No, no lo había leído. "Y su candor", pensó con ternura. Como preguntarle si últimamente había leído los discursos de Belisario Roldán. El viejo movió la cabeza con pesadumbre.

—Todo depende... quiero decir, abuelo Amancio...

El viejo lo observó con curiosidad.

Marcelo hizo un gran esfuerzo y aclaró:

—Digo... tal vez un día pueda emplearse para algo bueno...

—Algo bueno?

—No sé... quiero decir... un desierto, por ejemplo...

—Un desierto?

—Digo... para cambiar el clima...

—Y será bueno eso, Marcelito?

El muchacho se sentía cada vez más avergonzado, detestaba dar la impresión de saber algo más que los otros, dar lecciones, explicar. Le parecía una grosería, sobre todo con respecto a alguien como don Amancio, tan indefenso. Pero no podía retroceder.

—Pienso... quizá... países que sufren hambre... leí una vez... en esas regiones donde casi no llueve... en la frontera de Etiopía... me parece...

Don Amancio volvió su mirada al diario, como si allí pudiera estar la clave de ese vasto problema.

—Sí, claro, yo soy un viejo ignorante —comentó.

—No, no, no eso, abuelo! —se apresuró a corregir Marcelo, abochornado—. Quise decir que...

Don Amancio lo miró, pero Marcelo ya no supo qué agregar.

Después de un tiempo todo se apaciguó y el viejo volvió a contemplar la calle a través de la ventana.

—Fischer, ahora me acuerdo bien —dijo de pronto.

—Cómo, abuelo?

—El del campito ese. Alemán o algo así. Esa gente que vino con la guerra última... Gente trabajadora, con ideas... Volvió a considerar los árboles de la calle, abajo, pensativo.

—Sí, esa gente sabe lo que hace. Gente de progreso, sin dudamente.

Después de un instante agregó:

—Pero sin embargo aquellos eran lindos tiempos... No había tanta ciencia, pero había más bondad... Nadie tenía apuro... Matábamos el tiempo tomando mate y

4 Diario tradicionalista, un poco como el *Times* de Londres. (N. del Ed.)

contemplando el atardecer desde la galería... No había tantas entretencciones como ahora, no había ni biógrafo ni televisión. Pero teníamos otras cosas lindas: los bautismos, la yerra, el santo de tal o cual...

Se produjo otro largo silencio.

—La gente no sabía tantas cosas como hoy en día. Pero era más desinteresada. El campo era pobretón, sobre todo el nuestro, esa costa de la Magdalena. Pero era grande y noble. Hasta la misma ciudad era distinta. La gente era comedida y cortés. A medida que iba oscureciendo los silencios se hacían más largos y profundos. Marcelo miraba la silueta del anciano contra la ventana. En qué pensaría en sus largas noches solitarias?

—El mundo se ha llenado de mentiras, mijo. Todos desconfían. Cuando fuimos con mi padre a la Banda Oriental, con motivo del fallecimiento del tío Saturnino, ni documentos para viajar se precisaban.

Volvió a callarse.

Luego, golpeando levemente el diario con la mano, agregó:

—Y ahora esos bombardeos... esas criaturas del Vietnam... Y vos, Marcelito, qué opinás?

—Yo... tal vez un día... las cosas cambiarán...

El viejo lo consideraba con melancólica atención. Luego, como si hablara para sí mismo, dijo:

—Todo puede ser, Marcelito... Pero me parece difícil que el campo vuelva a ser lo que fue. Con sus lagunas, sus ánades rosados, sus teruterus...

Caía la noche.

EL PAYASO

Imitó a Quique hablando sobre las necrologías, contó chistes, recordó anécdotas cómicas de la época en que enseñaba matemáticas. Lo encontraban mejor que nunca, pleno de vitalidad y energía.

Y de pronto intuyó que aquello comenzaría, con invencible fuerza, pues nada podía frenarlo una vez el proceso iniciado. No se trataba de algo horrendo, no aparecían monstruos. Y sin embargo le producía ese terror que sólo se siente en ciertos sueños. Poco a poco fue dominándolo la sensación de que todos empezaban a ser extraños, algo así como lo que se siente cuando se ve una fiesta nocturna a través de una ventana: los vemos reírse, conversar, bailar en silencio, sin saber que

alguien los está observando. Pero tampoco era eso exactamente: quizá como si además la gente quedara separada de él no por el vidrio de una ventana o por la simple distancia que se puede salvar caminando y abriendo una puerta, sino por una dimensión insalvable. Como un fantasma que entre personas vivientes puede verlos y oírlos, sin que ellos lo vean ni lo oigan. Aunque tampoco era eso. Porque no sólo los estaba oyendo sino que ellos lo oían a él, conversaban con él, en ningún momento experimentaban la menor extrañeza, ignorando que el que hablaba con ellos no era S., sino una especie de sustituto, una suerte de payaso usurpador. Mientras el otro, el auténtico, se iba paulatina y pavorosamente aislando. Y que, aunque moría de miedo, como alguien que ve alejarse el último barco que podría rescatarlo, es incapaz de hacer la menor señal de desesperación, de dar una idea de su creciente lejanía y soledad. Y así, mientras el barco se alejaba de la isla, empezó a contar una divertida historia de su época de estudiante, cuando inventaron un poeta húngaro, protegido por una princesa también inexistente. Estaban hasta aquí de Rilke y del snobismo rilkeano. Cargaban las tintas, a medida que fueron tomando confianza, publicaron dos poemas en francés en TESEO, unos fragmentos de memoria y finalmente aseguraron que era leproso. La idea era lograr que Guillermo de Torre publicara una nota en LA NACIÓN. Todo el mundo se moría de risa y el payaso también, mientras el otro veía cómo el barco se hacía más y más diminuto.

EL SURGIMIENTO DE LOS HERMANOS

entre mentiras y llamaradas, entre el éxtasis y el vómito, le volvía más confusa la existencia, más angustioso el gran cocktail. Dónde habían quedado los absolutos? Desde dentro lo presionaban los rebeldes, querían actuar, pronunciar palabras decisivas, combatir, morir o asesinar antes de verse envueltos en el carnaval. Los insolentes Nachos, las ásperas Agustinas. Y Alejandra? Si había realmente vivido, y dónde, si en aquella casa, si en la otra, si en aquel Mirador. Iban al archivo de los diarios, querían saber, qué ansiedad tiene la gente de ese carnaval por el absoluto, qué insaciable sed. Era verdadera aquella noticia? Como si lo más apócrifo no fuera lo que se acumula en los archivos. Pero no importaba: seguían las preguntas, si esos personajes vivieron y cómo, dónde. Sin comprender que nunca murieron, que desde sus reductos subterráneos lo acosan de nuevo, lo buscan y lo insultan. O quizá fuese al contrario, quizá fuera él que los necesita para sobrevivir. Y así espera

a Agustina, ansiosamente aguarda que reaparezca. Máscara del conferenciante que habla ante señoras, que sonrío y presenta simulacros de buena crianza, de correcto caballero, de señor bien vestido y normalmente alimentado. A no temer, Damas y Caballeros, esta fiera está amaestrada, sus dientes han sido limados, extraídos, carcomidos, debilitados por comiditas convenientes. Ya no es el animal que devora carne cruda, que asalta y mata en la selva. Ha perdido su majestuosa barbarie. Pasen, Señoras y Señores. Espectáculo rigurosamente para familias, lleve a su tía en el día de la tía, y a su madre en el día de la madre. Aquí lo pueden ver. Media vuelta a la derecha, hop! Salude al Respetable Público. Así, muy bien, tenga su terrón de azúcar. Hop, hop! Damas y Caballeros, estrictamente para familias, poderoso león de la selva: sueñas, dócilmente ejecutas piruetas preestablecidas con leve y tierna y secreta ironía. Pobres, al fin de cuentas, hay chicos que me quieren, así, una vueltita, salto al aro uno dos hop! excelente y sueño con la selva en sus crepúsculos antiguos mientras distraídamente hago las pruebas correcta y buenamente salto por el aro en llamas

me ponen sobre una silla
rujo abstraído
mientras recuerdo las pálidas lagunas
en las praderas
a las que un día he de volver
ya para siempre
(lo sé, lo creo, lo necesito)
devorando a un domador
a título simbólico
como adecuada despedida
en un acto de locura
dicen los diarios
inesperadamente su cabeza desapareció entre las fauces
chorreando sangre qué horror!
cundió el pánico
mientras por el momento
sueño
con aquella patria violenta pero candorosa
el orgulloso principado
las ceremonias del huracán y de la muerte
prófugo de la vergüenza
desnado de la suciedad de cerdo
a la castidad del pájaro y la lluvia
a la altiva soledad.
Pasen, Damas y Caballeros,
esta fiera está amaestrada
espectáculo rigurosamente para familias
aquí lo pueden ver, hop!
salude al Respetable Público
mientras medito en la selva dura pero bella,
en sus noches de luna
en mi madre.

SE CELEBRA LA SALIDA DE UN LIBRO DE T.B.

sobre la muerte y la soledad. En las fotografías de la revista pudo ver una multitud que tomaba copas, comía sándwiches y reía. Se alcanzaban a distinguir las caras de siempre, incluyendo los enemigos mortales de T.B., los que antes del cocktail y después, y aun durante la misma reunión, a sus espaldas hacían chistes sobre los poemas.

Nietzsche, pensó.

Necesidad de conversar con un analfabeto, de tomar aire fresco y puro, de hacer algo con las manos: una mesita, arreglar el triciclo de una chiquita como Erika. Algo humilde y útil. Limpio.

Apagó la luz.

Como en otros momentos parecidos de asco y tristeza por los hombres (por él mismo), volvió el recuerdo aquel. Por qué, qué tenía de primordial en su vida? Llevaba los apuntes de cálculo infinitesimal al Dr. Grinfeld, en el crepúsculo. Las cúpulas plateadas del observatorio comenzaban a destacarse con su sereno misterio en la oscuridad que bajaba suavemente, como callados vínculos con el espacio cósmico. Caminaba por los senderos entre los introvertidos árboles del Bosque de La Plata. El universo armonioso de los astros en sus eclípticas. Los exactos teoremas de la mecánica celeste.

SINTIÓ LA NECESIDAD DE VOLVER A LA PLATA

a la casa ahora ajena, para espiarla como un intruso, como un ladrón de recuerdos. Y volvió a recordar aquella tarde de verano en que llegó y entró silenciosamente, y la vio allí de espaldas, sentada a la gran mesa solitaria del comedor mirando a la nada, es decir a sus memorias, en la oscuridad de las persianas cerradas, en la sola compañía del tic-tac del viejo reloj de pared.

En el tiempo feliz en que festejaban su cumpleaños

y yo era feliz y nadie estaba muerto

y todos estaban alrededor de la enorme mesa chipendale, y los grandes aparadores y trinchantes de otro tiempo, con el padre en una cabecera y la madre en la otra, con las risas, cuando Pepe repetía sus cuentos, las inocentes mentiras de aquel folklore familiar

y estar yo sobreviviente a mí mismo

como un fósforo apagado

la mesa puesta con más lugares, con mejores dibujos de loza con más copas

—Qué tal, mamá —le había dicho.

—Pensaba —había comentado. Y le pareció que sus ojos se empañaban. Sí, claro.

—El que dijo que la vida es sueño, hijo mío.

El la había mirado en silencio. Qué le podía atenuar. Vería hacia atrás noventa años de fantasmagorías.

Después buscó algo en aquellos armarios siempre cerrados con llaves numerosas y recónditas.

—Este anillo, ves, cuando me muera. Te lo tenía guardado.

—Sí, mamá.

—De mi bisabuela: María San Marco.

Era pequeño, de oro, con un sello esmaltado, con una M y una S.

Después permanecieron sin hablarse, frente a frente. De vez en cuando ella contaba: Fortunata, te acordás? La estancia de don Guillermo Boer. Tu tío Pablo, la gota.

Había que irse. Había que irse? Los ojos de ella volvieron a nublarse. Pero ella era estoica, descendía de una familia de guerreros, aunque no lo quisiera, aunque los negase.

Todavía la recordaba en la puerta, saludando levemente con su mano derecha, de manera no demasiado fuerte: no fuera a creer, esas cosas. Desde lejos volvió la cabeza: sola, de nuevo.

Para, corazón mío,

no pienses.

En la calle 3 los árboles empezaban a imponer su callado enigma del atardecer.

Todavía volvió una vez más la cabeza. Con su mano, tímidamente, ella repitió la seña.

EL REENCUENTRO

Las dos viejuchas llegaban cansadas por el calor y quizá por la espera en la Recoleta. Se sentaron y pidieron té con masas.

—Pobre Julito —dijo una, todavía un poco agitada—, morir en febrero, cuando no hay nadie en Buenos Aires.⁵ Uno es un podrido que termina acomodándose a la realidad, con el rebusque del Arte. Sí, claro, uno se angustia. Y entonces se imagina

⁵ Febrero es el mes más caluroso y "todo el mundo" está en los balnearios elegantes. La Recoleta es el cementerio aristocrático. (N. del Ed.)

a un tipo absoluto como R., un personaje negro y terrible. Pero uno sigue viviendo y viniendo a LA BIELA, para colmo con éxito (esos vómitos siempre tienen gran éxito, la gente los necesita para descargarse) y si el propio R. llegara a ser escritor es probable que terminase yendo también a la Embajada de Francia y a dar conferencias por ahí. Todo es cuestión de esperar, caballeros. Qué podían hacer esos chicos? Escupirlos, matarse, prostituirse. Si no hay Dios, todo está permitido.

No había dejado de pensar en ella, hasta perder la esperanza de reencontrarla. Y ahora esa necesidad de verla, de hablar se le hacía insoportable. Salió y subiendo la pequeña barranca se sentó en uno de los bancos cercanos a la estatua de Falcón.

Y entonces la vio, caminando por el pasaje Schiaffino hacia el bajo. Sus pasos eran vacilantes, como si el terreno fuese peligroso, o pudiera ceder.

Dudó unos instantes, pero después decidió hablarle. Durante aquellos meses pensó que ella lo buscaría y en cierto modo ese encuentro lo probaba, pues no podía ignorar que él andaba siempre por ahí, cruzando ese parque, tomando café en LA BIELA, sentado en algún banco. Era probable que por timidez no se hubiera animado a entrar en el bar y habría preferido recorrer el parque hasta convertir el encuentro en algo casual o que al menos lo pareciese. Se acercó, se puso a su lado, pero como ella seguía su camino sin mirarlo, la tomó de un brazo. Ella lo miró en silencio, aunque sin sorpresa, lo que confirmaba su idea de la búsqueda.

—Vivís por aquí? —le preguntó.

—No —respondió, rehuyendo los ojos—. Vivimos en Belgrano R.

—Y qué andás haciendo por la Recoleta?

Le hizo la pregunta casi sin querer, en seguida se arrepintió: era como obligarla a reconocer su deseo de reencontrarlo.

—Todo el mundo tiene el derecho a caminar por aquí —contestó.

Él se quedó molesto. Estaban frente a frente, en una situación un poco ridícula, ella mirando al suelo.

—Perdóneme —agregó de pronto—. He sido una grosera.

—No tiene importancia.

La chica levantó sus ojos, lo observó fijamente y apretó la mandíbula, mientras se sonrojaba. Y luego, en voz baja confesó:

—No sólo grosera. También mentirosa.

—Ya lo sé, pero no tiene importancia.

—Cómo, que lo sabe?

Él no supo qué decir sin herirla. La llevó de un brazo hasta el banco y allí permanecieron un largo rato. La muchacha, molesta, parecía estudiar el césped, hasta que se decidió a comentar:

—Lo que sucede es que usted sabe que yo quería verlo. Que durante semanas anduve dando vueltas por aquí.

Él no respondió nada, no era necesario. Los dos sabían que el encuentro era inevitable. Y que todo sería peor que si no se hubiese producido.

ERA YA DE NOCHE CUANDO VOLVIÓ AGUSTINA

Venía abatida, lejana, ya no era la dura Agustina de otros tiempos. De qué dolorosos territorios venía? Nacho levantó su brazo derecho con la palma abierta hacia ella, mientras apartaba la cara hacia un costado, como quien rehúsa contemplar algo tristísimo.

—Qué nueva calamidad ha caído sobre esta casa? Me parece ver a Electra que se adelanta de gran luto.

Agustina se tiró en la cama.

—Saca ese disco —ordenó secamente—. Ya me tenés podrida con Bob Dylan.

Su hermano bajó su brazo, la consideró un instante y, luego, arrodillándose, detuvo el tocadiscos que tenían en el piso, entre libros, diarios viejos y platos. Después, desde allí, estudió a su hermana con angustia. Con tono tierno y tímido, murmuró:

—Soy Orestes. No busques mejor amigo.

Luego se acercó caminando sobre las rodillas, como uno de esos fieles que van a Luján.

—Ves. He hecho una promesa.

Al borde de la cama, tomó sus manos y las llevó a su pecho.

—Olvidas, Electra, que yo era el más querido de los hombres para ti. Lo dijiste a nuestro padre en el túmulo que cubre su tumba. Al verter las libaciones propiciatorias. Cuando invocaste a Hermes Subterráneo, mensajero de los dioses superiores e inferiores. Cuando los demonios oyeron tus preces, los demonios que velan las moradas paternas!

—Está bien, Nacho. Estoy rota.

—Oh, Zeus! Contempla esto, mira la raza del águila privada de padre y ahora ahogada en los brazos de la horrenda serpiente! Míranos, hijos sin padre y echados de la casa paterna!

—Te digo que estoy rota.

Con voz repentinamente casera y rencorosa. Nacho agregó:

—Esa reputísima! La vi en el auto de Pérez Nassif.

—Bueno.

—Parece que no te importa —la estudió Nacho.

Enfureciéndose, le gritó si no tenía vergüenza que esa puta le hubiese conseguido el trabajo en la oficina de ese bicho.

—Está bien, viviremos de la mendicidad pública.

Yéndosele encima, Nacho le gritó que le estaba hablando en serio.

—No grités! Basta.

La cara de Agustina se había puesto rígida.

—A vos hay que explicarte todo, tarado. No comprendés que de alguna manera aceptándolo era cuando más la despreciaba. Y no me vuelvas a hablar de esa mujer —terminó sombríamente.

Con sarcasmo, su hermano le recordó que esa mujer era la madre, y que madre hay una sola. Después se levantó, fue hasta su rincón y le trajo un paquetito con papel floreado y moño rojo "de regalo".

—Qué payasada es ésa, ahora? —preguntó Agustina con cansancio.

—Te has olvidado del Día de la Madre?

Era un paquetito muy chico. Su hermana levantó su mirada hacia Nacho.

—Sabés lo que le mando?

Su cara irradiaba retorcida felicidad.

—Un preservativo.

Luego volvió a su rincón, se acomodó en la cama y permaneció un tiempo en silencio.

—Tengo que proponerte un pacto —dijo.

—Dejame de joder de una vez con tus pactos.

—Uno solo. Chiquitito.

Agustina no respondió.

—Un micropacto. Un pacto tamaño enano.

—Para qué.

—Es una prueba.

—Qué clase de prueba.

—Yo sé —respondió Nacho con ambigüedad.

—Está bien. Dale, porque quiero dormir un siglo.

Nacho le llevó un disco, con la foto de John Lennon y Yoko en la tapa. Mostrándosela, le propuso:

—Jamás oír este disco.

—Por qué.

—Ves, ves! Ésa es la prueba! Ya no entendés nada! Estás definitivamente desconectada! —le gritó refregándole la foto por la cara.

Agustina lo miró con fastidio.

—No comprendés? Esa japonesa de mierda es la culpable!

Desalentado, se sentó al lado de su hermana, en el borde de la cama, murmurando "esa conchuda, ese feto infeccioso", como para sí. Luego volvió a la carga.

—Aceptás?

—Está bien. Déjame dormir.

Arrojó el disco al suelo, lo pisoteó y, con una furia extrema, lo rompió en varios pedazos. Cuando terminó, miró a su hermana en los ojos, como para descubrir algún indicio. Finalmente volvió a su cama, se tiró y apagó su velador. Al cabo de un tiempo, con una voz que parecía atravesar en la oscuridad secretos caminos antes conocidos por ellos pero ahora con obstáculos y trampas ocultas puestos por un perverso invasor, tuvo apenas fuerza para decir:

—Algo pasa, Agustina.

Ella no respondió, limitándose a apagar también su velador. Con un asombro que fue convirtiéndose en desesperación, Nacho comprendió que *había apagado la luz* para desnudarse. En la equívoca luz que entraba por la ventana, pudo entrever cómo iba quitándose la ropa.

Después, él también se desnudó y se acostó. La observó durante un tiempo inconmensurable (había infancia de por medio, perros, escondites en el Parque Patricios, caramelos, siestas solitarias, noches de llanto y abrazo) y durante el cual sentía que ella también se mantenía despierta y cavilando, inquieta, con una respiración que no era la del sueño. Haciendo un tembloroso esfuerzo le preguntó si dormía:

—No, no duermo.

—Voy? —preguntó temblando.

Ella no contestó.

Después de vacilar un momento, Nacho se levantó y fue hacia la otra cama. Se sentó y acarició el rostro de su hermana, advirtiéndole que había lágrimas debajo de sus ojos.

—Déjame —dijo ella con dulzura, pero con una voz que nunca antes le había oído.

Y después agregó:

—Prefiero que no entrés.

Nacho permaneció sin saber qué actitud tomar, al lado de aquel cuerpo que sus manos apenas rozaban y que ahora estaba a una distancia inalcanzable.

Se levantó poco a poco y volvió a su cama, donde se derrumbó.

*Tu cuerpo y el lazo de seda rústica que conduce
a las plantaciones
de la costa
el sudor de tu cabellera quemada por las nubes
a los instantes inolvidables*

*tantas mutaciones de nómada y de clandestinidad
tantos homenajes a una belleza salvaje
que exigen el desorden
Todas las rampas de la vida cambiante
la velocidad del amor
el mágico filtro de la excomuni3n
la hambrienta luz del desencuentro en nuestras venas
de azote
y el solitario frenes3 de las palmeras
cuando en la ausencia
creciendo hacia mi pecho
el fondo de la tierra me devuelve de golpe
todas nuestras caricias
el nudo furioso de la pasi3n
en las negras argollas del tiempo
aquellos moblajes de desvalijamiento y de lluvias
luz de senos en el mar
y sus gaviotas y sus m3sicas
sobre un altar de desuni3n con grandes lunas fascinantes
sin m3s praderas que tus ojos
pa3s incorruptible
pa3s narc3tico
con risas del alcohol en el viento
y tu pelo sobre mi cara.*

PRIMERA COMUNICACI3N DE JORGE LEDESMA

El mundo sigue patas arriba. Raz3n de m3s para ser optimista, ya que nadie se nos adelant3.

Yo sigo fracasando con una regularidad que da risa. Nac3 babieca y de pronto no s3 qu3 hacer. Sin ir m3s lejos, la vez pasada me sub3 desnudo a un farol en la esquina de Corrientes y Suipacha. Calcule: un s3bado a las cinco de la tarde. Me tuvieron encerrado varios meses.

Le voy a hacer una confesi3n, Sabato: yo no quise venir a este mundo, no hice ninguna se3a. Estaba tan c3modo que cuando me toc3 salir me resist3, me puse de

culo. Pero me sacaron igual, a la fuerza. Siempre a la fuerza, en nombre de lo mejor. Ahí no más comprendí que este mundo no podía ser más que una cagada. A usted también le debe de haber pasado algo semejante. Perdimos, ya sé. Pero ahora nos toca aguantar piola. Somos dos tipos que van a cantar las cuarenta, es decir dos desgraciados. Yo tengo la ventaja de superarlo en ignorancia.

Le escribo para comunicarle que en previsión de mi muerte he decidido nombrarlo mi heredero. No quiero que me pase lo que a Marconi, que después de muerto nadie entendía sus experiencias. Mi familia ya está al tanto.

Donne: "Nadie duerme en el carro que lo lleva al patíbulo". Usted lo ha recordado. Fenómeno. Desde hace tiempo investigo el famoso intrínquilis aristotélico: hay que encontrar el Principio, luego todo se nos dará por añadidura. Sabato: ENCONTRÉ EL PRINCIPIO. Sé cómo y para qué fuimos fabricados. Se da cuenta de lo que le estoy diciendo? Quiero ser seco y no adornar nada. Una teoría debe ser despiadada y se vuelve contra su creador si el creador no se trata a sí mismo con crueldad. El temor de que un imprevisible me haga llevar a la Chacarita este descubrimiento colosal me ha impulsado a escribirle. Tengo que prever y calcular, fuera de toda vanidad. Y no me hago muchas ilusiones. Voltaire lo trató de energúmeno a Rousseau y Carrel de dañino a Freud. Ignorado, triste, panorámicamente solo, únicamente me importa el hombre: que no se pierda la punta del ovillo que tanto me costó descubrir. Y que la verdad, como un incendio en la selva, ilumine el espectáculo del león y la gacela salvándose juntos.

Sé por qué y para qué nos pusieron en este quilombo, y la razón de nuestro posterior aniquilamiento. Como comprenderá, esto supone tener el PATRÓN con que medir todas las actividades humanas. Dios fue una etapa necesaria, que hará reír a los estudiantes dentro de cien años, como ahora nos reímos de Ptolomeo. Si Kant dice que esto no puede ser es porque él no luchó como nosotros para volver adentro. La regularidad asnal con que pasaba a la misma hora por las mismas calles demuestra su respeto al establishment. Estaba tan cómodo en el caos que lo explicó, en lugar de solucionarlo. Cómo se puede estar conforme con haber sido puesto involuntariamente en este planeta y, a su debido tiempo, asquerosamente viejo, ser expulsado en medio de horribles dolores sin recibir ni explicaciones ni disculpas? Y a este individuo debemos tenerle miedo nada más que por haber nacido en Alemania? Mientras tanto, desde hace millones de años, a pesar de Kant, de toda la ciencia, de la desintegración del átomo, el hombre, igualito que las moscas o las tortugas nace, sufre y muere sin saber por qué. Sabato: a mí no me hacen esto.

Practiqué el agujero y me puse a vichar. E invitaré a los que no se asustan a espiar el espeluznante espectáculo.

Si mis limitaciones lo hacen sonreír, piense que Faraday aprendió todo en los libros que encuadernaba. Le he escrito porque lo vi en la montaña: helado y loco. Pero si un día baja y piensa como estas gallinas de acá abajo, se me habrá transformado en un Sainte-Beuve cualquiera y me dará asco.

Tiene prueba de mi valor porque fui capaz de subirme a un farol, desnudo, para castigarme por cobarde y para demostrarme que era lo suficientemente fuerte como para reírme de los que se iban a reír de mí. Con la diferencia de que yo me reí desde arriba.

Hágame el favor de no morir hasta 1973, fecha en que le enviaré el manuscrito definitivo de mis investigaciones. Estamos en el umbral de una nueva edad. Sufriremos toda clase de arbitrariedades, crímenes e injusticias. Habrá nuevas hogueras. Vano esfuerzo. La era de la Tecnología Moral ha comenzado. Como hace millones de años, otros ojos están abriéndose paso entre los huesos del cráneo. Qué mirador, Sabato! Y qué formidable será el porvenir para los que tengan el sistema nervioso capaz de soportarlo!

Si la fuerza anti-mundo me liquida, usted deberá darle forma y hacer conocer todo cuando le llegue a sus manos.

SE DESPERTÓ GRITANDO,

acababa de verla avanzando en medio del fuego, con su largo pelo negro agitado por las furiosas llamaradas del Mirador, como una delirante antorcha viva. Parecía correr hacia él, en demanda de ayuda. Y de pronto él sintió el fuego en su propio cuerpo, sintió cómo crepitaba su carne y cómo se agitaba debajo de su piel el cuerpo de Alejandra. El agudo dolor y la ansiedad lo despertaron.

Volvía el vaticinio.

Pero no era la Alejandra que melancólicamente imaginaban algunos, ni tampoco la que Bruno creyó intuir a través de su espíritu abúlico y contemplativo, sino la del sueño y la del fuego, la víctima y victimaria de su padre. Y Sabato volvía a preguntarse por qué la reaparición de Alejandra parecía recordarle su deber de escribir, aun contra todas las potencias que se oponían. Como si fuera preciso intentar una vez más el desciframiento de esas claves cada día más escondidas. Como si de ese frenesí complicado y dudoso dependiera no sólo la salvación del alma de aquella muchacha sino su propia salvación.

Pero salvación de qué? casi gritó en el silencio de su cuarto.

EL JOVEN MUZZIO

mantenía, como se dice, religioso silencio. Los grandes sillones de cuero, la espera, la importancia del señor Rubén Pérez Nassif, el temeroso paso de los empleados, producían en él una mezcla de temor, vergüenza y resentimiento, entre expresiones y restos de expresiones del siguiente tipo:

Sociedad de Consumo.

Capitalismo, Chanchos Burgueses

Cambios de Estructuras, etc.

Detrás de las cuales, a través de sus resquicios, le parecía distinguir la cara desagradable, burlonamente inquisitiva de Nacho Izaguirre, ese pequeño-burgués contrarrevolucionario, ese putrefacto reaccionario.

Trató de apartar la desagradable aparición, mentalmente lo aplastó con frases lapidarias: hay que cambiar las estructuras! rebelarse contra alguien en particular como Pérez Nassif era como dar limosnas en la calle! o la Revolución Social o nada! Pero la cara de Nacho se recomponía después de cada andanada, y, para colmo, cada vez con mayor sarcasmo en su boca. Hizo un esfuerzo por apartar la aparición concentrando su mente en las ADVERTENCIAS A LOS QUE QUIEREN SER RICOS, de Benjamín Franklin (enmarcadas).

Piensa que el tiempo es dinero.

Piensa que el crédito es dinero. Si alguien deja seguir en mis manos el dinero que le adeudo, me deja además su interés y todo cuanto pueda ganar con él en ese tiempo. Se puede reunir así una suma considerable si un hombre tiene buen crédito y sabe hacer buen uso de él.

Piensa que el dinero es fértil y reproductivo. El dinero puede producir dinero, su descendencia puede producir a su vez más dinero, y así sucesivamente. Cinco chelines bien invertidos se convierten en seis, éstos en siete, y así progresivamente hasta alcanzar las 100 £. Cuanto más dinero hay tanto más produce al ser invertido, y el provecho aumenta sin cesar. Quien mata una cerda aniquila toda su descendencia, hasta el número 1.000. Quien malgasta una moneda de 5 chelines mata todo cuanto pudiera producirse gracias a ella:

columnas enteras de libras esterlinas. Las más insignificantes acciones que puedan influir sobre el crédito deben ser tenidas en cuenta. El golpe de tu martillo sobre el yunque oído por tu acreedor a las 5 de la mañana y a las 8 de la noche lo deja contento por 6 meses.

Pero si te ve en el billar u oye tu voz en la taberna a la hora en que deberías estar trabajando, recordará tu deuda al día siguiente y exigirá el dinero antes de que puedas disponer de él. Lleva cuenta de tus gastos e ingresos. Si te tomas la molestia de parar la atención en estos detalles, descubrirás cómo gastos increíblemente pequeños se convierten en gruesas sumas, y verás lo que habrías podido ahorrar y lo que aún puedes ahorrar en el futuro. Quien malgasta a diario un solo penique derrocha 6 £ al año, que a su vez permitirían disponer de 100. El que disipa diariamente su tiempo por valor de 1 penique, pierde, pues, el privilegio de usar 100 £ en 1 año.

INTERESANTES ELEMENTOS DE LA ENTREVISTA

Edad, señor Pérez Nassif?

42 años, casado.

Hijos?

Tres, de 15, 12 y 2, respectivamente. El primero, varoncito, Rubén, como su padre. La segunda, Mónica Patricia. La tercera, Claudia Fabiana, nació inesperadamente, cuando la esposa y el Sr. Pérez Nassif se habían dado ya por satisfechos con el casal.

Cómo había comenzado la carrera?

Era público y notorio que había comenzado como cadete en la empresa SANIPER y se enorgullecía de esos modestos principios. La Argentina tiene, gracias a Dios, esa gran cualidad que permite alcanzar las posiciones más altas por obra de la perseverancia y la fe en su brillante futuro. Como detalle si se quiere sugerente le confesaré —pero desearía que eso permanezca off the record— que el Señor Lambruschini lo eligió entre seis chicos porque le vio algo en la cara que le hizo pensar que haría carrera. Palabras textuales. Luego siempre recordó la fe que el Sr. Lambruschini depositó en su modesta persona desde el primer momento.

Quién iba a decir que un día estaría tan por encima de la posición que entonces ocupaba el Sr. Lambruschini!

Así es, joven Muzzio. Es la ley de la vida. Había que decir, sin embargo, que el Sr. Lambruschini constituía un ejemplo de contracción al trabajo y de honestidad que la empresa reconoció en todo su alcance. Es con hombres de su temple y de su calidad que SANIPER ha podido llegar a ser lo que es. Y aunque no perteneciera ya al staff, después de haberse acogido a los beneficios de una bien ganada jubilación, su figura característica y podríamos decir patriarcal en esta casa está siempre presente. Satisfacía recordarlo en ese momento y destacar su abnegación, su honestidad a toda prueba, su espíritu de sacrificio y su amor por esa gran familia que constituye SANIPER. Hasta el punto de que él mismo en persona tuvo que ordenarle faltara una sola vez en sus treinta años de servicios ininterrumpidos para hacerse un indispensable chequeo cuando su salud comenzó a quebrantarse. Son esa clase de hombres que hacen la grandeza de la patria. Precisamente, en esos días se había hecho presente en el sepelio de su señora madre, y a pesar de la triste circunstancia, se alegró de verlo tan derecho como en sus mejores tiempos.

Qué otras empresas contaban con la actividad directiva del señor Pérez Nassif?

Aparte, naturalmente, de SANIPER, presidencia de INMOBILIARIA PERENÁS y vicepresidencia de publicidad PROPART. Grandes responsabilidades, según entendemos, pero que no le impiden desempeñar tareas ajenas al empresariado pero que redundan en beneficio de la comunidad, no es así? Bueno, bueno, no hay que exagerar méritos, porque esas tareas constituyen una obligación para todos y particularmente para los que hemos tenido la suerte de alcanzar posiciones expectables. Es el caso del Club de Leones, en la localidad de Lomas, hasta 1965.

Se pasa luego a preguntar al Sr. Pérez Nassif si tienen asidero los rumores que corren sobre una gran ampliación de la empresa en otros renglones. Concretamente, se habla de una posible integración de SANIPER con una empresa de artefactos sanitarios.

El Sr. Pérez Nassif considera que es todavía prematuro hablar de esa perspectiva, pero no puede negar que esa inquietud está dentro de los planes de la empresa para el próximo ejercicio. No, no tiene por qué disculparse: es una pregunta perfectamente legítima y considera que no comete ninguna infidencia esencial al dar esta especie de anticipo. El problema, por lo demás, no es nada simple, pues deberá ser precedido por un adecuado marketing, atendiendo a las difíciles circunstancias por que atraviesa la industria nacional en general y el renglón de los artefactos de baño en particular.

Razones?

Múltiples y muy complejas. No es la ocasión para abundar en esa clase de detalles, que cuando llegue el momento no tendrá inconveniente en dar. Pero puede

adelantar algo: competencia desmedida e incertidumbre respecto a la política nacional en materia de industria. Él es de las personas que tienen fe en el porvenir de la nación, pero la actual situación política obliga a un compás de espera. Inciden a juicio del Sr. Pérez Nassif en este panorama desalentador las circunstancias políticas del país? Lo que podría calificarse como una incertidumbre sobre la salida institucional?

Sin duda alguna. Es imprescindible una pronta salida dentro del respeto por las instituciones que tradicionalmente nos han caracterizado. No es el caso de repetir aquí que nuestra idiosincrasia es ajena a toda inspiración foránea, a cualquier intento de embarcar a nuestra nación en ideologías que no conciben con el temperamento y las tradiciones. Lo que se ha dado en llamar los ideales occidentales y cristianos deben constituir las bases sobre las que se ha de edificar la Argentina del futuro. Precisamente sobre este tema pronunció una conferencia en la filial que nuestro Club de Leones ha apadrinado recientemente en la localidad de Boulogne.

Etc.

QUERIDO Y REMOTO MUCHACHO:

me pedís consejos, pero no te los puedo dar en una simple carta, ni siquiera con las ideas de mis ensayos, que no corresponden tanto a lo que verdaderamente soy sino a lo que *querría* ser, si no estuviera encarnado en esta carroña podrida o a punto de podrirse que es mi cuerpo. No te puedo ayudar con esas solas ideas, bamboleantes en el tumulto de mis ficciones como esas boyas ancladas en la costa sacudidas por la furia de la tempestad. Más bien podría ayudarte (y quizá lo he hecho) con esa mezcla de ideas con fantasmas vociferantes o silenciosos que salieron de mi interior en las novelas, que se odian o se aman, se apoyan o se destruyen, apoyándome y destruyéndome a mí mismo.

No rehúyo darte la mano que desde tan lejos me pedís. Pero lo que puedo decirte en una carta vale muy poco, a veces menos que lo que podría animarte con una mirada, con un café que tomáramos juntos, con alguna caminata en este laberinto de Buenos Aires.

Te desanimás porque no sé quién te dijo no sé qué. Pero ese amigo o conocido (qué palabra más falaz!) está demasiado cerca para juzgarte, se siente inclinado a pensar que porque comés como él es tu igual; o, ya que te niega, de alguna

manera es superior a vos. Es una tentación comprensible: si uno come con un hombre que escaló el Himalaya, observando con suficiencia la forma en que toma el cuchillo, uno incurre en la tentación de considerarse su igual o superior, olvidando (tratando de olvidar) que lo que está en juego para ese juicio es el Himalaya, no la comida.

Tendrás infinidad de veces que perdonar ese género de insolencia.

La verdadera justicia sólo la recibirás de seres excepcionales, dotados de modestia y sensibilidad, de lucidez y generosa comprensión. Cuando aquel resentido de Sainte-Beuve afirmó que jamás ese payaso de Stendhal podría hacer una obra maestra, Balzac dijo lo contrario. Pero es natural: Balzac había escrito la Comedia Humana y ese caballero una novelita cuyo nombre no recuerdo. De Brahms se rieron gentes semejantes a Sainte-Beuve: cómo ese gordo iba a hacer algo importante? Hugo Wolf sentenció en el estreno de la cuarta sinfonía: "Nunca antes en una obra lo trivial, lo vacío y engañoso estuvieron más presentes. El arte de componer sin ideas ni inspiración ha encontrado en Brahms su digno representante". Mientras que Schumann, el maravilloso Schumann, el desdichadísimo Schumann, afirmó que había surgido el músico del siglo. Es que para admirar se necesita grandeza, aunque parezca paradójico. Y por eso tan pocas veces el creador es reconocido por sus contemporáneos: lo hace casi siempre la posteridad, o al menos esa especie de posteridad contemporánea que es el extranjero. La gente que está lejos. La que no ve cómo tomás el café o te vestís. Si eso le pasó a Stendhal y Brahms, cómo podés desanimarte por lo que diga un simple conocido que vive al lado de tu casa? Cuando apareció el primer tomo de Proust (después que Gide tirara los manuscritos al canasto), un cierto Henri Ghéon escribió que ese autor se había "encarnizado en hacer lo que es propiamente lo contrario de una obra de arte, el inventario de sus sensaciones, el censo de sus conocimientos, en un cuadro sucesivo, jamás de conjunto, nunca entero, de la movilidad de los paisajes y las almas". Es decir, ese presuntuoso critica casi lo que es la esencia del genio proustiano. En qué Banco de la Justicia Universal se pagará a Brahms el dolor que sintió, que inevitablemente hubo de sentir aquella noche en que él mismo tocaba el piano en su primer concierto para piano y orquesta? Cuando lo silbaron y le arrojaron basura? No ya Brahms, detrás de una sola y modesta canción de Discépolo, cuánto dolor hay, cuánta tristeza acumulada, cuánta desolación.

Me basta ver uno de tus cuentos. Sí, ya lo creo que un día podés llegar a hacer algo grande. Pero estás dispuesto a sufrir todos esos horrores? Me decís que estás perdido, vacilante, que no sabés qué hacer, que yo tengo la obligación de decirte una palabra.

Una palabra! Tendría que callarme, lo que podrías interpretar como una atroz indiferencia, o tendría que hablarte durante días, o vivir con vos durante años, y a veces hablar y a veces callar o caminar juntos por ahí sin decirnos nada, como cuando se muere alguien que queremos mucho y cuando comprendemos que las palabras son irrisorias o torpemente ineficaces. Sólo el arte de los otros artistas te salva en esos momentos, te consuela, te ayuda. Sólo te es útil (qué espanto!) el padecimiento de los seres grandes que te han precedido en ese calvario.

Es entonces cuando además del talento o del genio necesitarás de otros atributos espirituales: el coraje para decir tu verdad, la tenacidad para seguir adelante, una curiosa mezcla de fe en lo que tenés que decir y de reiterado descreimiento en tus fuerzas, una combinación de modestia ante los gigantes y de arrogancia ante los imbéciles, una necesidad de afecto y una valentía para estar solo, para rehuir la tentación pero también el peligro de los grupitos, de las galerías de espejos. En esos instantes te ayudará el recuerdo de los que escribieron solos: en un barco, como Melville; en una selva, como Hemingway; en un pueblito, como Faulkner. Si estás dispuesto a sufrir, a desgarrarte, a soportar la mezquindad y la malevolencia, la incomprensión y la estupidez, el resentimiento y la infinita soledad, entonces sí, querido B., estás preparado para dar tu testimonio. Pero, para colmo, nadie te podrá garantizar lo porvenir, porvenir que en cualquier caso es triste: si fracasás, porque el fracaso es siempre penoso y, en el artista, es trágico; si triunfás, porque el triunfo es siempre una especie de vulgaridad, una suma de malentendidos, un manoseo; convirtiéndote en esa asquerosidad que se llama un hombre público, y con derecho (con derecho?) un chico como vos mismo eras al comienzo te podrá escupir. Y también deberás aguantar esa injusticia, agachar el lomo y seguir produciendo tu obra, como quien levanta una estatua en un chiquero. Leé a Pavese: "Haberte vaciado por entero de vos mismo, porque no sólo has descargado lo que sabés de vos sino también lo que sospechás y suponés, así como tus estremecimientos, tus fantasmas, tu vida inconciente. Y haberlo hecho con sostenida fatiga y tensión, con cautela y temblor, con descubrimientos y fracasos. Haberlo hecho de modo que toda la vida se concentrara en este punto, y advertir que es como nada si no lo acoge y da calor un signo humano, una palabra, una presencia. Y morir de frío, hablar en el desierto, estar solo día y noche como un muerto".

Pero sí, oirás de pronto esa palabra —como ahora, donde esté Pavese oye la nuestra—, sentirás la anhelada presencia, el esperado signo de un ser que desde otra isla oye tus gritos, alguien que entenderá tus gestos, que será capaz de descifrar tu clave. Y entonces tendrás fuerzas para seguir adelante, por un momento no sentirás el gruñido de los cerdos. Aunque sea por un fugitivo instante, verás la eternidad.

No sé cuándo, en qué momento de desilusión Brahms hizo sonar esas melancólicas trompas que oímos en el primer movimiento de su primera sinfonía. Quizá no tuvo fe en las respuestas, porque tardó trece años (trece años!) para volver sobre esa obra. Habría perdido la esperanza, habría sido escupido por alguien, habría oído risas a sus espaldas, habría creído advertir equívocas miradas. Pero aquel llamado de las trompas atravesó los tiempos y de pronto, vos o yo, abatidos por la pesadumbre, las oímos y comprendemos que, por deber hacia aquel desdichado tenemos que responder con algún signo que le indique que lo comprendimos. Estoy mal, ahora. Mañana, o dentro de un tiempo seguiré.

lunes de mañana

Estuve en el jardín, empezaba a aclarar. Ese silencio de la madrugada me hace bien: el amistoso compañerismo de los cipreses, de la araucaria; aunque de pronto me entristece ver a ese gigante aquí, como un gran león en una jaula, cuando debería estar en las grandes montañas de la Patagonia, en la noble y solitaria frontera con Chile. Releo lo que te escribí hace un tiempo y me avergüenzo un poco del patetismo. Pero así me salió y así lo dejo. También releo las cartas que me enviaste en este lapso, los pedidos de auxilio. "No sé bien lo que quiero." Y quién lo sabe, de antemano? Y aun después. Delacroix decía que el arte se asemeja a la contemplación mística, que va desde la confusa plegaria a un Dios invisible hasta las precisas visiones de los momentos teopáticos.

Partís de una intuición global, pero no sabés lo que realmente querés hasta que concluís, y a veces ni siquiera entonces. En la medida en que partís de esa intuición, el tema precede a la forma. Pero al ir avanzando verás cómo la expresión lo enriquece, crea a su vez el tema, hasta que, al concluir, es imposible separarlos. Y cuando se lo intenta, o hay literatura "social" o hay literatura bizantina. Dos calamidades. Qué sentido tiene escindir la forma del fondo en HAMLET? Shakespeare tomaba sus argumentos de autores de tercer orden. Cuál es su contenido? El argumento del infeliz precursor? Lo que pasa con los sueños: cuando despertamos, lo que burdamente se recuerda es el "argumento", algo tan distinto al verdadero sueño como el tema de ese pobre diablo a la obra de Shakespeare. Lo que lleva al fracaso los intentos de ciertos psicoanalistas, que intentan develar aquel enigmático mito de la noche con los balbuceos que le cuentan. Imaginate que se pretendiera investigar los secretos del alma de Sófocles con el relato de un

espectador. Ya lo dijo Hölderlin: somos dioses cuando soñamos y mendigos cuando estamos despiertos.

A la misma condición se deben los fracasos de ciertos traslados (siniestra palabra) de obras esencialmente literarias al cine. Viste SANTUARIO? No quedó más que el folletín, lo que se suele llamar el asunto de la novela. Y digo lo que se suele llamar porque el asunto es la novela toda, con sus riquezas y esplendores, con sus implicaciones recónditas, con las infinitas reverberaciones de sus palabras, sonidos y colores, no esos famosos y presuntos "hechos". No hay temas grandes y temas pequeños, asuntos sublimes y asuntos triviales. Son los hombres los que son pequeños, grandes, sublimes o triviales. La "misma" historia del estudiante pobre que mata a una usurera puede ser una mera crónica policial o CRIMEN Y CASTIGO. Como observarás, las comillas son frecuentes y casi inevitables en esta clase de falsos problemas, y están revelando que no son nada más que eso: falsos problemas. Y en rigor, tal como es la existencia de complicada, y de hueco o hipócrita el lenguaje, tendríamos que estar usándolas todo el tiempo. O inventar, como hizo Xul Solar, algún recurso más sutil para sugerir que descreemos irónicamente del vocablo, o para aludir perversamente a su deterioro semántico: vocales intermedias, como la *ü* o la *ö* alemanas, con lo que Golda Meir resulta un *müj*er y Paul Bourget un *grän* escritör. Xul fue un espíritu generoso que dejó su genio en la conversación, y al que muchos han plagiado sin confesarlo, como esos que roban a quien les da hospitalidad.

Que no seas capaz, como me decís, de escribir sobre "cualquier tema" es un buen indicio, no un motivo de desaliento. No creas en los que escriben sobre cualquier cosa. Las obsesiones tienen sus raíces muy profundas, y cuanto más profundas menos numerosas son. Y la más profunda de todas es quizá la más oscura pero también la única y todopoderosa raíz de las demás, la que reaparece a lo largo de *todas* las obras de un creador verdadero: porque no te estoy hablando de los fabricantes de historias, de los "fecundos" fabricantes de teleteatros o de best-sellers a medida, esas prostitutas del arte. Ellos sí pueden elegir el tema. Cuando se escribe en serio, es al revés: es el tema que lo elige a uno. Y no debés escribir una sola línea que no sea sobre obsesión que te acosa, que te persigue desde las más oscuras regiones, a veces durante años. Resistí, esperá, poné a prueba esta tentación; no vaya a ser una tentación de la facilidad, la más peligrosa de todas las que deberás rechazar. Un pintor tiene lo que se llama "facilidad" para pintar, como un escritor para escribir. Cuidado con ceder. Escribí cuando no soportés más, cuando comprendás que te podés volver loco. Y entonces volvé a escribir "lo mismo", quiero decir volvé a indagar, por otro camino, con recursos más poderosos, con mayor experiencia y desesperación, en lo mismo de siempre. Porque, como decía Proust, la obra de arte es un amor desdichado que fatalmente

presagia otros. Los fantasmas que suben desde nuestros antros subterráneos, tarde o temprano se presentarán de nuevo, y no es difícil que consigan un trabajo más adecuado para sus condiciones. Y los planes abandonados, los bocetos abortados, volverán para encarnarse menos defectuosamente.

Y no te preocupés por lo que te puedan decir los astutos, los que se pasan de inteligentes: que siempre escribís sobre lo mismo. Claro que sí! Es lo que hicieron Van Gogh y Kafka y todos los que deben importar, los severos (pero cariñosos) padres que cuidan de tu alma. Las obras sucesivas resultan así como las ciudades que se levantan sobre las ruinas de las anteriores: aunque nuevas, materializan cierta inmortalidad, asegurada por antiguas leyendas, por hombres de la misma raza, por crepúsculos y amaneceres semejantes, por ojos y rostros que retornan, ancestralmente.

Por eso es estúpido lo que suele creerse de los personajes. Habría que responder por una sola vez, con arrogancia, "Madame Bovary soy yo", y punto. Pero no es posible, no te será posible: cada día vendrá alguien para inquirir, para preguntarte, si ese personaje salió de aquí o de allá, si es el retrato de esta o aquella mujer, si en cambio vos estás "representado" por ese hombre que por ahí parece un melancólico espectador. Ya eso forma parte del manoseo a que me referí antes, del infinito y casi laberíntico malentendido que es toda obra de ficción.

Los personajes! En un día del otoño de 1962, con la ansiedad de un adolescente, fui en busca del rincón en que había "vivido" Madame Bovary. Que un chico busque los lugares en que padeció un personaje de novela es ya asombroso; pero que lo haga un novelista, alguien que sabe hasta qué punto esos seres no han existido sino en el alma de su creador demuestra que el arte es más poderoso que la reputada realidad.

Así, cuando desde lo alto de una colina de Normandía divisé por fin la iglesia de Ry, mi corazón se oprimió: por el enigmático poder de la creación literaria aquella aldea alcanzaba la cumbre de las pasiones humanas y también sus simas más tenebrosas. Allí había vivido y sufrido alguien que, de no haber sido animado por el poderoso y atormentado espíritu de un artista, habría pasado de la nada a la nada, como tantos otros; del mismo modo que un médium insignificante, en el momento de trance, poseído por espíritus más grandes que él, dice palabras y es convulsionado por pasiones que su pequeña alma habría sido incapaz de sentir.

Dicen que Flaubert visitó aquella aldea, que vio gentes del lugar, que entró en la farmacia donde su personaje un día compraría el veneno. Me imagino cuántas veces sentado en lo alto de una de aquellas colinas, quizá en el mismo lugar donde me detuve a contemplar por primera vez aquel pueblo insignificante, habrá meditado sobre la vida y la muerte, a propósito de aquella criatura que estaba destinada a encarnar muchas de sus propias tribulaciones. Esa dulce y amarga

voluptuosidad de imaginar un destino nuevo: *si* él hubiese sido mujer; *si* hubiera estado desposeído de otros atributos (cierto amargo cinismo, cierta feroz lucidez); *si*, en fin, en lugar de novelista hubiese estado condenado a vivir y morir como una pequeña burguesa de provincia.

Pascal afirma que la vida es una mesa de juego, en la que el destino pone nuestro nacimiento, nuestro carácter, nuestra circunstancia, que no podemos eludir. Sólo el creador puede apostar otra vez, al menos en el espectral mundo de la novela. No pudiendo ser locos o suicidas o criminales en la existencia que les tocó, al menos lo son en esos intensos simulacros.

Cuántas ansiedades propias iba a encarnar en el cuerpo de aquella pobre romanticona de aldea. Imaginemos por un instante su sombría infancia en aquel Hôtel-Dieu, en aquel hospital de Rouen. Lo estuve observando con atención, con temblorosa meticulosidad. El anfiteatro daba al jardín del ala que ocupaba su familia. Trepado a la reja con sus hermanas, fascinado, Gustave contemplaba aquellos cadáveres podridos. Allí, en aquel momento, habrá para siempre prendido en su alma esa ansiedad por el tránsito del tiempo, allí se habrá grabado macabra y sórdidamente ese mal metafísico que mueve a casi todos los grandes creadores a rescatarse por el arte: la sola potencia que parece salvarnos de la transitoriedad y de la inevitable muerte: *que j'ai gardé la forme et l'essence divine de mes amours décomposés...*

Tal vez desde aquella verja, observando la corrupción, Gustave se hizo aquel niño tímido y reconcentrado que dicen que fue: distante e irónico, arrogante, con la conciencia de su precariedad pero también de su poderío. Leé sus mejores obras, no esos muestrarios de epítetos, esas aburridas joyerías de palabras, sino las páginas más duras de esa despiadada novela, y advertirás que es aquel niño a la vez sensible y desilusionado el que describe la crueldad de la existencia con una especie de rencoroso placer. La melancolía y la tristeza son el telón de fondo. El mundo le repugna, lo hiere, lo fastidia: arrogantemente, decide hacer otro, a su imagen y semejanza. No hará la competencia al estado civil, como, con candorosa injusticia hacia su propio genio, pretendió Balzac, sino al mismo Dios. Para qué crear si esta realidad que nos fue dada nos satisface? Dios no escribe ficciones: nacen de nuestra imperfección, del defectuoso mundo en que nos obligaron a vivir. Yo no pedí que me nacieran, ni vos: nos trajeron a la fuerza.

Y no vayas a creer que Flaubert escribió la historia de aquella pobre diabla, porque se lo pidieron: escribió porque tuvo la súbita intuición de que en aquella historia policial podía escribir su propia y secreta historia policial, ridiculizándose a sí mismo con la crueldad con que sólo un gran neurótico puede hablar de su yo, caricaturizándose en aquella insignificante neurótica de provincia, que, como él, amaba los países lejanos y los lugares remotos. Releé el capítulo VI y lo verás a él en ese

gusto por *otros* tiempos y sitios, por viajes y sillas de posta, con raptos y mares exóticos: la ilusión romántica en toda su pureza, tal como aquel chico encaramado en la verja la sintió para siempre. El tema de su novela es así el de su propia existencia, el distanciamiento cada día mayor entre su vida real y su fantasía. Los sueños convertidos en torpes realidades, los amores sublimes transformados en irrisorios lugares comunes. Qué podía hacer la pobre infeliz sino suicidarse? Y con ese sacrificio de aquella pobrecita, de aquella desamparada, de aquella ridícula romántica de pueblo, Flaubert (tristemente) se salva.

Se salva... Es manera de decir, es una manera apresurada de ver las cosas, como nos pasa siempre, en cuanto nos descuidamos. Yo sé, en cambio, lo que con lágrimas en los ojos habría murmurado mi madre, pensando no ya en Emma sino en él, en el pobre y sobreviviente Flaubert: "Que Dios lo ayude!"

El choque del alma romántica con el mundo asume así su sarcástica disonancia, con sádica furia. Para destruir o para ridiculizar sus propias ilusiones monta la escena de la feria, caricatura de la existencia burguesa: allá abajo, los discursos municipales; arriba, en la ventana del sórdido cuarto de hotel, la otra retórica, la de Rodolphe, que enamora a Emma con frases hechas. La atroz dialéctica de la trivialidad, con que el romántico Flaubert, con horrorosas muecas, se mofa del falso romanticismo, como un espíritu religioso puede llegar a vomitar en una iglesia repleta de beatos. Ahí lo tenés a Flaubert. El patrono de los objetivistas!

Y te ruego, dicho sea de paso, que no vuelvas a mencionar esa palabra: más o menos como venirme a hablar del subjetivismo de la ciencia. Tené el orgullo de pertenecer a un continente que en países tan pequeños y desvalidos, como Nicaragua y Perú, ha dado poetas tan gigantescos como Darío y Vallejo. De una vez por todas, seamos nosotros mismos! Que el señor Robbe-Grillet no nos venga a decir cómo hay que hacer una novela. Que nos deje en paz. Y, sobre todo, que chicos de talento como vos dejen de una vez de escuchar con respeto sagrado lo que nos ordena esta cruz de bizantinos y terroristas. Si los bárbaros tuvieron tan grandes creadores fue precisamente porque estaban lejos de esas cortes de exquisitos: pensá en los rusos, en los escandinavos, en los norteamericanos. Olvidate, pues, de esas órdenes que vienen desde París, vinculadas a perfumes y modas en la vestimenta.

Objetivismo en el arte! Si la ciencia puede y debe prescindir del yo, el arte no puede hacerlo, y es inútil que se lo proponga como un deber. Esa "impotencia" es precisamente su virtud. Palabra más o menos, Fichte decía que los objetos del arte son creaciones del espíritu, y Baudelaire consideraba al arte como una magia que involucra al creador y al mundo. Esas misteriosas grutas que habitan las criaturas de Leonardo, esas azulinas y enigmáticas dolomitas que entrevemos, como en un

fondo submarino, detrás de sus ambiguos rostros, qué son sino la expresión del espíritu de Leonardo?

Hartos de la pura emoción y fascinados por la ciencia, se quiso que el novelista describiera la vida de los hombres como un zoólogo las costumbres de las hormigas. Pero un escritor profundo no puede meramente describir la existencia de un hombre de la calle. En cuanto se descuida (y siempre se descuida) aquel hombrecito empieza a sentir y pensar como delegado de alguna parte oscura y desgarrada del creador. Sólo los escritores mediocres pueden escribir simple crónica y describir fielmente (qué palabra hipócrita!) la realidad externa de una época o de una nación. En los grandes, su potencia es tan arrolladora que no pueden hacerlo aunque se lo propongan. Nos dicen que Van Gogh quería copiar los cuadros de Millet. No podía, claro: le salían sus terribles soles y árboles, árboles y soles que no son otra cosa que la descripción de su espíritu alucinado. No importa lo que Flaubert haya escrito sobre la necesidad de ser objetivo. En alguna parte de su correspondencia nos dice, en cambio, que se ha paseado por el bosque en un día de otoño, sintiendo que era un hombre y su amante, el caballo y las hojas que pisaba, el viento y lo que aquellos enamorados se decían. Mis personajes me persiguen —decía—, o más bien soy yo mismo que estoy en ellos.

Surgen desde el fondo del ser, son hipóstasis que a la vez representan al creador y lo traicionan, porque pueden superarlo en bondad y en iniquidad, en generosidad y en avaricia. Resultando sorprendentes hasta para su propio creador, que observa con perplejidad sus pasiones y vicios. Vicios y pasiones que pueden llegar a ser exactamente los opuestos a los que ese pequeño dios semipoderoso tiene en su vida diaria: si es un espíritu religioso, verá surgir ante sí un ateo enardecido; si es conocido por su bondad o por su generosidad, advertirá en alguno de sus personajes extremas actitudes de maldad o mezquindad. Y, lo que todavía es más asombroso, hasta es probable que sienta una retorcida satisfacción.

Madame Bovary c'est moi, claro. Pero también lo eran Rodolphe, con su cínica incapacidad para aguantarse ese romanticismo de su amante. Y el pobre Bovary, y también ese M. Homais, ese ateo de botica; porque a fuerza de ser un desesperado romántico, a fuerza de buscar el absoluto y no encontrarlo, Flaubert puede comprender muy bien el ateísmo y también esa especie de ateísmo del amor que profesa el canallita de Rodolphe.

Contemporáneos de Balzac nos dicen (con esa gozosa complacencia con que los pequeños se sienten agrandados al descubrir las pequeñeces de los gigantes) que el "verdadero" Balzac era vulgar y vanidoso, como si quisieran hacernos creer que sus grandes criaturas son las simples fantasías de un mitómano. No: son las más genuinas emanaciones de su espíritu, para bien y para mal. Y hasta los castillos y paisajes que elige para sus ficciones son símbolos de sus obsesiones. Stephen

Dedalus, en el RETRATO, nos asegura que el artista, como el Dios de la Creación, queda por encima de su obra, indiferente, arreglándose las uñas. Irlandés macaneador! Por lo que sabemos de este genio, tanto esa obra como el ULYSSES no son sino la proyección del propio Joyce: de sus pasiones, de su drama, de su tragicomedia personal, de sus ideas.

El creador está en todo, no sólo en sus personajes. Elige el drama, el lugar, el paisaje. En LA REPÚBLICA, Platón afirma que Dios creó el arquetipo de la mesa, el carpintero crea un simulacro de ese arquetipo, y el pintor un simulacro de ese simulacro. Esa es la única posibilidad de un arte imitativo: un desvanecimiento al cubo. Mientras que el gran arte es una vigorización. No la imitación de la burda mesa del carpintero sino el descubrimiento de la realidad a través del alma del artista.

De modo que, cuando en aquel otoño de 1962, desde lo alto de una colina, con el corazón encogido, contemplé la pequeña iglesia de Ry; cuando callado y tembloroso entré en lo que había sido la farmacia de M. Homais; cuando miré el sitio en que la pobre Emma tomaba, anhelante y patética, la diligencia que la llevaba a Rouen, no era ni una iglesia, ni una farmacia, ni una calle de aldea lo que estaba viendo: eran los fragmentos de un espíritu inmortal, que sentía a través de esos meros objetos del mundo exterior.

Lunes a la noche

Pasé un día malo, querido B., me están sucediendo cosas que no puedo explicar, pero mientras tanto y por eso mismo trato de aferrarme a este universo diurno de las ideas. La tentación del universo platónico! Más grande es el tumulto interior, más tremendas son las presiones que nos acosan, más nos sentimos inclinados a buscar un orden en las ideas. Siempre me pasó eso, pero debería decir que siempre pasa eso. Fijate en el célebre griego armonioso con que nos llenaron la cabeza en el colegio secundario: es un invento del siglo XVIII, y forma parte de ese arsenal de los lugares comunes en que encontrarás también la flema de los británicos y el espíritu de medida de los franceses. Las mortíferas y angustiosas tragedias griegas bastarían para aniquilar esa tontería si no tuviéramos pruebas más filosóficas, y particularmente la invención del platonismo. Cada uno busca lo que no tiene, y si Sócrates busca la Razón es precisamente porque la necesita con urgencia contra sus pasiones: todos los vicios se leían en su cara, recordarás? Sócrates inventó la

Razón porque era un insensato y Platón repudió al arte porque era un poeta. Lindos antecedentes para estos propiciadores del Principio de Contradicción! Como ves, la lógica no sirve ni para sus inventores.

Conozco bien esa tentación platónica, y no porque me la hayan contado. La sufrí primero cuando era un adolescente, cuando me encontré solo, masturbándome en una realidad sucia y perversa. Entonces descubrí ese paraíso, como alguien que se ha arrastrado por un estercolero encuentra un transparente lago donde limpiarse. Y muchos años más tarde, cuando en Bruselas pensé que la tierra se abría bajo mis pies, cuando aquel muchacho francés que después moriría en manos de la Gestapo me confesó los horrores del stalinismo. Huí a París, donde no sólo pasé hambre y frío en el invierno de 1934 sino la desolación. Hasta que encontré a aquel portero de la École Normale de la rue d'Ulm que me hizo dormir en su cama. Cada noche tenía que entrar por una ventana. Robé entonces en Gibert un tratado de cálculo infinitesimal, y todavía recuerdo el momento en que mientras tomaba un café caliente abrí temblorosamente el libro, como quien entra en un silencioso santuario después de haber escapado, sucio y hambriento, de una ciudad saqueada y devastada por los bárbaros. Aquellos teoremas fueron recogíendome como delicadas enfermeras recogen el cuerpo de alguien que puede tener quebrada la columna vertebral. Y, poco a poco, por entre las grietas de mi espíritu destrozado, empecé a vislumbrar las bellas y graves torres.

Permanecí en aquel reducto del silencio mucho tiempo. Hasta que me descubrí un día escuchando (no oyendo, sino escuchando, ansiosamente escuchando) el rumor de los hombres, allá fuera. Empezaba a sentir la nostalgia de la sangre y de la suciedad, porque es la única forma en que podemos sentir la vida. Y qué puede reemplazar a la vida, aun con su pena y su finitud? Quiénes y cuántos se suicidaron en los campos de concentración? Así estamos hechos, así pasamos de un extremo al otro. Y en estos amargos tiempos finales de mi existencia, en varias ocasiones volvió a tentarme aquel territorio absoluto, jamás pude ver un observatorio sin sentir la inversa nostalgia del orden y la pureza. Y aunque no deserté de esta batalla con mis monstruos, aunque no cedí a la tentación de reingresar a un observatorio como un guerrero a un convento, a veces lo hice vergonzantemente, refugiándome en las ideas sobre la ficción: a medio camino entre el furor de la sangre y el convento.

sábado

Me hablaste de eso que salió en la revista colombiana. Es el género de calamidades que un día te harán caer los brazos con desaliento o gritar con indignación. Son los escombros de la entrevista. Extirpada la más importante parte de mis ideas, nada tiene que ver conmigo. Sabés lo que hicimos una vez con mi amigo Itzigsohn, en mis tiempos de estudiante? Una refutación de Marx con frases de Marx.

Por lo que veo, estás atravesando una crisis por cuestiones que hoy se plantea la literatura latinoamericana. Y, ya que me lo preguntás, debo rectificar las casi cómicas afirmaciones que allí aparezco balbuceando. He dicho siempre que las novedades de forma *no son indispensables* para una obra artísticamente revolucionaria, como lo demuestra el ejemplo de Kafka; y que *tampoco bastan*, como lo demuestra tanta cosa cometida por manipuladores de signos de puntuación y técnicas de encuadernación. Quizá no sea desacertado comparar la obra literaria con el ajedrez: con las remanidas piezas de siempre, un genio lo renueva. Es *la obra entera* de K. lo que constituye un nuevo lenguaje, no su clásico vocabulario y su apacible sintaxis.

Leíste el libro de Janouch? Deberías leerlo, porque en épocas de charlatanismo como ésta conviene volver de vez en cuando la mirada a santos como K. o Van Gogh: no te engañarán nunca, te ayudarán a enderezar tu rumbo, te obligarán (moralmente) a retomar una actitud grave. En una de esas conversaciones, K. le habla a Janouch del virtuoso, que se eleva por encima del tema con facilidad de prestidigitador. Pero la genuina obra de arte, le advierte, no es un acto de virtuosismo sino un nacimiento. Y cómo podría hablarse de una parturienta que pare con virtuosismo? Eso es patrimonio de comediantes, que parten del punto en que el verdadero artista se detiene. Esos individuos, sostiene, conjuran con palabras una magia de salón; mientras que un gran poeta no trafica con las emociones: sufre la visionaria tensión del hombre con su destino.

Estas advertencias son aún más convenientes para nosotros, los españoles y latinoamericanos, siempre propensos al verbalismo y el macaneo. Recordás cuando Mairena ironiza sobre "los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa"? Ahora suelen reaparecer con el cuento de la vanguardia. Borges, que no puede ser sospechado de desdeñar el idioma, dice de Lugones que "su genio fue eminentemente verbal", y el contexto revela el sentido peyorativo de esa valoración. Y de Quevedo, que "fue el más grande artífice de la lengua", para agregar "pero Cervantes...", así, con tres melancólicos puntos suspensivos. Si tenés presente que él ha buscado durante días el epíteto óptimo (lo ha declarado), concluirás conmigo que en esas confutaciones hay mucho de dolorosa autocrítica, por lo menos al preciosismo que en él convive al lado de sus virtudes; tendencias que precisamente son las que elogian (y caricaturizan) sus imitadores, cuando él

mismo las está rebajando en esas laterales lamentaciones. Es que un gran escritor no es un artífice de la palabra sino un gran hombre que escribe y él lo sabe. Si no, cómo preferir el bárbaro Cervantes al virtuoso Quevedo?

Machado admiró en su hora a Darío, al que calificó de maestro incomparable de la forma, para años después llamarlo "gran poeta y gran corruptor", por la nefasta influencia que tuvo sobre los papanatas que sólo mostraron y multiplicaron sus defectos. Hasta llegar al frenesí verbal, a la hinchazón grotesca y a la caricatura: que es el castigo que el dios de la literatura tiene para esos escolares. Pensá en Vargas Vila, en su delirante fonorrea: el descendiente tarado de un fundador de dinastía.

Hay una reiterada dialéctica entre la vida y el arte, entre la verdad y el artificio. Una manifestación de aquella enantiodromia de Heráclito: todo marcha hacia su contrario en el mundo del espíritu. Y cuando la literatura se vuelve peligrosamente literaria, cuando los grandes creadores son suplantados por manipuladores de vocablos, cuando la gran magia se convierte en magia de music-hall, sobreviene un impulso vital que la salva de la muerte. Cada vez que Bizancio amenaza terminar con el arte por exceso de sofisticación, son los bárbaros los que vienen en su ayuda: los de la periferia, como Hemingway, o los autóctonos, como Céline: tipos que entran a caballo, con sus lanzas ensangrentadas, en los salones donde marqueses empolvados bailan el minué.

No. Cómo habría podido cometer las precariedades de ese reportaje? No negué la renovación del arte: dije que debemos ponernos en guardia contra varias falacias, y sobre todo contra el calificativo de "nuevo", probablemente el que más semantemas falsos acarrea. En el arte no hay progreso en el sentido que existe para la ciencia. Nuestra matemática es superior a la de Pitágoras, pero nuestra escultura no es "mejor" que la de Ramsés II. Proust hace una caricatura de una mujer que de puro avanzada consideraba que Debussy era mejor que Beethoven, nada más que porque llegó después. En el arte no hay tanto progreso como ciclos, ciclos que responden a una concepción del mundo y de la existencia. Los egipcios no esculpían esas monumentales estatuas geométricas porque fueran incapaces de naturalismo; como lo prueban las figuras de esclavos encontradas en la tumbas; es que para ellos "la verdadera realidad" era la del más allá, donde el tiempo no existe, y lo que más se parece a la eternidad es la hierática geometría. Imaginé el momento en que Piero della Francesca introduce la proporción y la perspectiva: no es un "progreso" respecto al arte religioso: es nada más que la manifestación del espíritu burgués, para el cual "la verdadera realidad" es la de este mundo, el espíritu de gente que cree más en un pagaré que en una misa, en un ingeniero más que en un teólogo.

De ahí el peligro de la palabra "vanguardia" en el arte, sobre todo cuando se la aplica a estrictos problemas de forma. Qué sentido tiene decir que la escultura naturalista de los griegos es un progreso respecto a aquellas estatuas geométricas? Por el contrario, en el arte suele darse que lo antiguo resulta de pronto revolucionario, como pasó en la Europa hipercivilizada con el arte negro o polinesio. Atención, pues, con ese fetichismo de lo "nuevo". Cada cultura tiene un sentido de la realidad, y dentro de ese ciclo cultural, cada artista. Lo nuevo para Kafka no es lo que por nuevo entendía John dos Passos. Cada creador debe buscar y encontrar su propio instrumento, el que le permite decir realmente *su* verdad, *su* visión del mundo. Y aunque inevitablemente todo arte se construye sobre el arte que lo ha precedido, si el creador es genuino hará lo que le es propio, a veces con empecinamiento casi risible para los que siguen las modas. No te hagas mala sangre: eso rige para vestidos o peinados, no para novelas o catedrales. Sucede, también, que es más fácil advertir lo novedoso en lo externo, por lo cual impresionó más John dos Passos que Kafka. Pero, como te dije, es la obra entera de K. lo que constituyó un nuevo lenguaje. Ya en aquel romanticismo alemán hubo un teólogo llamado Schleiermacher, que consideraba la adivinación del conjunto como previa al examen de las partes, que es más o menos lo que ahora dicen los estructuralistas. Es la totalidad lo que le confiere un sentido nuevo a cada frase y hasta a cada palabra. Alguien observó que cuando Baudelaire escribe "En otra parte, muy lejos de aquí!", un vocablo como "aquí" escapa a su trivialidad en la perspectiva que Baudelaire tiene de la condición terrenal del hombre; el signo vacío, en apariencia desprovisto de vocación poética, es valorizado por el aura estilística de la obra entera. Y en cuanto a K., basta pensar en las infinitas reverberaciones metafísicas y teológicas que hace emanar de una palabra tan desgastada, de un cliché de procuradores como "proceso"...

No es entonces que no acepte las novedades: no acepto que me mistifiquen, que no es lo mismo. Y además sucede que cada día menos soporto la frivolidad en el arte, y sobre todo cuando se lo mezcla con la Revolución. (Observá, de paso, que las palabras suelen empezar en mayúscula, la triste experiencia las rebaja a la minúscula, para terminar finalmente, a más tristes experiencias, entre comillas.) Que una mujer esté a la moda, es natural; que lo haga un artista, es abominable.

Mirá lo que pasa en la plástica. Con dramáticas excepciones, se ha convertido en un arte de élites en el peor sentido, en una especie de irónico rococó semejante al que dominaba los salones del siglo XVII. Es decir, lejos de ser un arte de vanguardia es un arte de retaguardia! Y, como siempre sucede en esas condiciones, un arte menor: sirve para divertir, para pasar el rato, entre guiñadas de los que están en la cosa. En aquellos salones se reunían señores hartos de la vida, para chismorrear y para tomarlo todo en joda. Se elaboraban acrósticos ingeniosos, epigramas y

juegos de palabras, parodias de la ENEIDA, se proponían temas y había que hacer versos. Una vez se hicieron 27 sonetos sobre la (hipotética) muerte de un loro. Una actividad que es al gran arte como los fuegos artificiales al incendio de un orfanato. Musique de table, nada que perturbara la digestión. La gravedad era ridiculizada, el ingenio suplantaba al genio, que siempre es de mal gusto. Mientras la pobre gente se moría de hambre o era torturada en las mazmorras, un arte de esa naturaleza sólo puede ser considerado como una perversidad del espíritu y putrefacta decadencia. Hay que decir en defensa de aquella raza, sin embargo, que no se consideraban paladines de la Revolución que se venía. Hasta en eso tenían buen gusto, lo que no puede decirse de los que hoy hacen lo mismo. Aquí, sin ir más lejos, en Buenos Aires, jóvenes que se pretenden revolucionarios (que al menos se pretendían en ese momento: es probable que ya tengan buenos empleos y se hayan casado honorablemente) recibieron con alborozo el proyecto de una novela que podría leerse de adelante para atrás o de atrás para adelante. Hablan de las masas y de las villas miseria, pero, como aquellos marqueses, son podridos y decadentes exquisitos. En la última bienal de Venecia alguien expuso un mongoloide en una silla sobre una tarima. Cuando se llega a esos extremos, se comprende que nuestra entera civilización se derrumba.

Ya ves contra qué clase de novedades hablé con ese señor de la entrevista. Creyó que era un reaccionario porque tenía ganas de vomitar. Pero es frente a esta Academia de la Antiacademia cuando necesitarás quizá recurrir de nuevo a ese coraje de que te hablé desde el comienzo, fortaleciéndote con el recuerdo de los grandes desventurados del arte, como Van Gogh, que sufrieron el castigo de la soledad por su rebeldía mientras estos seudorrebelde son mimados por las revistas especializadas, viven fastuosamente a costa del pobre burgués que insultan y fomentados por esa sociedad de consumo que pretenden combatir y de la que terminan siendo sus decoradores.

Entonces se reirán de vos. Pero vos mantenete firme y recordá que "ce qui paraîtra bientôt le plus vieux c'est qui d'abord aura paru le plus moderne".

De este modo quizá no seas un escritor de tu tiempito, pero serás un artista de tu Tiempo, del apocalipsis del que de alguna manera deberás dejar tu testimonio, para salvar tu alma. La novela se sitúa entre el comienzo de los tiempos modernos y su fin, corriendo paralelamente a la creciente profanación (qué significativa palabra!) de la criatura humana, a este pavoroso proceso de desmitificación del mundo. Y por eso terminan en la esterilidad los intentos de juzgar la novela de hoy en términos estrechamente formales: hay que situarla en esta formidable crisis total del hombre, en función de este gigantesco arco que empieza con el cristianismo. Porque sin el cristianismo no habría existido la conciencia intranquila, sin la técnica que caracteriza a estos tiempos modernos no habría habido ni desacralización ni

inseguridad cósmica ni soledad ni alienación. De este modo, Europa inyectó en el relato legendario o en la simple aventura épica la inquietud psicológica y metafísica, para producir un género nuevo (ahora sí que debemos emplear ese calificativo!) que tendría como destino la revelación de un territorio fantástico: la conciencia del hombre.

Dijo Jaspers que los grandes dramaturgos griegos ofrecían un saber trágico, que no sólo emocionaba a sus espectadores sino que los transformaba, convirtiéndose así en educadores de su pueblo. Pero luego, sostiene, ese saber trágico se transmutó en fenómeno estético, y tanto el poeta como su auditorio abandonaron su grave actitud primigenia para proporcionar imágenes sin sangre. Esto no es cierto, porque una obra como EL PROCESO no es menos grave que EDIPO REY. Pero es cierto, en cambio, para el arte que en cada momento de refinamiento se convirtió en simple manifestación del esteticismo y del bizantinismo. Es a la luz de esta doctrina que debés enjuiciar la literatura de nuestro continente.

ESOS SUEÑOS ME VOLVERÁN LOCA

le decía, mirándolo fijamente, como intentando descifrar sus designios callados. Sí, sí, le respondía, ya me ocuparé, no tengas miedo.

El homúnculo la miraba desde su frasco, con expresión pavorosa. Había que dejarlo salir? Pero y el gusano negro, el diablo negro que saltaba hacia la cara de M. cuando Ricardo operaba su vientre?

Las dos posibilidades eran temibles, y sus vacilaciones se eternizaban. Mientras tanto, los papeles de R. aparecían misteriosamente, como negros sarcasmos que llegaban desde escondrijos recónditos. Los "dejaba" en lugares inesperados, pero que seguramente él tendría tarde o temprano que visitar o escrutar. Ahí estaban, por ejemplo, esas pocas palabras, venenosas, con su letra irregular, casi ininteligible: "Andá a juntarte con el matrimonio Sartre-Simone de Beauvoir. Buena gente".

DIFERENTES CLASES DE DIFICULTADES

Comenzará a escribir al día siguiente. Es una decisión fundada y viene acompañada de cierta animación. Sale a caminar en un estado favorable y aunque por el lado del poniente ve el dibujo de una nube que no sabe bien por qué vuelve a desasosegarlo, olvida el incidente y una vez en el centro recorre la calle Uruguay, cerca de los Tribunales, examinando las vidrieras que siempre despiertan su interés, acaso suscitado por recuerdos de infancia: con mucho cuidado, tratando de no perder detalles, las recorre de modo sistemático, ya que es fácil perderse por la cantidad abigarrada de objetos: lápices de colores, gomas de pegar, cintas scotch de diferente tamaño y colorido, compases, abrochadores japoneses, lupas. Son varias papelerías y el recorrido le produce una cierta euforia que juzga de buen signo para la tarea que ha de recomenzar al día siguiente. Luego toma un café en EL FORO, compra LA RAZÓN y lee con cuidado las noticias, empezando desde atrás, ya que, según ha comprobado a lo largo de su vida, los diarios y revistas están hechos al revés, y las cosas más interesantes están siempre en las últimas páginas. Esa noche se duerme con un sentimiento que si bien no es de alegría se parece a la alegría: la misma relación que puede haber entre el color de un malvón y su recuerdo. Cuando se despierta siente un fuerte dolor en el brazo izquierdo, que le impide usarlo. Imposible hacer nada con la máquina.

Al cabo de una semana y pico el dolor se hace tolerable, pero entonces llega el Profesor Dr. Gustav Siebenmann, de la Universidad de Erlangen.

Cuando se va el profesor, se ha acumulado tanta correspondencia que decide dedicar dos o tres días a su respuesta, para no tener interferencias en el momento de escribir. Y está por terminar esa tarea cuando recibe una carta del doctor Wolfgang Luchting que le detalla sus últimos problemas con la doctora Schlüter, a propósito de la traducción. Qué debe hacer? Personalmente, él, Luchting, opina que debe cambiarse de traductor.

No es tanto el trabajo de allanar esas dificultades, las cartas que debe escribir a Luchting y a la doctora Schlüter para suavizar la situación, sino la certeza de que *algo* vuelve aviesamente a interponerse en su proyecto. Con todo, pero ya con esfuerzo, comienza a escribir. Momento en que Noemí Lagos le telefona para decirle que Alfredo dice que alguien le dijo que G. dijo (dónde, cómo) que él, Sabato, ha dicho no sé qué cosa, de modo que Noemí opina que él debe aclarar (pero a quién, cuándo, de qué manera?) que tal versión es inexacta.

Se sume en una depresión que dura varios días, durante los cuales piensa que a) no vale la pena explicar a G. nada de algo que no ha expresado, b) que no vale la pena explicar nada a nadie sobre ningún asunto, presente, pasado o futuro, c) que es mejor no ser persona pública y d) que lo mejor de todo sería no haber nacido en absoluto. Programa tan vasto y difícil de llevar a cabo, sobre todo lo del no

nacimiento, que al ser formulado lo hunde más en la depresión que comenzó a anunciarse con el dolor en el brazo. Pero las cosas no terminan ahí, como ya lo tenía previsto, en virtud de una larga experiencia:

Después de innumerables tanteos y fracasos, elegido que fue el señor Ralph Morris para la tarea de traducir HÉROES Y TUMBAS al inglés, y después de casi diez años de conflicto con Heinemann de Londres, por el mismo asunto, resulta que la muestra aprobada no fue hecha por dicho señor Morris, como lo revelan los capítulos que va enviando. Hay que rechazarlo. Pero, y el contrato con HOLT & RINEHART? El asunto Heinemann retardó diez años la salida del libro en inglés y ahora este otro amenaza con retardar varios años más su salida en New York. Mientras cavila en la posibilidad de que todo esto tenga que ver con los Ciegos (uno de los que intervino como entusiasta lector de la prueba de Morris se llama Augen!) se producen innumerables cartas de:

Sabato a Morris

Morris a Holt

Holt a Morris y Sabato

Morris a Sabato y Holt

que después de turbias, molestas y tristes negociaciones terminan con la tarea, y con la promisoría amistad, del señor Morris, con la versión en un tiempo que no puede calcularse y con parte de la confianza de los editores Holt, que ahora piensan, seguramente, que *nadie* podrá traducir esa novela al inglés.

En el transcurso de este proceso, el profesor Egon Pavelic le confirma que la traducción servo-croata del doctor Schwarz tiene defectos groseros y en muchos casos demoledores. Sabato hace saber en parte las observaciones de Egon Pavelic a la editorial ATENEUM, la editorial hace conocer, evidentemente, esas observaciones al señor Stefan Andric, quien inmediatamente pone en marcha una poderosa maquinaria de cartas a críticos, periodistas, profesores y amigos sobre su versión, sus méritos literarios y personales, sus sacrificios y su dedicación, así como sobre los defectos morales, intelectuales y físicos del señor Sabato.

Casi al mismo tiempo, el doctor Luchting manda una nueva requisitoria contra la editorial, y amenaza con abandonar la traducción de los ensayos si LIMES no cede en sus exigencias. Cartas correlativas de Sabato a Luchting y a la doctora Schlüter, aclaraciones, recriminaciones bilaterales y trilaterales, entre el Dr. Luchting y la editora, entre la editora y el autor, entre el autor y del Dr. Luchting y entre éste y la editora, en el curso de varias semanas, que para Sabato se complica con el entierro de K., una reunión en casa de Besaldúa, donde P. afirma que Sabato ha olvidado definitiva y significativamente a sus amigos, una tremenda discusión a causa de algo que H. dice que G. dijo a propósito de la aclaración que Sabato se negó a hacer, una carta a la revista RAZÓN Y FÁBULA, de Bogotá, rectificando las

groseras deformaciones de un reportaje que accedió a hacer a un cierto sujeto de maneras afables, y finalmente un ataque de gota que le dura un par de semanas, al cabo del cual se promete que de cualquier modo, suceda lo que suceda, retomará su novela.

Pero entonces llega el estudiante Richard Ferguson, que está trabajando sobre su obra en la universidad de Washington.

No acaba de producirse ese hecho cuando debe encarar la revisión de sus obras completas para LOSADA y echar por lo menos una cortés mirada sobre el criptograma que le envía el señor Ahmed Moussa: la versión árabe de EL TÚNEL.

Mientras tanto hay que hacer o firmar declaraciones sobre:

la situación de los judíos en Rusia

las torturas

los presos políticos

la televisión argentina

el peronismo

el antiperonismo

los sucesos de París, Praga, Caracas, Ceilán

el problema palestino

al mismo tiempo que comienza una difícilísima correspondencia sobre la traducción al hebreo, en que se propone, se acepta y finalmente se rechaza después de difíciles alternativas al traductor que la editorial ha propuesto.

Momento en que llega un profesor de la universidad de McGill, Montreal, que da un curso sobre literatura hispanoamericana y quiere grabar una conversación.

Mientras se ha acumulado una nueva cantidad de correspondencia, mediante la cual debe rechazar, sin ofender, invitaciones de

la universidad de Santiago de Chile

el encuentro de escritores en Caracas

la Sociedad Hebraica de Rosario

la Comisión Cooperadora de la Escuela Industrial N° 3 de Córdoba

el Comité para la Preservación de Jerusalén

el Club de Roma

la Universidad Católica de Salta

la Revista de la Biblioteca Popular Almafuerite

la Asociación de Graduados de Lincoln (provincia de Buenos Aires)

el Instituto del Profesorado Mariano Moreno de Bell Ville

el Instituto de Letras de la Universidad de Cuyo

la Sociedad de Escritores de Río Cuarto

el Festival de Manizales, Colombia.

A algunos de los cuales les aduce que está sufriendo un inexistente ataque de gota, que por otra parte se produce apenas invocado. Ataque que le dura quince o veinte días y que es aprovechado para leer de una buena vez el QUIJOTE, prometiéndose que apenas salga del dolor se pondrá a escribir.

Proyecto que debe ser postergado por un hecho que le cae como un rayo en un día de sol: *alguien* quiere hablarle de un *asunto*, pero de un modo personal, por favor, no telefónicamente. Subraya esta condición. Un asunto? El desconocido da infinidad de vueltas hasta que debe aludir al motivo de la entrevista: algo vinculado con lo que ha escrito sobre los Ciegos. Caramba, cómo lo lamenta, pero no podrá reunirse para discutir ese asunto, por muchos motivos, pero principalmente porque él no puede ser responsable de lo que diga o haga uno de sus personajes. El Desconocido aparenta admitir el argumento, pero a los pocos días insiste en su pedido y habla circunstanciadamente con la empleada. Luego intenta dos veces más hablar con S., quien no lo atiende. Pero que a causa de ese llamado ha desistido nuevamente de su proyecto de escribir.

Se limita a permanecer sentado en su cuarto de trabajo, durante horas, mirando un rincón.

SEGUÍA SU MALA SUERTE, ERA EVIDENTE

pero no podía volverse atrás, así que se hundió en un sillón, jurándose que, pasara lo que pasare no intervendría. Los ojos de Beba despedían rayos lasser.

—Lo único que falta —gritaba— es que negués la videncia.

A lo que el Dr. Arrambide, ajustándose la corbata y estirando las mangas de su camisa azul, con su cara de permanente sorpresa, respondió que él quería hechos, no generalidades. *Hechos*, mis amigos. Además, todo dependía de lo que se entendiera por videncia: un radiólogo que descubre un tumor con rayos X, por ejemplo, ve cosas que otros no ven. Los ojitos de Beba fulguraron con acida ironía:

—Sos de las personas que eyaculan con sólo ver una foto de los hermanos Wright. Y ahora me venís con esa antigüedad de los rayos X.

—Te digo. Es un ejemplo. Tal vez ciertos sujetos emitan rayos que todavía no conocemos.

Sí, claro, típico. Acercándose amenazadoramente con su vaso de whisky, le exigió que concretase: creía en Saleme, sí o no. Arrambide se ajustó el nudo de la corbata, estiró las mangas de la camisa y respondió:

—Ese turquito? No sé... si vos lo afirmás...

No era cuestión de hacer ironías baratas! No lo afirmaba ella, lo sabía *todo* Buenos Ares. Pero él tenía la mentalidad de un lector de José Ingenieros y no creía más que en tibias, peronés y metacarpios, que era lo que llamaba hechos y todo lo demás era macaneo. Y además, tenía esa costumbre de negar lo que él PERSONALMENTE (dijo la palabra a gritos, casi encima de la cara del doctor) no hubiese visto. Así que para ser consecuente debía negar la existencia del Matto Grosso, ya que nunca había estado ahí. Sí o no?

El Dr. Arrambide retrocedió un poco porque casi no podía hablar con el vaso de la Beba encima.

—No veo por qué me haces contemporáneo de los hermanos Wright. Los chicos siempre piensan que un hombre de 50 años es viejísimo y tiene la obligación de recordar la llegada de la Infanta Isabel.

Como si esa reflexión confirmara sus presunciones, de acuerdo con la lógica privada de la Beba, concluyó:

—Entonces no creés en la videncia.

Arrambide se dirigió a S., que miraba el suelo. Lo intimó:

—Usted es testigo. Dígale a esta bacante si yo negué la posibilidad de la videncia.

S., sin levantar la vista, dijo que no.

—Ya lo ves. Ni creo ni dejo de creer. Si un caballero me prueba con *hechos* que es capaz de ver lo que hay en el cuarto de al lado, cómo no voy a admitirlo? Soy científico y estoy acostumbrado a admitir lo que me demuestren.

—Claro, claro! Es lo que decía, tenés que ver todo en persona. Si otros lo vieron, al doctor Arrambide no le consta *personalmente* y debe ponerlo en duda. Hay mucha gente que ha comprobado las videncias. Oí bien lo que te estoy diciendo: COMPROBADO!

—Habría que examinar con espíritu científico esos famosos testigos. Casi todos son mistificadores o infelices dispuestos a creer lo que le cuentan.

—Claro, Richet era un mistificador o uno de esos sonsos, no? Hace un momento hablaste de rayos X. Supongo que no me vas a decir ahora que Crookes era uno de éstos.

—Crookes? Por qué?

—Cómo por qué? No sabés que fue un estudioso de esos fenómenos?

—A qué edad?

—Cómo a qué edad? Qué sé yo a qué edad?

—Es muy importante. Pascal a los veinticinco años se volvió místico. Y no vas a garantizar cualquier gansada que haya dicho a los treinta y cinco años porque a los doce haya inventado una geometría. Si el viejucho Rockefeller me recomienda

invertir en un negocio con platos voladores, no voy a seguir su consejo nada más que porque a los treinta era un lince para la fabricación de dólares.

—Dejá de salirte por la tangente y decime si has sentido hablar de Saleme, sí o no.

—Es imposible vivir en Buenos Aires sin oír hablar de ese sujeto.

—Habrás oído entonces cosas bien concretas.

—Nada preciso.

—Ah, lo de Etcheverry tampoco te parece preciso.

—Lo de Etcheverry?

—Sí, la muerte de Etcheverry.

—Qué, se murió Etcheverry?

—Vamos, no te hagas ahora el hombre que vive en la Luna.

—Bueno, está bien. Qué es lo que predijo ese caballero.

—Te lo acabo de decir: la muerte de Etcheverry. Había cantidad de gente. No sé cómo fueron exactamente las cosas pero...

—Ya empezamos. Nunca se sabe EXACTAMENTE lo que pasó.

—Dejame hablar, pucha digo. En un momento dado, Etcheverry dijo algo irónico sobre Saleme. No sé si Saleme lo oyó o no...

—Si es vidente no necesita oírlo.

—Justamente: el turco se puso lívido y le dijo a uno que estaba al lado...

—Uno, uno... siempre lo mismo, siempre la misma imprecisión. Y después hablan de hechos. O dicen generalidades o cuentan cosas equivocadas, que todo el mundo trata de arreglar, con esa curiosa propensión a la ayuda que tienen cuando tratan de justificar a esos tipos. Te habla de un ropero gris. Y luego resulta que no era un ropero sino un placard, después "algo" que no es placard pero que se le parece. Pero no, pensándolo bien era una mesa con cajones, y no era gris sino color caoba. Etcétera. Pero todos están ansiosos porque el sujeto haya acertado y miran con resentimiento al pobre en cuestión, al examinado por ese Superman. Todos se apuran a justificarlo. Y al final no era ni un ropero, ni una mesa con cajones, ni gris ni caoba: era una linotipo, un jarrón chino...

Puede decirse que el doctor Arrambide estaba casi enojado. Se estiró las mangas de la camisa y se ajustó la corbata.

—Escuchá, aprendé al menos a escuchar, ya que pretendés tener espíritu científico. El turco se puso lívido y le comentó al que estaba al lado...

—Al que estaba al lado! Quién era? Cómo se llamaba ese caballero clave. Datos precisos, por favor. Cifras, nombres, fechas. No me vengán con generalidades.

—Qué sé yo quién era el que en ese momento estaba al lado. Pero hay varias personas que pueden testimoniar: Lalo Palacios, Ernesto mismo estaba ahí, no es cierto?

—Sí —admitió Sabato, siempre mirando el suelo.

—Bueno, está bien, admitamos esa primera vaguedad. Y qué le comentó Saleme a ese incierto caballero de nombre indefinido?

—Le dijo que Lalo no tendría mucho tiempo para reírse de él, porque dentro de muy poco moriría en un accidente de auto: esa misma tarde.

Beba miró al doctor Arrambide significativamente, pero su interlocutor pareció esperar la continuación. Con visible ironía, Beba agregó:

—Supongo que al menos sabrás eso. Que a Lalo lo mató un auto esa misma tarde. Sí o no?

—A Lalo Palacios lo mató un coche?

—Pero qué estás diciendo! Con vos no se puede hablar, sos de una mala fe inconmensurable. A Lalo Etcheverry, hombre. De quién estamos hablando?

—Me parece haberte oído mencionar a Lalo Palacios, hace un momento.

—Entonces lo admitís?

—Admitir qué?

—Te estoy diciendo que Saleme vaticinó que esa misma tarde, al salir de casa de Lou, Etcheverry moriría en un accidente de auto.

—Está bien, admito que Etcheverry murió en un accidente de auto. Pero cómo estamos seguros de que la muerte fue predicha?

—No te estoy diciendo que hubo cantidad de testigos?

—Recién me pareció entender que Saleme le dio esa noticia mortuoria, supongo que en voz adecuada, no a gritos, a un caballero que hasta este momento ha preferido permanecer de incógnito. Y al parecer sería el único testigo verdadero, no es así?

—Eso no lo sé. No sé si lo que comentó Saleme fue oído por otros, pero lo cierto es que después del accidente todo el mundo lo comentó.

—Después que Etcheverry murió? Conozco esa clase de jactancias de los videntes.

—Pero y el otro, el que lo oyó?

—El otro? Hasta ahora es tan misterioso que no me has podido dar su nombre. Además, puede ser un cómplice del turquito ese, o por lo menos uno de esos individuos que están siempre dispuestos a ayudar al presunto adivino. Quién sabe si Saleme no dijo algo por el estilo de qué barbaridad la forma en que últimamente se muere la gente en la calle.

—Si seguís hablando con tanta mala fe, Carlitos, mejor es que cambiemos de conversación. Ya me estás hartando. Te digo que había mucha gente allí, hasta Ernesto estaba.

—Está bien, sigamos. Te vas a poner muy nerviosa, vas a somatizar y después soy yo el que tiene que luchar con tus eccemas. Dale.

—Los que oyeron a Saleme quedaron impresionados y algunos decidieron acompañar a Lalo por lo menos a cruzar la Avenida.

—Momento.

-Qué.

—Una de dos: si ese turquito es adivino y dijo que iba a morir, cómo podían evitar lo que tenía que suceder? Y si no adivina de verdad, para qué tanto apuro en prevenirlo a Etcheverry?

—Escuchá, te digo. Los amigos salieron con Lalo sin decirle palabra, claro. El negro Echagüe y ese húngaro lo acompañaron a cruzar la Avenida para buscar el coche. Después se volvieron.

—No quiero ofender a ese interesante conjunto de amigos tuyos, pero tendrás que aceptar que no descuellan por su inteligencia.

—Por qué.

—El turquito había vaticinado que moriría esa tarde en un accidente de auto, no que lo arrollarían al salir de la casa.

—Exacto. Apenas lo dejaron a Lalo recordaron las palabras de Saleme, subieron a un auto y empezaron a correr. Después de unos diez minutos lo alcanzaron y el Peque empezó a tocar la bocina para llamarle la atención y hacerlo parar. Tal vez Lalo creyó que era alguien que quería pasarlo y no se dio vuelta. Hasta que se le pusieron a la par y entonces le gritaron que se detuviera. Lalo se asustó, empezó a hablar a gritos con ellos y por mirar al costado se llevó por delante una columna. Qué me decís?

—No es un hecho probatorio.

—¿Te parece poco?

—Hay varias explicaciones.

—Cuáles, por favor.

—Primera, que ese Saleme tenga influencia sobre la gente débil. Se quería vengar de la ironía de Lalo sobre él y lo llevó a la muerte.

—Según eso, los videntes no predicen el futuro: lo fabrican.

—Es una posibilidad. Pero hay otras. Que el atolondrado del Peque, porque no me vas a negar que el Peque es un atolondrado y que no había necesidad de ponerse a gritar como locos para asustar a un tipo que va por el bajo a cien kilómetros, ese taradito, como te digo, puede haber sido la única y verdadera causa de la muerte. Tal vez si tantos genios no se empeñan en salvarlo Lalo llega sano y salvo a San Isidro.

—Mirá: lo cierto es que Saleme dijo que Lalo moriría y la acertó. Si el instrumento de la muerte ha sido un atolondrado o un genio, no importa nada. Querés que se lo use a Einstein para estos asuntos? Vos estabas pidiendo hechos. La muerte de Lalo es un hecho, sí o no?

—Bueno, sí.

—No sé por qué entonces te empeñás en negar la videncia.

—Yo no me empeño en nada. Exijo pruebas, no gauchadas. Además no he dicho que no crea en la videncia. Te dije que hasta hoy no he tenido ninguna prueba concluyente. Que alguien pueda ver lo que está en otro cuarto, es posible. Pero el futuro... Lo que pasa es que muchas veces se considera futuro lo que es presente.

—Cómo.

—Muy fácil. Cuando le predijeron la cátedra a tu hermana, por ejemplo.

—Y qué, no se la dieron?

—Sí, pero YA se la habían dado. No comprendés?

—Cómo ya?

—Cuando ese vidente se lo dijo, la decisión ya estaba tomada: en la cabeza del ministro, por ejemplo. Y en cuanto a esto de Lalo, no considero la prueba como concluyente. Me inclino más bien a pensar que el turquito se vengó, que inyectó la idea del accidente en el Peque y los otros, para que gritaran.

—Así que cada vez que alguien te grita al lado vos te matás.

—Creo que ya podés terminarla, querida Beba.

—En definitiva, querés hablar con Saleme, sí o no?

—No. Cómo voy a tener interés en hablar con un sujeto que te dice que esa misma tarde te va a matar un coche?

—Qué clase de científico sos que tenés miedo de hablar con alguien que puede hacerte cambiar de opinión.

—Yo no rehúyo los cambios de opinión, rehúyo la gente que no me gusta.

Arrambide se levantó, estiró las mangas de su camisa, se ajustó la corbata, se sirvió otra copa y comentó:

—Y usted, Sabato, no ha dicho una sola palabra.

Frunciendo el ceño, S. respondió en voz muy baja:

—Dije que estaba presente cuando Saleme predijo la muerte.

—No, me refería al problema general.

—Malas o buenas, mis ideas son bastante conocidas. Hasta publiqué un ensayo. Una teoría.

—Una teoría? Qué interesante. Aceptando las premoniciones, supongo.

—Eso es.

—Muy raro, tratándose de un físico.

—Ex físico.

—Para el caso es lo mismo. Se ha pasado años estudiando relatividad, epistemología.

—Y qué es lo raro?

—No sé... Su silencio, su actitud. Da la impresión de que está muy en desacuerdo conmigo. Ha renegado de sus estudios matemáticos?

—No sé a lo que usted llama renegar. Además, yo no estudié eso porque tuviera la mentalidad de los que sólo creen en galvanómetros y en números. Lo hice por otros motivos.

—Otros motivos?

No respondió.

—Tal vez usted considere que la parapsicología sea una ciencia y que finalmente esa clase de fenómenos puedan ser explicados. Es así? —preguntó el doctor.

—No.

—Caramba. Estamos entre personas de nivel intelectual y creo que no sería demasiado pedir que se digne responder en serio. Al fin de cuentas mi pregunta es estrictamente intelectual. No?

Sabato respondió de mala gana:

—Si habla usted de ciencia en el sentido en que habla un hombre de laboratorio, lo niego. Esos fenómenos no tienen nada que ver. Tan candorosa idea como aquella idea del siglo XVIII. La del alma.

—La del alma?

—Sí, eso de localizarla en una glándula. Son dos órdenes esencialmente ajenos.

El doctor Arrambide se estiró las mangas de la camisa y se ajustó la corbata. En su rostro había aparecido una expresión de ironía.

—Dos órdenes?

—Sí. Completamente ajenos. Mejor dicho: *esencialmente* ajenos. El mundo de la materia y el mundo del espíritu. Los científicos pretenden que el mundo del espíritu se rige mediante la ley de causalidad. Un disparate.

—Así que usted cree en la existencia separada del espíritu. De eso al espiritismo hay poco camino. No?

—Usted dice espiritismo y todo parece un chiste. De alguna manera me pone al nivel de Tibor Gordon y de la Madre María.⁶ Es un chiste fácil, doctor.

—No se enoje. Quise decir que eso del espíritu puro, sin una carne que lo soporte, parece muy difícil de sostener.

—Yo no hablé de vida separada del espíritu. Sólo dije que son dos órdenes esencialmente distintos. Un aviador y un avión están unidos, pero pertenecen a dos mundos diferentes. Pero ya dije que no quiero discutir. Para qué discutir en privado entre dos personas que saben de antemano que no se van a convencer?

—Así que yo no soy nadie! —saltó Beba.

—Vos conocés mis ideas.

—Me has dicho pavadas, fragmentos irresponsables. Me he pasado la vida pidiéndote que me expliques la relatividad.

⁶ Famosos espiritistas de Buenos Aires. (N. del Ed.)

—Precisamente —intervino de nuevo Arrambide—, creo que si alguna explicación pueden tener las premoniciones es con la cuarta dimensión.

Sabato volvió a estudiar el suelo, manteniendo silencio.

—Me parece que podrías condescender un poco, bajar hasta nosotros y responder.

—Ya dije que es inútil. Tenemos dos posiciones inconciliables.

—Pero ahora te ha dicho algo. La cuarta dimensión.

—Sí, muchos salen con eso. Pero la materia y el espíritu no obedecen a las mismas reglas. La relatividad rige el universo físico. Nada que ver. Explicar hechos del espíritu mediante geodésicas es como querer extirpar una angustia con tenazas de dentista.

—Le parece? —preguntó Arrambide con ironía rencorosa.

—Sí.

—A veces una angustia es el resultado de mal funcionamiento hepático.

—Conozco esa teoría, doctor.

Arrambide se levantó.

—Mis enfermos.

Apenas salió, Beba se le fue hecha una furia.

—Es el colmo! Carlitos es el mejor médico de niños que hay en Buenos Aires!

—Y quien te lo niega? Se puede curar muy bien una diarrea y sin embargo creer que William Blake fue un pobre loco.

—Sos muy astuto y tenés muy mala fe para discutir. Cuando te conviene, empleás un argumento. Y si no, empleás el argumento contrario.

—Eso es lo que creés. Jamás me habrás oído explicar la premonición mediante la relatividad. Lo que pasa es que en cuanto se habla de espacio-tiempo en seguida esta clase de aficionados, que se creen astutísimos, creen que se emplea la teoría de Einstein.

—Y no es así?

—Ves como es inútil discutir? No, no es así. Acabás hace un segundo de oírme contestarle a este distinguido facultativo que la materia y el espíritu no obedecen a las mismas reglas. La relatividad rige el universo físico. Nada que ver. No oíste?

—Qué.

—Explicar, querer explicar hechos del espíritu mediante geodésicas es como pretender extirpar una angustia con tenazas de dentista.

—Está bien. Pero cómo era tu teoría.

—Podés leerla, si querés.

—No tengo tiempo.

—Paciencia, nadie se morirá.

—Dale, no seas pedante.

S. suspiró.

—Se basa en la posibilidad de que el alma pueda desprenderse del cuerpo.

—Casi nada.

—En efecto. Pero es la única forma, a mi juicio, de explicar la premonición, la videncia, todo eso. Leé a Frazer, por otra parte: todos los pueblos primitivos creen que durante el sueño el alma se separa del cuerpo.

—Ah, no, Ernesto! Esto es ya demasiado! Ahora resulta que la mejor prueba de una teoría es la que crean los hotentotes! Ya es el colmo de la irresponsabilidad y del oscurantismo. Tienen razón los bolches, viejo. De eso a recibir guita de la embajada norteamericana hay un paso.

—Ahora resulta que Lévi-Strauss es agente de la CIA. Mira lo que dice de las culturas llamadas primitivas.

—Bueno, está bien, dejemos a la CIA a un lado. Y qué.

—Al desprenderse el alma del cuerpo, se desprende de las categorías del espacio y del tiempo, que rigen sólo para la materia, y puede observar un puro presente. Si esto es cierto, los sueños no sólo darían rastros significativos del pasado sino visiones o símbolos del futuro. Visiones no siempre claras. Casi nunca unívocas o literales.

—Por qué no?

—Porque en esas regiones el pasado, con sus dolores y recuerdos, con sus pasiones, aparece mezclado con el porvenir, enturbiándolo y deformándolo en el transmisor que es el alma ya semiencarnada en el momento en que comenzamos a despertar. Entendés? Ya empezó a entrar en el cuerpo, y por lo tanto empiezan a dominarla las categorías causales y racionales. Pero aun así trae un recuerdo de aquel misterio, aunque sea un recuerdo ambiguo y como enturbiado por la tierra. Te agrego más: como la muerte de nuestro cuerpo está en nuestro futuro, el sueño nos trae también, a veces, visiones de nuestro más allá. Las pesadillas serían las visiones del infierno que nos espera. Es clarísimo, no?

—Sí, muy claro. Todo depende, claro, de que los hotentotes sepan más que nosotros. Andá, andá a la embajada, que necesito unos dólares.

—Esperá, ésta es la primera parte de mi teoría. Lo que el hombre corriente experimenta en los sueños, los seres anormales lo viven en sus estados de trance: los videntes, los locos, los artistas y místicos.

—Esperá que lo llame a Codovilla.⁷

—En el acceso de locura, el alma sufre un proceso parecido, si no idéntico, al que sufre todo hombre en el momento de dormirse: se sale del cuerpo e ingresa en otra realidad. Nunca te pusiste a pensar en esa expresión "estar fuera de sí"? Y palabras como alienación o enajenación, eh? Cada vez que he visto un loco furioso tuve la

7 Jefe del Partido Comunista. (N. del Ed.)

espantosa sensación de que el tipo estaba padeciendo dolores infernales. Pero ahora comprendo que su alma *está ya* en su Infierno. Sus movimientos feroces, sus sufrimientos, sus gestos y actitudes de fiera acorralada por horrendos peligros, sus aparentes delirios, no son otra cosa que la experiencia directa y actual del Infierno. Están padeciendo despiertos lo que nosotros sufrimos en las peores pesadillas. En algunos casos, este descenso a los antros infernales puede ser sólo transitorio. Es el caso de los endemoniados. Mirá la intuición de esas viejas sabidurías.

—Los hotentotes?

—Seres que únicamente después de complicadas operaciones, que sólo ciertos iniciados eran capaces de llevar a cabo, volvían a la vida normal, como si despertaran de una pesadilla atroz.

—No veo por qué, si su teoría es correcta, no hay tipos que también ven el Paraíso.

—Y claro, sonsa. Nunca tuviste sueños beatíficos? Y los manicomios, nunca viste esos locos apacibles, sonrientes, que no hacen mal a nadie? Ahora fijate bien en lo que te voy a decir. Esta enajenación puede suscitarse también de modo voluntario. Los místicos. Los poetas: "Je dis qu'il faut être voyant, se faire voyant!"

—Bueno, si Codovilla no está, que venga un desmistificador.

—Eso es, sólo falta que bajes hasta los últimos escalones del positivismo. Y después te reís del pobre Arrambide. En el fondo, creo que los dos están cortados por la misma tijera.

Se irritó y se levantó para irse.

—No, eso no. No me vas a dejar ahora con el suspenso.

—Está bien. Te digo, voluntariamente algunos seres pueden alcanzar esa separación o enajenación. Podés ayudar con la ansiedad y el ayuno, la tenacidad de tu propósito, además, claro, de tus facultades nativas, la inspiración divina o demoníaca. Es lo que logran los místicos. El éxtasis. Ves cómo el lenguaje no engaña nada más que a los idiotas. Éxtasis. Ponerse fuera de sí, salirse de su propio cuerpo, colocarse en la pura eternidad. Los yoguis, por ejemplo. En esa muerte de sí mismos para renacer a otra región, liberándose de la cárcel temporal. Y los artistas. Lo que dice Platón no es otra cosa que lo que pensaban los antiguos: que el poeta, inspirado por los demonios, repite palabras que nunca habría dicho en su sano juicio, describe visiones de sitios sobrenaturales, lo mismo que el místico. En ese estado, ya te lo dije, el alma posee una percepción distinta de la normal, se borran las fronteras entre el objeto y el sujeto, entre lo real y lo imaginario, entre el pasado y el futuro. Y así como personas ignorantes han sufrido visiones y han pronunciado palabras en lenguas que desconocen, una muchacha de vida inocente como Emily Brontë pudo escribir un libro terrible. Cómo puede describir si no un alma como la de Heathcliff, entregada a las potencias infernales? Esa desencarnación del alma del artista en el momento de su inspiración también

explicaría el carácter profético que alcanza en algunos momentos, aunque sea en la forma enigmática, simbólica o ambigua de los sueños. En parte, por la índole oscura de ese continente, que quizá entrevea nuestra alma como a través de un vidrio sucio, por la imperfecta desencarnación. En parte, porque quizá nuestra conciencia racional no es apta para describir un universo que no se rige por la lógica cotidiana, ni por el principio de causalidad. También porque el hombre no parece ser capaz de soportar las visiones infernales. Es cosa de instinto de conservación, simplemente.

—De quién?

—Del cuerpo. Ya te dije que en el sueño o en la inspiración no estamos completamente desencarnados. Y el instinto de conservación del cuerpo nos preserva con máscaras, como esos trajes de amianto de los tipos que tienen que entrar en un incendio. Nos preserva con máscaras y símbolos.

La Beba lo miraba. Lo miraba con ironía o con ternura? Quizá con la mezcla de ironía y ternura con que las madres miran a sus hijos fantasiosos jugar con tesoros o perros invisibles.

—Qué estás pensando? —preguntó S. con desconfianza.

—Nada, sonso. Pensaba, no más —dijo ella con la misma expresión.

—Bueno, sigo. Los teólogos han razonado sobre el Infierno, y a veces han probado su existencia como se demuestra un teorema. Pero sólo los grandes poetas nos han revelado la verdad, dijeron lo que han visto. Entendés? Lo que han visto de verdad. Pensá: Blake, Milton, Dante, Rimbaud, Lautréamont, Sade, Strindberg, Dostoievsky, Hölderlin, Kafka. Quién es el arrogante que puede poner en duda el testimonio de esos mártires?

La miró casi con severidad, como pidiéndole cuentas.

—Son los que sueñan por los demás. Están condenados, entendé bien, CONDENADOS! —casi gritó— a revelar los infiernos.

Se calló y durante un rato se produjo un silencio. Después, como si hablara consigo mismo, agregó:

—No sé dónde leí que Dante no hizo otra cosa que traducir ideas y sentimientos de su época, los prejuicios teológicos en boga, las supersticiones que estaban en el aire. Sería así, simplemente, la descripción de la conciencia y de la inconciencia de una cultura. Quizá haya algo de verdad. Pero no en el sentido que pretenden esos sociólogos del horror. Yo creo que Dante vio. Como todo gran poeta vio lo que las pobres gentes presienten de manera menos precisa. Los tipos que lo veían pasar por las calles de Rávena, silencioso y flaco, comentaban en voz baja, con sagrado recelo: ahí va el que estuvo en el Infierno. Sabías eso? Palabras textuales. No hacían una metáfora: esa gente creía que Dante había estado en el Infierno. Y no

se equivocaban. Se equivocan estos vivos, estos individuos que se pasan de inteligentes.

Se calló y comenzó a mirar el suelo, pensativo. Beba lo observó con lágrimas en los ojos. Cuando S. levantó su mirada le preguntó qué le pasaba.

—Nada, sonso, nada. Lo que pasa es que a pesar de todo soy muy femenina. Voy a bañarla a Pipina.

NACHO SIGUIÓ A SU HERMANA DESDE LEJOS

y así llegaron hasta la calle Cabildo y Echeverría. Allí Agustina cruzó Cabildo, siguió por Echeverría y al llegar a la plaza comenzó a caminar lentamente, con sus grandes pasos característicos, pero ahora como si el terreno estuviera minado. Pero lo que más lo entristecía es que cada cierto tiempo se detenía y miraba a su alrededor, como si se le hubiese perdido alguien. Luego se sentó frente a la Iglesia: podía verla a la luz del farol, concentrada, mirando ya al suelo ya a sus costados.

Fue entonces cuando lo vio acercarse a S. Ella se levantó rápidamente y él la tomó del brazo con decisión, y se fueron hacia el lado de la calle Arcos, por Echeverría.

Apoyado contra un árbol, en la oscuridad, Nacho quedó largo tiempo con los ojos cerrados. Cuando recobró las fuerzas, sin mirar hacia atrás, se fue hacia su casa.

SOBRE POBRES Y CIRCOS

Sombríamente recostado en su cama Nacho observa las jirafas que apacible y libremente pastan en las praderas de Kenya. No quiere seguir pensando en aquello. No quiere tener diecisiete años. Tiene siete y mira el cielo de Parque Patricios.

—Mirá, Carlucho —dice—, esa nube es un camello.

Sin dejar de sorber el mate, Carlucho levanta la vista y asiente con un gruñido.

Es la tardecita, hay una gran paz en el parque. A Nacho le encanta esa hora al lado de su amigo: se pueden hacer tantas conversaciones importantes. Después de un largo rato en silencio, pregunta:

—Carlucho, quiero que me digas la verdad. Creés en los Reyes Magos?

—En lo Reye Mago?

No le gusta que le hagan esa pregunta y como siempre que se pone preocupado comienza a arreglar los chocolatinos y caramelos.

—Vamos, Carlucho, decime.

—En lo Reye Mago, dijiste?

—Sí, decime.

Sin mirarlo, murmura:

—Y qué sé yo, Nacho. Yo soy un bruto, un inorante, no hice ni el primé grado. Yo nunca serví más que pa lo trabajo pesado. Pión de patio, estibador, la junta el mai, esa cosa.

—Decime, Carlucho.

Medio se enfureció.

—Qué bicho te picó! Qué tengo yo que sabé esa cosa!

De reojo, vio que el chico bajaba la cabeza y quedaba dolorido.

—Mirá, Nacho, disculpame, yo soy tu amigo, pero sabé que tengo un carate de mil diablo.

Acomodó la fila de los chocolatinos de nuevo y finalmente dijo:

—Mirá, Nacho. Ya tené siete año cumplido y hay que decirte de una buena ve la verdá. *No hay Reye Mago*. Todo cuento, todo engaño. La vida é muy triste, pa qué no vamo a engañá. Te lo dice Carlo Américo Salerno.

—Y los juguetes, entonces?

La voz de Nacho era desesperada.

—Lo juguete?

—Sí, Carlucho. Los juguetes.

—Todo cuento, ya te dije. No viste que sólo aparecen en lo botine é lo rico? Cuando yo era un purrete de este tamaño nunca vinieron lo Reye donde estábamo nosotros. Iban sólo a la casa é lo ricachone. Te da cuenta, ahora? E claro como lagua: lo Reye Mago son lo padre.

Nacho bajó la cabeza y empezó a hacer dibujos con un dedo en la parte de la vereda sin baldosas. Después agarró una piedrita y la arrojó contra un árbol, como distraído. Carlucho, mientras se ceba otro mate, lo observa con cuidado.

—Bueno, vaya a sabé cómo son la cosa —agregó al fin—. E un parecé. El finado Zaneta, que en pá descanse, decía que el mundo é un misterio. Y capá que tenía razón.

Vino un cliente y compró cigarrillos. Al cabo de un largo tiempo, Carlucho comentó sibilinamente:

—La gran puta! Si habría lanarquismo...

Nacho lo consideró con extrañeza.

—Lanarquismo?

—Sí, Nacho. Lanarquismo.

—Y qué es eso?

Carlucho se sentó en su sillita enana y sonrió con ojos meditativos y nostálgicos. Era evidente que pensaba en algo muy lejano pero lindo.

—Aquí tendría estar Luvi —dijo.

—Luvi?

—Sí, Luvi.

—Y quién es Luvi?

En los grandes momentos, cuando Carlucho se disponía a iniciar alguna de aquellas ideas que sentía profundamente, cambiaba la yerba del matecito, se tomaba su tiempo y preparaba lo que iba a decir con largos silencios, así como las estatuas se colocan en las placas, rodeadas de espacios que las destaquen en toda su belleza.

—Quién era Luvi —comentó con los ojos siempre nostálgicos.

Después de sentarse de nuevo en la sillita enana, la misma que había pertenecido a su padre, explicó:

—Ya te dije que al año 18, justo cuando terminó la guerra, yo pionaba a la estancia DON JACINTO, la estancia de doña María Unzué Dalviar. Junto con Custodio Medina pionaba. Entonces llegó Luvi. Sentiste habló de lo linyera, vo?

—Linyera?

—Sabían vení de muy lejo, con latadido a la espalda. Caminando por la vía el ferrocarril, y después por lo camino. Venían a la estancia y siempre había comida y un catre pa lo linyera, esa é la verdá.

—Pero entonces eran piones, como vos o Medina?

Carlucho hizo un gesto negativo con el dedo.

—No señó, no eran pione. Lo linyera eran linyera, no pione. Lo pione éramo conchabado pa trabajá.

—Conchabado?

—Pero sí, sonso. Trabajábamo pa ganá dinero, comprendé.

—Y los linyeras no trabajaban?

—Sí que trabajaban, pero no pa ganá dinero. Nadie lo obligaba.

Nacho no entendía. Carlucho lo miró, frunció la frente en un gran esfuerzo y trató de ser más claro.

—Lo linyera eran libre como lo pájaro, entendé? Venían a la estancia, hacían alguno trabajito si querían y después se iban como habían venido. Lo estoy viendo como hoy, cuando Luvi había guardado toda su cosita y había hecho latado pa irse. Don Busto, el mayordomo, le dijo si se quiere quedá aquí, amigo Luvi, tiene trabajo si quiere. Pero Luvi dijo no don Busto, se lo agradezco pero tengo que seguir viaje.

—Tenía que seguir viaje? Adónde?

—Cómo, adónde? No te acabo de decí que lo linyera eran como lo pájaro? Adónde van lo pájaro? Lo sabé vo?

—No.

—Aí tené lo que te digo, sonso.

Se quedó pensativo, añorando.

—Me parece que lostoy viendo —dijo—. Alto y flaco, con su barba casi colorada y lojo azule clarito. Con latado al hombro. No quedamo todo viendo cómo siba entre la casuarina, y despué al camino. Quién sabe adónde.

Carlucho miraba hacia el parque, como si lo estuviera viendo alejarse entre los árboles, hacia el infinito.

—Y no lo viste nunca más?

—Nunca má. Vaya a sabe si ha muerto.

—Qué nombre raro, Luvi, no?

—Sí, nombre destranjero. Era alemán o italiano, pero no sé, porque no era italiano como mi padre. Decía que era de una parte rara, que ahora no sé. Luvi. Eso é. Vino, hizo alguno trabajito de mecánico, arregló uno motore, algo en una trilladora. Sabía de todo. Y de noche, al galpón de lo pione esplicaba lanarquismo.

—Lanarquismo?

—Sí, leía un librito que tenía y esplicaba.

—Y qué es lanarquismo, Carlucho?

—Yo soy un bruto, ya te dije. Qué queré? Que tesplique como Luvi?

—Bueno, pero decime algo. Era un cuento como ese que me contaste de Carlomano.

—Pero no, sonso. Otra cosa.

Se cebó un mate y se concentró profundamente.

—Te voy a hace una pregunta, Nacho. Atendé bien.

—Sí.

—Quién hizo la tierra, lo árbole, lo río, la nube, el sol?

—Dios.

—Bueno, está bien. Entonce son pa todo, todo tienen derecho a tené lo árbole y a tomá el sol. Decime, lo pájaro tiene que pedile permiso a alguien pa volá?

—No.

—Puede andá y vení en el aire, y hacé el nido y tené la cría, no é así?

—Claro.

—Y cuando tiene hambre o tiene que alimentá lo pichone va y busca alguna cosita, alguna semilla y se lo lleva. No é así?

—Claro.

—Y bueno, el hombre, esplicaba Luvi, é como el pájaro. Libre de í y vení. Y si tiene gana de volá, vuela. Y si quiere hacé un nido, lo hace. Porque la semillita y la paja

pa hacé el nido, y el agua pa bañarse o pa tomá son de Dio y Dio la hizo pa todo el mundo. Entendé todo esto? Porque si no entendé no podemos seguir adelante.

—Sí, lo entendí.

—Muy bien. Entonce, por qué uno poco tienen que apoderarse de la tierra y lo otro tenemos que trabajá de pione? De dónde sacaron eso campo? Lo fabricaron ello?

Después de pensarlo un poco, Nacho dijo que no.

—Muy bien, Nacho. Quiere decí entonce que lo robaron.

Nacho se sorprendió muchísimo. Cómo, los ladrones no iban a la cárcel? Carlucho sonrió con amargura.

—Esperá, sonso, esperá —comentó—. Testoy diciendo que esa tierra la robaron.

—Pero a quién la robaron, Carlucho?

—Y qué sé yo. A lo indio, a la gente antigua. No sé. Ya te dije que soy un bruto, pero Luví sabía todo eso. Además, pensá un momentito. Suponé (é un suponé) que mañana desaparecería todo lo pione de campo. Me queré decí vo qué pasaría?

—Y, no habría gente para trabajar el campo.

—Esato. Y si nadie trabajaría el campo no habría trigo y sin trigo no habría pan y sin pan todo el mundo no podría comé. Ni lo patrone. De dónde iban a sacá el pan, si me podé decí? Ahora atendé bien porque vamos a dar otro paso. Suponete también que desaparecería lo zapatero. Qué pasaría?

—No habría más zapatos.

—Esato. Y ahora suponete que desaparecería lo albañile.

—No habría más casas.

—Muy bien, Nacho. Ahora yo te pregunto qué pasaría si mañana desaparecería lo patrone. Lo patrone no siembran el maí ni el trigo, ni hacen lo zapato ni la casa, ni levantan la cosecha. Me podé decí un poco qué é lo que pasaría, si se puede sabé? Nacho lo miró con asombro. Carlucho lo consideraba con una sonrisa de triunfo.

—Andá, decime lo que pasaría si mañana desaparecería lo patrone?

—Nada —respondió sorprendido Nacho de la enormidad—. No pasaría nada.

—Ni má ni meno. Ahora fijate a una cosa que explicaba Luví: lo zapatero pa hacé lo zapato necesitan el cuero, lo albañile necesitan lo ladrillo, lo pione necesitan la tierra y la semilla y lo arao. Cierito?

—Sí.

—Pero quién tiene lo cuero, lo ladrillo, la tierra, lo arao?

—Los patrones.

—Esato. Todo está a mano de la patronal. Por eso lo pobre estamos esclavizado. Porque ellos tienen todo y nosotros no tenemos nada, más que lo brazo pa trabajá. Ahora vamos a dar otro paso, así que atendeme bien.

—Sí, Carlucho.

—Si nosotros lo pobre no apoderamos de la tierra y de la máquina y del cuero y de lorno de ladrillo, podemos fabricar zapato y levantar construcción, y sembrar y cosechar, porque para eso tenemos el brazo. Y no habría pobreza ni esclavitud. Ni enfermedad. Y todo podríamos ir a la escuela.

Nacho lo miraba con asombro.

Carlucho arregló las revistas y los cigarrillos, pero su mente estaba vuelta a su interior. Hacía un gran esfuerzo mental, pero su voz estaba desprovista de rencor: era serena y cariñosa.

—Mirá, Nacho —prosiguió—. Todo es muy simple. Luvi lo explicaba todo con el librito y poniendo cosita en el suelo. Así y así: que esta piedrita es la fábrica, que este mate es la máquina, que esto porotito como lo pongo. Y te digo que explicaba cómo no habría más enfermedad, ni tísico, ni miseria, ni explotación. Todo el mundo tendría que trabajar. Y el que no trabaja no tiene derecho a vivir. Bah, estoy hablando de hombre y mujer sano. No te hablo de lo nene ni de lo enfermo, ni de lo viejo. Al contrario, decía Luvi, todo lo que trabajan tienen el deber de mantener a lo inválido, a lo niño y lo viejo. Así que uno hace zapato, el otro hace harina, el otro hace el pan, el otro va a la cosecha. Y todo lo que hacen se guarda en un galpón. En ese galpón hay de todo: que comida, que ropa, que libro escolar. Todo lo que te puedas imaginar. Hasta juguete y golosina para lo nene, queso es tan necesario como para nosotros un caballo o un sombrero. Al frente del galpón hay otro que trabaja deso, de cuidado del galpón. Y entonces yo voy y le digo me da un par de zapato número tal o cual, y el otro pide un kilo de carne y el otro una onza de chocolate, y el otro un saco porque se le rompieron los codos. A cada uno lo que precisa. Pero nada más que lo que precisa.

—Y si un rico quiere más cosas y las compra?

Carlucho lo miró con severa sorpresa.

—Un rico, dijiste?

—Sí.

—Ma de qué rico me está hablando, pavote? No te pliqué que no hay más rico?

—Pero por qué, Carlucho?

—Porque no hay más dinero.

—Pero si lo tenía de antes?

Carlucho se sonrió y le hizo un gesto negativo.

—Si lo tenía se embromó, porque ahora no sirve más. Para qué quiero el dinero, si todo lo que necesité lo saqué del galpón. El dinero es un pedazo de papel. Y sucio, lleno de microbio. Sabé lo que son los microbios?

Nacho asintió.

—Y bueno. Sacó el dinero. Que el que sea sonso, lo guarde, si quiere. Nadie se lo va prohibir. Total, no le servirá para maldita la cosa.

—Y el que quiere sacar del galpón más zapatos?

—Cómo, má zapato? No tentiendo. Si necesito un pa de zapato voy al galpón y listo.

—No, te digo si uno quiere tres o cuatro pares.

Carlucho dejó de sorber el mate, admirado.

—Tre o cuatro pare, decí?

—Sí, tres o cuatro pares de zapatos.

Carlucho se echó a reír con ganas.

—Pero pa qué necesitá tre o cuatro pare si no tenemo má que do pie?

Es cierto, a Nacho no se le había ocurrido.

—Y si alguien va al galpón y roba?

—Roba? Y pa qué? Si necesita algo se lo pide y se lo van a dá. Está loco?

—Entonces no habrá más policía.

Gravemente, Carlucho hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No habrá más policía. La policía é lo pior de todo. Te lo digo por esperiencia.

—Por esperiencia? Qué esperiencia?

Carlucho se replegó sobre sí mismo y repitió en voz baja, como si no quisiese referirse a eso, como si lo de antes se le hubiera escapado.

—Experiencia y yastá —comentó ambiguamente.

—Y si alguno no quiere trabajar?

—Que no trabaje si no quiere. Ya veremos cuando tiene hambre.

—Y si el gobierno no quiere?

—Gobierno? Pa qué necesitamos gobierno? Cuando yo era chico y quedamo en la calle, muerto de hambre, mi viejo salió adelante porque don Pancho Sierra le puso una carnicería. Cuando me fui a pionar, tampoco necesitábamo el gobierno. Cuando me fui al circo, tampoco. Y cuando entré al frigorífico de Berisso, pa lúnico que sirvió el gobierno fue pa mandarno la policía en la huelga y torturarno.

—Torturarlos? Y qué es eso, Carlucho?

Carlucho se quedó mirándolo con tristeza.

—Nada, pibe. Te dije eso sin queré. No son cosa e niño. Y además yo soy lo que se llama un inorante.

Carlucho se calló y Nacho se dio cuenta de que ya no hablaría más de lanarquismo. Luego vino un cliente, compró cigarrillos y fósforos. Carlucho luego se sentó en la sillita y tomó mate en silencio. Nacho miraba las nubes y pensaba. Al cabo de un tiempo dijo:

—Viste, Carlucho? Hay un circo en el baldío de Chiclana.

—Chiclana?

—Sí, hoy repartían volantes. Vamos a ir?

—No sé, Nacho. Pa serte sincero, esto circo de ahora no valen un pito. El tiempo de lo grande circo ya pasó...

Con el mate en la mano, se quedó pensativo, soñador y nostálgico.

—Mucho año...

Luego, volviendo a la realidad, agregó:

—Debe sé un cirquito de mala muerte.

—Pero cuando vos eras chico también había circos chiquitos. No me contaste de aquel circo?

Sonrió bondadosamente:

—Bueno, claro... el circo e Fernande... Pero aquello circo grande de mi tiempo, de eso no hay má. Se terminaron... Lo mató el biógrafo.

—El biógrafo? Qué es el biógrafo?

—El cine le dicen ahora. Eso lo mató.

—Pero por qué, Carlucho?

—É un asunto complicado pa un niño. Pero te doy mi palabra: vino el biógrafo y buena noche.

Se ceba un mate y vuelve a sus pensamientos. En su cara se dibuja una leve sonrisa, pero una sonrisa empapada de tristeza.

—En el 18 vino el Toni Lobandi... Ocupaba toda la plaza España...

—Pero contame del cirquito de Fernández.

Chupó profundamente el mate, como si en lugar de chuparlo lo pensara.

—Desde la langosta... Y bueno... Mi padre le trabajaba un campito a don Pancho Sierra, entre Cano y Basualdo. Un hombre muy bueno. No sólo curaba, también daba remedio al pobrerío. Tenía una barba larga y blanca, hasta aquí. Medio mago era. Cuando nacían lo chico mi madre se lo llevaba ante e cristianarlo, y él le decía éste le va a viví éste no le va a viví. Fuimo trece hermano, ya te conté. Y bueno, don Pancho le anunció que tré no le iban a viví: ni la Norma, ni la Juana, ni la Fortunata.

—Y se murieron? —preguntó Nacho, maravillado.

—Y claro —respondió Carlucho con sencillez—. No te digo quera medio mago? Así que mama se resinaba de antemano, porque don Pancho le decía vea doña Feliciano no lllore y resínese, que así lo quiere Dio. Pero lo mismo mama lloraba y la cuidaba, pero lo mismo se moría. Así é la vida, Nacho.

—Ahora contame por qué se fueron del campito.

—Mi viejo era italiano. Allá por el año 16 perdió hasta último centavo. Pa serte franco no hay espectáculo má imponente que la grande manga de langosta. Se oscurece todo el cielo y lo chico salíamo a golpeá tacho e kerosén. Pero qué. A la langosta no la vence nadie. Como decía la vieja, hay que resá pa que pasen de largo y eso é todo. Si bajan, buena noche... Me recuerdo como en un sueño, yo

tendría sei año, golpeando lo tacho a todo lo que dábamo. Pa nosotros lo pibe era una fiesta, pero mama lloraba cuando vio que empezaban a bajá la primera langosta. Y a la final, tacho o no tacho, ya no hubo nada que hacía. Entonce el viejo gritó basta carajo basta y ordenó a Panchito y a Nicolás que seguían corriendo de un lao al otro que se sosegaran, que se quedaran quieto... El viejo estaba como ido, y a nosotros no daba mucho miedo, porque se había sentao como un mudo en esta sillita enana que reservaba pa tomá mate. Bajo el alero estaba y miraba como un tullido cómo la langosta se comía todo. No se le movía ni un pelo y durante vario día no dijo esta boca é mía. Y después, de golpe, dijo vieja no vamo al pueblo, esto se terminó, carguen todo en la chata dijo, y todo corríamos a hacer lo que el viejo ordenaba sin chista porque estaba como loco, aunque no levantaba la voz. Y cuando hubimo cargao todo y estábamos todo listo, la vieja no quería salir del rancho y entonces el viejo fue y le dijo con calma salga vieja, salga de una vez, esto se terminó, qué le vamo a hacer, somos pobres, no tenemos suerte y vamo a probar suerte al pueblo. Pero la vieja que no se quería mover del lao el fogón, siempre llorando, y por fin el viejo agarró un brazo y la arrastró al sulky. Y cuando salimos y cerramos la tranquera el viejo se quedó mirando el rancho un rato largo sin decir una palabra, pero creo que estaba como queriendo llorar, hasta que se dio vuelta y dijo vamo, y así no fuimos al pueblo con la perrada atrás. Te prometo que no quedaron ni lo piojo.

Durante un tiempo Carlucho permaneció en silencio, tomando su mate, mirando el suelo. Luego prosiguió.

—Bueno, como tiba diciendo, el viejo puso un puestito de carne con la animal que le fiaba don Pancho y vivíamos en el rancho que había en el corralón, que también era de don Pancho.

—Entonces fue cuando vino el circuito.

—Esato. Entonce el tata alquiló el corralón por 50 nacionales.

—Cincuenta nacionales?

—Bah, cincuenta pesos. Pero estoy hablando de 50 pesos de aquel tiempo, peso fuerte. Entonce pusieron el circuito. Tenía un picadero de 10 varas y había función los jueves, los sábados y los domingos. Los sábados y los domingos matinales, vermes y noche. Claro, cuando había público. A veces no había más que cinco o diez personas y entonces don Fernand apagaba lo farole y el carburo, se ponía mal, tomaba caña y le pegaba a doña Esperanza, quería su mujer y equilibrista, y a Marialú quería la hija y era lecuere. También había un toni, quería el hermano de doña Esperanza, pero no se metía cuando don Fernand le pegaba. Don Fernand hacía un número peligroso, tirando cuchillo.

/

—Y vos trabajabas también?

—Cuando no veía mi viejo. Prendía lo farole, llevaba ensere, cosita, bah. Ya me gustaba el circo y me quería í.

—Y te fuiste con don Fernández?

—No, cómo miba a í si appena tenía 13 años, si soy e la clase el 3... Y además al pobre don Jesús le fue tan mal que no sacó ni pa lo gasto. Mi viejo le pasaba un poco e carne y ello compraban galleta y así tiraron uno cuanto día, pero no había nada quehacé, vinieron con mala pata. Así que cuando levantaron la carpa no tenían lo 50 nationale del alquilé y entonces don Fernande le quiso dejá al viejo el rifle que tenía pal número de puntería, pero el tata le dijo no don Fernande usté se lleva el rifle, cómo lo voy acetá si é pa un número. Así que se fueron y nunca má lo vimo. Una ve, cuando yo trabajaba al circo e lo hermano Rivero, en el Pergamino, supe que al fin se fundieron, vendieron la lona, el fusil y la chata, doña Esperanza se había muerto e una pulmonía doble, Marialú y el tío habían conseguido conchabo al circo Fassio, que andaba pol lao e Chacabuco y don Fernande estaba entregao a la bebida, y por eso no podía hacé ni el número el cuchillo ni el número e la puntería.

Carlucho se quedó pensativo. Luego Nacho le dijo que ahora le contara cuándo se fue con el circo. Una tímida y soñadora sonrisa apareció en la cara de Carlucho y contó:

—Qué tiempo, Nachito, qué tiempo... Pa serte sincero, é lépoca que má recuerdo, lépoca má linda e mi vida. Fue pal 22, yo estaba pionando a la estancia María Unzué Dalviar, pero cuando supe que había llegao el circo del Toni Lobandi bajé pal pueblo. Nelia Nelki aparecía vestida de hombre a un caballo blanco que arrastraba una cola larga que llegaba hastal suelo. Y después aparecía el Toni Lobandi, que nunca hubo otro como él, se trepaba al caballo por la cola y mientras el caballo daba vuelta al compá de la música se iba sacando 25 chaleco e colore. Y Scarpini, el famoso claun argentino... Y después había un número bárbaro en una jaula que abarcaba todo el picadero con un león africano en libertá, el domador y un caballo negro como el carbón... Y después venía la famosa Pirámide Humana de lo hermano Lopresti... Así que yo dije me voy con el circo y que sea lo que Dio quiera.

—Y te pusieron en la Pirámide Humana?

—Ma no, Nacho. Cómo miban a meté a la Pirámide si yo no sabía hacé nada? Qué te cré vo que son lo circo? Un circo é una cosa muy seria. Así que me conchabaron de pión. Limpiaba la bosta e lo caballo, barría la carpa, un poco e todo, te podé imaginá. Un pión de patio, bah. Pero cuando había función y me ponían el uniforme con alamare dorado y el kepi, no colocaban en do fila a lo costado, como un corredor, y por el corredor venía lo atleta, lo caballo, lo perro amaestrado, lo toni. Después, como vieron que yo aprendía rápido y tenía cuerpo entré a formá parte de la Pirámide. Pero después de tré año, cuando murió uno de lo hermano Lopresti.

Estábamos al Pergamino, me recuerdo como si fuera hoy cuando Lobandi me dijo Carlucho éste é tu oportunidad y yo casi me muero. Tuve que ir a un rincón oscuro pa que nadie me viera llorá. La gran ilusión de mi vida. Así empezó época má importante de mi vida.

Carlucho se ha puesto de pie y empieza a iluminarse en el crepúsculo, mientras un mágico resplandor se desprende de su malla blanca como la nieve. Ahí están los cinco hermanos Lopresti, poderosos y radiantes bajo los focos de color. Ya se trepan con gracia y poderío sobre los hombros de hierro de Juan Lopresti. Y mientras se va construyendo la Pirámide Humana sobre sus hombros hercúleos, el redoble del tambor va haciéndose dramáticamente tenso hasta llegar a la cúspide. Luego, uno después de otro, van saltando los hombres que la formaban, mientras el redoble del tambor se atenúa hasta desaparecer. Ahí están ahora todos alineados y saludan con gracia al público que los aplaude y luego la luz empieza a apagarse y el circo vuelve a ser el quiosco de diarios y cigarrillos y Carlucho vuelve a ser el hombre vencido por los años y las tristezas, como si un formidable resorte se hubiese aflojado en su interior.

—E, sí, Nachito... Aquello fueron tiempo maravilloso... Y aquello grande circo se fueron pa no volvé nunca má...

Nacho lo miró largamente y el silencio se hizo cada vez más hondo. Luego, aunque lo sabía, una vez más pregunta por qué dejó el circo.

—Estábamos a Córdoba cuando me lesioné lespinaso.

Su voz se quebró y durante un rato sorbió el mate.

—Lobandi me dijo vo Carlucho aquí siempre tendrá trabajo, pero yo le dije gracia don Lobandi pero prefiero irme. Porque yo trabajo de piñón, como de lástima, no iba a hacé. Así que me vine pero tampoco quería que me vieran al pueblo y entonce Custodio Medina me dijo venite conmigo al frigorífico...

Acomodó algunos periódicos, emparejó la fila de los chocolatines y trató de que Nacho no le viera la cara. Ambos quedaron silenciosos, cada uno vuelto hacia su propio interior. La oscuridad ahora era casi total: la noche había bajado en puntas de pie.

LOS SUEÑOS DE LA COMUNIDAD

Mientras esperaba su turno, un muchacho lo miraba desde una mesa. Finalmente se levantó y con indecisión caminó hasta él. Quería saludarlo, simplemente saludarlo.

—Leí sus libros —comentó con una sonrisa, con titubeos—. Me llamo Bernardo Wainstein.

Era una cola larga, había mucho que esperar y la situación se volvió difícil. Los dos estaban turbados. Era estudiante? No, era empleado. El muchacho se quedó mirándolo.

—Usted quiere decirme algo.

Sí, claro, tendría *tantas* cosas que preguntarle. Repitió la palabra *tantas*, que enfatizaba levemente pero con ansiedad. Y de pronto, como decidiéndose, dijo "la crueldad".

S. lo miró de una manera interrogativa y Wainstein se turbó.

—Diga, diga.

—Usted es partidario de un cambio social.

Sí, por supuesto, todo el mundo lo sabía.

El diálogo pareció al borde de su fin, sin haber más que comenzado. El muchacho no veía cómo conciliar las dos observaciones, cómo establecer una relación lógica entre ellas. Y aunque S. sospechaba el nexo tampoco sabía cómo salir de la situación. Le dio pena.

—Usted, me parece, quiere decirme que mis novelas están plagadas de crueldad y hasta de episodios despiadados, no es así?

Wainstein lo miró.

—Observaciones e ideas de Castel y de Vidal Olmos, no? La maestría del Informe sobre Ciegos, no es cierto?

Sí, pero, por favor, que no lo tomara a mal, no era su intención, cómo explicarle. El no era quién.

Estaba muy incómodo y evidentemente se había arrepentido. Pero, haciéndole un gesto con la mano, como para tranquilizarlo, S. prosiguió:

—Y cómo se compagina esa crueldad, esos sarcasmos de Vidal Olmos contra el progreso, con una posición de izquierda, no?

Wainstein bajó la cabeza, como si fuera culpable de esa contradicción.

—Sí, por qué avergonzarse. Usted me ha hecho una excelente pregunta. Yo mismo me la he planteado ininidad de veces, cuando permanezco perplejo y hasta abochornado por ser capaz de ideas tan perversas.

—Bueno, pero hay otras, por favor —se apresuró a decir el joven—. El sargento Sosa, Hortensia Paz, qué sé yo...

S. lo detuvo con un gesto.

—Sí, ya lo sé... Pero me interesa más lo otro que dijo. Es algo difícil de explicar. Todos somos contradictorios, pero quizá los novelistas más que los demás. Tal vez por eso son novelistas. Yo me he angustiado mucho con esa dualidad y recién en estos últimos años me parece que empiezo a entender algo.

La que hablaba por teléfono preguntaba por la salud de una chica (o señora) denominada Meneca, y también por el estado general del tiempo en Ciudadela. Luego, recordó, refirió, analizó y finalmente enjuició el incidente con un vecino a raíz de un gato.

La cola se agitaba.

—Después, cuando uno llega —explicó S.—, o no funciona más, o da siempre equivocado o traga las monedas. Leyó usted uno de los últimos relatos de Tolstoi? Un rico propietario que se aprovecha de un pobre diablo para hacer un gran negocio? Es un relato autobiográfico, está comprobado. Sabe lo que escribía en ese mismo momento?

No, no lo sabía.

—Ese libro sobre el arte. Qué es el arte. Un libro moralizador.

La mujer del teléfono cambió de posición y todos imaginaron que ese cambio anunciaba el fin del diálogo. Era para apoyarse sobre el otro pie. Las protestas se hicieron mordaces. Pero ella era impermeable a las presiones morales. Ahora parecía haber entrado en la parte importante de la conversación, algo vinculado a un tumor.

—Le digo lo de Tolstoi porque es un caso ilustre y claro. Una especie de trabajo práctico.

—Trabajo práctico?

Riéndose, S. le explicó "es una manera de decir, no me haga caso".

Mientras tanto, la mujer parecía haber entrado en la parte final de la comunicación: cierta modalidad descendente lo indicaba y todos comenzaron a sentirse aliviados. Y aunque de pronto ese tono (por algún motivo desconocido, probablemente por algo que la otra comentó desde Ciudadela) se animó de nuevo y aparecieron variantes inesperadas sobre las ventajas o no de intervenir quirúrgicamente (según la expresión de la mujer), hay que decir que luego el tono volvió al declive descendente y a los saludos para una serie de personas del conocimiento de uno y otro lado de la línea telefónica. Luego colgó y se fue sin mirar a nadie, orgullosa. La cola avanzó entonces con la torpeza y la lentitud de un animal de varias patas que escala una montaña en medio de dificultades, dificultades agravadas por la desdichada contextura de ese gusano: un sistema nervioso para cada anillo, independientes entre sí.

En los ojos de Wainstein era visible la perplejidad.

—Le digo. En estos últimos años me he angustiado mucho pensando en este problema. Han investigado a personas dormidas, con encefalógrafos. En una universidad norteamericana, claro. Cuando uno sueña las ondas son diferentes, y así se sabe si el individuo está soñando. Pues bien, cada vez que empieza a soñar lo despiertan. Sabe lo que pasa?

Wainstein lo observaba como quien espera una revelación decisiva.

—El sujeto puede ser llevado al borde de la locura.

Wainstein parecía no entender.

—Comprende? Las ficciones tienen mucho de los sueños, que pueden ser crueles, despiadados, homicidas, sádicos, aun en personas normales, que de día están dispuestas a hacer favores. Esos sueños tal vez sean como descargas. Y el escritor sueña por la comunidad. Una especie de sueño colectivo. Una comunidad que impidiera las ficciones correría gravísimos riesgos.

El joven lo seguía mirando, aunque su mirada no era exactamente igual que antes.

—No sé, es una simple hipótesis. No estoy seguro.

Volvió de mal humor: esa mujer del teléfono, esa conversación sobre gatos y fibromas, sobre tíos y estado del tiempo en Ciudadela. La vida le parecía de pronto tan desatinada. Esa señora del tumor se iba a morir, claro. Pero qué significaba toda esa mezcla? Y la cola, ese gusano lento, inquieto y policerebral. Esperando. Todos. Qué, para qué. Dormir, los sueños.

Al dormir cerramos los ojos, y por lo tanto NOS CONVERTIMOS EN CIEGOS. Se detuvo un poco, sorprendido.

El alma desamarra en el gran lago nocturno y comienza el tenebroso viaje: "cette aventure sinistre de tous les soirs". Las pesadillas serían las visiones de ese universo abominable. Y cómo expresar esas visiones? Mediante signos inevitablemente ambiguos: allí no hay "copas" ni "estimado señor" ni "piano". Hay copavaginas, esticarajos, cavaginas, vagipianos, estimarajos, señorajos, pianicopias, coparajos. "Análisis" de los sueños, psicoanalistas, explicaciones de esos símbolos irreductibles a cualquier otro lenguaje. Que no lo hicieran reír, por favor, que andaba mal del estómago. Ontofanías y punto.

Y qué candidez. Los Ciegos permanecen tranquilos. Al explicar, todo se reduce a unas cuantas palabras inocuas y falsas: explicarle la relatividad a un chico mongólico con gestos. Claro que se pueden construir símbolos con palabras. No lo hizo Kafka? Pero esas palabras por separado no son los símbolos. Qué dolor de estómago. Dios mío.

UN DESCONOCIDO

Era un hombre moreno y escuálido, delante de una copa, pensativo, remoto. Podía verle parte de la cara, una cara angulosa, como tallada en quebracho, unas amargas comisuras en los labios.

Ese hombre, pensó Bruno, está absoluta y definitivamente solo.

No sabía por qué le resultaba conocido, y durante mucho tiempo rebuscó en su memoria, trató de vincularlo a alguna fotografía en diarios o revistas. Por otra parte parecía asombroso que un individuo con ropa tan raída, un ser que ha llegado hasta ese último escalón, pudiera ser personaje de periodismo. A menos, se le ocurrió de pronto, que alguna vez hubiese tenido algo que ver con un hecho policial. Después de una hora o cosa así, el desconocido se levantó y se fue. Tendría unos sesenta años, caminaba encorvado, era alto y flaco. Su cara era durísima, su ropa estaba deshilachada y no obstante había distinción en sus rasgos y en su porte. Caminaba como distraído: era evidente que no iba a ninguna parte, que nadie lo esperaba, que todo le era igual.

Bruno, acostumbrado a escudriñar hombres en soledad, contemplativo y abúlico como era, pensó: "O es un criminal o es un artista". Por meses, aquella imagen quedó grabada en su memoria, de modo inexplicablemente fuerte. Hasta que un día creyó recordar algo, tuvo una sospecha. Buscó en su archivo, archivo que no era el de un filósofo ni el de un escritor o periodista, sino, más bien, el archivo de un hombre para quien la humanidad constituye un doloroso misterio.

Sí, ahí estaba la fotografía: el desconocido era aquel Juan Pablo Castel que en 1947 había matado a su amante.

El absoluto, pensó entonces Bruno Bassán, con apacible y melancólica envidia.

SEGUNDA COMUNICACIÓN DE JORGE LEDESMA

Lo siento mucho, pero debo hacerle saber algo que sin duda le quitará una ilusión. Pero yo no hice la realidad. Tengo que avisarle, distinguido escritor, que el Danubio no es azul: es sucio, marrón, agua con barro, aceite y mierda. Como el Riachuelo, aunque con menos prestigio literario y musical, qué le podemos hacer. Hay dos maneras de escribir. A mí me tocó la otra, mis originales son un quilombo. Peor. Porque con los pantalones en la mano, a veces ni sé donde está la cama. Mezclo

todo, soy haragán. Y como tengo un cerebro chico, tengo que esperar que salga una idea para que entre otra.

Lo que más me cuesta explicar, porque es con dibujos y soy mal dibujante, es la Ley de las Cabezas. Una craneología avanzada. Como usted podrá imaginar, el Señor no iba a ser tan boludo como para dejar librado a la casualidad asunto tan importante en el amor como la elección del otro (léase prosecución de la esclavitud a través de los hijos). Cuando de casualidad nace un genio es porque se hicieron todas las cosas al revés, cuando se violó la naturaleza: miles de tarados por un genio.

Schopenhauer nunca fue querido por la madre, y según la fábula tampoco la Virgen María quiso realmente a Jesús. Si conoce otros casos, hágamelos llegar, para agrandar la lista. A mí, por ejemplo, me fabricaron cuando ya mi madre no podía ver a mi padre. No soy un resultado del amor: soy un subproducto de la náusea. Por incompatibilidad, el útero rechaza a ciertos espermatozoides. Cuando se largó la carrera y yo como un gil llegué primero, quise echarme atrás, pero el útero ya se había cerrado. Y yo adentro! Un curso. Todo anduvo mal de entrada. Y me encontré solo y desamparado en esa caverna húmeda y desconocida. Del otro lado quedaron trillones de hermanitos retorciéndose de asfixia, hasta morir. Esto también es amor, señores poetas que cantáis al crepúsculo y que en realidad deberíais cantar al crepus-culo. Aquella sensación me sigue, este viento helado que a veces me duerme un costado de la cara: la soledad infinita.

LOS MIRÓ CON IRRITADO DESALIENTO

Cómo? Hay que volver a discutir eso? Creí que estaba liquidado hace diez años. Aquellos pseudo-marxistas que dividían la literatura en política o estetizante. Y como el ULYSSES no era ni político ni estetizante, no existía. Pertenece a alguna fauna teratológica. Tal vez formaba parte de la botánica. A lo mejor era un ornitorrinco. Vamos a seguir perdiendo tiempo con esa clase de gansadas?

—Pero hay muchachos que preguntan, que acusan.

Se puso furioso: con ese criterio se podía acusar a Béla Bartók de hacer música, a Eliot de hacer poesía.

—Tengo mucho que hacer y ando con poco tiempo. No quiero decir el reloj, quiero decir el almanaque.

—Sí, pero tiene obligaciones.

Era un muchacho de cara durísima, una especie de Gregory Peck bajito y con labios apretados.

—Quién sos vos? Cómo te llamás?

—Araujo.

—Hace diez años que escribí todo eso.

—Nosotros lo hemos leído —intervino una chica con suéter amarillo y jeans gastados—. No se trata de nosotros, queremos grabar esto, publicarlo.

—Estoy harto de grabaciones y entrevistas!

BRUNO QUERÍA IRSE,

se sentía incómodo. Y ahora lo veía en ese rincón, quitándose los anteojos y pasándose la mano por la frente, con su gesto de cansancio y desaliento, mientras aquellos muchachos discutían entre sí. Porque ni siquiera ellos mismos estaban de acuerdo, y constituían una absurda mezcla (qué tenía que hacer allí Marcelo, por ejemplo, y su compañero hosco y silencioso? en virtud de qué disparatada combinación se hallaban allí también?). Y esa discordia, esa violenta e irónica discordia, se le ocurría el signo de la tremenda crisis, del resquebrajamiento de las doctrinas. Se acusaban entre sí como enemigos mortales, y sin embargo todos ellos pertenecían a lo que llamaban la izquierda; pero cada uno de ellos parecía tener motivos para considerar con desconfianza al que tenía al lado o enfrente, como sutil o abiertamente vinculado a servicios de informaciones, a la CIA, al imperialismo. Miraba sus caras. Cuántos mundos diferentes había detrás de esas fachadas, cuántos seres esencialmente distintos. La Humanidad Futura. Qué cánones, qué clase de seres? El Hombre Nuevo. Pero cómo construirlo con ese hipócrita arribista, con ese Puch que ahí lo estaba adivinando, y con alguien como Marcelo? Qué atributos, qué uña de ese pequeño trepador de la izquierda podría contribuir a la integración de ese Hombre Nuevo? Contemplaba a Marcelo, con su campera gastada y sus pantalones arrugados, con esa presencia casi imperceptible que sin embargo tanto imponía a Sabato. Porque, le explicaba Sabato, delante de él se sentía siempre culpable, como en otro tiempo le había ocurrido con Arturo Sánchez Riva; y no porque fuera terrible sino por lo contrario: por su bondad, por su callada reserva, por su delicadeza. No creía que su alma fuese apacible; casi con seguridad era atormentada. Pero su tormento era recatado, hasta cortés. Le resultaba curioso observar en su cara los mismos rasgos que en el Dr. Carranza Paz, su nariz

huesuda y prominente, su frente alta y estrecha, aquellos ojos grandes y aterciopelados, un poco húmedos: uno de los caballeros en el entierro del Conde de Orgaz. Por qué las diferencias, entonces? Uña vez más comprendía qué poco significaban los huesos y la carne de un rostro. Eran sutilezas las que producían las diferencias, a veces abismales. Pero es que las cosas se diferencian en lo que se parecen, había descubierto ya Aristóteles, la parte proustiana de aquel genio multánime. Y eran efectivamente lo que esos ojos y esa boca y esa nariz huesuda, prominente, tenían de común lo que revelaban la fosa abierta entre padre e hijo. Una fosa quizá natural, pero luego agrandada por los años. Trazos casi invisibles en los extremos de los ojos, en los párpados, en las comisuras de los labios, en la forma de inclinar la cabeza y de recoger las manos (en Marcelo, con timidez, como pidiendo excusas por tenerlas, por no saber dónde esconderlas) lo que separaban triste y definitivamente a dos seres sin embargo tan próximos y hasta (casi podría afirmarlo) tan necesitados entre sí.

BUENO, EL ESTRUCTURALISMO!

comentaba la chica de suéter amarillo: —El Crítico Iniciado reemplaza la palabra historia por diacronía, sostiene que una descripción sincrónica es irreconciliable con una descripción diacrónica, decreta la validez universal de las descripciones sincrónicas y de ahí niega la posibilidad de darle un sentido a la histórica.

—Cómo?! —gritó un grandote con una de esas caras de cosaco que en la Argentina sólo pueden ofrecer los judíos.

Sabato miró a la chica:

—Cómo te llamás? —mientras pensaba Silverstein, Grinberg, Edelman.

—Silvia.

—Sí, pero Silvia qué.

—Silvia Gentile.

Bueno, al fin de cuentas. No había observado don Jorge Itzigsohn que nunca había visto tantas caras judías como en Italia? Además, podía ser sarracena, esas caras que se ven en Calabria, en Sicilia. Llevaba su cabeza un poco hacia adelante, con esa actitud explorativa de los miopes, que pueden tener delante, sin saberlo, un pozo o un camello.

Su error lo volvió más condescendiente. Estaba bien, que no leyeran sus libros, era lo mejor que podían hacer. El sujeto llamado Puch se apresuró a decir que él los había leído todos.

—No me digas —comentó S. con distraída ironía.

Los muchachos seguían discutiendo y acusándose sobre estructuralismo, Marcuse, imperialismo, revolución, Chile, Cuba, Mao, burocracia soviética, Borges, Marechal.

—Entonces?

—Entonces qué?

Lo que el Cosaco, con voz inadecuadamente aguda quería decir era si entonces había que dejar de escribir.

—Y vos quién sos?

—Mauricio Sokolinski, con i latina, ojo, 23 años, señas particulares ninguna.

S. lo estudió. No escribía, por casualidad?

—Debo admitirlo.

Y qué era lo que escribía?

Aforismos. Aforismos de un salvaje. Yo soy muy bruto, sabe.

Qué clase de aforismos?

—Usted me dijo que eran excelentes.

—Yo? Cuándo?

—Cuando le mandé el libro. Retrato en la contratapa. No le debe de haber impresionado mucho, se ve.

Pero sí, claro, por supuesto. Sokolinski con i latina, naturalmente.

Estaba bien, y entonces?

Hay miles de revistas en los quioscos de la calle Corrientes que machacan lo mismo.

—Qué.

—Que la literatura no tiene más sentido.

—Perdón —intervino S.—, pero esos chicos qué son? Obreros de la construcción, metalúrgicos ?

—No, claro que no. Escritores, al menos escriben revistas.

Entonces?

Entonces qué.

—Nada —afirmó Silvia—, que lo coherente sería que dejaran de publicar esas revistas. Que por otra parte no levantarán las masas del noroeste. Que agarren un fusil, que entren en la guerrilla. Eso sería coherente.

—Pero aun admitiendo que entren en la guerrilla —prosiguió S.—, eso hablaría muy bien de los que se deciden, pero no por eso quedaría invalidada no ya los libros tipo Marx o Bakunin sino la literatura en sentido estricto. Es como si la medicina hubiese quedado descalificada por la actitud de Guevara. Otra cosa: cuándo un cuarteto de

Beethoven sirvió para promover la Revolución Francesa? Habría que negar la música, por esa ineficacia? No sólo la música: la poesía, casi toda la literatura y todo el arte. Y otra cosa. Si no recuerdo mal la dialéctica marxista, una sociedad no está madura para una revolución si no es capaz de comprender lo que hay de valioso, y por lo tanto de rescatable, en esa sociedad que quiere suplantarse. Hasta me está pareciendo que lo dijo el propio Marx. Estos chicos son más marxistas que Marx? Pero algunas conclusiones, por favor.

—Primero —estableció Silvia—, que esos chicos de la calle Corrientes...

—Y vos, de dónde sos —interrumpió Araujo.

—Que esos chicos de la calle Corrientes que se inflaman mutuamente con sus revistas simétricas dejen de escribir y tomen un fusil. Segundo...

—Momento —interrumpió Sabato—, no leo esas revistas. Pero insisto en que no sólo con fusiles se preparan las revoluciones. Y quién les dice que alguna de esas revistas ayuda.

—Segundo, que dejen en paz a las artes y las letras mientras hacen la Revolución.

—Sí —advirtió el Cosaco—, pero es que la mayoría no va a entrar en la guerrilla y van a salir diciendo que su deber de combatientes es ayudar desde su trinchera.

—Trinchera? Qué trinchera?

—La literatura.

—Pero cómo, no se había quedado en que la literatura no tenía sentido? Que no ayudaba a derribar esta putrefacta sociedad?

—Claro. Pero *esta* literatura.

—Cuál, por favor.

—La que acababa de enumerar Sabato. Dante, Proust, Joyce, etc.

—Es decir, *toda* la literatura.

—Por supuesto.

—Pero entonces —se resolvió a intervenir S.— cuál sería *la otra*?

—Le explicaré —respondió Silvia—. Estos muchachos han elegido la literatura, siguen actuando como escritores y dicen, o simulan, que desde allí, desde ese Frente van a invadir el Cuartel de la Moneada. Y de ahí su petición de principios: la posibilidad de una especie de Libro Revolucionario, modelo absoluto que reside en un cielo donde Platón detenta, entre otros Objetos Ideales, la Cara de Fidel. A partir de ahí decretan cuáles libros con minúscula se acercan a ese arquetipo y cuáles no.

—Si no entendí mal —adujo Sabato—, *cuáles no* es toda la literatura.

—En efecto. A esa literatura, es decir a toda la literatura; estos revolucionarios la ponen en el mismo cajón de las charadas y los crucigramas. Juegos gratuitos. Fuera de ese cajón quedaría la Literatura Revolucionaria, que tiene la eficacia de un mortero.

—El único inconveniente de esa literatura —observó Sabato— es que no existe.

—Le parece? —preguntó con heladez Araujo.

—A menos que llames literatura revolucionaria a las proclamas, discursos de barricadas y panfletos. A esas obras de teatro soviéticas en que el Tractorista Condecorado contrae nupcias con la Stajanovista Premiada para engendrar Hijos de la Revolución químicamente puros. También los franceses, no vayan a creer, en aquel tiempo. Había obras (cuentan, dicen, porque es como una leyenda, desaparecieron del mapa de puro malas) tituladas Virgen y Republicana.

Araujo y Silvia se agarraron violentamente.

—Pero estos terroristas de la crítica de izquierda —dijo Silvia— siguen buscando la quinta rueda del carro, ven un colonialista en cualquier autor de cuentos fantásticos. Y lo más cómico es que ellos son literatos de alma.

—Porque no dejan de escribir ni un segundo —acotó el Cosaco. —Ni dejan escribir a los demás.

Pero Sabato, qué decía.

Los escuchaba: le parecía inverosímil que todavía se discutiesen ciertas cosas. Se habían olvidado que Marx recitaba a Shakespeare de memoria?

—Quién les dice —comentó Silvia—, Shakespeare escribió ese Libro Revolucionario y los chicos de la calle Corrientes no lo saben. Estaba bien, que se dejara en paz al pobre Karl Marx, que por lo visto era un incurable románticopequeñoburguéscontrarrevolucionarioalserviciodelimperialismoyanqui.

—Pero entonces —preguntó inesperadamente el de aspecto indígena, que se había mantenido en su silencio hierático—, fuera de meterse a guerrillero no se puede hacer nada con libros en favor de la Revolución?

—Estamos hablando de ficción, de poesía, hombre —dijo Sabato, ya con fastidio—. Por supuesto que se puede hacer mucho por la Revolución con libros de sociología, de crítica, ya lo dije al comienzo. El MANIFIESTO COMUNISTA es un libro, no es una ametralladora. Estamos hablando de escritores en un sentido estricto. Que alguien quiera ayudar a la revolución con un manifiesto, con una crítica de las instituciones, con un trabajo de género periodístico o filosófico, no sólo es posible: es exigible, si se pretende revolucionario. Lo grave es cuando se confunden los planos. Como si sostuviesen que lo valioso en Picasso es su célebre palomita, mientras que sus mujeres de perfil con dos ojos son podrido arte burgués. Como sostienen todavía los críticos soviéticos. Esa policía del realismo socialista.

Alguien habló de una muestra de Picasso en Moscú.

Quién? Cómo?

Se produjo una confusa discusión a gritos entre los chicos.

—No perdamos el tiempo en esta discusión inútil —dijo Sabato—. No sé si por fin hicieron o no exposiciones de Picasso. Hablo de la doctrina oficial, que es lo grave. No creo que la palomita haya evitado un solo bombardeo en el Vietnam, pero al

menos es legítima. Lo ilegítimo es sostener que sólo eso es arte, que esa clase de affiches es lo que debe hacer un pintor que quiere el cambio social. Lo ilegítimo es confundir los planos: el arte con los affiches. Además, a veces nos vienen con el cuento de que *ahora* el arte no puede andar con esa clase de lujos cuando el mundo se viene abajo. Pero también se venía abajo en la época de la Revolución Francesa, y un artista como Beethoven era revolucionario, hasta el punto de romper la dedicatoria a Napoleón cuando lo defraudó. Pero sin embargo no escribía marchitas revolucionarias. Escribía música grande. No fue Beethoven el que escribió LA MARSELLA.

—Claro! —casi gritó Puch.

A BRUNO LO FASCINABA AQUEL ROSTRO,

cada frase servil le provocaba vergüenza por la raza humana entera, sabía que podría convertirse en delator policial o trepar hasta convertirse en funcionario de este régimen o del opuesto. Y entonces volvía a pensar en Carlos, con alivio. Aunque era un alivio doloroso, porque sabía cuánto costaba a seres como Carlos la existencia de gusanos como Puch. Carlos. No estaba de nuevo al lado de Marcelo? Porque los espíritus se repiten, casi encarnados en la misma cara ardiente y concentrada de aquel Carlos de 1932. La cara de un muchacho que sufre algo profundísimo que no puede ser revelado a nadie, ni siquiera a ese Marcelo que es quizá su íntimo compañero, pero seguramente en una amistad hecha de silencio y de actos. Con Carlos volvían a su memoria nombres de aquel tiempo: Capablanca y Alekhine, Sandino, Al Jolson cantando en aquel film grotesco, Sacco y Vanzetti. Extraña y melancólica mezcla! Lo volvía a ver a Carlos, del que nunca supieron el verdadero apellido, leyendo encarnizadamente ediciones baratas de Marx y Engels, moviendo los labios con lentitud, en silencio, con los puños apretados contra las sienes, en aquel cuarto de la calle Formosa, como alguien que penosamente busca y finalmente desentierra el cofre del tesoro, donde encontrará la clave de su existencia desventurada, la muerte de su madre en una casilla de zinc rodeada de chicos con hambre. Era un espíritu religioso y puro. Cómo podía comprender a los hombres en general? La encarnación, la caída? Cómo podía entender la contaminada condición del hombre? Cómo podía alguna vez comprender y aceptar la existencia de comunistas como Blanco? Veía sus ojos ardientes en aquella cara demacrada y reconcentrada. Habría sufrido hasta el límite de todo padecimiento,

hasta volverse espíritu puro, como si su carne se hubiese calcinado por la fiebre; como si su cuerpo, atormentado y quemado, se hubiera reducido a un mínimo de huesos y piel, y a unos pocos y durísimos músculos para soportar la tensión de la existencia. Casi nunca hablaba, como este otro ahora, pero sus ojos ardían con el fuego de la indignación, mientras sus labios, en su cara rígida, se apretaban para guardar sus angustiosos secretos. Y ahora volvía en este otro muchacho, también moreno y esmirriado, que no terminaba de entender por qué estaba allí, entre tanta palabra para él incomprensible. Quizá por su sola fidelidad a Marcelo. Y, hecho curioso, también se reiteraba aquella otra simbiosis. Pues en la amistad de Carlos con Max, tan inexplicable en apariencia, la bondad de Max (aunque él no era la réplica de Marcelo) era indispensable para apagar de vez en cuando la tensión de Carlos, como el agua para quien atraviesa el desierto.

BUENO, ESTÁ BIEN,

hay que ser muy idiota para rechazar toda literatura en nombre de la Revolución — admitió Araujo—. Ni Marx, ni Engels lo hicieron. Ni el propio Lenin. Pero creo que sí debe cuestionarse cierto tipo de literatura.

—Y cuál sería? —preguntó Sabato.

—La literatura de introspección, por de pronto.

Sabato estalló con furia.

—Ya estoy harto de esta clase de imbecilidades. Por qué no levantamos el nivel filosófico de este diálogo? Claro, el paralogismo que tienen en la cabeza es más o menos así: la introspección significa hundirse en el yo, el yo solitario es un egoísta que no le importa el mundo, o un contrarrevolucionario que intenta hacernos creer que el problema está dentro del alma y no en la organización social, etc. Pasan por alto un pequeño detalle: el yo solitario no existe. El hombre existe en una sociedad, sufriendo, luchando y hasta escondiéndose en esa sociedad. Vivir es convivir. El yo y el mundo, vamos. No ya sus actitudes voluntarias y vigilantes son la consecuencia de esa convivencia. Hasta sus sueños, sus pesadillas. Hasta sus delirios de loco. Desde ese punto de vista, la novela más subjetiva es social, y de una manera directa o tortuosa está dando un testimonio de la realidad entera. No hay novela de introspección y novelas sociales, amigo: hay novelas grandes y novelas chiquitas. Hay buena literatura y mala literatura. Tranquílcese: ese escritor dará siempre un testimonio del mundo, aunque sea chiquitito así.

Araujo escuchaba con reconcentrada dureza.

—No me parece tan nítido —arguyó—. Por algo Marx admiraba a escritores como Balzac. Esas novelas son testimonios de una sociedad.

—Las novelas de Kafka no describen huelgas de ferroviarios en Praga, y sin embargo quedarán como uno de los testimonios más profundos del hombre contemporáneo. Resulta que habría que quemar toda su obra, como la de Lautréamont o la de Malcolm Lowry. Miren, muchachos, ya les dije que me queda poco tiempo, y no lo voy a perder con esta clase de precariedades filosóficas.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo —comentó Silvia.

—También lo creo yo —dijo Sabato—. He hablado sobre esto hasta el cansancio, pero observo que siempre se vuelve con los mismos argumentos. Y no sólo acá. Miren ese reportaje de Asturias.

—Sobre qué.

—Sobre nosotros, ciertos escritores argentinos. Explicó que no somos representativos de la América Latina. Algo parecido dijo un crítico norteamericano, hace poco: que la Argentina no tiene literatura nacional. Claro, la carencia de un fuerte color local confunde a esta clase de censores, que en el fondo reclaman una escenografía pintoresca para conceder el certificado. Para estos ontólogos, un negro en una plantación de bananas es real, pero un estudiante de liceo que medita sobre su soledad en una plaza de Buenos Aires es una anémica entelequia. A este superficialismo lo llaman realismo. Porque esto de lo nacional está vinculado al máximo y siempre equívoco problema del realismo. Esta palabra, eh... Cómo embroman con esa palabra. Si mientras duermo sueño con dragones, y considerando la absoluta falta de dragones en la Argentina, se debe inferir que mis sueños no son patrióticos? Habría que preguntarle a ese crítico norteamericano si la inexistencia de ballenas metafísicas en el territorio de los Estados Unidos convierte a Melville en un apátrida. Dejémonos de tonterías, por favor! Estoy hasta acá.

Sabato se quitó los anteojos y se pasó la mano por los ojos y la frente, mientras Silvia discutía con el Cosaco y con Araujo. Pero él no lo escuchaba ni los oía. De pronto volvió a la carga:

—Esas tonterías provienen de suponer que en definitiva la misión del arte consiste en copiar la realidad. Pero ojo: cuando esta gente habla de realidad quiere decir realidad externa. La otra, la interior, ya sabemos que tiene muy mala prensa. Se trata de convertirse en máquina fotográfica. De cualquier modo, y para los que creen que el realismo consiste en descubrir ese mundo externo, ya la formación de la Argentina a base de inmigrantes europeos, su clase media poderosa, su industria, legitima una literatura que no se ocupe del imperialismo bananero. Pero hay motivos más valederos, ya que el arte no tiene la misión que esa gente supone. Sólo un candoroso trataría de documentarse sobre la agricultura en las

cercanías de París hacia fines de siglo consultando algunos cuadros de Van Gogh. Es evidente que el arte es un lenguaje más emparentado con el sueño y con el mito que con las estadísticas y las crónicas de los periódicos. Como el sueño y el mito es una ontofanía...

—Una onto qué? —gritó el Cosaco, con alarma.

—Una ontofanía, una revelación de la realidad. Pero de *toda* la realidad, eh! De toda. No sólo de la exterior sino de la interior. No sólo de la racional sino de la irracional. Comprendan. Eso es infinitamente complejo. Porque sufre sin duda una fuerte impregnación de lo objetivo, pero que mantiene con ese mundo objetivo una relación muy sutil, muy compleja. Hasta contradictoria. Si la sociedad fuera lo decisivo, lo único, cómo podría explicarse la diferencia entre una literatura como la de Balzac y la de su contemporáneo Lautréamont? O como la de Claudel y la de Céline? En definitiva, todo arte es individual porque es la visión de una realidad a través de un espíritu que es único.

—Nos estamos apartando del problema —interrumpió Araujo con aspereza.

—El que se está apartando del problema es usted! Y le advierto que no he terminado. Les decía que todo arte es individual, y ésa es la diferencia esencial con el conocimiento científico. En el arte, lo que importa es precisamente ese diagrama personal, único, esa concreta expresión de la individualidad. Por eso hay estilo en el arte y no hay estilo en la ciencia. Qué sentido tendría hablar del estilo de Pitágoras en su teorema de la hipotenusa? El lenguaje de la ciencia puede y en rigor *debe* consistir en signos abstractos y universales. La ciencia es la realidad vista por un sujeto prescindente. El arte es la realidad vista por un sujeto imprescindible. Esa incapacidad, incapacidad entre comillas, es justamente su riqueza. Y lo que le permite dar la totalidad de la experiencia humana, esa interacción del yo y del mundo que es la realidad integral del hombre. Desde este punto de vista es disparatado acusar a Borges de no ser representativo. Representativo de qué? de qué? Él representa, como nadie, la realidad Borges-mundo. Esa realidad no tiene por qué ser la que fotográficamente vemos de la Argentina. Esa manera única de ver el mundo se manifiesta en un idioma que también es único. Idioma que no hay más remedio que llamar idiolecto. Palabra horrible que quizás sea sinónimo de estilo. Sería bueno, en consecuencia, que a esta altura del desarrollo de nuestras letras (y ojo que no tenemos ciento cincuenta años, no somos una "nueva" literatura, sino que tenemos mil, somos tan descendientes del Cantar del Cid como un escritor de Madrid), a esta altura de nuestras letras se termine con todas estas falacias. Y aceptemos de una buena vez que entre nosotros puede haber, y sin problemas de mala conciencia, artistas tan opuestos como Balzac y Lautréamont. Se levantó y ya se iba, pero estaba demasiado excitado. Se detuvo y agregó:

—Le hacen un flaco favor a Marx estos epígonos de bazar, haciéndolo responsable de cualquier idiotez que se les ocurre, como esa relación directa y proporcional entre los bananeros y la literatura de introspección. Y el hecho de que él prefiriera a Balzac es respetable, pero espero que no me digan que es el único ser en el mundo que pueda tener preferencias. Ahora resulta que todos tenemos que preferir a Balzac porque él lo dijo. Y entonces un poeta como Lautréamont será un sujeto sospechoso, porque con sus delirios escapa a la realidad francesa de su tiempo, la carestía de la papa. Un vendido al capitalismo. Con ese criterio, cuando la Revolución Francesa tronaba en toda Europa, Beethoven debía haber escrito marchitas militares o por lo menos música como esa 1812 de Tchaikovsky, en lugar de sus cuartetos. No sé dónde leí, debe de haber sido otro de estos epígonos de dos por cinco, que en Francia un hombre como Lautréamont podía quizá hacer eso. Pero que si lo hacemos aquí somos imitadores de la literatura europea. Ahora bien, si tenemos presente que un tipo de arte como ése tiene mucho que ver con el sueño, resulta que sólo se puede soñar en Francia. Aquí no debemos dormir, y si dormimos hay que soñar con aumento de salarios y huelgas de metalúrgicos. Y no les digo nada si nos ocupamos de la muerte. No sé quién de éstos me criticaba porque me ocupaba de esa temática europea. Claro, aquí no nos morimos. Aquí somos inmortales folklóricos. La muerte es asunto sospechosamente vinculado a Wall Street. Los entierros están al servicio del imperialismo. Basta por el amor de Dios! Basta con tanta demagogia filosófica!

Volvió a levantarse.

—No, por favor, no se vaya —pidió Silvia.

—Para qué? Estas discusiones no tienen sentido.

—Pero, por favor, hay por lo menos un par de cosas que querríamos preguntarle — insistió Silvia.

—Qué cosas.

Bruno le pidió que se calmara, tomándolo suavemente de un brazo.

Estaba bien, pero para qué, en fin.

—Lo que sucede —agregó cuando se hubo calmado— es que esa gente ni siquiera ha entendido al marxismo. Si la literatura fuese enemiga de la revolución, o por lo menos una especie de masturbación solipsista, no se explica por qué Marx admiraba a Shakespeare. Y al cortesano y monárquico Goethe. Seguro que estos mini-pensadores me saldrán argumentando que ahora la situación es más perentoria y que, sobre todo en el Tercer Mundo, no es momento para literatura. Yo les preguntaría si en el momento en que Marx iba a la Biblioteca de Londres, cuando se explotaba bárbaramente en las minas de carbón a chiquilines de siete años, era momento para la poesía y la novela. Porque no sólo Dickens escribía entonces. También escribían Tennyson, y Browning, y Rossetti. Y en plena

revolución industrial, uno de los hechos históricos más despiadados que se registran, hubo artistas como Shelley y Byron y Keats. Muchos de los cuales también leía y admiraba Marx. Lindo favor le hacen a su maestro adjudicándole estupideces de ese tamaño! Y, además, esa otra idea falsa y superficial del arte como reflejo de la sociedad, de la clase a que pertenece. Y no sólo del arte: del pensamiento. Pero hombre, con ese criterio Marx no podía ser marxista, ya que era un burgués. El marxismo debía haber sido inventado por un minero de Cardiff. Me parece que ni siquiera han entendido la dialéctica. Supongo que leyeron el QUÉ HACER de Lenin, no? Y bien, la clase obrera por sí misma habría sido incapaz de llegar al socialismo, no habría pasado del gremialismo amarillo. El socialismo lo crearon burgueses como Marx y Engels, aristócratas como Saint-Simon y Kropotkin, intelectuales como Lenin y Trotski.

—El Che Guevara.

—Y lo que dije para pensadores vale con mayor fuerza para poetas y escritores. Ya que la ficción, como el sueño, y por motivos semejantes, es en general un acto antagónico de la realidad, no un mero reflejo pasivo. Así se explica que muchas veces sea hostil a la sociedad de su tiempo. Se trata aquí, debo decir, más bien de una dialéctica en el sentido de Kierkegaard.

—Cómo, cómo? —preguntó Araujo, con sorpresa.

—Sí, joven. De Kierkegaard. Ha oído bien. No veo por qué hay que alarmarse ni desinfectarse. Al fin de cuentas, la reacción contra esa entelequia que era el hombre para el pensamiento ilustrado no fue sólo obra de Marx sino también de Feuerbach y de Kierkegaard. La defensa del hombre concreto. Pero, como les iba diciendo, el arte suele ser un acto antagónico. Y, como el sueño, a menudo se opone a la realidad, y hasta agresivamente. Vean Estados Unidos. El colmo de la alineación, y ha producido una de las más notables literaturas de todos los tiempos. Y la Rusia zarista. Observen el mecanismo secreto en sus dos cumbres: en ese conde Tolstoi, aristócrata hasta la médula de los huesos, que da uno de los testimonios más tenebrosos de la condición del hombre. Y el otro, ese zarista llamado Dostoievsky.

—Pero el arte proletario —comenzó Araujo.

—Qué es eso? Dónde está? Se refiere usted a esas tarjetas postales coloreadas con Stalin a caballo dirigiendo batallas en las que no estuvo nunca? Esas cursis tarjetas postales que ese hombre creía la cumbre de la estética revolucionaria y que eran el colmo del más chato naturalismo burgués? Curioso, y digno de meditar: las revoluciones parecen preferir siempre el arte reaccionario y superficial. Los famosos pompieri de la Revolución Francesa. Vean adónde va a parar la famosa teoría del reflejo. No es Delacroix el artista de la revolución sino David, y otros peores que

ese académico. Y mientras Stalin caía en éxtasis delante de esos productos prohibía el gran arte occidental.

—Sí, pero si se está en plena revolución —insistió Araujo— lo que estorba o hace peligrar la revolución no puede ser tolerado. Es una guerra. Y se trata de vencer o morir. Y si una obra da argumentos al enemigo o por lo menos ablanda o distrae al combatiente, se tiene el derecho histórico de impedirla.

—Un arte contrarrevolucionario, en suma —preguntó Sabato.

—Sí.

Hasta Silvia lo miraba callada.

Pero no fueron las palabras de Araujo ni el silencio de la chica lo que desasosegó a Sabato sino la mirada del compañero de Marcelo, que de pronto advirtió fija en él. Todo el tiempo se había sentido inquieto por aquella presencia poderosa, poderosa por su simple pureza, o porque le recordaba la expresión de aquel Carlos de 1932. Sus ojos resplandecían en silencio en su cara austera y dolorosamente reconcentrada, como dos brasas en una sufrida tierra reseca. A su lado, Marcelo era como un ángel bondadoso que cuidara un ser a la vez fuerte e indefenso en un mundo apocalíptico y podrido. Sí, recordaba el suplicio de Carlos y el que tarde o temprano sufriría este otro muchacho, o tal vez habría ya sufrido. Y todas las palabras que habían estado diciendo, todo aquel chisporroteo filosófico se convertía en un motivo de vergüenza frente a la solitaria reticencia de alguien surgido vaya a saber de qué provincia miserable, víctima y testigo de infinitas injusticias y humillaciones. Con voz repentinamente baja, casi como si hablara para sí mismo, mirando hacia el suelo, Sabato dijo:

—Sí, muchachos... Pero tengan cuidado con esa palabra, tengan cuidado de aplicarla con odio y con ligereza, porque entonces hombres como Kafka...

Estaba muy angustiado. Por un lado pensaba que cualquier cosa que dijera podría herir o desilusionar a ese muchacho. Por el otro, sentía el deber de aclarar, de explicar. El deber de impedir que ellos, que alguno de ellos, el más puro, pudiera un día cometer una tremenda injusticia, aunque fuera una sagrada injusticia.

—El dilema no es literatura social y literatura individual, muchachos... El dilema está entre lo grave y lo frívolo. Cuando mueren niños inocentes bajo las bombas en el Vietnam, cuando son torturados los seres más puros en las tres cuartas partes del mundo, cuando el hambre y la desesperación dominan en la mayor parte del mundo, comprendo que se clame contra cierto tipo de literatura... Pero contra cuál, muchachos... Contra cuál? Pienso que existe todo el derecho a rechazar el juego frívolo, el mero ingenio, la diversión verbal... Pero debe tenerse cuidado de repudiar a los grandes y desgarrados creadores que son el más terrible testimonio del hombre. Porque también ellos luchan por la dignidad y la salvación. Sí, es cierto, la inmensa mayoría escribe por motivos subalternos. Porque busca fama o

dinero, porque tiene facilidad, porque no resiste la vanidad de verse en letra de imprenta, por distracción o por juego. Pero quedan los otros, los pocos que cuentan, los que obedecen a la oscura condena de testimoniar su drama, su perplejidad en un universo angustioso, sus esperanzas en medio del horror, la guerra o la soledad. Son los grandes testigos de su tiempo, muchachos. Son seres que no escriben con facilidad sino con desgarramiento. Hombres que un poco sueñan el sueño colectivo, expresando no sólo sus ansiedades personales sino las de la humanidad entera... Esos sueños pueden incluso ser espantosos, como en un Lautréamont o un Sade. Pero son sagrados. Y sirven porque son espantosos.

—La catarsis —apuntó Silvia.

Sabato la miró y ya no dijo nada. Parecía muy preocupado y descontento. Se quitó los anteojos y se apretó la frente, en medio de un silencio absoluto. Después dijo algo que no se entendió bien y se fue.

MORIR POR UNA CAUSA JUSTA

pensaba Bruno, mientras veía a Marcelo alejarse con su compañero por la calle Defensa. Morir por el Vietnam. O quizá aquí mismo. Y ese sacrificio sería inútil y candoroso, porque el nuevo orden finalmente sería copado por cínicos o negociantes. El pobre Bill yendo de voluntario a la RAF, ahora sin piernas, quemado, mirando pensativo por la ventana que da a la calle Morán; para que los empresarios alemanes, muchos de ellos nazis o criptonazis, terminaran haciendo buenos negocios con los empresarios ingleses, durante exquisitas comidas, con amables sonrisas. Terminaran haciendo negocios? Pero aun en plena guerra no había colaborado con Hitler la ITT? Y la General Motors no le había vendido subrepticamente motores para tanques?

Claro, cómo no admirar a Guevara. Pero sorda y tristemente *algo* le murmuraba que en 1917 la Revolución Rusa también había sido romántica, grandes poetas la habían cantado. Porque toda revolución, por pura que sea, y sobre todo si lo es, está destinada a convertirse en una sucia y policial burocracia, mientras los mejores espíritus concluyen en las mazmorras o en los manicomios. Sí, todo eso era amargamente cierto.

Pero el acto de enrolarse en la RAF había sido absoluto, incontaminado y eterno: ni uno ni mil fabricantes de conservas podrían arrebatarle a Bill ese diamante. Qué importaba, entonces, lo que un día podría llegar a ser cualquier revolución. Más aún

(pensaba con asombro, recordando a Carlos torturado no ya por Cristo o Marx sino por Codovilla): ni siquiera importaba que la doctrina fuese verdadera. El sacrificio de Carlos fue un absoluto, la dignidad del hombre se salvó una vez más con su solo acto. A pesar de haber sido un iluso, y precisamente por haberlo sido, Carlos rescataba a la humanidad entera del cinismo y del acomodo, de la bajeza, de la podredumbre. Ahí iban los dos. Al lado de aquel tímido aristócrata que renunciaba a los privilegios de su clase, iba el otro, esmirriado y humilde. Quizá a morir por alguien que un día habría de traicionarlos o defraudarlos.

Ahí iban por la calle Defensa. Hacia qué terrible pero hermoso destino?

HACÍA MUCHOS AÑOS

que S. no caminaba por el Parque Lezama. Se sentó frente a la estatua de Ceres y quedó cavilando en su destino. Luego fue a tomar un café en el boliche de Brasil y Balcarce, donde tantas veces seguramente Alejandra tomaba algo con Martín. Miró distraídamente a su alrededor, había discusiones. Panzeri es un exagerado. No, señor, es un tipo que no se vende, eso es lo que pasa. Panzeri no ve más que desastres, el PRODE tiene su lado beneficioso, qué embromar. Un hombre joven, casi un muchacho, al parecer bastante alto, leía un diario que le tapaba la cara. No le habría llamado la atención si no hubiese advertido (vivía en permanente alerta, no era para menos) que por momentos lo atisbaba por encima del periódico. Claro, el hecho podía no tener trascendencia, quizá era uno de los tantos chicos que lo conocía. Por lo poquísimo que alcanzaba a ver de su frente tenía la sensación de haberlo visto en otras oportunidades. Pero dónde? Cómo?

NUNCA LO HABÍA VISTO

pero sin duda era él, lo habría reconocido entre miles, no sólo por sus fotografías sino porque su corazón golpeó con violencia cuando lo divisó, en aquel rincón del café, como si entre él y Sabato existiera una silenciosa y secreta señal que podía establecer ese reconocimiento en cualquier lugar del mundo, entre millones de

personas. Repentinamente avergonzado por la sola posibilidad de ser reconocido por él, Martín se ocultó tras el diario que acababa de comprar. Pero a cada momento, como quien está cometiendo un acto prohibido y terrible, lo espiaba. Trataba de descubrir la raíz de ese sentimiento, pero le resultaba difícil, como si tuviese que leer las palabras de una carta de tremenda trascendencia pero casi ininteligible por la falta de luz y por una ambigüedad en los trazos que tal vez fuera consecuencia del desgaste, del ajamiento del papel, del tiempo. Intensamente trataba de definir ese sentimiento indefinible, hasta que pensó que acaso fuera semejante al de un muchacho que después de un viaje por países remotos observase el rostro de alguien del que se dice que es su padre, pero al que nunca antes ha visto en su vida.

Trataba de descubrir lo que había debajo de aquella máscara de huesos y cansada carne, porque Bruno le decía que no bastan los huesos y la carne para construir un rostro, que es algo infinitamente menos físico que el resto del cuerpo, ya que está calificado por ese conjunto de sutiles atributos con que el alma se manifiesta o trata de manifestarse a través de la carne. Motivo por el cual, pensaba Bruno, en el instante mismo en que alguien se muere su cuerpo se transforma en algo misteriosamente distinto, tan distinto como para que podamos decir "no parece la misma persona", no obstante tener los mismos huesos y la misma materia de un segundo antes, un segundo antes de ese momento en que el alma se retira del cuerpo y en que éste queda tan muerto como una casa cuando se han ido para siempre (retirando sus cosas tan personales) los seres que la habitaron y que allí sufrieron y amaron.

Sí, pensaba Martín: las sutilezas de los labios, las pequeñas arrugas en torno de los ojos, esas imprecisas imágenes de los habitantes interiores, esos desconocidos que se asoman a las ventanas de los ojos, de modo ambiguo y fugitivo y casi traslúcido: las figuras de los fantasmas interiores.

Era arduo, era casi imposible descubrir todo eso desde lejos.

Y así, aquel hombre, aquel rostro, se le aparecía apenas como el rumor de una lejana conversación, que sabemos importantísima y que ansiosamente queríamos descifrar.

Soy un huérfano, se dijo Martín, con tristeza, y sin saber por qué.

SALIÓ DEL CAFÉ Y VOLVIÓ AL PARQUE

Ahí estaba, imperioso y férreo, don Pedro de Mendoza, señalando con su espada la ciudad que su real gana decidía fundar aquí: SANTA MARÍA DE LOS BUENOS AYRES, 1536. Qué bárbaros, era el calificativo que siempre se le ocurría. Y esas mujeres: Isabel de Guevara, Mari Sánchez, Elvira Pineda...

Esas idioteces inventadas por el humanismo abstracto: todos los hombres son iguales, todos los pueblos son iguales. Había hombres grandes y hombres enanos, pueblos gigantescos y pueblos chiquitos así.

La crueldad de la conquista. Los que quieren virtudes al estado puro.

Y la Conquista de América por el Oro!

Como suponer que el jugador juega por el dinero, no por la pasión.

El dinero era el instrumento, no el fin.

Se sentó en uno de los bancos, cuando vio llegar con cautela a la chica del suéter amarillo.

Qué, lo había seguido?

Su pregunta mostraba fastidio: detestaba que lo siguieran y también lo temía.

Sí, lo había seguido, lo había visto entrar al café, estuvo esperando en el parque a que saliera.

Para qué?

Le parecía aún más miope que durante la reunión, también más tímida: no era la chica brillante de pocas horas antes.

Pero, realmente se llamaba Gentile?

Sí.

Pero no era sefardí o algo así?

Cómo, algo así? Su abuelo era napolitano.

—Napoli e poi morire —dijo S., riéndose del cliché.

De cerca parecía más flaquita, con su piel cetrina y su nariz aguileña.

—Tenés cara de sarracena.

No respondió.

—Y sos muy miope. Verdad?

Sí, cómo se había dado cuenta.

Tendría que cambiar de oficio si no fuera observador. Una manera de mirar, de caminar, de adelantar la cabeza.

Sí, cuando chica hasta se llevaba puertas por delante.

Pero por qué no usaba anteojos?

—Anteojos?

Pareció no haber oído bien.

Sí, anteojos.

Tardó mucho en responder. Después murmuró: porque ya era demasiado fea sin anteojos.

Fea? Quién se lo había dicho?

Ella se lo había dicho. El espejo.

—Este parque antes era más lindo. Ahora lo arruinaron —dijo S.—, y ese monumento que encajaron allá atrás. Lo viste?

Sí, lo había visto. Esa especie de cohete a Marte sobre un chasis de camión.

—Tenés mucho sentido del humor. Eso que dijiste hoy sobre el estructuralismo.

No respondió.

No era así?

Sí, en público.

Cómo?

Cuando estaba a solas con otra persona era tímida.

—Caramba, te pasa al revés de otros.

Sí.

Y por qué lo había seguido?

No era la primera vez.

S. se alarmó. Y con qué objeto, agregó.

—No se enoje. Me pareció que la reunión de hoy lo irritó. No queríamos. Yo, al menos, no quería.

—Así que otros querían, no?

Ella se quedó callada.

Bueno, estaba claro. Pero por qué diablos tenía él que dar examen ante personas como Araujo? Él no le había pedido a ese joven que leyera sus libros ni que estuviera de acuerdo con él. Cuando Araujo todavía era un nonato, ya él había estudiado no sólo a Marx sino a Hegel. Pero no en cafés. Lo había estudiado mientras arriesgaba su vida, durante años.

Sí, ella lo sabía.

Bueno, entonces, que lo dejaran tranquilo. Caramba, la vida era de por sí ya bastante dura sin esa clase de tipos.

—Vení, caminemos un poco —le dijo con repentino afecto, tomándola de un brazo—. No te vayas a llevar una estatua por delante.

Se pararon a contemplar los leones de bronce.

—Los alcanzás a ver? —preguntó con ese sadismo que a veces le salía con personas que estimaba.

Sí, más o menos. "Los leones pensativos", no?

—Sí, pero debía haber escrito "severamente pensativos".

En cuanto uno se descuida escribe por aproximación, chambonea. Yo, por lo menos. Observá la expresión exacta.

—Cómo? —preguntó ella con irónico desvalimiento—. Tendría que acercarme mucho.

—Entonces creé en lo que te digo: su expresión es severa y pensativa a la vez. Qué curioso. Qué se propondría el escultor.

—Alejandra —murmuró ella, con voz vacilante.

Qué.

Vivía? Había existido alguna vez?

S. le respondió con cierta severidad. Cómo, ella también?

—Vení, sentate. Antes, estos bancos eran de madera. Un poco más y nos sentaremos en bancos de terilene y comeremos píldoras. Por suerte yo no veré todo eso. Te das cuenta de que soy un reaccionario? Al menos lo que ustedes los marxistas piensan de mí.

—No todos los marxistas.

—Caramba, menos mal. Basta que diga mito o metafísica para que en seguida me acusen de recibir dinero de la embajada norteamericana. A propósito de norteamericanos, sabés una cosa? Un tipo de no sé qué universidad hizo notar en su tesis que mi novela comenzaba frente a la estatua de Ceres. Está por allí.

—Y eso?

—La diosa de la fertilidad. Edipo.

Pero lo había hecho a propósito?

Qué.

Lo de la estatua de Ceres.

—Estás hablando en serio?

Sí, claro.

—Pero no, sonsa. En aquel tiempo había aquí una cantidad de estatuas. Recuerdo que había elegido primero la de Atenea. Después no me gustó, no sé por qué. Hasta que puse Ceres.

—Entonces, es probable que su inconciente lo impulsara.

—Es probable.

—EL TÚNEL, también empieza con una maternidad.

—También me lo dijeron. Esos que hacen tesis descubren todo. Quiero decir que descubren lo que uno mismo no sabía.

—Pero entonces está de acuerdo.

—En un sentido estrecho, no. Pero creo que si escribís abandonándote a tus impulsos, pasa un poco lo de los sueños. Te van saliendo las obsesiones profundas. Mi madre era poderosa, y a nosotros dos, los últimos, a Arturo y a mí, nos agarró, por decirlo así. Casi nos encerró. Se puede decir que vi el mundo a través de una ventana.

—La madre sobreprotectora.

—Por favor, no uses esa jerga. Sí, quizá inconcientemente he estado dando vueltas alrededor de la madre. Otro hace un análisis junguiano, los símbolos tales y cuales.

No, no es uno, son varios los que están haciendo eso. Debe de haber algo, entonces. Pero a veces no es lo que creen, o por lo menos lo que algunos creen: no son consecuencia de lecturas. Con ese criterio, comprendés, cuando soñamos con fondos submarinos es porque hemos leído a Jung. Así que antes de Jung nadie soñaba con fondos submarinos. Es al revés, hombre: Jung existe gracias a esa clase de sueños.

—Usted ha dicho a menudo que el arte y el sueño tienen parentesco.

—Claro, al menos en el primer momento. En el momento en que el artista se sumerge en el inconciente, como cuando te dormís. Pero luego sucede un segundo momento, que es de expresión, observá bien: de ex-presión, de presión hacia fuera. Por eso el arte es liberador y el sueño no, porque el sueño no sale. El arte sí, es un lenguaje, un intento de comunicación con otros. Gritás tus obsesiones a otros, aunque sea con símbolos. Lo que pasa es que ya estás despierto y a esos símbolos se mezclan entonces lecturas, ideas, voluntad creadora, espíritu crítico. Ahí es cuando el arte se diferencia radicalmente del sueño. Comprendés? Pero no podés hacer arte en serio sin esa sumersión inicial en el inconciente. Por eso es ridículo lo que proponen esos tontos: el deber de un arte nacional y popular. Como si antes de dormirte te dijeras: bueno, ahora a tener sueños nacionales y populares.

Silvia se rió.

—Así que descendés de napolitanos.

No. Por parte de madre había españoles.

—Bueno, perfecto. Italianos, españoles, moros, judíos. Mi teoría sobre la nueva Argentina.

Qué teoría.

—Resultante de tres grandes fuerzas, tres grandes pueblos: españoles, italianos y judíos. Si lo pensás un poco, verás que nuestras virtudes y nuestros defectos vienen de ahí. Sí, claro, también hay vascos, franceses, yugoslavos, polacos, sirios, alemanes. Pero lo fundamental viene de ahí. Tres grandes pueblos, pero con unos defectos que bueno bueno. Un israelí me decía en Jerusalén: no es un milagro? en medio de un desierto? rodeado por trillones de árabes? a pesar de la guerra? Pero no, hombre, le respondí, es justamente por eso. El día que estén en paz, que Jehová no lo quiera, esto no dura ni un minuto. Te imaginás, Silvia, 2 millones de judíos sin una guerra ? Dos millones de presidentes de la república. Cada uno con sus propias ideas sobre vivienda, ejército, educación, lenguaje. Andá, goberná eso. El tipo que te venda un sándwich te sale hablando de Heidegger. Y el individualismo español? Y el cinismo italiano? Sí, tres pueblos grandes. Pero qué combinación, Dios, mío! Aquí lo único que podía habernos salvado era una buena y saludable guerra nacional, digamos hace unos cincuenta años.

—Me parece muy pesimista.

—Sí.

—Y por qué se empeña en luchar, entonces? En quedarse aquí?

—Qué sé yo.

La miró con cuidado.

—Vos pertenecés a alguna organización peronista?

Ella vaciló.

—Quiero decirte a alguna organización marxista del peronismo.

—Sí, es decir no... Ando en dudas, tengo amigos... ya veremos...

—Pero vos sos marxista.

—Sí.

—Mirá. Sigo creyendo, como en aquellos tiempos de, cómo decirte... de catecumenia, que Marx es uno de los filósofos que ha trastornado el pensamiento contemporáneo. Pero luego empecé a apartarme en varias cosas... Recordás la sorpresa de Marx, su perplejidad con los trágicos griegos?

—No.

—Se queda pensativo, por decirlo así, sobre la forma en que aquellos poetas siguen emocionándonos, a pesar de que las estructuras sociales en que surgieron hayan desaparecido. Tendría que admitir que hay valores "metahistóricos" en el arte, lo que seguramente lo avergonzaría. Vos estudiás filosofía?

—No, estudio letras —admitió, como si se tratara de algo ridículo.

—Me pareció que te interesaba más la filosofía.

—Creo que sí. Leo más filosofía que literatura. Pero he leído muy poco y muy mal, me parece.

—No te preocupés. Tampoco yo he estudiado mucho. Soy poco más que un escritor que me vengo planteando desde hace casi treinta años el problema del hombre. De la crisis del hombre. La poca filosofía que conozco la aprendí a tumbos, a través de mis búsquedas personales en la ciencia, en el surrealismo, en la revolución. No es resultado de una biblioteca sino de mis desgarramientos. Tengo lagunas inmensas, las mismas que tengo en literatura, en todo. Cómo te explicaría?

Quedó pensando.

—Es como si fuese un explorador en busca de un tesoro metido en una selva, para llegar a la cual he debido atravesar montañas peligrosas, ríos torrentosos, desiertos. He estado perdido muchas veces, no sabía para dónde agarrar. Creo que me salvó nada más que el instinto de vida. Y bien: esa ruta la conozco, al menos la viví, no me enteré por libros de geografía. Pero no sé infinitas cosas que están fuera de esa ruta. Más aún: no me interesan. Sólo pude aprender lo que me apasionó de modo vital, lo que tenía que ver con ese tesoro.

Silvia parecía adelantar aún más que de costumbre su cabeza, escrutándolo.

—Sí, lo entiendo —dijo, con tono muy cortado.

S. la contempló con ternura.

—Qué bueno —dijo—. Te has salvado de la facultad de letras. En realidad, a alguien como vos nunca le hará mal la facultad.

Se levantó.

—Vení, caminemos un poco.

Mientras caminaban le explicó:

—Casi al mismo tiempo que me metí en la física me metí en el marxismo. Y así pude vivir las dos experiencias más trastornadoras de nuestra época. En 1951 publiqué lo que podría llamar el balance de esas dos experiencias: HOMBRES Y ENGRANAJES. Casi me crucifican.

Su risa era dolorosa.

—Te das cuenta? Hablaba de la otra alienación, de la tecnológica. Y de la tecnolatría. Me acusaban de reaccionario por atacar la ciencia. La herencia del pensamiento ilustrado. Resulta que para ser partidario de la justicia social tenés que arrodillarte ante una pila de Volta.

Se agachó, recogió una piedrita y la arrojó contra el estanque. Después de un rato, prosiguió:

—Ahora no es tan deshonoroso, después de Marcuse y la rebelión de los chicos norteamericanos y de los estudiantes de París. Pero, claro, yo era un pobre escritor sudamericano.

Su voz era amarga.

—Pero la alienación tecnológica se debe al mal uso de la máquina —adujo Silvia—. La máquina es amoral, está más allá de los valores éticos. Es como un fusil: puede ser usado en una dirección o en la contraria. En una comunidad que se propone al hombre como fin esa alienación tecnológica no ocurrirá nunca.

—Hasta ahora no hay ninguna sociedad que haya probado lo que acabás de afirmar. En los grandes países colectivistas hay el mismo género de robotización que en los Estados Unidos.

—Puede ser transitorio. Por otra parte, cómo resolver el problema del hombre y del aumento exponencial de la población sin producir alimentos y objetos en masa? La producción masiva implica ciencia y tecnología. Se puede rechazar la técnica cuando las tres cuartas partes del mundo se mueren de hambre?

—La pobreza, la injusticia social deben ser abolidas. Lo que te digo es que no se debería pasar de la calamidad del subdesarrollo a la calamidad del hiperdesarrollo. De la miseria a la sociedad de consumo. Mirá la juventud norteamericana. Una servidumbre peor que la de la miseria. No sé si no es preferible el hambre a las drogas.

—Pero, qué es lo que propone, entonces?

—No lo sé. Lo que sé es que debemos hacer conciencia de este tremendo problema. Ya que estamos a medio desarrollo, no seamos tan estúpidos como para repetir la catástrofe del hiperdesarrollo.

—Si los países pobres no se desarrollan, ayudan a mantener su esclavitud. Hablar en las minas bolivianas contra los bienes materiales, no es una especie de exquisitez?

—Nunca aprobé la explotación, lo sabés. Lo que he dicho y seguiré diciendo, aunque ahora no es fácil ni simpático, es que no vale la pena hacer sangrientas revoluciones para que un día las casas se llenen de chirimbolos inútiles y de chicos idiotizados por la televisión. Si vamos a juzgar por los resultados, hay países pobrísimos que son mejores que los Estados Unidos. El Vietnam. Con qué venció al país más tecnificado del mundo? Con fe, espíritu de sacrificio, amor a su tierra. Valores espirituales.

—Sí. Pero no me dice cómo daría aumentos (no le hablo de chirimbolos) a una población que aumenta de modo exponencial.

—No lo sé. Tal vez habría que estabilizar la población mundial. Pero en todo caso sé lo que *no* quiero. Ni supercapitalismo, ni supersocialismo. No quiero superestados con robots. En Israel me hablaron con desdén de un kibutz: fabricaba zapatos, creo, tres o cuatro veces más caros que no sé qué fábrica de Tel Aviv. Pero, quién ha dicho que la misión de un kibutz es fabricar zapatos baratos? Su misión es hacer hombres. Tenés hora?

Silvia puso sus ojos casi en contacto con el reloj. Eran las 7 y 10.

Estaban en la terraza de la antigua quinta. Apoyado en la balaustrada, S. le explicó que el río llegaba hasta ahí abajo, donde ahora corrían los autos enloquecidos.

Parque mustio y viejo, recitó S. como para sí mismo.

Qué?

Nada. Pensaba.

—El gran mito del Progreso —dijo, por fin—. La Revolución Industrial. Con la Biblia en la mano (siempre es bueno cometer porquerías con pretextos honrosos) destruyeron culturas enteras, entraron a sangre y fuego en antiguas comunidades africanas o polinesias, no dejaron piedra sobre piedra. Para qué? Para llenarlos de vulgaridades hechas en Manchester, para explotarlos despiadadamente: en el Congo Belga les cortaban las manos cuando robaban alguna cosita; ellos, los que robaban el país entero. Pero no sólo los esclavizaron: les quitaron sus antiguos mitos, su armonía con el cosmos, su candorosa felicidad. La barbarie tecnológica, la arrogancia europea. Ahora estamos pagando este gran pecado. Lo pagan los muchachos drogados y perdidos de Londres o New York.

—No está haciendo una nostalgia romántica de la lepra o la desnutrición o la disentería?

S. la miró con cariñosa ironía.

—Dejemos esto de lado, Silvia. Prefiero hablar de otro asunto, que quedó en el aire, en la reunión. Claro que el marxismo acierta con ciertos hechos sociales y políticos de esta sociedad. Pero hay otros hechos que resisten.

Resisten? Silvia adelantó su cabeza de sarracena.

—Claro: el arte, los sueños, el mito, el espíritu religioso.

Tímidamente (era extrañísimo el contraste entre la Silvia audaz de la reunión, irónica, brillante, y ésta del parque) ella argumentó que el ateísmo marxista era más bien político, no teológico. No había tenido por objeto la muerte de Dios sino la destrucción del capitalismo. Había criticado la religión en la medida en que constituía un obstáculo para la revolución.

S. la miraba con apacible incredulidad.

Qué, no estaba de acuerdo?

—Ya sabemos que la Iglesia apoyó la explotación. Te dije antes eso de la Biblia en el África. Pero yo hablo de otra cosa, no hablo de la actitud política de la Iglesia sino del espíritu religioso. Marx era *realmente ateo*, realmente creía que la religión era una superchería.

Ni más ni menos que los científicos.

Después se rió.

—La televisión es el opio del pueblo. Este es el aforismo verdadero. Pero no te enojés. Tengo admiración por Marx; inició, junto con Kierkegaard, la reivindicación del hombre concreto. Pero me refiero ahora a su fe en la ciencia, que, ya ves, nos ha llevado a otro género de alienación. Ahí es donde me separo de su teoría. Lo mismo me pasa con neo-marxistas de gran calidad, como Kosik. En el fondo son racionalistas.

—Pero la razón dialéctica no es la simple razón de antes.

—Dialéctica o no, sigue siendo abstracta. Y quieren develar todo, explicar todo. No me refiero, claro, a esos que "explican" a Shakespeare con la acumulación primitiva del capital. Eso es un chiste.

Se sentó y quedó pensando un rato. Luego agregó:

—Mirá lo que sucedió con el mito. Los tipos de la Enciclopedia se rieron: puro macaneo, pura mistificación. Y, de paso, ahí tenés la raíz de esa confusión actual: desmistificación es lo mismo que des-mitificación. Los hombres de ciencia se morían de risa. Vos no has conocido a esa gente como yo, que he trabajado al lado de premios Nobel, en grandes centros de investigación. Pero hay un caso que me parece patético. El de Lévy-Bruhl. Conocés eso?

—No. Me he limitado a Lévi-Strauss. Son parientes?

—No. Este que te digo es con y griega. Comenzó una obra para *demostrar* el ascenso de la mentalidad primitiva a la conciencia científica. Sabes lo que le pasó al

pobre tipo? Envejeció tratando de demostrarlo. Pero era honrado y terminó confesando su derrota, reconociendo que la famosa mentalidad "primitiva" no es un estadio inferior del hombre. Y que en un hombre de hoy subsisten las dos mentalidades. Qué horror, no? Observá que esa mentalidad "positiva" (el adjetivo me produce gracia, no lo puedo evitar) inyectó en Occidente la idea de que la cultura científica es superior a la cultura digamos de los polinesios. Qué te parece? Y la ciencia superior al arte, claro. Cuando abandoné la física, el profesor Houssay me retiró el saludo. Lo sabías?

—No.

—Para el pensamiento ilustrado el hombre progresaba a medida que se alejaba del estadio mito-poético. En 1820 lo dijo de modo ilustre un cretino, Thomas Lowe Peacock: un poeta en nuestro tiempo es un bárbaro en una comunidad civilizada. Qué te parece?

Silvia estaba pensativa.

—La excavación del pobre Lévy-Bruhl reveló hasta qué punto esa pretensión era equivocada, además de estafalaria y arrogante. Pasó lo que tenía que pasar: expulsado por el pensamiento, el mito se refugió en el arte, que así resultó una profanación del mito, pero al mismo tiempo una reivindicación. Lo que te prueba dos cosas: primero, que es imbatible, que es una necesidad profunda del hombre. Segundo, que el arte nos salvará de la alienación total, de esa segregación brutal del pensamiento mágico y del pensamiento lógico. El hombre es todo a la vez. Por eso la novela, que tiene un pie en cada lado, es quizá la actividad que mejor puede expresar al ser total.

Se inclinó y acomodó unas piedras en forma de R.

—Hace un tiempo, un crítico alemán me preguntó por qué los latinoamericanos teníamos grandes novelistas pero no grandes filósofos. Porque somos bárbaros, le respondí, porque nos salvamos, por suerte, de la gran escisión racionalista. Como se salvaron los rusos, los escandinavos, los españoles, los periféricos. Si quiere nuestra Weltanschauung, le dije, búsquela en nuestras novelas, no en nuestro pensamiento puro.

Reacomodó las piedritas en forma de cuadrado.

—Me refiero, claro, a las novelas totales, no a las simples narraciones. Desde Europa, por supuesto, nos vienen a decir que en las novelas no tiene que haber ideas. Los objetivistas. Mi Dios! Siendo el hombre el centro de toda ficción (no hay novelas de mesas o gasterópodos) esa objeción es idiota. Ezra Pound dijo que no podemos permitirnos el lujo de ignorar las ideas filosóficas y teológicas de Dante, ni pasar de largo los pasajes de su novela o poema metafísico que las expresan con mayor claridad. Y no sólo son legítimas las ideas encarnadas sino las purísimas ideas platónicas. No son hombres los que llegaron hasta allí? No se podría entonces

hacer una novela con Platón de personaje a menos que liquidáramos buena parte de su espíritu. La novela de hoy, al menos en sus más ambiciosas expresiones, debe intentar la descripción total del hombre, desde sus delirios hasta su lógica. Qué ley mosaica lo prohíbe? Quién tiene el Reglamento absoluto de lo que *debe* ser una novela? Tous les écarts lui appartiennent, dijo Valéry con asco reprobatorio. Creyó que la demolía y lo único que hacía era elogiarla. Pedazo de racionalista! Y te digo novela porque no hay algo más híbrido. En realidad sería necesario inventar un arte que mezclara las ideas puras con el baile, los alaridos con la geometría. Algo que se realizase en un recinto hermético y sagrado, un ritual en que los gestos estuvieran unidos al más puro pensamiento, y un discurso filosófico a danzas de guerreros zulúes. Una combinación de Kant con Jerónimo Bosch, de Picasso con Einstein, de Rilke con Gengis Khan. Mientras no seamos capaces de una expresión tan integradora, defendamos al menos el derecho de hacer novelas monstruosas. Volvió a reacomodar las piedritas, de nuevo en forma de R.

—Sólo en el arte se revela la realidad, quiero decir *toda* la realidad. Y nos vienen a decir que esta mitificación del arte es reaccionaria, anticuada, que es del siglo XVIII, de los románticos. Por supuesto. El genio protorromántico de Vico ya vio claro lo que todavía mucho tiempo después otros pensadores no alcanzaron a comprender. Él empieza lo que después harán Jung y, de modo paradójico, porque venían del cientificismo, Lévy-Bruhl y Freud. Las ideas del romanticismo alemán fueron olvidadas o despreciadas por esta cultura pretenciosa. Entonces hay que sacarlas a relucir. Schopenhauer dijo que hay momentos en que la reacción es progreso, así como el progreso es reacción. Hoy, el progreso consiste en reivindicar esa idea vieja. Los filósofos del romanticismo alemán fueron, después de Vico, los primeros que vieron la cosa con claridad. Como también intuyeron la idea de estructura. Idea correcta, que sin embargo los hombres de ciencia habían tirado por la borda. Mirá.

Le mostró una de las piedritas.

—La mentalidad de la ciencia opera así: esta piedra es feldespato, ese feldespato a su vez es descompuesto en moléculas, esas moléculas en átomos tales y cuales. De lo complejo a lo simple, de la totalidad a las partes. *Análisis*, descomposición. Así nos ha ido.

Silvia lo miró.

—No me refiero al progreso técnico. Claro que cuando se trata de piedras o átomos eso marcha. Te hablo de la calamidad que significó suponer que el mismo método podía servir para el hombre. Un hombre no es una piedra, no se puede descomponer en hígado, ojos, páncreas, metacarpios. Es una totalidad, una estructura, donde cada parte no tiene sentido sin el todo, donde cada órgano influye sobre los otros y los otros sobre él. Te enfermas del hígado y los ojos se te

ponen amarillos. Cómo puede haber especialistas en ojos? La ciencia escindió todo. Y lo más grave es que escindió el cuerpo del alma. Antes, si no tenías un flemón o no te habías roto una pierna no estabas enfermo, eras un malade imaginaire.

Colocó de nuevo la piedrita en su lugar.

Se paró y se apoyó en la balaustrada.

—Ahí abajo tenés el mundo que hemos logrado, el producto de la ciencia. Pronto tendremos que vivir en jaulas de vidrio. Dios mío, cómo es posible que esto pueda ser el ideal de nadie.

Silvia meditaba. Luego él volvió a sentarse.

—El mito, como el arte, es un lenguaje. Expresa cierto tipo de realidad del único modo en que esa realidad puede expresarse, y es *irreductible* a otro lenguaje. Te pongo un ejemplo sencillo: acabas de oír un cuarteto de Béla Bartók, salís y alguien te pide que se lo "expliques". Claro, nadie comete semejante idiotez. Y sin embargo hacemos eso con un mito. O con una obra literaria. A cada momento alguien me pide que le explique eso del Informe sobre Ciegos. Lo mismo pasa con los sueños. La gente quiere que le expliquen la pesadilla. Pero el sueño expresa una realidad de la *única* manera en que esa realidad puede expresarse.

Se quedó pensando.

—Es curioso —dijo después— que un hombre como Kosik admita ese papel revelador para el arte pero no para el mito. Ahí es donde le aparece ese resto de pensamiento ilustrado. Pero cuando habla del mito dice más o menos que gracias a la razón dialéctica podemos pasar de la simple opinión a la ciencia, del mito a la verdad. Ves? El mito es una especie de mentira, una mistificación. Se "progresa" pasando del pensamiento mágico al pensamiento racional. Lo mismo le pasaba a Freud, con todo su genio. De paso, siempre me llamó la atención una dualidad en Freud. Un genio bifronte: por un lado, su intuición de la inconciencia, de las tinieblas, lo hace pariente de los románticos; por el otro lado, su formación positivista lo hace una especie de Dr. Arrambide.

—Arrambide?

—No, estaba pensando para mí mismo.

Se quedó nuevamente pensativo, y después volvió a hablarle:

—La luz contra las tinieblas. Es inútil, lo tienen muy metido. Siempre han estado convencidos de que las creaciones mitológicas deben tener un sentido inteligible. Y que si lo ocultan con imágenes fantásticas y símbolos, hay que "desenmascararlo". Es curioso lo que pasa con Kosik... Cuando leas su libro verás qué tipo excepcional. Y sin embargo... Por un lado dice que el arte es desmitificador y revolucionario, ya que conduce de las ideas falsas a la realidad misma. Pero no comprende lo del mito. Un sueño, por ejemplo, es siempre una pura verdad. Cómo puede mentir? Lo mismo pasa con el arte, cuando es profundo. Una doctrina de derecho puede ser

una mistificación, puede ser el instrumento que usa una clase privilegiada para eternizarse legalmente. Pero cómo puede ser una mistificación el QUIJOTE?

Por primera vez, después de mucho tiempo, en que parecía haberse mantenido vuelta hacia su interior, cavilando, Silvia observó:

—De acuerdo. Pero creo que hay una parte de verdad en el marxismo, cuando considera que el arte no se produce sobre la nada sino sobre un tipo de sociedad. Hay, sea como sea, una relación entre el arte y la sociedad. Una homología.

—Claro. Hay *alguna* relación entre el arte y la sociedad, como hay *alguna* relación entre una pesadilla y la vida diurna. Pero esa palabra *alguna* es la que tenemos que examinar con lupa, porque de allí provienen todos los errores. *Porque* Proust era un niño bien su literatura es la expresión podrida de una sociedad injusta, te afirman. Comprendés? Hay una relación, pero no tiene por qué ser directa. Puede ser inversa, antagónica, una rebelión. No un reflejo, ese famoso reflejo. Es un acto *creativo* con que el hombre enriquece la realidad. El propio Marx afirmaba que es el hombre el que produce al hombre. Lo que es tan opuesto a ese célebre reflejo como una patada a un espejo. Y en esto como en tanta otra manifestación del marxismo, hay que sacarle el sombrero a Hegel, y a su idea de la autocreación del hombre. Ese ser que se crea a sí mismo lo hace a través de todo lo que el espíritu subjetivo es capaz de hacer: desde una locomotora hasta un poema. Vení, tomemos un café.

Caminaron hacia Brasil y Defensa.

—En esa reunión absurda no tuve ni calma ni paciencia ni ganas de explicar todo esto. Y, además, no tengo por qué dar examen delante de pedantuelos como Araujo, que acaba de descubrir el marxismo hace 27 minutos en algún manualito. Estos revolucionarios no ven más que intereses de clase enmascarados en cualquier obra de arte que venga de la clase privilegiada. Hacen mucho daño, porque luego hay gente que presume de refutar a Marx refutando a estas caricaturas. Marx admiraba al monárquico Balzac y se reía, en cambio, de un comunista llamado Vallés que había escrito una obra llamada, me parece, L'INSURGÉ. Y habría despreciado esta literatura proletaria que en Rusia meten a sangre y fuego. Entre esos productos y las obras de ese snob del Barrio Sexto que se moría por las duquesas, no cabe duda: el que subsistirá será ese niño bien.

Pasaron de nuevo frente a los leones.

—Es que la creación artística surge de *todo* el ser humano. Oís? De *todo*: no sólo de la parte conciente, de las ideas que pueden ser equivocadas, que generalmente lo son (hasta Aristóteles se equivocó fiero) sino de regiones que no alcanzan a ser alteradas por las relaciones económicas. Hoy sigue habiendo edipos, como en la época de Sófocles. Los edipos no tienen nada que ver con las relaciones económicas griegas. Problemas de la vida y de la muerte, de la finitud, de la

angustia y la esperanza. Límites de la condición humana, que existen desde que el hombre es hombre. Por eso los trágicos griegos nos siguen emocionando aunque las estructuras sociales en que surgieron no existan más.

Cuando llegaron al café y vio que eran más de las 8, S. le dijo que tenía que irse.

Un día, a lo mejor, volverían a hablar.

Cuándo?

No lo sabía.

Pero podía escribirle?

Sí.

Le contestaría?

Sí.

UNA ESPECIE DE INMORTALIDAD DEL ALMA

pensaba Bruno, no una verdadera inmortalidad. Porque aquella Alejandra que perduraba en el espíritu de Martín, que candente aunque fragmentaria se había mantenido en el corazón y en la memoria del muchacho, como brasas ocultas entre cenizas, se mantendría mientras Martín viviese, y mientras perdurara él mismo, Bruno, y acaso Marcos Molina y hasta Bordenave y otros seres (magnánimos o siniestros, remotos o cercanos) que alguna vez habían participado de su alma, de algún fragmento maravilloso o infame de su espíritu. Pero, y luego? Atenuándose con los años, volviéndose cada día más confusa y ambigua, convirtiéndose con el paso del tiempo en parcelas cada vez más turbias y lejanas, como el recuerdo de esos países que recorrimos en la juventud y que luego fueron devastados por tempestades y catástrofes, por guerras, por muertes, desilusiones: aniquiladas grandes regiones de aquel recuerdo por la paulatina desaparición de los que alguna vez estuvieron en contacto con Alejandra, su alma iría reduciendo crecientemente, envejeciendo con la edad de los sobrevivientes, muriendo con la muerte de los que de un modo o de otro participaron de aquella magia compartida: en el amor o en el deseo, en un delicado sentimiento o en innobles prostituciones. Y entonces, poco a poco, sobrevendría la muerte final. No ya de aquel cuerpo que alguna vez se había desnudado ante un Martín tembloroso en el antiguo Mirador de Barracas, sino de aquel espíritu que aún perduraba fragmentariamente en el alma de Martín y en la propia memoria de él, de Bruno. No una auténtica inmortalidad, pues, sino apenas una mortalidad postergada, y compartida de los seres que

reflejaron o refractaron el espíritu de Alejandra. Y cuando ellos muriesen (Martín y Bruno, Marcos Molina, Bordenave y hasta aquel Molinari que había hecho vomitar a Martín) y también muriesen sus confidentes, desaparecería para siempre el último recuerdo de un recuerdo, y hasta los reflejos de esos recuerdos en otras remotas personas, y los indicios de portentos, de degradaciones, de purísimo amor y de encanallado sexo.

—Cómo, cómo? —preguntó Bruno entonces, respondiéndole Martín que era de madrugada cuando sintió que lo sacudían violentamente por los hombros. Y vio, creyendo estar en un sueño, el rostro alucinado de Alejandra encima de él, cuando ya nada Martín esperaba de ella. Y con voz sombría y desgarrada dijo que le dijo:

—Nada, quería verte. Mejor dicho, necesitaba verte. Vestite, quiero salir de aquí. Mientras Martín se vestía ella encendió con una mano que temblaba un cigarrillo, y luego se puso a preparar café. Fascinado, Martín no podía dejar de observarla un solo instante mientras se iba vistiendo: llevaba un tapado de piel y parecía venir de alguna fiesta, pero estaba sin pintar, demacrada y ojerosa. Pero además parecía haberse vestido sin ningún cuidado, como quien ha debido huir de alguna parte sin pérdida de tiempo, como en los incendios o terremotos. Se acercó e intentó acariciarla, pero ella gritó que no la tocara, y entonces él quedó paralizado. Había gritado esa advertencia con aquel fulgor salvaje en los ojos que él tan bien conocía, cuando estaba tensa como un resorte, a punto de romperse. Pero en seguida le pidió perdón y el pocillo se le cayó.

—Ves? —comentó, como si fuera una explicación.

Sus manos seguían temblando como si tuviera mucha fiebre. Martín salió a lavarse, pero sobre todo para ordenar sus ideas. Cuando volvió, el café ya estaba preparado y Alejandra se había sentado, pensativa. Martín sabía que lo mejor era no preguntarle nada, así que tomaron el café en silencio. Luego ella le pidió aspirina y, como era su costumbre, la masticó sin agua, después de lo cual volvió a tomar más café. Al cabo de un tiempo se levantó, como si le volviera aquella inquietud, y le dijo que salieran.

—Caminemos por la ribera. O mejor subamos al puente —agregó.

Un marinero dio vuelta la cabeza y Martín pensó, con pena, que aquel hombre la tomaría por una puta, con su tapado de piel y su cara, en aquellas horas de la madrugada.

—No te preocupes tanto —comentó ella con su voz seca, adivinando lo que pensaba—. De todos modos se va a quedar corto.

Subieron al puente y se acodaron sobre la baranda, en la mitad del río, mirando hacia la desembocadura: como antes, como en tiempos infinitamente más felices, tiempos que en ese instante (pensaba Bruno) a Martín le parecerían pertenecer a alguna vida anterior, a una lejana encarnación de la que uno se recuerda

ambiguamente, como de los sueños. La noche era una de esas noches de agosto frígida y nublada, y el viento del sudeste los golpeaba de costado. Pero Alejandra abría su tapado como si quisiera helarse, y respiraba con ansiedad, profundamente. Hasta que por fin cerró su tapado, le apretó el brazo y dirigiendo su mirada hacia abajo le comentó:

—Me hace bien todo esto: estar con vos, ver un barrio así, de gente que trabaja y hace cosas sencillas, sanas y precisas: un tornillo, una rueda. De pronto me gustaría ser hombre, ser uno de ellos, tener uno de esos pequeños destinos.

Se quedó cavilando y encendió un cigarrillo, con el resto del que se le terminaba.

—Teníamos ejercicios espirituales, retiros.

Martín la miró sin entender. Ella se rió con su risa dura y un poco macabra.

—No sentiste hablar del padre Laburu? Hacía unas descripciones del infierno que nos aterrorizaba. La eternidad del castigo. Una esfera del tamaño de la Tierra, una gota de agua que cae y la desgasta. Y cuando aquella esfera se termina, se empieza con otra igual. Y después otra y otra, niñas, millones de esferas del tamaño del planeta. Infinitas esferas. Imaginaos, niñas. Y mientras tanto te asan al piedo. Hoy me parece tan candoroso. El infierno está aquí.

Volvió al silencio, chupando anhelosamente su cigarrillo.

A lo lejos, río afuera, un barco hacía sonar su sirena.

Qué lejos estaba ahora aquello de irse de Buenos Aires!

Martín reflexionaba que en ese momento Alejandra no pensaba en términos de viaje sino de muerte.

—Me gustaría morir de cáncer —dijo—, y sufrir mucho. Uno de esos cánceres que te torturan durante un año, mientras te pudrís en forma.

Se volvió a reír con aquella risa dura, se quedó luego en silencio un buen rato y finalmente dijo "Vamos".

Caminaron hacia la Vuelta de Rocha, sin hablar. Al llegar a la calle Australia se detuvo, lo hizo volver con fuerza hacia ella y mirándolo de frente con ojos un poco como los que se tienen cuando se delira de fiebre, le preguntó si la quería.

—Tu pregunta es idiota —respondió Martín con aflicción y desconsuelo.

—Bueno, oí bien lo que te voy a decir. Hacés muy mal en quererme. Y mucho peor es que yo te ruegue que lo hagas. Pero lo necesito, entendés? Lo necesito. Aunque no te vea nunca más. Necesito saber que en algún lugar de esta inmundicia ciudad, en algún rincón de este infierno, estás, vos, y que vos me querés.

Como si de las grietas resacas de una piedra ardiente pudieran brotar gotas de agua, así salieron algunas lágrimas de sus ojos, y bajaron por una cara durísima y demacrada.

Entre aquella Alejandra y la que un par de años antes había encontrado en un parque de Buenos Aires se abría un abismo de siglos tenebrosos.

Y de pronto, sin despedirse, casi corriendo, se fue por la calle Australia hacia el lado de su casa.

Bruno advirtió cómo Martín lo miraba con la mirada interrogativa que acostumbraba dirigirle, como si en él pudiera encerrarse la clave de ese documento cifrado que era la relación con Alejandra.

Pero Bruno no respondió a la muda interrogación, y más bien quedó reflexionando en ese retorno de Martín, después de quince años, a los lugares que revivificaban el recuerdo tenaz. Cuando apenas era un chico de dieciocho años, empujado por la soledad de su adolescencia, había recorrido esos mismos senderos del Parque Lezama que ahora recorría con sus treinta y tres años de hombre que sin embargo no había logrado desembarazarse de aquella carga, y que en cierto modo se manifestaba torpe pero tiernamente en el cortaplumas blanco que tantas veces había abierto y cerrado, delante de Alejandra o del mismo Bruno, contemplándolo sin verlo, mientras su espíritu balbuceaba palabras de amor o desesperanza.

Habían endurecido con asfalto los viejos y modestos senderos de tierra y cascote, habían retirado las estatuas (con la sola y milagrosa excepción de aquella copia de Ceres, delante de la cual había comenzado la magia), habían quitado los bancos de madera, con esa propensión estúpida de los argentinos a no dejar un solo resto del pequeño pero por eso mismo conmovedor pasado, pensaba Bruno.

No, no era ya el Parque Lezama de su adolescencia, y con melancolía debió sentarse en el abstracto y frígido banco de cemento, para mirar desde lejos la misma estatua que en aquel atardecer de 1953 presencié el silencioso llamado de Alejandra. No, no se lo dijo así, claro que no. Su pudor le impedía hablar de hechos tan significativos sobre el tiempo y la muerte. Pero Bruno podía adivinarlos, porque aquel muchacho (aquel hombre?) era como su propio pasado y podía descifrar sus pensamientos más recónditos a través de palabras tan triviales como caramba, qué lástima, esos bancos de cemento, esos caminitos de asfalto, no sé, yo creo, mientras abría y cerraba su cortaplumas de una manera que parecía destinada a controlar el estado de su funcionamiento. Así que a través de esas trivialidades Bruno reconstruía sus verdaderos sentimientos, y lo imaginaba en aquel atardecer contemplando la estatua de Ceres durante horas, hasta que la noche, una vez más, descendía sobre los seres solitarios que allí repiensen sus destinos, y también sobre los enamorados que intentan su secreta violencia o reciben la modesta magia de su amor. Y tal vez (seguramente) volvió a oír la sorda sirena de un barco lejano, como en aquel no creíble tiempo de su primer encuentro. Y tal vez (seguramente) sus ojos nublados la buscaron absurda y dolorosamente entre las sombras.

QUIQUE

—A ese Sabato que me hizo trabajar en su novelón sin pagarme díganle que sería mejor que escriba un Informe sobre Palomas, en lugar de ese retórico discurso sobre no videntes. Habían visto alguna vez un animal más antipático y sucio? Y todos esos que van a la Plaza Mayo a darles semillitas y migajitas, la pobre palomita, la palomita de la paz, ese vivacho de Picasso, también, ese millaritaire du communisme. Un domingo que no había casi nadie cerca empezó a dar palos, no sabía por dónde empezar, l'embarras du choix, pero con todo logró dejar fuera de combate a numerosos volátiles que ya no joderán más, antes de ser perseguido por la chusma.

—Quique, por favor. Elemento químico, esencial para la vida, seis letras.

—Sorry, Maruja. Apenas si distingo el fierro del bronce.

La célebre educación de mami, que no me dejaba ir ni a la esquina. Ejemplo: como yo era un chico complicado y nunca tuve la ocasión de ver una vaca en vivo y en directo, y como madre me había inculcado que jamás se debe matar un animal, y como de cualquier modo tenía que explicarme de dónde salían los bifés, porque, eso sí, siempre tuve esprit de recherche, saben lo que pensé?

No, nadie imaginaba lo que Quique podía pensar en tales circunstancias.

Que un bife se obtenía pelando una milanesa.

Así que cuando realizó o le dijeron, porque nunca falta un alma perversa, que el bife era obtenido del bicho con un cuchillo, quedó rigurosamente aniquilado.

—Después, cuando no hubo más remedio que mandarme al colegio, la cosa no anduvo más brillantemente, en virtud de ese sistema de enseñanza que consiste en explicar que el estómago es como una gaita gallega. Ejemplo óptimo para rapazuelos de Pontevedra pero ruinoso para nenitos argentinos que no han concurrido a alguna romería gallega o no están provistos de padres que sean porteros o mozos de café. Que seguramente son los únicos privilegiados que en nuestro país aprueban anatomía.

—Sos exacto como en la novela de Sabato.

—Eso, eso! Lo único que faltaba. Desde que ese sujeto me metió en una novela, todo el mundo a jorobarme con esa caricatura. Burdísimo y flagelante. Debería prohibirse por ley la existencia de individuos de esa calaña. Y debería dar gracias al cielo que mis múltiples tareas en el cuarto poder me impidan hacer literatura, que si no verían la caricatura que me mandaba del sujeto ese. Ma qué caricatura, si bastaría describirlo como es. Una risa.

Momento en que entró Sabato y Quique dijo:

—He oído grandes ponderaciones de su intervención en la TV, mon cher.

A lo que el otro, mirándolo con desconfianza y de modo ambiguo respondió "que me dice".

Sí, señor: era necesario para esas mamarrachadas. A lo que se podría llegar! Se imaginaban una combinación de Georgie con Silvina Bullrich? La cabeza de Borges con el cuerpo de Silvina. Y para qué hablar de la réciproque. Flagelante. Les juraba por la vida de su madre que si no tuviera esos pane lucrando de RADIOLANDIA y GENTE se mandaba algo sobre esos injertos literarios que bueno bueno, empezando con la mencionada combinación como ballon d'essai para seguir luego con experimentos más audaces, si se quiere, conglomerados con la cara de Mallea, el monóculo de Manucho, el cuerpo del gordo Mitre (que en paz descanse) y el todo viviendo en la quinta de Victoria.

Se observó que no metía a Sabato en el artefacto.

Quique levantó la mano derecha a la altura de la cabeza, como quien hace el saludo nazi, previniéndose de una indicación desagradable. Que Dios no lo permitiera. Que Dios le conservara por muchos años su corazón, su hígado, sus riñones. Que el distinguido facultativo y play boy internacional se mantuviera lo suficientemente alejado, bailando en alguna boite de Roma o tomando sol en alguna playa de Córcega para que no pudiera meter mano.

Pero había leído HÉROES Y TUMBAS, sí o no?

—Notable novela —respondió con gravedad.

Pero la había leído, sí o no?

Qué pregunta, stronzo! Y qué bien había hecho en ponerle un título así, quería decir importante. Que desde el vamos inducía a pensar que se trata de algo profundo. Sobre Héroes y Tumbas! El mensaje quedaba aplastado de entrada, qué embromar. Estaba bien, pero muy bien: había que darles con todo desde la primera frase.

—Porque uno dice LOS HERMANOS KARAMAZOV y el mensaje intelectual cae de rodillas. No realizando que es como si aquí alguien pusiese como título LOS HERMANOS PÉREZ GARCÍA, que es, como quien dice, el título para un teleteatro de elevadísimo rating. Pero quién va a creer en la profundidad filosófica de una novela con ese nombre? Aquí hay que flagelar de entrada con un título de envergadura. Está muy bien —dijo dirigiéndose a Sabato—. Hay que darles con el hacha desde el vamos.

Y no había que hacerles caso a los que dicen que es un título grandilocuente. No señor! O mejor dicho, sí señor! No había que tenerle miedo a la grandilocuencia, como esos mediocres que de tanto miedo hablan bajito o no dicen más que cositas humildes. Qué, acaso la gente no se muere? No habrá entonces que mencionar a las tumbas? Y los héroes, qué me dicen de los héroes? Es que no hay héroes en la historia? Todo eso era crítica de mediocres, de resentidos. Mismo un título como

VILLA MISERIA TAMBIÉN ES AMÉRICA puede funcionar, sobre todo con el asunto del peronismo. Pero cómo quieren que funcione LA SEÑORA ORDÓÑEZ? Ahí le erró el saque Marta, porque aquí somos cipayos de alma, y una óptica que se llame OTTO HESS hace negocio, pero se refunde si se le da por ponerle COUSELO Y FANDIÑO, que puede ser brillante para un almacén en la esquina de Independencia y Lima. Y Marta le erró por partida doble, porque encima de ponerle ese título se le da por vivir en Vicente López, y cómo quieren que nadie crea en un escritor que vive en Vicente López. El gran pensador porteño llamado Pepe Arias (que en paz descansa) decía en uno de sus monólogos del Maipo qué va a ser artista ése si vive a la vuelta de mi casa, poderosa filosofía que debería de una vez por todas demostrar a nuestros artistas la necesidad de vivir por lo menos en Praga, en lugar de frustrarse en la calle Cucha Cucha como un pavote aborigen. Porque mismo en la clase baja se aprecia más lo que dice MADE IN ENGLAND, y así no era tan gil ese Varela que inventó lo de VARELA HOUSE, especie de payasada, si se quiere, pues es como decir Cucha Cucha Street, pero que tout de même da golpe en el chirusaje. Y aunque io me ne frego de estas mistificaciones, debo confesar que para hacerme un par de anteojos entro con más confianza en OTTO HESS que en LUTZ FERRANDO, que empezó bien con el alemán pero terminó cagándola con el gaita. Porque quién puede creer —agregó poniéndose una mano sobre el corazón— en un óptico gallego?

Sabato se levantó para irse. "Tenía que hablar con vos", le dijo fríamente a la Beba. Salió y Beba se fue tras de él, agarrándolo del brazo. Que no jodiera tanto con su solemnidad.

—No es solemnidad! —le gritó, cuando estuvieron en el otro cuarto—. Se trata de Marcelo, ya te lo dije.

—Cuándo me lo dijiste?

—Apenas llegué. Pero vos no oís nada en cuanto entra ese payaso.

LE HIZO BIEN RESPIRAR EL AIRE DE LA NOCHE,

había algo en el aire helado que parecía aludir a la pureza

Ahora hace más frío

hay muchas estrellas

flotamos a la deriva.

Les ruego (si alguien abre este escrito)

formen en sus bocas las palabras que fueron nuestros nombres.

Les diré todo lo que hemos aprendido.

Les diré todo.

CAMINABA LENTAMENTE HACIA LA PLAZA BOULOGNE-SUR-MER

cuando sintió detrás a Beba que gritaba su nombre: "Escuchá, caramba!"

No, hacía ya mucho tiempo que Marcelo se había ido.

No, nadie sabía lo que pasaba.

Todo era complicado porque él nunca hablaba con nadie, vos sabés.

Se calló y se quedó mirándolo, con tristeza: ya no era la Beba brillante de otro tiempo o por lo menos de otros lugares. De hacía un rato, sin ir más lejos.

—Necesito verlo.

Bien, ya ella se lo diría en cuanto apareciese, en cuanto llamase por teléfono.

No, no sabía dónde podía estar viviendo, desde que dejó su cuarto y se llevó sus cosas.

Tenía miedo.

Miedo? De qué podía tener miedo?

No sabía, una vez había estado en su cuarto alguien así y así.

S. pensó en el muchacho de la reunión: era bajito, era morocho y muy mal vestido?

Sí, así era.

Tenía una impresión, la Beba.

Cuál?

Que ese muchacho era guerrillero.

Por qué?

Era una impresión. Pequeños indicios.

Pero Marcelo no era alguien para estar en una organización de guerrilleros, le explicó Sabato. Se lo imaginaba matando a alguien, llevando una pistola?

No, claro que no. Pero podía hacer otras cosas.

Qué cosas.

Ayudar a alguien en peligro, por ejemplo. Ocultarlo. Esa clase de cosas.

APENAS SALIÓ SABATO

Quique elevó sus ojos y sus dos brazos al cielo, en señal de agradecimiento.

—Dale, seguí hablando de los trasplantes.

—Ustedes se mueren por las anécdotas, frivolas. Pero yo soy un tipo de grandes teorías. Les doy un ejemplo didáctico: Crepa el joven negro Jefferson Delano Smith y le trasplantan el corazón al minero John Schwarzer, que desde ese momento usará el apellido Schwarzer-Smith o la ciencia del derecho es propio una mierda. Se puede introducir una tipografía más chiquita, eso sí, para el segundo apellido:

SCHWARZER-smith

en relación con el volumen que le corresponde en el corpachón del mencionado minero. Ensuite, esta especie de centauro cardíaco recibe el riñón artificial de Nancy Henderson, y su apellido pasa a ser Schwarzer-Smith-Henderson con leve cambio en el sexo, que podrá figurar en los documentos como MASCULINO-femenino sub 2.

Puis, se le trasplanta un hígado de mono (leve cambio en su condición zoológica). Pero Quique!...

Shurup. Una córnea del señor Nick Minelli, dueño de pizzadrugstore en la calle Dalas, de Toledo, Ohio (pequeño cambio no sólo de apellido sino de profesión e indirizzo) un metro veinte de intestinos del carnicero Ralph Cavanagh, de Trurox, Mass. (nuevo cambio de indirizzo y profesión) páncreas y bazo del jugador de baseball Joe di Pietro, de Brooklyn

hipófisis del ex profesor Sol Shapiro, del Dayan Memorial Hospital, de New Jersey metacarpio de Seymour Sullivan Jones, ejecutivo de COCA-COLA Corp., de Cincinnati.

Sucesivamente, el primitivo minero Schwarzer, que ya es llamado, para simplificar, Mr. John Schwarzer-Smith & Co. Inc. (Inki, para los íntimos), sufre:

trasplante de ovario de la señorita Geraldine Danielsen, de Buffalo, Oklahoma, a raíz de la sensacional découverte del prof. Moshe Goldenberg, de la Universidad de Palo Alto, California, que ha demostrado que la implantación de un ovario en el cuerpo de un hombre (o de un testículo en el cuerpo de una mujer) es la única forma, a partir de cierta edad (y la compañía Schwarzer-Smith ha llegado ya a los 172 años) de flexibilizar las arteriolas del cerebro, sin necesidad de trasplante de cerebro, que, por el momento, no se considera indispensable.

—Pero oíme, Quique.

—Cazzo di niente! Debido a las complicaciones que este trasplante comienza a producir a partir del segundo año, la Compañía Schwarzer-Smith empieza a desarrollar su busto y desea, prueba de la notable juventud provocada por el nuevo trasplante, iniciar, como se dice, relaciones sentimentales con el señor o Compañía Dupont, de Ohio. Para lo cual ansía y finalmente exige la incorporación de la vagina de Miss Christine Michelson, que acaba de fallecer como resultado de un (fallado) trasplante de glándula suprarrenal en mal estado.

Por la negativa de la familia Michelson, que profesa severas convicciones en la Nueva Iglesia Baptista del Tercer Día, se incorpora al cuerpo de la organización Schwarzer-Smith un órgano de terilene fabricado ad hoc por la prestigiosa Plastic Opothetic International Co., que se hace a medida para el Señor o Compañía o Corporación Dupont. Con resultados positivos, la operación permite al cabo de tres semanas la unión de las dos Corporaciones, marriage de raison, si queréis, pero que culmina con una impactante ceremonia industrial y teológica en el Templo de la Christian Science Reformada, en la pequeña localidad de Praga, Illinois, donde la primera de las dos Compañías mencionadas tiene el principal paquete accionario de la fábrica COCA-COLA, paquete que fuera adquirido por herencia parcial que le correspondió por el injerto del páncreas de Mr. D. D. Parkinson, estimado y malogrado ex Presidente de la empresa en el estado de Illinois.

Todo esto definitivamente positivo, tanto desde el punto de vista del Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología, como conmovedor desde el punto de vista de la Democracia Americana, ya que ha permitido a un regresún como el primitivo minero John Schwarzer acceder, merced a vísceras en buen estado, a la categoría de Presidente de una empresa mundialmente respetada, y de su burdísima condición de macho puro a la sutilísima categoría de Unisex y Compañía Anónima. Condición que le permite, si lo desea, flagelar a sus rezagados camaradas de equipo con un vestidito que te la voglio dire, diseñado nada menos que por Rudi Monokini Gernreich, verdadero cañonazo mismo en el ámbito de las clases privilegiadas, o con un conjunto masculino (según la fiesta, la ocasión) de Saville Road que bueno bueno.

Mientras tanto, vivísimos hombres de empresa se han apresurado a crear Bancos de Órganos. He leído en un aviso los siguientes pedidos:

Joe Feliciello, de Salt Lake City: duodeno, en buen estado.

Joshua Loth Marshall, de Truro, Massachusetts: 2 yardas de intestino delgado y una válvula de ventrículo.

Sol Shapiro, Vicepresidente de la Panoramic Movies Pictures Co., urgente, hígado.

Thomas Jefferson Smith, obrero de la construcción, de Roma, Arkansas, nariz negra, preferentemente delgada.

Mike Massuh, investigador privado, de Zuion, Utah, lacrimal derecho.

Gene Loiacono, pizzero, de La Junta, Colorado, testículos.

Y en el renglón Ofertas:

Edison Weinberg, de 40 años, músico, muerto en accidente de auto, de Brooklyn, New York, vísceras varias en buen estado.

Padre Junípero Villegas, de las Misiones de California, 37 años, muerto del corazón, vísceras varias en buen estado.

Cornelius Coghlan, de 32, de París, Iowa, muerto en el incendio de la Caterpillar Co., órganos salvados del incendio.

Y Rodney Munro, albañil, 25 años, caído de un andamio desde un quinto piso, órganos varios en excelente estado.

Y LA IDEA DE LOS CONGELADOS, QUIQUE?

Ya se los conté, cuántas veces hay que repetir las mismas informaciones, retaradas?

Al primer millonario se le ocurrió meterse en la heladera para mantener congelado el cáncer hasta que se descubra el remedio. Luego la cosa cundió, ustedes saben cómo son. Así que en seguida constituyó la CANCER KELVINATOR INC., a iniciativa de H. B. Needham, presidente del directorio de la South-Kelvinator de East Hartford, Connecticut, con la cooperación del señor William W. Sebeson, ex presidente de la Majestic Televisión Co., de New Jersey (cáncer de hígado) y de Sam Kaplan, gerente de comercialización de la Movies Co. de Los Ángeles, California (cáncer de garganta). Grandes hangares donde son colocados los refrigeradores con los millonarios dentro, de donde son sacados periódicamente para atender asuntos urgentes, para lo cual son previamente descongelados en bañomaría, al laburo y en seguida de nuevo a la cucha antártica. Como son superocupadísimos y deben ser puntuales, se han inventado ya heladeras con despertador: despiértenme en febrero y cuarto. Sin embargo, a raíz de un interesante invento de la Radio-Electronic Corporation, de Toledo, Ohio, los congelados pueden mantener comunicación mediante un sistema amplificador de intercomunicadores. De este modo se ha abierto la posibilidad de que los susurros de los millonarios helados puedan llegar normalmente a sus secretarias y a los demás miembros de directorio. Otro invento alternativo pero también suplementario es la hibernación con secretaria. Y si es con cáncer, mejor (se mata dos pájaros de un tiro), que es precisamente el caso del mencionado Sam Kaplan,

que fue congelado junto con su secretaria Lucile Nurenberg, 27 años, afectada de tumor intestinal. Así que ahora es frecuente leer avisos donde se solicita secretaria que maneje alemán y castellano, con cáncer de pecho, buena presencia, buen sueldo. Congreso anual de congelados, ya se ha llevado a cabo, por primera vez, en el Hilton de Washington, con grandes escarapelas y grandes sonrisas, encabezados por el Gran Cáncer Noath H. Pedersen (bazo, páncreas y parte de estómago) que lució espléndidamente en la televisión, acompañado de su secretaria preferida (dijo sonriendo), con pequeño cáncer de útero.

Y ahora basta, que me requieren mis obligaciones del Cuarto Poder.

DIVERSAS PROPUESTAS SUSCITADAS POR LA WELTANSCHAUUNG DE QUI QUE

Que por favor no se fuera

Que explicara cómo le había ido en el reportaje a Bonavena

Que hablara del Homenaje al Bandoneón Mayor de Buenos Aires

Que dijera cómo hacía las necrológicas de LA NACIÓN

Pero, sobre todo, que contara el diálogo de Logiacomo con el periodista inglés.

Vamos, chicas, no sean criticonas, que el pobre querido aprendió el inglés en una academia de Floresta, con esos profesores que en los avisos fuman en pipa y se parecen a Sherlock Holmes, y luego resultan que se llaman Passalacqua, Rabinovich o Gambastorta.⁸

Valorar el esfuerzo, caramba!

No realizan la hazaña que significa pasar de las eses de tanito a las eres de Oxford. En un momento de Crisis Total del Hombre, como dice el Maestro Sabato, ustedes jodiendo con semejantes gansadas.

Aparte de que la pronunciación inglesa fue inventada por piratas analfabetos, que escribían Londres pero pronunciaban Constantinopla. Y además, ya se sabe, mis queridas, que en inglés apenas un tipo abre la boca ya hay un sujeto (en otro condado, en otro colegio, en otro club, en otra casa y hasta en el mismo cuarto) que tiene motivo para poner el grito en el cielo. Y qué tanto macanear con la fonética, que ya viene de superlejos. Y si no, recuerden a Platón, que tanta gente

8 Los apellidos judíos e italianos pertenecían a los inmigrantes pobres, vistos con menosprecio por la clase alta. (*N. del Ed.*)

pronuncia Plotino. La misma diferencia que se establece entre neutrón y neutrino.
N'exagérons donc pas!

Entonces, que hablara del boom latinoamericano!

Calma, radicales! Lo que pasa es que ustedes son unas explotadoras y unas redesocupadas del establishment.

Que hablara entonces de la novela de ese chico Pérez di Fulvio.

IDEAS DE QUIQUE SOBRE LA NUEVA NOVELA

Desde que el mensaje pudo leer a Joyce y a Henry Miller en castellano y realizaron que estos genios habían cantado la piedra libre, hubo avivada general y creyeron que todo era cuestión de trasladar a las cuartillas paredes enteras de baños porteños, grafiti de esos que los snobs ponderan en los vespasianos de la Ville Lumière pero que aquí tienen tanta o mayor riqueza, si se quiere, no sólo desde el punto de vista semántico y semiológico sino también desde la perspectiva de las artes plásticas. Hecho que no es de extrañar, porque este país está fundamentalmente hecho de tanos y gallegos, dos razas de plásticos si las hay. Qué riqueza! Qué satisfacción para la industria nacional! Qué bofetada para tanto cipayo que sólo cree en el arte foráneo! Y así, con una birome y un papel (basta saber leer y escribir) o con un grabador japonés puesto en una pizzería de faubourg y con una detallada descripción, hecha, eso sí, con ostinato rigore, de cuando a la novia del futuro best-seller se la pirovaron en un baldío de Villa Soldati, se manda una novela fenomenal, que propagada por Jorge Álvarez se constituye en uno de los más clamorosos éxitos de los últimos 57 minutos. Porque todo dura 57 minutos, como corresponde a la ley de las proporciones: James Joyce es a este james joyce de bolsillo como cincuenta años es a X. No nos obcequemos et parlons chiffres: la cuenta da exactamente 57 minutos por reloj para este james joyce reducido por los jíbaros. Pero me voy, chicas, que debo hacerle un reportaje a Mirtha Legrand sobre peinados.

—No, no y no! Hablá de Joyce, Quique!

—Qué quieren que les diga. El tipo se mandó el invento del jet y durante cincuenta años, 236 escritores de estatura decreciente se dedicaron a introducir modificaciones en los ceniceros o en los sombreritos de las azafatas. Y a eso lo llaman Participar en el Desarrollo de la Nueva Aviación. Y lo más conmovedor es cuando se mandan un cenicero que ya estuvo de moda en 1922 y creen que es

novedoso. Como esos otros que cada once años (deben de ser las manchas solares) vuelven a descubrir las minúsculas y se creen unos genios bestiales porque publican un cuentito sin mayúsculas ni signos de puntuación. Infinidad de raquítricos herederos de Joyce, engendrados por enlaces consanguíneos entre hijos y primos de ese peligroso padrillo, nietos y primos-nietos, biznietos y sobrinos-nietos. Así, cada semana surge (el verbo no me pertenece) uno de esos hemofílicos, que inevitablemente viene a desmistificar el lenguaje, y que en serio cree hacerlo con páginas en blanco que ya inutilizó Sterne en el siglo XVIII y juegos gráficos ya gastados por Apollinaire. Et ce pauvre Monsieur Szulberg que los toma en serio y edita antologías con estos atilas de la tipografía, que donde pisan no crecen más las mayúsculas ni los puntos y coma, y tenés que escribir todo así como ahora estoy haciéndolo porque como decía hegel se aprende a nadar nadando que eso es la dialéctica y por eso mao se cruza el yang-tse-kiang antes del desayuno para mantener la forma y servir de ejemplo a los chicos de la revolución cultural así que imagínense el bodrio padre que se arma si se empieza a suprimir puntos y coma como ese antonio jota march que se mandó ese librucho y que uno se lo tiene que tropezar porque la santa de titita los colecciona y se le cae la baba desde esa cabecita de mosca que tiene pobre darling y hasta tuve que asistir a una especie de mesa redonda casera dirigida por la propia hôtesse que a cada rato decía cosas como le dejo la palabra a puricelli que se ha venido con un proyecto plagado de cosas admirables sesión en que también me fue dado observar la presencia de emita yolanda mastandrea porque anche io son pittore que desde que Charlie le hizo el prólogo no la soporta nadie ni la propia titita que será una minorata mentale pero que sin duda es una santa mujer como si no supiéramos que Charlie le hace un prólogo a cualquier ser humano de sexo femenino y hasta miguelito rosenthal que lo fue a ver vestido de mujercita porque alguien le dijo ponete pollera y Charlie te promete unas palabras preliminares y santa palabra como decía la finada de lucrecia que en paz descanse y ya ven qué moderno resulta todo escrito de esta manera y eso que he mantenido las haches y los acentos de puro reaccionario que sigo siendo a pesar de todo. Claro que el negocio resulta redondo si dejando de lado un nacionalismo malentendido te mandas a París e ingresás en la Nueva Izquierda. Porque guerrillero en la selva boliviana? Never de never! Y dejá la selva para giles como el Che Guevara.

En esta época de crisis o enjuiciamiento, como mantiene el Maestro Sabato (que se ha pasado la vida viviendo de mis ideas, hablemos francamente) esos emigrados dan un buen ejemplo a los jóvenes argentinos con inquietudes que pululan en Villa Crespo, en Villa Martelli hasta en Villa Insuperable.⁹ En este Gran Buenos Aires que

⁹ Barrios plebeyos. (N. del Ed.)

hierve de vivísimos hijos de tanos, gallegos, turquitos y rusos. La fórmula está al alcance de cualquiera de estos suburbanos con talento: pizza y Mallarmé, fugaza y música dodecafónica, Joyce y Julián Centeya, Rimbaud y feca con chele. Del mensaje a la sofisticación, quoi! Y mientras haces gestiones para que la Embajada Francesa te dé una de esa bequitas que luego sirven para hablar mal de Francia, seguís un cursito audiovisual para arreglártelas en el Barrio Latino y preparás el bocetito de las innovaciones que te podés mandar luego desde allá. Porque si aquí un tipo escribe una novela en que en lugar de yo pone siempre usted no sucede nada, pero la largás allá pasás a la historia de las letras y salen ensayos en Melbourne y Roma, en Tel Aviv y Addis Abeba, en Singapur y en Venecia (Wisconsin) sobre el magno acontecimiento. Con el generoso espíritu que públicamente me caracteriza, enunció a continuación algunas recetas que pueden ser utilizadas por los mencionados y vivísimos boursiers:

1. Novela con nosotros en lugar de yo. (Primer trabajo práctico, al alcance de los becados con taras.)
2. Con subjuntivo en lugar de indicativo. Verbigratia: en lugar de "La marquesa salió a las cinco", que provocaba la bronca de Paul Valéry, "Que la marquesa saliera a las cinco", que a la boludez citada le confiere cierto airecillo de misterio y ambigüedad.
3. Cambios de tiempo: pluscuamperfecto en lugar de presente, novela toda en futuro y sobre todo en futuro del subjuntivo.
4. Novela en capítulos a pedido individual, por correspondencia: en una variante, solicitada por el señor Humberto Apicciafuoco, de Bragado, el protagonista mata a su progenitora; en otra, a pedido de Monseñor Primatesta, de Córdoba, le hace regalos en el Día de la Madre; en otra, a pedido de Bernardo Gorodisky, de Moisesville, no mata a la autora de sus días pero la tortura leyéndole todo el tiempo a Trotsky.
5. Novela-mazo: cada uno juega el partido que quiere, contra un oponente que juega con otra novela. Variantes: novela con naipe español, novela con naipe de póker, solitarios, partidas de dos o de cuatro. Ejemplos de partidos: jugador con CRIMEN Y CASTIGO contra jugador con LOS SIETE LOCOS. Realicen que acabo de fundar la escolazoliteratura.
6. Novela capicúa: se puede leer de adelante para atrás y de atrás para adelante.
7. Novela para ser leída en diagonal.
8. Novela para ser leída salteando una palabra cada dos (cada tres, cada cuatro, cada número primo, cada múltiplo de 7). O salteando cada verbo intransitivo.

9. Novela en que el lector debe reemplazar la palabra papá, cada vez que aparezca, por televisor (o por sapo, o guirnalda, o minga, o estereofonía, o patapúfete). Variante más complicada: el sustantivo papá debe ser sustituido por un verbo, lo que jode bastante la construcción, pero ahí está la broma y ahí se pone a prueba la habilidad del lector.

10. Novela-lotería: se vende en combinación con la Lotería Nacional. El número premiado indica el orden en que deben ser leídos los capítulos. Los premios menores dan otras novelas posibles, aunque de inferior calidad. Si se saca sólo terminación la novela se convierte en un cuento así de corto.

11. Novela con propuestas del lector: para esos fines se dejan en blanco 27 páginas que el lector llenará a su gusto.

12. Novela-parachutista: se toma un folletín de Corín Tellado y sobre él se hacen descender como paracaidistas a cuatro personajes sofisticados de Huxley, a ver qué pasa, qué romances se tejen entre gitanillas y alumnos de Oxford, entre mozos de cuadra y Lady Tantamount, entre Lord Tantamount y una golfa del arroyo.

13. Novelas con repuesto: en un sachette adjunto vienen páginas que reemplazan a otras del libro. Variante, novelas conocidas con sachettes nuevos, LA MONTAÑA MÁGICA con repuestos de fabricación nacional.

14. Novela conocida pero con prólogo en que se den claves renovadoras, donde dice "Settembrini miró a Hans Castorp" no debe entenderse de ningún modo que Settembrini miró a Hans Castorp, a menos que se sea un anticuado que cae en la burda trampa tendida por ese reaccionario de Thomas Mann.

15. Novela en combinación con el Intelligence Service: leída literalmente es una cagada, pero con la clave que se vende por separado es una interesante revelación de la nueva ola.

16. Novela con nuevos signos de puntuación, que indiquen sorpresa, o vacilación o intriga. Por ejemplo: °Mi estimado señor° no significa de ninguna manera que ese señor es señor ni estimado, sino más bien un mamarracho. *Compraré mañana el anillo* quiere decir que a pesar del aspecto decidido de la frase, hay un brillo en los ojos del parroquiano que indica que se trata de una simple fórmula para no irse del negocio incómodamente después de haber hecho revolver toda la mercadería.

17. Novela-telefónica: en la obra va indicado el teléfono del autor, a quien el lector puede proponerle variantes y modificaciones, que, aunque privadísimas, resultan de extrema fertilidad para la hermenéutica.

Todo esto destinado a hacer participar al lector, porque como se sabe, antes el lector no participaba, se limitaba a leer como un poste de quebracho, o como un tótem, o como un adoquín, que eso de la catarsis aristotélica con la tragedia era puro grupo, que hay que ver los boletos que se mandaban estos griegos.

Et ainsi de suite.

Así que, mes enfants, a avivarse y pedir la beca. Que luego venís en bajada con VOGUE y TEL QUEL y no te para nadie. Bueno, pero está bien, basta de macanas y ahora hablemos en serio. No vayan a creer que me niego a cuestionar el lenguaje, ni que estoy desprovisto de espíritu de justicia. Vean si no todo lo que puede hacerse nada más que con el renglón saludos. Realicen chicas, lo que pasaría si empezáramos a hablar de verdad, en lugar de repetir koinos topes. "Mucho gusto en conocerlo", y maldito el gusto que tenemos en conocer a ese señor, señorita, conferenciante para señoras gordas, maestro normal, o censista que nos viene a emmerder. Variantes verdaderas:

—Tengo cierto gusto en conocerlo (señor, señorita, profesor, sargento).

—No tengo ningún gusto en conocerlo.

—Tengo menos gusto en conocerlo que el que experimenté hace dos meses en casa del amigo Medrano en conocer al Profesor Caminos (al obispo Barbagelata, al jockey Leguisamo).

—Usted, señor, no me resulta ni fu ni fa. Perdóneme, no quiero ofenderlo.

—Por qué no me hace el obsequio de irse al mismísimo carajo?

—Le mentiría si dijese que tengo mucho gusto en conocerlo. También sería un exagerado si le dijera que no tengo ningún gusto. En realidad, estimado señor (y paso por alto por el momento, para no complicar más las cosas, la palabra estimado) usted me resulta más o menos como esas comiditas para enfermos, esos purés, esas sopitas de cabello de ángel.

Otras fórmulas a rever: "Mi más sentido pésame". Variantes serias:

—Un cierto sentido pésame (habla la señorita Sagan).

—En cierto sentido, mi pésame.

—Un poco de pésame, caballero (señor, señorita, monseñor).

—El 26,5 % de pésame de lo que le correspondería si su hijo (yerno, concuñado, padre, consuegro) hubiese sido un buen tipo. (Variante para espíritus matemáticos, o para poseedores de computadoras.)

—Mi más sentido pésame? No joda, buen hombre.

—Mi bochornoso pésame.

—Mi ambiguo pésame.

—Mi controvertido pésame.

—Mi discutible pésame.

—Mi sigiloso pésame.

—Mi desatinado pésame.

—Mi deteriorado pésame.

—Mi zigzagueante pésame.

—Mi polisemioso pésame.

—Mi repugnante pésame.

—Mi provisorio pésame.

—Mi interesado pésame.

Con lo cual Quique dijo basta explotadoras, típicas expresiones de la dulce vida, que ya van a ver cuando vuelva el peronismo, y voy a cumplir con mis deberes de Caballero de la Prensa. Tengo que averiguar si es que entre Mirtha Legrand y Bonavena hay romance o si como ha repetido Mirtha "entre Ringo y yo no hay más que una buena amistad".

NO, CÓMO MARCELO PODRÍA PREGUNTARLE NADA?

Fue él quien habló, quien necesitaba hablar, con su acento tucumano, y con vergüenza le dijo te he mentado, mi nombre no es Luis, es Nepomuceno, y después de un silencio, sonrojándose, Marcelo murmuró algo que quizá quería significar vos nada tenés que contarme. Pero tampoco lo llamaban Palito, tal vez porque era tucumano y aindiado como el otro, el que cantaba en la radio, y sobre todo porque era así "ves"?, preguntó levantándose un poco el pantalón, con timidez, con una pequeña sonrisa como de culpa, mostrándole las patitas esqueléticas, la piel casi pegada a los huesos, porque aunque ya eran muchos los días que vivían juntos siempre se las había arreglado para no desnudarse delante de Marcelo o en plena luz. Habían sido ocho hermanos en el ranchito, con la madre que también lavaba para afuera, al padre no lo mencionó, acaso estaba muerto, acaso trabajaba lejos, y todo eso, pensaba Marcelo, para justificar lo de las patitas ridículas.

Tomaban mate en silencio.

—Tengo muchas cosas que contarte, Marcelo, necesito que sepas.

—Yo...

—El Che, el Comandante Guevara.

Marcelo se puso aún más nervioso, sentía vergüenza, tuvo repentinamente la intuición de lo que oiría y se consideraba inmerecedor.

—Estuve allá, hice toda la campaña, logré escapar con el Inti, pero tuve más suerte que él.

Después se calló y esa tarde no se habló más.

Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos. Aquí

dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos. Libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emana de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti, Fidel.

El Inti Peredo. Había oído hablar de él? No... bueno, sí... Le daba vergüenza confesarle que había visto su libro de memorias en una librería, le parecía injusto hablar de librerías delante de alguien como Palito, que casi era analfabeto, pero que en cambio había estado y sufrido allá, en el infierno. Era un gran tipo el Inti, le dijo, el Che lo quería mucho, aunque era difícil saber cuándo el Che quería mucho a alguien, aunque a veces ellos se daban cuenta. Un día, debajo de un árbol, descansaba o más bien pensaba. El mes de agosto había sido bravo, pasaron mucha hambre y sed, algunos compañeros tomaron la orina, aunque el Comandante se los había advertido, trajo trastornos, claro. Para colmo el Moro, que era el único médico, había empezado con su lumbago, tenía dolores insoportables en la marcha, y curar qué iba a curar. Estaba cundiendo el desaliento y hasta el miedo. El caso de Camba, por ejemplo. Alrededor del fogón el Che les habló esa noche con voz tranquila pero grave. Eso era para graduarse de hombres, dijo. Y el que no se sintiera capaz debía dejar la lucha en ese mismo momento. Pero los que se quedaron sintieron que su amor y su admiración por el Comandante se hacía más y más grande, y se comprometieron a vencer o morir. Eran momentos muy difíciles porque todo el grupo de Joaquín había caído en una emboscada, en el vado del río Yeso, el 31 de agosto, por la delación de un miserable llamado Honorato Rojas, un campesino. Honorato no venía de honor? Sí, venía de honor.

Bueno, el ejército esperó hasta que ese miserable los llevara a la trampa, y cuando estaban vadeando el río los asesinaron por la espalda, y allí murieron muchos y entre ellos Tania, una chica muy valiente, y sólo quedaron 22 hombres. Algunos, como el Moro, en muy malas condiciones, y otros, había que decirlo, aunque daba vergüenza, con miedo. Así que el Comandante reinició la educación todas las noches, con charlas y consejos, también con reprimendas paternas pero severas. Y una de esas noches lo vio solo, sentado en la raíz de un árbol, mirando el suelo. No sabía por qué tuvo el impulso de acercarse. Estaba pensando, le dijo el Che, como si se disculpara. Pensando en Celita, la hija que había dejado en Cuba.

El Palo volvió a callarse. Encendió otro cigarrillo y Marcelo veía en la oscuridad cómo el cigarrillo se avivaba en cada chupada de su compañero.

Queridos viejos: otra vez siento bajo mis talones el costillar de Rocinante, vuelvo al camino con mi adarga al brazo. Hace de esto

casi diez años, les escribí otra carta de despedida. Según recuerdo, me lamentaba de no ser mejor soldado y mejor médico. Lo segundo ya no me interesa, soldado no soy tan malo... Puede que ésta sea la definitiva. No la busco, pero está dentro del cálculo lógico. Si es así, va un último abrazo. Los he querido mucho, sólo que no he sabido expresar mi cariño; soy extremadamente rígido en mis acciones y creo que a veces no me entendieron. No era fácil entenderme, por otra parte. Créanme, solamente hoy.

—Sí, Marcelo, a veces nos dábamos cuenta. Por ejemplo cuando murió Benjamín, un muchacho más débil que yo (se rió con timidez), pero tenía una fe bárbara. Sufríamos mucho en aquellas marchas, desde el principio fue muy duro, y ya en los primeros días muchos nos quedamos casi sin zapatos y con la ropa hecha pedazos. Mucho espinillo, esas plantas, y la piedra, los vados. La idea del Che era llegar hasta el río Masicurí, para que viésemos a los soldados por primera vez, no para entrar todavía en combate. Ya llevábamos un mes casi de marcha, con enfermos, los mosquitos, toda clase de sabandijas, el cansancio, las mochilas cada día pesan más, las armas. Al final de ese mes, casi no teníamos ya qué comer. En el Río Grande, Benjamín tuvo dificultades con la mochila, porque era como te decía muy débil y estaba muy agotado, realmente era una pena verlo arrastrándose de ese modo. íbamos por una faralla y no sé qué falso movimiento lo hizo caer al río, que venía muy correntoso y crecido, así que ni siquiera tuvo fuerzas para dar algunas brazadas. Rolando se tiró al río pero no lo pudo agarrar y ya no lo vimos más. Todos queríamos a Benjamín, era un compañero de primera. El Comandante no dijo nada, pero durante todo ese día no habló, iba silencioso y con la cabeza baja. Cada vez que hacíamos un alto o cuando nos reuníamos a comer algo alrededor de una fogata, siempre nos hablaba, enseñaba cosas. Esa noche nos dijo que las principales armas del ejército revolucionario eran su moral y su disciplina. Un guerrillero no debía saquear jamás una población, no debía maltratar a su gente y mucho menos a las mujeres. Pero además debía mantener su decisión de vencer, de combatir hasta la muerte por los ideales que habíamos abrazado. Y la disciplina era fundamental, dijo, pero no esa que nos imponen en el servicio militar, sino la disciplina de hombres que saben por lo que luchan y que saben que eso por lo que luchan es algo grande y justo. No dijo una palabra de Benjamín, pero su voz esa noche era distinta, y además todos sentimos que en lo que explicaba algo tenía que ver con Benjamín, con su manera de aguantar el sufrimiento. Porque muchas veces lo habíamos visto ayudar a Benjamín, a aliviar su carga, ya que él, el Che, llevaba siempre la carga más pesada y hacía las cosas más arriesgadas. Hasta cuando el

asma empezó a embromarlo más que nunca, porque se le habían acabado los remedios. Vos sabés lo que es el asma.

En la oscuridad, Marcelo vio que encendía otro cigarrillo.

—Querés? Uno solo no te puede hacer mal.

Estaban en silencio, cada uno mirando hacia el techo, de espaldas en la cama.

—Cuando lo vi por primera vez no lo podía creer. Era de noche, en el monte.

Parecía uno más... Pero en seguida veías que no...

Se calló, fumaba.

—No te vayas a creer —pareció querer aclarar— que él se diera aire de ser diferente. No, no es eso, lo que quise decirte... No, quise decir que se sentía, sin que él quisiera. No era severo, como puede ser un jefe militar, te quiero decir. Era otra cosa. Hacía bromas, a veces. Pero otras cosas, no las toleraba. No toleraba la dejadez, el abandono, por ejemplo. Vos sabés: cuando se está por mucho tiempo en la selva, en el monte, poco a poco te vas abandonando, si te dejás al poco tiempo no tenés más que trapos, porque los espinillos, las marchas, las lluvias, eso. Y porque es difícil bañarse o porque comés muchas veces con las manos. En cuanto uno se descuida ya estás convertido en un animal. Bueno, te digo, el Che eso no lo toleraba. Había que preocuparse por estar limpio, por arreglarse la ropa, por cuidar la mochila, los libros. Pocas veces lo oí gritar, y cuando gritó tenía razón. Más bien te corregía con cariño, aunque con firmeza. Apenas llegábamos a un lugar que se elegía de campamento, dirigía lo que él llamaba en broma las obras públicas: se construían bancos, un horno para el pan, esas cosas. Y cada cierto tiempo ordenaba una limpieza a fondo del campamento, aunque fuera provisorio. Y todos los días, de 4 a 6, teníamos las clases. Los más instruidos enseñaban, los otros aprendíamos: gramática, aritmética, historia, geografía, política, lengua quechua. Hasta de noche había cursos, pero esos eran voluntarios, para los que querían aprender más y tenían más resistencia. De noche el Che daba un curso de francés. No es cuestión de tirar tiros, decía, sólo de tirar tiros. Un día algunos de ustedes tendrán que ser dirigentes, si triunfamos en esta guerrilla. El cuadro, decía, tiene que tener no sólo coraje, tiene que desarrollarse ideológicamente, tiene que ser capaz de análisis rápido y de decisiones justas, tiene que ser capaz de fidelidad y disciplina. Pero sobre todo, decía, tiene que constituir el ejemplo del hombre nuevo que queremos en una sociedad justa.

Hizo otra pausa y fumaba en silencio.

—El hombre nuevo —murmuró, como si pensara para sí mismo—.

Nos dijo muchas cosas sobre el hombre nuevo. Yo no te las puedo explicar porque no soy una persona instruida. Pero mientras él hablaba y trataba de explicarnos eso, yo lo miraba fijo y pensaba el hombre nuevo es él, es el Comandante Che Guevara. Pero él hablaba como si se tratara de algo diferente, de algo grande que

habría que encontrar un día, o construirlo. Pero yo pensaba, y creo que otros compañeros también, que el hombre nuevo era alguien como él, como el Che: con espíritu de sacrificio por los otros, con coraje y al mismo tiempo con compasión y... Pareció vacilar un momento y además daba la impresión de tener dificultad en hablar, como si los recuerdos lo ahogaran dolorosamente. Pero por fin se decidió a decir la palabra ante la cual se había detenido, como avergonzado la dijo: con amor.

Se quedó callado. Después se consideró obligado a explicar:

—Amor... no sé... no quiero decir eso que aparece en las novelas románticas... no quisiera que me entendás mal... Era... Decía que no se podía luchar por un mundo mejor sin eso, sin amor por el hombre y que eso era una causa sagrada, que no era cuestión de simples palabras, que cada día, cada vez había que probarlo...

Cuántas veces lo vimos tratar sin rencor a soldados que un poco antes habían tirado a matar, cómo curaba sus heridas, aun gastando los medicamentos que para nosotros eran escasos. Te dije que al poco tiempo le empezó a faltar su medicina para el asma, y sufría muchísimo. A veces se ocultaba en los momentos en que le daba peor. Pero luego volvía, continuando la marcha, y se enojaba cuando tratábamos de ayudarlo o aliviarlo o si el cocinero le daba algo mejor, o cuando tratábamos de cambiarle la hora de guardia por una hora más cómoda.

Volvió a callarse, fumaba en silencio.

—La emboscada de Ñancahuazú, la primera vez que tuvimos que combatir. Tomamos bastantes prisioneros, entre ellos a un mayor Plata. Daba vergüenza verlo acobardado. Sus propios soldados nos pedían que lo fusiláramos, porque era un hombre despiadado. Les sacamos la ropa a los soldados y les dimos ropas civiles. Curamos a los heridos y el Inti les explicaba nuestros objetivos, porque el Che tenía que disimular su presencia en Bolivia. Y les explicamos que no matábamos enemigos prisioneros. Así que a aquel individuo lo tratamos como el Che nos había enseñado: como a un ser humano, con dignidad y respeto. Otro caso: el teniente Laredo. En su diario de campaña se encontró una carta de su esposa. Una amiga le pedía que llevara una cabellera de algún guerrillero para adornar el living. Así decía: para adornar el living. Y sin embargo el Che resolvió que el diario de ese subteniente, ahora me acuerdo, era subteniente, no teniente, había que hacerlo llegar a la madre, puesto que el oficial enemigo así lo decía en el diario. Y el Che lo guardó en su mochila para un día hacerlo llegar. Lo encontraron en la mochila cuando perdió la vida en la emboscada de Yuro. Te contaré otro caso. El 3 de julio estábamos todavía cerca del camino petrolero donde habíamos tenido un choque con el ejército. El Che había ordenado una emboscada, y esperábamos que pasaran camiones. Pombo debía hacer una señal con su pañuelo, desde su puesto de observación, cuando el primer camión estuviera al alcance de nuestro

fuego. Después de 5 horas y media pasó el camión, pero el Che, que debía con su M.2 hacer el primer disparo no lo hizo, y así pasó sano y salvo. Sabés por qué?

Pareció esperar la respuesta de su amigo, que no dijo nada.

—Me oís? O te has dormido?

—Sí, Palo, oigo todo lo que contás.

—Sabés por qué? Porque en la parte de atrás venían sólo dos soldados, dormidos y envueltos en una frazada, al lado de los chanchos que llevaban. Eran dos soldaditos, nos explicó el Che, y estaban dormidos. Te parece que fue una debilidad, Marcelo?.

—Yo...

—Esa noche, alrededor del fogón, nos explicó que una actitud como ésa tal vez podía ser considerada como una debilidad y que debilidades de ese tipo en algún momento podían ser fatales para la guerrilla. Pero ahí vino una vez más lo del hombre nuevo. Matar a mansalva a dos soldados indefensos y dormidos e inocentes, porque al fin y al cabo combatían obedeciendo órdenes, era realmente una debilidad? Se podía crear ese hombre nuevo por el que luchábamos sobre la base de atrocidades como ésas? Se podían alcanzar fines nobles con medios innobles? Es algo difícil. Vos sabés que muchos después lo criticaron por eso.

—Quiénes?

—Y, qué sé yo... revolucionarios más duros, más realistas... se dice así? Yo oí muchas veces esa clase de críticas al Che... idealista pequeño-burgués, decían, cosas por el estilo. Una vez tuve que encajarle una trompada a un individuo que dijo eso despectivamente. Me le fui encima. Creo que lo habría matado... sólo yo sabía ahí en esa reunión quién era el Che Guevara, y me hirió oír esas cosas, gente que jamás habría hecho ni la milésima parte de lo que fue capaz de hacer el Che... Pero te digo, yo no sé, yo no soy una persona instruida... Él que me dijo eso era un comunista que conocía mucho de Marx y de Lenin. Eso no es marxismo-leninismo, dijo. Vos qué crees? Es así?

Marcelo, como siempre, tardó en contestar:

—Yo no soy nadie para hablar de marxismo-leninismo... Pero creo que el Che tenía razón...

—Yo también. Y que si combatíamos era precisamente para que no hubiese hombres capaces de tirar desde la sombra contra dos pobres muchachos dormidos que iban a la muerte sin saber por qué. En su Diario, lo leíste?

—Sí.

—En su Diario dice que no tuvo coraje para tirarles. Pero vos sabés que lo que le sobraba al Che era el coraje. Quiere decir otra cosa. Lo que pasa, además, es que cuando formás parte de un grupo de guerrilleros en la selva hay sentimientos que la gente de la ciudad no puede comprender. Cuando a Turna lo hirieron en el

vientre, tuvimos que llevarlo hasta Piray, varios kilómetros más adelante, para que el Moro pudiese operarlo. Pero el Turna tenía el hígado destrozado y varias perforaciones en los intestinos. Y no hubo nada que hacer. Fue un día de gran dolor para todos, porque era uno de los compañeros más alegres, más serviciales. Además de un combatiente con mucho coraje. El Che lo quería como a un hijo, y así lo dice en el Diario, y tal vez sufrió más que todos. Aunque, como siempre, hizo lo posible para no demostrarlo. Cuando el Turna cayó, creyendo que moriría ahí mismo, nos dio el reloj para el Che. Así era la costumbre, porque el Comandante luego lo entregaría o lo haría llegar a la mujer o a la madre, según el caso. El Turna tenía un hijo que no conoció, porque había nacido cuando ya estábamos en la montaña. Pidió que el reloj se lo guardaran para cuando fuera grande.

Estuve cuatro días de patrullaje con el primer batallón de la cuarta división, en esa selva primitiva, plagada de serpientes, boas, gigantescas arañas y jaguares. (Del relato de Murray Sayle, corresponsal de guerra del LONDON TIMES)

Setiembre fue peor aún que agosto. Tuvimos que hacer marchas muy terribles, perdimos hombres, libramos varios combates y nos empezó a faltar hasta lo más indispensable. Para colmo comprendimos que el grupo de Joaquín ya no volvería más, que había sido aniquilado. El Moro sufría dolores insoportables y el Comandante estaba cada día peor, porque hacía rato se le habían acabado los remedios para el asma. A veces se andaba escondiendo por ahí, para que no lo viéramos en los momentos peores del ataque. Nuestro próximo objetivo era La Higuera. Pero ya todos sabíamos que el ejército conocía nuestra posición. El Coco encontró un telegrama en la casa del telegrafista de Valle Grande, el subprefecto le comunicaba al corregidor la presencia de la guerrilla. A cosa del mediodía del 26 salió nuestra pequeña vanguardia para tratar de alcanzar el Jagüey. Después de media hora, cuando ya el grupo del centro y de la retaguardia salíamos en la misma dirección, oímos fuego nutrido del lado de La Higuera. El Comandante organizó en seguida la defensa para esperar la vanguardia, o lo que quedase, porque no dudamos de que habían caído en una emboscada. Así que esperamos ansiosos las primeras noticias. Primero llegó Benigno, con el hombro atravesado por una bala. La cosa había sido así: primero hirieron al Coco, entonces Benigno corrió a rescatarlo y mientras lo arrastraba lo alcanzaron con una ráfaga de ametralladora: al Coco lo mataron y una de las balas, después de atravesarlo, hirió en el hombro a Benigno. Los otros o estaban muertos o heridos. Fue un golpe muy duro para el Inti, porque el Coco era más que un hermano para él: juntos habían estado en la cárcel y en la lucha, y juntos habían entrado en la guerrilla. Un día, para darte una

idea, se estaba conversando en el monte de la muerte de Ricardo, de cómo esa muerte había golpeado a su hermano Arturo. Entonces Coco le dijo al Inti: no quisiera nunca verte muerto, no sé cómo me comportaría. Pero por suerte a mí me matarán antes, lo sé, dijo. Y así fue, efectivamente. Coco era un camarada muy generoso y de gran coraje, pero lloró el día que mataron a Ricardo.

Felizmente, el Inti no lo vio morir. Él no era de llorar, pero desde ese día se volvió más reservado que antes.

Palito volvió a callarse, su voz se había ido haciendo más difícil a medida que avanzaba en aquel recuento de desdichas, como si su voz fuese sufriendo la misma creciente desventura de la marcha de su pequeña tropa de condenados.

Se levantó y dijo "voy al baño". Era cosa frecuente, Marcelo lo sabía, sus riñones no eran ya los de un hombre normal. Cuando volvió, se acostó de nuevo y prosiguió:

—La emboscada de La Higuera fue un golpe terrible. En realidad fue el comienzo del fin.

Día 27. — A las 4 reiniciamos la marcha tratando de encontrar un lugar para subir, cosa que se logró a las 7, pero para el lado contrario al que pretendíamos; enfrente había una loma pelada, de apariencia inofensiva. Subimos un poco más para encontrarnos a salvo de la aviación en un bosquecillo muy ralo y allí descubrimos que la loma tenía un camino, aunque por él no transitó nadie en todo el día. Al atardecer, un campesino y un soldado subieron la loma hasta la mediación y jugaron un rato allí, sin vernos. Aniceto acababa de hacer una exploración y vio en una casa cercana un buen grupo de soldados; ese era el camino más fácil para nosotros y está cortado ahora. Por la mañana vimos subir en una loma cercana una columna cuyos objetos brillaban al sol, y luego, al mediodía, se escucharon tiros aislados y algunas ráfagas, y más tarde los gritos de "allí está", "sale de ahí", "vas a salir o no", acompañados de disparos. No sabemos la suerte del hombre, y presumimos que podía ser Camba. Nosotros salimos al atardecer para tratar de bajar al agua por otro lado y nos quedamos en un matorral un poco más tupido que el anterior; hubo que buscar agua por el mismo cañón, pues una faralla no deja hacerlo aquí. La radio trajo la noticia de que habíamos chocado con la compañía Galindo dejando 3 muertos que iban a trasladarse a V.G. para su identificación. No han apresado al parecer a Camba y León. Nuestras bajas han sido muy grandes esta vez; la pérdida más sensible es la de Coco, pero Miguel y Julio eran magníficos luchadores y el valor humano de los tres era

imponderable. León pintaba bien. —Altura, 1800 metros. (Del DIARIO del Che Guevara.)

El Comandante buscaba una zona donde el terreno fuera menos desfavorable, hasta que pudiéramos hacernos de refuerzos y alimentos. Pero para eso teníamos que romper dos cercos: el que teníamos ahí no más, delante, y el otro, un gran círculo en que se había desplegado el ejército, tal como lo sabíamos por los comunicados de radio. Entre los últimos días de setiembre y los primeros de octubre tratamos de mantenernos ocultos durante el día, aunque hacíamos algunos sondeos para rastrear una salida. Para colmo ya no teníamos agua. Sólo un agua muy amarga, que teníamos que conseguirla con grandes peligros, de noche, borrando detrás los rastros. A pocos pasos sentíamos pasar los soldados, cada vez en mayores cantidades y muy bien equipados. Cuando encendíamos fuego, teníamos casi que cubrirlo con las mantas, para evitar que lo vieran.

Se calcula que el Comandante Ernesto Che Guevara debe de caer de un momento a otro, pues está rodeado desde hace varios días por un círculo de hierro. La tierra y las picaduras transforman aquí la piel de cualquier ser humano en un manto de miseria. La vegetación inextricable, seca y cubierta de espinillos, hace imposible casi todo desplazamiento, aun de día, si no es por el hecho de los arroyos que están todos estrechamente vigilados. No es posible comprender cómo los guerrilleros pueden soportar este cerco de sed, de hambre y de horror. "Ese hombre no saldrá vivo", nos dice un oficial. (De un corresponsal de guerra)

Así llegamos al 8 de octubre. La tarde anterior habíamos cumplido 11 meses de guerrilla. La madrugada fue muy fría. La marcha era muy lenta porque al Chino le costaba andar de noche, el Moro venía con sus dolores en la pierna, y el Comandante, sin remedios para su asma, sufría muchísimo. A las 2 de la madrugada paramos para descansar. Seguimos a las 4. Éramos 17 hombres, avanzando en la oscuridad y en un silencio angustioso por el cañadón del Yuro. En cuanto salió el sol, el Comandante se puso a estudiar la situación, buscando una cresta para alcanzar el río San Lorenzo. Pero los cerros eran casi pelados y la salida iba a ser casi imposible. Entonces el Comandante decidió mandar tres parejas de exploración: una hacia la derecha, otra delante y la tercera a la izquierda. Pronto volvieron confirmando que teníamos todos los pasos cerrados. Tampoco podíamos volver hacia atrás, porque el sendero que habíamos recorrido de noche era imposible de día. El Comandante decidió entonces que nos ocultáramos en un cajón

lateral y retardar las acciones todo el tiempo posible, pues si empezaban después de las 3, nos explicó, podríamos resistir hasta la caída del sol y entonces cabía una probabilidad de escape.

A las 8 de la mañana un paisano llamado Víctor acudió al puesto militar de La Higuera para informar que hombres desconocidos se movían entre los matorrales cercanos a su rancho. El oficial dio dinero al informante y en seguida comenzó a transmitir la noticia a las unidades de Rangers desplegadas en la zona. El mayor Miguel Ayoroa, comandante de las dos compañías de Rangers que operaban en la región, ordenó por radio bloquear las salidas de las cañadas de San Antonio, Yagüey y Yuro. El capitán Prado fue con su destacamento a la cañada del Yuro, y sus hombres hicieron contacto con los guerrilleros hacia el mediodía. Dos soldados resultaron muertos en el primer encuentro. El tiroteo continuó en forma esporádica durante cerca de 3 horas. Lentamente, los Rangers fueron ganando terreno, llegando a unos 70 metros del enemigo. A las 15,30 las guerrillas sufrieron la primera baja visible. (Del parte militar)

Fue una desgracia que el ataque empezara al mediodía, pues, como te dije, las esperanzas del Che eran que por lo menos se retardara hasta las 3. Empezamos a oír el tableteo de las ametralladoras, que por suerte batían el camino que habíamos recorrido durante la noche. Era evidente que nos consideraban más retrasados. Eso nos permitió ganar tiempo. El Comandante dividió la fuerza en tres grupos, conviniendo un lugar para encontrarnos a la caída de la noche. Pero cuando mi grupo llegó no encontramos a los otros. Nos miramos en silencio y nos derrumbamos de cansancio y de angustia, con la esperanza, sin embargo, de que el Che con su grupo, imposibilitado de llegar hasta el lugar en que estábamos, hubiese optado por alcanzar el San Lorenzo.

Palito se calló. Marcelo, de espaldas en su cama, sentía su pecho oprimido por el asma. "Por mi asma", pensó como alguien que se sorprende cometiendo la acción más mezquina de su existencia. Después del largo y terrible silencio de Palito, oyó que con voz apenas inteligible decía: "No sabíamos que todo su grupo había caído, que el Comandante Ernesto Che Guevara estaba herido y prisionero, y que pronto sería asesinado de la manera más..., pero la última palabra Marcelo no pudo oírla bien. Luego ya no hablaron en aquella noche.

Nos desplegamos de modo de cercar a los guerrilleros y en seguida nos lanzamos al asalto. El primer rebelde que vimos era el que luego

identificamos como Willy, seguido por el que después identificamos como el Che. De inmediato abrimos fuego, hiriendo al Che con una ráfaga de ametralladora. Willy y los otros intentaron entonces arrastrarlo, mientras proseguía el combate. Otra ráfaga de nuestros Rangers voló el birrete del Comandante, hiriéndolo en el tórax. Mientras sus compañeros lo cubrían, Willy logró conducir a su jefe hasta una colina, donde se encontraron con otros cuatro Rangers. Sin aliento por el esfuerzo, Willy llegó con el cuerpo de su jefe sobre las espaldas. Y cuando se detuvo para reponer fuerzas y darle algún cuidado a Guevara, los soldados emboscados le dieron orden de rendición. Antes de que pudieran tirar, los Rangers dispararon primero. Luego se llegaron hasta ellos. El Che tenía graves heridas y el asma le impedía respirar. Entonces transmitimos el mensaje cifrado: "Hola, Saturno. Tenemos a Papá". (Informe del Capitán Prado)

Guevara fue llevado en una manta por 4 soldados hasta La Higuera, distante varios kilómetros del lugar de captura. Allí el capitán Prado entregó los prisioneros al coronel Selich, que estaba a cargo del puesto. Se hizo un inventario de lo que había en el morral de Guevara: dos diarios, un código, un libro de notas con mensajes cifrados, un libro de poemas copiados por el Che, un reloj y otros tres o cuatro libros. (Del informe del Ejército Boliviano)

Fue el coronel Selich el que habló con el Che. Tanto nosotros, los soldados heridos, como Guevara, estábamos en un hangar. Pero él estaba en el otro extremo y no entendíamos bien lo que decían, aunque oíamos claramente al coronel, porque gritaba. Hablaba de América. El coronel estuvo mucho tiempo con Guevara, quizá una hora o más. Discutían sobre algo que el coronel quería averiguar y que el Che se negaba a decir. Hasta que en un momento Guevara dio una bofetada al coronel con su mano derecha. Entonces el coronel se levantó y se fue. El mayor Guzmán quiso transportar a Guevara en un helicóptero, a un hospital, pero el coronel se opuso y partimos nosotros solos. (Relato del soldado Giménez)

Apenas el helicóptero hubo partido con los soldados heridos y muertos, los dolores del guerrillero iban en aumento. Murmuró algo. Acerqué mi oído a su boca y entendí que decía "me siento muy mal,

le ruego haga algo para atenuar mi dolor". Yo no sabía qué hacer, pero él mismo me indicó qué clase de movimientos debía yo facilitarle. "Ahí, en el pecho, por favor", me dijo. Luego pasó la noche entera quejándose. (Relato del teniente a cargo del prisionero)

El Che fue llevado con los otros prisioneros a una escuelita de La Higuera, y en una de sus aulas pasó toda aquella noche. (Informe de un periodista)

Aquí me tenéis, dejados espacios; sin olvido solitario

El domingo 9 de octubre, a las 2 de la tarde, el presidente Barrientos y el general Ovando recibieron el informe de la captura. Hubo una reunión del alto mando. Fueron los generales Torres y Vázquez quienes presentaron la moción de ejecutarlo. Ninguno se opuso, callados. Poco después, el general Ovando transmitía a Valle Grande, esta orden: "Saluden a papá". La orden fue recibida en La Higuera por el coronel Miguel Ayoroa. Se la transmitió el teniente Pérez y éste, a su vez, al suboficial Mario Terán y al sargento Huanca. Los victimarios empuñaron sus carabinas. En el lugar en que estaba encerrado el Che, yacía también amarrado el guerrillero Willy. Cuando Terán apareció, Willy lo insultó y entonces Terán le tiró a la cabeza. Lo mismo hizo Huanca con Reynaga, que estaba encerrado en el aula vecina. Mario Terán fue señalado por el destino para matar al Comandante Guevara. Apenas salió del aula en que había ultimado a Willy, atemorizado, decidió cambiar de arma por una más poderosa. Se dirigió adonde estaba el teniente Pérez para solicitarle una carabina M-2, que descarga ráfagas automáticas. Terán es un hombre bajo, menudo. (Versión de Antonio Arguedas, ex ministro de gobierno, dada a Prensa Latina)

*Expuesto y levantado para la muerte:
vedme, infortunios, galas, traído eternamente.
Días, edad, nubes, qué haréis conmigo!*

Cuando llegué al aula, el Che se incorporó y me dijo:
—Usted ha venido a matarme.
Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder.
—Qué han dicho los otros? —me preguntó.

Le respondí que nada.

No me atrevía a disparar. En ese momento vi al Che muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentí que se me echaba encima y me dio un mareo.

—Póngase sereno —me dijo—. Apunte bien.

*dinos dónde escondiste, ay!, esa muerte
que nadie pudo verte,
imposible y callada.*

Entonces di un paso hacia atrás, hacia la puerta, cerré los ojos y disparé la primera ráfaga. El Che, con las piernas destrozadas, cayó al suelo, se contorsionó y comenzó a perder muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en un hombro y finalmente en el corazón... (Relato del suboficial Terán a Arguedas)

El cadáver del Che fue arrastrado, aún caliente, hasta una camilla hacia el lugar en que sería recogido por un helicóptero. El suelo y las paredes del aula quedaron manchadas de sangre, pero ninguno de los soldados quiso limpiarlos. Lo hizo un sacerdote alemán, quien calladamente lavó las manchas y guardó en un pañuelo las balas que habían atravesado el cuerpo de Guevara.

Apenas llegó el helicóptero, la camilla fue atada a uno de los patines. El cuerpo, aún con la campera de guerrillero, estaba envuelto en un lienzo. Eddy González, un cubano que en La Habana había regentado un cabaret en la época de Batista, se acercó para darle una bofetada al rostro inerte del comandante muerto.

Al llegar el helicóptero a destino, el cuerpo fue puesto sobre una tabla, con la cabeza colgando hacia atrás y abajo, los ojos abiertos. Casi desnudo, estirado sobre la pileta de un lavadero, era iluminado por las luces de los fotógrafos. Sus manos fueron cortadas a hachazos, para impedir la identificación. Pero el cuerpo fue mutilado en otras partes, también. El fusil fue a parar a manos del coronel Anaya, el reloj a manos del general Ovando. Uno de los soldados que participó en las operaciones le quitó los mocasines que uno de los camaradas de Guevara le había hecho en el monte. Pero como estaban muy maltratados por el uso y la humedad, no le sirvieron. (De los informes periodísticos.)

*Habrá flores que te recuerden, palabras, cielos;
lluvias como ésta, y vivirás sin alteración
habiendo sucedido.
Duerme, libre de la adversidad, todo el orgullo
de la tristeza.*

NO, SILVIA, NO ME MOLESTAN TUS CARTAS

pero no tengo tiempo ni interés en encontrarme con Araujo. Que empiece por leer a Hegel, y verá un Hegel "marxista" y otro "existencialista", y entonces comprenderá por qué el existencialismo de hoy puede emprender un diálogo fructífero e integrador con el marxismo, a condición que dejen de lado las amenazas y los insultos.

En cuanto a lo de "metafísico", otra acusación t pica.

Araujo me rebusca los estigmas como aquellos cazadores de brujas que trataban de encontrar la marca del demonio en los pliegues más secretos. Pero te dije, que uso esa palabra para referirme a ciertos problemas últimos de la condición humana. Explicable que el ansia de absoluto, la voluntad de poder, el impulso a la rebelión, la angustia ante la soledad y la muerte son esos problemas, que no son manifestaciones de podredumbre burguesa sino que también pueden atacar (y atacan) a los felices habitantes de la Unión Soviética.

La totalidad concreta del hombre incluye esos problemas. Y no puede ser alcanzada sino por el arte. De paso, esto no lo dicen únicamente leprosos como yo: lo afirman grandes marxistas. Todos los filósofos, cuando han querido tocar el absoluto, tuvieron que recurrir a alguna forma del mito o de la poesía. De los existencialistas, ni hablemos. Pero aun en aquellos filósofos tradicionales: pens  en los mitos de Platón y record  a Hegel recurriendo a los mitos de Don Juan o de Fausto para hacer intuible el drama de la conciencia desdichada.

Y una última aclaración. Por motivos o razones semejantes a los que te expuse, uso, para perplejidad de los correctores de prueba, la palabra "esjatol gico", para referirme a los problemas de la muerte, y no "escatológico", que lo dejo para las comisiones de censura. Ya que *esjat s* es lo que se refiere al más allá y *skat s* se refiere a la porquería. Aunque para estos críticos viene a ser lo mismo: pura y execrable mierda.

Estoy cansado, Silvia. Son las 2 de la madrugada y ando muy mal. No te puedo explicar por qué. Si logro hacer la novela de este tumulto, entonces podrás intuir algo de mi realidad, de *toda* mi realidad: no la que ves en las discusiones filosóficas.

ENTRA CON TIMIDEZ

en el gran anfiteatro del Canal 13, pero Pipo, con el micrófono en la mano izquierda y su bracito enérgicamente extendido hacia él, grita su nombre con simpatía y exige

UN GRAN APLAUSO, FUERTE, MUY FUERTE!

y todos aplauden y gritan. Entonces, lo hace recostar en un diván y poniéndose en cuclillas a su lado lo somete a un interrogatorio grueso, una especie de examen de psicoanálisis para estudiantes mongólicos, mencionando hechos a los que Sabato debe responder:

un hombre que sube una escalera

un paraguas

una gran cartera de mujer

un ferrocarril que sube una cuesta con enorme esfuerzo

una canilla que vierte leche

y cada vez que su paciente responde correctamente, Pipo solicita un UN GRAN APLAUSO y dobla el premio, porque ahora la audición es un programa de preguntas y respuestas. Sabato suda copiosamente no sólo a causa del intenso calor que producen los reflectores sino por estar en calzoncillos delante de centenares de personas que lo observan cuidadosamente. Ni tiene un respiro cuando se lanzan las tandas de avisos porque sigue en exhibición mientras a gritos se explica al pueblo argentino que Aurora Adelanta el Futuro, que no debe dudar que a él lo beneficia operar con el Banco de Galicia, que sólo debe tomar vino custodiado por expertos, que es una tontería perder un novio o un empleo por mal aliento de origen bucal existiendo algo como el Bucol que no dispersa simplemente los gérmenes sino que los extermina ASÍ! (golpe de un puño gigantesco sobre un germen) ASÍ (otro golpe sobre otro germen), que debe comprar en Frávega porque Frávega le da el Oro y el Moro, que Eslabón de Lujo es fríamente la última palabra, y que Supercompacta es

capaz de guardar cualquier cosa (un elefante sale de la heladera), que ésa era ella (suda, se agita, no tiene tiempo para ver teleteatro ni ir a fiestas) hasta que adoptó Vero y que no podía asistir a cocktails por inexcusable aplicación de Odorono (se muestra de cerca la forma en que el sudor evidente en la exila hace apartar las caras de sus amigos) y que sus problemas de constipación habían sido DEFINITIVAMENTE resueltos por las Píldoras Ross (familia alegre de mañana, plena de felicidad) y por Waldorf que le ofrece 74 metros de suavidad perfumada, culminando la tanda con la aparición de dos enanos vestidos de nenes que se presentan en una casa de artículos para el hogar y que estentóreamente exigen a gritos un Drean! y que ahora la han traído a mamita. Sabato siente malestar porque piensa que los reflectores no perdonan detalle, en momentos en que entra Libertad Leblanc, para la cual Pipo solicita UN FUERTE APLAUSO, después de lo cual grita que tal como había sido anunciado, por las mismas Cámaras de Canal 13, siempre en SÁBADOS CIRCULARES, se llevará a cabo el casamiento entre Sabato y la rutilante estrella, mientras de una mano acerca a Libertad, quien, ante la orden amable pero estentórea de Pipo debe besar a Sabato ante las cámaras, cosa que se hace entre GRANDES Y SOSTENIDOS APLAUSOS. Sigue luego una gran tanda de avisos, en que se propagan las ventajas definitivas de champúes para la caspa, desodorantes que mantienen su acción durante las veinticuatro horas del día, vinos secos y dulces, jabones que usan las estrellas, pastas dentífricas, heladeras, televisores, papeles higiénicos más resistentes y absorbentes que ningún otro, cigarrillos más largos que cualquiera antes conocido, lavadoras automáticas y automóviles. Al cabo de lo cual, Pipo hace entrar entre cerrados aplausos a Jorge Luis Borges, de jacquet, que oficiará de padrino de la boda. Su bastón blanco suscita un generalizado sentimiento de simpatía, facilitado por un gran perro amaestrado que hace de lazarillo y por los comentarios de Pipo Mancera que subraya el SACRIFICIO que significa para un hombre como Borges, en sus condiciones, acudir a un programa de televisión. Pobre cieguito, comenta una gran gorda que es enfocada por las cámaras, pero Borges hace una temerosa seña con la mano como diciendo que no se debe exagerar. Libertad Leblanc, con un vestido negro y un escote que llega al ombligo está al lado de Sabato, quien, siempre en calzoncillos, pero ahora de pie y de la mano de la estrella, dirige una mirada de simpatía hacia Borges, que avanza con paso inseguro hacia el centro de la escena. Pipo entonces dice SEÑOR DIRECTOR, DISPONGA DE LAS CÁMARAS, palabras que son la señal para desencadenar otra tanda de avisos, mientras Sabato piensa: "tanto él como yo somos personas públicas", y siente que caen lágrimas de sus ojos.

ABRIÓ EL LIBRO Y ENCONTRÓ SU MARCA,

su letra pequeña pero temible en el margen de aquel libro de ocultismo: "Perforar el muro!", le advierte.

Tendría que liberarlo, aunque saltara sobre su cara como un bicho negro y enloquecido, desde el vientre de aquella momia. Pero liberarlo para qué? No lo sabía. Quería calmar a R.? Era como una divinidad terrible, a quien debía hacerse sacrificios. Era insaciable, siempre acechándolos desde las tinieblas. Trataba de olvidarlo, pero sabía que allí estaba. Combinación de poeta, filósofo y terrorista. Esos conocimientos entreverados, qué sentido tenían? Un anarquista aristocrático o reaccionario que odiaba esta civilización, una civilización que inventa la aspirina, "porque ni siquiera es capaz de soportar un dolor de cabeza".

No le daba descanso. No podía abrir un libro sin encontrarse con su letrita odiosa. Un día en que añoraba los tiempos de la matemática abrió el libro de Weyl, sobre relatividad; al margen de uno de los teoremas capitales estaba su comentario: IDIOTAS! Tampoco le interesaba la política ni la revolución social, que consideraba como subrealidades, realidades de segundo orden, esas que mantienen al periodismo. Lo "real!", escribía entre comillas, con sarcástico signo de admiración. Lo real no eran los paraguas, la lucha de clases, la albañilería, ni siquiera la Cordillera de los Andes. Todo eso eran formas de la fantasía, ilusiones de delirantes mediocres. Lo único real era la relación entre el hombre y sus dioses, entre el hombre y sus demonios. Lo verdadero era siempre simbólico, y el realismo de la poesía era lo único valedero, aunque fuese ambiguo o por eso mismo: las relaciones entre los hombres y los dioses eran siempre equívocas. La prosa sólo servía para hacer una guía de teléfonos, un prospecto sobre el funcionamiento de una lavadora o la crónica de una reunión de directorio.

Este mundo se venía ahora abajo, y los enanos corrían despavoridos, entre ratas y profesores, llevándose por delante tachos de plástico llenos de basuras de plásticos.

AHÍ ESTABA

con su raído impermeable colorado, con su cabeza hacia delante, avanzando por encima de su cafecito, acercándose a una realidad siempre colocada un poco más allá del alcance de su vista. Su miopía, sus gruesos vidrios, su modesto impermeable lo conmovían.

—Te podrías pintar algo —le salió sin querer.

Ella bajó la cabeza.

Tomaron café en silencio. Luego él le dijo que iban a caminar.

—Pero afuera hace frío.

Él la tomó del brazo y salió sin explicación.

Había empezado el otoño, un otoño de lloviznas y viento. Cruzaron al parque de las barrancas de Belgrano, caminaron entre los árboles y finalmente llegaron hasta un banco de madera, debajo de un gran gomero. Las mesas de ajedrez estaban solitarias.

—Le gustan los parques —comentó ella.

—Sí. De muchacho venía a leer por aquí. Pero vamos, hace frío.

Caminaron debajo de los grandes plátanos de hojas tostadas y decadentes. Doblaron por Echeverría hacia el lado de Cabildo. Él observaba todo como si fuese a comprarlo. Silvia lo veía hermético y sombrío. Por fin se atrevió a preguntarle hacia dónde iban.

A ninguna parte. Pero sus palabras no le parecieron verdaderas.

—La novela como poema metafísico —murmuró de pronto.

Qué?

Nada, nada. Pero en un plano inferior seguía su rumia: el escritor como entrecruzamiento de la realidad cotidiana y las fantasías, como límite entre la luz y las tinieblas. Y ahí, Schneider. Ahí estaba, las puertas del mundo prohibido.

—La Iglesia de Belgrano —dijo ella.

Sí, la Iglesia de Belgrano. Una vez más S. la observó con sagrado recelo y pensó en sus criptas.

—Conocías este café?

Entraron a tomar algo en el ÉPSILON, para calentarse. Después volvió a sacarla de un brazo y cruzaron Juramento.

—Crucemos pronto este infierno —dijo, apresurando el paso.

Pasaron Cabildo y siguieron por Juramento, hasta que empezó el viejo pavimento de grandes piedras y el misterio del viejo Belgrano. En la esquina de Vidal se paró a mirar al antiguo caserón, resto de una quinta. La examinaba como si tratase de adquirirla, ya lo había observado Silvia. Se lo dijo y él se sonrió.

—Algo de eso.

—Una vez leí que andaba buscando casas para una novela. Es cierto? Es necesario?

Se rió, pero dejó la pregunta sin responder. Como si fuera un director de cine. Además, para qué novela? Parecían personajes en busca de un autor, casas en busca de personajes que golpeaban a sus puertas.

En la esquina de Cramer habían transformado la casona en restaurant vasco. La moda.

—Jurá no comer nunca en un restaurant así —le dijo con cómica seriedad.

—Pero es cierto que está escribiendo una novela?

—Una novela? Sí... no... no sé qué decirte... Sí, me obsesionan algunas cosas, pero todo resulta muy difícil, sufro mucho con esa historia y además...

Después de unos pasos, agregó:

—Sabés lo que pasó con la física, a comienzos de siglo? Se empezó a poner todo en duda. Quiero decir, los fundamentos. Era como un edificio que crujía y hubo que investigar los cimientos. Y se empezó a hacer no física sino a meditar sobre la física.

Se apoyó contra la pared y se quedó un momento mirando el restaurant vasco.

—Con la novela ha pasado algo parecido. Hay que revisar los cimientos. No es casualidad, porque nace con esta civilización occidental y sigue todo su arco, hasta llegar a este momento de derrumbe. Hay crisis de la novela o novela de la crisis? Las dos cosas. Se investiga su esencia, su misión, su valor. Pero todo eso se ha hecho desde fuera. Ha habido tentativas de hacer el examen desde dentro, pero habría que ir más a fondo. Una novela en que esté en juego el propio novelista.

—Pero me parece haber leído cosas así. No hay un novelista de CONTRAPUNTO?

—Sí. Pero no hablo de eso, no hablo de un escritor dentro de la ficción. Hablo de la posibilidad extrema que sea el escritor de la novela el que esté dentro. Pero no como un observador, como un cronista, como un testigo.

—Cómo, entonces?

—Como un personaje más, en la misma calidad que los otros, que sin embargo salen de su propia alma. Como un sujeto enloquecido que conviviera con sus propios desdoblamientos. Pero no por espíritu acrobático. Dios me libre, sino para ver si así podemos penetrar más en ese gran misterio.

Se quedó pensando, mientras caminaba. No, no, ése era el camino. Entrar en las propias tinieblas.

Era como si lo tuviera "en la punta de la lengua", y algo, una enigmática prohibición, una orden secreta, una potencia sagrada y represiva, se lo impidiera ver con claridad. Y lo sentía como una revelación inminente y a la vez imposible. Pero acaso ese secreto le fuera revelado a medida que avanzase, y quizá pudiese finalmente verlo a la luz terrible de un sol nocturno, cuando ese viaje terminara. Conducido por sus propios fantasmas, hacia el continente que sólo ellos podían

conducirlo. Y así, con los ojos vendados, sentía de pronto que lo llevaban al borde de un abismo, en cuyo fondo estaba la clave que lo atormentaba.

Por Cramer habían doblado hacia Mendoza y luego, por Mendoza, habían llegado lentamente al cruce del ferrocarril. En el crepúsculo, aquella esquina resultaba un sitio de ominosa melancolía: los baldíos, los árboles, el farol sacudido por el viento del sudeste, el terraplén. Un gran desamparo presidía aquel sitio. Sabato miraba fascinado. Se sentó en el cordón de la vereda y parecía levantar un lamentable censo. Y cuando pasó vertiginosa y ruidosamente el tren eléctrico, la melancolía fue destrozada como un cortejo funerario por un tiroteo.

Lloviznaba y hacía cada vez más frío.

—Un hermoso lugar para que un chico se suicide —comentó de pronto S., en voz baja, como si hablara para sí.

Silvia lo miró sorprendida.

—No te preocupes, sonsa —agregó con una risa triste—. Un chico de novela, uno de esos que buscan el absoluto y sólo encuentran basura.

Ella murmuró algo.

—Qué?

Que lo perseguía la idea del suicidio, dijo la chica. Pensaba en Castel, en Martín. Sí, era cierto.

—Pero al final no se suicidan —agregó.

—Por qué?

—No lo sé. El novelista no conoce los porqués de sus personajes. Yo tuve todo el propósito de llevarlo a Martín hasta el suicidio. Y ya ves.

—No será que en el fondo usted no lo aprueba?

Pareció admitirlo dubitativamente.

—Y ese personaje... —empezó Silvia, pero se arrepintió.

—Cómo?

—Nada.

—Pero sí, habló.

—Ese chico, quiero decir. Este lugar. Es algo que piensa escribir?

No respondió en seguida. Tomó unas piedritas y las arregló en el suelo formando la letra R.

—No lo sé. A esta altura no sé casi nada de nada. Sí, quizá escriba sobre un chico como ése, alguien que un día venga hasta aquí a suicidarse. Pero, claro, a lo mejor...

No terminó la frase. Se levantó, dijo "Vamos" y la llevó hasta la estación de Belgrano R.

—Yo tengo que quedarme —le dijo.

—Lo volveré a ver?

—No lo sé, Silvia. Ando muy mal. Perdoname.

UNA ADVERTENCIA

Iba a comenzar, ya había puesto un papel en la máquina, pero su mirada empezó a vagar por el cuarto, sin objeto. Luego volvió a la máquina mecánicamente: OLIVETTI, leyó PRAXIS 48. Borio, pensó con simpatía. Y el gran Agostino Rocca. Por fin pareció decidirse y escribió: "No olvidemos las recomendaciones de Fernando". En ese momento le trajeron la correspondencia. Recorrió los sobres, hasta que se decidió a abrir uno grande, desde Estados Unidos, con el trabajo de Lilia Strout sobre el Mal en HÉROES Y TUMBAS. El acápite, tomado de la Biblia (Ecl. 3, 22), decía: "Lo que es demasiado maravilloso para ti, no lo indagues; y lo que está más allá de tus fuerzas, no lo investigues". Se quedó cavilando. Luego sacó el papel de la máquina.

REPORTAJE

—Está satisfecho con lo que ha escrito?

—No soy tan canalla.

—Quién es Ernesto Sabato?

—Mis libros han sido un intento de responder a esa pregunta. Yo no quiero obligarlo a leerlos, pero si quiere conocer la respuesta tendrá que hacerlo.

—Puede adelantarnos la primicia de lo que está escribiendo en estos momentos?

—Una novela.

—Tiene ya título?

—Generalmente lo sé al final, cuando terminé de escribir el libro. Por el momento tengo dudas. Puede ser EL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS. Pero quizá ABADDÓN, EL EXTERMINADOR.

—Caramba, un poco abrumadores, no?

—Sí.

—Me encantaría pudiese contestarme algunas preguntas: qué piensa del boom latinoamericano? cree usted que el escritor debe estar comprometido? qué consejos daría a un escritor que se inicia? a qué horas escribe? prefiere los días de sol o los nublados? se identifica con sus personajes? escribe sus propias experiencias o inventa? qué piensa de Borges? debe tener el artista una libertad total? son beneficiosos los congresos de escritores? cómo definiría su estilo? qué piensa de la vanguardia?

—Vea, amigo, dejémonos de tonterías y de una vez por todas digamos la verdad. Pero, eso sí: toda la verdad. Quiero decir, hablemos de catedrales y prostíbulos, de esperanzas y campos de concentración. Yo, por los menos, no estoy para bromas porque me voy a morir.

El que sea inmortal que se permita el lujo
de seguir diciendo pavadas.

Yo no: tengo los días contados (pero qué hombre, amigo periodista, no tiene los días contados, dígame: con la mano sobre el corazón)

y quiero hacer un balance

para ver qué queda de todo eso

(mandrágoras o escribanos)

y si es cierto que los dioses son más valederos

que los gusanos

que pronto han de engordar con mis despojos.

Yo no sé, no sé nada (para qué lo voy a engañar),

no soy tan arrogante ni tan tonto

como para proclamar la superioridad de los gusanos.

(Quede eso para ateos de barrio.)

Le confieso que el argumento me impresiona

pues el cajón

el coche fúnebre

y esos grotescos implementos de la muerte

son visibles testimonios de nuestra precariedad.

Pero quién sabe, quién sabe, señor periodista.

Pudiese ser que los dioses no condescendieran a rebajarse tanto,

no accedieran a la baja demagogia

de hacerse groseramente comprensibles,

y nos esperaran con siniestros espectáculos,

luego que el último discurso fuese pronunciado

y nuestro solitario cuerpo

para siempre abandonado a sí mismo

(pero, anote, abandonado de verdad, no con esos imperfectos, anhelosos y en definitiva inútiles abandonos que la vida nos proporciona) aguarde el ataque innumerable

de los gusanos.

Hablemos, pues, sin miedo pero también sin pretensiones sencillamente

con cierto sentido del humor

que disimule el lógico patetismo del asunto.

Hablemos de todo un poco.

Quiero decir:

de esos problemáticos dioses

de los evidentes gusanos

de los cambiantes rostros de los hombres.

No sé gran cosa de estos curiosos problemas

pero lo que sé lo sé de verdad

pues son experiencias mías

y no historias leídas en los libros

y puedo hablar del amor o del miedo

como un santo de sus éxtasis

o un mago de teatro (en una reunión casera, entre gente de confianza)

de sus trucos.

No esperen otra cosa

no me critiquen luego, no sean perversos, caramba.

Ni mezquinos.

Les advierto: sean más modestos

pues también ustedes están destinados (tralalá, tralalá, tralalá)

a alimentar a los gusanos antes mencionados.

De modo que, con excepción de los locos y de los invisibles dioses (tal vez inexistentes)

todos los demás harán bien en escucharme si no con respeto por lo menos con condescendencia.

—Muchos lectores se preguntan, señor Sabato, cómo es posible que usted se haya dedicado a las ciencias físico-matemáticas.

—Pues nada más fácil de explicar. Creo haberle ya contado que huí del movimiento stalinista en 1935, en Bruselas, sin dinero, sin documentos. Guillermo Etchebehere me dio alguna ayuda, él era trotskista, y durante un tiempo pude dormir en el altillo de la École Normale Supérieure, rue d'Ulm. Me acuerdo como si fuera hoy. Una cama grande, pero en aquel tiempo no había calefacción, yo entraba por la ventana a las diez de la noche y me acostaba allí, en la cama doble del portero,

gran tipo, pero era un invierno atroz y no había calefacción así que poníamos muchas capas de L'HUMANITÉ encima y cada vez que nos dábamos vuelta se oía el crujido de los diarios (lo estoy oyendo), yo estaba en un gran caos y muchas veces caminando al borde del Sena pensé en matarme, no vaya a creer, pero me daba pena por el pobre Lehrmann, el portero alsaciano, que me daba algunos francos para comer un sándwich de esos largos y café con leche, era una fallada, comprende, así que fui tirando hasta que no di más y con muchas precauciones me robé de Gibert un tratado de análisis matemático de Borel y cuando en un café comencé a estudiarlo, mientras afuera hacía frío y yo tomaba un café caliente, comencé a pensar en aquellos que dicen

que este mercado en que vivimos
está formado por una única sustancia
que se transmuta en árboles, criminales y montañas,
intentando copiar un petrificado museo
de ideas.

Aseguran

(antiguos viajeros, escrutadores de pirámides, individuos que en sueños lo han entrevistado, algún mistagogo) que es una pasmosa colección de objetos inmovibles y estáticos: inmortales árboles, petrificados tigres, junto a triángulos y paralelepípedos.

Y también un hombre perfecto,
formado con cristales de eternidad,
al que torpemente quiere parecerse
(el dibujo de un niño)
un montón de partículas universales
que antes eran sal, agua, batracio,
fuego y nube,
excrementos de toro y de caballo,
vísceras podridas en campos de combate.

De modo que (siguen explicando esos viajeros, aunque ahora con levísima ironía en los ojos) con esa inmundicia mezcla
de basura, tierra y restos de comida,
purificándola con agua y sol,
cuidándola anhelosamente
contra los despreciativos y sarcásticos poderes
de las grandes fuerzas terrestres
(el rayo, el huracán, el mar enfurecido, la lepra) se intenta un burdo simulacro
del hombre de cristal.

Pero aunque crece, prospera (le van bien las cosas, eh?)

de pronto empieza a vacilar
hace esfuerzos desesperados
y finalmente muere como ridícula caricatura,
volviendo a ser barro y excremento de vaca.
Si no logra al menos la dignidad del fuego.

—Desea agregar algo a este reportaje, señor Sabato? Alguna preferencia en teatro o música? Algo sobre el compromiso del escritor?

—No, señor, gracias.

HASTA QUE POR FIN SE ENCONTRARON

Caminaban por las barrancas de Belgrano, sin hablar. Como siempre que estaba con Marcelo, se sentía confuso, incómodo, no sabía bien qué decirle. Parecía tratar de justificarse como ante un tribunal a la vez bondadoso pero insobornable. Alguien había definido al confesionario como un paradójico tribunal que absuelve a quien se acusa. Se sentía desnudo ante él, se acusaba despiadadamente ante él, y aunque descontaba su absolución, terminaba siempre descontento. Quizá porque más que absolución su espíritu necesitaba castigo.

Se sentaron a la mesa de un café.

—Cuál es el principal deber de un escritor? —le preguntó de pronto, como si en lugar de hacerle una pregunta comenzara una defensa.

El muchacho lo miró con sus ojos profundos.

—Hablo del autor de ficciones. Su deber es nada más pero nada menos que decir la verdad. Pero la verdad con mayúscula, Marcelo. No una de esas verdades chiquitas que leemos en los diarios todos los días. Y sobre todo las más escondidas.

Esperó la respuesta de Marcelo. Pero él, al sentirse esperado, se sonrojó y bajando los ojos comenzó a revolver con la cucharita el resto del café.

—Pero vos —dijo S. casi con irritación—, vos te has pasado la vida leyendo buena literatura. No?

El muchacho murmuró algo.

—Cómo, cómo? No te oigo —preguntó S. con irritación creciente.

Por fin se oyó algo que parecía afirmativo.

Entonces, por qué se callaba?

Marcelo levantó los ojos con timidez y con voz muy baja le respondió que él no lo acusaba por nada, que no compartía los puntos de vista de Araujo, que consideraba que tenía todo el derecho del mundo a escribir lo que escribía.

—Pero vos también sos revolucionario, no?

Marcelo lo miró un instante, luego volvió a bajar los ojos, avergonzado por la grandiosa denominación. Sabato comprendió y corrigió: que apoyaba la revolución. Bien, creía que sí... no sabía... en cierto modo...

Sus pocas palabras salían plagadas de adverbios que atenuaban o hacían tan modestos sus verbos, sustantivos calificativos, que era casi como si se callara. De otro modo, su timidez, su anhelo de no herir le hubiesen impedido abrir la boca en absoluto.

—Pero vos has leído no sólo los poemas combatientes de Hernández. También has leído sus poemas de muerte. Y lo que es peor, admirás a Rilke y hasta me parece que te he visto con libros de Trakl.

No era de Trakl ese libro en alemán que tenías, en el DANDY?

Hizo un imperceptible gesto afirmativo. Le parecía casi una impudicia hablar de esas cosas en público. Llevaba los libros siempre forrados.

De pronto, Sabato comprendió que estaba haciendo con él casi un acto de violación. Vio, con pena y con sentimiento de culpa que Marcelo había sacado su inhalador para el asma.

—Perdoname, Marcelo. No quería decir esta clase de cosas. En realidad...

Pero sí. Lo grave es que había querido decir precisamente lo que había dicho. Se quedó confuso y enojado, pero no con el chico sino consigo mismo.

—Tu compañero —dijo al rato, sin comprender que iniciaba otra desafortunada incursión.

Marcelo levantó sus ojos.

—Son muy amigos, no?

—Sí.

—Es un obrero?

Le pareció oír que había trabajado en la fábrica FÍAT.

—Vive con vos en tu cuarto, no?

Marcelo lo miró intensamente.

—Sí —respondió—, pero eso no lo sabe nadie.

—Pero, sí, por supuesto. Es que, sabés, se parece a un compañero que tuvimos con Bruno, cuando las huelgas de la carne, en 1932.

Carlos.

Marcelo usó su inhalador para el asma. Su mano le temblaba.

Sabato se sintió culpable de la absurda escena y haciendo un esfuerzo comenzó a hablar de una sesión de Chaplin que había visto en el San Martín. Marcelo se

tranquilizó, como alguien que a punto ya de ser desnudado por un loco en una plaza ve que el loco se retira. Pero fue un alivio transitorio.

—El hombre es un ser dual —dijo Sabato—. Trágicamente dual. Y lo grave, lo estúpido es que desde Sócrates se ha querido proscribir su lado oscuro. Los filósofos de la Ilustración sacaron la inconciencia a patadas por la puerta. Y se les metió de vuelta por la ventana. Esas potencias son invencibles. Y cuando se las ha querido destruir se han agazapado y finalmente se han rebelado con mayor violencia y perversidad. Mirá la Francia de la razón pura. Ha dado más endemoniados que ningún otro país: desde Sade hasta Rimbaud y Genet.

Se quedó callado, mirándolo.

—Claro, yo no podía decir esto los otros días. No sé. Me pareció que tu amigo... En fin... cómo te diré... A veces me apena decir ciertas cosas delante de alguien que... Marcelo había bajado sus ojos.

—Por eso decía. Se habla de la misión de la novela. Como si se hablara de la misión de los sueños! Mirá Voltaire. Uno de los campeones de los tiempos modernos. Ya lo creo! Basta leer el CANDIDE para darse cuenta de lo que hay debajo de esa corteza de pensamiento ilustrado.

Sabato se rió, pero su risa no era sana.

—Y el otro es más grotesco, todavía. El mismísimo director de la Enciclopedia. Qué te parece. Habrás leído LE NEVEU, no?

Marcelo hizo un gesto negativo.

—Deberías leerlo. Sabés que Marx lo elogió? Claro, por otras razones, creo. En fin, sea como sea. Por eso te decía que entraron por la ventana. No es una casualidad que el desarrollo de la novela coincida con el desarrollo de los tiempos modernos. Dónde se iban a refugiar las Furias? Se habla mucho del Hombre Nuevo, con mayúscula. Pero no vamos a crear a ese hombre si no lo reintegramos. Está desintegrado por esta civilización racionalista y mecánica de plásticos y computadoras. En las grandes civilizaciones primitivas las fuerzas oscuras eran reverenciadas.

Estaba oscureciendo y Marcelo se sentía aliviado por la falta de luz.

—Nuestra civilización está enferma. No sólo hay explotación y miseria: hay miseria espiritual, Marcelo. Y yo estoy seguro de que vos tenés que estar de acuerdo conmigo. No se trata de conseguir heladeras eléctricas para todo el mundo. Se trata de crear un ser humano de verdad. Y mientras tanto, el deber del escritor es escribir la verdad, no contribuir a la degradación con mentiras.

Marcelo no comentaba nada y él se sentía cada vez peor. Teóricamente todo eso lo sentía muy bien, pero su lado moralista y hasta burgués quizá lo atormentaba: pobres ciegos! Esa clase de cosas. Y qué quería? Que Marcelo lo aplaudiera por describir horrores? Sabía, por otra parte, que a pesar de su cortesía y de su

timidez, creía firmemente en ciertas cosas y que nadie sería capaz de arrancarle algo en que no creyera. O era esa esencial honradez lo que lo hacía rondar en torno de él, para tratar de obtener de él algún género de aprobación?

Se sintió muy mal, se disculpó y se fue. Caminó por Echeverría y de pronto se encontró frente a la Iglesia de la Inmaculada Concepción. Sombríamente comenzaba a destacarse su cúpula sobre el cielo gris. Lloviznaba y hacía frío. Qué estaba haciendo ahí, como un tonto? Los Ciegos, pensó mirando la gran iglesia, imaginando su cripta, los túneles secretos. Parecía como si sus oscuras obsesiones lo hubiesen conducido hasta aquel símbolo de sus angustias. Estaba mal, una incierta inquietud lo atormentaba y no sabía qué hacer. De pronto se le ocurrió que no había procedido bien con su amigo, que se había separado de manera brusca y estúpida, que podía haberlo herido. Se levantó del banco en que se había sentado y volvió al café. Habían prendido ya las luces. Felizmente, aún estaba. Lo vio de espaldas, escribiendo algo sobre un papelito. Si lo hubiera pensado, reflexionó más tarde, no se habría presentado tan silenciosamente. Cuando Marcelo lo advirtió tapó con un torpe movimiento el papelito, mientras se sonrojaba. "Un poema", pensó Sabato, avergonzándose de su irrupción. Hizo como que no lo hubiese notado y dijo, aparentando seguir la conversación:

—Mirá, volví porque creo haberte dicho otras cosas. Quiero decir... cosas diferentes a las que... Te quiero pedir un favor.

El muchacho, inclinándose levemente hacia adelante, ya repuesto, esperaba con cortesía el pedido.

Sabato se irritó.

—No ves? No empecé a hablar y ya te disponés a escucharme con deferencia cualquier cosa que diga. Era precisamente eso lo que te iba a pedir. Que no fueras así. Al menos, que no lo seas conmigo. Te conozco desde que naciste. Que me discutas, que me expongas tus reservas. Caramba... No sé... Sos una de las pocas personas... Y entonces...

La expresión de Marcelo había derivado, aunque muy ligeramente, hacia una especie de preocupación, muy seria y atenta.

—Pero es que yo... —dijo.

Sabato lo tomó de un brazo, pero con la misma delicadeza con que se levanta a un herido.

—Marcelo: yo necesito...

Pero no continuó y pareció que el diálogo se interrumpiría definitivamente. El muchacho observó cómo la cabeza de Sabato se inclinaba sobre la mesa. Porque consideró que era su deber ayudarlo, dijo:

—Pero si yo estoy de acuerdo... Bueno... quiero decir... en general... claro que...

Sabato había levantado su mirada y lo observaba con una mezcla de atención y fastidio.

—Ves? —comentó—. Siempre lo mismo.

Marcelo bajó sus ojos. Sabato pensó "es inútil". Y no obstante sentía la necesidad de hablar con él.

—Claro, comprendo que exagero. Soy un exagerado, siempre. Y en el fondo un extremista. Me he pasado la vida yendo de un extremo a otro y equivocándome con furia. Me apasionaba el arte y entonces me lancé en las matemáticas. Y cuando llegué bien al extremo, las abandoné, con una especie de rencor. Y la misma historia con el marxismo, con el surrealismo. Bueno, abandonar... Es una manera de decir, comprendés. Si uno ha amado intensamente siempre quedan en uno los rastros de la pasión. En algunas palabras, en algunos tics, en los sueños. Sí, sobre todo en los sueños... Vuelven a reaparecer las caras que creíamos olvidadas para siempre... Sí, un exagerado, Marcelo... Te dije un día que los poetas están siempre del lado de los demonios, aunque a veces no lo sepan, y advertí que vos no estabas de acuerdo... La exageración es de Blake, pero no importa, yo la repito siempre, por algo será. También te he dicho que por eso nos fascina el infierno de Dante y nos aburre su paraíso. Y que el pecado y la condenación inspiraron a Milton y el paraíso le quitó el impulso creador... Sí, claro, los demonios de Tolstoi, de Dostoievsky, de Stendhal, de Thomas Mann, de Musil, de Proust. Todo eso es cierto, al menos para esa clase de gente. Y por eso son rebeldes pero raramente revolucionarios, en el sentido marxista del término. Esa espantosa condición, porque es una espantosa condición, ya lo sé, no los hace aptos para una sociedad establecida, aunque sea la que sueñan los marxistas. Tal vez sean útiles como rebeldes, en la etapa romántica. Pero después... Mayakovsky, imagínate. Esenin... Pero no es esto lo que te quería decir. Creo que quería decirte que no debés callarte, que no debés aceptar mis exageraciones, mis brutalidades, esa especie de manía para elegir los ejemplos que justifican mis obsesiones... Yo sé que de pronto, cuando te he hablado, pensás en Miguel Hernández, que si bien era un obseso por la muerte y muchos de sus poemas son de índole metafísica, no es un endemoniado como puede ser, digamos Genet. Y tenías toda la razón del mundo en pensar no exagere Ernesto, no siempre es así, puede haber un gran poeta que no esté en el bando de los demonios... Y hay otros que pueden ser dionisiacos, eufóricos, que pueden sentirse en armonía con el cosmos... y ciertos pintores...

Se calló. Nuevamente se sintió descontento, se encontraba ahora como mintiendo en algún sentido. Y con terrible desazón se levantó y se fue.

NUEVAMENTE SUS PASOS LO LLEVARON HACIA LA PLAZA

y sentándose en un banco contempló la mole circular de la iglesia contra el cielo de niebla y llovizna. Lo imaginaba a Fernando rondando en la madrugada aquella entrada del mundo prohibido, y entrando por fin en el universo subterráneo.

Las criptas. Los Ciegos.

Von Arnim, le vino a la mente: nos componen muchos espíritus y nos acechan en los sueños, profieren oscuras amenazas, nos hacen advertencias que es difícil entender, nos aterrorizan. Cómo pueden ser tan extraños a nosotros como para llegar a aterrorizarnos? No salen acaso de nuestro propio corazón? Pero, qué era "nosotros"?

Y esa fascinación que a pesar de todo nos induce a evocarlos, a conjurarlos, aun sabiendo que pueden traernos el pavor y el castigo.

No, no lograba recordar lo de von Arnim. Algo como si nos espieran desde un mundo superior, seres invisibles que sólo la imaginación poética podía hacer perceptibles. La videncia. Pero si esos monstruos invisibles, una vez invocados, se lanzaban sobre nosotros sin que pudiéramos dominarlos? O nuestro conjuro no es el exacto y resulta incapaz de abrir las puertas de los infiernos; o es exacto, y entonces corremos el riesgo de la locura o de la muerte.

Y qué le pasaba a von Arnim con sus escrúpulos morales? Y a Tolstoi? Siempre la misma historia. Pero lo que decía, lo que decía. La fe del creador en algo todavía increado, en algo que debe sacar a luz después de hundirse en el abismo y entregar su alma al caos era sagrada? Sí, debía serlo. Y nadie debía impugnarla. Ya bastante castigo le era impuesto por lanzarse a semejante horror.

El viento barría una llovizna helada.

Fue entonces cuando la vio caminar como una sonámbula por la plaza hacia uno de aquellos zaguanes viejos cerca del ÉPSILON. Cómo podía no reconocerla? Alta, con su pelo renegrado, con sus pasos. Corrió hacia ella, hechizado, la tomó en sus brazos, le dijo (le gritó) *Alejandra*. Pero ella se limitó a mirarlo con sus ojos grisverdosos, con la boca apretada. Por el desdén, por el desprecio?

Sabato dejó caer sus brazos y ella se alejó sin volverse. Abrió la puerta de aquella casa que tan bien él conocía y la cerró tras de sí.

POR AQUELLOS DÍAS LO LLAMÓ MEMÉ VARELA

Una sesión, le dijo, el viernes a partir de las 10 de la noche, con Daneri. Que llevara a alguien más con condiciones, para juntar más fuerza. Le propuso a Alonso.

—Alonso?

No lo conocía, pero magnífico. Le propuso también a Ilse Müller. Excelente, la conocía de nombre, excelente. De pronto, a Sabato le pareció grotesco juntar tantos videntes, tantas personas con un rasgo excepcional: todos con una pierna de palo, con un ojo de vidrio, todos zurdos. No, le había mencionado a Alonso, pero ahora que lo pensaba un poco creía que estaba en el Brasil. Bueno, estaba bien, lo esperaba con Ilse Müller.

Lo llevó también a Beto, como llevar al conservador del Archivo de Pesas y Medidas de París. No quería dejarse arrastrar por sensaciones, por experiencias equívocas.

Al rato llegó el famoso Daneri, con su traje azul, con sus anteojos de montura notablemente gruesa y negra que resaltaba en su cabeza lechosa, sin pelo, en forma de huevo con la punta para arriba. Era un poco monstruoso: lunar, ectoplasmático. Un bicho de un planeta sin sol, que hubiese sido trajeado con nuestras costumbres para presentarlo en la Tierra. Alguien que ha vivido siempre en la oscuridad o bajo tubos de neón. Su carne debía ser fofa, como de manteca blanda. Su esqueleto sería cartilaginoso, como el de algunos animales inferiores. Habría salido de algún planetaide transuraniano, donde los rayos solares llegan como un recuerdo? O al destapar un sótano, después de muchísimos años de encierro, blanquísimo, con su sonrisa babosa?

Llegó también Margot Grimaux, con sus anteojos negros de playa, que no se quitaba nunca, con sus cejas a dos aguas de persona que ha sufrido toda clase de muertes, pestes, operaciones de la matriz, alejamientos, fibromas; ansiosa por comunicarse con alguien del otro mundo o de un mundo que ya le es trágicamente ajeno. Con un hijo, con un amante?

Primero se estableció un diálogo técnico entre Ilse y Daneri, como en esos congresos internacionales de especialistas (filólogos o botánicos, otorrinolaringólogos) con su jerga hermética. Gente que no se ha conocido antes personalmente, pero que se sigue a través de las revistas del ramo. Amigos comunes? Mr. Luck, claro.

Luego comenzó el torneo. Cada uno contó experiencias, aportos (palabra de la especialidad), sueños, videncias, sesiones memorables.

Memé:

Cuando chica iba a un colegio inglés. En la clase de historia dijo no sé qué pasaba en el segundo escalón de la cárcel en que estuvo María Antonieta. Al terminar, el profesor la llamó y le preguntó de dónde conocía ese detalle, detalle preciso que

sólo figuraba en una enciclopedia que Memé no había visto jamás. El relato fue seguido con atención y al final se concluyó que sólo podía explicarse por haber reencarnado Memé a María Antonieta.

Ilse Müller:

Se reunía siempre con un grupo de amigos durante el verano en su casa de Mar del Plata, para hacer sesiones con una mujer extraordinaria llamada Marieta. No habían oído hablar de ella? No, sí, parece que Memé. Era así y así? No, no era así sino así. Bueno, como fuera, Marieta Fidalgo, un ser *verdaderamente* sensacional. Era ya de madrugada, habían pasado varias horas haciendo intentos sin éxito, el esfuerzo había sido muy grande y todos estaban agotados. A eso de las tres se echaron a dormir en cualquier parte, en sillones, en divanes. Cuando de pronto se oyó un tremendo golpe y la mesita fue arrojada contra un rincón.

Daneri asintió con placidez académica, con su sonrisa de sapo albino: benevolente miembro de la Academia de Letras a quien, en una reunión de maestras jubiladas, se le relatan aciertos de chicos en el uso de zetas o preposiciones.

—Así es, así es —comentaba con bonhomía lunar.

Examinado de cerca era probable que se le advirtiera salir de su boca un pequeño hilillo de baba lechosa.

Un caso de aporte citado por Memé: cae un papel y su yerno Conito, que asistía con el clásico escepticismo de esos intrusos dispuestos a la chacota, tomó el papel con una sonrisita. Pero al ver la letra quedó demudado. Qué pasaba, qué pasaba? Era la letra de su padre muerto. Una carta para él.

Se mencionan casos de mensajes en griego, en árabe y hasta en gitano transmitidos por médiums que no conocían esas lenguas.

Descanso de alrededor de media hora.

Después recomenzaron las tentativas. Se oyó algún golpe, se aguzó la atención, hubo mensajes de personas varias pero equivocadas.

—Es para vos —le dijo Memé a Margot Grimaux, que seguía tristísima y callada, con sus cejas circunflejas.

Ella escuchó atentamente, trató de descifrar el mensaje, pero no sacó nada en limpio. Un hombre que braceaba en el mar? Con ansiedad, Memé le preguntó si no podía tratarse de Bernasconi, pero Margot negó con un gesto de desaliento. No obstante, se persistió en la interpretación del mensaje, sin ningún resultado.

Luego se produjeron algunos hechos arbitrarios, algunos francamente disparatados, como una especie de chiste conseudopalabras como pli y pla.

—Son bromas —explicó Daneri—. Es frecuente.

—Esta noche no hay caso —admitió Memé, con cierto resentimiento.

Entonces se empezó a conversar más aflojadamente, se contaron anécdotas, casos memorables, actitudes insólitas o rencorosas de los espíritus. Recordaba alguno lo

que Mr. Luck le dijo al doctor Alfredo Palacios? Sí, no, más o menos. A Carlitos Colautti le vaticinó que recién se casaría a los cuarenta y cinco. Fabuloso, si se tiene en cuenta que en aquel momento tenía un poco más de veinte y siempre estaba a punto de casarse con alguien. Etcétera.

Cuando estuvieron en la calle, Beto le declaró su asombro por su interés, por su concentración.

—Semejantes payasadas —comentó con estupefacción, escrutándolo.

No le respondió.

—No me vas a decir que creés en semejantes mamarrachos.

Sabato sintió que debía responderle algo, pero no se le ocurría nada.

Hasta que le preguntó si había visto EL BEBÉ DE ROSEMARIE.

—Y qué.

—Te digo. Todo este ambiente está plagado de charlatanes, de pobres viejuchas dispuestas a creer, de snobs, de mistificadores. Pero eso no prueba que las fuerzas ocultas no existan. Un mundo terrible y peligroso, infinitamente más terrible y peligroso de lo que podés imaginar.

—Y qué tiene que ver Polanski con todo eso.

—Creía divertirse. Ya ves cómo le fue.

Beto se quedó en silencio, pero Sabato podía haber descrito la expresión de fastidio y escepticismo en la oscuridad.

—Comprendé, Beto. Es como un carnaval siniestro: disfrazado de payasos hay también monstruos.

DATOS A TENER EN CUENTA

Isaac el Ciego es el padre de la Cábala moderna. Habitaba en alguna parte del sudoeste de Francia en el siglo XIII. Isaac "el Ciego"!

Símbolos, letras y cifras. Salen de la magia antigua, de los gnósticos y del Apocalipsis según San Juan.

El número 3 en Dante. Hay 33 cantos. Hay 9 cielos, divididos en 3 categorías de 3. Se inspiró en el VIAJE NOCTURNO del cabalista Mohiddin Ibn Arabi? Tuvo alguna relación con Isaac el Ciego?

Cadenas de iniciados, desde la antigüedad hasta la desintegración del átomo. Newton pertenecía a esa cadena y lo que declara en sus escritos es apenas la superficie de lo que sabía. Escribe: "Esta manera de impregnar el mercurio fue

mantenida en secreto por los que sabían y constituye probablemente el pórtico de algo más noble [que la fabricación del oro], algo que no puede ser comunicado sin que el mundo corra un inmenso peligro".

De ahí el lenguaje ambiguo de los alquimistas. Símbolos para iniciados.

OTRO DATO QUE DEBE TOMARSE EN CUENTA (Jean Wier, DE PRAESTIGIIS, 1568)

Los Demonios Subterráneos constituyen el quinto género de demonios, habitan en grutas y cavernas, aliados o enemigos de los que cavan pozos y los buscadores de tesoros escondidos en las profundidades de la tierra, siempre dispuestos a procurar la ruina del hombre mediante grietas y abismos, erupciones o derrumbamientos.

Los Lucífugos, los que huyen de la luz, son el sexto y último género. No pueden corporizarse más que de noche. Entre ellos, Leonardo es el gran maestro de las orgías sabáticas y de la magia negra; y Astaroth, que conoce el pasado y el porvenir, es uno de los Siete Príncipes Infernales que se presentaron ante el Dr. Fausto.

CIERTOS SUCESOS PRODUCIDOS EN PARÍS HACIA 1938

Creo haberle dicho alguna vez que la aparición de HÉROES Y TUMBAS desató abiertamente las potencias. Ya muchos años atrás habían comenzado a manifestarse, aunque de manera más disimulada e insidiosa, pero por eso mismo, más temible. Uno puede defenderse en la guerra porque tiene al enemigo enfrente y con distinto uniforme. Pero, cómo es posible hacerlo cuando está entre nosotros mismos, vistiendo ropas como las nuestras? O cuando ni siquiera sabemos que ha estallado la guerra y que un enemigo peligrosísimo está minando nuestro territorio? Si en 1938 hubiese tenido conciencia de esa sigilosa movilización, tal vez habría podido defenderme con éxito. Sin embargo, los indicios me pasaron inadvertidos, porque en medio de la paz, quién se fija en ese turista que saca fotografías de un puente? Ernesto Bonasso me acababa de vincular con Domínguez, diciéndome que

era el pintor que le había arrancado el ojo a Víctor Brauner: hecho espantoso y significativo, pero que nada me sugirió sobre el futuro. El segundo indicio, acaso el peor, fue el surgimiento de R. de entre las sombras. Pero, claro, indicio desde el punto de vista de los hechos posteriores. Creo que, si conociéramos nuestro futuro, a cada instante veríamos surgir aquí y allá pequeños acontecimientos que lo anunciarían y hasta prefigurarían; no conociéndolo, parecen cosas al azar, casualidades sin significado. Piense el temible sentido que tendría para alguien que supiese su final apocalíptico la entrada en una cervecería de Munich, hacia 1925, de un cabo con bigote chaplinesco y ojos alucinados.

Ahora comprendo también que no fue por azar que en aquel período iniciara mi abandono de la ciencia: la ciencia es el mundo de la luz!

Trabajaba en el Laboratorio Curie como uno de esos curas que están dejando de creer pero que siguen celebrando misa mecánicamente, a veces angustiados por la inautenticidad.

—Te noto distraído —me observaba Goldstein, con la escrutadora y temerosa expresión con que un buen amigo del cura, teológicamente ortodoxo, lo hubiese estudiado durante la celebración de la misa.

—No ando bien —le explicaba—. Nada bien.

Lo que en cierto modo era verdad. Y así un día llegué hasta el extremo de manipular con descuido el actinium, del que durante varios años llevé luego el pequeño pero peligroso estigma en un dedo.

Empecé a tomar, encontraba una triste voluptuosidad en el mareo alcohólico.

Un día muy deprimente de invierno caminaba por la rue Saint-Jacques hacia la pensión cuando entré a un bistro a tomar vino caliente. Busqué un rincón oscuro, porque había empezado a rehuir a la gente y porque siempre la luz me ha hecho mal (recién advierto este hecho sin embargo de toda mi vida) para entregarme al vicio solitario que consistía en rumiar fragmentos de ideas y sensaciones a medida que el alcohol iba haciendo su efecto. Ya estaba bastante mareado cuando lo advertí: me miraba de manera sostenida, penetrante y (al menos así me pareció) un poco irónica, lo que me exasperó. Aparté mis ojos, esperando que mi gesto lo disuadiría de su actitud. Pero, ya porque no lo pudiese evitar, ya porque sentía su penetrante mirada clavada en mí, tuve que volver a encontrarme con sus ojos. Me pareció alguien vagamente conocido: era de mi misma edad (somos gemelos astrales, me comentaría después, en más de una ocasión, con aquella risa seca que helaba la sangre) y todo en él sugería un gran ave de rapiña, un gran halcón nocturno (y, en efecto, nunca lo vería sino en la soledad y las tinieblas). Sus manos eran descarnadas, ávidas, depredatorias, despiadadas. Sus ojos me parecieron grisverdosos, que contrastaban con una piel oscura. Su nariz era fina pero poderosa y aguileña. A pesar de estar sentado, calculé que debía de ser bastante alto y

levemente encorvado. Vestía con ropa gastada pero a través de lo raído se veía su aristocracia.

Me seguía observando, *estudiando*. Pero lo que más me indignó es que no sólo persistía su ironía sino que hasta se había acentuado. Soy impulsivo, ya lo sabe, y no pude menos que levantarme para pedirle explicaciones. Por única respuesta, sin siquiera incorporarse, me preguntó:

—Así que no me reconocés, eh?

Tenía una de esas voces que caracterizan a hombres que fuman mucho: una voz gruesa, viril, pero un poco dificultosa, propensa a las ronqueras. Lo observé con asombro. Algo indeciso y al mismo tiempo mezclado a la aversión comenzó a tomar forma en mi espíritu, como cuando, en el momento de despertarnos, empezamos a entrever los rasgos del ser que nos atormentó en la pesadilla. Como si ya hubiese mantenido un suspenso suficientemente incómodo, se limitó a decir "Rojas". Pensé en un apellido, y recorrí mentalmente los Rojas que había conocido. Como si fuese capaz de leer mi pensamiento, me interrumpió con fastidio:

—Pero no, hombre. El pueblo.

El pueblo?

—Lo dejé a los doce años —comenté con sequedad, como queriendo hacerle saber que era una arrogante presunción de su parte imaginar que pudiera reconocerlo después de tantos años.

—Ya lo sé —me contestó—. No hay necesidad de que me lo expliqués. Conozco muy bien tu trayectoria, te sigo de cerca.

Mi irritación aumentó por lo que esas palabras suponían de intromisión. Con gusto, comenté:

—Pues yo, ya lo ves, no te recuerdo en absoluto.

Esbozó una sonrisa sarcástica.

—Eso no tiene importancia. Además, es lógico que hayas tratado de olvidarme.

—Tratado de olvidarte!

A todo esto me había sentado, porque, como se comprende, no era el caso de esperar de un individuo así una invitación. Y no sólo me había sentado sino que ya había pedido otro vaso de tinto caliente, aunque mi voz era ya pastosa y mi cabeza no funcionaba adecuadamente.

—Y por qué habría de querer olvidarte?

Me estaba poniendo agresivo y sentí que la entrevista iba a terminar con violencia.

Sonrió con su mueca, mientras levantaba sus cejas y arrugaba la frente en una serie de líneas paralelas muy marcadas.

—Nunca me quisiste —acotó—. Más bien creo que siempre me detestaste. Recordás lo del gorrión?

Con precisión ahora la figura de la pesadilla aparecía ante mis ojos. Cómo podía haber olvidado aquellos ojos, aquella frente, aquella mueca irónica?

—Gorrión? De qué gorrión me estás hablando? —mentí.

—El experimento.

—Qué experimento?

—Ver cómo volaba sin ojos.

—La idea fue tuya —grité.

Varias personas se volvieron hacia nosotros.

—No te pongás tan excitado —me recriminó—. Sí, la idea fue mía, pero fuiste vos quien le sacó los ojos con la punta de una tijera.

Tambaleándome, pero con decisión, me abalancé sobre él y lo agarré por el cuello. Con tranquila fuerza me separó las manos y me ordenó que me sosegara.

—No seas imbécil —me dijo—. Lo único que lograrás es que nos saquen de aquí con la policía.

Me senté, abrumado. Una gran tristeza empezó a apoderarse de mí, y, no sé por qué, en ese momento pensé en M., esperándome en el cuartito de la rue Du Sommerard, y en mi hijo en la cuna.

Sentí cómo las lágrimas comenzaban a bajar a lo largo de mis mejillas. Su expresión se volvió más irónica.

—Está bien, llore, eso lo descargará —comentó, con aquel perverso manejo de los lugares comunes que dominó desde chico y que los años habían perfeccionado.

Releo lo que le he escrito y advierto que estoy dando una impresión no del todo ecuánime sobre el encuentro. Sí, tengo que confesarlo, mis relaciones con él fueron siempre aversivas, y desde el comienzo le tuve rencor. Lo que acabo de escribir, la pintura que he hecho de sus modales, de su voz, son más una caricatura que un retrato. Sin embargo, aun tratando de cambiar algunas palabras, no veo cómo describirlo de modo diferente. Debo declarar, al menos, que había en él una especie de dignidad, aunque fuese una dignidad diabólica; y un dominio de los hechos que me hacía sentir descolocado e insignificante. Tenía algo que recordaba a Artaud.

Ante su silencio escrutador, pagué las copas y me disponía a irme cuando agregó un nombre que me paralizó: Soledad. Tuve que sentarme. Cerré los ojos para no ver aquel odioso rostro inquisitivo, y traté de recobrar la calma.

Yo cursaba el tercer año del colegio nacional de La Plata y uno de mis compañeros era Nicolás Ortiz de Rozas. Su padre había sido gobernador de la provincia y desde entonces se quedaron allá, viviendo modestamente en una de aquellas casas de tres patios que se construyeron cuando Dardo Rocha fundó la ciudad. En la sala resaltaba como una bomba en una silenciosa tarde un retrato al óleo de Juan Manuel de Rosas, con la banda punzó.

Cuando por primera vez lo vi, casi me desmayo: efectos de la mitología escolar promovida por los unitarios. El Tirano Sangriento me contemplaba (no, el verbo adecuado es "observaba") desde la eternidad con su mirada helada y gris, con su boca apretada, sin labios.

Estábamos estudiando un teorema de geometría cuando me sobresalté como si a mis espaldas hubiera aparecido uno de esos seres que dicen que llegan a la tierra en platos voladores y que tienen el poder de comunicarse sin hablar. Me di vuelta y la vi en la puerta que daba al patio principal: tenía los ojos grises, la misma expresión congeladora de su antepasado. Muchos años después, todavía recuerdo aquella aparición a mis espaldas y me pregunto si imitaba inconcientemente a Rosas o si se repetía en ella la misma configuración de atributos, como las barajas, con el tiempo, vuelven a reiterar las mismas combinaciones de reyes y sotas.

Nicolás no tenía nada en común con ella, fuera del color de los ojos. Era alegre, cómico, imitaba a un mono colgándose de las ramas de un árbol, emitiendo chillidos y pelando una banana. Pero delante de ella enmudecía, y sus actitudes eran las de alguien intimidado por la presencia de un superior. Con voz que ahora yo diría calladamente imperiosa, le preguntó por algo (es extraño que no pueda recordar de qué se trataba), y Nicolás, como un súbdito anónimo ante un monarca absoluto, con una voz que no era la que yo conocía, respondió que no sabía nada. Entonces ella se retiró, tan silenciosamente como había llegado, sin tomarse siquiera el trabajo de saludarme.

Tardamos un rato en volver al teorema. Él había quedado perturbado, casi como asustado. Y yo con la impresión confusa que examiné con cuidado cuando ya era grande y cuando volvía a meditar en aquella irrupción en mi existencia: Soledad había aparecido en la sala nada más que *para hacerme saber que existía, que estaba*. Pero, por supuesto, en aquel momento no habría sido capaz de caracterizar la escena y los personajes como lo hago ahora. Es como si aquel momento hubiese sido fotografiado y ahora estuviera analizando la vieja fotografía.

Dije que en ella parecía repetirse algo que ya se había dado en Rosas, pero en rigor nunca supe (como si en torno de ella existiera un ominoso secreto que no debía ser revelado) qué grado de parentesco tenía con Nicolás ni con los Carranza. Y ni siquiera si ese parentesco existía. Más bien me siento inclinado a suponer que era hija natural de algún Ortiz de Rozas que nunca conocí y de una oscura mujer, como era frecuente en nuestra campaña en la época de mi niñez. Mi padre había tomado de electricista en nuestro molino harinero a un muchacho Toribio que distinguía particularmente, y que sólo de grande llegué a saber que era hijo natural de don Prudencio Peña, un viejo amigo de mi padre.

Cuando ya me iba, me atreví a preguntarle si era hermana suya.

—No —contestó Nicolás, desviando los ojos.

No me animé a inquirir otros detalles, pero pensé que tendría la misma edad que nosotros, unos quince años. Ahora me digo que podía tener mil y haber vivido en tiempos remotísimos. Esa noche soñé con ella. Yo iba avanzando penosamente a lo largo de un pasadizo subterráneo, que se hacía cada vez más estrecho y asfixiante, de piso barroso, con luz escasísima, cuando de pronto la vi de pie, esperándome en silencio: más bien alta, con sus largos brazos y piernas, con caderas que no correspondían a su delgadez. En la casi oscuridad se destacaba por una especie de fosforescencia. Pero lo que la hacía aterradora eran las cuencas vacías de sus ojos. En los días siguientes me fue imposible concentrarme en los estudios y no hice otra cosa que esperar con agitación el momento de volver a la casa de Nicolás. Pero apenas entré en el zaguán comprendí que ella ya no estaba: había esa calma en la atmósfera que se produce después de la lluvia que sucede en verano a los días de cargada electricidad.

No necesitaba preguntarlo, pero sin embargo lo hice.

Se había vuelto a Buenos Aires.

Que Nicolás confirmara con su respuesta mi sospecha me hizo sentir fuerte, me probaba que entre ella y yo existía una invisible pero poderosa comunicación.

Le pregunté si vivía en Buenos Aires con los padres. Me respondió con cierta vacilación, me dijo que por el momento vivía en lo de Carranza. La palabra "padres" fue evitada, como alguien que da un rodeo para no pasar, de noche, por un lugar que es preferible soslayar.

En aquellos meses viví obsesionado con la idea de ir un día a aquella casa de Buenos Aires. Pasó el invierno, llegó el verano y terminamos el curso. Desesperaba ya de volver a encontrarme con ella cuando un día que busqué a Nicolás me dijo que en ese momento se iba a Buenos Aires, a la casa de los Carranza. Era un domingo, pasaría el día con los chicos. Comprendí que ese encuentro no podía haber sido casual, y sin que interviniera mi voluntad conciente, sintiendo que mi corazón iba a estallar, le pregunté si podía acompañarlo.

—Por supuesto —respondió, con su habitual y desprevenida bondad.

Él se movía en otra dimensión a la que pertenecíamos con Soledad. Cómo podía imaginar cuáles eran mis pensamientos secretos? Él me había hablado muchas veces de Florencio y de Juan Bautista Carranza, y siempre me había repetido que a mí me encantarían, sobre todo Florencio; lo que efectivamente los hechos confirmaron. Pero estaba ajeno por completo a mi obsesión.

No sé si usted conoce el caserón de la calle Arcos 1854. Me parece recordar que en una ocasión se lo mencioné y le dije que alguna vez me gustaría hacer vivir en él personajes de una novela. Una novela que, como siempre me ha pasado, no sabía bien lo que significaría, ni si alguna vez me decidiría a construirla. En la actualidad está desocupado y se viene abajo. Pero en aquel entonces ya estaba bastante

deteriorado, como si sus dueños fueran muy pobres o muy dejados. Desde la calle, la casa apenas se ve a causa de la maraña de árboles y plantas del jardín delantero, jardín que se prolonga por los costados, rodeando por completo lo que a fines del siglo pasado tiene que haber sido una mansión. En la siesta de verano el silencio de la casa era total y daba la sensación de un caserón deshabitado. Nicolás abrió la gran puerta oxidada de la verja, bordeamos la casa y llegamos al parque trasero, donde había una casita que acaso en un tiempo puede haber sido para gente de servicio.

Allí vivían los chicos, en medio de un desorden total. Ahora me río de mi preocupación sobre si podía o no ir: en aquella casa y con aquellos chicos podía llegar un aventurero cualquiera y desconocido, instalarse en uno de los cuartos y pasar el resto de su existencia sin que nadie se sorprendiese.

En aquel disparatado reducto conocí a Florencio Carranza Paz, que tendría seguramente mi edad, unos quince años, y a su hermano Juan Bautista, un poco menor. Los dos se parecían mucho y prefiguraban a Marcelo: eran de rasgos muy delicados, de piel muy blanca, casi transparente y de pelo castaño. Algo que resultaba muy característico eran los ojos, grandes, oscuros pero muy metidos debajo de una frente que avanzaba hacia delante de modo prominente, casi exagerado. La cabeza era angosta y el mentón un poco prognático.

Pero aunque parecidos físicamente, había algo que en seguida llamaba la atención: los ojos de Florencio eran distraídos, como si él estuviese siempre pensando en algo ajeno a lo que le rodeaba, en algo como un paisaje bello y apacible. Pero *en otra parte*, no ahí, donde se estaba. Si no hubiera sido por la portentosa inteligencia que se manifestaba en algún detalle, se habría podido pensar que era lo que antes se decía "un poco ido", expresión que en realidad es extrañamente precisa para calificar a cierta clase de personas.

Con los años, yo llegaría a ser entrañablemente amigo de Florencio, que para mí siempre se presentaba como un juez cuyos máximos reproches consistían en quedarse en silencio, silencio que rompía a los pocos instantes para palmearme con afecto, como si ya quisiera quitarle valor punitivo a ese levisimo rasgo que yo interpretaba como de desaprobación.

Lo recuerdo siempre unido a la guitarra que nunca hizo más que rasguear, como si no tuviera voluntad o arrogancia para tocar a fondo: era más bien como el recuerdo de una guitarra lejana, y lo que insinuaba en aquellos rasgueos era como ecos fragmentarios de una bondadosa balada. Con los años, alguien me dijo que lo había oído cuando se creía solo, en la pensión de La Plata, y que tocaba admirablemente. Pero su timidez o su delicadeza le impedía mostrar sus virtudes. Por que nunca quería manifestarse superior a los demás. Cuando ingresó conmigo a la facultad, no daba exámenes nunca y, naturalmente, jamás terminó el doctorado, a pesar de su

capacidad para las matemáticas. No tenía interés en títulos ni honores ni posiciones. Terminó yéndose de ayudante de astrónomo a un observatorio modesto, en la provincia de San Juan, donde seguramente sigue tomando mate y rasgueando la guitarra. Se perdía en el camino, como si lo que le importara no fuese llegar a un lugar sino disfrutar de las pequeñas hermosuras de la ruta.

Todo lo contrario de su hermano Juan Bautista, práctico y realista. Y lo curioso es que Marcelo no resultó parecido a su padre sino a Florencio, su tío.

No sé por qué me he quedado hablando de este muchacho, en lugar de referirme a Soledad. Acaso sea porque en las tinieblas de mi existencia (y Soledad es casi la clave de esas tinieblas) Florencio me resulta como la lejana lucecita de un refugio en que habitan seres positivos y bondadosos.

En aquella calurosa tarde de 1927 yo casi no participé de las conversaciones, agitado por la cercanía enigmática de María de la Soledad. Dónde estaría? Por qué no se la veía? No me atrevía a hacer estas preguntas a los chicos, pero finalmente me decidí a hacer una pregunta indirecta. Quiénes vivían en la casa grande? Dónde estaban los padres?

—Los viejos están en el campo —respondió Florencio—. Y los otros hermanos mayores, Amancio y Eulogio.

—Así que ahora no hay nadie en toda la casa —comenté.

Me pareció que se producía un instante de malestar entre todos, pero tal vez sea imaginación mía.

—Bueno, sí, en una de las piezas vive Soledad —respondió Florencio.

Estas palabras aumentaron mi desasosiego. Florencio rasgueó un poco su guitarra y los otros permanecieron en silencio. Después, Juan Bautista fue a buscar medialunas a la panadería y Florencio cebó mate para todos, fuera del cuarto, en el parque. Casi no había luz, ya, cuando Nicolás se trepó a un eucalipto y colgado de una rama empezó a chillar como un mono y luego a simular que pelaba y comía una banana: su habilidad más celebrada. Cuando yo sentí a mis espaldas que algo se producía, y simultáneamente con esa impresión en mi nuca, Nicolás se dejó caer de la rama y todos quedaron callados.

Me di vuelta lentamente, mientras sentía en mi piel esa sensación que siempre acompaña a tales apariciones. Y levantando la cabeza, como sabiendo el lugar exacto de donde provenía aquella sensación, vi en la penumbra del anochecer, en la ventana del piso superior, a la derecha, la imagen estática de Soledad. Era muy difícil por la poca luz y por la distancia establecer con exactitud hacia dónde dirigía su mirada paralizante, pero tuve la certeza absoluta: me miraba a mí.

Luego desapareció tan silenciosamente como había surgido, y poco a poco se reanudaron las conversaciones de los chicos. Pero yo no los oía.

Empezaron a molestar los mosquitos y entramos a la casa. Más tarde, Florencio empezó a freír huevos y cantidades de papa, que comíamos con la mano. Después comimos unos dulces caseros que venían del campo en unos frascos enormes. Mientras tanto, yo la imaginaba a Soledad comiendo allá arriba o en la cocina del caserón, sola.

No me siento con fuerzas para relatarle ahora (alguna otra vez quizá lo haga) lo que me sucedió aquel día. Sólo diré que Soledad parecía una confirmación de esa antigua doctrina de la onomástica, pues su nombre correspondía a lo que era: parecía guardar un sagrado secreto, de esos que deben guardar bajo juramento los miembros de ciertas sectas. Era contenida, y su violencia interior parecía mantenerse bajo presión, como en una caldera. Pero una caldera alimentada con fuego helado. No hablaba de los hechos cotidianos y normales. Más bien, en poquísimas palabras (y a veces por sus silencios) sugería hechos que no correspondían a lo que habitualmente se llama verdad, sino, más bien, a esa clase de acontecimientos que suceden en las pesadillas. Era un personaje de las tinieblas. Y su misma sensualidad participaba de esa condición. Podría parecer absurdo hablar de la sensualidad de una chica de labios duros y mirada paralizante, y sin embargo así es, aunque fuera una sensualidad parecida a la que tienen las víboras. No son las serpientes símbolos del sexo en casi todas las sabidurías ancestrales?

Sabía "cosas" que asombraban y hacían pensar en "intermediarios". Esta palabra se me ha ocurrido al correr de la máquina y me parece reveladora. Quiénes eran? Dónde los veía? De quién era intermediaria?

Sí, el siniestro personaje que tenía ante mí en el bar de la rue Saint-Jacques estaba turbiamente vinculado con lo que pasó en mi adolescencia con María de la Soledad, alrededor de mis dieciséis años. Y aún no sé si aquellos episodios fueron reales o soñados.

Permítame que por el momento no hable de aquello. Vuelvo a aquel sucio café de París, al momento en que R. me mencionó el nombre de Soledad. Le dije ya que hube de sentarme para recobrar la calma. Apenas me serené un poco, me levanté y me fui. El frío de la calle comenzó a despejarme y cuando llegué a mi cuarto de la rue Du Sommerard al menos no tambaleaba.

Pensé que el encuentro no se repetiría. Ignoraba que no sólo iba a repetirse sino que el retorno de aquel sujeto iba a ser decisivo para mi existencia.

No dije una palabra a M. sobre esa aparición, y ahora pienso que fue natural. Lo que en cambio se me ocurre extraño es que jamás le hablara en los años que siguieron, no sólo sobre aquel encuentro sino sobre los que habían ocurrido en mi adolescencia y luego en este último tiempo. Tal vez el motivo sea que ella sufrió más que nadie por la influencia perturbadora que ese sujeto tuvo sobre mí. Bastaría decir que *fue él* quien me forzó a abandonar la ciencia, hecho para casi todos

sorprendente y sobre el cual me he visto obligado a dar innumerables, reiteradas (e inútiles) explicaciones. He dicho, sobre todo, que en HOMBRES Y ENGRANAJES está la más completa explicación espiritual y filosófica de ese abandono. Pero también he afirmado mil veces que el hombre no es algo explicable y que, en todo caso, sus secretos hay que indagarlos no en sus razones sino en sus sueños y delirios. Ese intruso fue también el que me forzó a escribir ficciones, y bajo su maléfica influencia empecé a redactar en aquel período de 1938, en París, LA FUENTE MUDA. Luego, de alguna manera, se constituyó en el protagonista de unas MEMORIAS DE UN DESCONOCIDO, que abortaron y que jamás publiqué; más tarde, en una obra de teatro, también abortada. Pero, por aparecer transformado (lo llamaba en esas ficciones Patricio Duggan), ya sea porque las circunstancias eran distintas a las reales como porque los atributos de Patricio no eran exactamente los suyos, me siguió presionando, hasta, me parece, con un redoblado resentimiento, para hacerse casi inaguantable en estos últimos años. Y así se fue convirtiendo en el Patricio de esta novela, personaje que, a medida que pasó el tiempo, más me ha ido pareciendo un espejismo en el desierto, uno de esos ansiosos simulacros que apenas entrevistados se alejan a medida que se acerca el sediento. (Aunque, en este caso, se tratara más bien de un oasis al revés.) Y, en la medida en que, por temor o por lo que fuese, yo rehuía su presencia, más lo sentía M., hasta el punto de aparecersele varias veces en sus sueños. En tales ocasiones me sentía tentado de hablarle de su existencia y de sus interposiciones en mi vida, pero siempre terminaba por callarme. Porque con el paso de los años me fui haciendo a la idea de que era una especie de pesadilla de la que era mejor olvidarse para siempre. Sin embargo, al tiempo de publicado HÉROES Y TUMBAS volvió a atravesarse en mi camino, como un antiguo acreedor al que le hemos ido pagando con sumas parciales y documentos sin fondo vuelve a cobrarnos su cuenta vergonzosa y secreta, amenazando con denunciarnos ante la gente que nos considera honrados. Y cuando esta última aparición coincidió con el surgimiento de Schneider y sus maquinaciones, creí que de una buena vez debía descargar mi conciencia hablándole a M. del problema. No lo hice. Pero como de algún modo necesitaba liberarme, tomé la costumbre de confiarle (con ambigüedades, es cierto) su existencia a Beba, quien, tengo la impresión, me oía como a un chico mitómano. Pero vuelvo al incidente de la rue Saint-Jacques. Al poco tiempo se produjo un segundo encuentro. Al salir del laboratorio, después de caminar un tiempo, me metí en otro bistrot (no volví nunca al que me había deparado la angustiada intromisión de aquel tipo) para entregarme al vicio solitario de las copas y de los pensamientos cada vez más confusos sobre mi destino. Debía de ser muy tarde en la noche cuando me decidí a abandonar el refugio, y marchando por la rue des Carmes iba

hacia mi cuarto cuando sentí que me tomaban en silencio del brazo. Antes de verlo, ya sabía quién era. Reaccioné con violencia:

—No tengo ningún interés en verte! —le grité—. Creo que es evidente.

—Bueno, está bien —me respondió—. No tengo otro deseo que el de conversar un poco más con vos. Tantos años. Además, te diré que tenemos intereses en común. Dijo "intereses en común" con esa tonalidad irónica que siempre confería a las frases hechas. Su tono de bonhomía me irritó aún más, porque lo sabía incapaz de esa clase de sentimientos.

—Mirá —contesté—, no sé qué entenderás vos por intereses en común, pero yo no tengo la menor intención de aceptar tu compañía. Ni ahora, ni en ningún otro momento. Además, permitime que me ría un poco de esos "intereses en común". Se encogió de hombros, sonriendo.

—Bueno, dejémoslo así, por el momento —comentó—. Pero me gustaría que tomáramos algo.

Yo estaba bastante mareado y no veía el momento de irme a dormir. Se lo dije.

—La casita, eh? —comentó.

El recurso era baratísimo pero dio resultado, como siempre. Y me encontré tomando en otro bar tan sórdido como el anterior. El humo, el alcohol, el cansancio me impedían razonar con claridad, mientras que él parecía hecho de filoso acero. Sus palabras me cortaban despiadadamente, abrían mis pústulas y dejaban salir todo el pus que se había acumulado en los últimos años de ciencia y laboratorio. Por amor propio, defendí posiciones en las que no creía, mientras él me arrollaba con ideas que eran de alguna manera las que yo secretamente había comenzado a profesar. Pero esto, me parece, son reflexiones que hago ahora y que no sé hasta qué punto fueron debatidas aquella noche. Hablar de ideas, de debate, de análisis me parece completamente falso. No fueron ideas en el sentido profesoral de la palabra, no hubo nada sistemático y coherente. No fue una iluminación sistemática y organizada sino como explosiones de tanques de nafta en un basural nocturno, en que yo me defendía de las quemaduras y en que de pronto me era imposible ver, encandilado por los estallidos, mientras me sentía chapotear en barro y excrementos. Creo recordar que por instantes él parecía un Inquisidor enorme y severísimo, y el diálogo era de este género:

—Desde chico tuviste terror a las cuevas.

No era tanto una pregunta como una afirmación que yo debía confirmar.

—Sí —respondía yo mirándolo fascinado.

—Tuviste asco por lo blando y lo barroso.

—Sí.

—Por los gusanos.

—Sí.

—Por la basura, por los excrementos.

—Sí.

—Por los animales de piel fría que se meten en los agujeros terrestres.

—Sí.

—Ya sean iguanas, ratas, hurones o comadrejas.

—Sí.

—Y por los murciélagos.

—Sí.

—Seguramente porque son ratas aladas, y para colmo animales de las tinieblas.

—Sí.

—Entonces huíste hacia la luz, hacia lo límpido y transparente, hacia lo cristalino y helado.

—Sí.

—Las matemáticas.

—Sí, sí!

De pronto abrió los brazos, levantó la cara y exclamó, mirando hacía arriba, como en una enigmática invocación:

—Cuevas, mujeres, madres!

No estábamos ya en el café. No sé cómo ni cuándo habíamos salido, pero estábamos en un lugar solitario y silencioso, en una especie de colinita. Debería de ser muy de madrugada, y en la oscura soledad su voz adquiría una dimensión sobrecogedora. Luego se volvió hacia mí, y extendiendo su brazo derecho y señalándome con su índice de modo amenazador, me dijo:

—Hay que tener el coraje del retorno. Sos un cobarde y un hipócrita.

Y agarrándome de un brazo (yo me sentía como un niño) me arrastró hacia un lugar en que había una gruta. Entramos hasta que sentí bajo mis pies un barro cada vez más blando. Entonces me forzó a agacharme y me ordenó meter las manos en aquella ciénaga.

—Así —dijo.

Y luego agregó:

—Esto es sólo el comienzo.

A los pocos días me sucedió lo del Marché aux Puces. Estuve revolviendo unos cuadros polvorientos, hasta que sin encontrar nada que valiese la pena decidí llevarme un mandarín chino, de madera, un cachivache.

De vuelta, pensativo, casi me llevo por delante una gitana, que murmuró algo sobre leerme la mano. Había caminado algunos pasos cuando advertí que la mujer me habló en castellano. Era vidente? Corrí en su búsqueda, pero me fue imposible en medio de la multitud. Me detuve, desalentado, y traté de recordar palabras que me había dicho y que de pronto me resultaban preciosas: sobre la muerte. Pero no

pude llegar a ninguna conclusión. Me quedé preocupadísimo, pensando que si tenía algo importante que comunicarme, no las habituales mercaderías, por qué no me había seguido a pesar de todo? Como soy propenso a ver cosas que luego se comprueban sólo existieron en mi imaginación, habría terminado deduciendo que había sido un hecho ilusorio más, si una sorda pero tenaz convicción no me siguiese asegurando lo contrario. Era acaso una advertencia?

Esto me lo pregunté más tarde, cuando salí del Metro. Así como una serie de variantes con las palabras que la gitana parecía haber dicho: veo la muerte delante o quizá a alguien que está muerto y verás delante de ti. Tomé el subterráneo de vuelta a eso de las 5, y me quedé de pie cerca de una de las puertas. Pasaron algunas estaciones hasta que empecé a sentirme molesto, o, más bien, inquieto. Tuve la sensación de que alguien a mis espaldas me observaba. Como sucede en tales casos, la sensación se hizo insufrible y terminé por darme vuelta. Una mujer joven tenía sus ojos puestos en mí: unos ojos grandes y oscuros. Pero más que mirarme, me *observaba*. Y no como a alguien a quien se mira por primera vez, sino como a alguien conocido muchos años atrás.

Fue un segundo. Por timidez, volví mi cabeza en seguida. Pero seguí sintiendo sus ojos. Tenía la certeza de no haber visto jamás a la mujer, y sin embargo esos ojos me recordaban algo, impreciso y remoto, como esos recuerdos que comienzan a surgir cuando sentimos algún olor pasajero o restos de una canción que creíamos olvidada.

Al llegar a Montparnasse me preparé para bajar, y no tuve el valor de encararla de nuevo. Caminé unos pasos, más por mi voluntad, que era vacilante, arrastrado por la gente. Hasta que sentí el impulso de retomar el tren. Era tarde. Mientras el coche ya se movía constaté que me seguía mirando, pero ahora con tristeza. Cuando el último coche desapareció comenzó a invadirme la angustia que siempre me han producido los encuentros fortuitos pero importantes en las grandes ciudades: esa sensación de que torpemente recorreremos un laberinto y que cuando el azar (?) nos pone delante de una persona que puede ser fundamental, cualquier obstáculo malogra el encuentro. Como si el destino nos pusiera en nuestro recorrido al ser que debemos encontrar y al mismo tiempo, aviesamente, hiciese todo lo posible por malograrnos.

Quedé mirando hacia el túnel, pensando que lo más probable era no volver a verla nunca más. Mientras iba hacia mi cuarto, la niebla se hacía cada vez más intensa. Y me llevé por delante una pareja en el pasaje de Odesa. Caminaba como un sonámbulo cuando tuve la revelación: eran los ojos de María Etchebarne!

Como si tanteando en la oscuridad, de pronto hubiera rozado los contornos de un monstruo.

Yo estaba enamorado de aquella maestra, una muchacha quizá de 20 años, con unos ojos muy grandes y oscuros, pensativos.

Una noche del verano de 1923, cuando yo estaba en el último año, mientras los grandes tomaban fresco en la plaza San Martín o disputaban partidos de naipes en el Club Social, los chicos jugábamos entre los arbustos y palmeras, a las escondidas. Hasta que en cierto momento sentí un estremecimiento: me encontré corriendo hacia la casa de los Etchebarne. Era una casa grande, con dos entradas: la principal, por la Avenida de Mayo, la otra, un portón trasero. Mi instinto me llevó hacia el portón, que estaba abierto. Estaba oscuro y no había nadie: seguramente estaban en la plaza. Recuerdo que oí algunas gallinas, despertadas tal vez por mi paso, y luego, al llegar al jardín, empecé a oír gemidos. Corrí y me encontré con mi maestra en el suelo, retorciéndose de dolor. Dije algo, no sé qué, grité, pero ella seguía gimiendo y retorciéndose. Entonces corrí hacia el Club Social para buscar a alguno de los médicos que allí siempre jugaban a las cartas.

Nunca María quiso decir quién le había arrojado ácido en los ojos. Siempre fue taciturna, pero aquel horror la hizo reservada hasta el silencio absoluto. Y aun en el pueblo, donde es casi imposible mantener un secreto, nunca nadie pudo adivinar quién encegueció a María Etchebarne.

Tuvieron que pasar treinta años para que yo pensase en una venganza de los Ciegos. Pero, cómo? Y por qué? Había en mi pueblo dos ciegos conocidos: uno debía ser descartado, porque tocaba el tambor en la banda municipal, era hombre humildísimo y no podía imaginarse que ni siquiera tuviera noticias de la maestra. El otro era un solterón, que vivía aislado con su madre. Cuando en 1954 estuve en Rojas, por primera vez luego de treinta años, hice averiguaciones sobre este B* que me preocupaba. Aún vivía, su madre había muerto y habitaba solo en la misma casa de la calle Muñoz, cerca de la planchadora. Fui a verlo, conducido por mi instinto y por la furia, aunque no tuviera motivos razonables. Recorrí aquella calle de mi infancia, que tan larga me parecía en aquel entonces, y que ahora la veía pequeña y miserable, sobre todo después de pasar la casa de la planchadora, cuando comienzan las viejas casas de ladrillos de barro. Golpeé con el viejo llamador y al cabo de un rato me abrió el propio B*, quien seguramente vivía solo. Era un hombre delgado y pálido, como quien ha habitado siempre en una cueva sin sol. Y, en cierto modo, así era la casa, pues a través de la puerta cancel observé que no había luz de ninguna clase. Lo que era lógico, ya que ahora su madre no vivía y él era ciego. Era el atardecer y su cara me resultaba imprecisa.

—Qué desea —me preguntó con voz desagradable, voz de ermitaño.

No le di mi apellido. Me limité a explicarle que era periodista de Buenos Aires y que deseaba hacerle algunas preguntas sobre gente del pueblo.

—Usted es uno de los Sabato —me dijo entonces.

Me quedé petrificado.

—Es la voz de los Sabato. Imagínese.

—Ya que sabe mi apellido, le aclararé que no soy periodista sino Ernesto Sabato, y que estoy escribiendo algo sobre Rojas. Interrogo a la gente de antes. Usted sabe que la mayor parte se fue entre el 30 y el 40.

—Así es.

Le hice una serie de preguntas triviales, para despistar: sobre algunas familias desaparecidas, sobre la trilladora de los Perazzollo, sobre el viejo Almar. Me dio respuestas someras, aclarándome que no podía ser más preciso "a causa de mi desgracia, señor".

—Sí, por supuesto —me apresuré a comentar, con una solicitud demagógica que luego me avergonzó.

Y de pronto le largué la pregunta que había rumiado durante años:

—Y de los Etchebarne? Murió mi ex maestra?

—Ex maestra? —murmuró con voz diferente, como si esa voz tuviera que deslizarse a través de un pasadizo estrecho y lleno de obstáculos.

—Sí, María, mi maestra de sexto grado. Es cierto que murió?

El individuo enmudeció.

—María Etchebarne —repetí implacable.

—Sí, claro —pareció despertar—. Murió el 22 de mayo de 1934.

No quise proseguir, no me pareció necesario. Tampoco era prudente: un hombre que ha echado ácido sobre los ojos de una hermosa muchacha es capaz de crímenes más atroces en alguien que presumiblemente viene a investigarlo.

Una sola duda me acometió después, cuando analicé desde diferentes ángulos aquella sorprendente entrevista: por qué, si era el autor del crimen, como lo creo, cometió el error de decirme con semejante exactitud la fecha? Tal vez porque lo tomó demasiado de golpe, no pudiendo reflexionar sobre el peligro a que se exponía. También era posible que aquel hecho fuera tan tremendo para su vida que todo lo que se refiere a él quedara grabado en su espíritu solitario con letras ardientes e inexorables. Puede uno imaginarse lo que habrán sido aquellos treinta años de ese individuo (muerto en 1965), encerrado en su cuchitril, eternamente en tinieblas, cavilando día y noche en el amor no correspondido y en el crimen.

Vuelvo ahora a los hechos de 1938.

Como le dije, caminaba por el pasaje de Odesa y acababa de tropezar con una pareja cuando tuve la revelación: los ojos de la mujer del Metro eran los mismos ojos de mi maestra. No quiero decir que *pareciesen* los mismos: quiero decir que lo eran literalmente. Llegué a mi cuarto en un estado muy parecido al que sufría en mis alucinaciones de infancia. Me eché sobre la cama a rumiar mis ideas. No sé si ya le dije que por entonces me había ido a vivir solo, abandonando a M. y a mi hijo,

de la manera más despiadada, a raíz de ciertas palabras de aquel canalla de R. Al poco tiempo ella se volvió a la Argentina, y yo quedé tan solo como de chico en una pesadilla.

Fue un período vergonzoso desde el punto de vista del trabajo. Goldstein me insinuó que Irene Joliot-Curie estaba disgustada. Me preocupaba el informe que pudiera mandarle al profesor Houssay, pues comprendía el sacrificio que habían realizado para enviarme.

La Asociación para el Progreso de las Ciencias! Pobre doctor Houssay, si hubiese sabido cuáles eran mis preocupaciones fundamentales y mis pensamientos secretos por aquel tiempo!

Explico mis actividades después del famoso domingo: todos los días, a la hora en que aproximadamente había bajado en Montparnasse, sacaba boleto y me instalaba en esa estación, vigilando los trenes. Permanecía una hora, dos, tres, hasta una tarde entera.

Poco a poco empecé a perder las esperanzas, si constatar algo tan terrible puede constituir la esperanza de nadie.

Hasta que una noche de invierno fui a la iglesia de Saint-Eustache para escuchar la Pasión según San Mateo con los coros de Leipzig. Escuchaba de pie contra una columna cuando sentí que los ojos estaban nuevamente clavados en mi nuca. No me atrevía a darme vuelta, tan grande era mi emoción. Tampoco era necesario. Desde ese momento me fue imposible concentrarme en la música. Cuando terminó el concierto caminé hacia la salida, tomé el Metro como un autómata, siempre con la convicción de que la desconocida venía detrás. Cuando llegamos a la Porte d'Orléans —ni se me ocurrió bajar en Montparnasse, ni en verificar si ella lo hacía allí o en Raspail o en cualquiera de las otras— salí empujado por la gente y dejé que pasase adelante, atreviéndome apenas a seguir sus movimientos de reojo. Comencé a seguirla. Tomó hacia el lado del Pare de Montsouris, dobló varias veces y, por último, se internó en la callejuela de Montsouris.

Atisbé desde la esquina. Al llegar a un portal, sacó una llave y entró. Apenas hubo cerrado la puerta, me acerqué y durante un rato me quedé sin saber qué hacer. Por otra parte, que podía intentar?

Después de algunos minutos de estúpida espera, volví sobre mis pasos y empecé a rehacer el camino de vuelta hacia la estación. No sé qué intuición me hizo repentinamente volver la cabeza y entonces vi que alguien me había estado siguiendo. Desapareció con rapidez, como quien es sorprendido en algo bochornoso. Tuve la sensación de que aquel hombre alto y un poco encorvado que me había estado siguiendo era R. Pero, claro, la oscuridad, la neblina, mi exaltación eran motivos de duda. De todos modos, me sentí tan trastornado que en el primer café entré a tomar algo. Cavilé largamente en los sucesos de la noche. Con esa

tendencia que tengo a dejarme adormecer por los recuerdos y las fantasías, a medida que el alcohol me iba despertando los antiguos fantasmas, empecé a verme en las calles de Rojas y luego en la escuela, contemplando los ojos de María Etchebarne, hasta que desfiló todo el horrible proceso de aquella noche. Y aquel correr hacia su casa empezó a suscitarse en mi espíritu con tanta intensidad que, de pronto, sentí que debía volver a correr hacia ella. Hacia ella? Pero, qué descabellada fantasía era ésa? Estaba mareado, muy mareado, pero volví a sentir la misma e irresistible fuerza que aquella noche de verano me había impulsado hasta la casa de los Etchebarne. Me levanté y comencé a recorrer de nuevo el trayecto que había hecho antes siguiendo a la desconocida, hasta desembocar en la pequeña calle de Montsouris. Hice el último trecho rápidamente, y sin vacilar puse mi mano sobre el picaporte de aquel portalón del siglo XVII. Ni siquiera me sorprendí de que no estuviese cerrada con llave, así que entré en el gran patio y, como si alguien me condujera, subí una de las escaleras crujientes hasta el segundo piso, caminé por un corredor apenas iluminado por una lamparita sucia y mezquina hasta llegar a una puerta. La abrí. Estaba todo a oscuras, pero un gemido dolorosísimo partía de alguna parte. Tantié en las paredes hasta encontrar la llave de la luz, la encendí y vi a la desconocida, que estaba arrojada en un viejo diván. Tenía sus manos apretadas como garras sobre su cara, sin dejar de gemir del mismo modo que ciertos animales moribundos. Quedé petrificado en la puerta, sin atreverme a hacer nada, pero sabiendo exactamente lo que pasaba. Luego huí temblando. A tumbas llegué a mi cuarto, me derrumbé sobre mi cama y cuando logré dormirme me asaltaron terribles pesadillas.

Me desperté al día siguiente cerca de mediodía. Primero no recordé los detalles, pero poco a poco comencé a reconstruir los momentos esenciales de la noche: el concierto en la iglesia, los ojos a mi espalda, la salida, etc. Cuando tuve ante mí el recuerdo de aquella mujer en el diván, gimiendo como un perro moribundo, con sus manos crispadas sobre sus ojos me puse a temblar. Me levanté con dificultad, me refresqué la cabeza poniéndola durante largo rato debajo de la canilla, y luego me hice café. Tenía necesidad de contárselo a alguien, y me fui hacia lo de Bonasso, en lugar de ir al laboratorio. Se despertó malhumorado. Qué era eso de despertarle a esas horas de la madrugada. Era su broma clásica. Me senté en el borde de la cama y durante un tiempo permanecí callado. Bonasso bostezaba y se pasaba la mano por la cara, como apreciando la barba de dos días.

—Hay años en que uno se levanta sin ganas de hacer nada.

Se incorporó pesadamente, volvió a bostezar y por fin se levantó, se puso unas pantuflas y se fue al bañito del corredor. Cuando volvió comenzó a mirarme con interés.

—A vos te pasa algo, che.

Luego se puso a lavarse un poco, y mientras se secaba me observó de costado. Le relaté la historia de la noche anterior. Bonasso dejó de secarse y sin abandonar la toalla me miró con asombro.

—Qué, no me creés? —pregunté con acritud.

Colocó pensativamente la toalla en su lugar y luego me observó con cuidado. Mi irritación aumentó.

—Qué pasa! —le dije.

—Viejo —comentó con el ceño fruncido—, anoche estuviste conmigo y con Alejandro Sux. No me vas a decir que no lo recordás.

Fue un duro golpe.

—Cómo?

—Por supuesto. El loco te consultaba sobre el asunto ese de la Sociedad Protectora.

—La Sociedad Protectora?

—Pero claro, hombre. Una de esas sociedades que inventa todos los días. Defensa de Físicos Atómicos, creo.

Me quedé mudo. Bonasso me seguía observando, con preocupación.

Me fui, mintiendo que iba a llegar muy tarde al laboratorio. Pero me dirigí a lo de Sux. La conserje me informó que lo encontraría en el Dupont Latin. Efectivamente, ahí estaba hablándole a un francés.

—Mire qué casualidad —dijo, apenas me vio—, anoche le explicaba a Sabato el asunto. Usted sabe, él trabaja en el Laboratorio Curie.

Me quedé alelado. En cuanto me fui, empecé a revisarme los bolsillos: no rastros de la entrada al concierto. Claro, podía haberla tirado apenas traspuesta la puerta de la iglesia, con esa manía que tengo de arrojar todo apenas creo que me es innecesario, con las mil complicaciones que esa manía me ha traído más de una vez, cuando descubro que el papel se convierte de pronto en algo precioso.

Me fui hasta Saint-Eustache, y cuando vi la iglesia tuve la certeza absoluta de que la noche anterior no sólo había escuchado el concierto sino que había sufrido el frío durante más de una hora en la cola de entrada.

Todo el día anduve rumiando lo sucedido, hasta que se me ocurrió rehacer el camino que había hecho siguiendo a la desconocida. Llegué hasta la casa, reconocí el portal del siglo XVII. Estaba abierto. Me detuve perplejo. Entraría? Y qué haría si entraba? Me decidí por fin y busqué la escalera: todo me era conocido, era evidente que había estado ahí, aunque hubiese sido en sueños. Subí hasta el segundo piso. La escalera crujiente me impresionó, aunque ahora era de día, o precisamente por eso. Seguí por el corredor y me acerqué con lentitud cada vez más temerosa a la puerta que daba entrada al departamento o cuarto de "ella". Me quedé parado. Miré a los costados y como nadie me observaba acerqué el oído a la ranura de la puerta: no se oía el menor indicio de gente. Me retiré un poco y busqué algún detalle

revelador, pero sólo localicé una chapita enlozada, vieja y sucia, que con letras blancas sobre fondo celeste decía H. Después de algunos momentos de indecisión, bajé. Ya en el portón de entrada tuve una inspiración, al encontrarme con la escrutadora concierge:

—La señorita del segundo H no está? —le pregunté.

La vieja se ajustó unos anteojos que debían de ser de la misma época de la chapita enlozada y me observó con el cuidado con que los testigos policiales estudian al sospechoso.

—Madame Verrier —rectificó.

—Sí, claro, madame Verrier.

—Tuvo un accidente, señor. Está en el hospital.

—Un accidente?

Temí que advirtiera el temblor de mi voz. Casi dije "ácido en los ojos", pero se me aflojaron las piernas. Me apoyé en el portón.

—Le pasa algo? —preguntó.

—No, no, no es nada.

Tuve sin embargo la suficiente lucidez o astucia para preguntarle en qué hospital estaba, pues de otro modo la arpía era capaz de sospechar de mí. Volví a mi cuarto para enfrentarme con la realidad. Tomé en mis manos la estatuita del mandarín: eso al menos era corpóreo y probaba que aquel domingo había estado en el Marché.

Pero, y el resto?

Y aquel tipo alto que me seguía y que desapareció entre las sombras en cuanto me di vuelta, no era acaso R.?

Por aquellos días llegó Cecilia Mossin, con una carta de presentación de Sadosky. Quería trabajar en rayos cósmicos, pero la disuadí: a mi juicio debía trabajar en el laboratorio conmigo. Una esclava, pensé con astucia en medio de aquel desbarajuste mental. Buena chica. La presenté a Irene Joliot-Curie, la aceptó y empezó a venir con su delantalcito blanco y correcto. Me veía llegar a las diez u once de la mañana, sin afeitarse, medio dormido. Con horror sagrado asistía a mis encuentros distraídos con Madame Joliot.

Fue por entonces que se me apareció Molinelli con alguien que era como debía de haber sido Trotsky en sus épocas de estudiante: igual pero más chiquitito y extremadamente flaco por las privaciones. Su nariz aguileña era muy afilada, pero llevaba los mismos lentes sin armadura del conocido dirigente bolchevique, la misma frente vasta, el mismo pelo revuelto. Su mirada, agudísima, provenía de unos ojitos fulgurantes. Observaba a su alrededor con esa avidez intelectual que sólo un judío puede llegar a detentar, esa avidez que a un judío analfabeto llegado del gueto de Cracovia puede hacerle escuchar fervorosamente, durante horas, una

exposición sobre la teoría de la relatividad sin entender una sola palabra. Aquel hombre podría estar muriéndose de hambre, como lo revelaba su traje raído, heredado de alguien más grande que él, y sin embargo seguir preocupado únicamente por la cuarta dimensión, la cuadratura del círculo o la existencia de Dios.

No sé si le dije que Molinelli, enorme y gordo, tenía por su lado cierta semejanza con Charles Laughton, con su papada y esa boca entreabierta por la que en cualquier momento puede caer un hilillo de baba. El contraste con Trotsky resultaba tan grotesco que, de no haber estado yo en el ánimo que por aquellos días me dominaba, me habría sido muy difícil evitar la risa, aun conociendo la bondad de Molinelli.

Molinelli, misteriosamente, manifestó su deseo de hablar conmigo a solas. El cuadro formado por el gordo y el esmirriadísimo y nerviosísimo acompañante no era el más adecuado para que Cecilia y Goldstein modificaran la idea que se venían haciendo sobre mi porvenir en la ciencia. Y me miraban con la atención con que se sigue a una persona que está a punto de desmayarse en medio de la calle.

Nos fuimos a un rincón, en donde con seguridad constituíamos para Cecilia y Goldstein una escena de caricatura entre electrómetros. Con voz baja de conspirador, Molinelli me hizo saber que su amigo Citronenbaum (pero con C, me advirtió) tenía algunas importantes cosas que consultarme sobre alquimia.

Lo miré: sus ojitos centelleaban de fanatismo.

Mis sentimientos eran curiosamente mezclados, pues por un lado me inducían a la risa, me producía gracia la idea de vincularlo por su pequeñez a los autos Citroen; pero por otro lado experimentaba algo que me sobrecogía.

La alquimia, repitió con voz neutra.

—Qué opinión tenés de Thibaud? —me preguntó Molinelli.

De Thibaud? No sabía bien, había leído en un tiempo un librito de divulgación.

Y de Helbronner?

Helbronner era un físico-químico, sí, claro.

—Es perito en los tribunales —informó el joven Citronenbaum, sin sacarme los ojitos de encima, como si me quisiera agarrar en alguna falla.

En los tribunales?

Sí, perito en alquimia.

Perito en alquimia? No sabía qué actitud tomar, pero pensé que lo mejor era permanecer sereno. Molinelli me sacó del apuro: siempre hay gente que anda con inventos, máquinas del movimiento continuo, alquimia. Pero eso no era lo importante: Citronenbaum (hizo un gesto de costado, señalándolo) había logrado por ese medio ponerse en contacto con alguien de tremenda importancia. Había leído yo los libros de Fulcanelli?

No, no lo conocía.

—Tenés que leerlos —me dijo.

Bueno, en qué yo les podía ser útil.

Molinelli negó con la cabeza y una expresión que más o menos quería decir "eso no es lo importante", o "se trata de otra cosa". El hombre había desaparecido, precisamente desde el momento en que se anunció la fisión del átomo de uranio.

Quién había desaparecido? Fulcanelli?

No, hablaba del alquimista que Citronenbaum había conocido a través del Helbronner, un tipo misterioso.

Pero entonces, por qué me hablaba de ese Fulcanelli?

Porque a juicio de ellos podían ser la misma persona, el alquimista y Fulcanelli, quería decir.

—Vos sabés —me dijo Molinelli mirando con cierto temor hacia Goldstein y Cecilia, que nos observaban fascinados, sin hacer nada—, vos sabés que hay un gran misterio en torno de Fulcanelli.

En ese momento se produjo un hecho inesperado que todavía me avergüenza, y que estaba en total desacuerdo con la angustia que por esos días me impedía dormir: empecé a reírme casi histéricamente.

Molinelli, con la boca entreabierto y su enorme papada, demostraba la más grande sorpresa.

—Qué te sucede? —preguntó con voz temblorosa.

Cometí el error más estúpido que podía cometer: en lugar de callarme el motivo se lo dije: Molinelli y Fulcanelli. Me sequé los ojos con el pañuelo y cuando me disponía a escuchar de nuevo a mis visitantes, advertí la enormidad de mi actitud: Molinelli seguía con la boca entreabierto, en asombrado silencio, y su amigo había alcanzado la máxima tensión eléctrica en sus ojitos fulgurantes.

Luego se miraron y sin despedirse se fueron.

Primero no atiné a hacer nada. Sólo me di vuelta para mirar hacia Goldstein y Cecilia, que permanecían estáticos, siguiendo la escena. Luego corrí hacia la salida. Llamando a Molinelli. Pero no se dieron vuelta. Entonces me detuve viendo cómo se alejaban por el pasillo: uno, gigantesco y fofo, el otro chiquito en su traje heredado. Volví al laboratorio y me senté en silencio, pensativo.

Durante varios días estuve muy deprimido y me era difícil dormir, o si dormía comenzaban mis sueños. Uno de aquellos sueños no tenía nada grave en apariencia, pero me desperté agitado. Yo caminaba por uno de los subsuelos del Laboratorio, entraba en el cuarto de Lecoin y lo veía inclinado sobre unas placas, de espaldas. Pero cuando lo llamé y se dio vuelta tenía la cara de Citronenbaum.

Por qué me desperté agitado? No lo sé. Tal vez era la mala conciencia respecto al pobre Molinelli. Me levanté con la decisión de buscarlo para pedirle perdón. Sin

embargo, cuando empezó a clarear y salí de la cama estaba convencido de que la pesadilla no era el resultado de ese simple sentimiento de culpa sino de algo más profundo. Pero qué?

Me fui derecho a su cuchitril atestado de papeles cabalísticos. Era muy temprano, había bruma y a través de la bruma veía la cúpula del Panteón de un modo que me hizo sentir más melancólico que preocupado. Los acontecimientos con R. parecían quedar ya muy atrás y al sentimiento de pavor había sucedido ese estado de melancolía que se me acentuaba cada vez más en aquel París de 1938.

Subí hasta el cuarto y golpeé reiteradamente, porque debía de estar dormido. Cuando por fin me respondió y le dije quién era, se produjo un silencio que duró un tiempo excesivo. Yo no sabía qué actitud tomar. Pero por otra parte no quería irme sin pedirle perdón.

Al cabo de un rato me acerqué a la ranura de la puerta y le dije en voz alta que debía perdonarme, que yo andaba mal, muy mal, que aquella risa había sido histérica, etc. Ya le dije que era una excelente persona (murió hace un par de años), incapaz de rencor. Así que terminó por abrirme y mientras se lavaba me senté en un sofá de tres patas: una pila de libros ocultistas reemplazaba a la que faltaba. Intenté darle explicaciones, pero, con buen tino, me pidió que no lo hiciera. —Lo siento por Citronenbaum —comentó, aunque no me explicó por qué, lo que mi risa podía haber suscitado en aquel hombrecillo fanático.

Mientras se secaba, repitió: sólo por él.

Yo estaba avergonzado y pienso que él lo advirtió, pues tuvo la generosidad de cambiar de tema, mientras preparaba café. Sin embargo, yo le rogué que me hablara de lo que habían pensado hablarme en aquella visita. Levantó una mano como diciendo que ya no importaba y quiso seguir con algo que le había sucedido el día anterior con Bonasso.

—Por favor —le dije. Entonces, aunque de modo inconexo, volvió sobre el asunto Fulcanelli. Buscó uno de sus libros y me lo alcanzó: tenía que leerlo.

—Vos sabés, nadie lo ha visto jamás. Este libro es de 1920, ves? En casi veinte años no hay una sola persona que pueda decir quién es.

Y el editor?

Negó con la cabeza. Recordaba el caso Bruno Traven? Los originales llegaban por correo. Con Fulcanelli al menos se sabía que llegaban a través de un cierto Canseliet.

Entonces, resultaba fácil averiguar algo del autor.

No, porque este Canseliet se había negado sistemáticamente. Comprendía ahora por qué era importantísimo el encuentro con Citronenbaum?

No, no lo comprendía.

Pero hombre, el profesor Helbronner era perito en los tribunales y había tenido contacto con más de un alquimista, verdadero o presunto. Un día envió a Citronenbaum a que entrevistara a un señor que trabajaba en el laboratorio de ensayos de la Sociedad del Gas. Este señor le advirtió que tanto Helbronner como Joliot y sus colaboradores, para no hablar más que de los franceses, estaban al borde de un abismo. Le habló de los experimentos que estaban realizando con deuterio y le dijo que esas cosas las conocían ciertos hombres desde siglos atrás y que por algo habían guardado silencio, archivado todo cuando los experimentos llegaron a cierto punto, y relatado lo que sabían en un lenguaje que parecía disparatado, pero que en rigor era cifrado. Le explicó que además ni siquiera eran necesarios la electricidad y los aceleradores, que bastaban ciertas disposiciones geométricas de materias extremadamente puras para desencadenar los poderes nucleares. Por qué todo aquello había sido silenciado? Porque a diferencia de los físicos modernos, herederos de aquellos salones ilustrados y libertinos del siglo XVIII, en esos alquimistas existía una preocupación fundamentalmente religiosa. Claro, no hablaba de todos: había habido, en su inmensa mayoría, macaneadores y charlatanes, individuos que hacían el cuento del tío al rey o al duque fulano, gente que a menudo terminó en la horca y la tortura. No, él hablaba de los genuinos, de los iniciados de verdad, de esa cadena de hombres como Paracelso o el conde de Saint-Germain, y hasta el propio Newton. Conocía las ambiguas pero significativas palabras de Newton en la Real Academia? Toda la historia de la alquimia, al menos la que trascendía hasta nosotros, gente materialista como somos en esta civilización, hablaba de transmutación del cobre en oro y otras paparruchas, meras aplicaciones en todo caso de algo vertiginosamente más profundo. Lo esencial era la transformación del propio investigador, un secreto antiquísimo reservado en cada siglo a uno o dos privilegiados. La Gran Obra.

Nos quedamos un rato en silencio, mientras tomábamos café.

—Y éste es el hombre que desapareció hace poco? —pregunté.

—Sí, apenas los diarios de todo el mundo empezaron a hablar de la fisión del uranio.

Pero por qué desaparecer? Yo no entendía.

Se encogió de hombros. La hipótesis de Citronenbaum era que ese hombre de la Société du Gas era ni más ni menos que Fulcanelli. Otro amigo de él, un tal Berger, pensaba lo mismo.

Me quedé meditando en todo aquello, pero no terminaba de comprender para qué habían ido a verme.

—Eso es largo de explicar —respondió—. Y además tiene mucho que ver con Citronenbaum. Pero desgraciadamente, ahora es tarde. No creo que quiera volver a verte.

Me irrité: ya le había dado toda clase de explicaciones. Sí, claro, claro. Pero Citronenbaum era otra clase de persona. Y mirándome a los ojos, agregó con gravedad:

—Un genio.

Le pregunté si lo vería pronto. Por supuesto. Pero comprendí que al menos por el momento no me sería posible hacer nada más.

Anduve unos días por ahí, tratando de ordenar mis ideas, pero no encontraba soluciones. Opté entonces por apartarme un poco de mis obsesiones y empecé a buscar por las librerías del Boulevard Saint-Michel alguna gramática franco-albanesa. Cuando se lo expliqué a Bonasso me miró como si yo estuviera loco.

—Castellano-albanesa no hay. Por eso —le dije.

Siguió mirándome fijo, tal vez porque un poco se había difundido la idea de que yo no andaba bien de la cabeza. Me eché a reír.

—Pero no, viejo, es a causa de mi madre. La mitad de su sangre es albanesa, pero siempre nos dijo que no sabía la lengua. Y yo sé que la sabe.

Se quedó sorprendido del origen de mi madre, pero me dijo que eso no le parecía motivo para estudiar una lengua tan inútil. Como estudiar gaélico.

—Mirá, siempre me gustaron las lenguas. Quizá en una vida diferente me habría apasionado la lingüística. Pero no es por eso sólo. Es un problema quizá psicológico y familiar. Mi madre odia su origen albanés y a mí me apasiona. No han producido ni un solo inventor, ni un sabio, ni un gran artista.

—Peor que los vascos.

—Exactamente. Y hacés bien en compararlos con los vascos.

—Y entonces, qué mérito les encontrás, aparte de haberte producido?

—Un pueblo guerrero, que nadie nunca pudo esclavizar. Fijate, son los antiguos ilirios y macedonios, estaban allí antes de que llegaran los helenos. Felipe y Alejandro de Macedonia eran albaneses y muy probablemente Aristóteles: ya ves que tan brutos no eran. Pero no es eso lo que me fascina, es su coraje. Conocés la historia del Príncipe Skanderbeg?

Bonasso, que por aquel tiempo andaba siempre con la ESTÉTICA de Croce debajo del brazo, me dijo que tenía cosas más importantes que leer.

—El Príncipe Jorge Castriota, llamado Skanderbeg, mantuvo a raya durante un cuarto de siglo a los ejércitos turcos en los Balkanes. Gracias a él subsistió la república de Venecia y quizá todo el Occidente.

—Bueno, viejo, pero ésa no es una razón para que ahora vos andés buscando una gramática franco-albanesa.

—No es por eso, ya te dije que es por mi madre. Siempre me apasionó la historia de los albaneses y el odio que les tiene mi madre. La he tratado de convencer, pero es inútil. Es por el padre.

—Qué pasó con el padre.

—Mamá lo detestaba, hizo morir a su mujer, es decir a mi abuela, a los treinta años. Mujeres y vino, comprendés?

—Y qué tiene que ver eso con Skanderberg?

—Skanderbeg, no Skanderberg. Mi abuelo era de origen albanés y mi abuela era italiana.

—Cómo, de *origen* albanés? Era albanés o no?

—Esperá. Cuando el Príncipe Skanderbeg sintió que iba a morir y que los caudillos feudales que sólo él era capaz de mantener unidos iban a separarse y seguramente los turcos arrasarían con todo, pidió a su aliado el rey de Nápoles permitiera el establecimiento de sus oficiales y guerreros más allegados en territorio italiano, en Sicilia y en Calabria. Y así fue como a mediados del siglo XV se establecieron allí. Para darte una idea de lo que son esos tipos: hasta hoy conservan su lenguaje y jamás entregaron sus armas. Claro, en general los italianos los detestaban, eran como un quiste. Ahora fijate el drama en casa de mi abuela, que no sólo eran italianos sino una familia importante. Cuando mi bisabuela, que era viuda y que era una tigresa, donna Giuseppina Cavalcanti, supo que mi abuela era asediada por aquel sujeto alto se puso frenética. Pero el hermano del abuelo era un cura poderoso, por su amistad con el Marqués de Santo Martino (era preceptor de sus hijos), y eso decidió el matrimonio, aunque bajo los sombríos augurios de donna Giuseppina. Total, que el albanés fundió viñedos, olivares y fincas con mujeres y vino. Y nosotros nos convertimos en emigrantes. Ya ves.

—Ya ves qué.

—Por qué mi madre detestaba a los albaneses y por qué busco una gramática franco-albanesa.

—Tu lógica es de fierro. Y cómo es esa lengua?

—Un día los espíe a mi madre y a un tío hablando. Si ves un cartel en Amberes que dice *uitgang rumbeás* por el alemán. En albanés no tenés el menor indicio, un cartel puede significar prohibido fumar o salida. Parece que está emparentado con el lituano. Pero tiene mucho vocabulario turco y griego.

—Todo eso lo pescaste espiando desde la puerta.

—Siete casos de declinación.

—Magnífico, una pavada. Como no tenés otras cosas que hacer. Si te agarra el viejo Houssay.

—Imaginate, si yo con los cuatro casos del alemán me volvía loco. Pero eso no es todo.

—Cómo, que no es todo?

—La fonética. Te doy un ejemplo: llotchka, unos bollos fritos. Primero poné la boca para pronunciar la ll nuestra, luego acercá la lengua a los dientes. Así. Después, apretá las mandíbulas, pero no del todo, para que salga el sonido por la ranura, mientras estirás los labios. Así.

Bonasso me examinaba con los ojos muy abiertos y serios.

—Esperá un poco —le dije.

En aquel tiempo, todos leíamos LES MAMELLES DE TIRESIAS. Busqué LA FEMME ASSISE.

—Mirá lo que dice Apollinaire de Canouris, ese amigo albanés que tenía. Vitalidad sobrehumana y propensión al suicidio. Parece incompatible, no? Es, a mi juicio, un rasgo de la raza.

Bonasso verificó el fragmento con cuidado, como si estudiara alguna importante estipulación contractual. Luego me volvió a observar como si yo estuviese al borde de una grave enfermedad.

—Me voy al DÔME —dijo luego.

Decidí acompañarlo.

Estaban Marcelle Ferry con Tristan Tzara y Domínguez, elaborando cadáveres exquisitos:

—Qué es una lata de sardinas de cien metros de largo?

Un camouflage mongol.

—Qué es el minuto trágico?

El amor de una flor olvidada.

—Qué es el minotauro del desayuno?

El vacío.

Desde una mesita cercana, Alejandro Sux se quejaba: se viene la guerra y ustedes con esas gansadas.

Domínguez lo miró con aquella especie de ternura de buey adormecido.

Sux me preguntó sobre el asunto del uranio. Había que organizar urgente un comité. Ya tenía la sigla: DEFENSA. Era su debilidad, organizar comités y sociedades, en el papel, naturalmente. La última había sido la Liga Contra el Uso de la Batería de Aluminio en la Cocina. Apenas le hablé del uranio pensó en una sociedad.

—Lo importante es una buena sigla, algo que se recuerde con facilidad. Defensa de Eminentes Físicos, Electricistas, Naturalistas, Sociedad Anónima.

Que algo tan disparatado se organizara en forma de Sociedad Anónima (la combinación de la locura con la sensatez comercial) me producía enorme gracia.

Lo que lo irritó.

Pero por qué electricistas? También eso me hacía gracia: la idea popular de lo que puede ser un laboratorio atómico. Era por la sigla, caramba! No me había explicado que la sigla debía golpear, que debía ser muy recordable?

Ah, bueno, muy bien, entonces.

Habían dejado de elaborar cadáveres. Domínguez, como cumpliendo con un rito muy triste o muy aburrido, con sus ojos de buey melancólico y su belfo caído, desalentado, comenzaba a insultar a gente de aspecto francés. El sábado y el domingo (explicaba) el DÔME se llenaba de franceses, de asquerosos burgueses. Se incorporó finalmente con pesadez, gigantesco y tambaleante, para ir a insultar de modo más íntimo a un viejito de barbita blanca con la Legión de Honor. Acompañado de su señora, tomaba un Ricard plácidamente. Domínguez se inclinó en una reverencia semejante a esas que hacen en los circos los elefantes amaestrados, diciendo con su detestable francés Madame, Monsieur, y luego, tomando uno de los guantes de la señora, comenzó a morderlo como si se propusiese comerlo. El viejo, paralizado por el asombro, no atinaba a hacer el menor movimiento. Y de pronto se levantó con una indignación que contrastaba con su tamaño: era chiquito y menudo. Domínguez suspendió la operación y se quedó mirándolo con aquella ternura exagerada que lograba con sus ojos bovinos en blanco y la cara acromegálica levemente inclinada hacia un costado, con delicadeza. Sux, que seguía los pasos inevitables del incidente, había pagado rápidamente y agarrándome de un brazo me hizo salir, recordando lo que pasó con todos nosotros cuando el boxeador peruano tuvo que intervenir.

No habíamos terminado de salir cuando comenzó a oírse el escándalo de la pelea. Sux estaba indignado.

-Mamarrachos! —exclamó, apenas se hubo sentado en LA COUPOLE—. Se viene la guerra y éstos haciendo semejantes chiquilinadas.

Sacó unos papeles y escribió unas cifras.

—Cada adherente debe pagar un dólar por año.

Aproveché la llegada de Wilfredo Lam para zafarme. No tenía ningún propósito definido, el domingo me ponía particularmente triste. Caminé al azar, pero de pronto me encontré en la rue de la Grande Chaumiére. Sin conciencia, los pasos me habían llevado hasta Molinelli. Subí y lo encontré preparando café, como siempre.

Parecía haber escuchado la conversación con Sux.

—Anuncia el fin —comentó.

—El fin? Qué es lo que anuncia el fin?

—La fisión del uranio. El Segundo Milenio. Y vos has tenido el privilegio de estar al lado de semejante acontecimiento.

Dentro de sus bolsillos, como mi hermano Vicente, llevaba cantidad de papeles doblados irregularmente, ajados, de diversos grados de envejecimiento: cartas,

planos, cuentas. Buscó un papel con un diagrama y me lo mostró: ahí estaba Piscis, ahí el Sol. Cuando el Sol entra en Piscis aparece Cristo y los judíos inician su dispersión. Dura 2000 años. Ahora, cuando se acerca el fin del período, vuelven a su tierra. Eso anunciaba algo fundamental, porque el pueblo judío tiene un destino misterioso, sobrenatural. Pensé en Citronenbaum, sin decírselo.

Con un lapicito muy corto y mordido, me señaló: éste es el signo de Acuario. Ahora entramos en el signo de Acuario, al cabo de los 2000 años.

Y luego, levantando su mirada y señalándome con el lapicito, agregó:

—Grandes catástrofes.

Qué clase de catástrofes? Por lo pronto una guerra tremenda y una gran prueba para los judíos. Pero no podrían exterminarlos del todo, porque todavía les quedaba una gran misión que cumplir. Con su lapicito, en el dorso de uno de los papeles, escribió con letras de imprenta y recuadro

MISIÓN FINAL

y luego volvió a mirarme con una expresión de calma muy grave.

Esas catástrofes tendrían que ver con el poder atómico. Los Grandes Lamas preveían que esos cataclismos serían el preludio de la Lucha Decisiva por el dominio del mundo. Pero, ojo: no hablaba de política. Era un candoroso error suponer que se trataba de simple política. Nada de eso. Las potencias políticas (Francia, Alemania, Inglaterra) eran la forma en que esa LUCHA (puso la palabra también con mayúsculas en el papel) se manifestaría ante los hombres. Pero por detrás de esa apariencia había algo más grave: Hitler era el Anticristo.

La Humanidad se encontraba ahora en la Quinta Ronda.

La Quinta Ronda?

Sí, el momento en que la ciencia y la razón alcanzarían su máximo poderío. Una siniestra magnificencia. Pero invisiblemente se estaban preparando las bases para una nueva concepción espiritual del universo. Volviendo a señalarme, agregó:

—Fin de una civilización materialista.

Yo estaba cada vez más perturbado, porque de alguna manera aquel diálogo parecía tener relación con el encuentro de R. y la misteriosa escena con él.

Sabía yo a qué correspondía la Quinta Ronda de la profecía oriental?

No, no lo sabía.

Correspondía al Quinto Ángel del Apocalipsis según San Juan.

Urano primero, luego Plutón, eran los mensajeros de los Nuevos Tiempos. Actuarían como volcanes en erupción, señalarían el límite entre las dos eras, la gran encrucijada.

—Plutón —afirmó golpeando con el lapicito en los papeles— regirá la renovación por la destrucción.

Después de un silencio en que pareció escrutarme el fondo de los ojos, añadió estas sorprendentes palabras:

—Yo sé que vos algo sabés. Quizá no del todo claramente, aún. Pero hay algo en tus ojos.

No dije nada, pero inclinando mi cabeza me puse a revolver el resto del café con la cucharita. Oí su voz que agregaba:

—Plutón rige el mundo interior del hombre. Revelará los más graves secretos del alma y los abismos del mar, los mundos misteriosos y subterráneos que están bajo su jurisdicción. Levanté mi mirada. Durante un minuto se quedó en silencio. Luego, apuntándome de nuevo con el lapicito, dijo:

—Por el momento, atravesamos el tercer y último decanato de Piscis, bajo el dominio de Escorpio, donde Urano se halla exaltado. Sexo, destrucción y muerte!

Escribió estas últimas palabras con mayúsculas en otro papelito sucio y volvió a mirarme como si yo tuviera algo que ver con todo aquello.

Estábamos ya casi a oscuras. Le expliqué que estaba muy cansado y que iría a dormir.

—Está bien —me dijo, poniéndome una mano en el hombro—. Está bien.

Me fui a dormir, pero no pude: me daban vueltas en la cabeza las palabras de Molinelli, los sucesos de la rue Montsouris y, no sé por qué, la cara de Citronenbaum. Le dije antes que parecía la cara que probablemente Trotsky tuvo en su época de estudiante, pero ahora comprendía que ésa no era una buena caracterización. Tal vez me había golpeado la semejanza física y el fanatismo en los ojitos, que fulguraban eléctricamente detrás de los cristales de unos lentes sin montura. No, no era eso. O al menos eso no era todo. Pero, qué quería decirme a mí mismo con lo de "todo"? Su traje raído y heredado de alguien más corpulento, sus hombros esmirriados, su pecho hundido, sus manos flaquísimas y nerviosas. Pero había algo más, y aunque lo sospechaba no me era posible definirlo en aquel homúnculo poseído por una verdad suprema. Acaso fuera precisamente eso de la "verdad suprema", un tipo de revelación que iba más allá de la mera política, lo que le confería algo terrible.

Terminé por levantarme e ir al laboratorio. Le pregunté a Cecilia si había hecho las mediciones encargadas. Sí, naturalmente. Su mirada era escudriñadora y cargada con el reproche con que una madre alcanza la ropa limpia y planchada al hijo que lleva una vida disipada.

—Qué pasa! —le grité.

Se asustó y fue hasta su electrómetro.

Busqué el recipiente con el actinium y lo saqué del tubo de plomo.

Pero estaba distraído, me equivocaba torpemente. Lo volví al tubo y decidí ir a tomar un café.

En el pasillo me encontré con Bruno Pontecorvo, simpático como siempre pero muy agitado. Me preguntó por von Halban. Le respondí que no lo había visto. Andaban histéricos, luchando por la paternidad de la fisión.

En la calle, el frío me ayudó a despejarme.

Sentía que volvían antiguas obsesiones que cuando niño me habían aterrado. Y ahora me aterraban aún más, precisamente porque se producían en una persona grande y rodeada de otros que sólo creían en fórmulas matemáticas y partículas atómicas, en explicaciones.

Recordé a Frazer, el alma que viaja durante el sueño, y los desdoblamientos. Los occidentales somos tan burdos. Acaso hombres como Hoffmann y Poe y Maupassant eran simples mitómanos? No serían las pesadillas verdaderas en un sentido más profundo? Y los personajes de ficción (hablo de los auténticos, los que brotan como los sueños, no los fabricados) no visitarían regiones remotas, como el alma en las pesadillas? El sonambulismo. Adónde iba, cuando me levantaba de niño? Qué continentes había recorrido en aquellos viajes? Mi cuerpo iba a la sala, al cuarto de mis padres. Pero mi alma? El cuerpo se mueve por un lado o permanece en su cama, pero el alma divaga por ahí. Por ejemplo, a quién le sucedió aquello de los ojos de la muerta? Lo de la infancia me pasó a mí, ya lo sé. Me pregunto lo de la calle Montsouris. (Souris! Ratonés! Recién ahora lo advierto!)

Desde aquella época he tratado de descifrar la trama secreta, y aunque a veces creo vislumbrarla, me mantengo a la expectativa, porque mi larga experiencia me ha probado que debajo de una trama hay siempre otra más sutil o menos visible. En estos últimos tiempos, no obstante, he intentado atar cabos sueltos que parecen orientarme en el laberinto. Por de pronto, aquellos episodios ocurrieron en el momento en que empecé a abandonar la ciencia, que es el universo de la luz. Después, hacia 1947, advertí que en Sartre todo provenía de la vista, y que también él se había refugiado en el pensamiento puro, mientras que sus sentimientos de culpa lo forzaban a las buenas acciones. Culpa = ceguera? Finalmente, el Nouveau Roman, la escuela de la mirada, el objetivismo. O sea de nuevo la ciencia, la pura visión del objeto del ingeniero Robbe-Grillet. Por algo N. Sarraute se ríe de los "pretendidos abismos de la conciencia". En fin, se ríe... Es una manera de decir. En el fondo, todos ellos tienen miedo, todos sin excepción rehúyen al universo tenebroso. Porque las potencias de la noche no perdonan a los que tratan de arrancarle sus secretos. Por eso también me odian: por el mismo motivo que los colaboracionistas detestan a los que con riesgo de sus vidas combaten al enemigo que ocupa la nación.

Esto es confuso, lo sé, no tienen por qué señalármelo. Y a muchos les parecerá la fantasía de un delirante. Piensen lo que quieran: a mí sólo me preocupa la verdad. Y, aunque de modo fragmentario, con relámpagos que apenas me permiten vislumbrar en décimos de segundo los grandes abismos sin fondo, intento expresarlo en algunos de mis libros.

Todo esto lo pienso ahora. Porque en aquel invierno de 1938 nada me era evidente. Mi período del Laboratorio coincidió con esa mitad del camino de nuestra vida en que según ciertos ocultistas se suele invertir el sentido de la existencia. Pasó con gente ilustre, con Newton y Swedenborg, con Pascal y Paracelso. Por qué no habría de pasar también con gente más humilde? Sin saberlo, estaba virando yo de la parte iluminada de la existencia a la parte oscura.

Fue en ese momento y en medio de una profunda crisis espiritual cuando entré en contacto con Domínguez, a través de Bonasso. Nunca he dicho hasta ahora lo que realmente sucedió en tales circunstancias y el peligro que corrí, peligro que Domínguez no quiso o no pudo evitar, terminando en el suicidio. (En la noche del 31 de diciembre de 1957 se abrió sus venas en el taller, embadurnando la tela que tenía en el caballete con su sangre.) Yo sé qué potencias estuvieron en juego. Mucho antes de que le arrancara el ojo a Víctor Brauner, pues ese episodio no fue sino una de sus manifestaciones.

Uno encuentra lo que conciente o inconcientemente busca. Hablo de los encuentros que tienen destino, no de las idioteces. Si uno se tropieza con una persona en la calle, casi nunca ese tropiezo tiene consecuencias decisivas en nuestra vida. Pero sí la tiene cuando ese encuentro no ha sido casual, cuando ha sido provocado por las fuerzas invisibles que operan sobre nosotros. Ni yo encontré por casualidad a Domínguez ni fue tampoco por azar que eso haya sucedido cuando debía abandonar la ciencia. Nuestro encuentro fue de enorme importancia, aunque en aquel momento no lo pareciera. El tiempo se encarga de colocar luego los hechos en su debido rango, y cosas que en su inicio parecen triviales se revelan después en toda su trascendencia. Y así, el pasado no es algo cristalizado, como algunos suponen, sino una configuración que va cambiando a medida que avanza nuestra existencia y que alcanza su sentido verdadero en el instante en que morimos, cuando ya para siempre quedará petrificado. Si en ese momento pudiéramos volver la mirada hacia él (y es probable que el moribundo lo haga), advertiríamos por fin el real paisaje en que se preparó nuestro destino. Y pequeñísimos detalles que en vida desestimamos se mostrarían entonces como graves advertencias o como melancólicos saludos para siempre. Y hasta lo que creímos simples burlas o meras mistificaciones pueden convertirse, en esa perspectiva de la muerte, en siniestros vaticinios.

Fue un poco lo que sucedía en aquel tiempo con el surrealismo.

Yo iba al atelier de D. para trabajar (le ruego dé a este verbo su acepción más grotesca) en aquella broma que bauticé con el nombre de litocronismo, y de la que más tarde Breton se iba a ocupar en el último número de MINOTAURE. Todo aquello y los "mánfragos" que inventábamos y con los que nos retorcíamos de risa, y aquella carta a Deladier sobre el Papa, y las burlas en el subterráneo, parecían simples diversiones, como tantas que otros hicieron y que indujeron a pensar a muchos desaprensivos que el surrealismo era una superchería. Lo cierto es que aun en los momentos en que sus actores creían cometer simples payasadas (y eso pasó con D. y conmigo) estábamos, sin saberlo, en medio de mortales peligros: como un niño que en un antiguo campo de batalla juega con proyectiles que cree inofensivos y que de pronto explotan sembrando la destrucción y la muerte. Las grandilocuentes declaraciones teóricas del movimiento afirmaban que el surrealismo se proponía abrir las compuertas del mundo secreto, del territorio prohibido; y todo aparecía a menudo desmentido por las cabriolas y los disparates. Pero, inesperadamente aparecían los demonios. Quién mejor que D. para ilustrar esta sombría paradoja?

No sé si usted conoce la historia de Brauner, un judío rumano preocupado por los fenómenos de premonición y videncia. Llegó en 1927 a París, y creo que fue a través de Brancussi, que también era rumano, que conoció a Giacometti y a Tanguy. Ellos lo presentaron luego a Breton. Ahora, atienda bien lo que le voy a contar. Durante diez años, es decir desde 1927 hasta 1937, pintó imágenes del inconciente, obsesivas, concernientes a los ojos, algunas de extrema agresividad. Cuadros en los cuales el ojo es sustituido por un sexo femenino o se transforma en cuerno de toro, pinturas en que los personajes están parcial o totalmente desprovistos de sus ojos. Pero lo más asombroso es uno de sus autorretratos, pintado en 1931, y que prefigura exactamente la tragedia protagonizada por Domínguez en 1938. Brauner venía pintando una serie de autorretratos en que aparecía con un ojo pinchado y vaciado. Pero el de 1931 es todavía más tremendo: aparece vaciado su ojo derecho por una flecha de la que cuelga una letra D. Hay todavía otro hecho casi inverosímil: Brauner fotografió en aquel mismo 1931 el frente de la casa que un día iba a ser el escenario del horror: el atelier de Domínguez, en el número 83 del Boulevard Montparnasse. Creyó que sacaba el retrato de una vidente que estaba instalada delante de ese edificio, pero en realidad estaba fotografiando la casa en que un día se consumaría su sacrificio. Brauner volvió a Rumania. Pero retornó en 1938 "para" sufrir la mutilación. Algunos años más tarde escribirá: "Esta mutilación sigue permaneciendo despierta como en el primer día. A través del tiempo constituye el hecho esencial de mi existencia". Le transcribo su propio relato: "Éramos muchos esa noche, y nunca nos había ocurrido que nos hubiésemos juntado como en esa ocasión, sin ninguna gana ni

impulso. El aburrimiento dominaba aquella calurosa noche de agosto. Personalmente adormecido y angustiado desde hacía más de cuarenta y ocho horas, en una prolongada caminata la víspera con U., fue creándose un miedo inexplicable y potente. Los amigos comenzaron a irse y Domínguez, muy sobreexcitado inició una discusión con E., pero como todo eso era en español, los demás no comprendíamos gran cosa. Pero de golpe, poniéndose pálido y temblando de cólera, se precipitaron uno sobre otro con una violencia que no recuerdo haber visto antes. Con un brusco sentimiento de muerte, me precipité para retener a E. Entonces S. y U. se lanzaron sobre D., mientras los otros se fueron porque la cosa se ponía fea. Domínguez logró zafarse y yo tuve apenas el tiempo para verlo, pues fui lanzado al suelo por un terrible golpe en la cabeza. Los amigos me levantaron y quisieron llevarme. Tomado por un creciente embotamiento, al mismo tiempo que mi vista se enturbiaba, pedí que me dejaran volver a mi casa para acostarme. Pero fui llevado por mis amigos. Sus rostros revelaban terrible dolor y angustia, y no comprendía nada de lo que pasaba hasta el milésimo de segundo en que, al pasar delante de un espejo, vi mi cara ensangrentada y el ojo izquierdo como una enorme llaga. En ese instante pensé en mi autorretrato, y en aquella confusión de mi mente la semejanza de la llaga me despertó a la realidad".

Vuelvo al alma que viaja durante el sueño y puede ver cosas del futuro, ya que se libera del cuerpo, que es lo que en el hombre lo encadena en la prisión del espacio y del tiempo. Las pesadillas son las visiones de nuestro infierno. Y lo que todos logramos en el sueño, los místicos y los poetas lo alcanzan mediante el éxtasis y la imaginación. "Je dis qu'il faut être voyant, se faire VOYANT". Y en uno de aquellos éxtasis, mediante ese pavoroso privilegio del artista, Víctor Brauner vio su horrendo porvenir. Y lo pintó. No siempre las visiones son tan nítidas, y casi siempre participan del modo enigmático y ambiguo de los sueños. En parte por la índole oscura de esos territorios del espanto, que tal vez el alma entrevé como a través de una bruma, por su imperfecta desencarnación, porque no ha logrado desprenderse del todo del peso de su carne y de sus ataduras al encarnizado presente; en parte porque el hombre no parece capaz de soportar las crueldades infernales, y nuestro instinto de vida, los instintos de nuestro cuerpo, que a pesar de todo sostiene con todas sus fuerzas a ese alma asomada a los abismos, nos preserva con máscaras y símbolos de sus monstruos y suplicios. Volví al Laboratorio cuando ya era muy tarde. Goldstein se había ido y Cecilia, que seguramente me había estado esperando estaba lista para retirarse, ya sin el guardapolvo. Su mirada era suplicante, con los dolorosísimos ojos de la ídische mame.

—Está bien, Cecilia —le dije—. No es nada. Me duele mucho la cabeza.

Me dejó las medidas y se fue. Ya en la puerta, me preguntó si no quería ir esa noche a un concierto de órgano en no sé qué iglesia. No, no quería, gracias. La vi

desaparecer con su figura menuda, con sus pasitos. "La maltrato demasiado", pensé. De entrada, no más, le había probado la mediocridad de Madame Curie, y casi lloró. Me prometí demostrarle al día siguiente que esa mujer había sido un genio.

Volví a sacar el tubo acorazado del actinium y lo coloqué sobre mi mesa de trabajo. Los ojos irritados por el sueño me molestaban, y la luz me hería más que de costumbre. Apagué la luz y permanecí en la soledad del Laboratorio silencioso, apenas iluminado por la mortecina luminosidad que llegaba desde un cuarto vecino. Me levanté, me acerqué a la ventana y miré hacia la calle Pierre Curie. Había comenzado a lloviznar. Una vez más comenzaba a oprimirme melancólica la angustia de siempre. Volví a mi asiento y mis ojos se fijaron en el tubo de plomo que encerraba el temible actinium. Me fui adormeciendo insensiblemente: el rostro de Citronenbaum, con una mirada indescifrable pero demoníaca, me despertó sobresaltado.

Mis ojos volvieron a detenerse en el tubo de plomo que de alguna manera estaba vinculado con mi angustia. Era de aspecto tan neutro. Y no obstante en su interior se producían furiosos cataclismos en miniatura, invisibles y microcósmicas miniaturas del Apocalipsis sobre el que me había hablado Molinelli, y que enigmáticos profetas, de manera directa o sibilina, anunciaron a lo largo de siglos. Pensé que si de alguna manera pudiera achicarme hasta el punto de ser un lilliputiense habitante de aquellos átomos allí encerrados en su inexpugnable prisión de plomo, si de ese modo uno de aquellos infinitesimales universos se convirtiese en mi propio sistema solar, yo estaría asistiendo en ese momento, poseído por un pavor sagrado, a catástrofes terroríficas, a infernales rayos de horror y de muerte. Ahora, después de treinta años, vuelven a mi memoria esos días de París, cuando la historia ha cumplido parte de los funestos vaticinios. El 6 de agosto de 1944, los norteamericanos prefiguraron el horror final en Hiroshima. El 6 de agosto. El día de la Luz, de la Transfiguración de Cristo en el Monte Tabor!

Pobre Molinelli: vocero grotesco de verdades superiores a su vida y a su apariencia, intermediario casi risible entre los dioses de las tinieblas y los hombres. "Urano y Plutón son los mensajeros de los Nuevos Tiempos: actuarán como volcanes en erupción, señalarán el límite entre las dos Eras" me decía, mirándome fijamente. Y tenga presente que esos anuncios fueron hechos en 1938, cuando ignorábamos que los átomos de uranio y plutonio serían las chispas de la catástrofe.

Basta, prefiero no seguir recordando una época tan angustiosa. El viernes, cuando nos encontremos, prefiero hablar de lo que me pasa ahora.

UN REPORTAJE

Por esos días fue un joven del Busto a hacerle una entrevista para SEMANA GRÁFICA.

Por qué se había ido de La Plata?

Cómo podía saberlo. Toda su vida era una serie de actos absurdos e inconexos, pero con seguridad había un orden debajo de aquel caos, un orden secreto, quería decir. Abandonar La Plata había sido dejar para siempre el universo científico? Bien, era posible. Sea como sea, se vino a Buenos Aires. Enrique Wernicke lo iba a poner en contacto con alguien que a lo mejor le alquilaba por casi nada un rancho en la sierra de Córdoba. Así fue como conoció a don Federico Valle, el hombre de las cuevas. Y como se fue a vivir en aquel solitario lugar sobre el río Chorrillos, en una tapera sin luz eléctrica, sin agua, sin vidrios.

Mientras conversaba con del Busto todo pareció ordenarse, desde el caos empezó a salir la luz: el sol negro. E inevitablemente empezaron a hablar de las cuevas y subsuelos, de los Ciegos.

—Los porteros —dijo del Busto.

Los porteros? Qué pasaba con los porteros? Sabato le hizo esa pregunta con un estremecimiento que tal vez se manifestó en su voz, porque del Busto lo miró con cuidado. Le contó entonces lo que ya él sabía, lo que tarde o temprano alguien tenía que venir a contarle. A él. No obstante, lo escuchó con atenta consideración:

—De la planta baja para arriba los departamentos, esos departamentos actuales tan limpios, de cemento y plástico, de vidrio y aluminio, de aire acondicionado. Impecables.

—Abstractos —agregó Sabato, casi con impaciencia, para acortar el relato.

—Eso es, abstractos. Y abajo las ratas. En la noche, sobre las calderas relucientes. El portero. Una raza misteriosa, el hombre que maneja la compuerta entre los dos mundos.

Sabato lo miraba en silencio.

—Por supuesto —asintió luego.

Estaba atardecido, se oían los pájaros que no terminaban de acomodarse en sus nidos.

—Tenía que venir por aquí.

—Sí, claro.

—Tarde o temprano.

—Sí. Los Ciegos me han fascinado siempre —comentó del Busto.

Casi no se le podía ver ya la expresión al joven, que agregó:

—Quisiera que este trabajo sobre los porteros y las ratas estuviera bajo su advocación, por decirlo así.

—Mi advocación?

—Sí, si no tiene inconveniente. Por eso de los Ciegos. Desde que lo leí me sentí perturbado, me hizo atender a ciertos rumores.

—Rumores?

—Quiero decir en mi propio espíritu.

—Usted escribe?

—No, esto es lo primero que hago. Me lo encargó Walker porque le hablé del tema, porque quería verlo. En realidad soy fotógrafo.

—Fotógrafo?

"Grabador de luz". Y también se decidía a abandonar el mundo de la luz!

Le contó otras cosas el joven del Busto, productos de sus investigaciones: la lucha de la Casa de la Moneda contra las ratas que se comen los billetes. Después de años de cálculos, de proyectos meticulosos, de luchas fracasadas, construyeron un formidable recinto de cemento armado. Fracasó también. Las ratas entraron por las cañerías? Se reprodujeron dentro del recinto?

Conversaron sobre la posibilidad de llevar a cabo una investigación completa en subterráneos, sótanos, cloacas, cañerías de desagüe. Investigación complejísima y presumiblemente aterradora.

En el momento de irse el joven del Busto, estuvo a punto de hablarle de ese asunto de los poneros. Pero le pareció que por el momento no era conveniente.

Acaso, tampoco necesario.

IBA POR CORRIENTES

cuando vio venir a Astor Piazzolla. Y se disponía a conversar con él cuando advirtió que se equivocaba: era una especie de caricatura. El hombre se detuvo sorprendido, mientras S. se alejaba avergonzado. Dobló en la primera esquina, como huyendo. Estaba en la calle Suipacha. Se quedó un momento simulando mirar una vidriera, y cuando se tranquilizó buscó un café para tomar algo. Precisamente estaba al lado del TÍO CARLOS. No estaba Kuhn en la caja, así que buscó una mesita cualquiera, en momentos en que vio a Piazzolla que le sonreía.

—Qué, mi barba te asusta? —preguntó Astor.

—No, no es eso.

—A vos te pasa algo.

Vaciló en contarle lo que acababa de sucederle, hasta que se lo contó, con una agitación que Astor no podía justificar.

—Es una simple casualidad, hombre —le comentaba.

S. lo miró con irritación.

—En una ciudad de casi nueve millones?

Luego Astor le habló de un proyecto de hacer con él una misa porteña.

—Cómo? —preguntó S. abstraído.

—Una misa. Una misa de Buenos Aires.

Andaba muy mal de salud, muy nervioso. Ya vería. En seguida se despidió con un pretexto y siguió su camino hacia EL CIERVO.

Bruno lo encontró raro y le preguntó por su salud.

—Bien, bien —respondió distraído.

Tomó su cerveza y después de un rato le dijo a Bruno:

—Usted quizá piense que le he exagerado con el Dr. Schneider.

—En qué sentido?

—Digo, en general... sus poderes...

Bruno comenzó a arreglar unos escarbadiantes.

—Hace años que lo he perdido de vista —prosiguió S.—, pero está.

Seguro. En algún lugar de Buenos Aires.

("Perdido de vista", pensó con un estremecimiento.)

Bruno levantó sus ojos celestes y se quedó esperando.

—Le dije cómo reapareció en 1962, no?

—Sí.

—Le conté cuando lo seguí en el subterráneo?

—No.

—Desde aquel encuentro en 1962, recuerda, lo vi en tres o cuatro ocasiones. A veces solo, a veces con Hedwig. Claro, a ella la vi con cierta frecuencia, hasta que desapareció. Fue en el bar ZUR POST que nos encontramos también con usted?

Bruno asintió.

—Sí, desaparecieron. Pero fíjese que siempre tuve la sensación de que andan por ahí, en algún lugar de la ciudad. Y en cuanto a él, lo volví a ver en la esquina de Ayacucho y Las Heras. Pero en cuanto me divisó (eso es al menos lo que creo) se metió en el café. —Quedó pensativo. "Era él, estoy seguro" casi murmuró como para sí mismo.

—En cuanto a Hedwig...

—No la vio más?

—No, pero está en Buenos Ares, tengo la certeza. Un instrumento.

Y ella sufría por esa misión. Poder del tipo? O algún género de dependencia o servidumbre que se veía obligada a aceptar. Eso, eso es: servidumbre. Ésa es la palabra. Con el agravante de que en este caso el sirviente es superior al amo. No lo digo por su rango social, claro... A pesar de su decadencia física y moral... Uno la veía de pronto... —sus palabras se iban perdiendo, como si volviera a hablar para sí mismo, mientras Bruno se decía que también él había tenido esa impresión, porque no sólo estaba corporalmente gastada, de modo que sus antiguos esplendores apenas se adivinaban a través de la maleza, del abandono y la depredación (como las antiguas bellezas de un parque señorial a través de las verjas derruidas y de los escombros) sino también corrompida espiritualmente, por el tiempo y horribles vicisitudes de la carne, por la desilusión y la amargura, pero, sobre todo, por la servidumbre hacia aquel abyecto personaje; y así, era cierto, en instantes, sólo en fugaces y tristísimos instantes, podía adivinarse su antiguo espíritu entre los escombros morales.

S. había pedido otra cerveza.

—No sé qué me pasa. Ando muy deshidratado.

Miraba la cerveza, pensativo.

—En aquella época de la aparición de HÉROES Y TUMBAS ya le conté que se me había cruzado y empecé a seguir sus movimientos. Hasta que un día, después de muchísimos esfuerzos estériles, obtuve un resultado.

Mirando a su amigo, agregó:

—Un resultado aterrador.

Después de unos instantes, prosiguió:

—Fue un día en que habíamos quedado en encontrarnos. Cuando nos separamos, lo seguí hasta que entró en el MUNICH de Constitución. Desde la plaza, esperé su salida. Permaneció alrededor de un par de horas. Cuando salió estaba oscureciendo. Entró en el subterráneo y yo me instalé en el vagón siguiente, de modo de estar en condiciones de verificar sus movimientos. Al llegar al Obelisco, tomó la combinación a Palermo y yo volví a instalarme en el coche siguiente. Me pareció advertir en su actitud la espera de algo en el propio subterráneo. Por un momento imaginé, con miedo, que sus poderes le permitían saber que yo estaba cerca y que podía sorprenderme. Bien, si eso sucedía lo atribuiría a una coincidencia. Y si él no lo creía (siempre en virtud de sus poderes), qué podía perder yo? Al menos vería que yo estaba sobre aviso y que de manera alguna sería una presa fácil; y hasta era probable que subiese algunos puntos en su estimación. Estaba en estos pensamientos cuando vi avanzar, en dirección inversa a la que llevábamos, al ciego de las ballenitas, más avejentado, pero siempre grosero y rencoroso como en el tiempo en que Vidal Olmos llamó la atención sobre su personalidad. Me estremecí al recordar vertiginosamente a Fernando en el mismo

subterráneo y en la misma persecución (pero de quién a quién?) y tuve el pálpito de lo que iba a suceder: el ciego no pasó delante de Schneider como de una persona cualquiera; su olfato, su oído, acaso algún signo secreto sólo entre ellos conocido, lo hizo detener para venderle ballenitas. Schneider se las compró, pero con otro estremecimiento recordé los desaliñados cuellos que invariablemente llevaba. Después, el ciego siguió su marcha. Y cuando el tren se detuvo, Schneider bajó, y yo detrás de él. Pero su rastro se me perdió en la multitud.

S. se calló y quedó como cavilando durante tanto tiempo que pareció haberse olvidado de Bruno. Este no sabía qué hacer, hasta que por fin le preguntó si no creía preferible salir o por lo menos buscar otro café menos ruidoso.

Cómo, cómo?

Pareció no haber oído o entendido bien.

—Le estaba diciendo que aquí hay demasiado ruido.

—Ah, sí. Hay un ruido espantoso. Cada día me es más difícil soportar el ruido de Buenos Aires.

Se levantó, explicó que iba a telefonar. Bruno observó que mientras se dirigía hacia el teléfono miraba a los costados. Cuando volvió, le dijo:

—Ya le expliqué que las cosas empezaron a complicarse desde que publiqué HÉROES Y TUMBAS. Se lo conté?

Sí, se lo había contado.

—Pero cuando esa pobre gente se me acercó, aquella sesión en el sótano, recuerda?, pareció que se abría un camino... Pero claro, fuerzas de esta naturaleza no son fácilmente derrotables. Y creo haberle dicho que ellos ya me lo habían advertido: la lucha se definiría en mi favor siempre que yo estuviera dispuesto a vencerlas para siempre. Prometí eso en el momento en que casi me desmayo. Le referí el optimismo que se me despertó al otro día. Ahora comprendo que era prematuro e indicativo del candor que uno puede llegar a tener con la desesperación, hasta el punto de llegar a creer en gente así: aborígenes armados de palos para defenderse de un bombardeo atómico. Pero sea por lo que sea, me despertaron deseos de combatir y esperanzas. M. me confiesa ahora —antes no tuvo el valor de hacerlo— que veía en un sueño un patio en miniatura, debajo de ella, en que se movían, como en el patio de una prisión liliptiense, frenéticos pero impotentes enanitos que gesticulaban y parecían gritar, aunque sus gritos eran inaudibles como en una película muda: miraban hacia arriba, nerviosísimos, quizá enfurecidos, como exigiendo ayuda. Me dijo: son los personajes de tu novela; si no los liberás, terminarán por volverme loca.

La miré sin decirle nada,

—Por el amor de Dios —imploró.

Su mirada me impresionó: una mirada de terror y desolación.

—Si no escribís, esa gente me enloquecerá. Volverán. Lo sé.

Entonces me encerraba en mi cuarto, me ponía delante de la mesa, a veces sacaba los papeles, centenares de páginas, contradictorias y absurdas. Con verdadero esfuerzo físico las colocaba delante de mí y me quedaba observándolas, a veces durante horas, inánime. Cuando por cualquier motivo (por cualquier *pretexto*) M. se asomaba, yo hojeaba el montón o hacía que corregía algo con la birrome. Luego, en el momento en que salía del cuarto, seguía sintiendo sus ojos puestos en mí. Cabizbajo, me iba al jardín, pero no lograba engañarla.

Esto sucedía sobre todo antes de conocer a esa gente. Después, como le expliqué, abrigué algunas esperanzas (qué verbo significativo!). Y soplando, protegiendo la llamita del viento, trataba de que por fin el fuego creciera y se propagara.

La sesión en el sótano me impresionó, particularmente cuando la chica rubia tocó la pieza de Schumann. Pero al otro día cavilé sobre la desproporción entre esas excelentes personas y la magnitud de la potencia en juego. Y empecé a desvalorizar lo que había sucedido en el sótano: esa pieza la tocan muchos alumnos en cierto grado de su aprendizaje. No era posible que ella la conociese y la tocase presionada por mi propia y telepática ansiedad?

No había que exagerar, no significaba gran cosa. No porque yo creyese que fueran fraudulentos: eran auténticos, buena gente.

Me preguntaba, sin embargo, si eran absolutamente ineficaces. Advertía muchos beneficios en mi espíritu, como quien ha estado gravemente enfermo y empieza a tener ganas de comer alguna cosita, de dar unos pasos.

Es que se trata de una lucha incesante y sin cuartel, con avances y retrocesos. Hay que mantener un combate permanente, no dejarse estar ni un segundo, no confiar en la toma de una colina cualquiera o una retirada del enemigo que simplemente puede ser una treta.

Esta lucha la vengo librando durante años, con escaramuzas tan extrañas como la de la estatua.

Los chicos del barrio la contemplaban con miedo (lo advertí *después*, desde luego), allí, entre las ramas, casi oculta, debajo de la palmera del fondo. Sí, desde que noté que los chicos del barrio y sobre todo don Díaz la miraban con aprensión, comencé a comprender que tenía algo de siniestra.

Un día se lo comenté a Mario.

—Pero papá —me respondió, como se habla a un irresponsable—, no sabes que ningún actor trabaja en un escenario donde haya una estatua de yeso?

—Por qué?

—Qué sé yo. Pero lo sabe todo el mundo.

Esa noche no pude dormir, hasta que de pronto todo se me iluminó. Cómo no lo había sospechado antes? A la mañana se lo dije a M.

—Nunca se te ocurrió que la aparición de la estatua en la vereda, aquella mañana, era muy difícil de explicar? Por qué dejar una estatua enorme, de yeso, una mujer de tamaño natural, en mi vereda? De dónde salía? Era el trabajo de un escultor, no el de un fabricante de copias para jardines: el trabajo de un escultor actual. Quién podría tener semejante objeto en Santos Lugares, un barrio obrero, de gente que a lo más puede adornar sus casas con estatuillas de bazar? Además, por qué abandonarla en la vereda nuestra. Y de noche. No se le ocurría nada?

Se quedó pensativa, porque siempre combatió mis ideas delirantes.

—Recordá. Durante años quise tener una estatua en mi jardín, alguna de esas copias de estatuas griegas o romanas que había en los parques. Recordá que busqué por todas las formas conseguirme una de las que estaban en el Parque Lezama, o en la casa de la novela: la casa de Liniers e H. Yrigoyen. Muchos conocidos nuestros lo sabían. Varios me aseguraron que tratarían de conseguirme una. Hasta Prebisch, cuando fue intendente.

—Sí.

—Otra cosa. Qué pensamos cuando vimos la estatua en la vereda?

—Que era una broma. Una broma amistosa de alguno de ellos. Nos dejaba la estatua durante la noche para darnos una sorpresa al día siguiente.

—Exacto. Pero no advertiste un detalle.

—Cuál?

—Ese amigo nunca se dio a conocer. Por qué mantenerse en el anonimato? Era acaso algo deshonroso? Si la habían dejado para darme un placer, por qué ese silencio? Por el contrario, pasaron meses y paulatinamente todo fue haciéndose más nefasto, las cosas iban de mal en peor, y la estatua parecía cada día más siniestra en aquel rincón. Varias veces don Díaz me preguntó por qué tenía eso en el jardín.

—Sí.

—Razonemos ahora a la inversa. Supongamos que alguien quiso hacerme daño con un objeto que fuese introducido en la casa. Alguien que conocía mi deseo de tener una estatua. Muy sencillo: abandona esa noche la estatua en la vereda, el portador del maleficio sabe que yo me levanto muy temprano y salgo al jardín, imagina que la veo en la vereda y rápidamente la entro, etc. No puede ser así?

Me miró en silencio. Le exigí una respuesta.

—Sí, claro —admitió.

Pasé el resto de la noche muy nervioso, y aquel rostro de mirada abstracta, como de Ciega, que tenía la figura de mujer, parecía estar delante de mí, de modo patente, con su expresión maligna.

Apenas clareó me levanté y corrí al jardín. Ahí estaba, mirándome con todo su rostro ominoso, entre las plantas. Primero pensé en sacarla yo mismo, pero era

demasiado pesada. Esperé con ansiedad la aparición de don Díaz en la vereda, como todas las mañanas, y entonces le pedí que me ayudara. La sacamos a la calle, luego él buscó una soga en su casa, la ató convenientemente para poder llevarla sobre sus espaldas y me dijo que lo dejara solo, que él la llevaría a alguna parte.

Dónde? Nunca lo quise saber. Y, cosa extraña, tampoco Díaz me lo comentó.

Sabato se quedó mirando a Bruno, como preguntándole qué le parecía.

—Muy extraño, efectivamente —comentó, después de sostener su mirada durante unos instantes.

—No es cierto?

Se quedó absorto, pensando. Castel y la venganza de la Secta. En cuanto lo comprendió, Fernando quedó aterrado y decidió poner océanos de por medio. Pero en aquel complicado periplo no logró otra cosa que encontrarse de nuevo con su destino. Lo curioso es que por momentos lo prevé, y sin embargo no deja de correr. También él querría rehuir su destino, pero esa fuerza equívoca lo obligaba a hundirse cada día más en lo mismo que deseaba rehuir. Sí, muchas veces pensó en abandonarlo todo, en poner un tallercito mecánico en un barrio desconocido, quizá dejándose crecer la barba.

Y cuanto más acorralado se sentía, con mayor melancolía acariciaba esa posibilidad disparatada. Ése es el verbo: acariciar. Ahora intuía que en estas páginas culminaba todo. Y aunque no sabía qué es lo que exactamente culminaba, tenía desde ya la certeza de la venganza.

Sin embargo: le interesaba tanto la vida! Querría escribir sobre tantas cosas!

Y en cierto modo podría hacerlo, siempre que no se tratase más que de simples ideas. Las Fuerzas no temen a las ideas, los Dioses ni se molestan. Los sueños, las oscuras imaginaciones, eso es lo que temen.

—Y ahora este doctor Schnitzler —dijo de pronto.

—Cómo? No se llama Schneider?

—No, estoy hablando de otra persona. Un profesor, un bicho raro, *demasiado* raro. Me manda unas cartas.

—Cartas?

—Sí, cartas.

—Amenazas?

—No, nada de eso. Es un profesor. Me empezó escribiendo a propósito de unas ideas mías sobre el sexo.

Buscó en un bolsillo.

—Vea, aquí tiene la última.

En el piano, querido doctor, los tonos bajos (oscuros) se hallan a la izquierda. Los altos o claros, a la derecha. La mano derecha toca la parte racional, la

"comprensible", la melodía. Observe cómo empieza a tomar importancia la mano derecha en los compositores románticos, eh?

Primitivamente se escribía de arriba abajo, como los chinos, o de derecha a izquierda, como los semitas. Recién las palabras gnothi seauton, en el templo del Sol, corren de izquierda a derecha. Observe, Dr. Sabato: la primera forma bajaba a la tierra; la segunda, la de los semitas, hacia el inconciente o lo pasado; recién la última, la nuestra, se orienta a la toma de conciencia. Heracles, en la encrucijada, toma el camino de la derecha. Los difuntos justos en opinión de Platón, toman el camino hacia la derecha y arriba; los injustos hacia abajo e izquierda. Reflexione, mi querido doctor, reflexione. Todavía tiene tiempo y crea en una persona, etc.

—Pero no veo por qué debe alarmarlo...

—Tengo una dolorosa experiencia. Hay algo en esas cartas, una cierta insistencia en verme, algo vinculado con el mundo de la ciencia, es decir de la luz, que, en fin... Es cuestión de olfato, sabe? Sus cartas son cada vez más decididas, respiran algo debajo de su amabilidad formal. Y ahora he decidido de una buena vez tomar el toro por las astas. Precisamente —miró el reloj—, he quedado en visitarlo a eso de las seis. Tengo que irme ya. Nos veremos pronto.

EL DR. SCHNITZLER

Cuando tocó el timbre, sintió primero que un ojito lo escrutaba por la mirilla durante un tiempo que le pareció desproporcionado. Luego, la puerta se entreabrió y vio asomar una cabeza obtenida mediante el cruzamiento de un pájaro con un ratón.

Con su vocecita aguda y nerviosa manifestó una alegría tipo también pájaro. Era flaco, consumido por años entre libros. Sus ojitos de ratón brillaban detrás de los cristales de esos anteojos redondos con bordes de acero que los hippies pusieron nuevamente de moda, pero que seguramente él habría comprado hace medio siglo en Alemania y conservado con el mismo cuidado con que mantenía sus libros en la biblioteca alineados como un ejército germánico, limpios y desinfectados, numerados.

Sí, eso es: se movía con la saltarina rapidez de los pájaros cuando andan en tierra, con saltitos nerviosos y secos: una especie de staccato de alguna grotesca partitura de Haydn. Le mostraba los libros en la página exacta, los volvía a colocar con sumo cuidado en el lugar en que debía. Pensó: si este individuo se viera obligado por

alguna fuerza respetable (una disposición del gobierno alemán, digamos) a prestar uno de aquellos libros, experimentaría el mismo tipo de sufrimientos de una madre sobreprotectora cuyo hijo debe ir a la guerra del Vietnam.

Con disimulo levantaba un censo del estudio mientras le mostraba no sabía qué cita. Entonces se entreabrió una puerta y a través de la estricta e indispensable abertura apareció una bandeja con dos pocillos de café sostenida por las manos gastadas de una mujer invisible. Bandeja que sin comentarios fue recogida por el Dr. Schnitzler.

Adonde había visto aquel rostro de pájaro con ojos de ratón.

Lo encontraba conocido, eh? Sonriendo mefistofélicamente, le indicó un retrato de Hesse en la biblioteca, dedicado.

Claro, claro: la misma cara de criminal ascético retenido al borde del asesinato por la filosofía, la literatura y probablemente cierta invencible, aunque secreta, respetabilidad profesoral.

Cómo no lo había advertido antes? Seguramente porque el sosías sonreía siempre: el hermano pintoresco del asesino sombrío.

—Nos escribíamos.

Qué lástima, qué lástima que no se consiguiera por ahí HETERODOXIA. Pero él había fotocopiado en la biblioteca lo que necesitaba. Mientras Sabato le explicaba que había accedido por fin a la reedición, le preguntó, preventivamente, cómo era posible que le hubiese interesado hasta ese punto. Con unos saltitos abrió un archivo muy pulcro y extrajo una carpeta desinfectada:

—Vea, vea. Siempre me interesó su posición, doctor.

Alemania, pensó con admiración. Si un alemán descubre que uno ha sido doctor, aunque más no sea en alguna encarnación anterior, ya nada podrá obligarlo (excepto el gobierno, claro) a silenciar ese título. Irónicamente, intentó recordarle que eso pertenecía a su protohistoria, a su período de batracio, pero el otro negaba con rápidos movimientos negativos de su dedo índice, como un metrónomo que está marcando un allegro vivace. Para Schnitzler, era como si tratara de sugerir la inexistencia de una mano porque está enguantada. Era inútil. Lo sabía por larga experiencia.

Sí, como le decía, siempre le había interesado su evolución.

—Muy curiosa, doctor, muy curiosa!

Y lo estudiaba con la astuta sonrisa de un pájaro que perteneciera a una masonería, se decía Sabato. Su expresión significaba "a mí no se me engaña", mientras Sabato se preguntaba, con creciente alarma, a qué engaño se estaba queriendo referir.

Pero mucho más curioso le resultó al leer HÉROES Y TUMBAS. Esperaba su comentario: Para qué? Por qué?

Se mantuvieron durante un segundo en silencio absoluto, un segundo que le pareció inquietante. De pronto tuvo la intuición de lo que aquel hombre pensaba, pero se cuidó de declararlo. Por el contrario, esperó su comentario como si con total ingenuidad se preguntase qué podía haber encontrado Schnitzler de "muy curioso". Sus palabras llegaron con seca precisión. Y, aunque esperadas ya, le produjeron un escalofrío:

—Los Ciegos, doctor.

Lo dijo mirándolo a los ojos.

Por qué diablos había accedido a verlo? Y para colmo en su propio departamento. Concluyó: porque le tenía miedo, por algo que sutilmente emanaba de sus cartas. Qué se proponía con aquella insistencia en verlo? De cualquier manera había sido preferible enfrentar el peligro, sondear los escollos invisibles, medirlos, levantar la cartografía. Fue una indagación vertiginosa, mientras el otro mantenía sus ojitos sobre sus ojos. Tuvo una repentina iluminación sobre aquella mujer de la bandeja. Por qué no se mostraba?

—Pero usted es casado, no, doctor Schnitzler?

Durante mucho tiempo después de esa primera entrevista se preguntó qué quiso significar con aquel "pero". El profesor se puso serio, pareció calcular la posición del enemigo. Luego respondió con un murmullo afirmativo, controlando las reacciones del otro.

Con seguridad, el "pero" lo puso en guardia, ya que no había habido ninguna frase de ninguno de los dos que lo justificase. Eso le habría revelado (pensó Sabato) que mi mente trabaja en dos planos: el superficial del diálogo y otro más profundo y secreto. Y como un caballo sensible se detiene erizado en un pajonal cuando intuye la presencia de algo extraño por ahí, invisible, Schnitzler se sobresaltó, hasta el punto de no poder mantener la permanente sonrisa con que ocultaba sus intenciones.

—Sí, soy casado —dijo como disculpándose.

Y en seguida volvió la sonrisa, mientras buscaba en la biblioteca el libro de un profesor de Oxford.

Ahí tenía: el problema de la mano derecha, esto y aquello.

Sabato asentía mecánicamente, pero su cerebro seguía pensando con rapidez: el departamento era una miniatura, allí no podía vivir más que el hombre con su mujer, ciertas citas revelaban que odiaba a las mujeres o que, en el mejor de los casos, las desdeñaba con ironía satánica. Lo que no alcanzaba a esclarecer por qué se sentía alarmado por el aplauso de Schnitzler, ya que confirmaba con varios libros ideas de HOMBRES Y ENGRANAJES sobre la civilización abstracta, aunque llegase a extremos que él no compartía. De todos modos, su instinto le advertía que más bien estaba ante un enemigo que ante un aliado.

—Usted lo ha dicho, doctor —repetía alegremente—, no lo olvide!

De pie, con el índice señalándose su cabeza de pájaro, como un histriónico profesor de idiomas que va señalando cada parte de su cuerpo mientras dice la correspondiente palabra: La cabeza, eh.

Una civilización racionalista y masculina.

La mano derecha

El orden abstracto, las normas

El derecho (significativa palabra, mi querido doctor Sabato!)

La objetividad

Etcétera, etcétera, etcétera.

En su entusiasmo parecía haber olvidado el café. Entusiasmo? Olvido? Tomó un poco de café frío y con un tratado alemán en la mano enumeró lo que había sido reprimido por esta civilización masculina: lo vital, lo inconciente, lo ilógico, lo paralogico, lo perilogico, lo subjetivo.

Tomó entonces otro traguito de café y por encima de la taza brillaban sus ojitos de ratón nervioso y al parecer regocijado, observándolo.

Sabato reflexionaba a marchas forzadas. Por qué se alarmaba? No estaba repitiendo lo mismo que él había escrito en dos libros? Parecía una broma filosófica, y no obstante su temor aumentaba.

El hermano risueño de Hesse, quizá más siniestro por su risita aguda, lo había tomado ahora del saco con gesto de sastre y le preguntaba como a un alumno en el examen: cuál es el lado derecho de un género? El que vale, no? El otro es el que debe ocultarse.

Con manifiesta satisfacción enumeró calamidades: lo siniestro tiene que ver con la desgracia, con la perversidad, con lo funesto e injusto. Todo femenino. Se jura con la mano derecha, se hacen cuernos con la izquierda.

—Cuernos? —preguntó Sabato, para ganar tiempo.

—Por supuesto, por supuesto. En cuanto al cristianismo, es una religión solar y masculina que ve en la izquierda algo demoníaco.

Concluyó que ese hombrecillo quería salvarlo o era un agente de la Secta que buscaba la forma de impedir que siguiera investigando.

Inesperadamente, aun para él, se encontró preguntando si la persona del café era su señora. Y apenas hecha la pregunta, se asustó del paso que acababa de dar.

Pero ya era tarde. Creyó notar un casi imperceptible endurecimiento en la expresión de aquel hombre, pero en un segundo recobró su sonrisa estereotipada:

—Sí, sí, eso es —respondió como si se tratara de un secreto algo cómico, derivando la voz hacia su risita—. Pero es muy tímida.

Miente, pensó Sabato.

—Pobres mujeres! —exclamó el profesor, apartándose de toda consideración personal.

Se rió, pero era evidente que sentía una auténtica repugnancia.

—Qué multiplicación de castigos idiomáticos! Desde el sánscrito, caramba. Rectus, regula, corrigere, recht, right, ortodoxia. Ji, ji, ji!

Se entreabrió la puerta y volvió a aparecer la bandeja con más café.

Estaba mareado. Tomó el café lo más pronto posible, adujo que estaba en retardo y se escapó. Schnitzler lo despidió en el ascensor.

Sus ojitos de ratón volteriano indicaban un enorme regocijo.

Por qué? Por qué? se preguntó ya en la calle.

Subió al piso de la Beba.

—Dame un whisky —dijo, apenas entró.

La Beba lo miró con ojos inquisitoriales.

—Qué te pasa.

—Nada. Sólo tengo ganas de tomar un whisky. Estoy cansado, muy cansado.

—Creí que era Quique.

—Por qué?

—Tiene que venir.

Sabato se levantó para irse.

—No seas ridículo. Recostate en el sofá, ahí atrás, si estás tan cansado. Nadie te va a molestar. Viene con el profesor Gandulfo. Y precisamente necesitaría tu opinión.

—Gandulfo?

—Un tipo que descubrió Quique.

—Eso es demasiado, termino el whisky y me voy.

—Te digo que te podés tirar aquí atrás. No tenés por qué hablar con Quique. Me interesa mucho que me des tu opinión.

Sabato se resignó.

—Lo que quiero saber es si alguna vez oíste hablar de un tal Schnitzler.

—Fuera de leer algunos de sus cuentos, no. Nunca me lo presentaron.

—No estoy para chistes, Beba. No hablo de ése. Hablo de un alemán que vive en Buenos Aires, aquí no más.

No, Beba no tenía la menor idea. Y Schneider, nunca lo había mencionado? Vamos, hombre, hacía años que no veía a ese embrollón internacional. Sabato la miró con cansada ironía: "embrollón internacional". Qué, qué pasaba? Nada, nada. Y el Nene Costa?

—Qué.

Qué hacía, dónde andaba.

—Qué sé yo. En su quinta de Maschwitz, desde que pudo volver.

Desde que pudo volver?

Pero, claro, sonso: desde que el marido de la gorda Villanueva le perdonó la vida. A menos, claro, que en este lapso hubiese deshecho otro matrimonio, y estuviese en Caracas o Londres.

—Así que la quinta de Maschwitz —se dijo para sí Sabato, pensativamente.

—Qué decís?

—Nada.

Entonces llegó Quique con un hombrecito de un metro y medio, con una cara de bebé bien alimentado, coloradito y sano, con anteojos de oro, vivaz. Una especie de angelito medio pelotudo pero buena gente. Gente dispuesta a ayudar siempre.

EXPOSICIÓN DEL DOCTOR ALBERTO J. GANDULFO

—Diga, Profesor, diga —lo incitó Quique—. Nous sommes tout oreilles.

S. se retiró al otro extremo de la sala, malhumorado.

—En una época remotísima la humanidad vivía en la esfera celestial. Constituía una inmensa familia que rodeaba al Divino Padre. No tenían cuerpo, era una comunidad de ángeles. Estos ángeles estaban dirigidos por una jerarquía espiritual denominada Satanás, una jerarquía de gran poder. Como puede tenerlo un general en tiempo de guerra. La ambición del poder, sin embargo, es lo que pierde a los seres, de cualquier naturaleza que sean. Y no por ser espiritual se carece de ambición. Así que la ambición comenzó a perturbar la conciencia de Satanás, que llegó a considerarse omnipotente como el Divino Padre, cuando en realidad carecía de la facultad creadora. Y comenzó a trabajar astutamente para rebelar la organización a su cargo, prometiendo jerarquías y poder.

—Como un militar ambicioso de cualquier paisucho, no, Profesor?

—Ni más ni menos. Debo decir que no todos los ángeles dependían de Satanás. Pero los que dependían de él eran los más ambiciosos, o sea espiritualmente los menos puros.

—Pero, perdóneme, Profesor. Supongo que el Divino Padre no podía ignorar el complot. Digo, por su omnisciencia.

—Claro que no. Lo conocía, lo seguía. Y lejos de impedirlo, dejaba que esa idea arraigara y fermentara. La libertad de pensar y de obrar, instituida por el Divino Padre, es tan sagrada como el propio Creador. Dios no ha querido encadenar nuestra mente y nuestra voluntad de poder, porque habría sido privarnos de libertad para el desarrollo de la conciencia, que es lo que nos hace progresar en el

orden espiritual. Conocía, pues, el plan de los revoltosos, pero se adelantó a los acontecimientos provocando la división del infinito en cielo y tierra.

—Tiens! Con qué objeto, mi estimado Profesor?

—Ya verán. Los cielos fueron divididos en regiones para colocar las diferentes familias anímicas, según su calidad espiritual. La tierra era destinada a los seres egoístas. En la realización de esta idea, el Creador utilizaba a sus jerarquías. Entre ellos al propio Satanás o Jehová.

—Jehová!

—Sí. Es el nombre con el que después se hizo famoso por las Escrituras. Estas jerarquías eran verdaderos dioses. Elohim, en hebreo, que en castellano se ha traducido equivocadamente por Dios, en singular.

—Una aclaración, Profesor —dijo Beba.

—Cómo no.

—Usted ha dicho que Satanás y Jehová son el mismo ser.

—Sin duda. Debo decirles que es necesario develar un secreto fundamental. El Antiguo Testamento no es la palabra divina, como sostienen casi todas las doctrinas religiosas, incluso la católica. Hay tan sólo una parte de verdad, que se refiere a las etapas de la Creación. El resto es obra de Satanás, que la impuso a los patriarcas semitas bajo su dominio, y que hacían de portavoces de sus pensamientos y de sus actos bajo la apariencia de Supremo Creador.

—Un déguisé! Diabólico. Flagelante.

—Usted lo ha dicho. Una audacia que singulariza a esa entidad poderosa e invisible. La de fingirse el Dios Verdadero y hacer que éste aparezca en su lugar, como entidad satánica.

Su voz era un poco chillona y didáctica: maestro de escuela que en lugar de explicar el mecanismo de la división está explicando una aterradora confabulación. Su tono era imparcial y tranquilo. No parecía estar demostrando que el Demonio gobierna el mundo sino el teorema de pitágoras en un aula soleada y limpia, mientras se espera el timbre del recreo.

—Este juego le ha sido posible a Satanás a partir del instante en que fue arrojado de la región celestial para convertirse en Dios de la Tierra. Tierra que viene gobernando por medio de nuestras pasiones, de nuestro egoísmo y de nuestra ignorancia. Ahora verán lo que sucedió con la ganadería.

—Con qué, doctor? —preguntó Beba.

—Con la ganadería. Abel representaba el ángel custodio de la ganadería, así como Caín lo era de la agricultura. Jehová, es decir Satanás, inspiró a Caín el asesinato de su hermano. Con qué objeto, se preguntarán ustedes.

—Efectivamente, Profesor.

—Muy sencillo. Eliminada la custodia del ganado, éste sería fácil víctima de la matanza para consumo del hombre. Con ese acto se anulaba la alimentación vegetal, instituida por el Divino Padre, sustituyéndola por los productos de la matanza.

—Notable. De modo que Caín viene a ser el protocarnicero. Sin él no existiría el negocio de las carnicerías —acotó Quique.

—Claro que no. El cambio tenía por objeto neutralizar el Plan Divino, porque la alimentación vegetariana es conservadora de la salud y además favorece la espiritualización de la humanidad. La alimentación animal o cadavérica acarrea enfermedades, acorta la vida, embrutece la conciencia, embota los sentidos, fomenta las pasiones, acrecienta el egoísmo. Además de constituir un producto inmoral, ya que todo lo que atenta contra la vida de un ser es una inmoralidad, un crimen. A esta situación se llega con el régimen cárneo, y es lo que mantiene a la humanidad en el más completo oscurantismo, impidiendo que pueda vislumbrar la verdad y elevarse espiritualmente.

—Interesante teoría, Profesor.

—No es una teoría, es un hecho demostrado. Otra cosa: Noé y el Diluvio. Miren cómo todo confirma lo anterior. Como Satanás era incapaz de crear seres humanos o animales, apartó a Noé, sus descendientes y sus respectivas proles de todas las especies un cierto número para la reproducción. Cuánta ingenuidad hay en los hombres cuando atribuyen una obra tan monstruosa, criminal y grosera al Divino Padre! Claro, Satanás no tenía el más mínimo interés en salvar las especies vegetales. Pero la Tierra, que estaba saturada de simientes desde la Creación, hizo que el reino vegetal reapareciese en virtud de su esencia espiritual.

—Buen chasco para Satanás.

—Por supuesto. Lo que demuestra, de paso, qué propenso es a cometer errores. Pero, volviendo a lo que les estaba diciendo, tanto el hundimiento de la Atlántida como la destrucción de Sodoma y Gomorra, como el asesinato de Abel, como los males que desde entonces se desparramaron por la faz de la Tierra, son obra de Satanás. El Padre Celestial, que es la esencia de la bondad, no fue nunca ni puede ser un ente sanguinario y cruel, que pueda destruir con tanta ferocidad lo que creó con tanto amor. Doctos e ignaros, que atribuyen a Dios estos hechos horribles viven engañados por Satanás.

Tenía algo de grotesca marioneta, daba la sensación de ser el muñeco que alguien maneja desde más arriba (pero quién y desde dónde?). O como el muñeco de un ventrílocuo que parece decir lo que Otro está hablando con inmóvil e impávido rostro. Había en él algo de artificioso o irreal. Y sin embargo se sentía que su mensaje era real, aunque ambiguo; temible, aunque divertido.

—Muy interesante, Profesor. Pero, cómo sabemos que efectivamente es Satanás y no el Divino Padre el autor de estas fechorías? No podría explicarse todo este desbarajuste, también, con un Padre sanguinario? —preguntó Beba.

—No, porque el Divino Padre es perfecto, y la perfección supone el bien. Pero hay otra prueba impresionante. El relato asirio del Diluvio. Coincide punto por punto con el relato judío, pero muestra que es el espíritu de mal el que gobierna la Tierra.

—De modo que los judíos ya empezaron a mentir desde el Diluvio. Ya empezaron con el periodismo malintencionado. Flagelante! —comentó Quique.

—Sin duda, señor. Después del Diluvio, Noé y los suyos sirvieron para la multiplicación de la especie. La consanguinidad fue inevitable y ya pueden ustedes imaginar si esas subrazas podrían ser comparables a aquellos admirables atlantes. De una de estas subrazas, Satanás separó a una y le exacerbó sus pasiones y su egoísmo para manejarla a su antojo.

—Los judíos.

—Eso es. Y eligió a uno de los representantes de esa raza como portavoz terrenal. Jehová le dice a Abraham: haré de tu nación una nación grande, deslumbrándolo de ese modo y ganándose su voluntad.

—No lo tome a mal, Profesor, pero desearía saber si usted es antisemita.

—Nada de eso, señor. Digamos en honor de esa raza que fue engañada por el demonio y que ese engaño sirvió para establecer el vínculo entre Israel y Satanás, vínculo que se ha conservado a través de los siglos por medio del pacto de la circuncisión, de la liturgia y de otros mandatos luciferinos, como la pascua por los sucesos de Egipto.

—Los sucesos de Egipto, Profesor?

—Por supuesto, sucesos evidentemente satánicos. Ya antes vimos cómo el Demonio cometió monstruosidades como el Diluvio, el hundimiento de los atlantes, la destrucción de ciudades enteras por el fuego. Para no hablar de los incestos y de los repugnantes crímenes de los sodomitas. Pero todo eso es nada al lado de las plagas que mandó sobre Egipto: ranas y piojos, granizo y langosta, moscas y pestes en el ganado. Qué les parece? Ahora fíjense lo que pasa con Cristo. Cristo era una de las jerarquías espirituales que asistían al Divino Padre. Los medios de que se valió Satanás para convertir al pueblo hebreo en su esclavo (a cambio de riqueza y protección) determinó al Padre Celestial a enviar a Cristo a la Tierra, corporizado en Jesús (de ahí el nombre de Jesús-Cristo) para emancipar a aquel pueblo de ese terrible tutelaje, si bien los beneficios de la misión se extenderían al resto de la humanidad. Para despertar la conciencia por obra del Mesías. De no ser así habríamos permanecido en la más completa ignorancia e ignorado el dominio satánico, confundiéndolo con el de la Divinidad. Advirtiéndolo la maniobra, Satanás trató en primer término de sobornar al Hijo de Dios, ofreciéndole los reinos del

mundo y su gloria, tal como ya había sobornado con engaños al pueblo judío. Pero como Cristo rechazara el ofrecimiento con repugnancia, Satanás se propuso desbaratar la misión por los medios más inicuos. La prédica de Cristo abrió profundos surcos en el pueblo hebreo, y esa saludable reacción constituyó el más grave peligro para el dominio de Satanás. Fue entonces cuando el Dios de la Tierra dividió la opinión de los hombres e hizo que se acusara a Cristo de hereje, eligiendo a Judas para que lo entregase. El vil metal fue el medio de que se valió para corromper la conciencia de este discípulo, tal como el vil metal ha sido el corruptor de todos los tiempos y tal como la propia Iglesia ha desvirtuado su propia misión al supeditar al dinero los oficios religiosos. Pero vuelvo a la misión de Cristo. En realidad esa misión estaba dirigida especialmente a despertar al pueblo judío, pues era el que estaba más esclavizado a la influencia satánica, aunque fuera sin saberlo. Tal como todavía lo sigue estando. Por eso Cristo encarnó en el cuerpo de un judío, para influir como Espíritu de la Raza y provocar la reacción que tan ardientemente deseaba de ese pueblo contra el engaño.

—Pero, permítame. Profesor. Cómo el Padre Celestial no pudo prever que esa misión iba a fracasar? No sabía acaso que el pueblo judío iba a persistir en su error?

—Sí, claro que sí. Pero fue un fracaso parcial, porque la Verdad prendió en buena parte del pueblo elegido, y en la humanidad entera. En cuanto al resto, el pueblo hebreo que sigue creyendo en Jehová, sigue la misma trayectoria hasta hoy, bajo la sugerencia satánica.

No gritaba, pero S. no acertaba a comprender por qué le parecía que chillaba. Más bien era una voz penetrante: como uno de esos taladros que usan los ladrones nocturnos de cajas fuertes.

—No le parece, Profesor, que para ser una raza elegida y protegida por el Dios de la Tierra le ha ido bastante mal? Campos de concentración, etc.

—Ahí está: es precisamente porque ese pueblo no ha cumplido fielmente con su religión, es decir con los pactos, que Satanás decidió castigarlos con inquisiciones, degüellos, campos de concentración. Más de una vez ustedes habrán oído decir que Hitler fue un enviado de Satán, un Anticristo. Cuánta verdad inconciente hay en esas afirmaciones!

—Nos ha convencido, Profesor. Qué otras pruebas hay de la esclavitud judía a Satanás? —preguntó Beba.

—Muchas, muchas. Recuerden aquel pasaje en que Saulo reproduce las palabras de Cristo, convertido desde entonces en el Apóstol Pablo, para que predicase el evangelio entre judíos y gentiles: "Para que abras sus ojos, para que conviertas de las tinieblas a la luz, de la potestad de Satán a la de Dios". Y también aquellas palabras del Cristo en el Evangelio de San Juan, cuando les dice a los judíos: "De

vuestro padre el Diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir". Más claro, imposible. Y ya lo dijo Satanás a Cristo: "Todo esto te daré si postrado me adorares". Que es lo que sin saberlo hacen los judíos. Adorar a Satanás, pues toda su liturgia está destinada a pedir riquezas materiales y la remisión de sus pecados cotidianos. El Divino Padre no es otorgador de bienes materiales. Y esto es lo que deberían tener presente los creyentes de cualquier religión, incluso los católicos: cuando pedimos riquezas o maldades es Satanás quien recibe nuestras peticiones, y es él quien las otorga a los que tienen afinidad con el mal, y así actúan como instrumentos de sus perversos designios. Los principales instrumentos de que se vale Satanás para ejercer su potestad son: primero, la ciencia médica...

—La ciencia médica?

—Sí, la ciencia médica. Segundo, el clero. Tercero el catolicismo. Cuarto, el judaísmo.

—Nos explica, Profesor, eso de la ciencia médica?

—Con todo gusto. El daño que ha hecho Satanás por medio de los médicos es tal vez el más grande de todos. Ni las guerras, ni las pestes, ni los crímenes ni los terremotos mandados por Jehová superan al monstruoso exterminio llevado a cabo por la medicina mediante el consumo de carne. Con esto ha embrutecido la conciencia individual y ha multiplicado las enfermedades.

—Pero, perdone Profesor, por qué Satanás quiere mantenernos enfermos, si somos sus aliados? No seríamos más útiles como sanos? Un ejército de raquíticos o rengos no es el mejor ejército del mundo.

—Verá, señor. De ningún modo conviene a Satanás que estemos sanos, porque la salud física es también salud espiritual. Y porque únicamente si somos sanos estamos en condiciones de vislumbrar la verdad. Al comer los cadáveres de nuestros hermanos inferiores no sólo cometemos una especie de antropofagia, puesto que son nuestros hermanos, sino que nos embrutecemos y nos volvemos más propensos al pecado, como se comprueba con la corrupción sexual, que es infinitamente mayor entre los consumidores de carne. Pero volviendo al crimen que cometemos con los animales, tengo experiencias muy interesantes. Los animales son como los niños, aprenden por medio del lenguaje humano y de la disciplina educativa. Las pruebas experimentales que he venido realizando me han dado espléndidos resultados y he podido comprobar que todos los animales sin excepción se elevan y se identifican con el hombre tan pronto como son sometidos a esa disciplina. Y para esa educación no debe emplearse más que el lenguaje humano, al cual responden de una manera que no puede calificarse sino de admirable. Canes, pájaros, gatos, palomas, gallinas se identifican con el que los educa.

—Algún idioma en especial, Profesor? —preguntó Quique.

—No, cualquiera. Cualquier idioma. Con tal que se les hable con precisión y paciencia.

—Digo, porque el alemán o el ruso deben de resultar más difíciles que el castellano. Sobre todo para una gallina, disons.

—Nada de eso, señor. Es admirable, le digo que es admirable cómo es capaz de responder un can o una gallina.

—Entonces no se presentan problemas con las declinaciones del alemán o del ruso? Le insisto, Profesor, no porque ponga en duda sus notables investigaciones sino porque yo mismo, cuando mi madre me obligaba a aprender el alemán, tenía muchos problemas con el acusativo o el dativo. Y del ruso, por lo que me han dicho, n'en parlons pas.

—Ninguna clase de problemas, señor. Es cuestión de paciencia, de aplicarse con cariño y tenacidad. Los que utilizan silbidos, interjecciones y sonidos guturales porque creen que los animales no les entenderían un lenguaje correcto cometen un grave error. Aparte de que tenemos el deber de elevar a nuestros hermanos inferiores mediante nuestro más elevado instrumento, que es el lenguaje. Usted educaría a sus niños con interjecciones y silbidos?

—No.

—Ya ve. Lo mismo con los hermanos inferiores. El reino animal constituye un arcano profundo velado por el Divino Creador. Y nosotros presentimos que este reino es tan sagrado que inmolar a los seres que lo componen es un crimen, una inmoralidad, un monstruoso acto, un atentado contra la ley natural de la convivencia terrestre y su finalidad evolutiva. Qué pensaríamos de un monstruo que se comiese a los niños que no pueden todavía hablar? Agregaré que mientras la carne embota la conciencia, como ya les expliqué, los vegetales la sensibilizan.

—Alguna verdura en especial, Profesor? Le digo porque yo soy muy afecto a la lechuga.

—A la lechuga? Excelente, señor. Pero no hay excepciones, cualquier clase de vegetales: lechugas, claro está, pero también espinacas, rabanitos, zanahorias. Todo es bueno para sensibilizar nuestras conciencias. Observe a los animales herbívoros, como el caballo o la vaca: son mansos por naturaleza.

—Los toros también, Profesor? Digo, por eso de las corridas.

—Por supuesto, también los toros. Sólo por esa clase de salvajismo un animal noble y pacífico puede ser llevado a esas atrocidades. Deberíamos avergonzarnos de que la raza humana pueda llegar a esos extremos de crueldad y de salvajismo. No son los toros los malos, créame, sino los españoles que asisten y fomentan esos crímenes. Le repito, todos los animales herbívoros son pacíficos. Compare un caballo con un tigre o con un buitre. La carne pervierte los sentidos y hace agresivos a los seres que la consumen.

—De modo que las guerras y los asesinatos son consecuencia del consumo de carne.

—No le quepa la menor duda, señora. Y no sólo nos hace insensibles al sufrimiento ajeno sino que nos encadena aún más al mundo físico. Y éste es el objetivo del plan satánico: impedirnos que conozcamos la Verdad, evitar así nuestra emancipación.

—De modo que la ciencia médica, Profesor...

—Podría hablarles durante días enteros de los horrendos crímenes cometidos por esa pretendida ciencia médica basada en el consumo de carne, en la idea de los microbios y los sueros. En uno de los pasajes del Antiguo Testamento se nos refiere que Jehová, es decir Satanás, creó las plagas de piojos, moscas y langostas para castigar al Egipto. Jesucristo, el Maestro de los Maestros, curaba las enfermedades expulsando del cuerpo del enfermo el espíritu inmundo, es decir los demonios, que son los verdaderos responsables de las enfermedades. Todas esas monstruosidades que los médicos llaman bacterias no son otra cosa que creaciones, que manifestaciones de Satanás. Y sólo son atacados por los microbios aquellos que viven al margen de la Ley Divina. De modo que la ciencia médica no cura y sólo se presta al juego satánico, creando y fomentando enfermedades.

—Así que si alguien es mordido por un perro rabioso no debe correr al Instituto Pasteur sino que debe buscarse a uno que le expulse los demonios?

—Exactamente.

—Y si no encuentra a uno que pueda hacerlo? O si no hay tiempo?

—Será una desgracia, pero es lo único que puede hacerse. Pasemos ahora al segundo instrumento a que me referí: el clero. Es el puntal más fuerte en que descansa el poderío de Satanás, a causa de la influencia que mantiene sobre una parte de la humanidad.

—Claro, como quien confía en la policía y luego resulta que está de acuerdo con los ladrones. Chesterton. Drôle de police!

—Ni más ni menos, señor. Basta una sola prueba: todo lo hacen por dinero. Desde un bautismo hasta una extremaunción. Y el dinero es el instrumento típico del demonio. Caramba, las ocho y media! Abreviaré. Los católicos. La conducta de la mayoría de los católicos demuestra la negación absoluta de su doctrina. Curas y católicos desvirtúan la religión por medio de sus pasiones y de su egoísmo. Unos y otros están ávidos de riqueza material y no retroceden ante ningún medio para obtenerla. En cuanto a los judíos, ya dije lo fundamental. Los semitas están unidos a Satanás, que ellos llaman Jehová, mediante el pacto de la circuncisión. Como en todo pacto diabólico no podía faltar la sangre. Pero debo abreviar, lamentablemente, ya que podría decir aún cosas de suma importancia. La lucha actual es una lucha satánica contra la Divinidad, una lucha cruel y despiadada tendiente a satanizar el mundo. Y la tierra se convertiría así en un trampolín para la

disputa del poder universal. El ateísmo es el primer paso para la satanización del mundo. Por desgracia, el triunfo del satanismo equivaldría a nuestra eterna perdición, condenados entonces a subsistir en este infierno por medio de reencarnaciones.

—Que Dieu nous préserve!

—Adiós, señora. Adiós, señor. En otra ocasión más propicia seguiremos hablando de este tema que debería preocuparnos a todos.

Con pasitos saltarines, el doctor Gandulfo salió del departamento.

—Reencarnaciones! —exclamó Quique, elevando los brazos al cielo—. Lindo porvenir. Tal como nos comportamos, imagínate, un escalafón al revés de los militares: empezás como mariscal y en una de esas trabajás de perro de una coronela. Y con la burocracia que debe de haber. Un tipo muere, le parece oír que pasa a la categoría de berberisco, se pone en la cola, espera dos o tres siglos, cuando llega al mostrador consultan los libros, revuelven todo. Total, que el sujeto se equivocó, oyó mal, tenía que haber ido a la cola de los berberechos. Bueno, Bebuchka, yo también me voy. Este profesor me ha llenado de preocupaciones. Por de pronto voy a comer mi porción diaria de lechuga. Es sagrada, no la dejaría por nada del mundo. Y vos dejá de una vez ese whiskacho o vas a descender a la categoría de berberecho.

Inclinándose en la dirección de Sabato dijo "Maestro" y se fue.

—Payaso!

—Es un buenísimo tipo, un amigo de Mabel.

—No me refiero a ese pobre hombre.

Se levantó, miró distraídamente algunos libros en la biblioteca.

—Pobre infeliz. Como si el autor de EL MATRIMONIO PERFECTO tratara de explicar a las amas de casa con frigidez los inventos sexuales de Sade. Y ustedes pasándose de vivos. Riéndose. El diablo puede quedarse tranquilo. Juega con la verdad. Hace reír con pobres diablos como éste.

—Me vas a decir que el Dr. Gandulfo está anunciando una verdad teológica.

—Por supuesto, estúpida! Ustedes se ríen de las lechuguitas, pero en lo esencial está en lo cierto. Recordás lo que decía Fernando?

—Fernando Cánepa?

Sabato la miró con severidad.

—Te hablo de Fernando Vidal Olmos.

Beba levantó los brazos y dirigió sus ojitos al cielo, con divertido asombro.

—Lo único que faltaba. Que cites a tus propios personajes!

—No veo por qué no. Dios fue derrotado antes del comienzo de los tiempos por el Príncipe de las Tinieblas, es decir, por lo que luego sería el Príncipe de las Tinieblas. Te estoy hablando con mayúscula, te lo advierto.

—No hay necesidad, te conozco. Pero no es exactamente lo que estaba predicando el profesor Gandulfo.

—Dejame ahora tranquilo con ese infeliz. Hay varias posibilidades, comprenderás. Una vez derrotado Dios, Satanás hace circular la versión de que el derrotado es el Diablo. Y así termina de desprestigiarlo, como responsable de este mundo espantoso. Las teodiceas que luego inventan esos teólogos desesperados son acrobacias para demostrar lo imposible: que un Dios bueno pueda permitir que haya campos de concentración donde muera gente como Edith Stein, niños mutilados en Vietnam, inocentes convertidos en monstruos por la bomba de Hiroshima. Todo eso es un siniestro macaneo. Lo cierto, lo indudable, es que el Mal domina la tierra. Claro, no todo el mundo puede ser engañado, siempre hay hombres que sospechan. Y así, durante dos mil años han enfrentado la tortura y la muerte por atreverse a decir la verdad. Fueron dispersados, aniquilados y atormentados y quemados por la Inquisición. Ya que el Demonio no se va andar con chicas. Y bastaría la existencia de esa Inquisición para probar quién gobierna el mundo. Pueblos enteros fueron aniquilados o dispersados. Recordá los albigenses. Desde la China hasta España, las religiones de estado (otras organizaciones del demonio) limpiaron el planeta de cualquier intento de revelación. Y puede decirse que casi lograron su objetivo.

—Por supuesto, *casí*. La excepción del profesor Alberto J. Gandulfo, por ejemplo.

—Seguí riéndote. Son pequeñas diabluras de Satanás. Hacer que un personaje ridículo exponga la verdad es una forma de condenar esa verdad al ridículo y por lo tanto a la inoperancia. A hombres como Gandulfo no sólo se les permite vivir: se los inspira para que hablen. Pero te sigo diciendo. Hay todavía otras fuentes de confusión aún más diabólicas. Algunas sectas que no pudieron ser aniquiladas, o que tal vez Satanás no las aniquiló ex profeso, se convirtieron a su vez en una nueva fuente de mentira. Pensá en los mahometanos. Según los gnósticos, el mundo sensible fue creado por un demonio llamado Jehová. Por largo tiempo, Dios deja que ese demonio obre libremente, pero al fin envía al Hijo para que temporariamente habite en el cuerpo de un judío. De ese modo se propone liberar al mundo de las falaces enseñanzas de Moisés, ese profeta de Jehová, es decir del demonio. De paso, recordá lo que Papini dice del Moisés de Miguel Ángel. Estaría Miguel Ángel en el secreto? Pero sigo el asunto: si se acepta que Jehová es el demonio, pero que con la llegada de Cristo ese demonio ha sido derrotado, enterrado en los infiernos (como piensan los mahometanos y otros gnósticos) lo único que se logra es fortificar la mistificación. Ahora, una doble mistificación. Seguimos teniendo un mundo espantoso, Hiroshima y los campos de concentración se han producido después de la venida de Cristo, comprendés? En otras palabras: cada vez que se debilita la mentira, esta clase de infelices la consolidan y el

Demonio reina tranquilo por algún milenio más, mientras el verdadero Dios está en los infiernos. Por eso permitió Satanás que los mahometanos se desarrollaran y levantaran semejante imperio. Hay que estar loco para suponer que basta con un fanático a caballo para dominar el mundo occidental durante varios siglos.

—Entonces?

La mirada de Beba era irónica.

—La conclusión de Fernando es inevitable. Sigue gobernando el Príncipe de las Tinieblas. Y ese gobierno se hace mediante la Secta de los Ciegos.

La conclusión le pareció tan clara que se habría echado a reír si no lo hubiese poseído el pavor.

—Y a vos?

Sabato la miró en silencio. Cuando llegó a su casa encontró la

TERCERA COMUNICACIÓN DE JORGE LEDESMA

Déme un plazo, no olvide que no sé bien el oficio, me desenvuelvo en un medio extraño y en completa soledad. Tengo poco tiempo para escribir, pero pienso mucho. Ahora vendo chorizos para el frigorífico TRES CRUCES. Pienso en Gogol, en curda, sentado en alguna mesa con las piernas colgando, diciendo qué triste es Rusia, mientras llora de risa con Puchkin, y después llora en serio. La Argentina, en cambio, es incomparable. En los momentos en que me dejan libre los chorizos, corro y anoto.

Al asunto. Me salió un animal grande y desconocido. Tendré que acortarle un poco el pescuezo y hacerlo menos increíble. Las patas son pesadas como las del Leviatán de Hobbes, y sin consuelo, como la obra de Schopenhauer.

Le explico el libro:

1° Pondré en claro que Dios no puede existir. Si existe, eso ya no es cosa nuestra.

2° Qué hacemos en la Tierra.

3° La razón metalúrgica y estratégica de la muerte. La razón religiosa no sólo ató al caballo detrás del carro sino que puso al hombre en lugar del caballo. Ahora sólo falta que el caballo se suba al carro. Hay que impedirlo enérgicamente.

4°, 5° y 6° Los porqués. Por qué somos líquidos. Por qué hay dos sexos. Por qué lo único que nos pertenece es lo que ya no tenemos: el pasado. Explicaré la angustia, el disconformismo, esta maldita insuficiencia. Schopenhauer lo vio a los 30 años. Bárbaro. Intelecto versus voluntad. Esta es la gran lucha del hombre, el avión

desprendiéndose del portaviones, el hombre en busca del ser. Dejará el tendal de locos, pulverizará la moral, romperá todo. El conocimiento de la Verdad es el acontecimiento de este siglo, no los viajes a la Luna, como piensan los giles. No sé por qué fui uno de los señalados. Podría haber sido un vago, meterle al escabio, escribir novelas de amor, tal vez ganar fama y gaita. Sin embargo, voy a cantar. Desde chico me destacué en el armado de rompecabezas. Inclinationes para el trabajo no tuve muchas. Pero cada vez que había que armar algo, desentrañar un lío, ahí estaba el infrascripto.

La Verdad ya estaba en el mundo, servidita pero desunida. Cada filósofo dijo una porción. Había que armarla, no agregar conocimientos. Por eso fracasaron los sabios actuales: cuanto más sabio, más oscuro y más mezcla ve. Yo tuve la desgraciada suerte de armar la Verdad porque no sé casi nada de nada. Y como no tengo profesores a quienes dejar mal, soy un completo irresponsable.

TODA ESA NOCHE SABATO MEDITÓ

y a la mañana, cuando empezó a clarear, había logrado vencer todos los temores que hasta ese momento lo habían detenido: buscaría a Schneider donde estuviese. Por de pronto tenía una pista: la quinta del Nene Costa.

Miró el almanaque: faltaban aún dos días para el domingo. Salió a la calle, el cielo era claro, el aire era seco. Cortó un papelito, lo levantó y lo dejó caer: el viento era del norte. Calculó que en dos días haría más calor pero que difícilmente se nublase ni hubiera lluvia. Un día de sol, en febrero: estarían todos en la pileta. La decisión lo tranquilizó y empezó a sentir una especie de fuerza que había perdido de tanto cavilar y mirar hacia atrás.

COSTA LO MIRABA

en aquella forma característica, con la cabeza medio inclinada hacia abajo y un costado, con su sonrisa de superficie que componía una capa externa de diplomática amabilidad, debajo de la cual, gracias al dominio de sus músculos

faciales, había una segunda capa, que apenas era perceptible, pero que sin embargo podía ser advertida por un observador que lo conociera a fondo, de irónica complacencia, de preguntas a sí mismo del género de "estará sobre la pista"? o "cómo puede ser tan candoroso"?, pensando, seguramente, en la ingenuidad que suponía llegarse hasta Maschwitz, en un convencional fin de semana con sol y pileta, para averiguar algo sobre Schneider. Preguntas que, por supuesto, eran suposiciones de Sabato y que, por lo tanto, podían o no ser verdaderamente reales; de modo que aquel acomodamiento de músculos en la segunda capa, que sin duda existía (porque debajo de la sonrisa mundana no podía haber sino sentimientos de ironía o hasta de resentimiento u odio), no necesariamente era producido por la presencia de Schneider en Buenos Aires, hipótesis que por el momento no pasaba de ser más que eso, una mera hipótesis; y que justamente S. trataba de confirmar husmeando en la quinta, hablando como estaba haciéndolo con ese individuo que detestaba, hasta tomando nota de sus negativas:

—Schneider?

Arrugaba la frente en aquella forma interrogativa que le era peculiar. Forma que no sólo usaba para preguntar o para escuchar algo que lo intrigaba sino también para hacer afirmaciones como "No me parece que Lenin haya sido un revolucionario". Afirmaciones que le creaban aquel halo de misteriosa sagacidad, porque las pronunciaba sin fundamentos, como algo tan evidente que no merecía discusión; pero que dichas con aquella manera casi interrogativa en sus arrugas parecían quitarle elegantemente tono autoritario o taxativo, quedando como propuestas para alguna discusión futura, que nunca luego se realizaba.

No, Schneider seguramente seguía en el Brasil, hacía años que no lo veía. Y en cuanto a Hedwig, la menor idea. Pero sin duda seguiría a su lado, es decir en alguna parte del Brasil.

ENTONCES, CHICAS

la chirusita autodenominada Elizabeth Lynch bajó de un coche sport en compañía de un ejecutivo pelo canoso, precipitándose en los brazos de Sergio Renán, que no sabía dónde meterse, pobre querido, con sus ojos soñadores. La persecución del papelito en la Tevé, no sé chicas si me explico. Ustedes ignoran quién es Elizabeth Lynch porque no leen con cuidado RADIOLANDIA, excelente revista del ambiente, en que gano unos mendrugos suplementarios, histoire de boucler le budget, qué tal

cómo anda la inflación y la falta de Fe en la Nación ya ni el Coco Anchorena puede redondearlo. Así que en cumplimiento de mis deberes profesionales debo estar atento a los Nuevos Valores, y así entrevisté a esta promisoría estrellita, que después de acostarse con distinguidos porteros, utileros y finalmente ayudantes de dirección ha comenzado a escalar los peldaños del éxito, convirtiéndose en una figura de interesante porvenir. Impulsado por un momento de locura, que de pronto puede acometer al mucano más alerta, la sometí a un severo interrogatorio que casi me cuesta el cargo en la difundida publicación, pues la starlette fue con el cuento de que yo la había querido dejar en ridículo. Pues mientras Nardiello la fotografiaba mostrando sus piernas en el barcito de su departamento y por fin frente a un estante en que pude distinguir unos tomos encuadernados del READER'S DIGEST, unas novelas de Corín Tellado, EL PADRINO y PREDICCIONES ASTROLÓGICAS PARA 1972. Porque, sabés, a mí me gusta bárbaramente leer, decía, y para serte franca mis dos pasiones son los libros y la buena música, y entonces yo le pregunté qué músicos la enloquecían, a lo que, of course, me respondió El Genio de Bonn, porque siempre van a lo seguro. Pero como yo le preguntara si no le gustaba también Palito Ortega, creyendo que la quería hacer caer en una trampa, firme como fierro la cachirula me contestó con un gracioso mohín que prefería la música seria, en la que además del mencionado Gigante de Bonn, y ante mi presión policial de tercer grado (que por eso fue la denuncia ante la Jerarquía) emitió los productos que verdaderamente la ponían en éxtasis, o sea los vales de Strauss y la música de Tchaicovsky. Pero como je tiens beaucoup á me peau, en cuanto Korn me recriminó mi mala fe, le dije que para probarle lo contrario estaba dispuesto a hacerle otro reportaje más elogioso, y así a los dos números le fabriqué una semblanza que bueno bueno, destacando su distinguida figura, que era una pena que no hubiera hecho la mannequin, que era digna de figurar en el ranking de la International Best-dressed List y que su silueta a go-go era ni que mandada hacer para modelo de Marc Bohan. Inútil decirles que cuando se trata de dinero y está en juego mi pitanza, me vuelvo tan cauteloso que hasta creo en lo que escribo, así que pensé seriamente, y hasta ahora lo pienso (no sea que Korn me llame de nuevo y esta vez de modo definitivo) que ese stronzo era un cañonazo digno de alternar con el establishment de la aristocracia romana. Porque al fin de cuentas, chicas, si lo mastican un poco, el mensaje de Carnaby Street terminó por imponer sus trouvailles a los sastres de Saville Road y de Sackville Street. Y si un cache británico puede resultar refrescante para la fashion inglesa, por qué una cachirula de Villa Lugano no puede tener idénticas virtudes atmosféricas para la haute porteña? No se puede ser tan sectario, qué embromar. Pero volvamos a la crónica de la interesante reunión. Mientras Elizabeth se precipitaba sobre Renán, llevándose por delante al Maestro Sabato, que acababa de

hacer una inesperadísima aparición, yo, que estaba junto al Nene, que estaba susurrando algo al oído de Cristina, como operación previa al desarme del matrimonio, les dije, a ver vivos, si son capaces de encontrar el verdadero nombre de la chirusa. El Nene Costa, cuyo talento literario se manifestó y agotó con aquel cuentito publicado en LA NACIÓN hace cien años, ya liquidado su talento creador por el esfuerzo, se dedicó el resto de su vida a hablar en reuniones y cocktails de Max Bill y de la Nueva Literatura, con lo que, aunque les parezca mentira, logra meter una cuña en los matrimonios más sólidos del ambiente, iniciándose al día siguiente los trámites del divorcio y la fuga del Nene a Caracas o a New York, a la espera de la Nueva Temporada y de la calma del tipo. Así que como susurraba algo al oído de Cristina y calculé que querría brillar ante la presa, le largué el kilo de bofe, sobre todo porque calculé que sería presionado por la Pampita, que se estaba mordiendo las uñas de bronca por el affaire auricular del Nene con la tarada de Cristina. De manera que, tal como era fácil de predecir, el Nene agarró viaje y comenzó el torneo para detectar el verdadero nombre de la chirusa, en la forma en que paso a detallar:

NENE

Rabinovich? Satanowski?

PAMPITA

Abramovich? Gorodinsky?

NENE

Kuligovsky? Sokolinsky?

PAMPITA

Serebrinsky? Sabludovich?

NENE

Mastronicola? Spampinato?

PAMPITA

Apicciafuoco? Gambastorta?

NENE

Sordelli? Cucuzzella?

PAMPITA

Lociácono? Capogrosso? Fammilacacca?

NENE

Norma Myrtha Cacopardo?

PAMPITA

Mafalda Patricia Pisciafreddo?

NENE

Bueno, dejémonos de tanteos absurdos y seamos sistemáticos. Tomemos como base la palabra Cazzo y consideremos todas las posibilidades. Trabajemos en serio de una vez. Vos siempre improvisando. Dale.

PAMPITA

Cazzolungo.

NENE

Qué obsesión, hija. Bueno, está bien: Cazzogrosso.

PAMPITA

No olvidemos los plurales: Cazzolunghi, Cazzogrossi.

NENE

No perdamos tiempo ahora con eso. Los plurales los sacamos luego de un golpe. Seguí.

PAMPITA

Colores. Es una veta bestial: Cazzobianco.

NENE

Su padre es el agenciero de lotería de la Avenida de Mayo y Lima, con salón de lustrar, llamado Humberto Argentino Cazzobianco, o Humberto A. Cazzobianco, o Tito Cazzobianco. Hay que dar oficios, viste, no hay que ser tan general. El oficio ayuda, da carácter.

PAMPITA

Cazzonero. Cazzobiondo, Cazzobruno. Qué más?

NENE

Gorda: tu estética naturalista siempre te malogra. Por qué tiene que ser negro, blanco o rubio? Aplicá el expresionismo, el surrealismo, caramba. Mirá qué resultado: Cazzogiallo.

PAMPITA

Colores de flores. Es delicado. Cazzofucsia.

NENE

Sí, pero no caigamos en el defecto inverso. Tanta sistematicidad. Asociación libre. Dale.

PAMPITA

Pigliacazzo, Capodicazzo, Cazzinbocca, Cazzinculo, Cazzincül (variante piamontesa o lombarda, vos que sabes más), Cazzolungo...

NENE

Ya lo dijiste antes, obsesiva.

PAMPITA

Cazzogelato, Cazzofreddo.

NENE

Esperá. Eso me da una idea excelente. Falsas etimologías, al pasar de un idioma a otro. Un miembro de la familia Cazzofreddo o Cazzofredi es llevado prisionero a Alemania durante la Guerra de los Cien Años, y se transforma en Katzfred, la paz del gato. No sé cuál podrá ser la paz de ese jodido cuadrúpedo, pero así es la cosa.

PAMPITA

Y si el tanito se llamaba Cazzo, solo? No podría ser Katz a secas?

NENE

En general, puede. Somos nosotros los que decidimos. Pero Katz es judío y no veo cómo el simple traslado de un tano a las selvas germánicas puede acarrearle la circuncisión. Más bien yo propondría Catzo, que resulta bastante exótico. En rigor, hay dos ramas de la familia, según la grafía. Uno de los descendientes de este prigionero llega a ser contador de los Fuccar, se hace muy rico, banquero, financia guerras, finalmente es ennoblecido: von Catzo.

PAMPITA

Otro de los miembros de la familia Catzo emigra o lo llevan a Rusia, a lo mejor Catalina lo nombra Consejero de Finanzas, aprovechando que además es un churro bárbaro. Qué pasa, vos que sos filólogo? Catzoff?

NENE

Tranquilo. Es una veta, hay mil posibilidades. Primero puede aparecer el patronímico Katzov.

PAMPITA

Con v o con dos f?

NENE

Minorata mentale, como diría Quique...

QUIQUE

A mí no me metan, prego. Tengo la más alta consideración profesional y personal por la joven estrellita Elizabeth Lynch.

NENE

Los rusos tienen alfabeto cirílico. El fonema es el mismo. Digamos que en Occidente es conocido por la grafía Katzov, con v. Pero continuemos en orden. Una rama polaca podría dar Katzovsky.

CRISTINA

Che, eso parece judío.

PAMPITA (radiante)

Vos dedícate a la decoración, Cristina.

NENE (delicado, cortés, didáctico)

No, Cristina. Lo que pasa es que aquí cualquier apellido polaco parece judío, viste? Mirá los Zoltowski. Cualquier distraído lo toma al conde por un ruso de Junín y

Corrientes. Sigamos con el Cazzo eslavo. Un familiar de los Katzovsky se vuelve de Polonia a Rusia y tiene actuación en el movimiento revolucionario: Vladimir Ilitch Katzovsky, más conocido por Lalin.

CRISTINA

Che, pero eso parece un jugador de fútbol.

NENE

Exacto, un descendiente. Pero estamos hablando del Lalin bolche, conocido en Francia por Laline. Pregunta: cómo se llama la mujer de este moscovita?

CRISTINA

Señora Lalin.

NENE

Niet.

CRISTINA

Señora Katzovsky.

NENE

Niet.

PAMPITA (suficiente)

Pero no, mujer. Señora Katzovskaia.

NENE

Con seguridad. Debe mencionarse también a cierto Anatole Fedorovitch Katzorenko, ucraniano, escritor costumbrista, que sin duda proviene del mismo tronco italiano que es objeto de esta investigación. Algunas curiosidades al pasar: Macha Alexandrovna Katzov. Qué es?

PAMPITA

Personaje de novela rusa. No, esperá: personaje de Chejov.

NENE

Correcto, como dicen los ejecutivos argentinos y los tipos de la tv. Una rama emigra a la región georgiana y da origen a la notable familia Karakatzov. Título para novela rusa: LOS HERMANOS KARAKATZOV.

PAMPITA

Bueno, basta, no seas tragón. Te quedás con los bolches porque estuviste dos años en la embajada y porque te gusta jugar solo. Volvamos a los tanos, que ahí te la doy. Cazzobruto. Más grotesco: Cazzobrutone. Más cariñoso: Cazzobrutino.

CRISTINA

Cazzocarino.

NENE (agradablemente sorprendido)

Pero muy bien, Cristina.

PAMPITA

Temible: Cazzovicino. Nostálgico, se fue a las Cruzadas, se vino a Alaska, algo por el estilo: Cazzolontano. Apetitoso: Cazzocaldo.

NENE

Joda o no, cómo se ven tus obsesiones.

PAMPITA

No seas pesado, Nene. Te digo. Artístico: Bellcazzo. Cortés: Cazzoperté. Ofensivo: Cazzopernona. Masoquista: Cazzopermé. Posesivo: Cazzomeo.

NENE

No olvidar los diminutivos, tan italiano. Cazzone, Cazzonello, Cazzonetto, Cazzonino. Sin olvidar, claro está, los plurales: Cazzoni, Cazzonelli.

CRISTINA

Y adagios? A Dios rogando y con el cazzo dando...

(Movimiento de admiración. El Nene Costa piensa que ese matrimonio quizá, finalmente, valga la pena. Pampita multiplica inmediatamente las invenciones)

PAMPITA

Más vale cazzo en mano que ciento volando.

Nunca digas de este cazzo no beberé.

No se ha de mentar el cazzo en casa del ahorcado.

Viene como cazzo al dedo.

Cazzo con guantes no caza ratones.

NENE

Bueno, basta, Pampita. Agotado ese filón. Propongo ahora citas eruditas: El Cazzo tiene la misma condición de la muerte, que así acomete los altos alcaceres de los reyes como las humildes chozas de los pastores. Otra, del Quijote: El mayor contrario que tiene el Cazzo es el hambre y la continua necesidad.

PAMPITA

Canciones napolitanas: Oh, Cazzo mío! cantado por Tito Schipa.

NENE

Variante: Oh, Tito mío! cantado por Cazzo Schipa.

PAMPITA

Frases célebres: Ali Cazzo lo que es del Cazzo.

NENE

Aut Cazzum aut nihil.

Doctus cum Cazzus.

Maine Katze, maine Katze! exclamación de Ulrico el Rojo, en el momento de ser capturado por los tártaros y mutilado en salva sea la parte.

Cazza non facit saltus, famoso aforismo de Leibniz.

Cazzum cum dignitate, expresión de Cicerón que expresa el ideal del patricio romano retirado de la vida pública.

PAMPITA

Curriculum Cazzi.

NENE

Débil. Para finalizar, queridos oyentes y televidentes, haré conocer la declinación de la palabra Cazzo en idioma Ug-kted.

Nominativo: Khatzô.

Genitivo: Khatzoen.

Dativo: Khatzoki.

PAMPITA

Una lengua como el Ug-kted debería tener muchos más casos.

NENE

Esperá, esperá. En esa lengua, últimamente fatigada por las investigaciones de Georgie con Carola Monzón, hay otros casos, infrecuentes en las lenguas indoeuropeas:

Deliberativo: Khatz.

Consultivo: Khatzopekint?

Compulsivo: Khatzo-üneh!! (debe ir con dos signos de admiración, aunque parezca raro).

Caritativo: Khatzützö.

Torneo onomatológico en el que me mantuve piola, en un discreto silencio, considerando las delicadas relaciones con la empresa RADIOLANDIA. Silencio compartido por el Maestro Sabato, que, bastante apartado, seguramente meditaba en la Crisis de Nuestro Tiempo o estaba sufriendo un comienzo de colitis o de hepatitis, fenómenos que, como se sabe, presentan similares manifestaciones y uno no sabe si esa clase de gente, por fin, está angustiada por el destino del hombre o por el funcionamiento de su aparato digestivo.

REFLEXIONABA EN LAS PALABRAS DE FERNANDO

y recordaba sus advertencias. Sí, nada pasaba allí que debería preocuparlo. Aparentemente! Las ingenuidades que había cometido el propio Fernando, nada menos que él. El papel equívoco de Domínguez, *aparentemente* ajeno a su destino de Ciegos y fuego. *Aparentemente* Brauner había vuelto en 1938 a París nada más que por la pintura, pero en realidad había vuelto para encontrarse con su destino de sangre; había vuelto al lugar justo y en el momento preciso para que el vaso

arrojado por Domínguez le arrancase aquel ojo que él había soñado y pintado durante años colgando sangrientamente de un trozo de piel. Los hombres se movían como sonámbulos hacia regiones a las que oscuramente eran atraídos. Ahora, por ejemplo, qué podía haber en ese conjunto de mamarrachos de destino y qué de casualidad? Trataba de descubrir debajo de sus caras falsas y sus poses sofisticadas el terrible sentido, como un especialista en espionaje trata de encontrar las verdaderas palabras de destrucción debajo de una carta de mujer con chismes sobre una reunión social. Que se imaginaran a la tía Teresita, exclamaba Quique, abriendo teatralmente sus largos brazos como aspas, después de pasarse la vida en la sacristía del Pilar, morirse, llegar al sitio ese y encontrarse con que el Tipo que maneja la Cosa no es Cristo, sino, disons, un sujeto con varios brazos. Eso es: mensajes espantosos traídos por clowns. Había que estudiar cada palabra, cada gesto, no se debía dejar un solo rincón de la realidad sin examen, un solo paso de Schneider o de sus amigos sin escrutar. Recuerden a Maupassant loco, a Rimbaud terminando en el delirio, escribía Fernando. Y tantos otros anónimos, que concluyeron horrendamente sus días: entre las paredes de un manicomio, torturados por la policía, asfixiados en pozos ciegos, tragados por ciénagas, comidos por hormigas carniceras en el África, devorados por tiburones, castrados y vendidos como esclavos a sultanes del Oriente. Sólo que Vidal Olmos había olvidado mencionar castigos más sutiles, pero quizá por eso mismo más terribles. —Era un filántropo. No saben que inventó la guillotina para evitar sufrimientos? Los verdugos borrachos no acertaban, te cortaban un brazo, te machucaban una pierna. Esas cosas. Y lo notable es que ce pauvre Monsieur Guillotin no pudo industrializar la idea. Se la industrializó un técnico alemán, claro. Que se llenó de guita a costa de la Revolución Francesa. Pero Dios lo castigó, porque una mina le sacó hasta el último franco. O sea que el único que al final vivió a costa de los ideales de Saint-Just fue una turríta que a Saint-Just lo hubiese hecho vomitar. Que eso es la dialéctica, como mantiene el Maestro Sabato. También recordó las drogas, uno de los probables instrumentos de Schneider. Pampita tenía un tic en la mejilla, y también el Nene Costa.

CON LA LLEGADA DEL COCO BEMBERG¹⁰

10 Bemberg, como otros apellidos de este capítulo, son típicos de la clase alta. (*N. del Ed.*)

la reunión se radicalizó, entre chapuzones y un 100 PIPERS que se logró insultando al Nene, que se proponía darles OLD SMUGGLER, y que terminó largando el PIPERS (ese que compraste en el boliche de Flagstreet!) en una puja decreciente, como un remate al revés, que comenzó con pedido de CHIVAS, siguió con el ETIQUETA NEGRA, el ya mencionado PIPERS, bajó al ETIQUETA ROJA y terminó con el BALLANTINE, a cuya sola mención el Nene fue tratado con dureza.

Luego se inició un examen de la Situación de las Masas en el Tercer Mundo, no sin antes reprender al Nene (que por lo visto estaba de turno) por sus preocupaciones literarias.

—Vos secando todavía con Nabokov cuando hay que agarrar un fusil —resumió el Coco, que se estaba frotando enérgicamente el torso.

Y tal vez por un gesto que a pesar de mi cautelosa prescindencia no escapó a su mirada chekista, me preguntó:

—Y vos, Quique, se puede saber qué carajo pensás? No sos peronista, no sos bolche, nos podés explicar qué carajo sos?

Razonable preocupación a la que yo, con voz muy humilde y apenas audible, con doloroso acento, contesté:

—Es cierto, Coco, no soy ni peronista ni bolche. Yo soy una persona muy pobre, viste?

Palabras por las que más tarde (todo se sabe) fui rudamente juzgado.

Luego se examinaron algunas situaciones personales de los allí presentes, de ausentes vinculados con los presentes y de ausentes sin más ni más:

—Mientras duró fue bueno. Después se gastó. Lo empecé a ver en análisis.

—Vos hablás, pero no has superado la etapa homo.

—Con la yerba nos va bien, hablamos más, lloramos si tenemos ganas.

—Compartimos todo. Nos conocimos en un departamento viendo LA HORA DE LOS HORNOS, y empezamos a tener una relación sin exigencias:

—Hicimos terapia de pareja. Nos separamos bien, ahora somos muy amigos.

—Ojo, viejito, que estás proyectando.

—Pero vos sos un masoca, lo que resulta muy frustrante.

—Sí, pero al menos tengo buen insight y eso me sirve para ver el conflicto. Y sea como sea, Panchita me calienta, es un minón, qué querés que te diga, y hay empatía, viste? Cuando estamos juntos hay un rapport bárbaro.

—Yo me las tomé. Reconozco que es un raje, sí, seré inmadura, pero no aguantaba más. Si es homo que se asuma de una vez, qué joder. Los tapados son los peores, te desvalorizan como mujer, se te pegan tipo amiguita y no te los sacás más de encima.

Momento en que el Coco no dio más y gritó lo que pasa es que ustedes en la puta life van a realizar que esos conflictos no son individuales, que no son más que subproductos de la alienación general de la sociedad de consumo.

De nuevo con la Revolución, pensé. Y efectivamente, la discusión se politizó y se emitieron importantes veredictos:

—No señor, a mí me interesa ser aceptada como mujer, no como objeto de consumo. Qué te creés, mamarracho, que soy Isabel Sarli porque tengo un buen par de tetas?

—Es un problema urbano, que está pidiendo a gritos una estructura de cambio — dijo Arturito, que es arquitecto, y que, hay que decir la verdad, hasta ese momento no había abierto la boca.

—Bueno, pero es distinto si va dirigido a un lumpen.

—Y vos, qué tenés contra la cultura masiva?

—Es que no podés desclasarte. Hay un contexto y tenés que manejarte dentro de él.

—Pero asumirse como clase alta no significa negar falencias. Tampoco es cosa de ponerse mecanicista.

—Sí, pero hay un quantum que deberías tener en cuenta!

—Si escapás a las pautas que te impone el medio sos sancionada.

Momento en que la pobrecita de Cristina, que prudentemente se había mantenido al margen, tanto por no parecer demasiado estúpida dijo algo sobre la interpretación de no sé qué libro. Pobre jovata! La miraron como a alguien que en la Era de la Locomotora viene en sulky. Lectura, animal! Lectura! La lectura de GUERNICA, por ejemplo, desde el punto de vista de un burgués. Así que Cristina se calló y poquito a poquito vi cómo se fue retirando hasta donde estaba el Nene Costa, debajo de un árbol, leyendo el PLAYBOY.

MIRÁ ESTA CARA, LE DIJO EL NENE

—Qué. Una mujer gastada, debe fumar mucho.

Leyó su nombre: E. Kronhausen.

—Y ésta de abajo —indicó el Nene—. P. Kronhausen.

Cristina preguntó si eran hermanas.

—No, viven juntos. Un matrimonio.

—Un matrimonio de hermanas?

—Sonsa: el de arriba es un hombre. Eberhard.

—Bueno, y qué.

—Nada. Forman parte de un panel sobre nuevos estilos sexuales.

—Che, parecen fotografiados por la policía después de una cama redonda.

—Leé, leé.

Linda Lovelace, 22 años (pero si parece tener 40!). Debajo de la foto afirmaba que si no tenía por lo menos un orgasmo por día se ponía muy nerviosa. Célebre por su actuación en el film pornográfico DEEP THROAT, la sola mención de su nombre atraía multitudes a cualquier cocktail, la revista SCREW la llamó "la boca favorita de los Estados Unidos".

—La boca? —preguntó Cristina—. Pero si es horrible.

El Nene la consideró con bondadosa ironía. Siguieron leyendo: sobre la base de su valiosa experiencia personal escribe ahora una columna en OUI, en que da consejos que van desde el analingus hasta la zoofilia.

—Más bien burros que perros —comentó el Nene, examinando pensativamente la cara de Linda—. Mirá ahora al pastor: Reverendo Troy Perry.

Lo observó con su cara inclinada hacia la izquierda.

—Debe de haber sido un buen jugador de foot-ball americano, pero de esos a la vez brutales e introvertidos. Una cruz de boxeador con filósofo desdichado. Observá que está cuidadosamente vestido y muy bien peinado. Curriculum: desde chico se sintió atraído por Tarzán. Se casó, tuvo dos hijos y entonces descubrió que era homosexual. Pidió el divorcio y fundó la Iglesia Comunitaria Metropolitana, sólo para homosexuales. Fue descrito por un periodista como el Martin Luther King del movimiento, a lo que él respondió "No sé si diría tanto, me bastaría con que me llamasen el Martin Luther Queen". Despliega formidable actividad, desde intervención en piquetes y manifestaciones hasta sermones y charlas en colegios. Ha creado un servicio telefónico de urgencia, para homosexuales en apuros.

—Ahora eso que vos creías hermanas. Los Kronhausen. Se casaron cuando hacían el doctorado en Columbia. Autores de la PORNOGRAFÍA Y LA LEY, así como del ARTE ERÓTICO, compendio de las 1500 láminas de su famoso Museo Internacional de San Francisco, institución sin finalidades de lucro. Betty Dodson, conocida por sus esfuerzos para la liberación de la mujer a través del sexo, ha hecho el elogio de la homo y de la heterosexualidad, desde las orgías hasta la masturbación, en shows individuales; juez en el festival de Sueños Húmedos, realizado en 1971, en Amsterdam; dirige un taller destinado a desarrollar el sexo. Al Goldstein, cara de jodón con guita, fundador de SCREW y de GUY, semanario para homosexuales, preso en La Habana como presunto agente de la CIA, actor en el primer film épico-pornográfico producido por SCREW, enseña nueva sexualidad en la Universidad de New York. Veamos opiniones:

Goldstein: Si mi mujer me engaña, la mato. Es parte de mi propiedad. Ya que pago sus cuentas, soy su dueño, como soy dueño de mi coche y no lo presto a los demás.

Reverendo Perry: Pero estás seguro, Al, que sos el editor de SCREW? Quizá deberías dejar a tu mujer y mantener relaciones con alguna otra de tus propiedades. Digamos con un sofá.

(No está mal al fin de cuentas este guy, tiene sentido del humor, comentó el Nene.)

E. Kronhausen: No comprendo. Al, cómo podes decir semejantes cosas, y cómo al mismo tiempo te considerás como uno de los propulsores de la revolución sexual.

Goldstein: Todo tiene su precio. No nos engañemos con que tu mujer no tiene su precio, lo mismo que una aventura o una orgía. Sólo pretendo que mis esposas conozcan los términos de la venta antes de firmar un contrato.

El Nene pasó varias páginas.

—Ah, sobre el swinging.

P. Kronhausen: Es divertido, se va a pasar un buen rato. Si pudiera transmitir un mensaje a los jóvenes, les diría que el sexo debe ser para la recreación, no para la procreación.

E. Kronhausen: El sexo en grupo puede ser tan divertido como erótico. Nosotros dos, a menudo, nos hemos muerto de risa. Cuando hay 20 personas en una cama pueden pasar cosas comiquísimas: un tipo que se cae, una pirámide que se viene abajo.

P. Kronhausen: Nunca olvidaré la fiesta de esta última primavera. Algunos tipos andaban con aparatos portátiles de TV, de un cuarto a otro, viendo el partido de base-ball, mientras los otros seguían dándole. Ebe y yo no lo podíamos creer, simplemente no lo podíamos creer. Entre el sexo y el base-ball éstos preferían el base-ball.

PLAYBOY: Cuál es la proporción entre hombres y mujeres?

Profesor Pomeroy: Por lo general, la gente viene en parejas. Pero una reunión ideal tiene que tener más o menos el doble de hombres, porque las mujeres aguantan más.

PLAYBOY: Y con respecto a los films?

Profesor Pomeroy: Son frecuentes. Son films adecuados, muy genitales y detallados, desprovistos de emoción. Ayudan a la gente a desarrollar sus propias ideas.

E. Kronhausen: Pienso que los films no desempeñaron papel importante más que en un 10 % de todas las reuniones en que he asistido. Y con frecuencia el efecto ha sido más depresivo que estimulante. Al final de cuentas, si se tiene toda clase de posibilidades alrededor, quién necesita ver gente cogiendo en la pantalla?

PLAYBOY: Y el papel de los vibradores?

Señorita Dodson: Las mujeres llevamos vibradores a la orgía, tanto para masaje sexual como para masturbación. También mostramos a los hombres las mejores posiciones para coger con vibrador simultáneo. No es fácil, tiene sus bemoles. Es decir, cómo podés coger y al mismo tiempo usar el vibrador sobre el clítoris, de modo que el tipo pueda sentir las vibraciones dentro de una. Observé que a medida que las mujeres nos poníamos más agresivas y decíamos qué queríamos que los tipos nos hicieran obteníamos más orgasmos.

Goldstein: Tengo que creerle a Betty por las maravillas que me cuenta del vibrador. Los vibradores siempre fueron un tabú, algo que había que comprar bajo cuerda en las librerías de libros pornográficos. Pero ahora, felizmente, los más elegantes drugstores de la Quinta Avenida los venden a dólares 2.95. Habrán notado que ahora ya no son simples vibradores, sino que tienen forma de pene, lo que es importante para mujeres que tienen el marido lejos. Creo que la comercialización de consoladores es un serio paso adelante para el americano medio. Pero para gente insegura, gente que necesita un acompañamiento emocional, habría que lanzar consoladores con un pequeño parlante dentro que dijera "te amo, querida".

Señorita Davis: Personalmente los encuentro un poco inhumanos. A mí me gusta la carne, no el plástico o el metal. De todos modos, con o sin vibradores, pienso que es un mito eso de que las lesbianas como yo no pueden vivir sin ser cogidas. Es ridículo. Las mujeres no necesitamos de la penetración, porque el asiento de nuestra sexualidad está en el clítoris. Si más mujeres comprendieran esto llegarían a tener mayor poder y autonomía.

Reverendo Perry: De los homosexuales que me piden consejo pareciera deducirse que los vibradores son usados con mucha frecuencia en las reuniones grupales. Algunos prefieren vibradores para el coito anal. Si están haciendo el 69, por ejemplo, pueden usar mutuamente vibradores, al mismo tiempo. Lo que tiene sentido si ayuda a estimular el acto.

Señorita Lovelace: Eso depende de la calidad del vibrador. Personalmente, no me gustan esos largos y delgados sino los que pueden llevar implementos en la punta. Son realmente fantásticos.

Profesor Pomeroy: El aspecto negativo del sexo grupal, tal como yo lo veo, es el peligro de una relación emocional. El peligro de encontrar a alguien (entre tanta gente ese peligro existe siempre) con quien uno sintoniza y con quien termina uno comprometiéndose emocionalmente. Cuando hablo con mis pacientes, enfatizo este peligro con la mayor energía. Les digo que de alguna manera están jugando con dinamita. Porque resulta que una parte de sus vidas tienen entonces que ocultarla a sus hijos y hasta a sus amigos más allegados.

MIENTRAS QUIQUE ASISTÍA A UNA NUEVA FASE

De la problemática psico-social se había pasado a la estético-social, lo que con su oído finísimo fue captado por el Nene Costa que desde ese instante se incorporó como miembro activo: imaginar una discusión de ese género sin él era como imaginar el análisis de una carrera de autos sin el asesoramiento de Fangio. Se pronunciaron juicios sobre: John Cage y la musique d'ameublement

La cultura oficial

La necesidad de cagarse en el buen gusto

La anti-obra

La anti-partitura

El anti-poema

La anti-novela

Pero qué antigüedad: mejor la anti-anti-novela.

Collage musical

Schoenberg

—Pero qué es *idea* para Schoenberg —preguntó el Nene. Había que diferenciar entre idea musical y aspecto fenomenológico.

—Había que desenmascarar la encarnación extrema del pensamiento idealista burgués.

—Congratulations! Pensamiento idealista burgués! Más o menos como decir naranja anaranjada.

Una action-music.

Ni más ni menos. Mezclar con aplausos, gritos, estornudos y eructos de los ejecutantes.

—Pero entonces, y Penderecki?

El "entonces" me descolocó, revelándome de manera brutal en qué piltrafa intelectual me había venido convirtiendo con el ejercicio del Cuarto Poder en RADIOLANDIA.

Entonces?

Me fue dable constatar la presencia de las siguientes expresiones, en una especie de agitato con moto:

—Desvincularse alegremente de Balzac y Dostoievsky.

—Cómo se puede seguir escribiendo como Balzac?

—Y hasta como Camus.

—Esos tortugones!

—Y qué me dicen de Osberg?

—Osberg?

—Pero sí, Borges, el reportaje de Nabokov, hombre. No estaban hablando de eso? Dijo que lo había fascinado, hasta que vio que era una fachada sin casa.

—Bueno, bueno! También ese Nabokov!

—El tipo se hizo un mundo a su medida.

—Die Walt als Wille und Vorstellung —dictaminó enigmáticamente el Nene.

Entonces Coco gritó basta de literatura, qué tanto joder, y mientras se servía un PIPERS, dijo lo que hay que hacer es tomar un fusil. A lo que Pampita respondió dejate de sectarismo, que eso estará de moda pero es requeteequivocado, la revolución hay que hacerla en todos los órdenes, y cómo se puede pretender una revolución en serio si al mismo tiempo seguís escribiendo como Camus. Momento en que se ponderó a Filloy.

—Polindromos? —preguntó el Bocha, que es una bestia peluda, y que fuera de palabras como scrum y chukker no conoce ninguna otra.

—Pero sí, retardado. Las podés leer de atrás para adelante y de adelante para atrás.

El Bocha, poveretto, consultó si eso no era el antiquísimo vesre.

Hubo que darle ejemplos para escolares:

amigo no gima

él da más, amadle

soñad sólo los daños

que eran algunos de los 7000 (siete mil) polindromos que Filloy inventó en sus vastas siestas provincianas. Tengo el cetro mundial, declaró a CONFIRMADO, cetro que le arrebató lejos, comentó el connaisseur de la mencionada publicación revolucionaria, a aquel atrasado de León VI, emperador de Bizancio, que apenas pudo armar 27. Así como lo oís, despreciables cipayos que sólo creéis en la industria foránea. Y sabían lo que se traía entre manos el productor de Río Cuarto? Un libro polindromo, el único en el mundo que se podrá leer en las dos direcciones. Había que desmitificar la literatura, hacer con la literatura lo que ya se había hecho con las artes plásticas, desenmascarar a esos tipos que todavía creen en los personajes y en la anécdota.

Cuando de pronto Pampita me preguntó si había visto la última muestra de Luisito. La pregunta me agarró de sorpresa, pero me repuse y respondí que había llegado tarde: cuando llegué estaban arreglando la galería.

—Arreglando la galería?

—Sí, había unos baldes de pintura y un montón de arena.

—Pero retardado! —me gritó—, si ésa era la exposición!

Mencioné a Domenicone, para que el quemo no fuera total. Peor: ese tipo estaba completamente fuera de onda. El papelón de New York! Cuando llegó con los chirimbolos de neon, ya no se llevaban más.

Lo que es vivir en el culo del mundo. Ni en jet podés llegar a tiempo desde Baires. Por eso el vivanco de Rossi le mandó indicaciones a Carlitos desde Londres por telegramas para el Di Tella: poné los ladrillos así y así.

Faux pas que cometí por este asunto de RADIOLANDIA. Cómo se puede deteriorar uno en pocas semanas! Cuando les digo que estoy remal. Y no puedo andar por Florida y Viamonte, aunque la plaza aflojó muchos puntos desde que clausuraron el Di Tella. Pero con todo, con eso de la cerámica de vanguardia y el arte pop o camp, resulta que todo el mundo es artista y hasta la Gorda Villafaña, con su culo para doce cubiertos, me manda los otros días una invitación para un vernissage, Verniqué? Pero si yo siempre la había conocido interesadísima en la cría de caniches y pensé que me mandaba una invitación para el Kenel. Surprise! Ahora armaba unos rompecabezas con cerámica y alambre cromado, con un prólogo de Policho que decía que en no pocas obras lograba un clima no exento de poesía.

Pero Charlie, que últimamente se le ha dado por un retorno al brave homme sauvage, dijo a mí me dejan de macanear, todo eso de la pintura moderna es un invento de los judíos de New York: el tipo que fabrica los mamarrachos se llama Lischstenstein, un fulano llamado Grinberg le hace la propaganda en una revista dirigida por un tal Sol Kaplansky y al final la obra la compra David Goldenberg, rey del colchón a resortes, por instigación de su hija Rebeca, que se ha casado con Ben Kuligowsky, profesor de arte en el City College. Como en aquellas ruedas del marqués, en que cada uno se la enchufa al que tiene delante.

Pampita se puso frenética: el antisemitismo la postra.

Pero el Nene sostuvo que se puede volver a ser antisemita yendo hacia la izquierda, como dice Grosso que Colón llegó al Oriente marchando hacia Occidente. No sé si me explico: el asunto de los palestinos. Que ahora te podés volver a dar el gusto de recagar a los judíos defendiendo a los árabes revolucionarios, como ese Emir del Kuwait que es el único marxista que ha realizado el sueño del desierto propio relleno de petróleo.

Pampita sin embargo habló de los judíos pobres.

A lo que el Nene, con su mejor cara de niño ingenuo, preguntó pero cómo? es que hay judíos pobres?

Momento en que hubo que cambiar de tema porque apareció Cecilio Madanes, que venía ostentadamente sin bastón, y todo era obra de la doctora Aslan. Así que la onda, chers enfants, era irse a Rumania y ponerse cero kilómetro. Debo admitir que la llegada abastónica de Cecilio me dejó rigurosamente anéanti, a menos que Cecilio se haya vuelto bolche, porque cuando anduve hecho una piltrafa fui a

hacerle un reportaje a Rafael Alberti y entonces me habló de las inyecciones que eran una bomba. No lo veía a Miguel Ángel (Asturias), que parecía un jugador de rugby y a María Teresa? Así que me fui como bala, es un decir, a lo de Falikoff para que me encajara la pichicata, pero como si nada. Un mes, y dos, y tres.

Y cada vez que tenía la desgracia de encontrarme con los Alberti se enojaban, porque lo tomaban como una actitud de reaccionario, como la actitud de un lacayo del imperialismo yanqui. Y yo rengo y sufriendo como uno de esos contrahechos del Tercer Mundo, productos de la miseria y la explotación. Pero el asunto me tenía intrigado, hasta que realicé que a mí me inyectaban novocaína sola, mientras que a los otros le metían al mismo tiempo materialismo dialéctico, defensa de Stalingrado, Tercer Plan Quinquenal. Y realmente ese complejo les hacía bien, los rejuvenecía. Con el resultado que el único verdaderamente materialista (porque a mí me daban novocaína pura, pura materia) era el único que no levantaba cabeza. Las desgracias que puede llegar a pasar un agente de las peores formas del capitalismo financiero. Y ahora se aparecía Cecilio sin bastón. Qué era eso? Ya no se podía creer en nada.

Momento en que se volvió al tema del marxismo, estableciéndose una relación directa y proporcional entre el bastón de Cecilio y el régimen comunista. Iniciándose un enjundioso diálogo sobre la plusvalía. Entonces Pampita contó lo del doctor Carranza Paz, los affiches en la calle con el affaire del DELTEC y la tragada de Krieger Vasena. Momento en que el Chango, que pasó de GUARDIA NACIONALISTA al ERP dijo yo a estos vendepatrias los metía a todos contra un paredón, y allí cayó todo el mundo en la volteada. Porque si ese santo de Schweitzer hubiese venido a la Argentina y se hace cargo del Gobierno, a los diez minutos alguien lo acusa de estar vendido a la MONGO CORPORATION. Y con semejante apellido de ruso. Cuando triunfó la Libertadora, la única nube que empañaba el panorama de mi prima Lala era ese general Lonardi. Qué frustrante, mi Dios! Un tanito. El hijo de un trombón de la banda. Y pobres descendientes! Equis Equis Leonardi Villada Achával. Cómo quieren que eso funcione? Y el Chango, que hasta hace diez minutos por reloj pertenecía a GUARDIA NACIONALISTA, que temaba con Rosas dale que dale, ahora hablando de Marx y de la revolución mundial.

Las interesantes consideraciones del Chango fueron interrumpidas por la llegada de Luppi con una rubia teñida que debía de haber sido Miss Villa Insuperable en los últimos carnavales, y que preguntó pero che, aquí no se cena? Acto fatal para el mensaje, como lo denotaron las miradas intercambiadas entre el Nene y Pampita. Lo que señalo sin ánimo de meter cizaña, ya que se puede desear la instauración de una Nueva Sociedad sin que por eso, qué tanto embromar, se tenga que soportar cualquier guaranguería.

SE DESPRECIABA POR ESTAR EN ESA QUINTA,

por tener, en alguna forma y medida, algo en común con ellos. Todavía lo estaba viendo al Coco, no hacía demasiado tiempo, hablando de los "negritos" y poniendo aquel gesto irónico de menosprecio cuando él les decía que esos negritos habían dejado sus huesos a lo largo y a lo ancho de la América Latina, luchando en aquellos pequeños ejércitos de liberación, que iban a miles de leguas a combatir, en territorios desolados, por objetivos tan ideales como la libertad y la dignidad. Y ahora convertido en furioso peronista de salón. Qué tenía que hacer cerca de ellos? Sí, claro, estaba allí con otros fines. Pero de cualquier manera estaba allí porque los conocía, porque en cierta medida había tenido siempre contacto con ellos. Pero, en fin, quién podía jactarse de ser superior a los demás. Alguien había dicho que en cada criatura está el germen de la humanidad entera; todos los dioses y demonios que los pueblos imaginaron, temieron y adoraron se hallan en cada uno de nosotros, y, si quedara un solo niño en una catástrofe planetaria, ese niño volvería a procrear la misma raza de divinidades luminosas y perversas.

Caminaba hacia la estación en el silencio de la noche y luego se recostó sobre el pasto, en la cercanía de grandes y solemnes eucaliptos, mirando hacia un cielo de tinta azulnegra. Las novae de su época del observatorio le volvieron a la mente, esas inexplicables explosiones siderales. Tenía su idea, la idea de un astrofísico enloquecido por las herejías:

Hay millones de planetas en millones de galaxias, y muchos repetían sus amebas y megaterios, sus hombres de Neanderthal, y luego sus Galileos. Un día encontraban el radium, otro lograban partir el átomo de uranium y no podían controlar la fisión o no resultaban capaces de impedir la lucha atómica, hasta que el planeta estalla en un infierno cósmico: la Nova, la nueva estrella. A lo largo de los siglos, esas explosiones van señalando el final de sucesivas civilizaciones de plásticos y computadoras. Y en el apacible cielo estrellado de esa misma noche le estaba llegando el mensaje de alguno de esos colosales cataclismos, producido allá cuando en la Tierra aún pastaban los dinosaurios en las praderas mesozoicas. Recordó la patética imagen de Molinelli, intermediario risible entre los hombres y las deidades que presiden el Apocalipsis. Aquellas palabras de 1938, mientras le apuntaba con su lapicito mordido: Uranio y Plutón eran los mensajeros de los Nuevos Tiempos, actuarían como volcanes en erupción, señalarían el límite entre las dos Eras.

Sin embargo, ese cielo estrellado parecía ajeno a cualquier interpretación catastrófica: emanaba serenidad, armoniosa e inaudible música. El topos uranos, el hermoso refugio. Detrás de los hombres que nacían y morían, muchas veces en la hoguera o en la tortura, de los imperios que arrogantemente se levantaban e inevitablemente se derrumbaban, aquel cielo parecía constituir la imagen menos imperfecta del otro universo: el incorruptible y eterno, la suma perfección que sólo era dable escalar con los transparentes pero rígidos teoremas.

También él había intentado ese ascenso. Cada vez que había sentido el dolor, porque esa torre era invulnerable; cada vez que la basura ya era insoportable, porque esa torre era límpida; cada vez que la fugacidad del tiempo lo atormentaba, porque en aquel recinto reinaba la eternidad.

Encerrarse en la torre.

Pero el remoto rumor de los hombres había terminado siempre por alcanzarlo, se colaba por los intersticios y subía desde su propio interior. Porque el mundo no sólo estaba fuera sino en lo más recóndito de su corazón, en sus vísceras e intestinos, en sus excrementos. Y tarde o temprano aquel universo incorruptible concluía pareciéndole un triste simulacro, porque el mundo que para nosotros cuenta es éste de aquí: el único que nos hiere con el dolor y la desdicha, pero también el único que nos da la plenitud de la existencia, esta sangre, este fuego, este amor, esta espera de la muerte; el único que nos ofrece un jardín en el crepúsculo, el roce de la mano que amamos, una mirada destinada a la podredumbre pero nuestra: caliente y cercana, carnal.

Sí, tal vez existiera ese universo invulnerable a los destructivos poderes del tiempo; pero era un helado museo de formas petrificadas, aunque fuesen perfectas, formas regidas y quizá concebidas por el espíritu puro. Pero los seres humanos son ajenos al espíritu puro, porque lo propio de esta desventurada raza es el alma, esa región desgarrada entre la carne corruptible y el espíritu puro, esa región intermedia en que sucede lo más grave de la existencia: el amor y el odio, el mito y la ficción, la esperanza y el sueño. Ambigua y angustiada, el alma sufre (cómo podría no sufrir!), dominada por las pasiones del cuerpo mortal y aspirando a la eternidad del espíritu, vacilando perpetuamente entre la podredumbre y la inmortalidad, entre lo diabólico y lo divino. Angustia y ambigüedad de la que en momentos de horror y de éxtasis crea su poesía, que surge de ese confuso territorio y como consecuencia de esa misma confusión: un Dios no escribe novelas.

A LA MAÑANA QUIERE ESCRIBIR

pero la máquina sufre una serie de desperfectos: no anda el margen, se atranca, el carrete de la cinta no vuelve automáticamente, hay que rebobinar a mano y finalmente se rompe algo del carro.

Desesperado, resuelve ir al centro a distraerse y camina por el barrio sur. En la calle Alsina, entre Defensa y Bolívar, decide comprar una carpeta de anillos, para escribir a mano. Algo nuevo, algo simbólico, que le permita escribir en un café, a pesar de las dificultades con su letra, del cansancio que le produce lograr algo inteligible. Es probable que así rompa el maleficio.

Un empleado cansado y desagradable lo atiende y se fastidia de modo casi evidente porque busca una carpeta así y así. Lo manda al diablo y sale con creciente mal humor. Decide ir hasta la Librería del Colegio, en la esquina de Bolívar y Alsina. Su ánimo se levanta al pensar que en esa gran papelería podrá encontrar lo que busca. Pero entonces ve, a través de la rejilla de una vieja casa, una enorme rata que desde la oscuridad del sótano lo observa fijamente, con sus ojitos rojizos y malignos: le trae el recuerdo de la entrevista con el joven del Busto y los murciélagos del fortín almenado de don Francisco Ramos Mejía, en Tapiales: ratas aladas, inmundas y milenarias. Trata de alejar esos recuerdos y se dirige a la librería con energía. Con energía? Bien, hasta cierto punto. Digamos, para ser exactos y objetivos, que lo hace con *cierta* energía. Con el temor que siempre le producen los vendedores, va hacia un muchacho alto y flaco, de pelo largo. Aunque advierte que lo reconoce, trata de mantener un aire neutro e intenta superar la timidez que ese reconocimiento invariablemente le produce. Piensa que las cosas se complican, le da vergüenza explicar lo que necesita (algo lleno de requisitos, de tal tamaño, de color negro afuera y colorado adentro, etc.), pero superando las resistencias a medias le dice que necesita, aunque reservándose los detalles por falta de coraje:

—Una carpeta de anillos —dice, con torpeza.

El empleado le muestra algunas que están lejos de ser lo que busca: no quiere ni una carpeta demasiado grande, que le resulta antipática, que lo intimida con sus enormes y desagradables páginas, tipo sábana; ni, por supuesto, una demasiado pequeña, en la que no podría escribir con holgura, en la que se sentiría como dentro de un chaleco de fuerza. Claro que no le da estos detalles, limitándose a decir que "querría otra cosa".

El empleado comienza a mostrarle otras carpetas, pero por desdicha cada vez más alejadas del modelo ideal que tiene en su mente. Mi maldita costumbre de entrar sin haber localizado antes con absoluta precisión lo que quiero, piensa. Después se ve obligado a llevar las más desagradables o inútiles invenciones. Con amargura,

cavila en el armario destinado a ese objeto, lleno de camisas inllevables, medias muy cortas o excesivamente largas, lapiceras de punta demasiado fina o en extremo gruesa, cortapapeles con un mango de conchillas que en colores dice "RECUERDO DE NECOCHEA", un juego de castañuelas que no puede recordar cómo se vio obligado a comprar, un gigantesco Quijote en bronce que valía una pequeña fortuna y hasta un florero cromado que se vio obligado a adquirir en un bazar donde por equivocación entró a comprar un llavero. Eso en cuanto a los productos guardados. Pero más lo amargan los que lleva consigo en virtud del maldito espíritu europeo de economía que le inyectó su madre, con tanto esfuerzo como la sopa pero que, también como la sopa, algo deja en el cuerpo, aunque se la haya tragado a regañadientes: un pantalón sport que detesta, una campera, un pañuelo horrible; nada más que por no tirarlo a la calle, o no guardarlo en ese museo de los objetos monstruosos. Y en especial ese pañuelo de un rosado sucio con florcitas coloradas que de tan repugnante se ve obligado a usarlo con extrema cautela, cuando nadie lo mira; viéndose en la difícil situación de soportar durante largo rato el deseo de limpiarse la nariz nada más que por la gente que lo rodea. Le mostró algunas carpetas que estaban bastante lejos de ser lo que había soñado en sus últimos tiempos de meditación.

—No —comentó vagamente—. O sí, claro. Pero no sé... El empleado lo miró interrogativamente. Reuniendo todas sus fuerzas, pero sin mirarlo a los ojos, agregó:

—No sé... sí, no está mal... pero quizá un poco más chica... algo así como una libreta grande...

—Ah, entonces usted no busca una carpeta sino una libreta —observó el empleado con ligera severidad.

—Eso es —respondió Sabato con desaliento y falsedad—. Una libreta...

Y en el momento en que el vendedor se daba vuelta, agregó con vergonzosa ambigüedad:

—Pero una libreta que sea más bien como una carpeta.

El muchacho, sin dar vuelta su cuerpo, que ya estaba dirigido hacia la mesa de las libretas, volvió su cabeza y lo consideró con un notorio incremento de su severidad. Sabato se apresuró a precisar que sí, sí, lo que quería era "más bien" una carpeta. Siguió al empleado hasta la mesa a través de cuya cubierta de cristal se podía advertir, con desalentadora nitidez, que nada de lo que allí se exhibía era lo que él necesitaba, ni de lejos. Pero ya estaba hecho.

El empleado fue sacando y mostrando varias que eran increíblemente inadecuadas: no sabía si porque ya había olvidado lo que acababa de explicarle acerca de que "más bien" se trataba de una carpeta, por simple idiotez de vendedor o por secreta irritación por sus vacilaciones. Sabato iba haciendo un gesto negativo, aunque

modestamente negativo. Y por una especie de desgracia, en lugar de ir subiendo en el tamaño aquel sujeto iba descendiendo. Claro que podía haber detenido ese descenso mediante una enérgica negativa, pero con qué cara? Terminó por ofrecerle una libretita infinitesimal, que sólo podía servir para escribir telegramas muy caros o para nenas de corta edad, esas nenas que seriamente van en la calle al lado de su mamá llevando un cochecito de juguete con un bebé de plástico en su interior. Una libretita para hacer como que anota los pedidos para su hogar microscópico.

Admitió que la libretita era muy linda, y hasta hipócritamente hizo como que probaba el funcionamiento de sus anillos, la flexibilidad de su tapita, el papel.

— De cuero? —preguntó, pensando que un dato tan preciso revelaba que no estaba desinteresado de ningún modo en la compra de la miniatura.

—No, señor. De plástico —respondió el muchacho con sequedad.

—Ah —comentó, volviendo a probar el cierre de los anillitos.

Mientras realizaba esa inspección apócrifa sentía que su cuerpo se iba cubriendo de transpiración. Cómo decirle, a esa altura de los acontecimientos, que aquel juguete era casi exactamente lo contrario de lo que buscaba? Con qué cara, con qué palabras? Por un momento estuvo casi dispuesto a comprarlo, para guardarlo más tarde en el mencionado museo de objetos estériles; pero sintió que si lo hacía era un ser despreciable. Decidió entonces superar su debilidad de modo terminante.

—Muy linda, verdaderamente muy linda —comentó de modo casi inaudible—, pero lo que necesito es una libreta grande. En realidad, *casi* una carpeta.

El vendedor lo observó con severo rigor.

—Entonces —dijo secamente— lo que usted busca es una carpeta.

Sospechando de antemano que le iba a ir peor que con las libretitas (que al menos son agradables), asintió de modo equívoco. El empleado, con decisión que a Sabato le pareció excesiva, se dirigió hacia el anaquel donde se alineaban los monstruos de la especie. Con premeditación, era evidente, buscó la más grande, algo gigantesco y repugnante, uno de esos artefactos que deben de usarse en los ministerios para enormes papeles burocráticos, y con pregunta que más bien era una orden dijo:

—Algo como esto, supongo.

Se miraron durante un segundo, pero ese segundo a Sabato le pareció una eternidad. Un ejemplo casi escolar para establecer la diferencia entre el tiempo astronómico y el tiempo existencial. Era una especie de grotesca instantánea: un vendedor durísimo enarbolando una repelente carpeta para mamuts, frente a un parroquiano avergonzado e intimidado.

—Sí —murmuró Sabato, con voz apenas perceptible y con extremo desánimo.

Con esfuerzo, el empleado envolvió el grosero artefacto, le preparó la factura y se la entregó: era una suma tan enorme como el paquete. Con esa suma, calculó en el

trayecto hasta la caja, con amargura, podía haber comprado tres o cuatro carpetas como la que buscaba.

Salió poseído de tenebrosos pensamientos: era indiscutible que todo estaba en contra.

Cuando llegó a Santos Lugares, desenvolvió el monstruo y tratando de no reexaminarlo lo colocó en el armario de las adquisiciones frustradas, entre un calzoncillo con rayas amarillas y el florero con brillantes aplicaciones cromadas. Luego se sentó a su mesa y ahí permaneció algunas horas en silencio, hasta que lo llamaron para comer. Después miró una de esas series de televisión que lo animaban: entre tiros y patadas en la cara de individuos ya medio muertos en el suelo, se prometió sin embargo llevar a cabo algo decisivo al día siguiente.

A la noche, Alejandra en llamas se dirigió hacia él con los ojos alucinados, con los brazos abiertos dispuestos a apretarlo para obligarlo a morir quemado con ella. Como en la ocasión anterior, se despertó gritando.

Mucho antes de que empezara a clarear se levantó y refrescándose la cara trató de alejar sus obsesiones. Pero le fue imposible ponerse a escribir como había decidido el día antes. Seguía convencido de que el Nene no había dicho la verdad en la quinta y esa mentira era un motivo más para alarmarse y ponerse en guardia. Fue excesivamente "natural" la forma en que había negado la presencia de Schneider en Buenos Aires. Así que lo prudente era vigilar aquel café. Por lo pronto, citó a Bruno en LA TENAZA, en lugar del ROUSILLON.

CUANDO BRUNO LLEGÓ AL CAFÉ

encontró a S. como ausente, como quien está fascinado por algo que lo aísla de la realidad, pues apenas pareció verlo y ni siquiera lo saludó. Observaba a una gata perversa y somnolienta, que unas cuantas mesas más allá leía o simulaba leer un gran libro. Y estudiándola, cavilaba sobre el abismo que muchas veces existe entre la edad que figura en los registros civiles y la otra, la que resulta de los desastres y pasiones. Porque mientras la sangre hace su recorrido de células y años, ese recorrido que candorosamente examinan y hasta miden los médicos con aparatos y tratan de paliar con píldoras y vendajes, mientras se festejan (pero por qué, por qué?) los aniversarios que marcan los almanaques, el alma sufre decenios y hasta milenios, por obra de implacables poderes. O porque ese cuerpo, que inocentemente manejan los médicos campesinos que expulsan o matan plagas de

hongos o gorgojos en una tierra que más abajo oculta cavernas con dragones ha heredado el alma de otros cuerpos moribundos, de hombres o peces, de pájaros o reptiles. De manera que su edad puede ser de cientos o de miles de años. Y también porque, como decía Sabato, aun sin transmigraciones, el alma envejece mientras el cuerpo descansa, por su visita a los antros infernales en la noche. Motivo por el cual se suelen observar hasta en niños miradas y sentimientos o pasiones que sólo pueden explicarse mediante esa turbia herencia de murciélago o de rata, o por esos descensos nocturnos al infierno, descensos que calcinan y agrietan el alma, mientras el cuerpo que duerme se mantiene joven y engaña a esos doctores que consultan sus manómetros, en lugar de escrutar sutiles signos en sus movimientos o en el brillo de sus ojos. Porque esa calcinación, ese encallamiento es posible detectarlo en cierto temblor al caminar, en alguna torpeza, en peculiares pliegues de la frente; pero también, o sobre todo, en la mirada, ya que el mundo que observa no es más el del chico inocente sino el de un monstruo que ha presenciado el horror. De modo que esos hombres de ciencia deberían más bien acercarse a la cara, analizar con extremo cuidado y hasta con malicia las pequeñísimas marcas que van esbozándose. Y especialmente tratando de sorprender algún fugacísimo brillo en los ojos, porque, de todos los intersticios que permiten espiar lo que sucede allá abajo, los ojos son los más importantes; recurso supremo que resulta imposible con los Ciegos, que de esa manera preservan sus tenebrosos secretos. Desde su rincón, le era imposible estudiar esos indicios en la cara. Pero le quedaban los otros, le bastaba seguir los lentos y apenas esbozados movimientos de sus largas piernas al reacomodarse, de su mano al llevar el cigarrillo a la boca, para saber que aquella mujer tenía infinitamente más edad que los veintitantos de su cuerpo: experiencia proveniente de alguna serpiente gata prehistórica. Un animal que pérfidamente aparentaba indolencia, pero que tenía la sigilosa sexualidad de la víbora, lista para el salto traicionero y mortal.

Porque a medida que pasaba el tiempo y el examen se hacía más minucioso, sentía que ella estaba en acecho, con esa virtud que tienen los felinos para controlar, aun en la oscuridad, los más insignificantes movimientos de la presa, para percibir rumores que para otros animales pasan inadvertidos, para calcular el más ligero amago del adversario. Sus manos eran largas, como sus brazos y piernas. Tenía un pelo muy renegrado y lacio, que le llegaba hasta los hombros, que se desplazaba a cada movimiento que hacía con mórbida amortiguación. Fumaba con chupadas lentísimas pero muy hondas. Había algo en su cara que producía desazón, hasta que pudo entender que era causado por la excesiva separación de sus ojos: grandes y rasgados, pero casi defectuosamente separados, lo que le confería una especie de inhumana belleza. Sí, era evidente que ella también los escrutaba, a través de sus párpados semicerrados, como somnolientos, en lentas y disimuladas

miradas de soslayo, que hacía como sin mirar, como si únicamente levantase la vista del libro para pensar, o para ese abandonarse a las corrientes profundas pero vagas a que uno se abandona cuando está leyendo un texto que hace meditar en la propia existencia. Estiraba voluptuosamente las piernas, echaba una desvaída ojeada sobre las otras gentes, pareciendo detenerse un instante en S., para luego recogerse de nuevo en su impenetrable universo gatoserpentoso.

Bruno intuyó que una misteriosa sustancia había caído en el fondo de las aguas profundas de su amigo y, desde allá abajo, mientras se disolvía, desprendía miasmas que seguramente llegaban hasta su conciencia. Sensaciones muy oscuras, pero que para él, para S., eran siempre anuncios de acontecimientos decisivos. Y que producían un malestar, una incierta nerviosidad como la que sienten los animales en el momento en que un eclipse se aproxima. Porque era inverosímil que pudiese hacerlo de semejante modo, con los párpados caídos y esas largas pestañas que debían de velarle aún más la poca luz de que disponía. Equívoca y silenciosamente enviaba sus radiaciones sobre S., que más con su piel que con su cabeza debería de estar percibiendo esa presencia, a través de miríadas de infinitesimales receptores en el extremo de sus nervios, como esos sistemas de radar que en las fronteras vigilan la llegada del enemigo. Señales que a través de complicadas redes llegaban en esos momentos hasta sus vísceras, pero (lo conocía demasiado) no sólo excitándolo sino alertándolo angustiosamente. Allí podía verlo, como recogido en una sombría guarida, hasta que de pronto se levantó, y sin saludarlo sólo dijo a manera de despedida:

—Otro día hablaremos de lo que le dije por teléfono.

AL SALIR

S. pasó al lado de la mujer y ella cerró el libro y lo puso a un costado (como para que él leyera su título?). Era un volumen grande, encuadernado, con una brillante sobrecubierta en colores, la reproducción de un cuadro que parecía de Leonor Fini: en un lago especular, había una mujer desnuda, de gran cabellera platinada contra un crepúsculo rojo, rodeada de lunares pájaros carniceros, de ícticos y alucinados ojos. El título lo sobrecogió: LOS OJOS Y LA VIDA SEXUAL. Una vez en la calle comenzó a cavilar. Desde que había visto entrar en ese café al Dr. Schneider y en seguida a Costa, no dejó de vigilarlo y visitarlo el peligro. Y ahora, al citarlo a Bruno, se producía un nuevo hecho significativo.

Pensaba: Schneider, al verlo salir de Radio Nacional, entró precipitadamente en el café, pero no con la suficiente rapidez como para que no lo identificara. Sin embargo, conociéndolo, era también imaginable que todo estuviera previsto con astucia: lo había seguido y luego esperado en la esquina, para entrar en el bar con rebuscada precipitación, pero en realidad con el tiempo indispensable para que S. lo reconociera. El hecho de que después llegara el Nene Costa agravaba el episodio, porque sabían que él iría por Radio Nacional. Cómo?

Luego —seguía cavilando—, Schneider calculó que S. iría a husmear por la quinta de Costa y otra vez por LA TENAZA. Manda entonces a esa mujer como carnada y espera el próximo paso, el que acababa de dar.

Claro, era un conjunto de suposiciones que podía responder a una verdad pero también a un conjunto de coincidencias. Era posible que Schneider no lo hubiera seguido, que estuviese en aquella esquina por motivos equis y que realmente hubiese querido rehuir su encuentro.

Sin embargo, esa noche no pudo dormir. Y, cosa curiosa, volvía a su imaginación el crimen de Calsen Paz. Pero los detalles cambiaban. Bajo la dirección o vigilancia de un Schneider no ya grosero sino siniestramente severo, Calsen se convertía en Costa, la pobre chica de barrio se convertía en la mujer de LA TENAZA, hermana y amante de Costa. Mientras que Patricio, ambiguamente, asistía al momento en que Costa clavaba la lezna primero en los ojos del muchacho amarrado y luego en el corazón, revolviendo la lezna con mecánica perversión.

AL OTRO DÍA, A LA MISMA HORA

volvió a LA TENAZA, porque pensó que si ella quería encontrarse con él haría lo mismo. Pero quiso estar seguro, para lo cual se semiocultó en la puerta de una casa de departamentos. Cuando la vio venir tuvo la impresión de que había estudiado baile; pero además de lo que podía haberle conferido ese aprendizaje, se advertía algo que no se aprende y todos los negros tienen: se movía con lentitud, con un ritmo que precisamente recordaba al de los negros, aunque nada en su cara ni en su piel permitía suponerlo. Era más bien alta, llevaba anteojos muy oscuros, una minifalda violeta con una blusa negra.

Entró en el bar, permaneció cosa de una hora y luego salió. Vacilaba en sus movimientos, miró en diferentes direcciones, hasta que se fue por Ayacucho hacia la Recoleta.

La siguió a la distancia conveniente hasta que la vio entrar en LA BIELA. En ese momento confirmó lo que suponía, ya que LA BIELA era uno de sus sitios habituales: estaba buscándolo. Esperó su salida, la siguió: de nuevo hasta LA TENAZA.

S. vaciló por un momento, pero una turbulenta decisión se produjo entonces en su espíritu, en que era difícil distinguir lo que había de fascinante, de lujurioso y de irresponsabilidad ante el peligro. Entró y dirigiéndose hacia ella le dijo: "Ya estoy aquí". Ella lo escuchó sin asombro, con una leve e indescifrable sonrisa.

Así comenzó el hundimiento en una ciénaga fosforescente, con aquella sigilosa pantera negra, que se movía con la misma sensualidad altanera y elástica de esos animales, pero como si su mente fuese controlada por una serpiente. Su voz era grave, pero parecía tener dificultades en atravesar su garganta, como alguien que camina en la oscuridad y teme despertar al que se dispone a desgarrar hasta la muerte. Era una voz sombría y caliente, como de chocolate espeso. Hecho singular: si Schneider estaba detrás de ella, nunca lo pudo saber. Pero intuía que con aquel instrumento ejecutaba una complicada y lenta corrupción.

Hay, pensó en algún momento, muchas formas de castigo. Tal vez, pensó —pero mucho tiempo después—, una de sus manifestaciones iba a ser el sacrificio de Agustina.

OH, HERMANOS MÍOS!

Jujuy, 30. — Por congelamiento mueren dos hermanitas collas, de 13 y 9 años. Las víctimas son Calixta y Narcisa Llampá, que con su hermano mayor habían abandonado la escuela número 36, en el altiplano, para dirigirse a su hogar. Por la fatiga y el frío se detuvieron al costado del camino y se sentaron, mientras su hermano iba en busca de ayuda. Pero cuando volvió con un arriero, las dos hermanas estaban muertas por congelamiento. Tal vez en busca de un último calor, se habían abrazado y así las sorprendió el fin. Nacho recortó la noticia y buscó una caja de zapatos, en cuya tapa, con un marcador negro había escrito:

SONRÍE, DIOS TE AMA

(En caso de incendio
se ruega poner a salvo
esta caja.)

Agregó el nuevo recorte a la pila.

Los Ángeles, Cal. — John Grant, de esta ciudad, de 38 años, estaba mal de deudas y para equilibrar su presupuesto aseguró a su mujer y sus dos hijitos en 25 mil dólares. Luego organizó un viaje de vacaciones en avión para todos ellos, colocando al mismo tiempo una bomba de tiempo en una de las valijas. Fue detenido al cobrar el seguro. Una camarera que quedó abajo, al cambiar su turno, estaba en la combinación.

Ofrecemos los servicios de nuestros hábiles y experimentados escuchadores, que oirán todo lo que usted quiera decir, sin interrumpirlo, por un moderado estipendio. Cuando nuestros escuchadores escuchan, sus rostros expresan interés, piedad, simpatía, comprensión, odio, esperanza, desesperación, furia o alegría, según el caso lo requiera. Abogados y políticos, presidentes de clubs, predicadores, hallarán conveniencia en ensayar sus discursos ante nuestros expertos. Así como las personas solitarias que no tengan con quien hablar. Cualquiera puede contarles libremente sus problemas domésticos o sexuales, sus ideas para negocios o inventos, sin temor de que su secreto sea violado. Miles de testimonios a su disposición certifican este aserto. Dé rienda suelta a sus sentimientos ante nuestros escuchadores y muy pronto advertirá los beneficios. — THE SOUTHERN LISTENING BUREAU, Little Rock, Arkansas.

Estocolmo, France Presse. — Gregori Podyapolsky, sabio que integra el Comité Soviético por los Derechos del Hombre, de 47 años, eminente geofísico, fue citado para un examen psiquiátrico en un hospital militar de Moscú. Se presume que después del examen será internado, como ya es norma en tales casos, para ser sometido a un tratamiento especial.

Roma, AFP. — El obispo Helder Cámara ha relatado, ante periodistas y miembros del episcopado, la forma en que la policía del ejército brasileño organiza cursos para torturadores. El 8 de octubre de 1969, cerca de las 4 de la tarde, un grupo de cien militares, la mayoría sargentos de las tres armas, asistió a una clase dada por el teniente Haylton, quien proyectó fotografías tomadas durante sesiones de torturas, explicando las ventajas de cada método. Después de la exposición teórica, sus auxiliares (cuatro sargentos, dos cabos y un soldado) realizaron demostraciones prácticas con 10 presos políticos.

No todo será amargura: pronto habrá casamiento en ME LLAMAN GORRIÓN, que ha llegado a un punto decisivo, con la consiguiente ansiedad en los telespectadores. Rosa Morelli (Beatriz Taibo) que ha tenido que disfrazarse de muchacho para conseguir trabajo como dependiente de almacén, y Gabriel Mendoza (Alberto Martín), el alocado joven con ínfulas de play-boy, pero que ha descubierto en ella la mujer de su vida, corren un serio peligro. El episodio de hoy nos muestra un Gabriel desilusionado y listo para irse a París, pretextando la necesidad de ampliar los negocios de su padre, pues ha perdido todas las esperanzas de conquistar a Rosa, al saber que ésta aceptó de novio a "Lechuga" (Alfonso de Grazia). Entrevistado Abel Santa Cruz por esta revista sobre las preocupaciones de numerosos lectores que nos escriben (léase, por ejemplo, la indignada carta de Mafalda Patricia Graziani, de Merlo) le preguntamos cuál será el destino de Rosa y Gabriel. Llegarán a casarse? Ah, eso sí! —nos respondió el celebrado libretista—. Casi seguro lo harán antes de fin de año, porque no sé si renovará el contrato con la emisora para el año próximo. Si se renueva, en cambio, continuaremos la historia con ellos casados, luchando por afirmar la felicidad que tan duramente han alcanzado. A lo mejor el matrimonio no funciona y la historia puede terminar con la separación. Pero es una posibilidad remota y depende de múltiples factores: de si el ciclo sigue o debe levantarse, y desde luego de lo que el público quiera, pues debemos contemplar sus puntos de vista. CANAL TV.

Buenos Aires, Telam. — En la madrugada de ayer, Daniel Fuentes, de 20 años, grabó en una cinta los motivos de su decisión. Después se ató el grabador al cuerpo, se trasladó al patio del fondo, ató el extremo de un alambre grueso al travesaño de un parral y el otro en su cuello. Finalmente se subió a una cornisa y se disparó un tiro en la sien derecha, "por si falla alguno de los métodos", explicaba en la cinta. Al caer pesadamente al vacío, quedó colgando del alambre. Posición en que lo halló su padre, que corrió al oír el disparo. Al enterarse la chica aludida en la cinta, declaró: "Pero qué loco, caramba".

Buenos Aires. — El señor Alvan E. Williams, en el momento de descender del avión, sonriente. Se propone desarrollar un vasto plan de difusión de sus famosos desodorantes secos. El porvenir —declaró con firmeza— es de los desodorantes secos y no hay ningún motivo para que este interesante mercado no lo entienda de esta manera. Tengo la convicción de que muy pronto nuestra inquietud dará frutos alentadores.

Fabricantes especializados proyectan perfumes u olores que evoquen recuerdos de escenas queridas o memorables: la sensación de un bosque de pinos, cuando por

primera vez estuvo con su actual esposa; campo inmediatamente después de la lluvia o del salón donde el interesado pronunció el discurso de inauguración de la empresa o del aniversario de su club, etc. Se piensa fabricar imitaciones de olor de verduras, de hojas frescas, de corteza de árbol, de cáscara de melón, de pepinos y hongos, de líquenes, humo, cuero de chanco, caballos sudorosos, tabaco o agua salada. Algunos gustos, como el de carbón quemado, están destinados a agregarse a bifés asados eléctricamente, de modo que imitarán a la perfección el típico sabor de la carne asada en el campo, THE AMERICAN PERFUMER.

Lansing, Texas. — Dudley Morgan, negro, acusado de agresión contra la señora McKay, fue perseguido por blancos enfurecidos y armados, y luego amarrado a una pica de hierro y se preparó una gran pira de leña y materiales inflamables. En el momento de ser encendida, había ya una multitud cercana a los 5.000. Cuando hubo astillas de pino al rojo, con sus puntas le fueron pinchados los ojos. Luego la garganta y partes del pecho, mientras Morgan gritaba que por favor se le diera muerte de un disparo. La multitud gritaba para que la muerte fuese lo más lenta posible, así que el material inflamable fue retirado de manera que la combustión del negro no se produjese en seguida, lo que hacía retroceder y aullar al negro por los crecientes dolores. El olor a carne quemada era cada vez más insoportable, no obstante lo cual la multitud pugnaba por no perder detalle. La señora McKay, que acababa de llegar en coche con cuatro amigas, no pudo sin embargo acercarse como consecuencia de los apretujones. Antes de morir, el negro logró balbucear "Díganle adiós a mi esposa", después de lo cual su cabeza se inclinó ya sin vida. Cuando el fuego terminó su tarea, muchos se acercaron para llevar recuerdos: trozos del Cráneo o de los huesos. Los captores, levantados en andas, fueron fotografiados en medio del júbilo.

Londres, U.P. — Durante el verano, los turistas que llegaron a las Islas Frisias debían cavar un sendero en la playa para llegar hasta el agua, pues las playas estaban cubiertas de aceite. El himno escrito por Lord Byron a la pureza y al azul del Mar del Norte se refiere a un paisaje que no existe más. Durante estos cien años, los residuos industriales que llevan los hediondos canales holandeses constituyen, según declaraciones del Ingeniero Luck, "el tributo que pagamos al progreso". Sir Gilmore Jenkins afirmó que medio millón de toneladas de petróleo cubre las superficies de ese mar. Ácidos, amoníaco, insecticidas, detergentes, cianatos, fenoles, aguas cloacales y materiales carboníferos llegan diariamente al mar, así como titanio y desperdicios de mercurio. Como consecuencia, sólo en las costas británicas mueren 250 mil aves marítimas por año. En poco tiempo más la vida entera marítima será aniquilada, o degenerada por la industria.

Carta en el mismo día, publicada en CANAL TV, de Mónica Cecilia Di Benedetti, de Villa Lynch: no comprendo por qué señor Migré se empeña en aumentar las desdichas de una chica ya de por sí tan desgraciada como Roxana. Somos muchas las amigas de aquí, aunque firme solamente yo, que solicitamos de una vez por todas se arregle la situación de Roxana con el Dr. Mendoza, ya que una diferencia de situación social no justifica de ninguna manera que se haga sufrir así a un personaje tan delicado como Roxana. Créame, señor Director, que la teleaudiencia de la pantalla chica quedará muy reconocida si estas líneas se publican y pueden servir de algo para que el Sr. Migré rectifique su conducta.

"Sólo un diplomático de raza podía enfrentar el hecho consumado. El 25 de mayo, en la Casa de Gobierno, el protocolo para el saludo al presidente fijaba frac con chaleco negro, y el embajador a que aludimos, por no conocer aún las costumbres del país, acudió con jaqué. Al llegar al recinto y ver a sus pares con frac, gracias a un dominio absoluto, no demostró la menor turbación, y se ubicó en el lugar que le estaba destinado." Revista dominical de LA NACIÓN, Buenos Aires.

Buenos Aires, La Razón. — Miguel Kiefer, rumano, de 59 años, tenía una chacra en Pampa del Infierno, Chaco, donde trabajaba en unión de su esposa Margarita Schmidt, de 46, y de sus hijos Juan y Jorge, casado éste con Teodora Diebole, de 21 años. Próxima Teodora a ser madre, y como el niño iba a constituir una carga, la suegra resolvió que debía abortar, para lo cual infligía durísimos castigos a su nuera, sin que su hijo se atreviera a intervenir. Ante la inutilidad del procedimiento, y previo consejo de familia, se decidió matarla mediante la picadura de una yarará, que fue introducida en una canasta de ropa. Luego la señora de Kiefer ordenó a su nuera que buscara una camisa en la canasta, siendo entonces picada por la víbora. Como el veneno pareciera actuar con lentitud, y temiendo que finalmente no tuviera efecto mortal, la familia subió a un carro y obligaron a Teodora, atada con una soga, a seguir la marcha corriendo. Enloquecida de sed y por los efectos del veneno, contó luego su marido al tribunal, la muchacha clamaba piedad. Pero la sentencia de muerte había sido ya dictada. Para acelerarla, la suegra la asfixió apretándole el cuello con un pañuelo.

París, A. F. P. — Thor Heyerdhal ha realizado en 1947 la expedición del KON-TIKI y en 1969 la del RA. En esta última expedición notó, declara, una diferencia con la anterior. En 1947 teníamos un océano completamente claro, en el que no vimos ningún signo de la mano del hombre durante 101 días de viaje, a lo largo de 4.300 millas. Pero en 1969 no hubo un día en que no navegásemos entre toda clase de

desechos, navegando constantemente entre envases plásticos, botellas de vidrio, latas y manchas de petróleo. No se trataba de los desperdicios tradicionales, que terminaban transformándose en otras formas útiles de vida orgánica, sino de los materiales sintéticos que no forman parte de la evolución de la naturaleza. No tenemos ninguna pauta de hacia dónde queremos ir, pero seguimos fabricando, concluyó con tono sombrío.

New York, A.F.P. — El soldado Arnold W. McGill, acusado de genocidio, declaró que no sabe por qué se hace tanta alharaca con lo de la aldea vietnamita, cuando ese procedimiento se ha seguido regularmente, como lo saben perfectamente los generales que han conducido el Pentágono. Yo no he hecho otra cosa que obedecer órdenes que venían del capitán Medina, dijo. Y agregó: por otra parte se trataba de una aldea que nos venía molestando en toda forma.

Bromwich, U.P. — Bill Corbet declaró ante el juez que desde hace 7 años no dirige la palabra a su esposa, aunque viven bajo el mismo techo. En la corte local, la señora Corbet confirmó el hecho: "Hace muchos años que no nos hablamos. Cuando uno entra en el cuarto, el otro sale. Pero nos encontramos muy poco, algunas veces en la escalera o en la puerta del baño". Agregó que hasta hace un tiempo le preparaba la comida, se la dejaba en la mesa y le dejaba mensajes escritos: la sopa ya tiene sal, el guiso está recalentado. Ese tipo de informes. Pero últimamente también ha cesado ese género de comunicación.

Tokio, A.F.P. — En la mañana del bombardeo de Hiroshima —relata el señor Yasuo Yamamoto— iba en bicicleta cuando oí ruido de aviones. Pero no presté atención, porque en aquellos días estábamos habituados. Dos minutos más tarde vi levantarse una gigantesca columna de fuego en medio de terroríficas explosiones, como el estampido de mil truenos a la vez. Mi bicicleta fue arrojada al aire y yo caí detrás de una pared. Cuando pude trepar, vi una horrenda confusión, sentí una enloquecida gritería de chicos y mujeres, así como alaridos de personas seguramente malheridas o moribundas. Corrí hacia mi casa, advirtiendo en el trayecto gentes apretándose grandes heridas, otros cubiertos de sangre, la mayor parte quemados. Todos mostraban el pavor más grande que yo he visto en mi vida, y el sufrimiento más grande concebible. Más allá de la estación se veía un mar de fuego y todas las casas destruidas. Me angustiaba pensar en mi único hijo Masumi y en mi mujer. Cuando por fin logré llegar, entre escombros e incendios, hasta lo que había sido mi casa, no había más paredes y el piso estaba inclinado como por un terremoto, con pilas de vidrios rotos y fragmentos de puertas y cielorrasos. Mi esposa, herida, clamaba por nuestro hijo, que había salido para hacer un pequeño

mandado. Lo buscamos por todos lados, en la dirección donde había ido, hasta que oímos por ahí a un ser desnudo, casi sin piel, con el pelo también quemado, que gemía en el suelo, casi ya sin fuerzas siquiera para contraerse. Con horror, le preguntamos quién era, y con voz apenas comprensible el desdichado murmuró con una voz extrañísima Masumi Yamamoto. Lo pusimos sobre una tabla, resto de una puerta, con infinito cuidado, porque era una llaga viva, y lo llevamos hasta algún lugar de auxilio. Unas diez cuadras más allá advertimos una larga fila de heridos y quemados que esperaban ser atendidos por médicos y enfermeras, también heridos. Pensando que nuestro niño no aguantaría más, rogamos a un médico militar que al menos nos diera algo para aliviar sus dolores. Nos dio aceite para cubrirlo y así lo hicimos. El chico nos preguntó si iba a morir. Con fuerza le dijimos que no, que pronto se curaría. Quisimos llevarlo de nuevo a nuestra casa pero nos dijo que, por favor, no lo movieran de donde estaba. Al oscurecer se tranquilizó un poco, pero pedía agua constantemente. Y aunque no sabíamos si podía empeorarlo, se la dábamos. Por momentos deliraba y sus palabras no se entendían. Después de un tiempo pareció recobrar el sentido y nos preguntó si era cierto que había un cielo. Mi esposa estaba trastornada y no atinó a responder, pero yo le dije que sí, que había cielo, un lugar muy lindo donde nunca había guerras. Escuchó estas palabras atentamente y pareció que se tranquilizaba. "Entonces, es mejor que me muera", murmuró. Ya no podía casi respirar, su pecho se alzaba y bajaba como un fuelle, mientras mi mujer lloraba en silencio para que él no la oyera. Después, nuestro hijo empezó de nuevo a desvariar y ya no pidió más agua. A los pocos minutos, felizmente, dejó de respirar.

Carta del señor Lippmann, de Eureka, Colorado, dirigida al Secretario General de las Naciones Unidas, publicada en el NEW YORK TIMES:

Estimado Señor:

Le escribo para comunicarle que he decidido renunciar como miembro de la raza humana. Por consiguiente, pueden ustedes prescindir de mí en los tratados o debates que esa Sociedad realice en el futuro. Saludo a usted con atención.

Cornelius W. Lippmann.

DE ENTRE LOS RECORTES

Nacho eligió tres que decidió incorporar a su galería en la pared. Un enorme anuncio de veinte centímetros por dos columnas, que llevaba como título DIOS TIENE TELÉFONO! 80-3001. Llamar en caso de urgencia.

Otro aviso le pareció interesante, en LA NACIÓN, colocado cerca de las noticias importantes: NO MÁS SOLEDAD! Solución a su nivel socio-económico y cultural. Ambos sexos. Humanidad, comprensión, experiencia, veracidad y reserva, ESTUDIO ASTRAL. Dirige E. Matienzo Pizarra, Córdoba 966. Consulte y pida hora al 392-2224. Después de pegar el aviso en la pared llamó al número indicado y cuando una señorita le respondió "Estudio Astral, muy buenas tardes", respondió GUAU! GUAU! GUAU!

Para dar término a su trabajo del día, colocó encima de la foto de Anouilh en jacquet, saliendo de la iglesia, la contratapa de un número del READER'S DIGEST con un gran retrato de Paul Claudel, en que el distinguido diplomático y poeta metafísico, gordo pero con grave dignidad, mirando con ojos penetrantes y admonitorios al lector, decía LEED EL READER'S DIGEST! La admonición venía acompañada por sensatas palabras de fundamento.

Luego resolvió ir al zoológico.

ESA TARDE S. CAMINÓ LARGAMENTE

esperando la hora en que debía encontrarse con Nora, hasta que llegó a Plaza Italia, desde donde tomó por la Avenida Sarmiento hacia el Monumento de los Españoles, por la vereda del zoológico, sin rumbo fijo. Expresión que en ese momento surgió en su mente, lo que demostraba, en opinión de Bruno, que hasta los escritores se dejan llevar por las expresiones corrientes, tan superficiales como falaces. Porque siempre caminamos con un rumbo fijo, en ocasiones determinado por nuestra voluntad más visible, pero en otras, quizá más decisivas para nuestra existencia, por una voluntad desconocida aun para nosotros mismos, pero no obstante poderosa e inmanejable, que nos va haciendo marchar hacia los lugares en que debemos encontrarnos con seres o cosas que de una manera o de otra son o han sido o van a ser primordiales para nuestro destino, favoreciendo o estorbando nuestros deseos aparentes, ayudando u obstaculizando nuestras ansiedades, y, a veces, lo que resulta todavía más asombroso, demostrando a la larga tener más razón que nuestra voluntad conciente. S. sentía bajo sus pies las blandas hojas de los plátanos que el viento hacía caer, en aquel atardecer

depresivo de los días de fiesta, sobre todo en ese barrio, cuando los chicos que corretean por el jardín zoológico ya han sido retirados por sus padres o niñeras, y cuando los marineros, corridos por el frío y la llovizna, se han metido en los bares de la calle Santa Fe, con sus chicas regulares o con las modestas turrillas que los acompañan a tomar un submarino caliente con medialunas. Nadie se veía en aquella solitaria vereda, excepto un muchacho flaco tomado de los barrotes de la verja con sus dos manos, con los brazos abiertos en cruz, mirando hacia el interior del zoológico, estático, y al parecer indiferente a la llovizna, porque no llevaba otra ropa que unos blue-jeans desteñidos y una campera tan deshilachada como sus pantalones, componiendo una figura desmañada y un poco grotesca.

Hasta que al acercarse un poco más advirtió que era Nacho, momento en que se detuvo como si estuviera cometiendo una mala acción o sorprendiendo a alguien en un acto de absoluta intimidad. De modo que se alejó, dando un rodeo, cuidando la posibilidad de que el chico dejara de observar fijamente aquel jardín silencioso, con sus animales perdidos como inofensivos fantasmas. Hasta que, una vez a suficiente distancia, se detuvo a observarlo desde atrás de un plátano, fascinado por su presencia y por su actitud estática y contemplativa.

MIENTRAS NACHO

tenía como tantas otras veces siete años, lejos del territorio de la suciedad y la desesperación, sentado en el suelo, a la sombra del quiosquito, descifrando RAYO ROJO, sintiendo la tranquila respiración del Milord, tirado a todo lo largo, con su color café con leche y sus manchas blanquecinas de perro callejero, dormitando a sus pies, sin duda soñando en apacibles meditaciones de siesta, seguro en el mundo por saberse al lado de Fuerzas Poderosas y Benefactoras, sobre todo Carlucho, doblemente gigantesco sobre su sillita enana, tomando con pensativa lentitud su mate en jarrito enlozado, meditando en su hora filosófica; meditación (según Bruno) que de ninguna manera podía ser molestada por la presencia del chico ni del Milord sino, por el contrario, facilitada y hasta fomentada, ya que sus Pensamientos no eran para sí solo sino, dada la condición de su espíritu, para la Humanidad en general y para aquellos dos seres desamparados muy en especial. Así que mientras el chico leía el RAYO ROJO y el Milord soñaba seguramente con hermosos huesos y aquellas lindas caminatas de los días feriados por la Isla Maciel,

Carlucho redondeaba nuevas ideas sobre la Misión del Dinero, el Papel de la Amistad y la Tristeza de la Guerra.

Momento en que en virtud de algún recuerdo o pensamiento suscitado por la historieta, Nacho, manteniendo la revista abierta en la página que leía, levantando sus ojos hacia su amigo, dijo "Carlucho" y el gigante de pelo canoso y espaldas de atleta dijo mecánicamente "lo qué", sin abandonar del todo las ideas que en ese momento ocupaban su cabeza.

—Pero me oís o no me oís? —casi se quejó el chico.

—Te oigo, Nacho, te oigo.

—Qué animal te gustaría ser?

Otras veces habían discutido sobre tigres y leones. La idea general era más o menos así: los tigres eran como los gatos, los leones eran como los perros. Qué gracia: los dos preferían los perros. Pero esta pregunta era más complicada, y Nacho, que conocía a fondo a Carlucho, no iba a preguntarle algo tan sonso. No, señor.

—Sí, qué animal te gustaría ser.

No esperaba una respuesta rápida, sabía que Carlucho era justiciero y que no iba a contestar cualquier cosa para salir del paso. No era cuestión de decir, por ejemplo, elefante y se acabó. No iba a contestar algo falso o algo que resultara ofensivo para cualquier clase de animal, pájaro o fiera o lo que fuese. Por lo tanto, la pregunta era enorme. No en vano Nacho lo había pensado muchas veces, era un proyecto largamente cavilado.

Carlucho dio una chupada larga al matecito y, como era característico cuando se concentraba mucho, fijó sus ojos azules en el techo verdoso de aquel mirador que daba sobre la calle Chiclana, mientras murmuraba para sí mismo "si yo tendría de ser animal..."

—Sí —confirmó Nacho, impaciente.

—Perá, perá... Qué te cré, Nacho, que la cosa son tan fáçile? Si la cosa sería tan fáçile... Perá un poco...

Nacho sabía de sobra que cuando se le hinchaban aquellas venas del cuello era porque estaba pensando con mucha fuerza. De modo que esa hinchazón lo hacía gozar, porque hacía mucho tiempo que había calculado la pregunta, seguro de que lo pondría a Carlucho en un apuro. A otros, no, naturalmente. El interrogado respondía elefante o tigre o león y se acabó. Carlucho era distinto, tenía que pesar el pro y el contra, tenía que decir ni más ni menos que lo que considerase la verdad, "porque lo justo é lo justo".

—Te voy a sé sincero, pibe: nunca lo pensé, jamá de lo jamase. Tené cada pregunta vo.

Apartó suavemente con el pie a Milord, que tenía la maldita costumbre de irse corriendo siempre hasta ponerse debajo mismo de la pava con agua hirviendo, y volvió a concentrar su mirada sobre el techito verdoso.

—Y? —insistió Nacho, que más estaba gozando cuanto más tiempo pasaba y más se hinchaban las venas.

Carlucho se enojó. Nacho tenía miedo cuando se enojaba porque, como el mismo Carlucho reconocía cuando recobraba la calma, cuando perdía lo estribo era capá de cualquier cosa.

—Pero vo qué te cré! —gritó, mientras los ojos se ponían brillantes de cólera—. Te dije que perase un momento. O no te dije que perase? Eh?

Nacho se achicó todo y esperó que pasase la tormenta. Carlucho se levantó y empezó a acomodar en ángulo recto las revistas, los chocolatines, los atados de cigarrillos. Todo estaba alineado como un ejército disciplinado y limpio, la menor irregularidad lo molestaba: no había casi nada que pudiera desagradarle más que ver algo en "falsa escuadra". Se fue calmando poco a poco, hasta que volvió a sentarse en la sillita:

—Hay que joderse también con vo. Mirá si hay animale: tigre, leone, lefante, águila, cóndore, cabra, qué sé yo... pa no hablarte de la sabandija, de la hormiga o lo piojo, o la propia rata... Hay que joderse. Asegún vo habría que agarrá y resolvé todo así, de un saque.

Chupó meditativamente el mate y Nacho comprendió que la reflexión estaba llegando a su fin, por aquella sombra de sonrisa interior que empezaba a esbozarse en su cara y que él conocía tan bien.

—Si yo tendría de sé animal... —comentó ya casi sonriendo, tanto para alargar el gusto.

Se levantó, dejó el matecito sobre el cajón que le servía de cocinita y luego, con mucha calma, volviéndose hacia el chico, le respondió:

—Te voy a sé sincero, pibe: popótamo.

Nacho casi saltó. No estaba sorprendido, estaba casi enojado, porque por un momento pensó que Carlucho quería tomarle el pelo.

—Pero estás loco? —gritó.

Carlucho lo miró con severidad y su cara adquirió aquella fría calma que precedía a sus peores explosiones de rabia.

—Qué tienen lo popótamo? —preguntó con voz helada—. Vamo a vé.

Nacho se volvió humilde y quedó callado.

—Vamo a vé. Ahora vo me va a decí qué tienen lo popótamo de malo.

El Milord se había contraído y observaba con las orejas alertas, medio asustado.

Nacho observó a Carlucho con cautela. Cuando Carlucho asumía aquel aire era

peligrosísimo y la menor palabra equivocada podía desencadenar una gran catástrofe.

—Yo no dije que los hipopótamos fueran malos —se atrevió a murmurar, sin dejar de vigilar la cara de su amigo.

Carlucho lo escuchó observándolo inquisitivamente.

—Saltaste como leche hervida —comentó.

—Yo?

—Sí, vo. Ahora me va a negá que saltaste como leche hervida.

—Yo no salté nada. Pensé que más bien te podía haber gustado otro animal. Nada más.

La calma helada de Carlucho: no estaba satisfecho, allí había gato encerrado.

—Ahora vo me va decí qué tienen de malo lo popótamo.

Nacho midió el peligro. Si negaba totalmente cualquier mala intención, cualquier hecho negativo, Carlucho iba a sospechar que estaba mintiendo. Intuyó que era preferible decir parte de lo malo.

—Y yo qué sé —comentó—. Son animales bastante feos.

—Ta bien. Qué má. No me va a salí ahora que porque son fiero no son animale de primé orden.

—Creo que son bastante sonsos, además.

Carlucho lo escrutó con severidad.

—Sonso? Y quién te dijo que son sonso?

—Y... no sé... me parece...

—Me parece, me parece! Así que porque a vo te parece resulta que lo popótamo son sonso?

Nacho lo controló, como alguien delante de una granada que no se sabe si todavía puede estallar. Trató de calmarlo.

—Bueno, quién sabe, a lo mejor no es así... qué sé yo...

—A lo mejó é así! Cuándo aprenderá vo a sé juicioso y a no decí macana tra macana!

Despachó unos cigarrillos, acomodó el resto de la impecable armada y se sentó. Nacho sabía que era mejor dejar que se calmara lentamente y no volver a comentar nunca más nada sobre los hipopótamos. Cuántas veces habían quedado en el misterio más profundo aseveraciones de Carlucho sobre el dinero o los acorazados, sobre las modas femeninas o las tortas con grasa. Dejó pasar mucho tiempo antes de volver sobre el tema de los animales. Carlucho era como esos poderosos ríos de llanura, lentos y aparentemente calmos, con aguas que parecen no moverse, pero que tienen peligrosísimos remolinos donde el que se arriesga se hunde y pierde la vida. Para no hablar de la furiosa fuerza que tienen cuando vienen las tormentas y las crecientes. Carlucho detestaba que una afirmación muy

meditada fuese tomada a la ligera. Claro que a veces hacía bromas. Pero cuando se hablaba en serio lo enfurecía que no se entendiera que se estaba hablando en serio.

Mucha amargura le produjo lo de los hipopótamos, y durante varios días estuvo resentido: permanecía en silencio o respondía con monosílabos.

Hasta que cuando todo hubo pasado y pudieron conversar amistosamente sobre infinidad de temas, Nacho volvió a la carga, pero en general. Zoológico, esas cosas.

—Si yo sería gobierno —dictaminó Carlucho— prohibiría lo zoológico. Ai tené.

—Por qué. Carlucho. A mí me gusta ir al zoológico. Me gusta ver a los animales. A vos no, acaso?

—No, señor. No me gusta nada. No me gusta nada. Te soy sincero, pibe: si yo sería gobierno no sólo prohibía lo zoológico. Ponderaría preso a eso tipo que van en el África a garrá animale salvaje.

Nacho lo miró extrañado.

—Te llama la atención, eh?

Se levantó para despachar cigarrillos y volvió a sentarse en la sillita enana.

—Así é la cosa —afirmó sentenciosamente—. Ponderaría preso a todo eso canalla. A vé si le gustaba está entre reja, como lo leone o lo tigre.

Se volvió hacia Nacho.

—A vo te gustaría está en una jaula?

Nacho lo miró sorprendido.

—A mí? Claro que no.

Carlucho se levantó con energía y con su cara radiante, señalándolo con el índice, como el fiscal en una acusación, exclamó:

—Ai está! Vé? Vé cómo son la cosa? Te agarré inflagante, aí tené!

Se volvió a sentar, se calmó, chupó el mate y se quedó pensativo, mirando hacia el techito verdoso.

—Así é el mundo, la gran puta.

De pronto se volvió hecho una furia.

— Decime, Nacho, y si a vo no te gusta estar a una jaula, cómo queré que le guste a un león o a un tigre? Eh? Bicho que pa colmo está acostumbrado a la selva, a andar libre y recorré el mundo entero. Eh?

Nacho se quedó en silencio.

—Testoy hablando, Nacho! —insistió con energía.

—Sí, Carlucho, es cierto.

Carlucho empezó a calmarse, pero permaneció en su sillita largo tiempo sin hablar. Vinieron después varios clientes.

—Cigarrillo, cigarrillo! Dale que va: también ponderaría a la cárcel a lo fabricante de cigarrillo. Todo é un negocio. A lo treinta año, cuando mi viejo tenía treinta año, el

dotor Helguera le dijo a mi viejo vea don Salerno o deja de fumá o se muere en sei mese.

—Y tu padre?

—Mi padre? Qué te creé, vo. Mi padre era duro como fierro. Dejó de fumá y sansecabó. Así son lo hombre, no esto tirifilo de ahora que te dicen que si pueden, que si no pueden, que sí, que no, que el cigarrillo, que no el cigarrillo, que el vicio, que no el vicio. Todo manflora.

—Manfloras?

—Cuando sea má grande lo va a sabé.

—Así que dejó de fumar.

—El finado e mi viejo era de una sola palabra. Hasta que murió no volvió a tocá un toscano.

—Toscano?

—Ma sí, Nacho. Toscano. O te pensá qu'iba a fumá rubio con filtro, como esto marica. En casa nunca entró ni tabaco rubio ni bebida dulce. Palabra.

Nacho ardía por volver a hablar de los hipopótamos.

—Pero decime, Carlucho, si no hay zoológicos, adónde van a ir los chicos a ver los animales?

—Adónde? A ninguna parte.

—Y cómo, a ninguna parte? Así que no hay que ver más animales salvajes?

—No, señor. Nadie se va a morí porque no vean un león enjaulado. Un león tiene que está a la selva, tiene que está. Con su padre y con su madre, si é cachorro. O con su leona si é grande, y su hijo. Y a lo tipo que lo cazan yo lo metería a su lugar, en lo zoológico. A vé, que coman manise a la jaula. Van a vé.

Nacho lo miró.

—A vo te gusta conversá conmigo, no é así?

—Sí, claro.

—Y bueno, lo animale también conversan, qué te cré. O pensá que porque dan rugido no conversan? Vo sabé lo que é un oso que está a la jaula, dale que dale, siempre la misma vuelta, de aquí pallá, de allá paquí, siempre lo mismo, siempre solo, siempre pensativo?

Se quedó mirando el techito verdoso.

—Parece mentira que nadie se dé cuenta.

Después de un tiempo prosiguió:

—A mí me gusta hacé experimento. Sabé lo qu'hice un día?

Una sonrisa anunciaba que aquel experimento había sido decisivo.

—Sabé lo qu'hice? Me fui ál zoológico a eso de loración.

—Cómo, aloración?

—Ma sí, sonso, a la tardecita. Cuando ya han cerrao el zoológico. Viste la verja que da por lavenida Sarmiento?

—Sí.

—Bueno, era la tardecita, lo pibe ya se habían ido a tomá la leche, lo portero habían cerrado la puerta. No había propiamente nadie. Hay que vé lo que entonce é el zoológico. Hace la prueba.

—Qué prueba?

—El zoológico cuando no hay nadie.

—Y cómo es, Carlucho?

Carlucho bajó la cabeza y empezó a hacer unos dibujitos con una paja de escoba en la tierra de la vereda.

—E tristísimo —murmuró.

—Y bueno, porque no están los pibes, porque no les dan caramelos o galletitas, todo eso.

Carlucho levantó su cara irritada.

—Cuándo aprenderá vo. No te da cuenta, pavote? Cuando están lo chico, lo animale se distraen, claro, cómo no. Bueno fuera. Que un caramelo, que lo manise, que lo bizcochito. Claro que se distraen. A quién má, a quién meno, a todo lo animale le gustan lo chico. No me aparto. Pero entendé? Se DISTRAEN!

Nacho no comprendía. Carlucho lo examinaba como un profesor a un alumno incapaz.

—Supongamo (é un suponé) que a vo se te muere tu padre, pongo por caso, y viene un amigo y te habla de si el partido de River, de si el paro de la CGT, de cosita. Te distrae. No te digo que no lo tengan que hacé, si te quieren. Está bien, é natural, é una buena cosa.

Nacho lo miraba.

—Vo no me entendé. Te lostoy viendo a la cara.

Se concentró. La vena del cuello comenzó a hincharse.

—Lo que quiero decí é que no tiene que habé amigo que te hablen de River. Si no que no se te muera el padre. Entendé lo que te quiero decí?

Observó al chico, para ver si la idea le entraba en la cabeza.

—Te da cuenta? No é que yo moponga a que lo chico vayan al zoológico y le den manise a lo elefante o bizcochito a lo mono. Lo que te digo é que no tiene que habé zoológico. Por eso hice lesperimento.

—Qué experimento?

—Mirá lo animale, a la tardecita, cuando empieza a caé la noche, cuando están solo, lo que se dice solo, sin pibe, sin caramelo, sin nada, lo que se dice nada de nada.

Volvió a hacer dibujitos con la ramita en el suelo y al cabo de un largo silencio levantó su cara y al chico le pareció que sus ojos estaban velados.

—Y qué viste, Carlucho? —preguntó, sin saber si debía hacerlo o no.

—Qué vi?

Se levantó, arregló unas cajas y después respondió:

—Y qué te parece que podía vé? Nada. Lo animale solitario. Eso é lo que vi.

Se sentó y agregó como para sí:

—Había uno animale grandote, una especie de no sé qué. Había que verlo. Está encorvado, mirando el suelo, nada má que mirando el suelo, todo el tiempo. Cada ve má oscuro, y el bicho solito. Tan grandote. Ni se movía pa espantá una mosca. Estaba pensando. Vo creé que lo animale porque no hablan no piensan? Son como lo cristiano: cuidan la cría, acarician lo hijo, lloran cuando matan a la compañera. Así que vaya a sabé lo que pensaba aquel bicho. Y te voy a decí que cuanto má grande má pena me da. No sé, lo bichito chico a vece no me gustan, pa qué no vamo a engañá. Son molesto, como la pulga. Pero eso animale grandote... Un león, pongo por caso. Un popótamo. Te da cuenta lo triste que debe sé no está nunca má a la selva, lo que se dice nunca má? A lo grande río, a lo lago?

Se calló.

—Y sabé lo que pasó después?

—Qué.

—Le hablé.

—A quién?

—A quién iba a sé, sonso: al animal ese, bisonte, qué sé yo.

—Le hablaste?

—Y por qué no? Pero no se movió nada. Claro, capá que no me oía. Maginate, yo no podía ponerme a gritá desde la verja. A vé si me tomaban por loco.

—Y qué le decías?

—Y, qué sé yo... Cosa... macanita... Bicho, le decía. Bicho. Y nada.

—Y qué podía responder?

—No, natural. Pero al meno que me mirara. Pero nada.

—A lo mejor no te oía.

—Claro, claro. Yo tenía de hablá en vo baja.

Se quedaron en silencio. Después hablaron de otras cosas, pero al final Carlucho volvió a lo mismo:

—Sabé una cosa?

—Qué.

—Yo podría ser médico. Pero no veterinario.

—Por qué?

—Por ese asunto. Capá que hablan entre ello, seguro que entre ello se entienden como nosotros. Si vos so médico y un tipo te dice me duele esto o esto de má allá, está bien. Podé rumbiá. Pero cómo hace pa rumbiá con un popótamo? O con un león? Maginate ese rey de la selva tirado, sin fuerza pa mové la cabeza, que te mira con ojo triste, pidiendo ayuda, confiao en vos. A lo mejó, pudriéndose de cáncer y vos sin sabé lo que le pasa.

Lentamente, la tarde de otoño se iba convirtiendo en noche, primero en los lugares más ocultos, en el interior de las casillas de los animales, para ir creciendo luego hacia lo alto, poco a poco, mientras Nacho se empeñaba en seguir viendo a través de la reja, adivinando un elefante, y más allá quizá al mismo bisonte que aquel día Carlucho había contemplado en su experimento, al mismo a quien le había dirigido aquella pequeña palabra sin respuesta.

PORQUE, QUÉ CLASE DE TERNURA,

qué palabras sabias o amistosas —pensó Bruno que pensaba Sabato—, qué caricias podían alcanzar el corazón escondido y solitario de aquel ser, lejos de su patria y de su selva, brutalmente separado de su raza, de su cielo, de sus frescas lagunas? No era difícil que cavilando en esas penurias Nacho bajara finalmente sus brazos y, encorvado y pensativo, con las manos en los bolsillos traseros de sus blue-jeans, pateando distraídamente alguna piedrita, caminara luego por la Avenida del Libertador. Hacia dónde? Hacia qué soledades, todavía? Y entonces a S. le volvió en el estómago aquel asco por la literatura, que cada día se le repetía con más fuerza, y volvió a pensar en lo de Nietzsche: tal vez uno podría llegar a escribir algo verdadero cuando esa repugnancia por los literatos y sus palabras llegase a un grado irresistible; pero repugnancia de verdad, de esas que pueden provocar un vómito a la sola vista de uno de esos cocktails de artistas que hablan de la muerte mientras se disputan un premio municipal. Y después, a un millón de kilómetros de todos esos (esos?) seres vanidosos, mezquinos, perversos, sucios, hipócritas, empezar a respirar aire puro y fresco, estar en condiciones de hablar sin avergonzarse con un analfabeto como Carlucho, hacer algo con las manos: una acequia, un pequeño puente. Algo humilde pero limpio y exacto. Algo útil.

Pero como el corazón del hombre es insondable —se decía Bruno—, con ese pensamiento en su cabeza, el cuerpo de S. se dirigió hacia la calle Cramer, donde se encontraría con Nora.

PASÓ UN TIEMPO

sin que tuviera más noticias del Dr. Schnitzler. Y pensó, con alivio, que no las tendría más. Hasta que un día oyó por teléfono sus chillidos de ratón extranjero. Qué le pasaba, Dr. Sabato? Estaba enfermo? Había que cuidarse. No le había prometido visitarlo con más tiempo? Acababa de llegarle de Oxford un libro fantástico, etc. Dejó transcurrir algunas semanas, sin saber qué actitud tomar, vacilando entre el temor de verlo y el temor de dejar de verlo, suscitando así vaya a saber qué reacciones. Hasta que recibió una carta con un encabezamiento un poco frío y probablemente irónico sobre su salud, sobre esos ataques de gota y las neuralgias dolorosas en la cara. Las parálisis histéricas (no lo sabía?) aparecen con más frecuencia en el lado izquierdo, el lado sometido a las influencias inconcientes. Se llevó la mano al lado izquierdo. Hacía ya un tiempo que lo acometía una curiosa idea: alguien se acercaba con un gran cuchillo puntiagudo, le agarraba la cabeza con una mano, por la nuca, como suelen hacer los peluqueros, y con la otra le metía la punta del cuchillo en el ojo izquierdo. Mejor dicho, no precisamente en el ojo sino entre el globo ocular y el hueso de la órbita. Una vez efectuada esta operación, que el individuo ejecutaba con precisa cautela, deslizaba el cuchillo a lo largo de la órbita hasta hacer caer el ojo. Generalmente caía a los pies, pero luego, saltando como una pelotita, llegaba hasta lugares más alejados.

Este proceso le provocaba una sensación en extremo viva y desagradable. Así que cada vez que intuía iba a producirse comenzaba a angustiarse. Lo curioso es que en ese caso era inútil pensar en otra cosa o tratar de rehuir el hecho: se producía inexorablemente.

Un ejemplo. Una noche estaba con la señora de Falú, hablando del viaje de Eduardo por el Japón, cuando advirtió que iba a sucederle.

Ella vio que palidecía y se inquietó.

—Le pasa algo? —preguntó, observándolo con solicitud.

Como se comprende, no iba a explicarle lo que le ocurría. Así que respondió mintiendo: no, no le pasaba nada. Justo en el momento en que el sujeto le colocaba la punta del cuchillo para iniciar el movimiento rotatorio que ya se ha explicado.

La señora de Falú siguió hablando de algo que lógicamente Sabato no estaba en condiciones de atender, pero era evidente que sospechaba algo raro. Trató de

mantenerse lo más sereno posible, a pesar de que el movimiento del cuchillo a lo largo de la órbita era siempre terrible. Por supuesto, no siempre la situación era tan molesta. Era poco frecuente que la extracción se produjese delante de otras personas. A veces estaba en la cama o en la oscuridad de un cine, donde es más fácil pasar inadvertido. Muy pocas veces la operación le fue practicada en una circunstancia tan incómoda como en el caso que ahora se comenta, porque no sólo estaba la señora de Falú delante de él sino que había otras personas que desde lejos miraban.

NUEVAMENTE ESTABAN SOBRE LA PISTA

Él creía que su participación había sido secreta y parecía imposible que nadie pudiese siquiera sospecharla. Por qué ahora andaban por ahí, preguntando? Qué significaba esa conversación en voz baja en aquel rincón? Quiénes estaban murmurando y qué? Le pareció distinguir a Ricardo Martín que cuchicheaba con Chalo y Elsa, mientras de vez en cuando miraban furtivamente hacia donde él estaba. Pero había tan poca luz que era difícil asegurarlo. Entonces entró otra persona que habría jurado era Murchison de no haber sabido que estaba en la universidad de Vancouver. Se inclinó hacia Anzoátegui, le sugirió algo al oído, y resultaba evidente que todos estaban al tanto de algo muy grave que le concernía. Después fueron llegando otros: parecía un velorio, pero el velorio de un cadáver aún vivo y sospechoso. Entre los recién venidos le pareció distinguir a Cio con Alicia, Malou con Graciela Berethervide, Siria, Kika que venía con Renée. Se apretaban cada vez más, la atmósfera era cada vez más sofocante, el rumor crecía, no porque subieran la voz (era siempre un cuchicheo) sino porque se sumaban. Después llegaron Iris Scaccheri, Orlando y Luis, Emile. Tita. Y solo en un rincón, como esperando un veredicto sobre el crimen. Se había corrido el dato, era claro. Quién era esa que trataba de entrar pugnando? Matilde Kirilovsky, pero la de antes, la de la facultad, cuando era una chica. Se empujaban, forzados por los que seguían llegando y todo era francamente desagradable, particularmente, para él ni qué decirlo. Los Sonis, Ben Molar, el Dr. Savransky, Chiquita, los Molins, Lily con José y otros que a esa altura más eran presunciones suyas que imágenes nítidas. Entonces perdió el conocimiento, hundiéndose en un pozo. Despertó gritando. Largo tiempo tardó en desprenderse de los residuos de aquella pesadilla, se le fueron borrando poco a poco rostros, carcomidos por los poderes de la vigilia. Pero

su angustia, en lugar de atenuarse pareció aumentar pues veía que el crimen se propagaba de día en día a través de su territorio nocturno, con policías e interrogatorios cada vez más apremiantes.

Se levantó con pesadez, se lavó la cabeza con agua fría y salió al jardín. Estaba amaneciendo. Los árboles, a diferencia de los hombres, recibían las primeras luces con su apacible nobleza, la de los seres que (suponía) no sufren esa aventura siniestra de todas las noches.

Permaneció largo tiempo sentado al borde de un cantero. Hasta que entró en su estudio y se hundió en un sillón, mirando la biblioteca. Pensaba la cantidad de libros que ya no volvería nunca más a leer antes de su muerte. Después, haciendo un esfuerzo, se incorporó y tomó el Diario de Weininger, que había observado desde su sillón. Lo abrió al azar y leyó una palabras de Strindberg, en el prólogo: "Ese hombre extraño y misterioso! Nacido culpable como yo. Porque he venido al mundo con una mala conciencia, con miedo a todo, a los hombres, a la vida. Creo que he cometido algo malo antes de haber nacido".

Lo cerró y volvió a hundirse en el sillón. Después de un tiempo se puso nuevamente en cama.

Cuando despertó era casi de noche, y tenía apenas el tiempo para la cita con la mujer de LA TENAZA. Cuando la encontró, tuvo una alarmante impresión: en la oscuridad, entre los árboles de la calle Cramer, le pareció ver la fugitiva sombra de Agustina.

AL OTRO DÍA, EN LA BIELA

Paco le trajo un papel doblado: "Las torres góticas y la torre Eiffel (admajorem hominis gloriem) buscan simbólicamente la vertical, huyen de la tierra femenina, horizontal por excelencia. También es horizontal la cama, símbolo del sexo".

No necesitaba mirar, pero no pudo evitarlo: ahí estaba, en un rincón del café, observándolo con sus ojitos de rata regocijada. Le hizo un gesto a Sabato y le guiñó un ojo, como diciendo qué tal iba eso. Esperaba el menor signo para venírsele encima, a pesar de McLaughlin. Pero S. no lo hizo, aunque lo miró con hipócrita simpatía. Se quedó pensando en el mensaje y en la insistencia. Era evidente que lo seguía, puesto que jamás antes lo había visto en LA BIELA. Pero lo seguía en persona o tenía agentes a su servicio?

—Mac cuánto? —preguntó.

Se lo escribió en una servilleta de papel. Se pronunciaba maclaflin, no?

Según, había regiones de Irlanda en que se decía maclaklin.

Claro: como si no bastara la arbitrariedad inglesa, se sumaba la locura irlandesa.

Quería hacer una tesis: el sexo, el mal, la ceguera.

S. lo miró con sorpresa.

—Es un tema complicado, yo mismo no sé gran cosa. Es decir, todo lo que sé está en el Informe.

Comprendo. Pero hay otra cosa. Me parece haber leído en una biografía suya que sus antepasados albaneses lucharon contra los turcos en el siglo XV. Conoce la leyenda de la ciudad de los Ciegos?

S. se alarmó. Cómo?

—No lo sé muy bien, todavía tengo que averiguarlo. En esa región: una ciudad subterránea de Ciegos, con monarcas y vasallos: todos Ciegos.

S. quedó petrificado: no lo sabía. Se produjo un silencio y durante un rato pareció que se configurara un triángulo cabalístico: Mac, que lo miraba con sus ojos celestes, S. y el Dr. Schnitzler, que lo seguía observando como quien no pierde pisada. De haberse hecho una obra de teatro que no condescendiera a las convenciones del naturalismo (pensó S. más tarde), habría que haber desalojado toda la demás gente con sus copas, cafés, sillas, mozos y restos de sándwiches: todo eso era falso, una especie de disfraz de la verdadera realidad, lo que probaba qué mentirosa podía ser esa clase de realismo. Tres tipos en los vértices de un triángulo, sobre un escenario abstracto, escrutándose, vigilándose con cautela.

Era demasiado. Le dijo a McLaughlin que lamentablemente sufría una neuralgia que casi le impedía hablar, que uno de esos días se encontrarían de nuevo. En cuanto el muchacho se fue, S. observó que el otro escribía febrilmente. Al cabo de unos minutos le mandó el resultado: "Me está pareciendo, mi querido doctor Sabato, que usted no me quiere ver, que incluso me tiene poca simpatía. Qué pena! No sabe cuánto lo siento! Tenemos tantas cosas en común! Tendría tanto que contarle, está tan cerca de la verdad. Ya perdí las esperanzas (se lo debo decir con franqueza, con la mano sobre el corazón) de que vuelva a visitarme para tomar un cafecito. Por eso aprovecho esta feliz circunstancia para mandarle algunas observaciones que creo serán de su interés:

1° El aumento bruto de la población mundial.

2° La insurrección de las capas inferiores.

3° La rebelión de las mujeres.

4° La rebelión de la juventud.

5° La rebelión de los pueblos de color.

Todo, mi querido doctor, lo que se dice todo, son MANIFESTACIONES DE LO VITAL SOBRE LO RACIONAL, lo que en rigor debe calificarse como DESPERTAR DE LA

IZQUIERDA. Inútil explicarle a usted que no hablo de la izquierda en el sentido trivial propio de los pobres diablos que no tienen la menor idea del verdadero problema. Hablo de la izquierda en el sentido profundo, lo que se vincula a lo reprimido e instintivo de la raza. Usted también lo ha dicho, en cierto modo. Qué cerca estamos! Y un personaje suyo lo ha expresado brillantemente en el Informe sobre Ciegos. Por eso mismo lo he seguido con atención en los últimos años, he querido ayudarlo, acercarme a usted, apoyarlo espiritualmente. Pero me está pareciendo que usted no lo quiere. Se lo digo con entera franqueza: me apena muchísimo".

No pudo seguir leyendo, la mención de Fernando lo dejó petrificado. Era cierto, todas esas opiniones las podía haber enunciado Vidal Olmos. Y él, Sabato, qué era entonces? Le hizo una seña a Paco para que le trajera otro café, mientras rehuía mirar hacia donde estaba aquel individuo. Recién cuando tomó el segundo café, pudo seguir leyendo: "A partir del Renacimiento, la tecnología y la razón se llevan todo por delante. La milenaria lucha entre la corteza cerebral y el diencefalo termina (PERO APARENTEMENTE, DOCTOR! APARENTEMENTE!) con el triunfo de la corteza, y lo vital es suplantado por lo mecánico: el reloj, las matemáticas, los plásticos. Pero el diencefalo subyugado no renuncia y se agazapa lleno de furor y resentimiento, y finalmente ataca a la sociedad triunfante con enfermedades psicosomáticas, neurosis, rebelión de masas, insurrección de todos los oprimidos (son sus soldados!) sean mujeres o chicos, negros o amarillos. Toda la izquierda. Hasta en los vestidos: se imponen los colores chillones (femeninos), el arte irracionalista, se pone de moda el arte de los pueblos salvajes, los hippies se visten casi como mujeres, se feminiza el mundo inferior. No engañarse con el cigarrillo de las mujeres, los pantalones, el sufragio universal, el trabajo en las oficinas: es una astucia, para hacernos creer que vienen hacia nosotros. Es un poco lo que pasa con el Oriente, que en el sentido profundo también pertenece a esta izquierda: para resistir a esta civilización masculina de Occidente, se destrifica con su tecnología, hasta con las armas atómicas, con transistores y marxismo, con plásticos y cálculo infinitesimal. Ya verá: los amarillos se vendrán contra nosotros. Ya se empezaron a venir con el budismo zen, con el yoga, con el karate. Y son los intelectuales, los cerebros, el núcleo mismo de esta civilización occidental, los que primero han sucumbido, como chorlitos. Atención, mi querido doctor Sabato!"

Terminó de leer pero siguió con la mirada puesta sobre el papel. Sabía que aquel sujeto estaba vigilándolo. Trataba de pensar con rapidez: quién era ese Dr. Schnitzler? Defendía la civilización occidental? Pero esta civilización era producto de la Luz. Entonces él no podía ser un agente de las tinieblas. O le decía todo eso para disimular, para tomarlo desprevenido? Trataba de que no siguiera metiéndose con el mundo tenebroso, excitándole el amor propio de occidental y sexo masculino?

Se levantó, saludó al hombre desde lejos con un ademán, y después de dar algunas vueltas para despistar, entró en LA CUEVA, en Quintana y Ayacucho. En una servilleta de papel empezó a hacer anotaciones automáticas. Siempre le había dado resultado. La primera palabra que escribió fue SCHNITZLER y casi en seguida, debajo, SCHNEIDER. Cómo era posible que no lo hubiese advertido antes? Los dos empezaban y terminaban con el mismo fonema, y tenían el mismo número de sílabas. Claro, es cierto, podían ser apellidos apócrifos. Pero, si lo eran, resultaba significativo que lo hubiesen elegido con esas idénticas características. Había entonces alguna relación entre los dos hombres? Ambos, como si todo eso fuera poco, podían venir de alguna región entre Baviera y Austria, los dos resultaban un poco grotescos y menospreciaban igualmente a las mujeres. Pero mientras Schneider era evidentemente un agente de las tinieblas, Schnitzler defendía la ciencia racional.

Luego quedó cavilando largamente ese "pero". No sería una simple repartición del trabajo?

Salió y empezó a caminar hasta la hora en que debía encontrarse con Agustina.

Y cuando estuvieron juntos sintió el abismo que se había abierto entre los dos.

ELLA SE CONVIRTIÓ EN UNA LLAMEANTE FURIA

y él sintió que el universo se resquebrajaba sacudido por su furor y sus insultos
y no era sólo su carne que era desgarrada por sus garras sino su conciencia
y allí quedó como un desecho de su propio espíritu

las torres derrumbadas

por el cataclismo

y calcinadas por las llamas.

MIENTRAS TANTO

Nacho estudiaba con atención los rasgos del Sr. Pérez Nassif: la lujuria y la mezquindad, la hipocresía y la baja ambición, el cancherismo y la avivada porteña,

todo con un correcto corte de pelo tipo ejecutivo conspicuo. Recortó la foto y la clavó entre las otras de su colección. Separándose un poco, consideró el conjunto con ojos de experto. Luego miró la pared de enfrente: los leones resplandecían en su pureza y hermosura.

Se recostó en la cama, después de poner un disco de los Beatles, y se puso a pensar, mirando el techo.

Nacían ya ensuciando pañales, regurgitando leche (yo le doy todo lo que puedo, sabe), engordaban (miren qué lindo, limpiándole la baba con el babero), se hacían grandes, alcanzaban el único momento mágico y verdadero (insensatos y soñadores, locos) y luego los palos, los consejos y las maestrías los convertían en una manada de hipócritas (no hay que mentir, niños, no se muerdan las uñas, no escriban malas palabras en las paredes, no se debe faltar a clase), en una manada de realistas, trepadores y mezquinos (el ahorro es la base de la fortuna). Sin dejar un solo momento de comer, defecar y ensuciar todo lo que se toca. Luego los empleos, los casamientos, los hijos. Nuevamente el pequeño monstruo regurgitando leche ante la mirada embobada del ex pequeño monstruo regurgitando leche, para que la comedia recomience. Lucha, disputa de los asientos en los colectivos y en los puestos administrativos, envidia, maledicencia, satisfacción de sus sentimientos de inferioridad viendo desfilar los tanques de su patria (se siente fuerte el enanito). Etcétera.

Se levantó y comenzó a caminar. Julia, Julia, oceanchild, calls me. Al llegar a Mendoza y Conde se sentó en la vereda y miró los árboles contra el crepúsculo: los nobles, hermosos y callados árboles. Julia, seashell eyes, windy smile, calls me. Esa japonesa jodida, esa japonesa de mierda ya tenía que arruinar todo. Los trenes empezaban el transporte del ganado en pie, comenzaba la noche en el gran hormiguero con la salida de las hormiguitas de sus oficinas, con el numerito todavía sobre el lomo, después de haber llevado durante siete horas Papeles y Expedientes, diciendo buenos días señor, con su permiso señor Malvicino, buenas tardes señor Dolgopol, el señor Loprete que lo quiere ver, agachándose delante de las hormiguitas inmediatamente superiores, lustrándoles los zapatos, sonriendo ante sus estupideces, arrastrándose, corriendo luego al subterráneo, viajando como sardinas en lata, llevándose por delante, pisándose, disputándose bajamente los asientos, viajando como sardinas en lata, oliéndose, sintiendo la vida como un interminable viaje en subte y una oficina infinita, con casamiento en el medio y regalos de planchas y relojes de mesa, y luego el chico, dos chicos (ésta es la foto del mayorcito, mire qué vivaracho, usted no me va a creer si le cuento lo que le contestó) y deudas, postergaciones en el Ascenso, generala en el Café, Fóbal y Carreras el sábado y el domingo, con ravioles hechos por la patrona, jamás he

podido comer ravioles como los que hace la patrona. Y luego de nuevo el lunes, con el tren y el subte para llegar a la Oficina.

Y ahora volvían en el mismo tren, como ganado en pie. Empezaba la noche con sus fantasmagorías de sueño y sexo, primero con LA RAZÓN quinta, de robos y crímenes perfeccionados en la sexta, luego la TV y el sueño, en que todo es posible. Los todopoderosos sueños en que la hormiguita se convierte en Héroe de la Segunda Guerra Mundial, en Jefe de Oficina, en el Individuo que valientemente grita no porque usted sea el Jefe me va a llevar por delante, en invencible Don Juan entre las chicas del Ministerio, en incontenible puntero de River, en Fangio, en Dueño de un Torino, en Carlitos Gardel, en Leguisamo solo, en Sócrates, Aristóteles Onassis.

Pasaban los trenes.

Ya era de noche. Se levantó y empezó a caminar hacia su casa. Julia, Sleeping sand, silent cloud.

Encontró a su hermana tirada en la cama, mirando el techo.

SILENCIOSO Y ANGUSTIADO

se puso a observar por la ventana. Cuántos horrores como el de ellos habría en ese mismo momento, cuántas desconocidas soledades en esa ciudad execrable? A sus espaldas, sentía el otro rencor, el de ella. Se dio vuelta: su cara dura, su mandíbula apretada, sus grandes labios desdeñosos mostraban que su resentimiento había llegado al límite, y que un poco más y estallaría esa caldera de odio a presión. Casi sin proponérselo, impulsado por su intolerable sufrimiento. Nacho le gritó qué le había hecho *él*. Dijo *él*, marcándola con furia y señalándose su propio pecho con la punta de sus manos. Y por qué ella debía tenerle rencor, precisamente ella.

Con desesperación, advirtió que Agustina se levantaba para irse.

La agarró de un brazo:

—Adónde vas!

La pregunta era más bien una exclamación.

Ella agachó la cabeza y Nacho vio cómo se mordía los labios hasta hacerse sangrar. Luego se acercó a una pared y apoyó un puño, no tanto como para apoyarse como para golpear.

—No hay absoluto en la vida —dijo luego de un largo silencio—. Y si no hay absoluto todo está permitido.

Parecía no hablarle a su hermano sino a ella misma, en voz baja pero rencorosa. Después agregó:

—No, no es eso. No es que todo esté permitido. Estamos *obligados* a hacer todo, a destruir todo, a ensuciar todo.

Su hermano la miraba asombrado. Pero ella estaba concentrada en su propio pensamiento y seguía con el puño crispado contra la pared. Hasta que de pronto comenzó a gritar, o más bien a aullar, mientras golpeaba la pared con todas sus fuerzas.

Cuando se calmó, fue hasta su cama, se sentó en el borde y encendió un cigarrillo.

—Bastante me costó aprender esto —dijo.

Nacho se le acercó y cuando estuvo frente a ella exclamó:

—Pero yo nunca lo aceptaré!

—Peor para vos, imbécil! Y eso es lo que más me da rabia.

Y gritándole tarado se le vino encima para golpearlo con los puños, con los pies, hasta derribarlo.

Luego volvió al borde de la cama y se puso a llorar. Pero no era un llanto apacible sino seco, salvaje y rabioso.

Cuando se calmó, se quedó mirando el techo. Su cara parecía arrasada por los vándalos: incendios, violaciones, saqueos. Luego buscó un cigarrillo, que encendió con mano temblorosa.

—Veo que has puesto la foto del señor Pérez Nassif entre la de Sabato y la de Camus. Creía que la idea tuya era la de poner sólo las fotos de esos asquerosos que hablan del absoluto. Se trataba, si no recuerdo mal uno de esos pactos, de los grandes chanchos. No de simples gusanos.

Durante un tiempo que a Nacho le pareció eterno, sólo se oyó el tictac del despertador. Luego, las campanas de una iglesia.

—Pérez Nassif —murmuró Agustina, cavilando—. Habría que pensarlo.

AL LLEGAR A SU CASA

Lolita gruñó, como ya venía haciendo en los últimos tiempos, pero en esta ocasión casi lo muerde y se vio obligado a amenazarla con un palo, aunque en realidad su deseo era romperle el lomo si insistía.

Los perros tienen un instinto certero, pensó. Cuándo se había visto que un perro procediera así con una persona de la familia? Ya había tratado de establecer cuándo

le gruñía, coincidiendo con qué sucesos o pensamientos, pero no le resultó posible llegar a ninguna conclusión.

Al entrar en su escritorio se encontró con la

ÚLTIMA COMUNICACIÓN DE JORGE LEDESMA

Usted se enojó conmigo, pero no me importa. Quiéralo o no, nuestra relación está por encima de los apretujones de este colectivo en que andamos los dos, tiene una dimensión en la que usted nunca pensó. No me importan sus discrepancias, usted es mi heredero: yo lo nombro y no lo podrá impedir.

Sus últimos trabajos, sus cavilaciones sobre la nada y la angustia y la poderosa esperanza demuestran (me demuestran a mí) que ha llegado a un punto muerto. Y únicamente podrá salir retrocediendo. Abaddón o Apollyón, el Ángel Bello o Satanás. Basta de intermediarios. Dios, EL EXTERMINADOR. Queremos ser guías o furgón de cola?

El mundo sigue despelotado y nadie la acierta. Y como me sobra tiempo, me duermo un rato.

Mi libro sigue avanzando, lentamente. Me falta clima, acicate, aire, guita. Además, tengo que confesarlo, soy un cobarde. Tendré que ver si uno de estos días me animo a subir de nuevo desnudo al farol de la calle Corrientes. Veremos.

SALIÓ A CAMINAR SIN RUMBO

hasta que se encontró frente al BOSTON. Cómo había llegado hasta allí? En otro tiempo frecuentaba ese café, cuando iba a conversar con los chicos de la universidad. Pero, ahora?

Pidió una ginebra y, como en otras ocasiones angustiosas, concentró su atención en las manchas de las viejas paredes. A medida que las escrutaba comenzó a entrever una caverna en que creía distinguir tres seres que le resultaban familiares. Sus actitudes, la especie de hipogeo en que se desarrollaba la ceremonia, todo parecía

configurar un grave ritual que a él le parecía haber vivido en alguna existencia anterior.

Su vista fue cansándose por el empeñamiento en descubrir detalles, en particular los del mistagogo que lo dirigía. Cerró los ojos, reposó un poco, aunque su ansiedad iba en aumento, y luego, con la convicción de que aquello estaba vinculado a su existencia, volvió al escrutinio de sus rasgos. Hasta que los detalles fueron integrando un rostro conocido y perverso, el de alguien que infructuosamente, durante años y años, se había esforzado en apartar de su vida: el rostro de R.!

Apenas encontrada la clave de aquel código secreto, el resto se le reveló instantáneamente. Cerrando de nuevo los ojos, pero esta vez apretándolos como para negarse al recuerdo, resurgió el lujurioso espanto de aquella noche de 1927.

Pero eso no fue lo más sorprendente, y quizá lo habría atribuido luego a esa tendencia que se tiene a encontrar en las manchas lo que obsesiona. Lo inverosímil fue la entrada de R. en el café en ese exacto momento, como si hubiese estado espiándolo y esperando el instante en que terminara de descifrar el hierograma. No lo veía desde 1938.

Se sentó cerca, pidió también ginebra, la tomó, pagó y se fue sin hacer el menor intento de hablarle.

S. quedó anonadado. Lo había seguido, era claro. Pero, en ese caso, por qué no se acercó a hostigarlo como en el tiempo del Laboratorio Curie? Reflexionó que aquel hombre manejaba innumerables técnicas de acoso, y que su presencia silenciosa y significativa era una de las formas que tenía para sus advertencias. Pero en este caso qué?

Caviló con vertiginosa lentitud sobre el horror de aquella caverna, hasta que comprendió o creyó comprender que debía volver a los subsuelos de la calle Arcos.

Cuando de nuevo vio la vieja casa, rodeada por los modernos edificios en torre, tuvo la sensación de contemplar una momia en un bazar de artefactos cromados.

Un cartel colocado a lo largo de la verja anunciaba la subasta judicial. Mirando aquellos despojos mugrientos y leprosos, y conociendo como conocía a R., pensó que no había irrumpido nuevamente en su camino sólo para invitarlo a echar una última mirada a un álbum familiar que va a ser quemado por personas indiferentes: sintió que estaba en juego algo infinitamente más profundo. Y más temible.

Echó una mirada a la puerta. Estaba cerrada con cadena y candado, aunque tan herrumbrosos como la antigua verja. Era casi seguro que nadie la había abierto durante todos esos años de pleitos y sucesiones. Para qué? Más probable era que don Amancio jamás hubiese querido verla, ni siquiera desde la calle.

Se llegó hasta la puerta cochera, hermosa artesanía de fierro que habría sido robada por esa combinación de ladrones y anticuarios que abundan en Buenos

Aires. Y ahora la reemplazaba un par de burdas hojas de chapa. Oxidadas, abolladas, con leyendas que decían VIVA PERÓN, las hojas estaban precariamente unidas por un grueso alambre, a través de dos agujeros improvisados.

Buscó una ferretería por la calle Juramento, compró una pinza de corte lateral y una linterna y luego caminó a la espera de la noche. Por Juramento llegó hasta Cuba y entró en la plaza de Belgrano, donde permaneció sentado en un banco, fascinado por la iglesia que iba penetrando más en regiones ocultas de su espíritu a medida que el crepúsculo avanzaba. Empezó a no ver ni oír nada del tumulto que a esa hora reina en esa parte de la ciudad, sintiéndose cada vez más solo. Era un aciago crepúsculo, presidido por deidades ocultas y malignas, recorrido por murciélagos que iniciaban su existencia nocturna, aves de las tinieblas cuyo canto es el chirrido de ratas aladas, mensajeros de las deidades tenebrosas, gelatinosos heraldos del horror y de las pesadillas, secuaces de esa teocracia de las cavernas, de esos soberanos de ratas y comadreja.

Se abandonaba con voluptuosidad a sus visiones, le pareció asistir a la teofanía del máximo monarca de las tinieblas, rodeado de su corte de basiliscos, cucarachas, hurones y batracios, lagartos y comadreja.

Hasta que despertó al tumulto cotidiano, a las luces de neón y al estrépito de los automóviles. Pensó que era ya lo suficientemente oscuro para que en la arboleda de la calle Arcos nadie advirtiera sus actos. Sin embargo, multiplicó sus precauciones, esperó que algún transeúnte se alejara, vigiló la entrada de las grandes casas de departamentos e iba a proceder al corte de los alambres cuando le pareció que de una de aquellas casas, como si hubiese estado oculto hasta ese momento, se alejase rápidamente una corpulenta figura que conocía demasiado bien.

Quedó paralizado por el miedo.

Si aquella sombra fugitiva era efectivamente la del Dr. Schneider, qué vínculo existía entre él y R.? Más de una vez había pensado que R. trataba de forzarlo a entrar en el universo de las tinieblas, a investigarlo, como en otro tiempo con Vidal Olmos; y que Schneider trataba de impedirlo, o, en caso de permitirlo, de modo que resultase el castigo largamente preparado.

Luego de un tiempo se calmó y reflexionó que estaba demasiado excitado y que aquella silueta no tenía por qué ser la del Dr. Schneider, que, por lo demás, no podía tener ningún interés en mostrarse ante él en caso de haberlo vigilado desde la oscuridad, como en tantas otras ocasiones.

Cortó el alambre y entró, cuidando de volver la hoja del portón a su lugar.

En la noche de verano, entre nubarrones, la luna iluminaba de cuando en cuando aquel fúnebre escenario. Con creciente exaltación, avanzó por el parque, devorado por un monstruoso cáncer: entre las palmeras y magnolias, entre los jazmines y los

cactus, enredaderas desconocidas habían realizado extrañas alianzas, mientras grandes yuyos vivían como mendigos entre los escombros de un templo cuyo culto jamás conocieron.

Contemplaba la ruina de aquella mansión, con sus frisos caídos, las persianas podridas o desquiciadas, los vidrios rotos.

Se acercó a la casita de la servidumbre. No tenía fuerzas, al menos por el momento, para volver sus ojos hacia aquella ventana de la casa grande. Así que se sentó en el suelo volviéndole las espaldas, para mirar los despojos, entre meditativo y horrorizado, porque sabía que al concluir el amarillento álbum tendría que enfrentarse con el horror. Y tal vez porque tenía esa certeza se demoraba en el recuerdo de Florencio y Juan Bautista, ambos prefigurando a Marcelo: con la misma piel mate, el pelo negro y aquellos grandes ojos oscuros y húmedos; prontos, en cuanto les creciera la barba, para asistir al entierro del Conde de Orgaz. Florencio, distraído, pensando en otra cosa, en algún apacible paisaje de otro sitio (de otro continente, de otro planeta), un "poco ido", como con precisa intuición decía la gente de campo de aquel tiempo. Expresión que contrastaba, a pesar de la casi identidad de los rasgos físicos, con la realista y sensata expresión de su hermano menor. Y entonces reflexionaba de nuevo que Marcelo había heredado el aire y el carácter no de su padre Juan Bautista sino de su tío Florencio, como si alguien en la familia recibiese la tarea de mantener una inútil pero hermosa tradición.

Observaba el eucalipto al que Nicolás se había trepado en aquel atardecer de 1927 para su reiterada imitación del mono. Y recordó cómo súbitamente dejó de chillar y todos se callaron y él había sentido el aviso sobre la nuca. Dándose vuelta con temerosa lentitud, levantando la cabeza, sabiendo el lugar exacto de donde provenía el llamado, vio entonces en la ventana, allá arriba, a la derecha, la estática imagen de Soledad.

Resultaba arduo establecer por la poca luz hacia dónde dirigía ella su mirada paralizante. Pero él lo sabía.

Luego desapareció y poco a poco todos reanudaron la actividad anterior, aunque no ya con la euforia despreocupada de un minuto antes.

Jamás relató a nadie los hechos vinculados con Soledad, si exceptuaba a Bruno. Aunque, naturalmente, nada le dijo del monstruoso rito. Y ahora, sentado en el parque, después de casi medio siglo, sentía o presentía que se cerraría el círculo. Recordaba aquella noche, el distraído rasgueo de la guitarra por Florencio, las interminables papas fritas de Juan Bautista y a Nicolás cantando a cada rato LA PULPERA DE SANTA LUCÍA, hasta que le gritaron "basta" y pudieron dormir. No él, claro.

A Bruno le había relatado cómo la conoció en casa de Nicolás, en aquella sala presidida por el gran retrato al óleo de Rosas. Estudiaban un teorema de

trigonometría cuando sintió a sus espaldas la presencia de uno de esos seres que no necesitan hablar para comunicarse. Se había dado vuelta y por primera vez vio los mismos ojos grisverdosos, la boca apretada y la misma expresión autoritaria de su antepasado, bastarda heredera de él como seguramente era. Nicolás había enmudecido, como ante la presencia de un soberano absoluto. En un tono calladamente imperioso preguntó por algo, y Nicolás respondió con una voz que nunca antes le había oído. Después de lo cual se retiró tan sigilosamente como había llegado. Tardaron un tiempo en volver al teorema, y S. quedó con una turbia impresión, que recién en su madurez creyó poder resumir así: había aparecido para hacerle saber que existía, que estaba. Dos verbos en que vaciló infinidad de veces, hasta que se decidió a emplearlos juntos, no obstante saber que no significaban lo mismo y que hasta podían temiblemente contrastar. Pero esa caracterización la pudo hacer casi cuarenta años más tarde, cuando por primera vez le contó a Bruno, como si en aquel entonces sólo hubiese tomado una fotografía y recién después de tanto tiempo fuera capaz de interpretarla.

Esa noche del teorema soñó que avanzaba por un pasadizo subterráneo y que a su término estaba Soledad esperándolo, desnuda, fosforescente en la oscuridad.

Desde aquella noche no pudo casi concentrar la atención en nada que no fuera ese sueño. Hasta que llegó el verano y pudo por fin llegar a la casa de la calle Arcos, donde sabía que ella lo esperaba.

Y ahí estaba, ahora, temblando en la oscuridad, esperando la respiración del sueño en sus tres compañeros. Luego incorporándose con el mayor cuidado, salió con los zapatos en la mano, para colocárselos en el parque.

Con cautela, caminó hacia la puerta trasera de la casa grande, la puerta de la gran mampara que cerraba el jardín de invierno.

Tal como lo imaginó, la puerta estaba sin llave. A través de los vidrios, extrañamente coloreada por los losanges azules y carmesíes, cada vez que las nubes lo permitían, la luz de la luna iluminaba el jardín de invierno. En cuanto se acostumbró a la semioscuridad, la vio al pie de la escalinata que conducía al piso superior. La luminosidad incierta y transitoria la instalaba en su verdadero mundo. Alguna vez le había contado a Bruno que Soledad parecía la confirmación de esa antigua doctrina de la onomástica, pues su nombre correspondía con exactitud a lo que era: hermética y solitaria, parecía guardar el secreto de una de esas Sectas poderosas y sangrientas, cuya divulgación se castiga con el suplicio y la muerte. Su violencia interior estaba como mantenida bajo presión en una caldera. Pero una caldera alimentada por un fuego helado. Le aclaró, ella misma era un oximoron, no el precario lenguaje con que podía describírsele. Más que sus indispensables palabras (o sus gritos sexuales), sus silencios sugerían hechos que no correspondían a lo que habitualmente se llaman "cosas de la vida", sino a esa otra

clase de verdades que rigen las pesadillas. Era un ser nocturno, un habitante de cuevas, y tenía la misma mirada paralizante y la misma sensualidad de las serpientes.

—Vamos —se limitó a ordenar.

Y dirigiéndose hacia una de las puertas laterales, entraron en una antecocina. Con una antigua lámpara de kerosén que llevaba en su mano derecha y que le confirmaba que todo estaba previsto, llegó a uno de los rincones y le indicó la tapa de un sótano.

Bajaron por escalones de ladrillos, sintiéndose poco a poco la fresca humedad de los subsuelos de tierra. Entre toda clase de trastos, se dirigió hacia un lugar en que le indicó otra tapa, que él levantó. Comenzaron así otro descenso, pero esta vez por una escalera de grandes ladrillos chatos de la época colonial, semiderruidos por más de doscientos años de humedad. Misteriosos hilillos de agua provenientes de filtraciones se deslizaban a lo largo de las paredes y hacían aquel segundo subterráneo más sobrecogedor.

La escasa luz de la lámpara no le permitía ver lo que había, pero por ese apagado eco de los pasos que sólo se oye en los recintos muy profundos y vacíos, se inclinaba a suponer que nada había fuera de la escalera misma; hasta desembocar en un estrecho pasadizo cavado en la tierra, sin siquiera la defensa de paredes de ladrillo. El túnel apenas permitía el paso de una sola persona, y ella marchaba delante con su lámpara, y a través de su túnica casi transparente, él podía ver su cuerpo moviéndose con mórbida majestad.

Más de una vez había leído en diarios y revistas acerca de los túneles secretos de Buenos Aires, construidos en los tiempos de la Colonia y descubiertos durante la construcción de subterráneos y rascacielos. Y nunca había visto que nadie diera una explicación aceptable. Particularmente recordaba el túnel de casi kilómetro y medio entre la iglesia del Socorro y la Recoleta, las catacumbas de la Manzana de las Luces y los pasadizos que intercomunicaban esos túneles con viejas casas del siglo XVIII, todos integrantes de un laberinto cuyo objetivo nadie ha logrado desentrañar.

Llevaban ya caminando más de media hora, aunque le era difícil estimar con exactitud el lapso, porque en aquella realidad el tiempo no se le aparecía con los ritmos de la vida normal y de la luz. En cierto sentido, aquella marcha silenciosa y delirante se le ocurría eterna, siguiendo los meandros y las bifurcaciones del pasadizo. Y le asombraba la seguridad con que ella caminaba por la ruta que correspondía al lugar en cuya búsqueda iban. Mientras pensaba, con horror, que quien no conociera el exacto detalle de aquel laberinto jamás podría volver a ver las calles de Buenos Aires, perdido para siempre entre esos hurones, comadrejas y

ratas que de pronto sentía (más que veía) atravesar fugitivamente delante de ellos hacia sus laberintos aún más asquerosos e impenetrables.

Hasta que por fin comprendió que llegaban al lugar, pues se veía al fondo una vaga luminosidad. El túnel fue ensanchándose y a su término se encontraron en una caverna más o menos del tamaño de un cuarto, aunque muy torpemente construido, con paredes de grandes ladrillos coloniales, y una escalera que apenas podía adivinarse en uno de sus extremos. Sobre uno de los muros había un farol de los que se usaban en la época del Virrey Vértiz, que proporcionaba aquella mortecina iluminación.

En el centro había un jergón casi carcelario, colocado sobre el propio suelo, pero que daba la sensación de ser usado aún en la actualidad, y también unos burdos bancos de madera colocados contra los muros. Todo era siniestro y más bien sugería la imagen de una cárcel que de otra cosa.

Acababa Soledad de apagar su lámpara cuando S. sintió los pasos de alguien que bajaba por las escaleras. Pronto pudo ver su rostro duro y sus ojos de nictálope: era R.! No lo había vuelto a ver desde que se había ido de Rojas a estudiar en La Plata, recordaba siempre el tormento del gorrión ennegrecido, y ahora lo encontraba ante él, cuando imaginó (y deseó) que jamás volvería a cruzarse en su camino.

Qué vínculo podía haber entre R. y Soledad? Por qué se encontraba aquí, como esperándolo? Súbitamente tuvo la sensación de que Soledad y él tenían algo en común, esa idéntica condición nocturna, atroz y fascinante a la vez.

—No creíste volver a verme, eh? —dijo con aquella voz ronca y sarcástica que detestaba.

Estaban los tres en aquel antro formando un triángulo de pesadilla. Miró a Soledad y la encontró más hermética que nunca, con una majestad que no correspondía a su edad, hierática. Si no fuese por su pecho, cada vez más agitado, podía creerse que era una estatua: una estatua que secretamente se estremecía. Debajo de su túnica S. entreveía su cuerpo de mujer serpiente.

Oyó de nuevo la voz de R. que le decía, señalando con un gesto de su cabeza hacia arriba:

—Estamos bajo la cripta de la iglesia de Belgrano. La conocés? Esa iglesia redonda. La iglesia de la Inmaculada Concepción —agregó con tono irónico.

Después, con voz que a S. le pareció distinta, casi de temor (lo que en él era inverosímil), dijo:

—Te diré que también éste es uno de los nudos del universo de los Ciegos.

Al cabo de un silencio, añadió:

—Éste será el centro de tu realidad, desde ahora en adelante. Todo lo que hagas o deshagas te volverá a conducir hasta aquí. Y cuando no vuelvas por tu propia voluntad, nosotros nos encargaremos de recordarte tu deber.

Entonces se calló y Soledad se quitó la túnica, con movimientos lentos y rituales. A medida que levantaba su vestidura, con los brazos cruzados y en alto, fue surgiendo su cuerpo de anchas caderas, su cintura estrecha, su ombligo y luego, finalmente, sus pechos, que oscilaban con los movimientos.

Una vez desnuda se arrodilló sobre el camastro en dirección a S., lentamente echó su cuerpo hacia atrás, mientras abría sus piernas y las estiraba hacia adelante.

S. sintió que allí estaba en ese momento el centro del Universo.

R. tomó el farol de la pared, que despedía un fuerte olor a aceite quemado y mucho humo, recorriendo la cueva se puso al lado de S., y le ordenó:

—Ahora mirá lo que tenés que ver.

Acercando el farol al cuerpo de Soledad, iluminó su bajo vientre, hasta ese momento oscurecido. Con horrenda fascinación, S. vio que en lugar del sexo Soledad tenía un enorme ojo grisverdoso, que lo observaba con sombría expectativa, con dura ansiedad.

—Y ahora —dijo R.— tendrás que hacer lo que es necesario que hagas.

Una fuerza extraña empezó desde ese instante a gobernarlo y sin dejar de mirar y ser mirado por el gran ojo vertical, se fue desnudando, y luego lo hizo arrodillar ante Soledad, entre sus piernas abiertas. Así permaneció unos instantes mirando con pavor y sadismo al sombrío ojo sexual.

Entonces ella se incorporó, con salvaje fulgor, su gran boca se abrió como la de una fiera devoradora, sus brazos y piernas lo rodearon y apretaron como poderosos garfios de carne y poco a poco, como una inexorable tenaza lo obligó a enfrentarse con aquel gran ojo que él sentía allá abajo cediendo con su frágil elasticidad hasta reventarse. Y mientras sentía que aquel frígido líquido se derramaba, él comenzaba su entrada en otra caverna, aún más misteriosa que la que presenciaba el sangriento rito, la monstruosa ceguera.

Ahora, después de cuarenta y cinco años, estaba de vuelta en la vieja casa de la calle Arcos. "Cuando no lo hagas por tu propia voluntad, nosotros nos encargaremos de recordarte tu deber." Se lo había advertido en aquella noche de 1927 y se lo había recordado en 1938, en París, cuando él creyó que podía refugiarse en el luminoso universo de la ciencia. Y ahora se lo acababa de reiterar, en silencio, cuando... Cuando qué?

No lo sabía y acaso jamás llegase a desentrañarlo. Pero sí comprendía que R. lo había buscado en el BOSTON para formularle la advertencia. Y así se encontraba en medio de los desechos del antiguo parque.

Hasta ese momento no había tenido fuerzas para mirar hacia la mampara del jardín de invierno. Todo en apariencia se repetía: la noche de verano, el calor, la luna entre parecidos nubarrones de tormenta. Pero se interponían el infortunio y las tempestades, el ostracismo y la desilusión, el mar y los combates, el amor y las arenas del desierto. Qué era, pues, lo que este retorno tenía realmente de retorno? Vaya a saber si por su estado de ánimo, por el enigma que siempre había rodeado a María de la Soledad, por algo que de verdad existía, la luz lunar tenía una aciaga y tortuosa consistencia. Comenzó a parecerle que no estaba en el parque de una vieja pero conocida casa de Belgrano sino en el territorio de un planeta abandonado, emigrados los hombres hacia otras regiones del universo, huyendo de una maldición. Huyendo de un planeta en el que no había ni habría nunca más jornadas de sol, para siempre librado a la lívida luz de la luna. Pero de una luna que en virtud de su permanencia definitiva adquiriría un poder sobrenatural, a la vez dotado de infinita melancolía y de violenta, sádica pero funeraria sexualidad.

Comprendió que ya era hora.

Se incorporó y caminó hacia la mampara de vidrios rotos, derruida por el tiempo y la incuria. Abrió con esfuerzo la puerta oxidada y empezó la marcha hacia los subsuelos, rehaciendo con su linterna el camino de otro tiempo.

Sabía que al término de aquel laberinto algo estaba esperándolo.

Pero no sabía qué.

EL ASCENSO

fue infinitamente más dificultoso que el descenso, porque el sendero era resbaladizo y de pronto sentía pavor de deslizarse hacia aquel abismo cenagoso que adivinaba. Apenas podía mantenerse en pie, se dejaba conducir por el instinto y a favor de la escasa luminosidad que se filtraba desde alguna grieta en las alturas. Así fue ascendiendo poco a poco, con cautela pero con esperanza, esperanza que aumentaba a medida que la luminosidad era mayor. Sin embargo, pensó (y ese pensamiento lo angustiaba), la luz no era la que puede provenir de una jornada de sol sino más de un cielo iluminado por uno de esos soles de medianoche que alumbran glacialmente las regiones polares; y aunque esta idea no tenía fundamento razonable, se fue afirmando en su mente hasta el punto de convertirse en lo que podría llamarse una esperanza descorazonadora: la misma clase de sentimiento que puede formarse en el ánimo de quien vuelve a su patria

después de errar muchísimo tiempo por horrendos parajes, y sospecha, con creciente angustia, que la patria a la que vuelve puede haber sido devastada en su ausencia por alguna sombría calamidad, por invisibles y crueles demonios.

Se agitaba mucho en la difícil subida, aunque la agitación podía provenir también de esa sospecha que le apretaba el corazón. Se detenía pero no se sentaba; no sólo porque el sendero era barroso sino por el temor que le infundían las gigantescas ratas que sentía pasar entre sus piernas y que por momentos alcanzaba a entrever en aquella penumbra: asquerosas, de ojitos malignos, rechinantes y feroces. Cuando sintió que se acercaba al final, su certeza de la calamidad que lo esperaba fue confirmándose, pues, en lugar de percibirse cada vez más el característico rumor de Buenos Aires, parecía como que se acentuase el silencio. Por fin sus ojos vislumbraron lo que parecía ser la entrada al sótano de una casa. Lo era. A través de un boquete que se abría en una pared de ladrillos semipodridos por la humedad y el tiempo, entró en aquel sótano donde al comienzo sólo alcanzó a entrever montones de objetos indefinidos, mezclados con la gredosa tierra que las lluvias habían ido depositando, junto a cascotes, maderas corrompidas y yuyos que se elevaban buscando anhelosamente la luz de las rendijas superiores.

Se introdujo por entre aquellos esponjosos montones para buscar la salida que seguramente lo llevaría hacia la planta baja del edificio, cualquiera que fuera ese edificio. El techo era de mampostería, y quizá por eso no se había venido abajo. Pero mostraba una gran grieta por la que entraba la luz que iluminaba, aunque muy pobremente, aquel subterráneo; luz que le hizo reflexionar, sin embargo, en la posibilidad de que arriba no hubiese el edificio que primero había supuesto sino algún baldío con restos de la primitiva construcción. La grieta no pertenecía a la parte de mampostería sino, ahora podía comprobarlo, a una antigua puerta de madera, blandamente astillada por la putrefacción. Calculó que esa puerta debía de conducir a una escalera que aún no alcanzaba a divisar, tal era el amontonamiento de basura. Trató de encaramarse por encima de uno de aquellos montones, pero, al desmoronarse debajo de sus pies algo que no era sólido sino esponjoso y fofo, salió una manada de enormes ratas, algunas de las cuales, en su histeria, se le vinieron encima, y corriendo por las piernas y por su cuerpo llegaron hasta su cara. A manotones, con indecible repugnancia y desesperación, trató de rechazarlas y arrancarlas de su cuerpo. Pero no pudiendo impedir que una alcanzase su cara: en medio de chillidos, sintió su asquerosa piel contra la mejilla, y por un segundo sus ojos se enfrentaron con los rojizos, perversos y centelleantes ojitos de aquella bazofia viviente y rabiosa. No pudo contenerse y de su garganta salió un grito estridente que fue apagado por un vómito, como si gritara medio ahogado en un pantano de repugnantes aguas podridas. Porque el vómito no era de comida (no

recordaba haber comido en larguísimo tiempo) sino un viscoso líquido que le quedó chorreando lentamente como una nauseabunda baba espesa.

Retrocedió por instinto y se encontró de nuevo más abajo, en el irregular boquete por el que había entrado al sótano, o lo que en un tiempo remoto lo había sido. Las ratas huyeron en todas direcciones y por unos instantes tuvo algo de descanso, que aprovechó para pasarse la manga de su camisa por la boca, limpiándose los restos de la inmundicia. Permaneció paralizado por el pavor y por el asco. Sentía que desde todos los rincones de aquel antro, decenas y quizá centenas de ratas lo vigilaban con sus ojitos milenarios. Un gran desaliento volvió a apoderarse de su ánimo, pues tuvo la sensación de que no le sería posible traspasar aquella muralla de basura viviente. Pero más temible se le aparecía aún la perspectiva de permanecer en ese lugar, donde tarde o temprano sería vencido por el sueño, para derrumbarse en el cieno a merced de las ratas acechantes. Esa perspectiva le dio fuerzas para acometer el ascenso final. Y la convicción de que aquella barrera de inmundicia y de ratas era lo último que lo separaba de la luz. Como loco, apretó su boca y se lanzó hacia la salida, escaló vertiginosamente cúmulos de desperdicios, pisó ratas chillantes, braceó sin descanso para evitar que lo atacaran o que se treparan por su cuerpo como antes y así pudo llegar hasta la puerta de madera podrida, que cedió a sus desesperados puntapiés.

UN GRAN SILENCIO REINABA EN LA CIUDAD

Sabato caminaba entre las gentes, pero no lo advertían, como si fuera un ser viviente entre fantasmas. Se desesperó y comenzó a gritar. Pero todos proseguían su camino, en silencio, indiferentes, sin mostrar el menor signo de haberlo visto ni oído.

Entonces tomó el tren para Santos Lugares.

Al llegar a la estación, bajó, caminó hacia la calle Bonifacini, sin que nadie lo mirase ni saludase. Entró en su casa y se produjo una sola señal de su presencia: Lolita mudamente ladró con los pelos erizados. Gladys la hizo callar, irritada: estás loca, pareció gritarle, no ves que no hay nadie. Entró a su estudio. Delante de su mesa de trabajo estaba Sabato sentado, como meditando en algún infortunio, con la cabeza agobiada sobre las dos manos.

Caminó hacia él, hasta ponerse delante, y pudo advertir que sus ojos estaban mirando al vacío, absortos y tristísimos.

—Soy yo —le explicó.

Pero permaneció inmutable, con la cabeza entre las manos. Casi grotescamente, se rectificó:

—Soy vos.

Pero tampoco se produjo ningún indicio de que el otro lo oyera o lo viese. Ni el más leve rumor salió de sus labios, no se produjo en su cuerpo ni en sus manos el más ligero movimiento.

Los dos estaban solos, separados del mundo. Y, para colmo, separados entre ellos mismos.

De pronto observó que de los ojos del Sabato sentado habían comenzado a caer algunas lágrimas. Con estupor sintió entonces que también por sus mejillas corrían los característicos hilillos fríos de las lágrimas.

SALÍAN POR CENTENARES DEL SUBTERRÁNEO,

tropezaban, bajaban de los colectivos atestados, entraban en el infierno de Retiro, donde volvían a encimarse en los trenes. Año nuevo, vida nueva, pensaba Marcelo con piadosa ironía, viendo a esos desesperados en busca de una esperanza propiciada con pan dulce y sidra, con sirenas y gritos.

Desde su banco miró la hora en la Torre: eran las nueve. Y claro, ahí venía, callada pero exacta. "Para regalo", comentó mostrándole el moñito verde del paquete, sonriendo con el chiste barato: César Vallejo, encuadernado. Un encuadernador alemán de La Lucila. Ya no quedan de éstos. Su pelo casi plateado se destacaba pálidamente en la penumbra. "Ulrike", apenas pudo decirle, mientras tocaba su mano fina al recibir el paquete. Quedaron sentados, como dos náufragos en una pequeña isla en medio de un océano tempestuoso, de una tormenta anónima y ajena.

Caminaron hacia el lado del puerto. Había un barco empavesado, con todas sus luces encendidas, listo para hacer sonar su sirena a la medianoche.

Creía él en eso de la vida nueva? Lo preguntó con aquella manera entrecortada. "Sabés, fui tartamuda hasta los diez años", explicaba siempre, con su característica honradez para denunciar sus defectos.

La conversación entre ellos era tan dificultosa como una ascensión al Aconcagua de dos convalecientes. Rehuían todo lo personal, trataban de estudiar textos de la facultad, que era como no hablar. Pero a veces traducían juntos del alemán: a

Rilke, a Trakl. Pero tampoco era fácil: cómo corregir las fallas de Marcelo sin herir, sin que de alguna manera eso resultara una jactancia? Pero es natural, sos hija de alemán, alcanzaba a balbucear él, queriendo justificarla. O esos lieder. Mejor con la música, sabés? Se te graban las palabras mecánicamente. Pero él canturreaba con vergüenza, equivocándose en los tonos y en el alemán, más de lo necesario, haciéndolo peor de lo que era capaz de hacerlo: *Gewahr mein Bruder, ein Bitt*. Pero no, Marcelo, discúlpame: *Gewähr*, ves? con diéresis corregía con delicadeza. Los conmovía Schumann cantando aquella amistad viril, el granadero que va a morir y que pide a su camarada que lo lleve a la patria, para ser enterrado allá, para estar cerca cuando su Emperador lo convoque de nuevo; aquella canción de combate, de melancolía y lealtad en lejanas comarcas. En la penumbra de la plaza. Entonces él tuvo la tentación de decirle que estaba hermosa con su larga cabellera pálida sobre la blusa negra. Pero cómo poder decirle algo tan largo y tan íntimo? Así que caminaron sin hablar, hasta que pudieron ver el barco más de cerca: las luces y los paveses indicaban que allí también había seres que querían ser felices, que esperaban las sirenas y la magia de aquella hora, la hora que dividiría la vida y dejaría atrás las penas y la pobreza y las desilusiones de un año. Después volvieron y se volvieron a sentar en el mismo banco. Hasta que ella dijo que eran las 10, que tendría que estar en La Lucila antes de las 11.

Sí, claro, claro. Iría él a casa de sus padres?

Marcelo la miró. A casa de sus padres? En realidad..., Palito estaba solo... y él...

Se pusieron de pie, siempre ella un poco más alta. Entonces Ulrike le rozó con su mano la cara y le dijo "feliz año nuevo", con aquella suave ironía que acostumbraban para disimular con lugares comunes sentimientos delicados, como si lo escondieran entre anuncios y colorinches. Y luego, por primera vez —y también por última— ella acercó sus labios a los de Marcelo y sintieron que algo muy profundo se iniciaba en aquel leve contacto. La vio alejarse hacia la estación, con su blusa negra y sus pantalones color amarillo, pensando que no era posible que ni siquiera ella tuviese al menos el orgullo de su belleza: la belleza de un paisaje escondido y secreto, de un lugar que no aparece en ningún prospecto de turismo, que no ha recibido (ni recibirá) ese manoseo empalagoso e hipócrita. Caminó por la Avenida del Libertador hacia la casa de sus padres, hasta que la miró desde la vereda de enfrente. Sí, había luces en el séptimo piso. Estarían preparando todo, quizá tendrían la esperanza de verlo, aunque fuese por un solo minuto. Pensó si no era un acto de mezquindad y de soberbia no hacerlo, entristecer aunque sea a su madre loca y distraída. Vaciló un largo tiempo, mientras pensaba en sus palabras cruzadas, en su pelo revuelto, en sus equivocaciones. Bécquer? Qué pasaba con Bécquer? Por qué tanto ruido si cuando ella era así de alta recitaba de memoria a Bécquer? Beckett, mamá! Beckett! la

increpaba Beba con su dureza intelectual y precisa. Pero era como querer golpear con eficacia una bolsa de algodón: Bécquer, Bécquer! Vaya con la novedad! insistía ella, estudiando su crucigrama.

Miró largo tiempo aquel séptimo piso y finalmente cruzó la avenida pero siguió hacia las Heras, para tomar el colectivo 60. Todos pasaban repletos, pero logró finalmente colgarse de uno. Bajó en la calle Independencia, fue a un almacén y compró una botella de sidra helada y un pan dulce. Ya tenía en su bolsillo el regalo. Sería una formidable sorpresa para Palito. "Me faltan palabras, Marcelo, eso es lo que pasa. Si yo tendría un diccionario." Y bien, ahí lo tendría, aunque fuera uno chiquito, como sus necesidades. Sus fantásticas necesidades: ir copiando diez palabras por día en un cuaderno, írselas grabando aquí (se señalaba la frente). El Comandante siempre les decía que no era sólo cosa de tiros.

Caminó por Independencia hacia el Bajo, pero al cruzar la calle Balcarce, en el momento en que iba a entrar en el inquilinato, varios hombres se precipitaron sobre él. Le pareció tan irreal que no atinó siquiera a correr. Habría sido inútil: estaba rodeado por todas partes. Sintió un feroz golpe en el bajo vientre y otro en la cabeza, le metieron un trapo en la boca y luego lo encerraron en el baúl de un auto que esperaba en marcha. Todo sucedió en un par de segundos, quizá. Dentro del cajón, aturdido por el dolor, sintió cómo el coche corría por calles, doblaba, seguía por largas avenidas, volvía a doblar, hasta que poco a poco el silencio se hacía mayor. Entonces se detuvieron.

Lo sacaron del cajón, lo arrojaron al suelo, le dieron algunas patadas en los riñones y en los testículos, y mientras se retorció de dolor y sus gritos eran ahogados por el trapo sucio que le habían puesto en la boca, oyó que uno le decía al otro:

—Gordo, dame un cigarrillo.

Después que seguramente hubieron encendido sus cigarrillos lo llevaron por un corredor, descendieron unas escaleras y allí ya empezó a oír alaridos: el aullido, más bien, de alguien que es despellejado vivo.

—Andá escuchando —dijo uno de ellos.

Siguieron por un corredor apenas alumbrado por una lámpara mortecina. El olor era fuerte, como de baños, de excusados. Abrieron un calabozo y lo arrojaron al suelo. La oscuridad le impedía ver, pero sentía olores de excremento.

—Andá haciendo memoria, porque la vas a necesitar.

Poco a poco se fue acostumbrando a la casi oscuridad. El olor era horrible. De pronto oyó unos gemidos y entonces advirtió otro cuerpo en el piso de cemento. Después de un tiempo le sintió murmurar algunas palabras, algo así como Pedreira o Pereira o Ferreira. Hugo, agregó más tarde. Era importante, dijo. Y haciendo un esfuerzo Marcelo logró descifrar, después de vanas tentativas, lo que quería

transmitirle; si alguna vez salía vivo de ese infierno que dijera a los compañeros que él no había dicho nada. Te lo ruego, hermano, agregó finalmente.

ENTRARON DOS CON UNA LINTERNA,

se acercaron primero al que había dicho llamarse Pereira o Pedreira, lo examinaron de cerca. "El hijo de mil putas", dijo uno, "y sabía algo, estoy seguro". Lo pateó y entonces se acercaron a Marcelo.

—Vamos —le dijeron.

Al sacarlo al corredor, oyó de nuevo aquellos aullidos.

Lo entraron a patadas y empujones a un cuarto donde había una especie de mesa de operaciones. Lo desnudaron, le revisaron los bolsillos: qué bueno, una libreta de teléfonos, un libro de poesías, el maricón: "A Marcelo, en este fin de 1972, siempre, siempre, Ulrike". Así que Ulrike, eh? Y ellos que creían que era puto. Y un diccionario chiquito en el bolsillo del saco:

—Mirá, Turco, mirá esta dedicatoria: "A Palito, esperando que le sea útil, con cariño, Marcelo". Nada menos que a Palito! Cómo se ve que este idiota no sabe ni el ABC! —Otro, a quien llamaban el Gordo, dijo bueno basta de joda y a trabajar.

Lo pusieron sobre la mesa de mármol, le abrieron los brazos y las piernas como formando una cruz y ataron las muñecas y tobillos con sogas, que amarraron a la mesa. Luego le tiraron un balde de agua fría, le acercaron la punta de la picana. Se la mostraron y le preguntaron si sabía lo que era.

—Es un invento argentino —dijo el Turco, riéndose—. Después dicen que los argentinos no sabemos más que copiar lo extranjero. Industria nacional, sí señor y a mucha honra.

El Gordo, que parecía el de mayor autoridad, se le acercó y le dijo:

—Aquí vas a contar todo, lo que se dice todo. Y cuanto antes empecés, mejor. No tenemos apuro: te podemos tener un día como una semana, sin que crepés. Lo sabemos hacer. Así que antes de empezar te conviene decirnos varias cosas. Y te advierto que a otro amigo de Palito ya lo tenemos al lado. Oíste esos alaridos? Y cantó una cantidad de cosas, pero queremos saber lo que vos sabés. Así que empezá: cómo lo conociste, qué te contó, los contactos, si lo conocés al Rubio y al Cachito. Palito se escapó por los fondos. Adónde se ha escondido? Vos vivís con él, sos amigo íntimo. Eso ya lo sabemos. Es inútil que negués nada de eso. Lo que

queremos saber son otras cosas. Con quién está ligado, a quiénes veía, quiénes iban al cuarto de la calle Independencia, y quién es Ulrike?

Al cuarto no iba nadie. Ulrike era una simple amiga. Él nunca le preguntaba nada a Palito.

Habían ido a vivir juntos porque sí? Dónde lo había conocido? Acaso no sabía que Palito había estado con la guerrilla del Che?

No, de eso no sabía nada.

Así que un día lo encontró por casualidad en la calle y decidieron ir a vivir juntos? Marcelo no responde.

Nadie los presentó? Te gustó la cara del cretino? Quién había sido el vínculo? Por qué Palito había venido a parar a Buenos Aires? Dónde lo había visto por primera vez?

En el café de Rivadavia y Azcuénaga.

Sí, muy bien. Pero a ese café van miles de hombres y mujeres. Por qué se vinculó con él? Sabía quién era el Rubio?

Marcelo no respondió.

Bueno, que empezaran a darle.

Primero le pusieron la picana en las encías y sintió como si le clavaran alfileres ardientes. Su cuerpo se arqueó con violencia y gritó. Apenas se detuvieron, una enorme vergüenza se apoderó de su espíritu por haber gritado. No resistiría. Con horror, pensó que no resistiría.

—Mirá, esto es una muestrita. Muestra gratis. Apenas el comienzo. Viste al que estaba tirado en el calabozo? Vamos, no perdamos tiempo. Mucho ya lo sabemos, no te preocupés. Y no te dejés arruinar tu cuerpo para siempre por mantener secretos. A la larga los soltarás, y total que ya estarás jodido. Dale. En primer lugar contá cómo lo conociste al Palo.

—En el café de Azcuénaga y Rivadavia.

—Sí, ya lo dijiste. Lo creo. Pero cómo? Se te acercó de pronto, te dijo me gustaría vivir con vos?

—Se me acercó para pedirme fuego.

—Y vos le diste.

—Claro.

El Gordo se dio vuelta y preguntó si alguien había encontrado cigarrillos y fósforos en los bolsillos. No. Sólo un diccionario chico, un libro de versos, un inhalador de ésos para el asma, una libreta de direcciones y setecientos y pico de pesos.

El Gordo se dio vuelta con dulzura:

—Ves? Acá no conviene mentir. No había ni cigarrillos ni fósforos.

Te lo digo por tu bien: no macaniés.

Se le habían terminado.

Qué.

Los cigarrillos.

Los cigarrillos y los fósforos a la vez?

Se rieron.

A ver: qué cigarrillos fumaba, JOCKEY CLUB, dijo al azar, JOCKEY CLUB? Cuánto costaban?

No pudo contestar, no lo sabía. Le metieron un trapo sucio en la boca.

—Delen, aumenten el voltaje.

Le dieron en las ingles, en las axilas, en las plantas de los pies. Su cuerpo se sacudía salvajemente.

—Paren. Está bien. Ya veo que pertenecés al tipo cabeza dura, idiota. Vas a arruinar tu vida por nada. Cuando cambie el gobierno nosotros seguiremos aquí. Y ustedes también. Los que sobrevivan.

Largá, pibe.

Le sacaron el trapo de la boca.

—Sabemos que un día estaba el Rubio, que vos conocías al Rubio por un estudiante de derecho llamado Adalberto, Adalberto Palacios. Ya ves que sabemos que has mentido. Y ya ves, también, que otros hablaron.

Marcelo quedó aterrado. Pero no podía ser el Rubio. No quedaba sino Palacios.

—No es cierto —dijo.

El Gordo lo miró con expresión bonachona.

—Mirá, te voy a decir una cosa: sabemos también que vos no sos guerrillero, que sos incapaz de matar una mosca. Acá estamos mucho más enterados de vos de lo que te podés imaginar. No te torturamos por eso, comprendé: te torturamos porque sabés cosas y tenés que largarlas. Tenemos depositadas muchas esperanzas en un tipo como vos, por eso mismo. Porque te gusta la poesía, porque sos delicado. Sabés? No lo tomés a mal. No vayas a creer que yo picaneo por gusto. No. Yo también tengo familia. O qué te crees que somos nosotros: bestias sin madre?

Su cara era casi bondadosa.

—Bueno, ahora que hemos intimado un poco, ahora que has comprobado que no somos lo que pretenden, hablemos con calma. Dijiste que se te acercó para pedirte fuego y vos dijiste que sí, que le diste fuego, no es así?

—Sí.

—Y te comprobamos que habías mentido.

—Sí.

—Ya ves que no vale la pena mentir. Siempre terminamos por saber cuándo se miente. Volvamos al café de Rivadavia y Azcuénaga. Eso es cierto, lo sabemos.

Cómo trabaron relación? Ahí no más se te acercó y te empezó a hablar de la guerrilla? Bien sabés que un guerrillero no habla a nadie de eso si no es de su absoluta confianza. Por qué te iba a tener confianza a vos, a un desconocido? Porque él te ha hablado de la guerrilla.

No, nunca. No sabía quién era Palito. Sólo sabía que era tucumano, que había trabajado en un ingenio, que el ingenio cerró, que estuvo sin trabajo, que luego trabajó en FIAT, y que de nuevo se quedó sin trabajo.

Pero nunca le había explicado por qué se había quedado sin trabajo?

No.

Tampoco por qué se había ido a Bolivia?

No.

Así que no sabía que Palito integraba un grupo de guerrilleros aquí?

No.

Nunca había ido al cuarto un tipo de unos 27 años, alto, de anteojos, de pelo crespo y negro, que rengueaba un poco. Eran las señas exactas de el Lungo. Se espantó.

Ahora estaba seguro: era Palacios el que había hablado.

No. Nunca había visto a ese hombre.

El Gordo lo miró largamente, en silencio. Luego se dio vuelta y dijo:

—Delen con todo.

Le metieron el trapo sucio en la boca y oyó que el Turco dijo "éste va a cantar hasta el Arroz con Leche".

Comenzaron con las encías, luego en las ingles, en la planta de los pies, en los testículos. Sentía que le arrancaban la carne con tenazas candentes. De pronto empezó a ver todo blanco y el corazón golpeaba sobre su pecho como alguien a golpes de puño, sobre una puerta, encerrado en un cuarto con perros rabiosos que lo destrozan. Hasta que las descargas cesaron.

—Sacale el trapo.

Dónde estaban las armas? Quiénes eran los capos? Dónde vivía el Lungo? Cuál era el aguantadero? Habían tenido conexión con el ataque de la Calera? Quiénes iban al café de Paseo Colón y San Juan?

Casi no podía hablar, sentía la lengua como un pedazo de algodón hinchado. Murmuró algo, el Gordo acercó su oído. Qué decía.

—Agua —murmuró.

Sí, le darían agua, cómo no. Pero antes tenía que responder.

Pensaba en Palito, en aquella infancia desdichada en el rancho, en sus sufrimientos de Bolivia, en el callado estoicismo de Guevara. En ese momento la vida de Palito estaba dependiendo de una sola palabra que él dijese. Nunca había hecho nada de

valor, jamás había hecho algo para aliviar la tristeza o el hambre de un solo chico miserable. En realidad, para qué servía?

El Gordo le mostró una botella de coca-cola helada.

Iba a hablar?

Marcelo no hizo ningún signo.

Entonces el otro abrió la botella y arrojó el contenido burbujeante sobre el cuerpo de Marcelo.

—Métanle el trapo —ordenó con cólera—. Y delen la máxima.

El horror recommenzó, hasta que todo se hizo negro y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, como si surgiera destrozado de entre escombros ardientes, oyó palabras que no entendía bien, algo de doctor, de inyección. Sintió un pinchazo en alguna parte. Después oyó "hay que dejar por un tiempo".

Empezaron a hablar entre ellos, algo del domingo, una playa en Quilmes, se reían mucho, se quejaban de perder la fiesta de fin de año. Oía nombres: el Turco, Petrillo o Potrillo, el Gordo, el Jefe. Recommenzaron los gritos y aullidos en algún cuarto vecino. Por qué no lo revientan? dijo uno de ellos. Alguien se le acerca y le dice oís? es tu amigo Palacios, no le ponemos trapo para que lo oigás, después te lo mostramos.

Su cabeza está rellena de algodón ardiendo con alcohol, tiene una sed que no puede resistir, mientras siente que ellos dicen "esta cerveza no está bien helada, hay que embromarse". Seguían los alaridos. Palito, con sus huesitos pegados a la piel, el rancho, el Comandante, el hombre nuevo.

—Bueno, muchachos, a laburar —dice alguien, seguramente el Gordo—. El doctor dice que a éste hay que dejarlo un rato. Le sacan las ligaduras y lo arrojan al suelo.

—Traigan a la turríta esa y a Buzzo.

Los traen, arrastrándolos de los pelos.

A Marcelo lo han sentado en el suelo contra la pared y lo obligan a mirar: ella es una chica de alrededor de diecinueve o veinte años, él tendrá unos años más. Tienen aspecto de muchachos trabajadores, humildes.

Al llamado Buzzo lo desnudan y lo amarran sobre la misma mesa en que habían torturado a Marcelo, mientras los otros tienen agarrada a la chica. El Gordo le dice a Buzzo que le conviene hablar antes de aplicarle la máquina y de inutilizarle la novia.

—Ya sabemos que los dos están en los Montos. Ya el Cachito confesó todo, el atraco al destacamento del Tigre, el asalto al Hospital de San Fernando, la muerte del cabo Medina. Ahora nos vas a contar algunos detalles que faltan: habló del enlace con el grupo de Córdoba.

Qué enlace? Él no sabe nada de eso?

—Empiecen a darle —ordenó.

Marcelo empezó a ver desde fuera lo que le habían hecho a él, se repetían los mismos horrores, las mismas monstruosas contorsiones.

—Paren.

Le acercaron a la chica.

—Cómo se llama?

—Esther.

Esthercita, los hombres te han hecho mal, canta uno de los del grupo.

El Gordo le dice callate, ahora.

—Dónde la conociste.

—En la fábrica.

—Qué relación tiene con vos.

—Es mi novia.

—Nada que ver con la política, no?

—No, nada que ver. Es nada más que mi novia.

—Nunca hablaban de política, no?

—Todo el mundo hoy habla de política.

—Ah, bueno. Y ella sabía que vos estabas con los Montos, me supongo.

—Yo no estoy con los Montos.

Se rieron con ganas.

—Bueno, está bien. No vamos a discutir macanas. Desnúdenla.

Buzzo gritó: "No hagan eso!" Su grito fue casi salvaje. El Gordo lo miró. Con una especie de cortesía helada le preguntó:

—Lo vas a impedir vos?

Buzzo lo miró y dijo:

—Es cierto, ahora no puedo hacer nada. Pero si alguna vez salgo de aquí juro que buscaré a cada uno de ustedes para matarlos.

Todos se quedaron un momento en suspenso. Sus caras demostraron enorme regocijo. El Gordo se dio vuelta hacia ellos y les dijo qué esperaban. Entonces le arrancaron la ropa a jirones. Marcelo no podía dejar de mirar con horror, con una especie de fascinación alucinada. La chica era modesta, pobre, pero tenía la humilde belleza de algunas muchachas aindiadas de Santiago del Estero. Sí, es cierto, ahora recordaba las pocas palabras que había pronunciado: tenía el acento santiagueño. Mientras le arrancaban las ropas, gritaban, se reían con morbosa nerviosidad, uno sobre todo, enorme y sucio, gritaba yo primero.

En el momento en que el individuo que llamaban el Turco, babeante y enloquecido, se lanzó sobre ella, mientras los otros gritaban, la manoseaban, se masturbaban y el muchacho amarrado a la mesa gritaba Esthercita! Marcelo perdió el conocimiento. Desde aquel momento ya no tuvo noción de tiempo, ni de lugar. De pronto se encontraba tirado en un calabozo (el mismo de antes?), con el mismo

olor a excrementos y orina, de pronto era torturado en la mesa, o era golpeado en el vientre, o le retorcían los testículos. Todo era confuso, los nombres que le decían, los gritos, los insultos, los escupitajos sobre la cara. En un momento sintió que lo arrastraban de los pelos por el corredor apenas alumbrado y lo arrojaban de nuevo en aquel calabozo hediondo y pegajoso. Creía estar solo. Pero al rato, en la penumbra, a través de sus ojos que parecían salirse de las órbitas, hinchados, desde donde veía todo como una fantasmagoría turbia, le pareció entrever a otro que estaba sentado en el suelo.

El otro murmuró algo. No sabía, lo acusaban de ser miembro del FAR. Del FAR? Había dicho que sí a todo, tenía mucho miedo. Qué le parecía? Su tono era de ruego, de disculpa.

—Sí —musitó Marcelo.

Sí, qué, rogó el otro.

Que estaba bien, que no debía preocuparse.

El otro se quedó callado. Oyeron nuevos alaridos y luego los intervalos de silencio (el trapo en la boca, pensaba Marcelo). Sintió que el otro se arrastraba hacia él.

—Cómo te llamás —le preguntó.

—Marcelo.

—Te torturaron mucho?

—Más o menos.

—Cantaste.

—Claro.

El otro quedó en silencio. Después dijo: quisiera orinar, pero no puedo.

Dormita, como un sueño sobre un desierto ardiente, erizado de puntas de fuego. Hasta que lo sacuden a patadas. Vienen de vuelta. Cuánto tiempo ha pasado? Un día o dos? No lo sabe. Sólo quiere morir de una vez. Lo arrastran de los pelos hasta un lugar iluminado, otra pieza de tortura. Le muestran una masa informe, de llagas, de inmundicia.

—No lo reconocés, eh.

Es el Gordo, de nuevo, con su voz helada. Ahora le parece reconocerlo, cuando aquello intenta un gesto, algo que parece un gesto de amistad. Cuando comprende quién es vuelve a desmayarse. Despierta en la misma pieza, le han dado algo, quizá una inyección.

Traen a una mujer embarazada, un médico la examina, pueden darle, dice. Vas a perder el hijo, reputísima. La picanean en los senos, en la vagina, en el ano, en las axilas. La violan. Luego le meten un palo, mientras al lado se oyen los gritos, los aullidos de otro:

—Es el marido —le explica el Gordo.

Siente que va a vomitar, pero no puede. Que dijera si conocía a esa mujer, a la embarazada, si conocía a Buzzo, a Esther, cuándo había visto a Cachito. Todo se le mezcla, ya no entiende nada. Siguen con aquella mujer, le dicen que la harán parir sobre la mesa de tortura, que le van a arrancar el hijo.

El Gordo le dice que lo harán pedazos si no cuenta todo, si no dice lo que Palito hacía en las últimas semanas. Era alto, pecoso? Le decían el Colorado? Lo conocía a este otro? Lo había visto con Palito en el café de la calle Independencia? Han desatado a la parturienta y empiezan a picanearlo a él. Cuando se desmaya despierta de nuevo en el piso de cemento del calabozo. Todo parece más oscuro. Al rato vienen los de la linterna. Buscan al otro. El hijo de puta, dice uno de ellos, alumbrando con la linterna. Mirá, de dónde pudo sacar esta gillette? Había mucho que sacarle, hijo de puta. Lo arrastran, se lo llevan, y queda completamente solo.

Tiene ganas de orinar, pero no puede: el dolor lo desmaya. Sueña algo extraño, algo de infancia: como imágenes purísimas en un chiquero. Medio despierta, se encuentra musitando una oración, está arrodillado al lado de su camita, pidiendo al Niño Jesús, su madre está al lado y le dice ahora a dormir. El Niño Jesús, eso es. Y de pronto con una especie de ronquido murmura: DIOS MÍO, POR QUÉ ME HAS ABANDONADO! Pero en seguida tiene vergüenza, piensa en esa mujer embarazada. El encuentro con Ulrike en la Plaza Retiro le parece estar a un siglo de distancia, en otro planeta. Dios ha tenido un ataque de locura y todo su universo se quiebra en pedazos, entre aullidos y sangre, entre imprecaciones y restos mutilados. Vuelve a pensar en Toribio, vuelve a repetir su oración infantil, como si pudiera tener alguna fuerza en aquel Infierno. Dónde estaba Dios? Qué quería probar con el suplicio, con la violación de un ser tan humilde como Esther? Qué quería decir? Quizá quería decirles algo, a todos, pero no podían comprender. En ese momento habría novios de la mano, augurios de felicidad, risas, los barcos tocarían o habrían ya tocado las sirenas. Año nuevo, vida nueva. O habrán pasado ya varios días? Qué día será? Allí era siempre de noche. Ah, sí, el otro le había dicho que había confesado todo, pero confesado mentiras, acusado a personas inocentes, le habían hecho firmar algo. Le pareció que había llorado, aunque allí ya no se sabía distinguir gestos ni lágrimas. Qué? Se había suicidado con una gillette? Y las mujeres, pensaba, las mujeres: Marta Delfino, Norma Morello, Aurora Martins, Mirta Cortese, Rosa Vallejo, Ema Debenedetti, Elena da Silva, Elena Codan, Silvia Urdampilleta, Irma Betancourt, Gabriela Yofre. Parecía un desfile de fantasmas en el infierno. Los mártires cristianos, pensaba. Ser devorado por las fieras era nada al lado de todo esto. Después volvió a delirar y todos los nombres se mezclaron, y las épocas.

Entonces vuelven los de la linterna. Lo arrastran de los pelos a la pieza de torturas. —Bueno —dice el Gordo—, ahora se terminó. Ahora cantás todo o de aquí ya no salís vivo.

Lo colocan de nuevo en la mesa. El cuarto está lleno de humo, hay gritos, risas, insultos. Todo se convierte ya en un confuso infierno. Te vamos a seguir trabajando, maricón, hasta que largues todo. Le retuercen los testículos, le meten la picana en la boca, en el ano, en la uretra, le golpean los oídos. Luego siente que traen una mujer, que la desnudan y la ponen encima de él. Los picanean a los dos a la vez, gritan palabras espantosas a la mujer, tiran baldes de agua, después lo desatan, lo golpean en el suelo. Se desmaya, cuando vuelve en sí está de nuevo el doctor, la jeringa. No da más, dice. Pero todos parecen una jauría enfurecida. Lo agarran, le meten la cabeza en un tacho lleno de orina y cuando ya cree que va a morir, le sacan la cabeza, y siempre las mismas preguntas, pero él ya no entiende nada. Todo ha desaparecido en una tierra convulsionada por terremotos e incendios que vuelven y vuelven, entre gritos y lamentos desgarradores de seres aplastados por bloques de hierro y cemento, sangrantes, mutilados, aplastados por vigas de acero ardiente. Antes de perder el conocimiento siente de pronto una especie de inmensa alegría: VOY A MORIR, piensa.

A ESTA HORA LOS REYES MAGOS ESTÁN EN CAMINO

se dijo Nacho, con tenebrosa ironía. Desde la oscuridad que le favorecían los árboles de la Avenida del Libertador vio detenerse, por fin, el Chevy Sport color lacre del señor Rubén Pérez Nassif.

Bajó con Agustina. Eran aproximadamente las 2 de la madrugada.

En seguida entraron en una casa de departamentos. Permaneció en su puesto de observación hasta eso de las 4, y luego se retiró, presumiblemente, hacia la casa. Caminaba con las manos en los bolsillos de sus raídos jeans, encorvado, cabizbajo.

MÁS O MENOS A LA MISMA HORA

el cuerpo de Marcelo Carranza, desnudo, irreconocible, estaba en el suelo de un corredor apenas alumbrado. El llamado Gordo preguntó si todavía estaba vivo. Uno,

el Correntino, se acercó, pero le daba asco tocarlo, porque estaba lleno de escupidas, sangre y restos de vómitos.

—Y?

El Correntino le dio una patada en los riñones, pero no oyó el menor quejido.

—Para mí que está listo —dictaminó.

—Bueno, métenlo en la bolsa.

Trajeron una bolsa de lona, lo metieron, ataron el bulto con una sogá y se fueron a tomar una ginebra. Luego volvieron, llevaron el bulto hasta el coche, lo pusieron en el cajón y tomaron para el lado del Riachuelo. Bordeándolo, llegaron hasta la quema de basuras, donde se detuvieron. Sacaron la bolsa y cuando lo pusieron en el suelo uno de ellos creyó notar un movimiento. "Me parece que está vivo, che", comentó. Acercaron el oído y, en efecto, oyeron o les pareció oír un gemido, una especie de murmullo. Llevaron el bulto hasta la orilla, le ataron grandes trozos de plomo y luego, haciendo un repetido movimiento de vaivén, para que tomara bastante impulso, lo arrojaron al agua. Quedaron un momento mirando, mientras el Correntino dijo: "Mirá que dio trabajo". Subieron al auto y uno dijo que le gustaría tomar un café y un especial de mortadela.

—Qué hora es?

—Todavía no son las cinco.

—Bueno, volvamos, entonces. Falta para que abran.

LA CASITA PARECÍA MAS DESAMPARADA QUE NUNCA

y el chirrido de la puerta de hierro oxidada más fuerte que en otros tiempos menos solitarios. El Milord lo recibió con los acentos que le era imposible evitar cuando había permanecido encerrado sin nadie en aquella tapera. Nacho lo apartó con el pie, distraídamente, y se arrojó en su cama. Con las manos cruzadas debajo de su cabeza, miraba el techo. Tenía ganas de escuchar a los Beatles por última vez. Haciendo un enorme esfuerzo, se levantó y los puso.

Julia, Julia, oceanchild, calls me.

Julia, seashell eyes windy smile, calls me.

Julia, sleeping sound, silent cloud.

Sentado en el suelo, con la cabeza gacha, sentía sus ojos hinchados. Hasta que con un tremendo golpe de puño aplastó el pick-up.

Se levantó, salió y comenzó a caminar por Conde hacia la vía, seguido clandestinamente por Milord. Cuando llegó al cruce de Mendoza, se detuvo un momento, pero casi en seguida trepó el sucio terraplén de tierra, entre desperdicios y tachos oxidados, hasta sentarse sobre los durmientes, entre los rieles. Desde allá arriba, su vista nublada empezó a ver los primeros y tímidos anuncios de la aurora, que con silenciosa modestia iban situándose en alguna nube, sobre los vidrios de las torres que se habían construido entre los restos de las viejas casitas, en algún techo lejano: esas ventanas que se abren con lentitud y cierta renovada esperanza en la casa donde acaban de llevarse el ataúd. Julia, Julia, oceanchild, murmuró aguardando el tren, pensando, con tenebrosa esperanza, que no podía tardar. Momento en que sintió la lengua del perro en su mano caída. Recién comprendió que lo había seguido a distancia. Con furiosa y al parecer desproporcionada cólera le gritó "Dejame, retardado!" y le pegó.

Milord, jadeando, lo miró con ojos doloridos. Mientras Nacho lo contemplaba vino a su memoria el fragmento de un libro odiado: La guerra podía ser absurda o equivocada, pero el pelotón al que uno pertenece, los amigos que duermen en el refugio mientras uno hace guardia, eso era absoluto. D'Arcangelo, por ejemplo. Un perro, quizá.

—Hijo de reputísima madre! —gritó pensando en su autor.

Y una cólera aún más demencial que la de antes lo lanzó contra aquel animal, al que pateó con furia. Hasta que se derrumbó sobre los rieles, llorando.

Cuando pudo mirarlo de nuevo, ahí estaba, inútil en su vejez.

—Volvete a casa, imbécil —le dijo con los pocos restos de su rabia, pequeñas llamas que aún se levantan aquí y allá después de los grandes incendios. Pero como el perro no se movía y seguía mirándolo con aquellos ojos (de dolor? de reproche?), Nacho fue calmándose poco a poco, hasta que con desolada paciencia y en voz muy baja le rogó que se fuera, que lo dejara solo. Su voz era cariñosa y, aunque no se atrevía ni siquiera a murmurarlo, quería decir "perdoname, viejo".

Milord abandonó entonces su inquieta actitud y por fin movió la cola, no con fuerza ni con alegría sino con el resto de antiguas alegrías, esas migajas que quedan en el suelo después de las fiestas.

Nacho bajó el terraplén, al llegar abajo lo palmeó y volvió a rogarle que se fuera. Milord lo miró todavía un momento, con desconfianza, y recién entonces, a desgano, comenzó a irse, con su renguera, aunque echando de vez en cuando una mirada hacia atrás.

Nacho volvió a treparse entre papeles sucios y basuras, y volvió a sentarse sobre el durmiente, entre los rieles. A través de sus lágrimas volvió a mirar por última vez los árboles del baldío, el farol a mercurio, la calle Conde: fragmentos de una realidad sin ningún sentido, los últimos fragmentos que vería.

Entonces se acostó cruzado sobre las vías, cerró los ojos y ya aislado por la oscuridad de esa fantasmagoría, los pequeños ruidos empezaron a cobrar importancia. Hasta que creyó oír un rumor que pensó podía ser de una rata. Al abrir los ojos, advirtió que era de nuevo Milord. Sus ojos penosos le parecieron un nuevo chantaje y volvió a enfurecerse y a golpearlo, gritándole insultos y amenazas. Hasta que se fue calmando, cansado, ya derrotado por el perro, justamente cuando ya oía el ruido del tren. Entonces comenzó a bajar lentamente el terraplén y a caminar hacia la casa, seguido de cerca por Milord.

Entró al cuarto y empezó a sacar su ropa, que fue poniendo en la mochila. De la Caja del Tesoro de su niñez buscó una lupa, una escarapela que había pertenecido a Carlucho, dos bolitas de vidrio, una pequeña brújula y un imán de herradura. De la estantería sacó EL CAZADOR OCULTO, de la pared desprendió la foto de los Beatles, cuando todavía estaban unidos, y la foto de un chiquito vietnamita que corría solo en una aldea llameante. Puso todo en la mochila, así como el paquete de sus papeles escritos. Salió al patiecito, acomodó las cosas en la moto, ató el perro sobre la mochila y puso en marcha el motor. Pero en ese momento tuvo una idea. Paró el motor, bajó, desató todo y una vez que extrajo la carpeta con sus papeles, lo puso en el suelo, le prendió fuego, y observó cómo se iban convirtiendo en cenizas aquellos buscadores de absoluto que habían comenzado a vivir (y sufrir) en sus páginas. En ese momento, creyó que para siempre.

Empezaba a reacomodar todas las cosas cuando llegó Agustina.

Muda, como sonámbula, entró a su cuarto.

Su hermano quedó entonces, sentado sobre la moto, paralizado, sin saber ya qué es lo que debía hacer. Bajó, pensativamente, y entró con lentitud en la pieza. Agustina estaba sobre la cama, vestida, mirando hacia el techo, fumando.

Nacho se acercó, contemplándola con sombría morosidad. Hasta que súbitamente, gritándole puta y repitiéndolo con histérico furor, se lanzó sobre ella y arrodillado sobre la cama, con el cuerpo de la hermana entre sus piernas, comenzó a golpearle la cara a puñetazos, sin que ella hiciese el menor intento de defenderse, inerte y floja como una muñeca de trapo, lo que aumentaba la furia de su hermano. Entonces comenzó a arrancarle la ropa a jirones, desgarrándola con saña. Y cuando la hubo desnudado, llorando a gritos, la empezó a escupir: primero en la cara y luego, abriéndole las piernas, en el sexo. Y finalmente, como ella seguía sin hacer la menor resistencia y lo miraba con ojos muy abiertos llenos de lágrimas, sus manos cayeron y se derrumbó sobre el cuerpo de la hermana, llorando. Así estuvo un tiempo muy grande. Hasta que pudo levantarse y salir. Puso en marcha el motor y tomó por la avenida Monroe. Su objetivo era todavía muy confuso.

EL DÍA 6 DE ENERO DE 1973

Natalicio Barragán se despertó muy tarde, con la cabeza rellena de pedazos de vidrio y alfileres. Durante largo tiempo se quedó mirando el techo, pero sin verlo. Estaba tratando de pensar en algo, pero no sabía qué era lo que quería pensar. Como esos caños que van oxidándose por acción del tiempo y los ácidos, su pensamiento apenas podía pasar ya por pequeñísimos canales, como filtraciones de un agua barrosa y llena de coágulos. E iba a levantarse para preparar unos mates cuando de pronto, como un rayo en una noche pesadísima y turbia, cayó sobre su mente el recuerdo de la visión.

Se apretó la cabeza con las manos y permaneció largo tiempo agitado y temeroso. Después se levantó, y mientras preparaba el mate el recuerdo de la bestia llameante se hacía más y más fuerte y temible, hasta que arrojando el mate en el suelo, salió corriendo a la calle. Era un día de sol y de cielo clarísimo. Serían como las once y en el día de fiesta la gente andaba de un lado a otro, con chicos que mostraban juguetes, o tomaba mate a la puerta y conversaba. Barragán escrutó sus caras, y trató de oír sus conversaciones. Pero ni sus expresiones ni sus palabras tenían nada de particular: eran las de cualquier día de fiesta en La Boca.

De pie en la misma esquina de Brandsen y Pedro de Mendoza, apoyado contra la misma pared que en la madrugada le había servido de sostén, miró hacia el mismo cielo, entre los mástiles. Le pareció mentira ver ese cielo límpido, sin nubes, sin nada fuera de lo común, mientras la gente andaba por ahí despreocupadamente.

Decidió irse hasta la zapatería de Nicola. Estaba, como siempre, trabajando, día de fiesta o no. Conversó con él un rato. De qué? Nada importante, pero resultaba claro que ni había visto nada raro esa noche ni nadie le había contado de haber visto algo.

A la tardecita, después de haber vendido los diarios que le facilitaba Berlingieri, se dirigió al café. La absoluta ignorancia de todos aumentaba su terror de hora en hora. En el bar se barajaban las posibilidades de Boca con Racing. Pero él permaneció mudo, con su copita de caña en el mostrador. Esperaba la llegada de la noche con un miedo guardado cuidadosamente, pero que se manifestaba (cosa curiosa) en un hormigueo en toda la piel y en sus manos y pies fríos, a pesar de ser día de verano.

Anduvo dando unas vueltas por ahí, pero a la noche volvió al café, hasta la hora de cerrar: las dos de la madrugada. Entonces emprendió el mismo trayecto que la noche anterior, atravesó la avenida Almirante Brown, siguió por Brandsen y llegó a

la Dársena, mirando cuidadosamente hacia el suelo. En la esquina de Brandsen y Pedro de Mendoza se apoyó en la pared, en la misma pared, y cerró los párpados. Su corazón golpeaba agitadamente, el hormigueo en su piel se había hecho insufrible y sus manos estaban cubiertas de un sudor helado.

Por fin se decidió a abrir los ojos y a levantarlos: sí, ahí estaba, lanzando fuego por sus narices, con ojos de sangre, revelando una furia silenciosa, que por eso resultaba más terrible: como si alguien nos amenazara en la soledad y en un silencio absoluto, sin que ningún otro pudiese advertir el tremendo peligro.

Cerró los ojos y ya a punto de derrumbarse se abandonó sobre la pared. Permaneció así largo tiempo hasta que pudo juntar fuerzas para irse hasta el conventillo, manteniendo sus ojos clavados en las baldosas.

Al otro día volvió a reproducirse el extraño fenómeno del día anterior: todos se movían de un lado a otro como si nada hubiese sucedido, se hablaba de lo mismo (de política, de fútbol) se hacían las mismas bromas en el bar de Chichín. Barragán, silencioso, los miraba con estupefacción, sin atreverse a decirles lo que en otro tiempo habría dicho. Y cuando volvió a su pieza, se cuidó muy bien de mirar hacia el cielo.

Así pasaron algunos días, y cada vez se sentía más triste, más desamparado y con la sensación de estar cometiendo un acto vergonzoso, una traición o un acto de cobardía. Hasta que una de esas noches, al entrar en su cuarto oscuro lo deslumbró un fulgor que él conocía. En medio de ese fulgor vio el rostro de Cristo que lo miraba con una mezcla de pena y severidad, como a un chico que se quiere pero que está cometiendo algo repudiable. Luego desapareció.

Natalicio Barragán sabía muy bien lo que le reprochaba. Quince años atrás, se le aparecía y él predicaba en la calle, en el bar de Chichín. Había anunciado el fuego sobre Buenos Aires, y todos chacoteaban con él, le decían "Dale, Loco, dale, contá lo que te dijo el Cristo", y él con la copita de caña, les contaba. Venían tiempos de sangre y de fuego, les decía, mientras amenazaba con su índice admonitorio a los grandulones que se reían y lo empujaban, les repetía que el mundo iba a ser purgado con sangre y con fuego. Y cuando en una frígida tarde de junio de 1955 la muerte cayó sobre miles de obreros en la Plaza de Mayo, y la propia mujer de Barragán murió destrozada por las bombas, y cuando a la noche los incendios iluminaron el cielo gris de Buenos Aires, todos ellos recordaron al Loco Barragán, que a partir de aquella lúgubre jornada no fue ya el mismo ser, disparatado pero bondadoso: se volvió callado, sus ojos parecían guardar un temible secreto y se recogió sobre sí mismo, como en una caverna solitaria: algo en lo más profundo de su espíritu le decía que aquello no había sido casi nada, y que muchas y más grandes tristezas habrían de desatarse un día no lejano sobre los hombres, sobre todos los hombres. Mientras tanto, había permanecido callado y los nuevos

muchachones, que antes heredaban de unos a otros la tradición de reírse de Barragán, ahora se callaban cuando él entraba.

Ya no predicaba. Se había vuelto hosco y retraído.

Pero cuando el dragón se le apareció, supo que los tiempos llegaban y que él tenía un deber que cumplir.

Así que el Cristo sabía lo que quería decirle con su expresión de pena y de severa tristeza. Sí, él era un pecador, vivía de la limosna, de los diarios que le facilitaba Berlingieri. Era un vago y para colmo mantenía en secreto la Visión.

Aquel día, a la tardecita, después de haber meditado durante muchas horas por la Dársena, entró al café, pidió su caña y dándose vuelta hacia donde estaban Loiácono, Berlingieri, el chueco Olivari y el rengo Acuña, dijo:

—Muchachos, anoche se me apareció el Cristo.

Estaban hablando del partido con Racing. Se produjo un silencio de muerte. Los chicos dejaron de jugar al billar y todos lo miraron con gravedad. Barragán los observó con rigidez, mientras su cuerpo temblaba. Después agregó:

—Pero antes, en la madrugada, desde la esquina de Brandsen y Pedro de Mendoza tuve otra visión.

Todos lo miraban tensamente. Con voz trémula, Barragán dijo:

—En el cielo, para el lado de afuera, ocupaba la mitad del cielo. La cola llegaba hasta el suelo.

Se detuvo, le daba quizá temor o vergüenza. Luego dijo, en voz baja:

—Un dragón colorado. Con siete cabezas. De las narices echaba fuego.

Se produjo un largo silencio. Después, Natalicio Barragán agregó:

—Porque el tiempo está cerca, y este Dragón anuncia sangre y no quedará piedra sobre piedra. Luego, el Dragón será encadenado.

UNA RATA CON ALAS

Sin que atinara a nada (para qué gritar? para que la gente al llegar lo matara a palos, asqueada?), Sabato observó cómo sus pies se iban transformando en patas de murciélago. No sentía dolor, ni siquiera el cosquilleo que podía esperarse a causa del encogimiento y resecamiento de la piel, pero sí una repugnancia que se fue acentuando a medida que la transformación progresaba: primero los pies, luego las piernas, poco a poco el torso. Su asco se hizo más intenso cuando se le formaron las alas, acaso por ser sólo de carne y no llevar plumas. Por fin, la cabeza. Hasta ese momento, había seguido el proceso con su vista, y aunque no se

atrevió a tocar con sus manos, todavía humanas, las patas de murciélago, no pudo dejar de ver con horrenda fascinación las garras de gigantesca rata, arrugada la piel como la de un anciano milenario. Pero luego, como ya se ha dicho, lo que más lo impresionó fue el surgimiento de las enormes alas cartilaginosas. Pero cuando el proceso alcanzó la cabeza y empezó a sentir cómo se alargaba su hocico y cómo le crecían los largos pelos sobre la nariz husmeante, su horror alcanzó la máxima e indescriptible intensidad. Durante un tiempo quedó paralizado en la cama, donde lo había sorprendido la transformación. Trató de conservar la calma y hacerse un plan. En ese plan entraba el propósito de mantenerse callado, pues con gritar sólo lograría el acceso de personas que lo matarían despiadadamente con fierros. Había, sí, la frágil esperanza de que comprendieran que esa inmundicia viviente era él mismo, puesto que no era lógico que se hubiese instalado en su lugar de modo inexplicable.

En su cabeza de rata bullían las ideas.

Se incorporó, por fin, y sentado, trató de serenarse y tomar las cosas como eran. Con cierto cuidado, como si se tratara de un cuerpo extraño a él mismo (como de algún modo lo era), se movió hasta ponerse en la posición que acostumbra tomar un ser humano para levantarse de la cama: es decir, se sentó de costado, con los pies colgando hacia el suelo. Entonces advirtió que las patas no alcanzaban el piso. Pensó que por la contracción de los huesos, su tamaño se había hecho menor, aunque no demasiado, lo que explicaba la piel tan arrugada. Calculó que su estatura podía alcanzar más o menos el metro veinte. Se levantó, y se contempló en el espejo.

Durante largo rato permaneció sin moverse. Había perdido la calma y ahora lloraba en silencio ante el horror.

Hay gente que tiene ratas en su casa, fisiólogos como Houssay, que experimentan con esos asquerosos bichos. Pero él había pertenecido siempre a la clase de gente que siente invencible asco ante la sola vista de una rata. Es imaginable, pues, lo que podía sentir ante una rata de un metro veinte, con inmensas alas cartilaginosas, con la repulsiva piel arrugada de esos monstruos. Y él *dentro!*

Su vista había comenzado a debilitarse y entonces tuvo la repentina convicción de que ese debilitamiento no era un fenómeno pasajero ni producto de su emoción, sino que avanzaría paulatinamente hasta llegar a la ceguera total. Así fue: en pocos segundos más, aunque esos segundos le parecieron siglos de catástrofes y pesadillas, sus ojos llegaron a la absoluta negrura. Quedó paralizado, aunque sentía que su corazón golpeaba tumultuosamente y que su piel temblaba de frío. Luego, poquito a poquito, se acercó tanteando hacia la cama y se sentó a su costado.

Así permaneció un tiempo. Hasta que de pronto, sin poder retener, olvidando su plan y sus razonables prevenciones, se encontró lanzando un inmenso y pavoroso

grito de socorro. Pero un grito que no era humano ya sino el estridente y nauseabundo chillido de una gigantesca rata alada. Vino gente, como es natural. Pero no manifestó ninguna sorpresa. Le preguntaron qué pasaba, si se sentía mal, si quería una taza de té.

No advertían su cambio, era evidente.

No respondió nada, no dijo una sola palabra, pensando que sólo lograría que lo tomaran por loco. Y decidió tratar de vivir de cualquier manera, guardando su secreto, aun en condiciones tan horrendas.

Porque el deseo de vivir es así: incondicional e insaciable.

GEORGINA Y MUERTE,

dos palabras que jamás Bruno había querido pensar juntas, como si mediante esa candorosa magia le fuera posible paralizar el tiempo, magia a la que más se inclinaba a medida que pasaban los años, a medida que, como las ráfagas heladas de agosto empujan las hojas secas y ya magulladas, arrastraba lo que él quería conservar para siempre.

Anduvo sin rumbo, pero de pronto se encontró caminando por Río Cuarto, hasta que divisó el Mirador rosado sobre el cielo gris de otoño: no sólo melancólico sino tan lúgubre y enigmático como Alejandra y Fernando. Y la casa de los Olmos le recordó aquel extraño señor Valdemar, retenido al borde de la muerte por el hipnotizador, con sus vísceras y los miles de gusanos esperando, hasta que un susurro del casicadáver, desde el umbral de la siniestra puerta, desesperadamente, por el amor de Dios, ruega que se le permita terminar de una vez. Y entonces, cuando el mago rompe el hechizo, el cuerpo se derrumba hacia la muerte y la instantánea putrefacción, y la miríada de gusanos se lanzan como un ejército de monstruos infinitesimales pero rabiosos de hambre y ansiedad.

Las grandes chimeneas y los puentes del Riachuelo contrastaban con aquella mansión de otro tiempo, como una dura realidad con imprecisos fantasmas. Pero si aquello era la realidad, qué significaba ese leproso caserón en ruinas? Y, sobre todo, qué era él mismo, ya que su espíritu se encogía contemplando la lepra de esos muros rosados y verdosos? Un hijo, un nieto, un architataranieta de duros marinos y guerreros, era también un fantasma como don Pancho Olmos, como aquel Bebe con su clarinete disparatado, como aquella Escolástica con la cabeza de su antepasado? Por qué, si no, sentía de tal manera el fin de aquel sombrío caserón

y de sus ambiguos habitantes? Por qué en ese otoño de Buenos Aires sentía que también para él se aproximaba un tiempo de calles desoladas y hojas secas? Toda su existencia la veía ahora como un vertiginoso viaje hacia la nada. Saint-Exupéry, sí. Había alentado a Martín, a tantos otros desamparados y perdidos en el caos y la oscuridad. Pero, y él mismo?

SU PADRE, SU PADRE,

una vez más, quién sabe cuántas veces más aún, volvería aquello. "Papá se muere, Nicolás." Pero él sabía que significaba no Nicolás sino tus hermanos, en aquel férreo sistema en que el menor debía incondicional obediencia al mayor. Así que Nicolás, jerárquica y económicamente, significaba Nicolás-Sebastián-Juancho-Felipe-Bartolomé-Lelio. Y también tácita reconvención, diciendo ha habido necesidad de comunicártelo, de buscarte lejos, siempre ajeno a nuestra casa y a nuestro destino, sabiendo que padre nunca se consoló y que ahora espera tu regreso antes de que sea demasiado tarde. Aunque ni en el telegrama ni en ninguna conversación nadie diría una palabra que tuviera relación con esos sentimientos, de acuerdo con la ley que ordenaba ocultar las más profundas emociones. De modo que cuando entraban en contacto con otras gentes, habituadas a formas menos duras, parecían superficiales en sus afectos ya que sólo expresaban abiertamente las emociones que se vinculaban a hechos sin gran importancia. Y así, mientras podían expresar su pesadumbre con largos comentarios sobre el granizo o la langosta que malograba la cosecha de un amigo, les parecía de mal tono hacer grandes manifestaciones por la muerte de su hijo. Casos en que el viejo Bassán, con su rostro más rígido, acostumbraba decir simplemente "es el destino". Frase que nunca nadie oyó para referirse a la mera pérdida de una cosecha, como si esas grandes y pavorosas potencias que actúan bajo el nombre genérico de "el destino" no debieran ser invocadas en vano o para hechos menores.

VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS, LAS COSAS, LOS HOMBRES

Todo era igual y todo era diferente. Porque aquel modesto ferrocarril seguía manteniendo los mismos coches y vías, las mismas construcciones, el color de siempre. Más gastado y más viejo. Pero no tan gastado ni tan viejo como los hombres que habían vivido y sufrido en el mismo transcurso. Porque, pensaba, los seres humanos se gastan más que las cosas y desaparecen más pronto. Y así un modesto sillón de viena que sobrevive en un altillo recuerda la muerte de la madre que lo usaba. Pero con una especie de estúpido patetismo. Porque un potiche, cualquier fruslería que presencié un gran amor, y que intensamente vibró con el poderoso resplandor que la pasión confiere a los simples objetos que fueron sus testigos, y que luego, con la torpe pertinacia de las cosas sobreviven pero volviendo a la insignificancia que les es propia: tan opacos y estúpidos como los decorados de un escenario cuando la magia de la obra y de las candilejas ha terminado.

Sí, aquellos vagones seguían siendo los mismos, pero los hombres habían cambiado o desaparecido. Y sobre todo yo soy distinto. Muchas y grandes catástrofes habían enterrado en su espíritu una ciudad sobre otra, como la tierra y los incendios y las depredaciones las nueve Troyas. Y aunque los que moraban sobre las ruinas antiguas parecían vivir como todos, debajo se oían a veces apagados murmullos, o se encontraban residuos de huesos y escombros de palacios que fueron altaneros, o rumores o leyendas de pasiones extinguidas.

A medida que se alejaba de Buenos Aires las estaciones parecían acercarse al arquetipo de la estación pampeana, como los sucesivos proyectos de un pintor que busca la obsesión que yace en el fondo de su ser: un almacén con paredes de ladrillo descubierto, al otro lado de una calle de tierra; unos paisanos de bombacha y chambergo negro, escarbándose pensativamente los dientes con una ramita seca; algún sulky, caballos atados en el palenque del almacén de ramos generales, galpones de zinc, una volante de capota negra, el auxiliar en mangas de camisa con la mano derecha en la cadena de la campana.

Hasta que por fin apareció la parada Santa Ana y entonces su niñez irrumpió con ansiosa energía, porque aquel puesto de la estancia Santa Brígida eran ya los Olmos y era Georgina, detrás de aquel mayordomo gordo y albino, riéndose siempre, diciendo pero qué cosa, no?, golpeándose el breech con la palma de la mano y meneando la cabeza sin pelos, hombre para él casi sin ningún otro atributo, y únicamente perdurable en su memoria porque detrás de él, cerca de una Santa Rita, vio por primera vez en su vida a Georgina, tímida y flacucha, pelirroja. Sí, aquellos campos estaban unidos a los seres que más importancia habían tenido en su vida. Y aunque ahora de Santa Brígida apenas quedaba el casco y aunque aquellas seiscientas hectáreas a que había quedado reducida en aquel tiempo de su niñez ya ni siquiera pertenecían a los Olmos, ni a los Pardos, sino a gentes indiferentes al destino de aquellos seres, anónimos y desconocidos. Porque aquellos

campos en que el malón había muerto a la pequeña Brígida, aquellas pampas que en otro tiempo habían sido recorridas por las caballadas del capitán Olmos, aquella tierra de donde salió, para nunca más volver, con sus hijos Celedonio y Panchito para seguir a Lavalle, ahora eran tan ajenos a su sangre y a su destino como las calles de Buenos Aires, que llevaban a veces nombres de su raza, pero transitadas por hombres apresurados e indiferentes, venidos de todas partes del mundo para hacer fortuna, personas que en muchos casos consideraban su vida aquí como la transitoria estadía en un pobre hotel.

Ahora el tren empezaba el descenso y describía la curva hacia el oeste, después de dejar atrás el monte de Santa Ana, y entonces se vería pronto la torre de la iglesia y poco después la mole del molino: los elevadores del molino Bassán, su propia casa, la infancia. Y cuando por fin llegó a Capitán Olmos, idéntica a sí mismo, sintió como si durante esa multitud de años hubiese vivido bajo una especie de ilusión, en una inútil fantasmagoría, sin peso ni consistencia; y los hechos a los que creía haber asistido se desvanecían, como al despertar pierden fuerza y vida los sueños, convirtiéndose en inciertos fragmentos de una fantasmagoría, a cada segundo más irreales. Y aquella sensación lo inducía a pensar que lo único verdaderamente real era su infancia, si lo real es lo que permanece idéntico a sí mismo: un trozo de la eternidad. Pero así como al despertar la vida diurna queda ya contaminada de infamia, no siendo entonces los mismos que éramos antes de aquellos sueños, la vuelta a la infancia queda enviciada y entristecida por los sufrimientos vividos. Y si la infancia era la eternidad, eso le impedía sin embargo verla como parece que debiera verse: limpia y cristalina; sino como a través de un vidrio sucio, turbia e imprecisamente; como si las ventanas a través de las cuales nos es dado en algunos instantes asomarnos a nuestra propia eternidad tuvieran cristales que van sufriendo el paso de los años, ensuciándose con las tempestades y los vendavales, con el barro y las telarañas del tiempo.

Como quien mira desde la oscuridad a un lugar iluminado, fue reconociendo caras sin ser reconocido: Irineo Díaz, con su misma, pero ahora desvencijada y descolorida, volanta de capota negra; el comisionista Bengoa, esperando, como siempre, la llegada del tren; y, finalmente, sentado como un ídolo, al viejo Medina, que ya era viejo cuando él era un chico, y que al parecer seguía en idéntica posición en que lo había visto por última vez, hacía treinta y cinco años: pensativo e impávido, como todo indio, que después de cierta edad no sufre alteración, como si el tiempo no corriese dentro de ellos sino a su lado, y ellos lo miraran pasar, fumando el mismo cigarro de chala, hierático e indescifrable como un ídolo americano, como se mira correr un río que arrastra cosas meramente percederas.

—No me reconoce?

El viejo levantó lentamente su mirada. Hundidos entre los huesos apergaminados de su máscara terrosa, Bruno sintió que sus ojitos lo examinaban con calma pero con minuciosidad. Acostumbrado a ver el universo con cuidado, casi sin otra tarea que observarlo y guardarse para sí su meticulosa configuración (con una especie de sutilmente irónica mudez), Medina pertenecía a esa misma raza de baqueanos que en la pampa distinguían la huella de un caballo entre mil y eran capaces de orientar un ejército por el casi imperceptible sabor de un yuyito. Lo miraba con esa desconfianza socarrona, que apenas era perceptible en ciertas arrugas en el extremo de sus ojos. Y del mismo modo que cuando se borra un retrato al lápiz van quedando los rasgos que por ser los esenciales fueron los más trabajados, empezaron a develarse ante él los rasgos del Bruno infantil. Y entonces, a través de aquellos treinta y cinco años de ausencia, de lluvias y muertes, de sudestadas y aconteceres, un dictamen sobrio pero implacable subió desde las enigmáticas profundidades de la memoria de Medina y terminó haciendo mover sus labios de manera apenas visible, mientras el resto de su cara permanecía inmóvil, sin dejar traslucir la menor emoción o sentimiento, si es que realmente existían en el corazón de aquel hombre:

—Vos sos Bruno Bassán.

Y luego volvió a su rigidez, impasible ante los simples acontecimientos del mundo, ajeno a la violenta y casi pavorosa conmoción de aquel ser que ahora había dejado de ser un niño para convertirse en un hombre.

Caminó por las calles polvorientas, atravesó la plaza con sus paraísos y palmeras, y por fin vio la mole del molino y oyó el isócrono golpeteo de su maquinaria. Un atroz símbolo: la marcha indiferente de las cosas, mientras en medio de ellas agoniza el hombre que con amor y esperanza las creó.

MUERTE DE MARCO BASSÁN

—Ahora duerme —explicó Juancho.

En la casi oscuridad, oyó por primera vez aquel quejido sordo y la respiración ansiosa y entrecortada. Cuando se fue acostumbrando a la penumbra, vislumbró lo que quedaba: un montón de huesos en una bolsa de carne doliente y podrida.

—Sí. El olor casi no se soporta de entrada. Después te acostumbrás.

Bruno miró a su hermano. Había sido su ídolo, cuando él, Bruno, era un chiquito: con su sombrero de anchas alas y sus enormes espaldas, en aquella yegua tordilla

de cola larga. Y cuando por fin se fue, su padre dijo: "Nunca más entrará en esta casa". Y como para demostrar la precariedad de esa clase de palabras frente a las fuerzas de la especie y de la sangre, no sólo Juancho había vuelto sino que ahora era quien cuidaba de su padre, día y noche.

—Agua, Juancho —murmuró, despertando de aquel sueño de drogas, que debía diferenciarse de sus antiguos sueños como un pantano sucio, lleno de fieras, de una hermosa laguna visitada por aves.

Levantándolo un poco con su brazo izquierdo, le dio una cucharadita, como a un niño.

—Ha venido Bruno.

—Eh, cómo? —tartajeaba con su lengua de trapo.

—Bruno. Ha vuelto Bruno.

—Eh, cómo?

Miraba hacia adelante, con toda la cara, como un ciego.

Juancho entreabrió las persianas. Entonces Bruno vio lo que sobrevivía de aquel hombre enérgico y poderoso. De sus ojos hundidos, que parecían dos bolitas verdosas de vidrio resquebrajado y casi opacas, pareció surgir un pequeñísimo brillo, como una llamita de un rescoldo que se alienta.

—Bruno —murmuró por fin.

Bruno se acercó, se inclinó, intentó un torpe abrazo, mientras sentía el espantoso olor.

Articuló como un borracho:

—Ya ves, Bruno. Soy una ruina.

Fue una lucha de muchos días, llevada con la misma energía con que había luchado contra todos los obstáculos. Morir era caer vencido, y nunca se había declarado vencido. Bruno se decía que estaba hecho de la misma sustancia de aquellos venecianos que levantaron su ciudad luchando contra el agua y la peste, contra los piratas y el hambre. Todavía conservaba el perfil austero del Jacopo Soranzo pintado por el Tintoretto.

Se preguntaba si no era un acto de mezquindad y de cobardía salir, distraerse, recorrer las calles del pueblo, en lugar de tener presente el dolor de su padre en cada instante, asumirlo como Juancho. Luego, cobardemente, en fragmentarios pensamientos que no se atrevían a integrarse del todo, se decía que nada de malo había en olvidar el horror. Pero casi en seguida reflexionaba que aunque su padre no iba a sufrir ni más ni menos con ese alejamiento de su conciencia y de su memoria, era de cualquier modo una especie de traición. Entonces, abochornado, volvía a su casa y durante un rato pagaba una mezquina cuota de solidaridad, mientras Juancho seguía vigilando desde su sillón, atento al más mínimo rumor, ayudándolo, escuchando sus largos y disparatados delirios.

—Juancho! —exclamaba de pronto—. Incendian la cama! Y semiincorporándose, señalaba las llamas: allí, del lado de los pies.

Su hijo se levantaba con celeridad y apagaba el fuego con grandes ademanes, con esa exageración de las pantomimas, cuando es necesario hacerse entender por los solos gestos. Se tranquilizaba por algún tiempo.

Después, la cama se rompía, era preciso apuntalarla. Juancho traía maderas, se echaba al suelo, apuntalaba la cama. Más tarde, apartándose del respaldo, aterrorizado, señalaba con el índice, le mostraba gente, las acusaba de cobardes y agregaba palabras incomprensibles. Juancho se levantaba, increpaba a los intrusos con grandes voces, los echaba a empujones.

—Juancho —murmuraba de pronto el viejo en voz baja, como para contarle un secreto.

El hijo se aproximaba y ponía la oreja cerca de su boca, por la que salía el olor a podrido.

—Han entrado ladrones —susurraba—. Están disfrazados de ratas y ahora se han escondido en el ropero. Gaviña, ése es el jefe. Te acordás? El que fue comisario cuando los conservadores. Un ladrón, un sinvergüenza. Se cree que no lo reconocí disfrazado de rata.

Desfilaban viejos rostros, antiguos conocidos. Su memoria se había vuelto a la vez afilada y grotesca, deformada monstruosamente por el delirio y la morfina.

—Pero don Juan! Quién iba a decir que terminaría de mensual! Con la fortuna que supo tener!

Se lo señalaba, meneando la cabeza, sonriendo como no queriéndolo creer, con cierta irónica desilusión. Su hijo buscaba con la mirada.

—Ahí, rasqueteando el caballo.

—Ah —comentaba Juancho—. Hay que embromarse.

—Te das cuenta? Don Juan Audiffred. Quién lo hubiera dicho.

Comentaba el asunto normalmente, por un largo rato, porque por un lado veía monstruos o fantasmas y en seguida se comportaba con sensatez, conversando con hombres muertos veinte años atrás, con la misma naturalidad con que luego decía que su garganta estaba reseca y le vendría bien un poco de agua. Cuando Bruno volvía de la calle, su hermano le comentaba riéndose las ocurrencias de su padre, con esa mezcla de ternura y condescendencia con que el padre cuenta las fantasías de su chiquilín. Pero entonces recomenzaba el delirio y Juancho retornaba a las mágicas pantomimas, mientras Bruno se deslizaba al vestíbulo, donde sus otros hermanos hablaban de cosechas, rindes del maíz, compra y venta de campos, animales. Bruno los escuchaba y, queriendo entrar en aquella comunidad, recordaba que de chico sabían encargarle el peso del trigo en la balanza de densidades. Sus hermanos lo miraban. Mencionaba nombres: Favorito, Barletta.

Sus hermanos negaban desdeñosamente: hacía por lo menos veinte años que no existían. Alguno dejaba de fumar e iba por un momento al dormitorio del padre, a pagar su cuota, para volver ensombrecido.

—Y don Sierra?

Lo miraron con incrédula ironía.

Qué.

Se acordaba.

Los mayores ejercían el monopolio de ciertos recuerdos y no aceptaban así no más compartirlo con los menores, y mucho menos con Bruno. Pero sí, claro que lo recordaba: gordo y panzón, con aquellas orejas enormes de las que salían largos pelos blancos.

No bastaba. Se miraron entre sí en muda consulta, y Nicolás, fijando con severidad sus ojos sobre él como un profesor en un examen de tesis, exigió que nombrara la característica más típica de don Sierra.

Eso, confirmaron.

Bruno pensó ansiosamente. Lo miraban con socarronería de campo. La característica esencial de don Sierra, nada más que eso es lo que querían saber. El silencio era absoluto, mientras Bruno escarbaba en su memoria con desesperación.

El reloj de tres tapas?

No, señor.

Lo veía bastante bien llegando en su sulky, bajando con su látigo, con el gran cinto ajustado por debajo de su enorme vientre, en camiseta y blusa corralera, sudando, congestionado, con el chamberguito negro echado hacia la nuca, con alpargatas bordadas manchadas de bosta.

Se daba por vencido?

No sabía. Si no era el reloj de tres tapas, no sabía.

—El reloj de tres tapas! —comentaron con desprecio.

—Y? —pidió Bruno, con la impresión de que simplemente le hubieran tendido una trampa falsa.

Y qué.

Ese famoso rasgo característico.

Los grandes se miraron: otra de las peculiaridades del juego, dejar al examinado carcomido por las dudas. Bruno consideraba a aquellos hombretones de anchas espaldas y pelo canoso, esperando su veredicto, sin advertir todo lo que tenía de disparatado.

Con gravedad, el mayor emitió la información: engañar al inglés O'Donnell.

—Engañar al inglés O'Donnell?

Bruno exageró su extrañeza, para no darse del todo por vencido, como si aun en el caso de que aquella modalidad hubiera existido no era sin embargo tan esencial

como para elevarla a la categoría de rasgo característico en el código de los Bassán. Nicolás miró a sus camaradas: se concebía al viejo Sierra sin mentirle al inglés O'Donnell? De ningún modo, confirmaron.

—Me están haciendo una broma.

Bruno trató de descubrir algún brillo malicioso.

Nicolás se volvió hacia Marco, el menor (cuarenta y cinco años) y le ordenó:

—Si duerme papá, que venga Juancho.

—Momento —receló Bruno.

Lo acompañó a Marco, temía que lo pusieran al tanto. Juancho mostraba el cansancio de tantos días de sueño y sufrimiento.

—Vos no has oído —explicó Nicolás—. Decile a éste cuál era el rasgo más característico de don Sierra.

—Contarle mentiras al inglés O'Donnell.

Volvió Marco:

—Se despertó, quiere agua.

Se fue Juancho y la realidad que se había mantenido sordamente debajo de los tiernos recuerdos, como la permanente guerra durante el pequeño y dulce intervalo en que el soldado lee las cartas y abre el paquete de cositas, resurgió con dureza. Se callaron, y durante un rato fumaron en silencio. Se oían quejidos. Nicolás miraba hacia fuera, pensando. Qué pensaban?

Bruno salió a la calle.

Todo, desde el nombre del pueblo, estaba vinculado a los seres que habían tenido peso en su vida: Ana María Olmos, su hijo Fernando, Georgina. Y aunque ansiaba encaminarse a la vieja casa que había originado aquel pueblo, algo se lo impedía, y sólo atinaba a dar vueltas en sus cercanías. Por las calles polvorientas los nombres despertaban sus recuerdos: la tienda de Salomón, la zapatería de Libonatti, el chalet del Dr. Figueroa, la Sociedad de Socorros Mutuos de su Majestad Vittorio Emmanuele.

Pero a Bruno los recuerdos de infancia se le habían presentado siempre como hechos inconexos y por lo tanto irreales. Porque la realidad la concebía como fluente y viva, como una palpitante trama, mientras que esos recuerdos aparecían desvinculados entre sí, estáticos, válidos en sí mismos, cada uno en su extraña y solitaria isla, con ese mismo género de irrealidad de las fotografías, ese mundo de seres petrificados en que para siempre hay un niño de la mano de una madre ya inexistente (convertida en tierra y planta), mientras el niño no es casi nunca aquel gran médico o héroe que la madre imaginó sino un oscuro empleado que, revolviendo papeles, encuentra la fotografía y la contempla a través de ojos empañados.

Así que cada vez que había intentado reconstruir las partes más alejadas de su vida, todo se le aparecía borroso, y apenas si aquí o allá se destacaban episodios o caras que a veces ni siquiera eran tan extraordinarios como para justificar su pervivencia. Porque, cómo explicar de otro modo que recordara con intensidad algo tan poco decisivo para su existencia como la llegada de aquel gran motor para el molino? Bien, con "tanta intensidad"... Tampoco era así, porque en cuanto se disponía a precisar con palabras aquella escena advertía que se volvía menos definida, que sus contornos se esfumaban y que todo perdía consistencia, como si se pudiera pasar el brazo a través sin que nada lo impidiera. No, no lo sabía, no podía dar detalles: en cuanto se lo proponía, la escena se esfumaba como los sueños al despertar. Además, le resultaba imposible forzar los recuerdos si no encontraba la clave, la palabra mágica, pues eran como princesas que dormían un antiguo sueño y que sólo despiertan cuando a sus oídos se murmura la palabra secreta. Allí abajo dormían felicidades y terrores; y, de pronto, una canción, un olor bastaban para quebrar el encantamiento y para hacer surgir el fantasma desde aquel cementerio de sueños. Qué melodía, qué incierto fragmento de melodía oyó aquella tarde de soledad en el jardín del Luxemburgo? La canción venía desde muy lejos, de un mundo ya perdido, y de pronto se vio en Capitán Olmos, en una noche de verano, a la luz de uno de aquellos grandes faroles de arco voltaico. Quiénes estaban? Únicamente vio surgir la figura de Fernando cortando las patas traseras de un sapo y luego sus esfuerzos grotescos para huir con las dos patas restantes, sobre el colchón de tierra reseca. Pero era un impreciso fantasma, sin carne ni peso, un Fernando desprovisto de ojos concretos y de labios carnales, casi una idea: un horror, un asco. Y aquel monstruo había surgido de una región de sombras para mutilar un sapo por obra de una canción. Qué extraño era que aquel sádico, la canción y el sapo mutilado sobrevivieran juntos, estuvieran para siempre unidos, fuera del tiempo, en un sombrío rincón de su espíritu. No, no podía recordar su infancia con lógica ni con orden. Sus reminiscencias emergían al azar de un fondo nebuloso y neutro, sin que le fuera posible establecer vínculo temporal entre ellos. Porque entre aquellos fragmentos, que emergían como islotes de un océano indiferente, le era imposible determinar quién precedía o sucedía a quién, el tiempo entre ellos no tenía ningún significado, ya que no estaba unido a vidas y muertes, a lluvias y amistades, a desdichas, a amores. Y así, la llegada de aquella imprecisa máquina podía haber sido anterior o posterior a la horrible mutilación, porque entre ellos se extendía el océano gris, sin principio ni fin ni causalidad de las cosas que habían caído en el eterno olvido.

Entonces Juancho cedió en aquella lucha desigual, sufrió un ataque de gritos y raras convulsiones y hubo que darle una inyección para dormirlo. El viejo advirtió en seguida su ausencia, y desde el pozo en que se debatía imaginó que lo habían

llevado al Pergamino y que allá lo habían matado, por venganza. Lo estaban ocultando. Por qué lo ocultaban? Eh? Por qué? murmuró llorando, aunque no había lágrimas en sus ojos, porque ya no tenía agua en su cuerpo; pero por el ruido y por la peculiar agitación de su cuerpo se infería que era llanto lo que aquel casicadáver producía: un llanto seco y pequeñito, una especie de casicadáver de llanto. Dónde estaba Juancho? Eh? Dónde estaba? En el Pergamino, murmuró una vez más, antes de entrar en una crisis que todos tomaron por la crisis final: respiraba como si alguien estuviera tratando de ahogarlo, se revolvía con furia en el lecho, de su boca salían gemidos y trozos, pedregullos de palabras. Se destapaba, aullaba. Hasta que de pronto su cara se puso rígida y hubo que sujetarlo para que no se arrojara de la cama. Luego, de su boca, como del agujero que da salida a un oscurísimo y maloliente pozo profundo, salieron acusaciones a los enemigos que habían matado a su hijo. Y después cayó, inerte, como desplomándose desde sí mismo.

Todos se miraron. Nicolás se acercó a verificar si respiraba. Pero una vez más superó la crisis. Era una bolsa de huesos y carne podrida, pero su espíritu resistía y se refugiaba en el corazón, la última fortaleza que le quedaba, cuando ya el resto del cuerpo se derrumbaba, desalentado, hacia la muerte.

Con voz apenas oíble, agotado por el esfuerzo, masculló algo. Nicolás acercó su oído a los labios y descifró el mensaje: "qué triste es morir". Eso era lo que parecía haber dicho. Y luego recomenzó la lucha, como un guerrero que reúne las escasas y deshechas huestes derrotadas para volver con ellas al inútil (pero hermoso) combate.

Sus huestes! pensaba Bruno. Pero si apenas contaba con el corazón, con aquel débil y agotado corazón. Pero ahí estaba, en cada uno de sus débiles latidos le aseguraba que aún estaba ahí, a su lado, que todavía resistirían.

Aquella ruina tuvo un momento de lucidez, reconoció a Bruno, tristemente le sonrió, pareció querer hablarle. Bruno se aproximó a su boca pero nada pudo entender, aunque su padre le señalaba su cuerpo, los restos de su cuerpo.

Se había quedado momentáneamente con él, y en su mirada ahora más calma le pareció a Bruno vislumbrar una sonrisa de incredulidad, mezcla de satisfacción e ironía. Hizo otro gesto de hablar. Bruno acercó su oído. Juancho, murmuró. Estaba tratando de dormir. Quedó pensativo. Después de un rato volvió a mascullar algo. Cómo, cómo? Terreno? Qué terreno? Pareció ponerse de mal humor, hizo un gran esfuerzo, palabras inconexas que jamás habrían podido ser entendidas por un extraño, pero que Bruno logró juntar en su orden debido, como alguien que conoce un idioma antiguo y descifra un texto con fragmentos casi ilegibles: de la parte que habría de tocarle, una porción quería que fuese para un terreno. Su vieja manía: la tierra que fija.

Pareció sonreír con la promesa del hijo errante. Luego pidió por Juancho, quería agua, había que darlo vuelta. Bruno intentó torpemente, pero él hizo un gesto negativo. Hubo que despertarlo, lo dieron vuelta entre los dos, le acercaron una cucharita de agua. Por primera vez en su vida Bruno sintió que era verdaderamente útil, se sintió mucho más hermano de Juancho y, con una especie de tierna humildad comprendió que él, que había recorrido tierras y doctrinas, que había leído muchos libros sobre el dolor y la muerte, era inferior a aquel hermano que no lo había hecho nunca.

El viejo hizo otro signo, Juancho se acercó a su boca y asintió. Entonces el padre pareció dormirse en paz. Bruno miró a su hermano.

—La quintita.

Qué pasaba con la quintita? Era su pasatiempo. No lo sabía?

Había que remover la tierra ahora, había que puntear. Eso era todo.

Vio que su hermano se disponía a salir al patio trasero. Cómo, no se iba a dormir? Adónde iba?

—Te acabo de decir que tengo que puntear la tierra.

Bruno lo miró estupefacto. Pero si no la iba a ver más, si esa quinta y todo lo demás desaparecería para siempre.

—Se ha dormido tranquilo porque se lo prometí.

Bruno se quedó callado, observándolo: desgastado por el gigantesco cansancio de días y noches, más envejecido.

—Pero al menos mandá a otro, a un peón.

—No, nunca quiso que nadie tocara la quintita.

Apenas salió su hermano, se sentó en su silla. Se sentía una basura, culpable por haber sentido asco, se recriminó por haber tratado de olvidar aquel sufrimiento distrayéndose por el pueblo, por haber pensado en otras cosas, por haber leído diarios en esos días, un libro. Todo era una frivolidad, hasta pensar en cosas tan profundas como el destino y la muerte, si se lo pensaba en general, en abstracto, y no sobre aquella carne sufriente, en esa carne, por esa carne.

Cuando volvió su hermano, le dejó su silla. Así permanecieron en silencio oyendo los gemidos, trozos del delirio. Desde atrás, Bruno contemplaba las grandes espaldas agobiadas de Juancho, su pelo blanco, su cabeza inclinada hacia adelante por el cansancio. Por un instante tuvo la tentación de extender una mano y ponerla sobre sus hombros, aquellos hombros que lo habían llevado cuando niño; pero en seguida comprendió que nunca sería capaz de hacerlo.

—Bueno, vuelvo a la quinta. Vigilá.

Al sentarse en la silla sintió un orgullo semejante al que debe de sentir un centinela que releva a su camarada en una posición de peligro. Pero en cuanto ese sentimiento tomó forma, se avergonzó.

Anocheecía. De cuando en cuando aparecían los hermanos mayores. Juancho fue obligado, finalmente, a proseguir el sueño que había interrumpido. Y así Bruno pasó, por primera vez en su vida, la noche entera al lado de un moribundo. E intuyó que recién comenzaba a ser un hombre, porque únicamente la muerte prepara de verdad para la vida; pues la muerte de un solo ser unido a uno con vínculos entrañables permitía comprender la vida y la muerte de otros seres, por lejanos que fuesen, y hasta de los más humildes animales. Le daba agua, hasta pudo aplicarle la inyección de morfina.

Habló en veneciano, quizá sobre hechos de su infancia, porque mencionaba nombres que nunca le había oído. También palabras sobre un timón o algo así. De pronto su expresión era de angustia. En otros momentos luchaba contra enemigos, resolviéndose en su lecho. Luego lo oyó canturrear, y su expresión fue entonces de felicidad: acercándose a sus labios reconoció deformes restos de LE CAMPANE DE SAN GIUSTO, aquella canción de los irredentos triestinos que le había cantado cuando él era un chico.

A los dos días comenzó la agonía.

A Bruno le chocaron la indiferencia cortés, los gestos mecánicos con que el sacerdote le dio el aceite y rezó las oraciones. Con todo, sintió la solemnidad de la extremaunción: era su padre que se despedía para siempre de la vida, de aquella vida que había vivido con tanto coraje y tenacidad.

Dos velas fueron prendidas ante una estampa de San Marco. Juancho le colocó en el cuello una medalla del santo veneciano. Y el viejo, desde ese momento, misteriosamente se tranquilizó hasta morir.

CAMINÓ POR ALMIRANTE BROWN

pero al llegar a la esquina de Pinzón vio que el antiguo café de Chichín se había transformado: la fórmica había reemplazado al mármol de las mesitas. Se sentó con temor, como un intruso fantasma en un lugar que no le corresponde, después de casi veinte años de ausencia. Muchos de aquellos que entonces discutían sobre fútbol habrían muerto, los muchachones que fastidiaban al Loco Barragán serían ya hombres, se habrían casado, tendrían hijos. Chichín, dónde estaba? El mozo que lo atendió era nuevo, no lo conocía. Le parecía que estaba enfermo en su casa, o había muerto. El dueño? Se llamaba Mourente, ese español que atendía la caja. Del

gran espejo había desaparecido la foto de Boca. Tampoco estaban Gardel ni Leguisamo.

UN HOMBRE DE OTRO TIEMPO

Su mirada se detuvo en un viejo flaquísimo. Su pelo era blanco, tenía una nariz aguileña y muy afilada, los ojitos sobre los costados de una cabeza angosta le conferían algo de pájaro, de angustiado pájaro que ha perdido algo. Su cuello era exageradamente largo, con una nuez que sobresalía. En la comisura de los labios, como un cigarrillo apagado, usaba un escarbadiante que movía cada cierto tiempo, cambiándolo de lugar. Miraba hacia la calle como esperando algo, como si estuviera en la mesa de un café ferroviario y de un momento a otro debiera llegar una persona ansiosamente aguardada. Su cara denotaba esa anhelante inquietud, pero los labios estirados hacia abajo en los extremos mostraban con amargura que esa espera era con casi seguridad inútil. No había ninguna duda: aquel hombre era Humberto J. D'Arcangelo, conocido entre la gente de su época por Tito. Le faltaba la CRÍTICA arrollada bajo su brazo. Y faltaba Chichín, limpiando los vasos y recitando, a su pedido, la formación del Boca Juniors de 1915. Desde una mesa cercana le preguntaron, en voz alta:

—Y usted, don Humberto, qué opina.

—Lo qué? —respondió D'Arcangelo de mala gana.

—De eso que dijo Armando a la televisión.

Volvió a medias su cabeza afilada.

—Lo qué? De Armando?

Sí, eso es, de las declaraciones de Alberto J. Armando.

Los consideró un instante, y todos permanecieron en silencio, como ante un juez implacable pero justo. Tito no respondió nada, volvió a mirar hacia la calle Pinzón y se hundió de nuevo en aquel universo solitario, mientras uno de los que habían solicitado su veredicto (el rengo Acuña? Loíacono?) comentaba, con acento de triunfo: "Viste? Viste?" En qué pensaría? Sin duda, el viejo habría muerto. Lo veía (lo imaginaba) sentado a la puerta del conventillo, sobre su sillita de paja, con su bastón de palo nudoso, con su galerita raída y verdosa, murmurando "eh, sí", meneando la cabeza como si comentara con su gesto algo nostálgico a un interlocutor invisible. "Así eran las cosas." Qué cosas? Pocas, siempre las mismas: aquel mar que contemplaba desde lo alto de la montaña, con su flauta en la mano,

aquellas navidades con nieve, aquellos pastores tocando las gaitas. Lo veía a Tito, tomando mate a su lado, preguntándole entre irónico y cariñoso, qué cantaban los pastores.

Y el viejo, cerrando los ojos, con una sonrisa recatada y vergonzosa, canturreaba:

*La notte de Natale
é una festa principale
que nasció nostro Signore
a una povera mangiatura.*

Eso es lo que cantaban, eh sí... Y había mucha nieve, viejo? Eh, sí... la nieve... Y se quedaba meditando en la tierra fabulosa, mientras Tito le guiñaba un ojo a Martín y le sonreía con una expresión de pena velada por el pudor y una melancólica ironía: —Viste, pibe? Siempre la misma historia. No piensa a otra cosa. Siempre el pueblito. Si yo tendría guita...

Y ahora seguramente había muerto. Un furgón de la municipalidad habría venido a llevar su pequeño cadáver, acompañado por Tito hasta un anónimo y numerado depósito de la Chacarita, para pudrirse entre bloques de cemento. No en la tierra de su aldea remota, frente al mar Jónico de sus antepasados, sino ahí, en el cuarto subsuelo de un cementerio de cemento y de nichos numerados.

Bruno volvió a mirar a D'Arcangelo, a escrutar en su rostro aquel anhelo de absoluto, aquella mezcla de candoroso escepticismo y de bondad, aquel no entender de un mundo cada día más caótico y enloquecido; un mundo en que los jugadores de fútbol no luchaban más por el amor a su camiseta sino por dinero; en que Chichín ya no servía el vermú con fernet o con bitter, en que el viejo Boca era apenas un doliente recuerdo. Un mundo en que aquel tierno conventillo con gallinas y caballos habría sido dividido en calabozos de chapa y cemento sin lugar para la vieja victoria derrengada. Tal vez en su cuartito subsistía la bandera del Boca de antes, y aquella fotografía de Tesorieri dedicada y aquel fonógrafo. Pero seguramente esos tesoros sobrevivían tan tristemente como su propio dueño, en una pieza en que ya no se oía el cacareo de las gallinas al amanecer, ni aquella fragancia de la glicina mezclada al olor de la bosta.

Salió y caminó por las calles que también se habían transformado.

Aquel terraplén, aquellas casas con reja y zaguán, dónde estaban?

Humildes versos de poetas de barrio acudían a su espíritu:

*Borró el asfalto de una manotada
la vieja barriada
que me vio nacer.*

Nada permanecía en la ciudad fantasma, levantada sobre el desierto: volvía a ser otro desierto, de casi nueve millones que no sentían nada detrás, que ni siquiera disponían de ese simulacro de la eternidad que en otras naciones eran los monumentos de piedra de su pasado. Nada.

Caminó sin rumbo.

YA ERA MÁS DE MEDIANOCHE

cuando volvió a la casa de los Olmos. Silenciosamente se acercó como a un ser dormido que no se quiere despertar, cuyo sueño se desea preservar como algo muy frágil y querido. Ah, si fuera posible volver a ciertas épocas de la vida como se podía volver a los lugares en que transcurrieron, pensaba. Los mismos sitios en que treinta años atrás había escuchado su voz grave recitar un poema de Machado. Rescatar aquel momento del tránsito sigiloso pero inexorable. Aquella realidad que apenas subsistía en un recuerdo cada día más impreciso.

Su existencia había sido un correr detrás de fantasmas y de cosas irreales, o por lo menos de esas cosas que las gentes prácticas juzgan irreales. Y porque todo en él era como un perder el presente para dejarlo que se convirtiese en pasado, en nostálgico recuerdo, en sueños perdidos, invocado como en ese momento lo hacía, siempre en vano, cuando ya nada ni nadie puede volver, cuando la mano del ser que en aquel tiempo quisimos ni siquiera pueda rozarnos ya la mejilla, como lo había hecho Georgina treinta años antes en aquel jardín, en una noche parecida a la que ahora lo veía solitario. Se sentía como un fracasado, y sentía ese fracaso con un sentimiento de culpa, quizá provocado por el recuerdo de aquel hombre enérgico y rudo que había sido su padre: uno de esos hombres que enfrentaban con coraje esta vida fugitiva y cruel pero maravillosa en cada segundo del presente. Pero él, en cambio, siempre había sido un contemplativo que dolorosamente sufría la sensación del tiempo que pasa y que se lleva con él todo lo que querríamos eterno. Y en lugar de luchar con él se rendía de antemano y se empeñaba luego en recordarlo con melancolía, invocando sus espectros, imaginando fijarlos de alguna manera en un poema o en una novela; intentando —y lo que era peor, imaginándolo intentar— esa empresa desproporcionada a sus fuerzas que era lograr al menos un fragmento de eternidad, aunque fuese un fragmento pequeñito y familiar, tan modesto —pero también tan patético— como una losa funeraria, con

algunos nombres y un significativa inscripción, ante la cual otros seres, otros hombres y mujeres de los tiempos venideros, tristes y meditativos como él, y por motivos semejantes, detendrían el vertiginoso curso de sus días y sentirían, aunque fuese por unos instantes, también ellos la ilusión de la eternidad.

Georgina, murmuró, acariciando aquella reja oxidada y contemplando aquella magnolia, como si entre las ruinas del jardín abandonado su espíritu pudiera hacerse presente y hasta la apariencia de su cuerpo, con aquella levísima arruga en la frente que parecía preguntar sobre el sentido de la vida, sobre las ilusiones y la frustración de la existencia; pero apenas extrañada, con el recato y la modestia de todas sus preguntas. *Georgina*, murmuró de nuevo hacia las sombras.

Entre los despojos de tu cuerpo,
entre gusanos hambrientos y febriles,
aun allí estará mi alma,
como un antiguo habitante de la tierra devastada,
ya sin hogar y sin patria,
como un huérfano que busca a los seres queridos,
entre gritos anónimos
y escombros.

Ambuló hasta la madrugada, luego volvió a su casa e intentó dormir. Su sueño fue agitado y sufriente. Y de pronto soñó que estaba solo, en un lugar incierto. Alguien parecía llamarlo. Era arduo distinguir sus rasgos, tanto por la falta de luz como por la condición leprosa de su piel, que caía en jirones. Comprendió que era un cadáver que intentaba hacerse comprender: el cadáver de su padre.

Se despertó angustiado, con intenso dolor de corazón.

Y de nuevo lo acometió la idea del fracaso. Y también la de la traición al espíritu de aquella raza de que provenía. Le dio vergüenza de sí mismo.

INESPERADA ACTITUD DE BRUNO AL LEVANTARSE

Se dirigió a la estación Chacarita, lugar de Buenos Aires que había evitado dolorosamente, siempre, desde aquel año 1953 en que murió su padre. Y ahora, otros veinte años más tarde, se sentía impulsado a volver a su pueblo. Qué iba a hacer? Qué se proponía?

VIAJE A CAPITÁN OLMOS, QUIZÁ EL ÚLTIMO

Tuvo sueños que mucho más tarde intentó desentrañar. Pero cómo nadie puede desentrañar el significado de los sueños?

"Capitán Olmos", oyó, entredormido. Y le pareció que era el viejo don Pancho que lo murmuraba desde su cuerpo momificado. Miró. No, nadie. Medina habría por fin muerto. Y también, seguramente, el comisionista Bengoa. O tal vez no se harían más comisiones.

Lentamente caminó hacia la casa en que había nacido, y de nuevo sintió la conmoción que había experimentado cuando su padre se moría, al oír el isócrono ruido de las maquinarias. Se detuvo a media cuadra e intuyó que ya no entraría en la casa ni vería a los hermanos sobrevivientes, aunque en aquel momento no comprendió por qué. En cambio se encaminó hacia la plaza y se sentó en uno de aquellos bancos cercanos a la palmera en que se escondían en las noches de verano. Cine-teatro Colón: desde la eternidad lo miraban Williams S. Hart y Eddie Polo, como cowboys, como miembros de la Real Policía Montada del Canadá. Después se dirigió al cementerio. Las viejas casas de ladrillo, pintadas de rosado o celeste, con sus cercos de cinacina o de cactus.

En el atardecer, descifraba las inscripciones, nombres que poblaron su infancia, apellidos de familias que desaparecieron, que fueron tragadas por el Buenos Aires de los años 30, cuando todos aquellos pueblos de campaña fueron diezmados por la crisis, dejando a sus muertos más solos que antes.

Los Peña. Ahí estaba el sepulcro de Escolástica. La Señorita Mayor, eso es. La misteriosa solterona, llena de puntillas y perifollos, con su páis y su máiz acentuados en la a, y sus maneras de argentina vieja. Y los Prados, los Olmos, que un siglo antes habían resistido a los malones de los *pampas*. Y también los Murray:

*In loving memory
of
John C. Murray
Who departed this life
january 25 th. 1882
at the age of 40 years.
Erected by bis fond wife and children.*

Hasta que por fin, un poco inclinada hacia un costado, la tumba de su madre:

María Zeno de Bassán
Nacida en Venecia en 1870
Muerta en este pueblo en 1913.

Y la de su padre, al lado, y la de sus hermanos. Se quedó un largo rato allí. Luego comprendió que era inútil, que era muy tarde, que debía irse.

piedras ensimismadas
vueltas hacia qué patrias del silencio
testigos de la nada
certificados del destino final
de una raza ansiosa y descontenta
abandonadas minas
donde en otro tiempo
hubo explosiones
ahora telarañas.

Comenzó a marchar hacia la salida, viendo o entreviendo otros nombres de su infancia: Audiffred, Despuys, Murphy, Martelli.

Hasta que de pronto vio con asombro una lápida que decía:

Ernesto Sabato
Quiso ser enterrado en esta tierra
con una sola palabra en su tumba
PAZ

Se apoyó en una pequeña verja y cerró sus ojos. Después, cuando volvió a abrirlos, con todo, salió del cementerio con un sentimiento que nada tenía de trágico: los fúnebres cipreses, el silencio de la noche que se avecinaba, el aire con tenues olores de pampa, esos sutiles y apagados ademanes de la infancia (como los de un viajero que se va para siempre y que desde la ventanilla del tren hace púdicas señales de despedida) le producían más bien esa sensación de melancólico reposo que se siente de niño cuando se pone la cabeza en el regazo de la madre, cerrando todavía los ojos llenos de lágrimas, después de haber sufrido una pesadilla.

"Paz". Sí, seguramente era eso y quizá sólo eso lo que aquel hombre necesitaba, meditó. Pero por qué lo había visto enterrado en Capitán Olmos, en lugar de Rojas, su pueblo verdadero? Y qué significaba esa visión? Un deseo, una premonición, un amistoso recuerdo hacia su amigo? Pero cómo podía considerarse como amistoso imaginarlo muerto y enterrado? En cualquier caso, fuera como fuera, era paz lo que seguramente ansiaba y necesitaba, lo que necesita todo creador, alguien que ha nacido con la maldición de no resignarse a esta realidad que le ha tocado vivir;

alguien para quien el universo es horrible, o trágicamente transitorio e imperfecto. Porque no hay una felicidad absoluta, pensaba. Apenas se nos da en fugaces y frágiles momentos, y el arte es una manera de eternizar (de querer eternizar) esos instantes de amor o de éxtasis; y porque todas nuestras esperanzas se convierten tarde o temprano en torpes realidades; porque todos somos frustrados de alguna manera, y si triunfamos en algo fracasamos en otra cosa, por ser la frustración el inevitable destino de todo ser que ha nacido para morir; y porque todos estamos solos o terminamos solos algún día: los amantes sin el amado, el padre sin sus hijos o los hijos sin sus padres, y el revolucionario puro ante la triste materialización de aquellos ideales que años atrás defendió con su sufrimiento en medio de atroces torturas; y porque toda la vida es un perpetuo desencuentro, y alguien que encontramos en nuestro camino no lo queremos cuando él nos quiere, o lo queremos cuando ya él no nos quiere, o después de muerto, cuando nuestro amor es ya inútil; y porque nada de lo que fue vuelve a ser, y las cosas y los hombres y los niños no son lo que fueron un día, y nuestra casa de infancia ya no es más la que escondió nuestros tesoros y secretos, y el padre se muere sin habernos comunicado palabras tal vez fundamentales, y cuando lo entendemos ya no está más entre nosotros y no podemos curar sus antiguas tristezas y los viejos desencuentros; y porque el pueblo se ha transformado, y la escuela donde aprendimos a leer ya no tiene aquellas láminas que nos hacían soñar, y los circos han sido desplazados por la televisión, y no hay organitos, y la plaza de infancia es ridículamente pequeña cuando la volvemos a encontrar.

Oh, hermano mío, pensó con palabras altisonantes, para púdicamente ironizar ante sí mismo su tristeza, que al menos intentaste lo que yo nunca tuve fuerzas para hacer, lo que en mí jamás pasó de abúlico proyecto, que trataste de lograr lo que aquel sufriente negro con su blues, en el sórdido cuartucho de una ciudad sucia y apocalíptica; cuánto te comprendo para querer verte enterrado, descansando en esta pampa que tanto añoraste, y para soñarte sobre tu lápida una pequeña palabra que al fin te preservase de tanto dolor y soledad!

Sus pasos lo llevaron calladamente en la noche hacia su casa de la niñez, ahora de otros. Había luces, dentro. Quiénes eran aquellas gentes?

Es el alma un extraño en la tierra?

Adónde dirige sus pasos?

Es la voz lunar de la hermana a través de la noche sagrada la que oye el peregrino el sombrío

en su barca nocturna

en los estanques lunares

entre podridos ramajes, entre muros leprosos.

El delirante está muerto

*se entierra al extraño.
Hermana de tempestuosa tristeza
mira!
Una barca angustiada naufraga
bajo las estrellas
el rostro callado de la noche.*

Porque no hay poesía festiva, alguien había dicho, pues quizá sólo del tiempo y de lo irreparable puede hablar. Y también alguna vez se dijo (pero quién, cuándo?) que todo un día será pasado y olvidado y borrado: hasta los formidables muros y el gran foso que rodeaba a la inexpugnable fortaleza.

GLOSARIO

Aguantadero: lugar donde se esconden o "aguantan" los delincuentes mientras pasa el peligro.

Aguantar piola: aguantar algo sin pestañear.

Almacén de ramos generales: gran tienda de campo en que se vende todo: desde el jabón a los arados.

Apuro: prisa.

Atenti (argot): atención.

Avivado: astuto, hábil. La "avivada porteña". La astuta habilidad.

Babieca (argot): tonto.

Banda oriental: Uruguay.

Baqueano: hombre conocedor de la pampa que servía de guía a los ejércitos del siglo pasado.

Bárbaro (argot): notable.

Bestial (argot): sensacional.

Bife: bistec.

Biógrafo: cinematógrafo.

Birome: bolígrafo.

Bodrio padre: lío gigantesco.

Bocho (argot): cabeza.

Boludo (argot): tonto, idiota.

Bronca (argot): rabia.

Buena noche: Se acabó todo.

Cache (argot): significa persona vulgar, generalmente de barrio, con grotesca elegancia.

Campito: expresión muy argentina que a veces puede tener muchas hectáreas.

Canchero (argot): hábil.

Cañonazo: algo sensacional, particularmente referido a la mujer.

Capá que no me oía: quizá no me oía.

Capicúa: palabra de dialecto italiano muy común en Buenos Aires, quiere decir *capocoda*, es decir, cabeza-cola, y se aplica a ciertos números como 713317, que son idénticos leídos desde cada extremo.

Casco: parte central de la estancia en donde se levantan las casas de los patrones, que generalmente van a habitarla en sus vacaciones.

Cena: palabra que la gente de clase alta no emplea jamás y cuyo uso delata instantáneamente el origen plebeyo. Se dice "comida".

Cipayo: extranjerizante, individuo al servicio del imperialismo.
Coger: expresión basta y obscena para designar el acto sexual.
Colimba (argot): servicio militar.
Comedido: servicial.
Comisario: jefe de una comisaría de sección o pueblo.
Concha (argot): palabra fuerte con que se designa en Buenos Aires el órgano sexual femenino.
Conchabar: arcaísmo por trabajar.
Considerar los árboles: contemplar los árboles.
Conventillo: casa de inquilinato muy pobre.
Curso (argot): caos.
Crepar (argot): morir, que como casi todo el lunfardo deriva de dialectos italianos.
Criadilla: testículo.
Cucha: casilla del perro; *cucha antártica* sería una casilla de perro en territorio frígido.
Curda: estar en curda es estar borracho.

Chacotón: bromista divertido.
Chasco: inesperado desengaño.
Chata: carro grande.
Chimento (argot): chisme.
Chinches: chinchetas.
Chinchulín: intestino delgado.
Chirusa (argot): chica de barrio.
Chirusaje: forma despectiva para denominar a la gente humilde.
Chochamu: muchacho en "vesre".
Churro (argot): mujer muy linda.

Dale que va: adelante, siga no más.
Despachar: vender algo a un parroquiano.
Despelotado (argot): significa hecho un caos.

Enchufar: meter, poner algo en un agujero.
Entretención (arcaísmo): entretenimiento.
Enyetado: que trae mala suerte.
Escabio (argot): bebida.
Escolado: juego de azar.

Fiero: feo.

Funcar (argot): funcionar.

Fundir: quebrar un negocio.

Galleta: pan de campo.

Gaita (argot): español.

Galerita: Sombrero hongo.

Gansada (argot): idiotez, tontería.

Gil (argot): como *boludo*.

Gorda (argot): tratamiento afectuoso que se da a cualquier amiga. Mujeres un poco tontas y snobs de la clase alta argentina.

Grasa (argot): un cuerpo, un tipo de la calle.

Grasún: véase *grasa*.

Grupo (argot): mentira.

Guaranguería: palabra muy argentina que significa vulgaridad.

Guita (argot): dinero.

Historieta: tira cómica.

Hubo avivada general: todo el mundo se dio cuenta, todo el mundo se despertó.

Ingenio: empresa agrícola donde se extrae y elabora el azúcar.

Joda (argot): en este caso, farra, fiesta, diversión.

Joder (argot): embromar, estafar, fastidiar, cansar, molestar.

Jodido cuadrúpedo (argot): es fastidioso cuadrúpedo.

Jodón: persona muy divertida. Con guita, bromista con dinero.

Jovata (argot): vieja.

Junta el mai: (campero): cosecha del maíz.

Laburo: trabajo; *Cabrerar*, trabajar.

Lapiceras: bolígrafos.

Linyera (campero): vagabundo que recorría libremente las pampas.

Macanas: tonterías o mentiras.

Macaneo: falso, mentira.

Machacan: insisten.

Malón: es el ataque que los indios hacían en los tiempos en que incursionaban en las pampas.

Mandarse (argot): atracarse; mandarse una tallarinada, atracarse de tallarines.

Hacer algo: "el tipo se mandó el jet".

Manflora (lenguaje campero antiguo): invertido sexual.

Mantenerse piola (argot): mantenerse tranquilo.

Marcador: rotulador.

Masoca (argot): masoquista.

Medialuna: croissant.

Medias: medias muy cortas quiere decir calcetines.

Me las tomé (argot): me fui.

Mensual: peón que trabaja por mes.

Mersa: persona vulgar, de pueblo, grosera.

Mersaje: conjunto de mersas.

Milanesa: escalope.

Mina (argot): mujer, generalmente desde el punto de vista sexual.

Minón (argot): mujer joven muy atractiva.

Minga (del lombardo): nada.

Mocito: joven.

Morfar (argot): comer.

Monte: bosquecillo.

Montos: Montoneros, agrupación armada juvenil peronista.

Mucamas: camareras.

Negro: en Argentina no hay negros. Las palabras *negro* o *negrito* se aplican a personas de piel cobriza.

No me aparto: significa no lo dudo.

Palenque: la barra en que el paisano ata su caballo.

Pampero: viento sur.

Paquetón: elegante.

Pelópidas (argot): pelotudo, tonto.

Pelotudo (argot): tonto.

Pibe: equivalente a "chaval".

Picana: instrumento eléctrico de tortura.

Pichicata: remedio.

Pionar (campero): trabajar de peón.

Pirovar (argot): el acto de amor físico, violar sexualmente.

Podé rumbiá: puedes orientarte, rumbear.

Poroto (campero): frijol.

Postra: la deprime, la cansa.

Propio una mierda: llena de las formas italianas que se usan en Buenos Aires en los medios vulgares.

Puesto de estancia: casa en que vive alguno de los cuidadores de las vastas posesiones argentinas.

Pucho (argot): colilla del cigarrillo.

Punto (argot): individuo explotado o engañado.

Purrete (argot): niño pequeño.

Rajar (argot): huir.

Raje (argot): huida.

Rasquetear: pasarle un cepillo duro al caballo.

Regrasún (argot): algo así como un grasún elevado a la segunda potencia.

Santo: cumpleaños.

Secar (argot): fastidiar.

Sonsa: tonta, en matiz cariñoso.

Sulky: coche de tiro de dos ruedas.

Supo tener: en argentino arcaico significa llegó a tener. "Supo tener tienda ", llegó a tener tienda.

Tanga: recurso.

Tapera: vivienda muy precaria.

Tata: padre; en argentina, viejo.

Teruteru: ave zancuda de la llanura argentina.

Tienda: negocio en que se venden géneros.

Tirado (argot): en Buenos Aires significa estar en las malas.

Tirifilo: persona grotescamente delicada.

Toscano: cigarro de hoja que antes fumaba la gente de pueblo.

Tranquera: portón de campo.

Tricotas: jerseys.

Tripa gorda: intestino grueso en lenguaje campero.

Tuco (argot): salsa.

Turrita (argot): prostituta.

Vereda: acera.

Vesre: es revés, y hablar en vesre, tal como sucedió en ciertas épocas en Argentina, es decir, por ejemplo "chochamus" en lugar de muchacho.

Vichar (argot): observar.

Victoria: coche de punto o plaza.

Vino el biógrafo y buena noche: significa vino el cinematógrafo y se acabó todo.

Vista: filme.

Viva la pepa: diversión.

Vivacho (argot): astuto, hábil, vivo, listo.

Vivanco (argot): como *vivacho*.

Volanta: tradicional coche de cuatro ruedas.

Yela: hiel a la manera del argentino viejo del campo.

Yerba (argot): marihuana.

Yerra: marcación de la hacienda. Constituye un día de fiesta en el campo sin que por ello se interrumpa el trabajo.

ÍNDICE

ALGUNOS ACONTECIMIENTOS PRODUCIDOS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES EN LOS COMIENZOS DEL AÑO 1973

En la tarde del 5 de enero	7
En la madrugada de esa misma noche	7
Testigo, testigo impotente	9

CONFESIONES, DIÁLOGOS Y ALGUNOS SUEÑOS ANTERIORES A LOS HECHOS REFERIDOS, PERO QUE PUEDEN SER SUS ANTECEDENTES, AUNQUE NO SIEMPRE CLAROS Y UNÍVOCOS. LA PARTE PRINCIPAL TRANSCURRE ENTRE COMIENZOS Y FINES DE 1972. NO OBSTANTE, TAMBIÉN FIGURAN EPISODIOS MÁS ANTIGUOS, OCURRIDOS EN LA PLATA, EN EL PARÍS DE PREGUERRA, EN ROJAS Y EN CAPITÁN OLMOS (PUEBLOS, ESTOS DOS, DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES)

Algunas confidencias hechas a Bruno	14
No sabía bien cómo apareció Gilberto	19
Reaparece Schneider?	22
Cavilaciones, un diálogo	24
Quique estaba sombrío.....	34
Pocas soledades como la del ascensor y su espejo.....	38
Caminaba hacia la Recoleta	39
Un pedido de cuentas.....	41
En el crepúsculo	45
Nacho entró en su cuarto	46
El doctor Ludwig Schneider	47
De aquel affiche	56
Un cocktail	57
Marcelo, dijo Silvina, y su cara era un ruego	60
Simplemente por debilidad, pensaba S.	60
Toda esa noche Marcelo caminó al azar	65
El payaso	69
El surgimiento de los hermanos	70
Se celebra la salida de un libro de T. B.	72
Sintió la necesidad de volver a La Plata	73
El reencuentro	74

Era ya de noche cuando volvió Agustina	76
Primera comunicación de Jorge Ledesma	79
Se despertó gritando	81
El joven Muzzio	82
Interesantes elementos de la entrevista	83
Querido y remoto muchacho	85
Esos sueños me volverán loca	100
Diferentes clases de dificultades	100
Seguía su mala suerte, era evidente	104
Nacho siguió a su hermana desde lejos.....	115
Sobre pobres y circos.....	115
Los sueños de la comunidad.....	125
Un desconocido.....	129
Segunda comunicación de Jorge Ledesma	129
Los miró con irritado desaliento.....	130
Bruno quería irse.....	131
Bueno, el estructuralismo!	132
A Bruno lo fascinaba aquel rostro.....	136
Bueno, está bien	137
Morir por una causa justa	143
Hacía muchos años.....	144
Nunca lo había visto	144
Salió del café y volvió al parque	145
Una especie de inmortalidad del alma.....	158
Quique.....	162
Le hizo bien respirar el aire de la noche	164
Caminaba lentamente hacía la Plaza Boulogne-Sur-Mer	165
Apenas salió Sabato.....	166
Y la idea de los congelados, Quique?	168
Diversas propuestas suscitadas por la Weltanschauung de Quique.....	169
Ideas de Quique sobre la nueva novela.....	170
No, cómo Marcelo podría preguntarle nada?	175
No, Silvia, no me molestan tus cartas.....	188
Entra con timidez	189
Abrió el libro y encontró su marca.....	191
Aquí estaba	191
Una advertencia	195
Reportaje	195
Hasta que por fin se encontraron	199

Nuevamente sus pasos lo llevaron hacia la plaza.....	204
Por aquellos días lo llamó Memé Varela	204
Datos a tener en cuenta	207
Otro dato que debe tomarse en cuenta (Jean Wier, De praestigiis, 1568)	208
Ciertos sucesos producidos en París hacia 1938	208
Un reportaje	242
Iba por Corrientes	243
El Dr. Schnitzler	250
Exposición del doctor Alberto J. Gandulfo	255
Tercera comunicación de Jorge Ledesma.....	265
Toda esa noche Sabato meditó.....	266
Costa lo miraba.....	266
Entonces, chicas.....	267
Reflexionaba en las palabras de Fernando	274
Con la llegada del Coco Bemberg	275
Mirá esta cara, le dijo el Nene	277
Mientras Quique asistía a una nueva fase.....	281
Se despreciaba por estar en esa quinta	285
A la mañana quiere escribir.....	286
Cuando Bruno llegó al café	290
Al salir	292
Al otro día, a la misma hora.....	293
Oh, hermanos míos!	294
De entre los recortes	300
Esa tarde S. caminó largamente	301
Mientras Nacho	302
Porque, qué clase de ternura.....	310
Pasó un tiempo	311
Nuevamente estaban sobre la pista.....	312
Al otro día, en La Biela	313
Ella se convirtió en una llameante furia.....	316
Mientras tanto	316
Silencioso y angustiado	318
Al llegar a su casa	319
Última comunicación de Jorge Ledesma	320
Salió a caminar sin rumbo	320
El ascenso	328
Un gran silencio reinaba en la ciudad	330
Salían por centenares del subterráneo	331

Entraron dos con una linterna	334
A esta hora los Reyes Magos están en camino	342
Más o menos a la misma hora	342
La casita parecía más desamparada que nunca	343
El día 6 de enero de 1973	346
Una rata con alas	348
Georgina y muerte	350
Su padre, su padre	351
Veinticinco años después, las cosas, los hombres	351
Muerte de Marco Bassán	354
Caminó por Almirante Brown	362
Un hombre de otro tiempo	363
Ya era más de medianoche	365
Inesperada actitud de Bruno al levantarse	366
Viaje a Capitán Olmos, quizá el último	367
<i>Glosario</i>	371

Impreso en el mes de febrero de 1981
en I. G. Seix y Barral Hnos. S. A.
Carretera de Cornellà 134-138
Esplugues de Llobregat
(Barcelona)